LA MUJER DEL DOMINGO

Fruttero & Lucentini

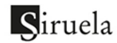
Siruela Policiaca



Fruttero & Lucentini

LA MUJER DEL DOMINGO

Traducción del italiano
Natalia Zarco



Nuevos Tiempos Policiaca

Edición en formato digital: marzo de 2024



Quest'opera è stata tradotto grazie con il contributo del Centro per il libro e la lettura del Ministero de Cultura italiano.
Esta obra ha sido traducida con la ayuda del Centro del Libro y la Lectura del Ministerio de Cultura italiano.

Título original: La donna della domenica
En cubierta: © Alamy Stock Photo

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-10183-22-3

Conversión a formato digital: María Belloso

Los «créditos de cabecera»

Entre los personajes de esta novela —ninguno de los cuales se corresponde, obviamente, con la realidad—, figuran:

*El inspector jefe de Turín, el subinspector, el comisario Santamaría (con tareas especiales); la señora Anna Carla Dosio y familia; Massimo Campi, Bona di San**, etc. (de la alta sociedad turinesa); los comisarios De Palma y Magliano, los sargentos Pasquale y Nicosia, etc. (de la Patrulla Móvil); el señor Riviera, el matrimonio Botta, la señorita Fogliato y la señora Ripamonti, etc. (del Ayuntamiento de Turín).*

Y además:

El señor Federico Simoni (de la Olivetti & Co. de Ivrea); el ingeniero Fontana (de la Dosio S.p.A.); el ingeniero Rino Costamagna (de la Fiat); el arquitecto Lamberto Garrone (el muerto); las condesas G. y C. Piovano (en decadencia); la señora Tabusso (en decadencia); el abogado Arlorio y el juez Mazza Marengo (jubilado); el profesor Felice Bonetto (americanista); los hermanos Zavattaro (marmolistas); Gianni Tasso (peluquero de señoras); el aparejador Bauchiero (de vía Mazzini); el señor Vollero (de vía Maria Vittoria).

Los autores son:

Fruttero, Carlo, de 45 años, nacido en Turín y ahí residente;

y

Lucentini, Franco, de 50 años, nacido en Roma y ahí residente en Turín (ver páginas 46-47).

La acción dura seis días y diez capítulos:

IV. Santamaría entró de puntillas (miércoles por la noche)

V. En ese momento, a pocos metros del portal (jueves por la mañana)

VI. Los locales de la galería (jueves tarde, noche y madrugada)

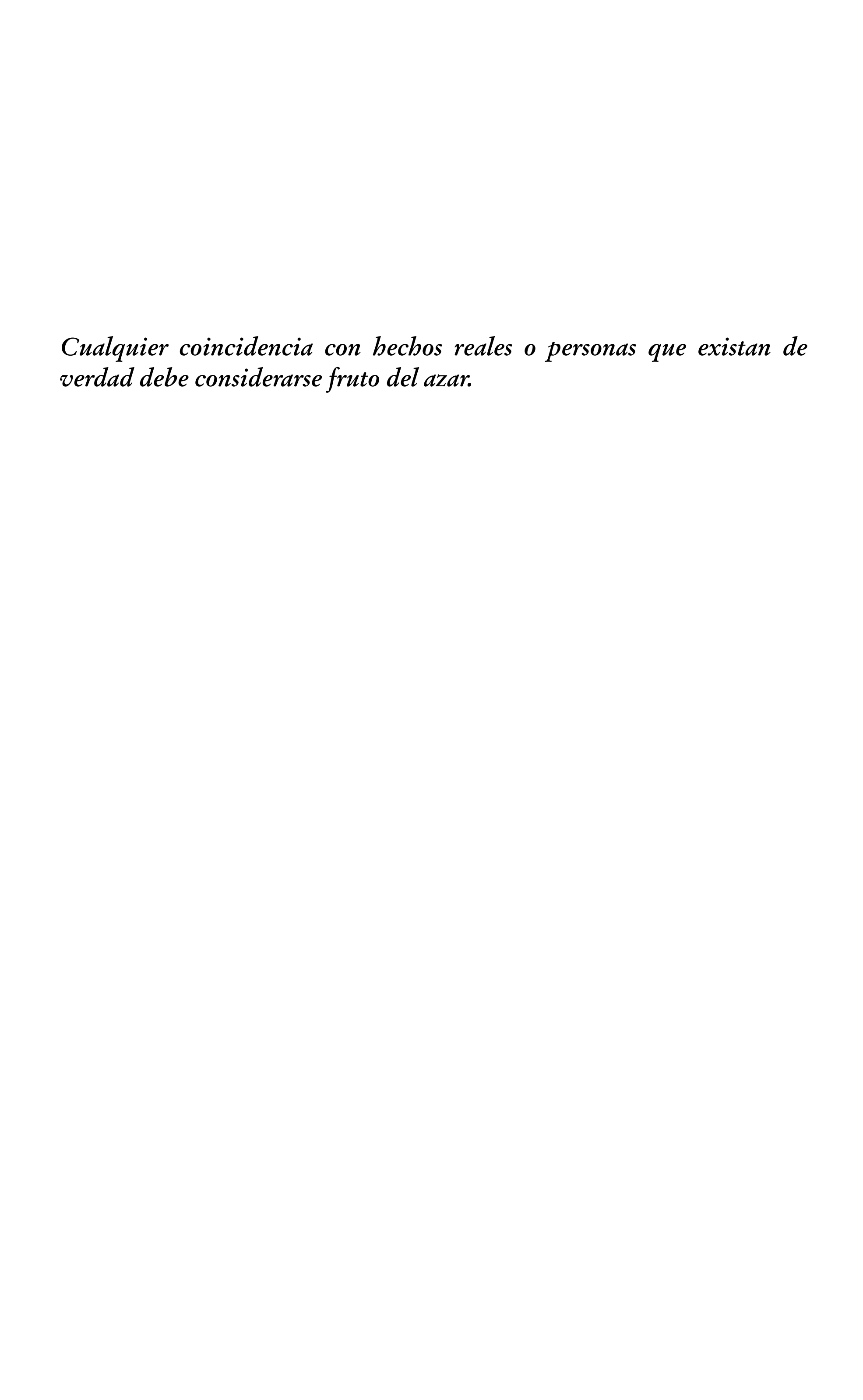
VII. Una hora antes de que sonara el despertador (viernes)

VIII. —This —dijo el americanista (sábado por la mañana)

IX. La ley, pensó el comisario (sábado por la tarde)

X. La idea se le ocurrió al comisario el domingo

Hasta aquí hemos citado respetuosamente los textos de la cubierta de la primera edición de La mujer del domingo.



Cualquier coincidencia con hechos reales o personas que existan de verdad debe considerarse fruto del azar.

I

El martes de junio en que

1

El martes de junio en que fue asesinado, el arquitecto Garrone miró la hora muchas veces. Había empezado abriendo los ojos en la oscuridad cerrada de su habitación, donde la ventana bien tapada no dejaba entrar ni el más mínimo rayo de luz. Mientras su mano, torpe por la impaciencia, recorría la espiral del cable buscando el interruptor, el arquitecto se sintió preso de un miedo irracional a que fuera tardísimo, a que la hora de la llamada de teléfono hubiera pasado ya. Pero no eran siquiera las nueve, vio con estupor; para él, que normalmente dormía hasta las diez o más, era un claro síntoma de nerviosismo, de aprensión.

Calma, se dijo.

Su madre, que lo oyó levantarse, fue automáticamente a prepararle el café; y él, después de un buen baño que venía necesitando desde hacía tiempo, se entretuvo afeitándose con meticulosa lentitud. Le quedaban cuatro horas por delante que entretener.

Quedaban tres cuando salió de casa después de haber rozado con los labios la sien de su madre; otra media hora la gastó alargando deliberadamente el recorrido hasta la parada y después esperando el tranvía, que a media mañana pasaba a intervalos largos.

Como era de esperar, el reloj eléctrico del vagón estaba estropeado: a lo largo de la vía Cibrario, la plaza Statuto y luego toda la vía Garibaldi, las agujas no se habían movido de las 15:20. Disgustado por ese pequeño pero significativo indicio de decadencia municipal, el arquitecto Garrone no se movió hacia la salida. Además, tenía el carnet de inválido y podía bajar por delante. Bajó por delante. El tranvía se desvió a causa de unas obras y partió hacia una parada que no era de su recorrido, en dirección a Porta Palazzo.

—¡Señorita, cuidado con el agujero! —dijo el arquitecto.

Había ya subido al estrecho paso de tablones que permitía la circulación de transeúntes por la vía XX Setembre, y le estaba indicando a dos muchachas con aire de forasteras, que habían bajado del mismo tranvía, un socavón entre las tablas de la pasarela. No son sicilianas. Calabresas, o quizá lucanas, juzgó. Una de sus habilidades era que sabía reconocer incluso de espaldas —de hecho, sonrió complacido, sobre todo de espaldas— la procedencia exacta de los sureños. Las siguió durante un trecho, elástico y ágil, avisándolas a media voz de los peligros de la ciudad, después siguió hacia la plaza Castello. Antes de entrar en el café se paró a mirar las corbatas de verano que había en el escaparate de la camisería.

—Seis mil —observó escandalizado, volviéndose hacia un joven con un vestuario vagamente militar, con libros bajo el brazo, que también estaba mirando—. ¡El jornal de un trabajador!

—Cuánto disparate, cuánto disparate, Liliana mía —le dijo después a la cajera del café, al entrar.

—Buenos días, arquitecto —le dijo la cajera, abúlica, sin dejar de leer el periódico.

El arquitecto miró el reloj octogonal encima del mostrador, lo comparó con el suyo —un Patek Philippe de oro que había sido de su padre— y se frotó las manos con satisfacción. La hora se acercaba, y esta vez estaba completamente seguro, esta vez el instinto le decía que todo saldría según lo previsto. Se dirigió a la segunda sala del café y se sentó a una mesita en una esquina junto a las vidrieras amarillas y azules del ventanal.

No había otros clientes. En todo caso, cerca de los servicios, había una cabina telefónica de madera oscura en la que se podía hablar a salvo de orejas indiscretas. Y además, la llamada tampoco iba a ser muy larga. La fase de preparación estaba casi superada. Ahora era solo cuestión de…

—¡Ah! —exclamó al ver de repente a su lado al camarero calvo sin haberlo oído llegar—. Lo de siempre, Alfonsino. Y el periódico, por favor.

Lo importante, pensó mojando en el capuchino el segundo brioche, era saber esperar. Otra de sus habilidades. Todo termina por llegar si se sabe esperar. Self-control, la gran regla de los ingleses. Y si por casualidad, como podía suceder al ser humano, uno caía preso, ya cerca de la meta, de la tensión, de una inquietud insoportable, bueno, era

necesario saber contenerla, esconderla. Hacerse desear, hacerse esperar, ese era el secreto.

Apretó con fuerza el puño sobre la mesa. Tenía que llamar él, entre mediodía y la una, eso era lo acordado; y él —decidió— llamaría a la una menos cinco, no antes. O quizá más tarde, si acaso, a la una y diez, a la una y veinte… El tiempo también jugaba a su favor.

Miró de nuevo el reloj y empezó a hojear La Stampa, como hacía casi todas las mañanas en el café. Turín: mínima 19, máxima 28. Lo mismo que en Reggio Calabria, constató con imparcialidad, y el verano aún no había empezado. Examinó con atención las «Graciosas bañistas alemanas en Alassio» que el diario presentaba bisemanalmente, variando solo el nombre de la playa, desde mayo a septiembre.

Muslos largos, pero nada especial, juzgó. En la página de espectáculos, sin embargo, descubrió con placer que en el cine Le Arti, para el que había conseguido una entrada de regalo, ponían todavía la obra de arte franco-nigeriana La sferza. Volvió a las páginas de sucesos para profundizar en los detalles del escuálido asesinato de una nuera a manos de un viejo de ochenta y cuatro años, en Sommariva Bosco. Otro hecho: «Atropellada en el paseo Principe Oddone con el niño en brazos». Los niños no le interesaban, así que dobló el periódico, lo soltó sobre el mármol de la mesita, entre las migas de brioche, y después consultó, irresistiblemente, el reloj. Miró la puerta entreabierta de la cabina telefónica, donde el aparato brillaba siniestro en la penumbra. Ninguna prisa, se dijo, ninguna precipitación. Había sido su gran paciencia y no otra cosa la que lo había llevado tan cerca del éxito.

—Cristo —murmuró—, Cristo.

Los minutos no pasaban nunca, era imposible quedarse quieto. Se levantó despacio, prudentemente, como si le costara arrastrar sus cincuenta y dos años de vida. Pero apenas los puso en pie ya no se entretuvo más, los empujó, los espoleó hacia la cabina, los encerró entre las cuatro paredes de vieja madera agrietada.

Una luz mortecina se encendió sobre su cabeza y en aquel céreo resplandor, apresado en aquel ataúd vertical, el arquitecto Garrone sacó febrilmente del bolsillo un puñado de calderilla, encontró una ficha y marcó el número de su destino.

Soy joven —quiso listar Anna Carla—, soy inteligente, soy rica. Tengo un marido perfecto (como yo, dicen). Caigo simpática a todos, me visto bien, no tengo problemas de peso, no tengo problemas sexuales… Citó también otras tres o cuatro cosas al azar: la estupenda bandeja de plata ideada por un diseñador milanés que había comprado la semana anterior; la valiosa ternura del tío Emanuele; la llegada de los primeros días de calor… Pero, naturalmente, no servía para nada, era como si te estuviera respondiendo una de esas redactoras de Consejos para ella de las revistas femeninas. Palabras. Musgos abstractos bajo los cuales la piedra seguía intacta, dolorosamente concreta.

—Hoy doble dosis —dijo con determinación Vittorio, el marido perfecto. Se echó en la palma de la mano dos pastillas violetas del primer frasco y dos naranjas del segundo, después cogió de la estupenda bandeja de plata el vaso de agua mineral sin gas—. La tarde va a ser muy pesada.

Bebió, tragó, se echó atrás en la butaca. Anna Carla se dispuso a echarle al descafeinado una pizca de azúcar.

Soy la mujer de un capitalista, hijo de capitalistas y nieto de capitalistas —trató de pensar en sentido inverso—, estoy cargada de costumbres y prejuicios burgueses y carezco de toda conciencia social y política. No me interesan las tristes condiciones de los presos, de los internos en manicomios, de los enfermos y de los países subdesarrollados, y a los chinos, para ser sincera, me los imagino siempre con las manos metidas en las mangas de una túnica con dragones bordados. No tengo talentos ni capacidades, no sabría pintar telas para decoración (como María Pía), o inventar adornos de hojalata (como Dedè), ni ganar un torneo de golf o de bridge (como ninguna de mis amigas, pero al menos ellas lo intentan), y si pusiera una tienda o una galería de arte quebraría en menos de dos meses. Mi vida es vacía, inútil y frívola.

—Mínimo dos horas con el consejo de dirección —dijo el capitalista con la sufrida voz que tenían, en esos tiempos, todos los capitalistas—, y Dios sabe lo que tendré que oír esta vez, pedirán un picadero para la fábrica, al lado del campo deportivo. Luego tenemos una inspección del ayuntamiento por esa historia de la contaminación, y para rematar llega otro grupo de alemanes, o suecos o daneses, que quieren ver las nuevas instalaciones. A veces uno se pregunta…

Pero no se lo preguntó, movió su café y se lo tomó a pequeños sorbos

sospechosos.

No, pensó Anna Carla, invencible, tampoco la autocrítica sirve de nada, son solo palabras, del todo insuficientes para quitarle el sueño. El sueño —y lo admitió con un violento arranque de rabia— en realidad se lo quitaba Massimo, él era la piedra en el estómago, era él quien la obligaba a esos ridículos altibajos de ama de casa insatisfecha. Un tostón, eso es lo que era el querido Massimo. Y tendría que decírselo, tenía el deber de decírselo, con dulzura, con tristeza, por su bien, ¿sabes en lo que te estás convirtiendo, Massimo? ¿Sabes en qué te has convertido? En un tostón.

—Puede ser también —dijo Vittorio soltando la taza— que tenga que ir a cenar con ellos…

—¿Con quién?

—Pues con esos papanatas, claro. Esperemos al menos que… —Se calla al notar la mirada de Anna Carla fija en la taza vacía—. ¿Está todo bien?

Anna Carla levantó la mirada: —Perdona —dijo—, no te estaba escuchando.

—Ah, pues entonces es grave —respondió Vittorio—. ¿Es grave?

—No, no…, qué va. Es solo que… Es decir…

La entrada de Benito, de nuevo sin guantes y con el cuello de la chaqueta desabrochado, le ahorró una explicación más extensa.

—Nada, que no los soporto, ni a él ni a ella —dijo cuando el criado se retiró consiguiendo que la poca porcelana sobre la bandeja hiciera el mismo ruido que las cocinas de un palacio—. ¿Los oyes? —añadió señalando a la puerta, que naturalmente se había dejado abierta y a través de la cual, desde la lejana cocina, un grito salvaje de María y un gutural exabrupto de Benito anunciaban el principio de otra de las discusiones del matrimonio.

—Ya, ya, sí, no son precisamente ideales estos dos —dijo Vittorio haciendo un esfuerzo por participar—. Por otra parte… ¡Anda! Pero si son las dos pasadas…

De repente, había perdido, como ella esperaba, todo interés por sus problemas. Se levantó, se guardó en el bolsillo los dos frascos medicinales (la última novedad en protectores del hígado) y le dio un beso apresurado.

—¿Me disculpas? Entonces, si ceno fuera te llamo.

—Muy bien.

Pobre Vittorio. Si había algo que lo deprimía de verdad, aparte de

las comidas de negocios y sus males más o menos imaginarios, era encontrarse metido en el irresoluble problema del servicio.

Se levantó también ella y se quedó un momento mirando a su alrededor, indecisa, descubriendo mecánicamente otros errores del criado: una de las alfombras arrugada bajo el pie de una butaca, el agua turbia que a todas luces no se había cambiado en los dos jarrones de tulipanes sobre la chimenea, y un juguete de Francesca abandonado en un rincón. Cierto, pero de eso debía haberse ocupado la niñera. Massimo le habría replicado que… Bueno, no sabía qué le habría replicado, pero seguro que algo se le habría ocurrido…

Anna Carla, resignada, se dirigió a su habitación. Si aquel tostón creía que le iba a quitar el sueño con sus miserables aguijones es que no la conocía. De acuerdo, la noche anterior no había dormido muy bien, pero ahora recuperaría, y después, con la mente descansada, le escribiría lo que pensaba de él… Se desvistió con un par de bruscos movimientos y se acostó con aire marcial.

Más tarde, después de ducharse, se encontró con el cuaderno de papel carta abandonado sobre las rodillas y la punta de la estilográfica entre los dientes, observando el trapecio de polvo que el sol dibujaba bajo la pequeña cómoda a la izquierda del sofá. Sin barrer desde hacía mínimo tres días. Era increíble —se asombró por enésima vez—, la rabia y la furia primigenia que Benito y María, dos personas de las que a duras penas recordaba el apellido, le encendían dentro. Aunque así había sido también con otras parejas (aunque no era consuelo), procedentes de Cerdeña o de las Marcas, de España, de Madagascar, todas dotadas de ese poder transitorio y demoniaco sobre quienes los tenían a su servicio. Tampoco era consuelo que a sus amigas les sucediese lo mismo, o que otros perfectos desconocidos (como el obsceno Garrone, por ejemplo) tuvieran un poder análogo…

Pero se corrigió de inmediato, mordiendo la estilográfica. Garrone era un caso del todo distinto, era Massimo el que lo había instrumentalizado, usado contra ella, era Massimo el que lo había utilizado de la manera más deshonesta, más ruin y más injusta, sí, más injusta por derrumbarla. Por tratar de derrumbarla, mejor dicho. Porque ella, de Massimo y de Garrone…

Anna Carla cruzó las piernas, se ajustó el cuaderno en el muslo y empezó a escribir con rapidez. Escribió: «Querido Massimo, tengo que decirte…», y ahí se paró.

3

El viejo reloj de péndulo del barbero parecía marcar las nueve, pero la imagen estaba invertida, y el arquitecto Garrone, que estaba sentado delante del gran espejo con los bordes desconchados aquí y allá, sabía que solo eran las tres de la tarde. Esperar, esperar, la vida era un esperar eterno. Bajo la capa blanca pero no inmaculada que lo envolvía del cuello a las rodillas, el arquitecto se sintió de repente como en una camisa de fuerza. La inmensa y triunfante exultación de dos horas antes se había convertido en pesar. El barbero había sido un error, pensó, mejor hubiera sido dar un largo paseo o coger una barca e ir a remar por el Po, moverse, desahogarse físicamente, mantener la mente alejada de la idea fija de «esta noche».

—¿Entresacamos un poco de aquí, arquitecto? —preguntó el barbero.

—Tú entresaca, Salvatore, entresaca sin miedo.

Durante años, cuando nadie tenía el valor de hacerlo, él había llevado el cabello largo hasta el cuello; pero ahora había vuelto a un corte más clásico, no había otra solución para alguien que había querido distinguirse siempre del resto, ir a contracorriente en todas las cosas aun a costa de salir perdiendo. Y él lo sabía, cuánto había salido perdiendo.

La idea de que también esta vez hubiera algo —un arrepentimiento, un imprevisto cualquiera, una tontería— que lo echase todo a perder en el último momento le asaltó tan repentinamente que el barbero detuvo las tijeras alarmado:

—Ay, no, arquitecto, si da esos respingos…

No, imposible. Después de una rendición tan explícita, esos terrores no tenían ningún fundamento lógico, eran secreciones irracionales de quien está alargando la mano hacia la manzana. Una especie de saliva que lo roía. Debilidad humana: hasta esa mañana, antes de la llamada de teléfono, cuando todavía no estaba seguro de nada, habría aceptado con gusto cualquier aplazamiento con tal de estar seguro. ¿Y ahora no iba a ser capaz de esperar tranquilamente hasta después de la cena?

—La carne es débil —le dijo al barbero, tamborileando con los dedos en la rodilla cruzada donde el semanal erótico, abierto por la página central a todo color, iba lentamente cubriéndose de cabellos cortados.

—Ya lo creo, sobre todo delante de una lechería de semejante potencia —dijo el barbero, que había erróneamente relacionado la observación con los senos de la modelo Gungala, todavía visible entre los mechones de pelo canoso y la caspa.

El arquitecto esbozó una sonrisa piadosa. Conocía bien a los hombres, y sabía que a un pobre diablo como Salvatore ese mundo inalcanzable de senos, muslos, nalgas desnudas debía de impresionarlo mucho y hacerle, en definitiva, más mal que bien. La pornografía —junto a muchas otras cosas— era para individuos libres como él, que no se habían embrollado con matrimonios, hijos, rutinas de oficina o de tienda, que habían sabido mantenerse abiertos a todas las experiencias, listos para aprovechar todas las oportunidades de la vida…

Su vida —y la tenía allí, en el espejo— le gustaba, le parecía rica, variada, plena, interesante, y de todo ello se veían las señales: del cono blanco emergía un rostro intenso, expresivo, noble y rapaz, como le había dicho… ¿Quién se lo había dicho? Conocía a tanta gente, frecuentaba todo tipo de ambientes: cualquiera podía habérselo dicho, en el halo rosado de una lamparita de seda, en la mesa del comité, sobre una almohada húmeda, entre los bancos y matorrales del Valentino, o estudiando su perfil en la oscuridad de un cine.

—¿Sabe usted a qué hora abre Le Arti?

—Ah —dijo el barbero—, ¿La sferza? A las tres. Yo ya la he visto dos veces. Es fuerte. Una película artística pero fuerte.

—Es decir, ¿vale la pena?

—La vale.

Una forma inteligente de dejar pasar otro par de horas. Después, justo para el té, les haría una visita a las condesas Piovano, y más tarde se pasaría por la galería Vollero, para la inauguración de esa exposición de mitología. Hay gente con la que es muy útil hacer contactos donde mi buen Vollero. Cenar cenaría fuera; era inútil volver a casa, en la vía Peyron, para después volver a salir hasta su estudio en la vía Mazzini. Aparte del hecho de que mucha hambre, ante la inminencia del encuentro, tampoco tendría. Además, tenía que ordenarlo un poco, el estudio, ponerlo un poco presentable. Aunque, pensó sarcástico, no era el momento de formalizar demasiado. Porque o venía o no venía. Y si venía… Volvió a escuchar como una música la voz que le decía: «Muy bien. Estaré allí entre las diez y las diez y media».

4

En la amplia habitación de Anna Carla el sol de la tarde entraba por la puerta-ventana abierta al fondo, hacia el estrecho balcón que daba a la plaza. Pero detrás de las cortinas de lana, también las ventanas altas y grises que daban a la vía Cavour estaban abiertas. También la puerta del baño se había quedado abierta.

Junto a la cama deshecha, el pequeño teléfono verde oliva dejó de sonar, mientras de lejos, la estridente voz de Benito gritaba algo hacia otro lado. Después, María llamó a la puerta preguntando:

—¿Señora?

Entró e hizo una mueca al ver la cama y el baño por arreglar.

—¡No está! —gritó hacia el pasillo.

Pasó por el baño, contrariada, para cambiar el albornoz y las toallas.

Pero el resto de la habitación se veía en perfecto orden. Los armarios estaban cerrados y no había ropa suelta en ninguna parte, salvo las pantuflas a los pies de la cama y un pequeño chal en el respaldo de una silla. Esa silla pertenecía, por otra parte, al escritorio colocado al bies a la derecha de la puerta-ventana, y formaba, en aquella esquina, con dos butacas y una repisa baja de mármol, el minúsculo estudio de Anna Carla: donde el servicio no debía tocar nada.

El sofá de la esquina opuesta no estaba incluido en el estudio, aunque era ahí, con más frecuencia que en el escritorio, donde Anna Carla se ponía a leer, a escuchar discos, o a escribir cartas. Había que ordenar los cojines, observó, y había que vaciar el cenicero que estaba en la alfombra. En la alfombra estaba también el cuaderno de papel de carta azul, bastante gastado, con una estilográfica amarilla colocada de través, y también había que vaciar la papelera, llena de hojas hechas una bola. María se agachó, resoplando, para volcar el contenido del cenicero en la papelera. Después, viendo lo largas que eran las colillas aplastadas, gritó hacia la puerta:

—¡Tú!

—¿Qué?

—¡Si las quieres ven a por ellas!

—¿El qué?

—Ven aquí, ¿no?

Recogió el cuaderno y se sentó en el sofá con las piernas estiradas, estaba exhausta. Cuando el marido llegó le indicó el cenicero en el suelo.

—¡Ah! —dijo Benito inspeccionando—, aquí hay casi un paquete entero, y están casi completos. —Se puso a pescar los cigarrillos apenas empezados, tratando de restaurarlos lentamente—. ¡Por Cristo!, cómo los ha aplastado, aquí había nerviosismo. —Se quedó agachado con el puñado de los recuperados en la palma de la mano, mirando a su mujer, que se abanicaba con el papel de carta—. Bah —concluyó— siempre vienen bien.

—Pues sí, tú consuélate con las colillas —suspiró María. Dejó de abanicarse y se levantó con un gruñido rabioso para hacer la cama, dejando el bloc de papel carta en el sofá—. Y yo me pregunto dónde está escrito —masculló recolocando las sábanas— que tengo yo que hacer la habitación dos veces al día. Que se la arregle el cornudo de su marido, si ni siquiera duermen juntos.

—Y ese tal Massimo, ¿quién será? —preguntó Benito desde el sofá —. ¿El de Ivrea?

—No, ese es el otro. Massimo es el que vino a cenar ayer por la noche. El tal Campi, con el que se telefonea a todas horas... ¿Por qué lo dices?

—«Massimo, escucha: si soy tan estúpida...» —citó Benito.

—¿Qué dices?

—Digo lo que está escrito aquí.

—Ah —dijo María interesada—, entonces es que han discutido. ¿Qué más dice?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Nada. Termina aquí, no ha escrito más. Habrá ido a decírselo en persona.

—Sí, claro, en la cama —murmuró con desprecio María—. Cuanto más jóvenes más putas son.

Se dio cuenta de que había puesto la colcha al revés, pero decidió que estaba perfectamente así. Con una eficaz patada que le ahorró tener que agacharse consiguió meter las dos pantuflas debajo de la mesilla de noche. Listo.

—Eh —dijo Benito—, mira esta otra: «Querido Massimo, te he sabido siempre capaz de cualquier bajeza, pero permíteme decirte que la de ayer por la noche ha sido la más...

—La más qué —solicitó María con impaciencia.

—No lo dice.

—¿Cómo que no lo dice?

—Esta también acaba aquí. Estaba en la papelera. Espera, que miro las otras. Está llena.

Encendió una de las colillas, soltando las otras sobre el baúl, y se puso a desplegar las hojas arrugadas. María se sentó pesadamente en la cama.

—Aquí dice: «Querido Massimo: mantengámonos al menos en un nivel de buena educación. Yo a Boston...», y ahí termina. En esta dice: «Massimo querido», pero ha tachado el querido y ya no dice nada más... Aquí en cambio dice; «Massimo, yo en Boston no he estado nunca y no sé si lo pisaré alguna vez. Pero por lo que respecta a mi asociación con el arquitecto...».

—¿Qué arquitecto?

—No lo dice... Ah, aquí está, lo dice en esta otra: «Querido Massimo, independientemente de todo lo demás, yo, del arquitecto Garrone...», pero este quién es. ¿Tú lo sabes?

—No. ¿Eso es todo?

—No, continúa: «... yo, del arquitecto Garrone, ya he tenido suficiente. Todos los días es demasiado. Homicidio habitual o no...».

—¿Homicidio?

—Sí: «homicidio habi...». No: «homicidio ni...». Ah: «homicidio ritual».

—Está loca.

—«Homicidio ritual o no, librémonos de él de una vez por todas. Ganaremos ambos».

—¿Qué más?

—Nada más. Ya no pone nada más.

María se paró un momento a pensar.

—Está loca. Están locos —concluyó algo decepcionada—. Venga, vamos, que está a punto de llegar la francesa con la niña. Que no nos encuentre aquí esa mosca muerta.

Se levantó laboriosamente mientras su marido recogía las colillas en el último folio que había leído, hacía un paquetito y se lo guardaba en el bolsillo.

5

Los críticos cinematográficos (el arquitecto Garrone conocía en persona a más de uno) tenían razón: la secuencia de la gran masacre era

de una potencia figurativa memorable, verdaderamente antológica.

Se entretuvo viéndola por segunda vez, después volvió a ver también, ya que estaba, la secuencia de la depilación, de una crudeza inaudita y al mismo tiempo sutilmente poética. Era una película que, como Shakespeare, funcionaba a todos los niveles, impactaba a alguien naif como Salvatore, y hacía meditar a un hombre desencantado y trajinado como él. Había de verdad demasiado egoísmo en el mundo, demasiada injusticia, y el mundo consecuentemente se estaba desmoronando, bastaba mirar alrededor para ver los claros síntomas, también en Turín.

En la pantalla empezó la secuencia de la empalizada, menos importante, y el arquitecto Garrone se calzó los mocasines en los pies sudados y se levantó. En su fila, hacia la izquierda, no había otros espectadores; hacia la derecha, a una decena de butacas de él, había una pareja haciendo sus cosas. El arquitecto salió por ese lado, rozándose un momento contra las piernas de los dos, y después fue al servicio. No había nadie. El color amarillo sobre el zócalo blanco de las baldosas de cerámica presentaba, a lápiz, palabras y dibujos obscenos. Abrochándose el pantalón, el arquitecto sacudió la cabeza, sacó un bolígrafo del bolsillo interior de la chaqueta y silbando entre dientes Polvere di stelle añadió algún rasgo realista a una imagen demasiado idealizada. Mientras, se apercibió de que del puño liso de la camisa asomaba un hilo blanco, trató inútilmente de arrancarlo, y saliendo ya del cine consiguió cortarlo con los dientes. Pasando por los soportales se paró en una tienda de alfombras orientales, delante de un escaparate ocupado por un inmenso y aterciopelado rectángulo color azul y crema. China. Mínimo siete millones. Hizo un vago gesto al propietario, que, al otro lado del cristal, o no lo reconoció o no quiso responderle. Dos años antes, con una «alfombrita de rezo» de cuatro millones, casi habían hecho un negocio juntos, pero la clienta que llevó el arquitecto después no quiso comprar, y así perdió su tanto por ciento. El cinco por ciento de cuatro millones eran doscientas mil liras.

El arquitecto tosió, miró alrededor, escupió al suelo, y continuó sin prisa hacia la plaza Carlo Alberto.

6

—Y una ficha —dijo Anna Carla—. Gracias.

El café-estanco estaba lleno de moscas y de hombres que gritaban jugando al billar. Dejaron de jugar pero no de gritar, y se quedaron mirándola acercarse al teléfono y continuaron observándola mientras marcaba el número y esperaba que le pasaran con Vittorio. Ella se volvió un momento, severa, con un dedo sobre los labios.

—¿Vittorio?

En el silencio, incluso la voz del interlocutor se hizo audible en la sala:

—Hey, hola.

Los hombres volvieron a moverse alrededor del billar, tosiendo torpes, murmurando con los tacos en la mano, apresurados y entristecidos de golpe.

—¿Cómo ha ido la tarde?

—¿Eh? Ah, nada mal, nada mal. Han sido bastante razonables. Sin embargo, para esta noche, nada que hacer. ¿Tú dónde estás? ¿En casa?

—No, en…

—Ah, vale, es que te he llamado hace un rato y no estabas. Según Benito, no habías dejado nada dicho.

—Salí con un poco de prisa. Además, dejarles un encargo a esos dos o no dejárselo es exactamente lo mismo. Tenemos que decidir…

—Sí, es cierto. Como te decía, esta noche tengo que cenar con esos papanatas, pero espero no llegar muy tarde. Por suerte nos quedamos en Turín. Como mucho los llevo a la colina.

—Menos mal.

—¡Y que lo digas! Sabes dónde… Disculpa un momento. Sí, ingeniero, gracias, déjemelo allí… Disculpa, te decía, ¿sabes dónde querían ir a cenar…? ¡Al Alba!

—Dios mío. ¿Quién se lo ha dicho?

—A saber. Esos se pasan la voz. Lo saben todo. Y yo, con ese plan, después tendría que quedarme una semana en cama. ¡Querían llevarme de cabeza al Molinette después de la cenita en el Alba! En fin, basta, podría ser peor. ¿Tú dónde estás? Decías que habías tenido que salir a toda prisa.

—Sí, pero… Es decir, no es que tuviera prisa por nada en especial. Tenía prisa porque…

Miró a los hombres que jugaban. Jugaban con esfuerzo, por deber, charlando y haciendo ruido lo suficiente para proteger su conversación sin molestarla. Hombres amables.

—… tenía prisa porque estaba nerviosa. Anoche dormí mal, así que

he dormido un poco esta tarde, y a mí, dormir por la tarde, tú lo sabes. Ahora…

—¡Pues tómate un Saridon, oye! Aunque seguro que tampoco quieres tomar Saridon. Yo…

—Tienes razón, sí. Pero ahora estoy muy bien, solo quería saber cómo estabas tú. Así que hasta luego, que vaya bien.

—Eso espero. El secreto está en evitar el primer plato. Hasta luego, tesoro.

—Adiós.

Colgó y sonrió a los hombres en agradecimiento.

Salió a la plazuela polvorienta.

La luz estaba todavía alta y el aire abrasador, como en pleno verano. Sin embargo, pasó por el coche y cogió un suéter que colgó de las asas del bolso, y luego enfiló entre los muros de la calle que llevaba al río.

7

—No la aplaste, general, yo me ocupo —dijo la Piovano menor. Ágil pese a su edad, corrió a por el bote de insecticida formato familiar que tenía un lugar fijo en la consola estilo imperio, entre el puñal eritreo y una fotografía del duque de Aosta dedicada. Después persiguió velozmente a la cucaracha, que ahora huía hacia el piano, y consiguió acertarle con dos ráfagas seguidas antes de que el insecto desapareciese bajo el mueble.

—¿Le has dado, Clotilde, le has dado? —preguntó quejumbrosa la Piovano mayor, que tenía un problema de vista y no había podido seguir la operación.

—Le ha dado y bien dado —dijo el general—. Pero se ha escapado igualmente.

—Luego mueren en sus escondites —dijo Clotilde.

Volvió a sentarse en el manido sofá, al lado de su hermana, y le pasó al abogado Arlorio la bandeja con la última pasta antes de que desapareciera también.

—Gracias, condesa. La acepto por pura glotonería. Están buenísimas —dijo Arlorio mientras empezaba a mordisquearla con sus escasos dientes.

—Sí, se dejan comer. ¿Verdad, arquitecto?

El arquitecto Garrone tragó sin pestañear. Cada uno era halagado

por lo que podía ofrecer, y las Piovano, para ofrecer, tenían sobre todo esas excelentes pastas de Centallo, que una antigua criada suya, ahora retirada allí, no dejaba de traerles fielmente cada mes. Media hora antes, al verlas delante, el arquitecto se dio cuenta con orgullo de que la cita de aquella noche no le había mermado su sensibilidad de gourmet, y entre charla y charla se había zampado una docena. Buena señal, buena señal. Se sentía tranquilo y relajado, a la altura de la situación, y las indirectas de la Piovano menor lo divertían bastante. Le sonrió comprensivo y generoso. Un nombre ilustre, glorioso (pero también gafe: había habido un Piovano en todas las batallas perdidas del ejército italiano, de Novara a El Alamein), una parentela vastísima, ramificadísima, que incluía otros nombres aún más ilustres, y un discreto círculo de viejos amigos, de habituales que significaban (o mejor, que habían significado) algo en la vida de la ciudad: pero no había mucho dinero, el ambiente era un poco délabré.

Del reloj de péndulo dieciochesco, lacado en verde claro y fileteado de oro, que marcaba las seis y veinte (¿por qué no lo vendían?, él mismo podría garantizarles un millón limpio en cualquier momento), la mirada del arquitecto pasó a la desgastada tapicería de seda, a las cortinas rotas aquí y allá en un auténtico voile de Perse, a los marcos de las puertas de Olivero. Al techo estucado, que ahora temblaba de nuevo bajo unos pasos potentes y del que otro fragmento se soltó y cayó desmenuzado sobre una mesa.

—No están quietos nunca —se lamentó la Piovano mayor.

—Eso es lo que ocurre —observó el arquitecto— cuando se alquila a gente del sur. Alquilas a dos personas, te aseguran que sin niños y tres meses después te encuentras con catorce personas sobre la cabeza.

Él no tenía apartamentos para alquilar. En la vía Peyron, donde vivía con su madre y su hermana, no había gente del sur, la zona aún estaba relativamente incontaminada. Y en cuanto a su estudio (un espacio sin servicios, en la planta baja de un decrépito edificio de la vía Mazzini) el problema no era problema: ya podían bailarle encima catorce o veintiocho, a él le daba igual. Pero a las Piovano les encantaba volver a escuchar el relato de ciertas cosas.

—Bueno —dijo—, hay que reconocer que son una raza aparte.

—Todos somos italianos —dijo el general secamente—. En la batalla de Isonzo morían igual que nosotros.

El abogado Arlorio carraspeó conciliador.

—Han sido grandes juristas, penalistas ilustres. Pero es verdad

que… —dijo moviendo la cabeza— cuando vienen al norte… He oído que es sobre todo un problema de alimentación, de proteínas, porque no están acostumbrados a la carne.

—Quisiera yo saber a qué están acostumbrados —lloriqueó la Piovano mayor alzando los ojos casi blancos hacia el techo desconchado.

—Sus hombres no lo sé —dijo el arquitecto. Dudó un momento, calculando los pros y los contras: el abogado no contaba, y el general estaba prácticamente chocheando; la Piovano menor, desde hacía un tiempo le resultaba hostil de todos modos, pero con la mayor iba a tiro hecho—, pero sus mujeres están acostumbradas sobre todo al pescado.

Después de treinta segundos de silencio, algo empezó a borbotear; luego, en la garganta apergaminada de la Piovano mayor, la carcajada estalló irrefrenable, larguísima, juvenil, feliz.

8

—Además —rumió Anna Carla, esquivando lo que quedaba de un chopo talado a medio palmo del suelo—, además, la insensatez, la impresionante absurdidad del motivo.

Ella había estado dos veces en Nueva York, la primera para ver cómo era, la segunda para la boda de un hermano de Vittorio. Pero en Boston no había pisado, ni se le había ocurrido jamás hacerlo. Debía de ser una ciudad de mar (¿pero al norte o al sur de Nueva York?) y allí, de un grupo de patriotas como los carbonarios reunidos para tomar el té, nació la idea de hacer la guerra de la Independencia contra los ingleses, en el siglo dieciocho. De Boston no sabía nada más. Henry James (un escritor de esos que hay que empujar como una bicicleta en pendiente) se había marcado una novela titulada precisamente Las bostonianas, pero ella no la había leído. Le parecía recordar que los bostonianos eran un tipo de gente muy puritana y, por alguna razón, muy esnob, pero eso a saber cuánto tiempo atrás, ahora debía de ser una ciudad como todas las demás, llena de negros y de rascacielos y con la habitual e infinita periferia de casitas con su jardincito y su doble garaje. Y por esa aglomeración, por ese lugar que no conocía y que no conocería nunca, que para ella no significaba absolutamente nada, ahora se encontraba allí, caminando como un alma en pena por las afueras de Turín, a lo largo del Po.

—Baast'n —pronunció a media voz, con cuidado—, Baast'n.

Absurdo. Grotesco. Sin embargo (lo decía incluso la Biblia), una única palabra podía tener, a veces, una importancia decisiva, mira Garibaldi, mira Cambronne…

Continuó por la ribera: a la derecha, tenía las aguas bajas y grises del río, vigiladas de lejos por figuras de pescadores; a la izquierda, un vasto y accidentado prado con grandes montones de desechos, perfilados contra un horizonte de rígidas estructuras y negros pilones que se espesaban, dirección Chivasso, a lo largo de una arteria de mucho tráfico con las farolas ya incongruentemente encendidas. El resplandor era caligráfico, perfeccionista, llegaba hasta la planta de acacia solitaria y moribunda, hasta la lata de sardinas oxidada entre las ortigas del sendero. Anna Carla se felicitó: solo el hecho de haber elegido (¡por casualidad, por pura casualidad!) un paisaje semejante para sus meditaciones y sus planes era ya una victoria sobre los oprimentes controles, sobre las extravagancias obstaculizantes de Massimo. Un paisaje de cineclub: así es como lo habría ridiculizado él. O peor, de documental ecológico. Pero entonces, vamos a ver, ¿dónde era lícito dar un pequeño paseo según él? ¿Por los quais del Sena? ¡Por favor! ¿Por la Riviera? ¡Imagínate! ¿Por los jardines de Kew? ¡Pobres de nosotros!

Anna Carla lo vio clarísimamente tal y cómo era: un pobre paralítico que, a fuerza de perseguir morbosamente una espontaneidad, una naturaleza del todo utópica, se había convertido (¡precisamente él!) en esclavo de monstruos artificiales. Le daba pena. Era un obsesionado, quizá un maniaco. Un loco peligroso para él y para los demás. Ella, gracias a Dios, todavía tenía suficiente libertad de carácter para liberarse de aquella imposible sumisión. La tarde anterior, él había conseguido provocarle una crisis, pero bueno, fue una crisis benéfica, resolutiva: ahora sabía que de cualquier modo ella se salvaría, cortaría el nudo, disiparía la pesadilla. Él no, él estaba condenado.

Un golpe de compasión la llevó, además, a admitir que sobre la cuestión concreta de Boston quizá llevaba razón él. Ella no era perfecta, y no le importaba serlo. Pero la asociación con el obsceno Garrone, esa no, ninguna mujer la habría aceptado. Ahí es donde Massimo se había equivocado, y sin remedio, imperdonablemente.

Se paró a contemplar absorta el paisaje de árboles y lomas en la otra orilla del río: un paisaje todavía idílico, gloriosamente dorado por el

último sol. Pero el nombre de Garrone había bastado para desmoralizarla de nuevo, para traerle de nuevo a la cabeza los furibundos venenos del día anterior. La extensión de desechos que estaba atravesando le pareció de repente como bajo otra luz, y sus ojos, ahora más atentos y alarmados, distinguieron unos trapos inciertos amontonados entre los huecos, sombras chinas dentro de la carcasa de un automóvil incendiado, furtivas entre pilas de cajas. No se veía ni un niño, notó con un escalofrío, y los pescadores, ¿eran de verdad pescadores? Se echó el suéter por los hombros. Del agua había empezado a desprenderse una humedad neblinosa, y del cielo caía una capa de amarillo sucio y frío. No se debe ir sola a un sitio así, pensó con disgusto. Volvió atrás, esforzándose por no correr, para no sentirse todavía más estúpida.

9

—Yo, a Garrone —dijo duramente el señor Vollero—, no le había enviado invitación; de hecho, no sé ni dónde vive. Pero ya que ha venido tampoco lo voy a echar con un gorila. Esto es una galería de arte antiguo —dijo enfatizando la palabra «antiguo»—, no una discoteca.

Desde el grupito de personas con las que estaba hablando al lado del caballete donde había un Rapto de Europa, su mirada se movió por las otras dos salas de la galería, donde los últimos invitados (personas elegantes y distinguidas) murmuraban educadamente sus observaciones sobre los cuadros de la exposición.

—No exageremos —dijo el crítico de arte—. A mí, en el fondo, Garrone me cae simpático. Me divierte.

—Y no tiene nada de estúpido —dijo el americanista Bonetto—. Tiene una notable apertura de miras para alguien que no se ha movido nunca de Turín. El año pasado, cuando presenté en el Teatro Tu a aquel grupo californiano que se llamaba Plasticidad y Linfa... —hizo una pausa, pero nadie dijo nada; en la galería Vollero iba sobre todo el Turín más sordo y retrógrado—, bueno, pues después del espectáculo nos fuimos todos a cenar; Garrone se sentó a mi lado, y debo decir que me hizo preguntas del todo pertinentes, incluso agudas. Estaba realmente interesado.

—No lo dudo —dijo el señor Vollero. Tenía solo una vaga idea de

qué era eso del Teatro Tu y los grupos californianos, pero le bastaba con el nombre para asociarlo a la revolución, a la pornografía y al arte moderno en general, que detestaba primero como hombre y luego como comerciante de cuadros de época. Miró a lo lejos, a la última sala, la Leda y el cisne de finales del dieciséis, y volvió a sentir un rebullir con el recuerdo de las repugnantes observaciones que poco antes Garrone se había permitido hacer sobre la obra. Y encima en presencia de dos buenísimos clientes con quienes los trámites para adquirirla estaban casi rematados. Se volvió hacia el ingeniero Piacenza y esposa (aunque era ella la importante) con una sonrisa entre la aprensión y la disculpa.

—Yo me esfuerzo en mantener una clientela muy selecta —dijo—, pero hay gente que tiene el don de …

—No tema, querido Vollero —se rio la señora Piacenza poniéndose un guante—. Lo compramos igualmente. Pero usted —añadió maliciosamente— nos baja un millón. Garrone de alguna forma ha metido el dedo en la llaga, para ser sinceros: el cuadro tiene, efectivamente, su parte negativa además de su valor artístico, ¿no? Si fuera para un museo, pero en una casa particular, usted comprenderá… También porque en el sitio donde lo quiero poner…

—Oh, sobre el precio no hay problema —dijo el señor Vollero con una alegría forzada. ¡Ese miserable —pensó—, ese criminal!

—Pues yo —dijo ahora volviéndose al americanista—, yo eso no lo veo: de pintura no tiene ni idea; como arquitecto dicen que es nulo; y como persona me parece, con todo el respeto, un asqueroso.

—Muy agradable no es —dijo el ingeniero Piacenza.

—Dios mío —admitió el crítico de prensa, que no tenía ningún interés en oponerse al ingeniero Piacenza, de quien eran por todos conocidas sus influencias en la Fiat—, dije «simpático» desde un punto de vista, por decirlo así, de color local. Queramos o no, es todo un personaje.

—Pero ¿qué es lo que hace exactamente? —preguntó la señora Piacenza.

—Que yo sepa, nada —dijo Vollero levantando los hombros—. El gorrón. El parásito.

—Es un precursor —sonrió el ingeniero Piacenza— del estudiante de arquitectura moderno.

El establishment no tiene piedad, pensó el americanista Bonetto, con dos palabras hunde a un hombre.

—Venga, seamos serios —intervino con firmeza—, Garrone es el

caso típico de un hombre de cultura, de un hombre dotado de cierto ingenio, que no ha conseguido encontrar su lugar para acceder a…

—Pero ¡si me lo encuentro hasta en la sopa! —gritó Vollero.

—Pero eso no quiere decir nada: es un hombre que se está buscando a sí mismo. En América es un fenómeno muy común y…

—Ojalá fuera a buscarse allí —dijo Vollero, sentidamente.

—Es usted demasiado severo —dijo el crítico de arte—. Garrone tiene un poco el aire de esos artistas perezosos, del veleidoso, pero a mí más que otra cosa me da lástima. Es una raza en vías de extinción…

—Eso lo dirá usted —protestó el señor Vollero—. Por cada uno que muere nacen otros mil.

10

—Tictac —repitió Francesca.

—Re-loj —insistió pedagógica la niñera, tamborileando en la muñeca con el índice—. Mooontre. Uhr.

—Déjelo, Janine —dijo Anna Carla, a la que el celo políglota de la gafotas francosuiza ponía de los nervios; especialmente esa noche—. Será mejor que se acueste. Tiene sueño. ¿Verdad, mi niña?

—No —dijo Francesca, pero después del beso de buenas noches se dejó llevar en brazos por Janine sin protestar.

—Tictac —gritó desde la puerta con una risilla que era ya, clarísimamente, de alguien que entendía.

Pues sí, pensó con remordimiento, soy una pésima educadora y una jefa injusta; he mortificado a la pobre Janine, que en el fondo sabe hacer su trabajo y lo hace con empeño, mientras que con esos otros dos cazurros continúo sin querer ver ni oír. Por otra parte, con lo que le había costado tres meses antes encontrarlos… Acarició un viejo plan que consistía en volver a contratar a la vieja Sesa para la cocina, y apropiarse definitivamente de Emilio, el chófer de representación de la fábrica, que Vittorio le había prestado en algunas ocasiones de emergencia. En casa no se desenvolvía mal, después de todo, aunque como chófer —presencia impecable aparte— siempre había sido un poco irregular. Por lo que, en definitiva, bastaría con que la agencia Zanco le diese una solución decente y…

Pero aquí el drástico plan se desmoronaba, y sus pensamientos estaban lejísimos de la agencia Zanco cuando, a lo lejos, un fragor

como del bufé de una estación anunció que Benito había empezado a poner la mesa. La de platos y vasos que rompían entre los dos… Poco después, un breve intercambio de frases furiosas reveló que María lo había seguido, evidentemente, para continuar con una discusión que había empezado en la cocina.

Anna Carla se levantó de golpe y se dirigió como una flecha hacia el comedor.

—Yo tampoco voy a comer en casa, dejadlo todo —dijo ceñuda.

Se dio la vuelta para ir a cambiarse, pero no había dado ni tres pasos en el pasillo cuando le llegó, con toda claridad, el comentario de María: «Pues podía haberlo dicho antes».

Anna Carla se volvió sobre sí misma como ante una señal, una orden que esperase desde hacía tiempo, calmadísima, confortada por la idea de que era del todo estúpido seguir sufriendo; los problemas, todos los problemas, se resolvían siempre por sí mismos, las circunstancias —la casualidad— acababan siempre decidiendo por ti. La escena que había imaginado desde hacía sesenta días fue muy breve, y no tan gélida como lacónica.

—Quedan despedidos desde mañana por la mañana. Para el preaviso y las indemnizaciones encargaré los cálculos y liquidaremos la semana próxima. —Se volvió a él expresamente porque sabía que era ella la que llevaba los pantalones—. Llámeme el lunes o el martes, Benito, ¿le va bien? Y podrá dar mi nombre en las referencias si así lo precisa.

—Uy, sí —estalló María—, las referencias… ¿No creerá que necesitamos las suyas?

Anna Carla la dejó hablar sin reaccionar. Un incidente cerrado, una fase superada, por fin borrada de su vida. En cuanto cortas el nudo te das cuenta de lo fácil que era. Un instante, y todo ha terminado. ¿Es que nunca aprendería esa vieja lección?

En su habitación, cuando se hubo cambiado, dudó un buen rato si maquillarse o no. No sabía dónde acabaría comiendo, sentarse sola en un restaurante era algo poco habitual, en Turín, y que no la atraía. Pero la ciudad sabría, sin lugar a duda, sugerirle una forma de concluir la belleza de ese día de intensas emociones, de valientes propósitos y de maduradas resoluciones.

El ingeniero Fontana, director técnico de las dos sedes de la Dosio S.p.A. (había ya un plan de abrir una tercera cerca de Nápoles, pero solo era una idea), cruzó la mirada con su presidente y administrador delegado, sentado al fondo de una larga mesa en la terraza de un restaurante de la colina. Era la mirada de un mártir.

El pobre Vittorio estaba encajado de lado entre dos gigantescos vikingos que se habían quitado la chaqueta, remangado la camisa, y movían como aspas, tenedor en mano, los brazos grandes y gordos como salmones. Salmones, en este caso, suecos.

Vittorio, de quien el ingeniero Fontana era amigo desde los tiempos del colegio San Giuseppe, sin duda tenía caprichos de hipocondriaco, pero había que reconocer que estos banquetes con nórdicos daban miedo. Allí arriba, entre sus bosques llenos de pajarillos no exterminados y rigurosamente limpios de basura y de construcciones abusivas, eran (¿quién podría negarlo?) maestros del civismo, como La Stampa (lectura cardinal del ingeniero Fontana) no se cansaba de repetir. Pero, por alguna misteriosa razón, de aquellos pueblos compuestos por alegres pagadores de impuestos, por planificadores eficientes e incorruptibles, por monarcas que iban a palacio en bicicleta, además de mujeres todas bellísimas, sanísimas, templadas por los baños invernales en Varazze y Cesenatico, de aquellos pueblos modélicos, el ingeniero Fontana por lo general solo había visto, en Turín, ejemplares del tipo que tenía ante sus ojos esa noche.

A su alrededor, en la terraza habitualmente tranquila, el caos era indescriptible; y en cuanto a las tres mujeres del grupo, era gracias a la cónsul que estuvieran ya en traje de baño. Si bien buenas humaredas se alzaban ya desde las raciones de pasta, las botellas de Campari y de Punt e Mes estaban aún retenidas en la mesa con entusiasmo, mezcladas entre las otras a la mitad de dolcetto y barbera.[1] Ni el saqueo de los entremeses, cuarenta minutos después de empezar, conseguía aplacar el furor: encajados entre las sillas como barcos capturados y varados, los cuatro armarios de dos cuerpos no dejaban de servirse su cargamento de pimientos asados, tencas maceradas, quesos, boquerones en salsa roja y verde, calabacines y tomates rellenos, tortillas campestres, salchichas ya frías.

El ingeniero Fontana tenía un estómago de hierro, y aquel espectáculo no turbaba en él más que al hombre ordenado; pero estaba preocupado por Vittorio. Después del pesado día que habían tenido en

la fábrica, este epílogo gastronómico se arriesgaba a ser la gota que colmara el vaso, y la empresa no podía permitirse una crisis hepática de su presidente. Al día siguiente y al siguiente había al menos una docena de asuntos que requerían la presencia indefectible de Vittorio…

Otra vez se volvió a mirar al «jefe», esbozando en los labios una sonrisa de ánimo. Pero la sonrisa se le borró rápido: Vittorio había desaparecido.

Por un momento, Fontana pensó que sencillamente estaba debajo de sus macizos vecinos, cuyos brazos ahora se tocaban. Se incorporó un poco, y vio la silla de Vittorio empujada hacia atrás, fuera de la batalla, vacía. Lo buscó entonces con la mirada por la mesa arriba y abajo; luego, sin disculparse con sus vecinos, que por otra parte ni mucho menos estaban pendientes de él, dejó la vociferante reunión, subió la escalera hacia los baños y llamó a la puerta que tenía una pegatina de Gianduja[2] pegada en el centro.

—¿Vittorio? —llamó.

Nadie respondió. Giró el pomo: el baño estaba vacío.

Quizá se había sentido mal y había salido a toda prisa al jardín a vomitar el alma, pensó preocupado.

Bajó apresurado, volvió a la terraza y corrió hacia la escalerilla de madera que llevaba directamente al jardín y al aparcamiento. Pero en el tercer escalón se detuvo, aguzó la vista y al final, con una amplia sonrisa indulgente, dio media vuelta preparándose para afrontar él solo el resto de la velada: la sombra que se deslizaba cauta entre los coches, que llegó hasta su DS y lo puso en marcha con un susurro culpable, era la del presidente que salía por pies.

12

Por las ventanas abiertas del salón entró el ruido del cierre de la puerta y la grava estridente, mientras el taxi de Massimo se marchaba dando la vuelta en la rotonda delante de la villa.

—Se ha marchado muy temprano —dijo con pesar la señora Campi —. ¿Dónde tenía que ir con tanta prisa? Tampoco lo ha dicho.

—¿Y dónde crees tú que ha ido? —mascculló su marido—. ¿No lo sabes?

Parecía una conversación entre padres preocupados por un hijo que ha cogido un mal camino, notó divertida la señora Campi. Cualquiera

que la hubiera oído habría pensado lo mismo. Sin embargo, era solo fruto de la situación: su marido estaba encendiendo otro de sus horribles cigarros y por eso la voz le había salido con esa entonación amarga, suplicante. En cuanto a ella, siempre veía con disgusto que Massimo se fuera, pero por razones mundanas más que maternas. Massimo era uno de los hombres más inteligentes y vivos que conocía, no había nada comparable a su conversación, especialmente las noches que no había otros huéspedes.

—Debería invitarlo a pasar algunos días aquí con nosotros —dijo con un suspiro.

—¿A quién?

—A Massimo.

Su marido se echó a reír, primero despacio, después cada vez más fuerte, a carcajadas, y el humo, naturalmente, se le atragantó, los ojos le lloraban.

—Hombre, no sé… —balbuceó—, si viviera en Japón…

La señora Campi se encogió entre sus elegantísimos hombros.

—¿Qué tiene que ver? ¿No se puede tener como invitado a un hijo solo porque vive a diez minutos de nosotros?

—Sois tal para cual —dijo su marido, todavía riendo—. Tal para cual. Una idea así la podría tener…

—Claro, tú lo ves todos los días, yo no.

—Casi todos los días —precisó el señor Campi, esta vez con un tono de verdadera súplica.

—Es joven —dijo la señora Campi alargando la mano hacia la revista cercana, que era de moda—. Es inteligente. Tiene mucho tiempo por delante.

Abrió la revista al azar, por una página que mostraba una colección de joyas falsas, carísimas y ya pasadas de moda. Su marido, con una mano sobre el respaldo de la butaca, miraba un anillo de humo perfecto ascender diagonalmente hacia el techo.

—El tiempo pasa —dijo cuando el anillo se había casi desvanecido.

—Razón de más. Deja que se divierta.

—Pero ¿se divierte? Eso es lo que me pregunto. Porque se lo pregunto a él…

La señora Campi admitió para sí que desde hacía algunas semanas Massimo no era el mismo. Esta noche, en particular, lo había encontrado mucho menos brillante que de costumbre: como distraído, en ciertos momentos incluso aturdido.

—No lo sé —dijo— y no me preocupa. Siempre ha tenido la cabeza sobre los hombros.

—Ah, no digo yo que no. No obstante, mi opinión personal es que…

Se detuvo. En el silencio se oyeron los frenos del taxi que disminuía la velocidad en el último y empinado tramo del camino, antes de enfilar la pendiente hacia la ciudad. Qué aburrimiento, pensó la señora Campi soltando la revista en la mesita de café, qué inutilidad. Aquí estamos, después de cenar, discutiendo la vida privada y el futuro de nuestro único hijo, que es un adulto, que vive por su cuenta hace años y que es perfectamente capaz de cuidar de sí mismo. Y todo había empezado con una frase banal, que ella misma había dicho sin pensarla, por casualidad. O quizá nada, nunca, como decía la tía Margot, ocurría por casualidad.

13

Doscientas setenta liras.

Desde que el restaurante Maria Vittoria —en la esquina de la calle del mismo nombre con la vía Bogino— existía, no había ocurrido nunca que el arquitecto Garrone dejase una propina tan alta. Pero las 1500 estaban allí, junto a la cuenta por valor de 1230 y la silla vacía.

—Habrá heredado —dijo la camarera de Altopascio a su colega de Colle Val d'Elsa.

—O tenía prisa. Verás como la próxima vez te las pide.

—O me pide otra cosa. Por doscientas setenta liras es capaz.

Desde la caja, en un extremo de la barra, la jefa las increpó con severidad.

—¡Tanta cháchara! —dijo.

Ahorrador y ocasional, el arquitecto era, no obstante, un cliente.

—Anda, entonces, ¿lo que hace él qué es? ¿Eso no es cháchara? —replicó encendida la de Altopascio.

Colle Val d'Elsa gruñó: —Esta noche parecía que le hubieran dado cuerda. Se reía como una mona.

—Esta noche se reía por sus cosas. Pero la última vez estuve a punto de tirarle el frutero a la cabeza. Cogió una banana y quiso saber si mi novio…

—¡Ah! —gritó riéndose la de Colle Val d'Elsa—. Eso de la banana me lo dijo a mí también.

—Chicas, chicas —intervino de nuevo la jefa.

Intervino también, desde una mesa cercana, un joven moreno de baja estatura, que se había quedado hasta la hora de cierre con la vaga intención de preguntarle a la de Altopascio si podía acompañarla a casa.

—Si yo fuera el novio de la señorita —dijo solemne—, a ese apestoso lo apañaba yo…

14

El arquitecto Garrone se sacó del bolsillo el paquete de Muratti Ambassador y lo soltó sobre la mesita de plástico negro, junto a los dos vasos y a la botella de Rémy Martin VSOP que contenía un poco de brandi nacional. Se alejó unos pasos y enseguida se dio cuenta de que todo tenía un aire demasiado preparado.

Le quitó entonces a los Muratti el envoltorio transparente, abrió el paquete y sacó tres cigarrillos, que se guardó en el bolsillo de la chaqueta: un paquete sin abrir podía sugerir que lo había comprado para la ocasión y que habitualmente fumaba (y así era) simples Nazionali con filtro.

Sacudió con un par de manotazos las dos gibosas butacas, estiró con la punta del mocasín la antecama que hacía de alfombra, y encendió la lámpara de pie que él mismo había fabricado, comprando a un quincallero del Balùn un viejo soporte de hierro colado de estilo medieval y poniéndole encima, con feliz encaje, un globo de pergamino plisado made in Denmark, que daba una luz suave y acogedora. Después fue a apagar la desnuda bombilla central (faltaba el globo gemelo, pero costaban un ojo de la cara, teniendo en cuenta que eran solo papel) y miró a su alrededor. Podía servir.

El camastro del rincón se quedaba en una penumbra discreta, así como la cortina del fregadero; y el flexo verde, encendido sobre la mesa de caballetes, le daba al ambiente un tono profesional impecable. En la misma mesa —el arquitecto esbozó una leve sonrisa—, el falo ritual de piedra ponía una nota de desprejuiciado pero no condescendiente exotismo: recordaba que, si bien ese estudio era necesariamente modesto, él era un hombre no solo de mundo, sino de cultura.

Estaba en la parte de atrás de la librería de pared que, en cualquier caso, habría hecho bien en ordenar un poco. En cada estante, los pocos

libros, las revistas amarillentas de interiorismo, los rollos con viejos proyectos se mezclaban con los objetos más diversos y menos oportunos: un hornillo de alcohol con una tetera desconchada y tazas sin lavar, una manta militar, un surtido de polvorientas botellas vacías, marañas de cuerda, toallas y trapos varios, frascos de laxante, números sueltos de semanales que le habían parecido audaces cinco o seis años antes, y de otras publicaciones que no eran de arquitectura, un ventilador roto, un paquete de algodón abierto, un par de zapatos deformados, e incluso un panel de madera con ganchos para las llaves que estaba ahí desde los tiempos en que el local era parte de la portería que ya no existía.

El arquitecto fue a considerar de cerca, echando atrás la mesa, la posibilidad de una sumaria reordenación, pero renunció; se limitó a mover los zapatos al estante más bajo y a inclinar el brazo del flexo de manera que la luz destacara sobre todo el falo de piedra.

Las diez en punto. Cerró la estrecha ventana de vidrio esmerilado, que una reja separaba de la calle, y se dirigió hacia la puerta; quitó el cerrojo, que a falta de una cerradura de medio giro servía para mantenerla cerrada desde dentro, y se asomó al rellano en penumbra para comprobar que el portal estuviera abierto. Estaba abierto, como siempre: ninguno de los inquilinos se tomaba ya la molestia de cerrarlo hasta la madrugada.

Dudó un momento, valorando la idea de esperar dentro, con un Muratti en los labios, pero su impaciencia se impuso. Salió a la calle, miró a derecha e izquierda.

A la derecha, hacia la plaza del Conservatorio y la lejana Birreria Mazzini, la calle estaba todavía muy animada, a pesar de la obstrucción de unas obras. Pero a la izquierda, hacia el Po, las aceras estaban prácticamente desiertas; solo había un grupo de jóvenes en camiseta parados delante del bar de los pulleses, en la esquina con la calle Calandra. Poco después, uno de ellos salió en una motocicleta con un estruendo ensordecedor. Pasaron los minutos y un taxi asomó por una vía lateral, pero fue a pararse varios portales más allá, y de ahí bajó alguien con una maleta. Las diez y cuarto.

El arquitecto volvió al estudio, echó el cerrojo, alisó con el pie, irritado, la antecama, que se había arrugado de nuevo, y se sentó con la cara en penumbra. Esperar, siempre esperar… Encendió uno de los tres Muratti, aspiró profundamente, pero no sintió ningún placer: prefería los Nazionali, ahora, con los años, su paladar estaba ya habituado a tabacos menos nobles. Esa consideración lo hundió en un desánimo

angustiado, en una repentina seguridad de fracaso. No significaba nada que el margen de media hora todavía no hubiera transcurrido, y que, además, después de las diez y media, otras razones pudieran haber influido en el retraso. Era el asunto en sí lo que le parecía de pronto bajo una luz de irrealidad, de una inverosimilitud absoluta. Se sintió él mismo evanescente, vacío, como si las burbujas de su larga efervescencia hubieran estallado todas, hasta la última. Se miró los calcetines color celeste que trataban de acompañar con desparpajo los mocasines deteriorados, los lisos pantalones de lana fría con la raya en vano impecable, y empezó a juguetear mohíno con el penúltimo botón de la camisa que llevaba, juvenilmente, con el cuello desabrochado. Sin una razón concreta, se acordó de la ventana de su habitación, en la vía Peyron, donde de niño, después de hechos los deberes, se quedaba largo rato asomado mirando el vuelo bajo de los vencejos.

La vida, pensó desesperado, la vida.

La llamada a la puerta fue tan discreta que, después de incorporarse de un salto, se quedó un momento inmóvil pensando que se había confundido. Tampoco había oído pasos en el rellano. Avanzó titubeante y abrió aún sin creer, aún retenido por el elástico y tenaz lazo de las innúmeras desilusiones. Las manos le temblaban y, de primeras, en la penumbra, casi no reconoció a la persona que esperaba. Luego, una amplia sonrisa imprimió en su rostro densos abanicos de arrugas.


[1] *Vinos típicos del Piamonte. (Todas las notas son de la traductora).*

[2] *Personaje del teatro popular piamontés.*

II

Una florecilla, pensó Anna Carla (miércoles por la mañana)

1

Una florecilla, pensó Anna Carla al despertar.

Quizá había soñado con flores pequeñas: violetas, margaritas. Y con una bicicletilla también. La impresión de fondo era la de una alegría protegida y ligera entre diminutas diversiones: callejuelas, fuentecillas, pajarillos. Y cancioncillas, sillitas. «Estampitas». Eso es, la casa de las hermanas en la colina.

Miró la hora, alargó un brazo y llamó. Y solo cuando Janine entró con el desayuno, se acordó.

—¿Se han marchado ya?

—Sí, señora, esta mañana temprano. El señor les ha pagado y me ha dicho que le diga que Emilio vendrá esta mañana. ¿Quiere que me organice yo con él? Puedo hacer la compra cuando salga con la niña.

—Gracias, Janine. Es usted mi salvación.

Un ángel. Tenía sus defectos, pero era de esas que justo en los momentos de crisis demuestran una eficiencia inesperada. ¿Y Vittorio? Un ángel también él. La noche anterior, cuando regresó, lo encontró palidísimo: la comida con sus suecos o daneses o lo que fueran lo había machacado. Pero cuando ella, antes de acostarse, por todo consuelo le dio la noticia, él tuvo la fuerza de sonreír:

—Has hecho bien. Este asunto era ya una pesadilla.

Aunque la pesadilla había sido únicamente suya, de Anna Carla. A Vittorio algunas cosas no le concernían…

El café estaba riquísimo, el pan, tostado a la perfección, y Janine se había incluso acordado, desde la última vez, de que ella prefería el azúcar en terrones. Apartó la bandeja, cogió de la mesilla de noche el

paquete nuevo de Muratti y puso el cenicero a su lado, en las sábanas: se sentía de vacaciones.

Ne pas traîner au lit. Es decir: Dormid lo que os de la gana, pero una vez despiertos, ¡en pie! (De lo contrario vienen malos pensamientos). Era uno de los preceptos fundamentales de las hermanas para las vacaciones. Qué tontería. Los pensamientos buenos o malos dependen de cómo te despiertes, no de cuándo te levantes. Y ella, esa mañana, se había despertado «de buenas».

Miró sin disgusto, con indulgencia, la cortina de la ventana central, por la que el sol de las diez traslucía con violencia: Janine había abierto la persiana equivocada. Luego, mientras empujaba el cenicero de cristal con el cigarrillo fumado hasta el filtro, se ensombreció. ¿A lo mejor las hermanas tenían razón?

La mirada tropezó con el pequeño sofá del fondo, donde un rectángulo azul destacaba sobre el terciopelo rosa antiguo.

2

En la comisaría del barrio, los otros departamentos funcionaban como de costumbre.

—A ver, déjeme a mí —dijo el agente de certificados examinando la solicitud en papel timbrado. Cogió el lápiz y antes de guardar el impreso tachó una palabra al principio.

—¿Por qué? —preguntó suspicaz la gordinflona—. ¿Qué ha quitado?

—Nada, quédese tranquila —dijo el agente. Después, bajo la mirada amenazante y poco convencida de la señorona, volvió a coger el impreso y se lo entregó—. ¿Ve? Es lo mismo.

—Ahí residente estaba perfectamente bien —dijo provocadora la mujer—. ¿Por qué lo ha quitado?

Ante la respuesta, cualquier respuesta, el agente Ruffo había aprendido a sufrir.

—Vea —empezó a explicar con paciencia—, usted ha escrito: La que suscribe Bertolone Teresa…

—Claro —dijo la señorona en tono desafiante—. Es que soy Bertolone Teresa.

—No —dijo el agente—, lo que quiero decir… Bertolone Teresa, nacida en Villanova d’Asti el 3 de noviembre de 1928, y…

—¿Y qué problema hay con eso?

—¡Quiere dejarme acabar! —se impacientó el agente, que en definitiva era un hombre también él—. ¡Nacida en Villanova d'Asti el día tal del año cual, y ahí residente en Turín en la vía Bogino 48! ¡Poner ahí residente es incorrecto! —gritó—. ¡Es un error! ¿Quiere entenderlo?

La señora Bertolone lo miró con la boca abierta. Luego se volvió hacia la pareja sentada en el rincón, como para hacerlos testigos de la enormidad del atropello. Finalmente, volvió a soltar el impreso delante del agente Ruffo, señalando con el índice el tachón.

—En Villanova siempre lo hemos dicho así, y a los carabineros[3] *siempre les ha parecido bien. ¿Por qué a usted no?*

El agente Ruffo sintió un escalofrío por la espalda. Se había excedido un instante contra un ciudadano y ya estaba atrapado en la mortal comparación entre los abusos de la policía y la clásica corrección, el irreprochable comportamiento de los carabineros. Hurgó entre las cartas y los sellos, encontró la goma y borró con lenta deliberación la tachadura previa. Listo.

—Como usted desee, señora —dijo glacial—. Hasta la vista —añadió con educación, mientras la otra se marchaba sin despedirse. Sacudió despacio la cabeza, bajó los ojos, los levantó hacia la pareja que había retomado su discusión en voz baja.

—¿Están ustedes esperando…? Ah —recordó—, ya.

—¡Hace más de una hora —estalló María— que nos tienen aquí! ¿Cuándo podremos irnos?

—No lo sé. No depende de mí —se excusó el agente Ruffo—. ¿Son ustedes testigos oculares? —preguntó indicando el periódico que Benito había empezado a golpear, hosco, contra la rodilla.

—¡Qué va! —dijo María—. Ya le hemos repetido cien veces que no sabemos nada más. Hemos venido espontáneamente a traer esa carta. Nadie nos obligaba. ¿Qué es lo que tenemos que esperar aquí, entonces?

—Pero ¿la carta está relacionada con el hecho?

—Sí. Por eso la hemos traído. Pero nadie…

—Entonces son testigos oculares —concluyó el agente en tono de condolencia, como queriendo decir: es una desgracia que le puede ocurrir a cualquiera.

—¿Lo ves? Te dije que no nos metiéramos en esto —la recriminó Benito entre dientes. La discusión entre ambos volvió a empezar.

El agente Ruffo se encogió de hombros. A las ocho, cuando entró al servicio, hacía poco que el trabajo en la comisaría había vuelto a la normalidad, si bien los de la Patrulla Móvil estaban todavía allí, en las oficinas de la comisaría, donde se habían instalado desde la noche anterior por la comodidad de las convocatorias: los interrogados —se lo había dicho el colega de servicio en el turno previo— eran casi todos inquilinos del edificio u otra gente del barrio.

Estos dos, en cambio, llegaron después. Parecía que tenían un elemento nuevo —posiblemente la carta de la que hablaban— y ya habían declarado. Pero parecía también que, por alguna razón, se esperaba una decisión de la Central; por lo que, a la espera, los habían dejado allí.

Era eso, aparte del primer y apresurado artículo en el periódico de la mañana, todo lo que el agente Ruffo sabía del delito de la vía Mazzini.

3

Aquella madrugada, el jubilado con el perro estuvo en la comisaría del barrio hasta las tres. Después lo citaron de nuevo a la mañana siguiente, temprano, y el comisario De Palma, de la Patrulla Móvil, era el tercer funcionario que le hacía volver a relatar desde el principio todo lo sucedido. Pero él tenía todo el tiempo del mundo. Estaba solo un poco preocupado por el perro, que esta vez había dejado en casa y que si se quedaba solo se entristecía.

—Un setter —especificó.

—¿Es usted cazador, aparejador Bauchiero? —preguntó afable De Palma.

—Lo fui —contestó melancólico. Esos tiempos quedaban ya muy lejos. Y había tenido que venir aquí, pensó sonriendo, para volver a oír cómo lo llamaban de nuevo con el título que le correspondía. Con excepción de la antigua charcutería Balbo, en los negocios del barrio ya solo era simplemente el señor Bauchiero, y para los inquilinos del edificio, todos de familias llegadas en el último año, no tenía siquiera un nombre.

—Entonces —recapituló De Palma—, cuando usted salió con el perro eran más o menos las once, y el portal estaba abierto.

—Siempre lo dejan abierto. Y ahora, qué quiere que le diga, lo dejo

abierto también yo…

—Pero en la puerta de Garrone no notó nada, ¿no? Y tampoco sabe decirnos si estaba ya entreabierta… Porque, vea, eso es un detalle muy importante.

—Lo sé —dijo el aparejador Bauchiero—. Si estaba abierta, el hecho quizá ya había sucedido. Si no…

—Exacto.

—Sin embargo, no lo recuerdo. No me fijé.

—Está bien. Volvamos a su regreso. Usted había llegado hasta el paseo del Po.

—Hasta el paseo del Po.

—Se quedó allí diez minutos o un cuarto de hora paseando el perro, después volvió por la misma acera.

—Sí. Pero fue en la vía San Massimo donde me topé…

—Un momento —dijo De Palma—. Querría que usted tratase de recordar todo lo que pudo ver en el camino de vuelta a su portal, antes de encontrarse con la persona de la que nos ha hablado.

—Algunos coches —reflexionó el aparejador haciendo memoria—. En aquel trecho pasan muy pocos, por las obras que hay más arriba, en el Conservatorio. Pero no puedo decir que prestara demasiada atención; iba pendiente del perro, que de vez en cuando se baja de la acera y me da miedo que cualquier día…

—Esperemos que no —dijo animoso el funcionario—. ¿Y aparte de los coches?

—Nada más. Es decir: delante del bar que hay en la calle Calandra había cuatro o cinco de esos chavales… —se paró dudando para no ofender a nadie—, meridionales.

—Pulleses —precisó el jefe de comisaría.

—A esos —intervino el subcomisario Magliano, de la Móvil—, ya les hemos preguntado: nada.

—Ah, ahora me acaba de venir a la cabeza: había también…

—¿Sí?

—Una mujer anciana y otra mujer que parecía su hija, con un niño en brazos. El niño lloraba y… Pero no creo que esto les interese.

—Ya. —El comisario De Palma sacudió la cabeza—. Efectivamente. Y hasta la rubia que salió de su portal, ¿nada más?

Bauchiero hizo otro esfuerzo de memoria: —No. Nada más. Pero… —dijo volviéndose hacia Magliano—, quiero decir: ¿yo he dicho que saliera de mi portal?

—Sí, lo ha dicho. Lo ha dicho y repetido —dijo Magliano con cierta impaciencia—. ¿No está seguro?

—No. Es decir… De hecho, es probable, pero el caso es que…

—Pero usted antes ha declarado…

—Perdone, Magliano, dejemos hablar al señor Bauchiero —intervino De Palma—. Así que usted, señor… —continuó volviendo a la primera declaración—, estaba cruzando la calle San Massimo y miraba hacia su casa, cuando vio…

—¡Eso es! Cruzando la calle yo no iba mirando hacia casa. Miraba —dijo el jubilado casi disculpándose— a la calle San Massimo. Comprende usted…

—Comprendo perfectamente —asintió De Palma.

—Hacia casa estaba mirando un momento antes y en la acera no había nadie. Volví a mirar un momento después y estaba esa mujer que parecía haber salido de mi portal y que venía hacia mí. Pero no es que la viera salir con mis propios ojos. No sé si me explico…

—Se explica perfectamente. Cuando usted la vio ¿a qué distancia estaba del portal?

—¿Yo?

—La mujer.

—A pocos pasos. Y como el siguiente portal es idéntico pero un poco más arriba, pensé que había salido del mío. Pero, como repito, no la vi exactamente con mis propios ojos…

—Pero sí, está claro que salía de allí —interrumpió Magliano.

—El otro portal ¿a qué distancia está exactamente? —preguntó De Palma.

—A unos cincuenta metros. Entre los dos está el instituto Capasso, que tiene la entrada por la calle Mille.

De Palma pensó un momento: —Ha hecho usted bien en precisar —le dijo amablemente al aparejador—. Pero el caso —admitió volviéndose a los demás— es que la famosa rubia tuvo que salir de allí. No cayó llovida del cielo —le sonrió condescendiente al jubilado.

También el jubilado sonrió.

—A menos —dijo paciente— que no hubiera cruzado la calle.

Durante la pausa perpleja que siguió, Magliano se desentendió deliberadamente y abrió el periódico para ver qué habían puesto. Le molestaba haber sido el que insistió al periodista en la importancia de la rubia que había visto Bauchiero.

El cadáver del profesional —explicaba con algunos errores la

primera edición— había sido hallado por un jubilado, residente en el mismo edificio, el aparejador Baschiero, que volvía a casa con su perro. El señor Faschiero percibió el resquicio iluminado de la puerta entornada, pero luego fue el inteligente animal el que empujó el batiente, arrastrando así a su amo ante el espeluznante espectáculo. El arquitecto yacía detrás de su mesa de trabajo, con el cráneo partido. La lámpara de la mesa se había volcado, y el arma del delito (que podía resultar una pista importante, pero sobre la cual, por lo que sea, la policía no había querido dar más datos) estaba en el suelo al lado de la víctima. Esta última, según parecía, fue golpeada por la espalda mientras estaba vuelta hacia la librería. El resto del estudio estaba en orden y no parecía que se hubiera robado nada. Una botella de coñac y dos vasos utilizados hacían pensar, por otro lado, que Garrone conocía a su asesino o que en todo caso lo recibió sin sospechar. Era todavía muy pronto —especificaba el breve y apresurado relato, añadido a la crónica en el último momento— para hablar de una línea precisa de investigación; pero el periódico destacaba con seguridad que los investigadores concedían la máxima importancia a las declaraciones de un transeúnte, un tal Pachero, el cual, poco antes del descubrimiento del delito, había visto a una bella y elegantísima señora rubia salir a toda prisa del portal del edificio.

Menos mal —constató Magliano— que lo del tubo se había quedado fuera por falta de espacio (o dejado en reserva, como novedad, para la edición de mediodía) y que el cronista había preferido cerrar con la habitual nota de fantasía. De hecho, la rubia descrita por Bauchiero no estaba dotada de una particular belleza (ni elegancia), pero sí de un sólido tubo de hierro (o de plomo) como ese que habitualmente llevan para defenderse (y atacar) las prostitutas de la colina o de los bosques alrededor de Stupinigi.

4

Anna Carla decidió que perdonaba a Massimo. Ese día no se buscaría más problemas. Esa era su florecilla para la jornada.

Con un gesto seco cerró la cremallera del vestido corto y ligerísimo, de listas, y se sentó en el tocador para mirarse el pelo. Un poco aplastado, pero todavía decente. A la peluquería iría al día siguiente. Además, a ella (se lo había dicho en contra de su propio interés el

mismo Gianni Tasso) un poco de desorden en el pelo le quedaba bien: el rubio «aureolaba». Una persona maravillosa, Gianni Tasso, nada que objetar, si bien los arrumacos que dispensaba a la clientela le daban ganas de vomitar. Una vez lo oyó llamar «tesoro» incluso a la señora Tabusso. Pero, ya que estaba, perdonó también a la señora Tabusso.

¿A quién más tenía que perdonar? Prácticamente —descubrió con estupor— a todos: de los pocos conocidos más efímeros no había uno que una vez u otra no hubiera desencadenado sus más terribles resentimientos. El mismo tío Emanuele... No, el tío Emanuele no. Y tampoco su secretario, siempre tan atento y amable. Todos los demás podían ser tremendamente inoportunos y cretinos (sus amigas en general y Bona sobre todo), terriblemente groseros (su infatigable cortejador Federico) o salvajemente insulsos (como el americanista Bonetto), de un sentimentalismo nauseabundo (de nuevo Federico, su amiga Giovanna), o insultantes, atroz e imperdonablemente insultantes, como...

Se echó a reír. Massimo, ahora, ya estaba perdonado. Al final no escribió aquella carta. Pero se imponía una explicación. De hecho —se levantó—, era urgente.

5

El subinspector Picco tenía tres voces: una, firme y amable (de hombre de orden), que usaba con cierta afectación en las normales prácticas burocráticas y administrativas; otra, autoritaria y amenazante (de hombre de orden), que deliberadamente aplicaba a los asuntos criminales; y una tercera, entre celosa y temerosa (de hombre de orden), que le salía cuando esos asuntos implicaban de cualquier forma, directa o indirecta, a personalidades del establishment ciudadano.

—Usted comprenderá —dijo, con la tercera voz, después de que el comisario Santamaría hubiera terminado de leer las pocas líneas en el folio de papel azul—. Ridículo. Ridiculísimo. De acuerdo. Pero usted ve en qué tipo de follón estamos metidos, si De Palma no se da prisa en descubrir una verdadera pista, un rastro concreto... No, quédesela, quédesela —añadió deprisa, empujando la carta que el otro trataba de devolverle. Levantó el auricular—. Ahora le diré a De Palma que en

cuanto a este aspecto… marginal, absolutamente marginal…, se ocupe él —dijo congraciándose. Hizo una pausa, cambió la voz—. Y así, mientras, vemos si aparece algo más.

—¡Oiga! —dijo amenazante al teléfono—. ¿De Palma…?

Al otro lado de la línea, el comisario De Palma no pudo más que admitir el punto más o menos muerto, emitir algún vago suspiro de obligación, prometer algún avance todavía más vago: —No, no hay nada concreto. Pero estamos todavía examinando… Por otra parte, el muerto era de todo menos un estimado y reconocido profesional… No, vivía al límite, según hemos visto, y parece que el estudio le servía únicamente para aventuras de ínfimo nivel. Por lo que, en definitiva, creo que tendremos que tirar por los típicos ambientes…

En cuanto a la carta, entregada obviamente como venganza por los criados despedidos por los Dosio, la coincidencia era cuando menos curiosa: —Pero tampoco diría yo, al menos de momento, que valga la pena… Es un tema delicadísimo, cierto… Sí, en todo caso, el comisario Santamaría me parece también a mí la persona más adecuada… Nosotros entre tanto, como verá en el informe, seguiremos orientados hacia… ¿Cómo dice?

—Digo que orientarse está bien —dijo con firme amabilidad el subinspector Picco, antes de continuar—. Pero avanzar es todavía mejor.

El comisario De Palma colgó a su vez, alineó distraídamente un lápiz, se pasó una mano por el pelo, que llevaba cuidadosamente peinado hacia atrás.

—Y vualá —dijo con una mirada circular a los presentes, cruzando las manos bajo el mentón.

—Bueno, al menos tenemos la pista de la rubia —se atrevió Magliano.

De Palma se encogió de hombros.

—Otra de esas cosas que solo sirven para perder el tiempo —dijo escéptico—. Ah, a propósito —se volvió al jefe de comisaría—, a esos dos podemos mandarlos a casa.

—¿Quedan aún a disposición?

—Mía no —gruñó De Palma indicando con el mentón el teléfono—. Ese lío, por suerte, se lo han colgado a Santamaría.

—Yo, de todas maneras, disculpa —insistió Magliano—, a la declaración de Bauchiero le daría todavía un repasito. Sobre todo por lo del tubo.

—Eso es una deducción nuestra, Bauchiero no ha dicho que fuera un tubo.

—Pero ha tenido una impresión clara.

—Porque se lo habéis sugerido vosotros.

—¡En absoluto! —protestó Magliano—. Fue él, desde el principio, el que declaró que…

—Pasquale, relee —dijo seco De Palma al sargento de la Móvil que estaba reordenando las copias del informe para la Jefatura.

—Objeto —empezó el sargento—, informe sobre el caso de homicidio, artículo 575 CP, cometido el…

—No. Solo la declaración de Bauchiero.

—Ah, sí, señor… Aquí está: Alegación n.º 1. Proceso verbal de interrogatorio de… etcétera, etcétera… Ante nosotros, la autoridad de… etcétera, etcétera… está presente el anteriormente citado, que a la pregunta responde: Hacia las 23:15 horas de ayer, mientras…

—Más abajo, donde habla de la mujer.

—… una mujer que salió de mi edificio. Paréntesis. Nota Bene: En el interrogatorio complementario precisa que no vio salir materialmente a la susodicha, pero que supone…

—Deja la nota —se irritó Magliano—. Ve a la descripción.

—Rubia y de aspecto equívoco. Más bien alta. De media edad. Paréntesis. Aquí sigue otra Nota Bene —vaciló el sargento.

—Sáltatela.

—Lea, lea —dijo De Palma.

—A la pregunta suplementaria declara que no puede precisar la edad de la mujer, dada la escasa iluminación y la circunstancia de que ella, al cruzarse con él, llevaba en el rostro un gran pañuelo, ya fuera para secarse la frente o para…

—O ya fuera —dijo el jefe de comisaría—. Corrígelo: o ya fuera.

—… o ya fuera para ocultarse deliberadamente al testigo. En la proximidad, el testigo ha tenido la impresión de que se trataba de una persona robusta, tanto que no se puede descartar que fuera un travestido. Después de reflexionar, además, precisa que tampoco puede confirmar esta impresión…

—Más brío —dijo lúgubre el comisario De Palma.

—… dicha impresión, dada la circunstancia, debido al impermeable holgado que se describe a continuación. Cierre paréntesis. La susodicha vestía un impermeable transparente de plástico, holgado y ceñido a la cintura, con pantalones anaranjados y

guantes oscuros; además, colgado al hombro izquierdo, un gran bolso también en naranja, decorado por delante con estrellas tipo Italia, de cinco puntas. Paréntesis. Oportunamente interrogado, el testigo no ha sabido aportar otros elementos respecto al aspecto equívoco de la persona, salvo la impresión de un maquillaje muy vistoso antes de que la mujer se tapase la cara con el susodicho pañuelo. Cierre paréntesis. La mujer empuñaba en la mano derecha un objeto cilíndrico enrollado en papel de periódico y de unos sesenta centímetros de largo, del que el testigo tuvo la impresión…

—¡Bravo! ¡Adelante con las impresiones!

—… de que era muy pesado, por ejemplo, un tubo de hierro o de plomo, o quizá…

—¡Lo ve! Lo del tubo lo ha dicho él —dijo Magliano—. Después nosotros hemos sacado nuestras conclusiones, pero el primero en mencionar el tubo fue él.

—… o quizá una tranca —concluyó el sargento—. ¿Sigo leyendo?

—Pues claro. Lea, lea —dijo Magliano.

—Nota Bene: A este propósito es oportuno destacar que en el curso de las redadas de prostitutas efectuadas en los bosques de las afueras, en particular en Stupinigi, suele ser frecuente encontrar en el terreno pesados tubos de plomo o de hierro del largo citado y también envueltos en papel de periódico, que las susodichas utilizan con fines tanto defensivos como de intimidación y robo. No se puede descartar por tanto que la pista pueda tener particular importancia en el orden de un posterior desarrollo de la investigación.

—Eso me parece a mí también —observó el jefe de la comisaría.

—Pues así será —estalló De Palma—. Pero no nos lleva muy lejos. Y además, si se había llevado exprofeso el tubo, ¿por qué no lo mató con él? Por qué tuvo que ir a coger ese…

Magliano se echó a reír: —¡La fuerza de la costumbre!

También los otros se echaron a reír a carcajadas.

—Sí, vosotros reíros… —dijo fúnebre De Palma. Pidió el informe y empezó a revisarlo moviendo la cabeza. A alguien como el muerto, con el tipo de gente que debía pasar por ese estudio, puede haberlo matado cualquiera. Es más, lo raro es que con ese cacharro que guardaba en casa junto a otras porquerías, nadie le haya machacado la cabeza antes. «Una escultura obscena en piedra —releyó— que representa el órgano genital masculino, completado con los testículos en la base, de unos 29 centímetros de altura, y de dos kilos y medio de peso». La muerte había

sido instantánea y no parecía remontarse a más de una hora del descubrimiento, fue provocada por un único golpe, concentrado en la nuca, pero dado el peso del objeto es imposible deducir la fuerza física del asesino. Sí, cualquiera, y por cualquier motivo (incluido el robo), habría podido matarlo: una prostituta no pagada, un travestí o un chulo molesto, un ínfimo garitero, un cómplice de cualquier engaño o delito menor… Lo que significaba, primero, que la búsqueda «en los típicos ambientes…» sería laboriosísima; y segundo, que con toda probabilidad no conduciría a nada.

El comisario De Palma, en la Móvil desde hacía diez años, eso lo sabía mejor que nadie. No que los asesinos de las mujerzuelas arruinadas, de los anticuarios pederastas matados a botellazos, de los voyeurs masacrados a patadas a orillas del Po no aparecerían nunca; sino que si una pista no aparecía enseguida, casi seguramente no aparecería jamás. Cierto que los «típicos ambientes» no eran los únicos que el muerto frecuentaba. Pero tampoco se podía hablar de una «doble vida», de otra esfera de relaciones —profesionales, familiares, sentimentales o políticas— que pudiera ofrecer una línea distinta de investigación.

Como arquitecto, Garrone ya no ejercía: de los proyectos hallados en el sucio basurero de su estudio, los más recientes eran de veinte años atrás. En su domicilio de la vía Peyron, donde vivía con su anciana madre y una hermana soltera, no se habían encontrado cartas ni otros papeles de interés. Y las dos mujeres, que lo veían exclusivamente a la hora de las comidas, no supieron dar ni la más mínima indicación útil: a verlo a casa no venía nunca nadie y llamadas ni hacía ni recibía, por la sencilla razón de que todavía no tenían teléfono. Una vida de ratón, es más, de rata: pasada yendo y viniendo oscuramente entre el domicilio exdecoroso de la vía Peyron y esa cloaca que era su estudio en la vía Mazzini 57.

Sin embargo, este ratón, esta rata asquerosa… El comisario De Palma recordó con rabia la expresión «estimado y reconocido profesional» que había usado el periódico. No era solo un cliché, un epígrafe usado al azar: Garrone, inexplicablemente, conseguía moverse también en —o por lo menos, alrededor de— un ambiente del todo distinto. Lo demostraba la carta que habían entregado aquellos dos. Pero eso era un aspecto puramente teórico del caso, sobre el que él, De Palma, se negaba a romperse la cabeza incluso por pura curiosidad. Por escasas que fueran las perspectivas, él prefería con mucho sus prejuicios

y sus prostitutas, sus fichados, sus vigilados especiales, sus desconfianzas con o sin vía de escape. Con ese otro ambiente y con esa carta, si alguien se quería divertir, que se divirtiera, incluido el comisario Santamaría.

6

—Entonces, ¿no me la escribiste?

—No, no te la escribí.

—Lástima. Habría sido divertido.

—No te creas. Estaba fuera de mis casillas. Te habría dicho cosas horrorosas.

—Precisamente. ¿No te acuerdas de alguna?

—No. Pero eran frases bellísimas que me venían a la mente ya completas, con los signos de exclamación y todo. Estaba muy orgullosa de mí. Te habría puesto verde.

—La próxima vez grábalo y después mándame la cinta. Si no, por pura pereza, uno no se pone a escribir nunca, hay que buscar la pluma, el sobre, pasa el momento, y…

—Yo la pluma sí llegué a cogerla. Empecé una y otra vez. Pero luego lo dejé.

—Te arrepentiste. Tuviste miedo de ser demasiado mala.

—No. Es más bien al contrario. Escribiendo a uno se le enfrían las ideas.

—Pero, entonces, estabas muy enfadada.

—Te lo he dicho. No, no te escribí porque…

—¿Por qué?

—Te vi abriendo mi carta, tan entusiasmado que te lo habrías tomado muy en serio. Ya sabes, ¿no?, entre engreído y compasivo, pero pobre Anna Carla, mira cómo sufre, otra vez tendré que medir las palabras, uno sencillamente bromea y ella en cambio pasa la noche en vela.

—Estate tranquila, no mediré nada. Siempre te diré todo lo que haya que decir. Por tu bien, claro.

—Ahí está, ¿lo ves? Eso es lo que me vuelve loca. Del peluquero para abajo todos trabajáis por mi bien.

—Anna Carla.

—Lo sé, suena fatal, discúlpame. Pero, en serio, ponte en mi lugar.

Gianni Tasso es un ángel, nada que objetar, pero si una vez quisiera teñirme el pelo naranja, no sé, por cambiar, él se negaría, me lo prohibiría…

—Te creo. Es un muchacho con muy buen gusto.

—Lo sé, me lo recomendaste tú, y cada vez que acaba de peinarme te lo agradezco mentalmente, te lo juro. Pero lo que quería decir es que él también es un censor, a su manera. Luego está… No sé, en otro orden de cosas, el tío Emanuele.

—Tu tío Emanuele es un santo.

—Precisamente.

—No, a ver, perdona: pero si cuando está allí con vosotros no hace nada más que leer el periódico en su rincón. Una presencia tranquila. No sabes cómo te lo envidio.

—Eso sí. Hace hogar. Pero tranquilo tampoco es que sea. Está allí leyendo, pero mientras, está escuchando todo lo que se dice. Y en cualquier momento salta con sus censuras terribles. Porque con ciertas cosas mi tío no transige.

—Y Vittorio, ¿él tampoco transige?

—Bueno, a su manera, sí, él tampoco. En el tema medicinal. Pero entre todos es el que menos me pesa. Quiere mi bien, pero solo con sugerencias farmacéuticas. ¿Sabes que estas almendritas tuyas están malísimas?

—Están ahí desde hace un mes, yo no las como nunca. Si ayer me hubieras dicho que venías, habría salido a cogértelas del árbol.

—Ayer estaba todavía furiosa. Y además, ayer por la noche… Es decir, he dormido arriba otra vez. Por eso ahora, al pasar por aquí abajo…

—Como por casualidad.

—Sí, por pura casualidad.

—¿Y si no me hubieras encontrado?

—Pues nada, te habría llamado esta noche. He comprendido que cuanto más esperaba más me equivocaba, incluso teniendo razón. Pero júrame que no te he molestado. ¿No tienes trabajo? ¿De verdad?

—¡Qué ceremoniosa eres! Si prefieres podemos tratarnos de usted.

—¿Lo ves? Es culpa tuya. Con tu censura me paralizas, no me siento a gusto. No sé ni hablar, digo cosas poco naturales, y este es el resultado.

—Anna Carla, no cambies las cartas en la mesa.

—No cambio nada. Tengo razón yo. Me has tenido en crisis dos días, pero ahora estoységurísima. La pronunciación exacta es Baaast'n, así

que he hecho muy bien en decir Baaast'n, y lo diré cada vez que se hable de Baaast'n, porque es correcto, lógico, y sobre todo me sale natural decir Baaast'n.

—No hagas como que no me has entendido. Cualquier dependiente, cualquier anuncio de la RAI, sabe que se dice Baaast'n, está orgulloso de saberlo, y lo suelta siempre que puede. Pero tú.

—¿Qué? Yo lo digo también si es necesario. Quien lo diga o no lo diga a mí no me concierne.

—Mira: ¿y si te dijese que pasado mañana tengo que ir a Landon?

—¿Qué tiene qué ver? Ahí está la palabra en nuestro idioma: Londres.

—Es exactamente el mismo caso.

—No lo veo.

—Está clarísimo. Nosotros decimos Boston con las dos oes bien redondas. Hacer el esfuerzo de pronunciar Baaast'n es una afectación ridícula y tú lo sabes perfectamente. Aunque también es verdad…

—Pero yo no he hecho el más mínimo esfuerzo, créeme. Me sale natural, porque efectivamente se pronuncia Baaast'n.

—Pues mira, hace años que te conozco y no te había oído nunca pronunciar Baaast'n.

—Porque Baaast'n no había entrado en mi vida. Era feliz y no lo sabía. Pero ahora que me ha preguntado Federico, me ha llamado exprofeso, si podía acompañar de paseo a una amiga suya que precisamente viene de Baaast'n, yo he dicho de inmediato Baaast'n sin dudar ni un instante.

—Porque se lo has escuchado a él, di la verdad. Es el típico tipo que dice Baaast'n. Y quizá incluso ha estado.

—Sí. Ha estado. Por tanto, tiene todo el derecho de decirlo.

—¿Pero no ves que es al contrario? Precisamente no debería decirlo si ha estado. Son cosas elementales, Anna Carla, venga.

—Pero ¿y si está acostumbrado a hacerlo?, pobrecillo. Qué tiene que hacer, ¿esforzarse en pronunciar Boston?

—Pues sí. Aquí, sí.

—Entonces, también sería una afectación. ¿No ves que te contradices?

—Si el esfuerzo lo haces para no distinguirte de los demás, no es afectación.

—Entonces, según tú, todos los habitantes de Ponza son afectados.

—¿Ponza? ¿A qué viene ahora Ponza?

—Son todos inmigrantes regresados de América. Exestibadores y cosas así. Y todos dicen Baaast'n de la mañana a la noche. Tendrías que oírlos.

—Yo estoy hablando de personas normales, dejemos aparte a los estibadores.

—¿Por qué? ¿No son personas como nosotros?

—No.

—¿Sabes qué? Llevas una vida muy cerrada, muy limitada, perdona que te lo diga. Estás perdiendo el contacto con la realidad. En el mundo solo hay treinta personas que te interesen a ti.

—¡Treinta! ¿Estás de broma?

—Exacto. No. Aparte de lo de Boston, es cierto que me tienes preocupada, ¿sabes?

—¡Oh! Por fin hemos llegado a Boston con dos oes.

—Lo he dicho para agradarte. Para enterrar el pasado.

—Ahora no me encales el sepulcro.

—Y tú no me resucites cadáveres.

7

El comisario Santamaría, con las manos a la espalda, estaba mirando por la ventana que daba a la calle. Después de unas rachas de viento por la mañana, un aire de nuevo firme, otra jornada de nuevo demasiado calurosa, pegajosa, al menos respecto a la ropa que llevaba. En esta estación nunca sabías qué ponerte. Los operarios que trabajaban en la calle, metidos en la gran zanja excavada en el asfalto, iban todos en camiseta de tirantes y tenían los hombros brillantes de sudor. Una perforadora continuaba implacable ampliando la zanja hacia el portal principal de la comisaría. El gas, posiblemente. O el agua. Era siempre así. La ciudad salía del fango, de la lluvia, del extenuante y sucio reducto del invierno, que se alargaba hasta junio, para cubrirse enseguida de una incomodidad aún peor de trabajos en la calle. Áspera, desagradable de nuevo. Y en ese ensordecedor y ubicuo frenesí de reparaciones, cualquier veleidad de meridional abandono moría al nacer. No es que él, ciertamente, tuviera a menudo tiempo o ganas de ponerse a leer el periódico en un banco, o de pasear por las calles con la chaqueta desabrochada, o de pararse en una esquina a mirar distraído una plaza, pero le disgustaba pensar que en cualquier

caso sería imposible.

El comisario Santamaría soltó las manos y las apoyó en el alféizar de la ventana. No era —consideró— especialmente proclive al asombro ni a las divagaciones; las cosas, en cuanto se podía, las resolvía rápido, sin darles muchas vueltas, y no se podía decir que esta que tenía que hacer ahora, que debería haber hecho hacía al menos un cuarto de hora, fuera algo en sí extraordinario. Una llamada de teléfono, nada más. Un auricular que levantar y un número de seis cifras que marcar con el índice. El aparato estaba allí, listo, en su mesa, junto a la copia del informe (que había leído una vez), a la alegación confidencial de De Palma (que había leído dos veces), y a las pocas líneas de la carta azul que había leído tantas veces que se las sabía de memoria: Querido Massimo…

Una simple llamada de teléfono.

Pero ¿para decirle qué, al querido Massimo?

Empezó a reconsiderar una posibilidad que ya había descartado —la de ir directamente, sin llamar— y que tenía la ventaja del contacto personal inmediato, pero la descartó de nuevo: demasiado informal, demasiado peligrosa. No, solo quedaba el teléfono, junto a una buena excusa, un pretexto decente. Porque una citación oficial no aplicaba. En el tipo de marrones que le colgaban por lo general a él, las citaciones oficiales no aplicaban…

Como primer paso, en todo caso, haría bien en cerrar la ventana: con aquel estruendo infernal no era posible llamar a nadie. Apartó las manos del alféizar, abrió los brazos, y en ese momento la perforadora enmudeció. En el repentino silencio, por la puerta abierta de la sala contigua, se oyó clarísimamente la voz del agente Scaglia.

—¡Estas están todavía pendientes, subteniente!

—Pues entonces quédeselas allí.

También la respuesta del subteniente Lopresti sonó como un grito. Parecía que a ninguno de los dos, después del cese súbito del estrépito, le hubiera dado tiempo a volver la voz a un volumen normal. Como él mismo, una hora antes, en la oficina del subcomisario, cuando se encontró replicándole en voz demasiado alta los preámbulos de un prudente, timidísimo «susurrado»:

—¿Los conoce?

—¿A los Dosio? No… Sé quiénes son, naturalmente, pero nunca he conocido a ninguno de esa familia. De los Campi, en cambio, conozco al hijo: Massimo, creo que se llama…

—Massimo, sí. Es precisamente de él y de una Dosio de lo que va el asunto.

—¿En relación con el homicidio de vía Mazzini?

—Seguramente. Es decir, no me malinterprete: no digo que exista una relación… Pero nos ha llegado…, es decir, nos han traído… una carta, que…

—¿Anónima?

—¿Cómo? ¡Ah, no, qué va! Quiero decir: es bastante más complicado que eso… Pero usted, al tal Massimo Campi, ¿en qué circunstancias lo conoció? No sabrá por casualidad si tiene algún precedente que…

—No, no. Fue a raíz de un robo que hubo en casa de sus padres en la colina, hace un par de veranos, no sé si se acuerda…

—¿Un gran robo?

—No exactamente. Pero dada la posición de los interesados…

—… nos ocupamos nosotros directamente. Sí, ya.

—Por otra parte, los padres no estaban, y fue con él con quien hice la inspección.

—Ah, claro, ya decía yo. Por otra parte, estupendo, esto facilitará su trabajo, que como verá usted mismo…

En ese momento sacó la carta y a continuación bajó la voz, hasta hacerse prácticamente inaudible:

—… que como verá usted mismo es de una extrema…, por no decir excepcional…, delicadeza… y requerirá, usted me comprende, querido Santamaría…, una discreción…, un tacto…, un…

—¡Que sí! ¡Que ya lo he entendido, que estos son para archivarlos! —tronó, altísima, la voz del subteniente Lopresti—. Entonces, los que están sin redactar, ¿dónde los has puesto?

—¡En la otra mesa! —estalló lacerante el vozarrón del agente Scaglia.

—¡Bravo! ¡Así hay mucho más follón que antes!

Las voces, aquí, no se moderaban. Coincidiendo con el estruendo de fuera, el reordenamiento estacional de los documentos encendía las disputas, desencadenaba violencia, se convertía en un drama tormentoso.

—¡Ya me dirás tú si no podías encontrar otro sitio! ¿El armario de la pared para qué sirve, según tu opinión?

—¡Está lleno, subteniente!

—¿Lleno? ¡Eres tú, que no sabes hacerlo! ¡Ven aquí!

—¡Espere un momento! Vamos a ver primero si…
—¡Ven aquí te digo!
—Un poco de tranquilidad —dijo el comisario sin volverse.
Inútil, de todos modos. En ese mismo momento, el hombre que manejaba la perforadora se escupió en las manos y la puso en marcha de nuevo. Luego, un poco más allá, también el sordo acompañamiento de una hormigonera empezó a oírse.

El comisario suspiró. Abajo, por las calles Vinzaglio y Duca degli Abruzzi, hasta el estadio, y arriba, hacia Porta Susa, o por la vía Garibaldi hacia el centro, estaban esas vallas rojas por todas partes. Y detrás, ruidos agónicos, golpes, esquirlas, humos, vapores… La sola idea de toda esa actividad, de ese desorden acre, de esos remiendos, le daba un cansancio casi muscular. No acababan nunca, con las obras.

—Usted lo sabe mejor que yo, querido Santamaría: por aquello de las contratas… Y sobre todo considerando los nombres que hay por medio… Yo, en definitiva, le recomendaría ir con mucho, pero mucho, cuidado, con pies de plomo.

Esto no tenía nada que ver con las recomendaciones de un poco antes. Era otro caso delicadísimo del que tuvo que ocuparse muchos años atrás. Pero fue desde entonces que para él la palabra «contrata» había sustituido a la de «obras», que no tenía el mismo poder evocativo. «Contrata» transportaba automáticamente a las montañas de grava gris, los carriles levantados, las losas de piedra terrosas y húmedas, los charcos negros de alquitrán, las enormes maquinarias amarillas y verdes, el resplandor de la llama oxhídrica, toda esa errante y cíclica urticaria del mantenimiento municipal. Era una palabra que secaba de golpe la garganta, que continuaba ensordeciéndote incluso después de que las máquinas pararan.

Pero la perforadora no paraba. Se le había unido otra, de hecho, al llegar a un cruce.

—¡Preparación! —llegó desde lejísimos la voz del agente Scaglia—. ¡Preparación, no suerte!

La respuesta del subteniente Lopresti llegó con menos claridad, pero la palabra «liga» le bastó al comisario para entender que la reordenación de la oficina estaba suspendida por el momento y que la discusión había pasado a otro tema estacional: el ranquin del campeonato de fútbol y la exaltación del equipo de la ciudad de adopción de Lopresti… No de Scaglia. Lopresti, que era siciliano, había pasado muchos años de servicio en Vicenza, y pese a los sucesivos

traslados había seguido ciegamente fiel al equipo de aquella ciudad. Scaglia, que era de Salerno y más voluble, cambiaba en cada nueva sede: ahora, en Turín, era hincha del Juventus.

El comisario Santamaría no tenía interés en el deporte. Era siciliano, también él, pero no tenía necesidad de ese tipo de enganches un tanto artificiales para no sentirse un inmigrante. Durante la guerra, todavía de chaval, las circunstancias lo llevaron a hacerse partisano en los valles del Piamonte. Y después de la guerra, cuando entró en la policía, los primeros trabajos fueron en Turín. Su segundo traslado fue prácticamente un retorno…

Trató de encontrar un remoto eco familiar en el estrépito de ametralladora que llegaba desde la calle, pero la única asociación todavía viva que obtuvo fue la del ratero Cavallero de los años sesenta.

Ahora, recordando, le parecía la historia de otro. Pero le habían quedado amigos de aquella época inverosímil, y también «conocidos», como decían algunos de sus ingenuos colegas dando a entender —él lo entendía perfectamente— los apoyos políticos, los privilegios ocultos. En realidad, el único privilegio que consiguió —el comisario también comprendía esto— era el de no sentirse un extraño, en Turín, si bien, siendo puntilloso, la ciudad solo le debía unos festivos disparos al aire de Sten al final de todo, en el puente de la plaza Vittorio. Suficientes para que él, ahora, pudiera continuar llevando bigote tranquilamente, en vez de afeitárselo como muchos de sus colegas, que no querían tener esa pinta de poli del sur; y era suficiente para que sus superiores, qué ingenuos eran, le confiasen prácticamente en exclusiva los encargos de ese tipo: porque él «conocía el ambiente».

—Así que vaya usted, Santamaría, que conoce el «ambiente». Sin consideraciones con nadie, esto es para usted…, pero también con esa discreción, naturalmente, o más exactamente con esa mesura con la que…, sin esa prejuiciosa precipitación, quiero decir, que por parte de funcionarios menos expertos, a veces… Pero esto no hace falta que se lo diga yo a usted, que en tantos casos delicadísimos ha demostrado… Solo quería recordarle que… Porque, en definitiva, hay que decirlo: pero un paso en falso en ese ambiente concreto, en una ciudad como la nuestra…

El comisario suspiró de nuevo, pero esta vez un poco por costumbre, por vicio, con una pizca de malicia profesional; y, cerrada la ventana, abrió la guía para buscar el número.

—¿Diga? Sí. Soy yo... ¿Cómo? Ah, sí, claro, ¡me acuerdo perfectamente! ¿Cómo está? Pues ahora mismo nada. Será un placer. Dígame... No, dígame, dígame: si puedo serle de ayuda de alguna forma... ¡Y ha hecho muy bien! Los asuntos delicados son mi especialidad... No, disculpe, bromeaba, pero de verdad: si puedo... Sí... ¿Cómo? Disculpe, no entiendo... ¿Cómo que un consejo mío? ¿En qué sentido? A ver, no, quiero decir: en qué materia puede usted necesitar mi consejo. No en su campo profesional, imagino... ¿Ah? Bueno... No, de hecho, me sentiré halagadísimo. Pero no puede nombrarme a... Ya... Comprendo, sí... Disculpe un momento. ¿Me pasas el cenicero, por favor? Gracias.

—Pero ¿quién es? ¿Te has metido a trabajar en el Teléfono de la Esperanza?

—Tonta... ¿Sí? Sí, sí, mejor de viva voz, comprendo... Entonces, cuándo quiere... Por mí bien también hoy... ¿A las cinco? Perfecto. No, no, prefiero acercarme yo. Así también aprovecho para... ¿Usted dónde está? ¿Sigue en la calle Vinzaglio? Perfecto, así aprovecho para pedirle también un favor, justo ayer me preguntaba si... Un amigo mío tiene ahí el pasaporte en trámite de renovación, y ayer mismo me preguntaba si... Gracias infinitas... Riviera... Sí, como la Riviera de Liguria: Lello, eso es, Marcello Riviera. Lo llevó hace cuatro días... ¿Hoy mismo? No sé cómo agradecérselo. Sí. No, por favor. Además, créame, me siento muy halagado, de verdad, aunque temo que mis consejos no vayan a servirle de mucho... Me dará mucho gusto volver a verle... Bien. A las cinco entonces.

—¿Quién era?

—Un comisario de policía.

—Esto no me lo esperaba. El Teléfono de la Esperanza, sí. Estaba justo diciéndome: este muchacho ha encontrado su camino. Pero con la policía, eso sí que no me lo esperaba.

—¿Por qué? ¿No son hombres como nosotros?

—Ya estamos. El típico golpe bajo. ¿Y desde cuándo lo conoces a este...? ¿Cómo se llama?

—Santamaría. Dos años. Sabes, cuando hubo aquel robo en casa de mis padres.

—Ah, sí, el famoso golpe de la mermelada.

—También del frigorífico, ya puestos.

—Y tu comisario resolvió brillantemente el caso, partiendo de una colilla manchada de carmín.

—No resolvió nada, pero es simpático; y nada estúpido, si no recuerdo mal.

—¿Y qué tipo de consejo quiere?

—Nada, yo qué sé. Ha buscado la excusa del consejo porque es una persona educada. Querrá información sobre alguien que yo conozco o que él cree que yo conozco.

—¡Ah! Entonces eres un confidente... ¡Un sucio chivato! Pero vamos, mejor, me gusta más así. Entonces ya me contarás; ahora tengo que irme. ¿Vienes a cenar a casa esta noche?

—Esta noche...

—Nada emocionante. Una tranquila velada en familia, con el tío Emanuele y pan y queso probablemente, preparado por mí, visto que... No te lo he dicho, pero con los criados estoy de problemas hasta el cuello otra vez.

—Lo siento, te ayudaría con gusto yo mismo, pero esta noche no puedo. Yo también tengo... una velada en familia.

—Ah... Entonces, los secretos del poli ¿me los cuentas mañana? De mí puedes fiarte, no tengo antecedentes.

—Los sin antecedentes sois los más peligrosos.

[3] *Los carabinieri son el equivalente a la Guardia Civil.*

III

En el lateral, ocho operarios (miércoles por la tarde)

1

En el lateral, ocho operarios se agacharon al mismo tiempo y a la orden del capataz se irguieron levantando una larga tubería gris. La zanja, después del trabajo de la tarde, había quedado tapada en la parte de vía Grandis, pero había empezado a abrirse por otra parte. En ese lateral estaban colocando más vallas.

No terminaba nunca; no ocurría nunca que, durante al menos una semana, un día, la ciudad estuviera en perfecto orden, sin una fachada que pintar, sin un árbol que podar, sin un conducto que cubrir. Las obras. Pero también ellos, reflexionó el comisario Santamaría mirando a los hombres doblando la espalda, apretando los dientes, también ellos tenían que hacer su trabajo, como él. Era lo mismo, si lo pensabas: no había día en que nadie robara, nadie matara, nadie se suicidara, el orden perfecto no llegaba nunca, no llegaría jamás. Brevemente, sin nostalgia, pensó en la vía Roma del pequeño pueblo donde nació y donde, todavía hoy, el paso de un automóvil con matrícula del continente era todo un acontecimiento. O aquello, o esto: no había nada que hacer. Y ya que él había elegido esto, era perfectamente inútil enfadarse.

Se levantó encogiéndose de hombros y se puso a pensar en la mejor manera de abordar con el señor Massimo Campi la cuestión de la carta y de la autora de la carta. El rollo del «consejo» había funcionado por teléfono (aunque el otro no hubiera caído en la trampa ni un segundo), pero ahora había que llegar al fondo.

«Entonces, señor Campi, en primer lugar, sea tan amable de decirme, ¿usted se acuesta con la señora Dosio?».

El subcomisario se desmayaría solo con pensar que él pudiera empezar el «interrogatorio» así. Y es verdad —sonrió—, un principio de ese tipo no sería precisamente de los más felices. Sin embargo, reflexionó. Sin embargo. En el «ambiente» todo dependía.

En realidad, sus superiores no tenían ni idea de qué era ese ambiente del que le atribuían tan profundo conocimiento. Sabían —clandestinamente— que la diferencia entre quién importaba y quién no, en Turín, era mucho más difícil de establecer que en Roma o en Nápoles o en Milán. Pero en realidad, la única conclusión que sacaban era que había que estar muy atentos, multiplicar las precauciones, las vigilancias, y si fuera necesario, las genuflexiones —apretando los dientes—, porque en Turín «nunca se sabía».

Efectivamente, nunca se sabía, aquí. Tenías al eminente cirujano, miembro de todos los comités de honor, con su villa de treinta habitaciones, la piscina, el Bentley, las fotografías en los semanarios; tenías al altísimo magistrado o al senador del partido mayoritario, de los que una llamada suya a Roma podía hacer temblar al ministerio; y luego te dabas cuenta de que aquí, en su ciudad, donde nadie dudaba de su prestigio, su influencia o su dinero contaban menos que los de un tranquilo empleado de la compañía Aguas Potables, que conducía un mil cien azul y pasaba las vacaciones en Torre Pellice, en una casa vieja con dos palmeras delante, pero que, las rarísimas veces que uno se lo encontraba por la calle, quizá saliendo del Upim, podía saludar con un «adiós» y esa inimitable sonrisa exagerada, improbable placer, a los nombres más importantes y antiguos de Turín. Y eso es lo que era el «ambiente». Por eso se precisaba el «máximo tacto». Y por eso también, con los del «ambiente», las precauciones habituales no servían.

Ciertamente no te arriesgabas a que te trasladaran a Cerdeña con ellos. No eran vengativos, arrogantes, no exigían deferencia, trato especial, y mucho menos genuflexiones. Eran humildes, los verdaderos «grandes» de Turín. Pero precisamente ahí —suspiró el comisario— radicaba la dificultad: al no sentirse superiores a ti, les daba un fastidio tremendo que tú te sintieras inferior a ellos; y detrás de modales urbanos, alentadora banalidad, estaban siempre al acecho, espiando como los tigres cualquier síntoma de servilismo, de obsequiosidad o de embarazo por tu parte. Si, por otro lado, también cualquier indicio de soberbia policial los disgustaba, no era porque se sintieran ofendidos (en el «ambiente» no se ofendían nunca), sino porque lo entendían como un torpe intento de compensación de tu injusto, absurdo e

imperdonable sentimiento de inferioridad en la relación con ellos. En todo caso, si errabas, su reacción solo era una: se escondían en su caparazón y te excluían, blandamente, despiadadamente, definitivamente. Un muro.

Para evitar ese fatal destierro, para tenerlos de tu parte y cooperantes, para poder hacer en definitiva tu trabajo de policía con un mínimo de espacio, debías de ingeniártelas para estar a toda costa y por todos los medios en esa exquisita ficción de paridad suya. En su infinita sencillez y modestia, no te pedían más.

—Entonces, señor Campi…

2

—Eres muy guapa —dijo Anna Carla llegando a la habitación—, pareces una niña.

La niña, que estaba allí esperándola con Janine, sonrió sin entender y corrió a la puerta, estirándose entera para alcanzar el pomo. Janine también sonrió sin entender, y abrió la puerta. La niña corrió a la puerta del ascensor, que era una vieja caja de caoba, llena de latón y de vidrios floreados.

Sentándose en la banqueta de ajado terciopelo rojo, Anna Carla se preguntó qué había querido decir. Probablemente que, para ella, para todos los padres, una hija siempre era mucho más que una niña. El afecto. La responsabilidad. La costumbre. Al final no conseguía verla nunca desde fuera. Como algunas veces cuando, de noche, lloviendo, te encontrabas de repente en una plaza insospechada, inquietante al otro lado del limpiaparabrisas, iluminada por las remotas farolas de una ciudad extranjera; y un segundo después se convertía en la plaza Sabotino, adonde por error habías llegado por el norte en vez de por el oeste. Se volvió a mirarla: toda arregladita a su lado, en la banqueta, había vuelto a ser Francesca.

Eso debía de ser, despojado de todos los lazos y adornos, el amor materno: la imposibilidad, salvo en algunos instantes, de ver a los hijos como extraños. Se quitó un guante y le puso la mano en la cabeza, sin acariciarla.

—¿Cómo estás, niña?

—Bien —dijo Francesca.

Bajo el atrio de entrada ya estaba el coche con la puerta abierta y

con Emilio tieso en su inverosímil postura. Y desde el bordillo delante del portal, dos mujeres bajitas y morenas —madre e hija, seguro— miraban dentro con la boca abierta.

No había habido forma de hacerle entender a Emilio que la carroza Lancia en solemne espera ante la porte cochère era más que nada algo incómodo, porque las puertas no se podían abrir bien, y porque daba al más mínimo paseo para recados el aire de un acontecimiento que se lee al día siguiente en La Stampa: «Ayer a las cinco salió para dirigirse a comprar ropa de verano a la pequeña Francesca, de dos años y dos meses, la señora Anna Carla Dosio…». El resultado era que siempre se llamaba la atención de los transeúntes morbosos, ávidos de ver al moribundo transportado de urgencia al Molinette, al monstruo de la familia trasladado en secreto al manicomio, a la cantante con las muñecas vendadas que trataba de pasar desapercibida en el aeropuerto.

Pero también hay que entenderle, pensó maternal Anna Carla, sentándose a la niña sobre las rodillas mientras Emilio, con la responsabilidad que le suponía la presencia a bordo de tres criaturas indefensas, cerraba las puertas con creciente marcialidad; durante la guerra fue durante seis meses el chófer de un general, y desde entonces no había renunciado nunca a ese noble papel, a una impertérrita iconografía militar. Eran debilidades inocuas que le ayudaban a vivir, que le animaban un poco la jornada. Como la curiosidad de las dos mujeres del portal, que ahora, mientras el coche salía, retrocedían.

Un tremendo e inútil golpe de claxon que retumbó bajo el atrio las hizo saltar atrás como dos patos zarrapastrosos.

—Quieren que las atropelle —dijo entre dientes Emilio con un desdén de Guardia Real de 1788.

Pero no había odio en la mirada de las dos ciudadanas: en todo caso decepción. Lo que pagaría por ser la reina, pensó Anna Carla, cualquier reina. Fabiola, Soraya, Elizabeth, todas valían. Su deber social habría sido, en realidad, no decepcionarlas, mandarlas a casa con la seguridad de que habían visto a alguien.

Aprisa, levantó a la niña y la mostró por la ventanilla a las dos súbditas, con una sonrisa de augusta condescendencia. Después las saludó con un gesto de la mano altivo y automático. Hacía falta muy poco para contentar al prójimo.

—Los frenos, Emilio —dijo—, por favor se lo pido. Está la niña.

—Estese tranquila, señora.

Emilio, y esta era la parte menos inocua de su nostalgia bélica,

conducía como si delante del coche estallase cada cincuenta metros una granada.

—¿A dónde vamos, señora?

—Vaya hacia la plaza Castello y luego le digo.

—Siseñora.

Era tan servicial, el pobre, con la cara del fiel dependiente que te cogía en brazos de pequeña. En realidad estaba con ellos desde hacía pocos años, pero era gente que nacía con aire de institución: en pañales eran ya el camarero del Cambio, la generosa enfermera, el oficial del Savoia Cavalleria como su padre, que en las viejas fotografías de 1910 llevaba escrito bajo los bucles, se veía perfectamente, su glorioso final en África a los pies de Amadeo d'Aosta, quizá por una fiebre mal curada. Y yo, pensó Anna Carla torciendo el cuello para mirarse en el espejo retrovisor, ¿qué llevo en la frente? ¿Qué institución representaré?

Emilio frenó desesperadamente al borde de una zanja antitanques.

Dos vallas de obras, visibles desde bastante lejos, bloqueaban media calle. Detrás, estaban los operarios que pintaban un paso de cebra.

—Estos malditos —susurró Emilio contra los derviches, las SS, los tártaros que se ocupaban del mantenimiento urbano.

Anna Carla, con el brazo aferrado a Francesca, se echó en el respaldo.

—Escúcheme, Emilio —dijo con amabilidad—, si lo prefiere se vuelve a casa en tranvía y conduzco yo. Así iremos todos más tranquilos.

Las orejas de Emilio se pusieron violeta.

—Discúlpeme, señora —balbuceó.

Anna Carla había evitado por poco que la niña se estrellara de cara contra el asiento delantero, pero no estaba verdaderamente espantada. Ese reflejo fulminante, instintivo, de salvadora, ese sobresalto dominical que te da el cartero, la había divertido. Llegado el caso, pensó asombrada, yo también sería capaz de saltar delante de una locomotora, de arrojarme a los remolinos del Po. Bajo este traje sastre mezcla de lino y seda late un corazón de leona.

Con el pretexto de protegerla de los peligros de la jungla turinesa, abrazó más a la niña. La maternidad, eso es lo que significaba para ella. Rafael. Giovanni Bellini. Una figura antiquísima, inmutable, protectora, incluso en el marco de un coche conducido por un despistado. La Virgen de la Tracción Delantera.

—Calor —dijo Francesca apartándose.

—¿Y ahora a dónde voy? —dijo Emilio parándose ante el rojo en el corazón de la estepa.

—Gire en la vía Viotti —dijo Anna Carla.

—¿Se podrá?

—Calor —dijo Francesca a un minuto del lloriqueo.

—No lo sé —dijo Anna Carla—, creo que sí. Si no han puesto la señal esta noche.

Besó el cabello de la niña, y la soltó en el asiento a su lado. Maternidad, naturalmente, sonaba del todo estúpida, de hecho, nada sonaba mejor que amor, libertad, quienvadespaciovabienyllegalejos. Pero ¿cómo llamar, si no, a esos accesos de blandura que te pillaban por sorpresa tres o cuatro veces al día, dejándote sin aliento, sin defensa, las rodillas temblando y asustada? Exactamente igual, consideró Anna Carla cubriendo con su mano la de Francesca apoyada en el asiento, exactamente igual que lo que sienten los enamorados: la misma inquietud, el mismo huracán de ternura, el mismo e incontrolable deseo de tocar, apretar, abrazar. Era extraño que los autores de cancioncillas no aprovecharan más esos bellísimos desfallecimientos emotivos. Tenían a disposición escalofríos y estremecimientos, éxtasis y angustias, insomnios y pálpitos no menos populares, no menos comerciales, que los amorosos. Las palabras en el fondo eran las mismas, tesoro, darling, chérie, sweetie, felicidad. Y la cantante que se preguntara: «Mi bebé tiene 38 de fiebre, ¿debo llamar al médico?», conquistaría al jurado de cualquier festival. Un negocio colosal. Millones de discos. «Desnuda, en su bañerita plegable…». «No, el dedo en la boca no…». «Plato vacío». ¿Qué esperaban para llenar las juke-box con estos títulos?

Miró afuera.

—Aquí, pare aquí, es perfecto —dijo apresurada.

—¡Aquí no puedo! —gritó Emilio presionado por los partisanos yugoslavos.

—Santo cielo, póngase allí, detrás de aquel camión —dijo Anna Carla—, de todas formas él ya está bloqueando la calle.

Se pararon a la sombra de un alto furgón amarillo, cuyo chófer estaba colgado de la ventanilla implorándole a un guardia guapísimo.

—No, no se baje, por favor —dijo Anna Carla—. Vuelva dentro de una hora. Pero no aquí. Vaya delante del Carignano.

—En el teatro —resumió Emilio—. Muy bien, señora.

—Dentro de tres cuartos de hora.

—Sí, señora.

El guardia, que con la mano enguantada se había puesto a hacer hacia ellos gestos de negación, sonrió cuando vio salir del coche a la niña, pero le echó a la madre una mirada muy poco paternal.

A mí, pensó Anna Carla, ¡que soy prácticamente la Virgen!

Igualmente le sonrió y se adentró por los soportales detrás de Janine y Francesca.

3

Faltaba más de media hora para las cinco cuando finalmente el comisario reconoció al señor Campi en el joven alto y delgado, moreno, de unos treinta años, que bajaba de un taxi que se había detenido en un lateral. Lo miraba avanzar con prudencia entre las vallas y otros obstáculos que lo separaban de la puerta de la comisaría, cuando se acordó de un particular que había descuidado poco antes, al recopilar los datos disponibles del personaje.

Edad: 32 años. Soltero. Sin servicio militar. Nacido en Turín y allí residente en la plaza Solferino 28. Profesión declarada: consultor administrativo. Profesión real (adquirida por teléfono gracias a un colega de la Agencia Tributaria): ninguna… En realidad, es el único hijo del millonario de su padre. No consta que se dedique a otra cosa.

El particular que el comisario había recordado en ese momento, viéndolo bajar del taxi, era que Campi no tenía coche: ni suyo ni a nombre de alguna de la media docena de sociedades que dirigía su padre. Eso no había sido su colega de la Tributaria el que se lo había dicho, sino el mismo Campi cuando lo acompañó en aquella ocasión del robo. El problema del coche —le explicó— no tenía solución: él había tenido un Aston Martin, «de joven», y ahora le daba «vergüenza solo acordarse». Así había acabado por eliminar del todo el coche.

—Es lo más sencillo, ¿no le parece? Desde el punto de vista práctico.

Una persona sencilla, el señor Campi. Y con esa simplicidad suya, de igual a igual, por descontado que él comprendió de inmediato y todo a la vez: a) la vulgaridad, el desastroso error de gusto que constituía ser propietario de un enorme coche deportivo, por si fuera poco inglés; b) la inutilidad de las medias cilindradas, debido a su irremediable sordidez; c) la imposibilidad por otra parte de resignarse, con grosera y abierta afectación, a un utilitario; d) la fundamental

futilidad de todas estas consideraciones, sin las cuales, sin embargo, la sobriedad de la solución adoptada se habría arriesgado a parecer un homenaje a ideales de orgullosa practicidad, de milanesa eficiencia, que tanto él como —sin sombra de duda— el propio comisario estaban muy lejos de compartir…

—La sencillez en persona —suspiró el comisario secándose la frente.

Dejó la ventana y volvió al escritorio, preguntándose si esa llegada antes de hora significaba algo. ¿Ansiedad de culpable? ¿Lacerante curiosidad, quizá, por saber qué podría querer la policía de él? Poco probable. Alguien como Campi era de los que disfrazan mejor ciertas emociones con una hora de retraso. Posiblemente quería asegurarse, antes de la reunión, de que el pasaporte de su amigo estuviera listo incluso para retirarlo ahí mismo. Pero entonces, ¿por qué —se preguntó minutos después— ahora no subía?

Pasó por el polvoriento archivo que había delante de su despacho y de camino a la escalera vio a Scaglia:

—Salgo un momento, si me buscan vuelvo enseguida.

4

—Ah —dijo Anna Carla—, tú también.

—Oh, hola —dijo su amiga Bona volviéndose apenas y girándose rápidamente para mirar ceñuda el vestidito rojo que sujetaba delante, con el brazo extendido—. ¿Qué te parece a ti?

—Un poco rojo —dijo Anna Carla—, pero no está mal. ¿Es para Isa?

—Oui —dijo su amiga Bona soltando el vestido en el mostrador de nogal—. ¿Tú qué estás buscando?

—Algo más bien ligero —dijo Anna Carla, sobre todo dirigiéndose a la empleada que estaba allí, toda amable, preparada para ser paciente —. Se me muere de calor, la pobrecilla.

La empleada, una señorita anciana con el pelo blanco y gafas, casi indistinguible de la propietaria del negocio, se alejó hacia los aparadores también de nogal.

—¡Pero si está Francesca! —gritó Bona, descubriendo a la niña medio escondida detrás de Janine—. No me lo habías dicho.

Se arrodilló de golpe sin preocuparse por las medias.

—Buenos días —susurró Janine.

—Buenos días —dijo Bona, seca. Cogió las manos de la niña—: ¡Y tú! ¿Sabes que eres preciosa? ¡Pre-cio-sa!

Francesca intentó liberar sus manos, pero Bona se las sujetaba con firmeza y empezó a balancearse adelante y atrás.

—Din-don —cantó invitándola—, din, don, diiin, dooon, ¿quieres hacer el columpio?

La niña se quedó inmóvil, con un aire de monumento a los Caídos.

—Venga, va, verás qué divertido —la animó Bona, empujándola hacia atrás para darle impulso.

Francesca, que no había corrido ni el más mínimo riesgo de caerse, soltó un grito espeluznante.

—¡Francesca! —exclamó Janine.

—Nada, nada —dijo Bona, brusca—. No pasa nada. ¿Verdad que no pasa nada, pajarillo? Ahora vamos a buscar otro juego, verás.

Sin más preámbulos, se sentó en el suelo y cogió a la niña en su regazo.

Janine con prudencia dijo: —Pero, Francesca…

La empleada soltó en el mostrador una pila de cajas y gritó: —¡Señora condesa, espere, que le traigo una silla!

—¡Qué silla ni qué! —exclamó Bona—, nosotras estamos mucho mejor así, ¿verdad, Francesca? No nos interesan en absoluto las sillas.

Los tiempos en los que hacían juntos acampadas de montaña cantando cancioncillas idiotas alrededor de una fogata ya estaban, pensó Anna Carla, muy lejos. Bona tenía un marido, tres hijos y una licenciatura. Pero le había quedado el vicio de sentarse en el suelo.

—No te esfuerces tanto —le dijo metiendo la mano por debajo de una minúscula falda para comprobar la ligereza.

—Ya sabes que me encanta —contestó Bona—. ¿Tu mamá no sabe que a mí me encanta? Con los niños hay que ponerse a su altura, no mirarlos siempre desde arriba. Te damos miedo, tan grandes y altos como somos, ¿verdad, hormiguita?

La hormiguita encontró enseguida, a su altura, un collar de perlas auténticas de tres vueltas.

—Ah, ¿te gusta el collar, verdad? —dijo Bona—. ¡Qué bonito es con todas esas perlitas!

—¡Por el amor de Dios! —dijo Anna Carla, levantando de golpe a la niña.

No tenía ninguna gana de pasarse el resto de la tarde buscando por toda la tienda las perlitas de doce millones.

—Pero déjala —dijo Bona, científica—. Está en la fase en la que tiene que manipular las cosas.

—Esta —respondió Anna Carla— como empiece a manipular te desmonta la Fiat.

Bona se puso en pie, pero no hizo ni el más remoto ademán de sacudirse o de recolocarse la ropa, no le importaba, una madre no se preocupa de esas cosas, no tiene tiempo.

—Tiene las manos fuertes, eso se ve —dijo—. Como mi Andrea. Un destructor nato. No lo hace por enfado, se ve claramente que lo necesita, no sé si me explico. Sin embargo, mira mi Isa. Ella nada, está ya en otra fase, romper, golpear, arrancar no le interesa para nada. Ella raja.

—¿Ah, sí? —dijo Anna Carla examinado el delicado bordado de un vestidito rosa—. ¿Y qué raja?

—De todo. Periódicos, billetes, cartas, libros, fotografías, la guía telefónica.

—¡Pero eso es una ruina! —dijo Anna Carla—. ¿Y tú qué haces?

—Pues dejo que lo haga, qué si no —dijo Bona—. Cuando están en eso de la laceración no conviene detenerlos, porque te arriesgas a generarles un trauma.

—Ya —dijo Anna Carla—. Muy bien todo esto que dices, ¿no?

—Mmm —hizo Bona torciendo la boca—. Siempre tienen las mismas cosas en la cabeza. Nunca una audacia, la más mínima…

Se interrumpió al ver a la propietaria (o a la empleada) acercarse. Se produjo un intercambio de sonrisas como de luces en un cruce, y la empleada (o la propietaria) se deslizó hacia otro cliente.

—¿Decías? —retomó Anna Carla—. Yo siempre que vengo encuentro cosas muy graciosas, tengo que admitir.

—Graciosas para ti —dijo Bona.

—Bueno —dijo Anna Carla—, a ti igual no te lo parecen, pero…

—¡No estoy hablando de mí, santo cielo! Hablo de ella, de Francesca.

—Pues precisamente, ¿no?

—A ver, a ver, no me entiendes. Aquí se viene por pereza mental, admítelo; porque te resulta cómodo tener un lugar fijo, establecido de una vez por todas, y así no tienes que ponerte a buscar, a dar vueltas.

—Aunque fuera así, no veo que…

—¿Lo ves? —dijo Bona triunfante.

La empleada se acercó.

—Disculpe, señora, si este de aquí ya lo ha mirado se lo voy a enseñar un momento…

Hizo un gesto hacia la otra madre, que bajó la cabeza con pudor.

—Por supuesto —dijo Anna Carla—, lléveselo.

—¿A usted no le gusta? —preguntó la empleada sin segundas intenciones—. Es el petito, lo que resulta muy acertado, ¿no le parece? Es un modelito muy lindo.

—Sí —dijo Anna Carla—. Quizá luego se lo pruebo.

—Solo un momento —dijo la empleada imperceptiblemente, llevándose con ella la caja.

—El petito —dijo Bona con un susurro feroz—. El modelito.

—Bueno… —empezó Anna Carla.

—No, mira, no es posible. La línea simple pero elegante. El cuello muy muy sobrio. El corte vaporoso pero no demasiado. Desde 1906 que hablan así; mira, mira su tarjeta: Casa fundada en 1906. Escrito pequeñito pequeñito. Así no es vulgar. No, me dan náuseas.

—Eres injusta. Ellos no son los que hacen los vestidos.

—¿Cómo que no?

—Poquísimos. Son sobre todo casas de Milán, Florencia o Nápoles las que se los envían.

—Los harán especiales para ellos, con bastante guasa. Tendrán un taller especial en el altillo lleno de trabajadores nacidos en 1906. ¿Sabes qué te digo? ¡Viva el Upim!

—Perdona, entonces, ¿por qué vienes?

—Porque mi abuela venía con mi madre, y porque mi madre venía conmigo: por la asquerosa tradición, es por lo que vengo. Pero ahora basta, ¡me rebelo!

—¿Y cómo quieres vestirlos, a los pequeños? ¿De marcianos? ¿De inglesitos? ¿Con la faldita estampada?

—¿Y por qué no? —dijo cínica Bona.

—Ahora te haces la cínica —dijo Anna Carla—, pero sabes perfectamente que las cosas para niños que se venden por ahí son…

—Cheap! —gritó Bona—. Ibas a decir cheap. Ya casi es una palabra del dialecto, como rabadàn.

—Uff —dijo Anna Carla—, ya tengo a Massimo que me hace de lingüista.

—Ah, claro, Massimo…

—Quiero decir, en definitiva, que tú dirás lo que quieras, pero a mí ese peto, por ejemplo, me gusta.

—Pero ¿por qué se lo tienes que imponer a tu hija? ¿Por qué quieres condicionarla? ¿Por qué tienes a toda costa que validar tu gusto, como una enfermedad que le va a durar toda la vida, por el peto de perlitas? Es criminal.

—No exageremos —dijo Anna Carla mirando a Francesca, rebosante de salud, que se reía con Janine al lado del paragüero—. Además, ¿qué tiene que ver? No me irás a decir que una niña de dos años tiene ya su propio gusto.

—¿Qué sabrás tú? Quizá a ella le gustarían más los vestidos cheap, las monstruosidades que tienen en ese negocio nuevo, aquí detrás. Enfant-Boutique, se llama. ¿Has estado?

—He visto el escaparate —dijo Anna Carla.

—Viste a todos los carniceros de Turín y provincia —dijo Bona—. Es carísimo. El triple que aquí.

—No entiendo —dijo Anna Carla—, si tú misma reconoces…

—Lo sé: lacitos, floreados, colorines, incluso brillantitos, y todo de un pretencioso nauseabundo. Pero ¡a Francesca le encantarían todos esos horrores!

—No, no, estate tranquila, yo le creo enseguida el rechazo.

—Sois todas iguales —dijo Bona en tono de queja—. Tú, María Adele, Giovana. Todas cometéis el mismo error, no sabéis impostar la relación. No intentáis ni por asomo entrar en el niño, desvincularlo de vosotras, siempre lo miráis como un objeto, desde fuera. Sin embargo, el niño…

—Pero ¿qué dices? Disculpa, si yo… —empezó Anna Carla, recordando sus reflexiones en el ascensor. Pero de inmediato vio que Bona, en una última pirueta jergal, había llegado a decir «el niño», como Gianni Tasso decía «el cabello», así que no valía la pena explicarle nada.

—Ya estoy con usted, señora —dijo la empleada acudiendo—. Discúlpeme de nuevo.

Desplegó otra vez ante ellas, como una mariposa, el trajecito rosa.

Anna Carla y Bona se miraron a los ojos.

—Di la verdad —preguntó Anna Carla—. ¿Te gusta?

—No hay nada que hacer —dijo Bona desolada—. Me gusta. Mais ça n'empêche. Tú haz lo que te parezca, yo ¿sabes a dónde voy? Aquí detrás, al boucher.

Guiñó un ojo a Anna Carla y por un instante percibió la cara rolliza, alegre, de la compañera del mostrador de enfrente.

—No me has convencido —dijo Anna Carla con afecto.

Bona se agachó al nivel de Francesca, se despidió fríamente de Janine, y salió a grandes zancadas. Siempre tenía prisa porque se ocupaba ella misma de todo lo relacionado con los niños, de la mañana a la noche. Su villa blanca y sofisticada del paseo Vittorio hormigueaba de un servicio milagrosamente estable, pero no había una niñera y nunca la había habido: Bona no quería a nadie entre su Andrea, su Isa y su Roby. Consideraba también eso como algo criminal.

Pues así será, pensó Anna Carla. Pero muchos —María Adele, por ejemplo, o Giovanna— creen que los criminales, en realidad, son sus tres hijos, y que la pobre Bona, con todas sus bonitas palabras, los estaba viciando en un comportamiento emotivo y dependiente.

El vestidito le quedaba monísimo a Francesca, y Anna Carla, sin pensarlo, le compró otros dos, uno de tela blanca, sencillísimo pero encantador, y otro más elaborado, puro 1906. Un poco largo. Luego mandó a su hija a casa con la niñera, fue a sentarse sola en la terraza de la heladería Pepino, y se quedó mirando, comiéndose el mismo helado de guindas que cuando era pequeña, la fachada del Palacio Carignano.

5

Al llegar abajo, el comisario se detuvo un instante a contemplar, sin simpatía, la gente que, ya en buena parte descamisada, llenaba el vestíbulo de los pasaportes. Si el señor Campi estuviera ahí lo distinguiría rápido por su altura. Pero no estaba, naturalmente. Debían de haberlo mandado enseguida arriba, al despacho de Ajello, donde el pasaporte de su amigo estaba listo y firmado, lejos de la masa de postulantes que latía y ondeaba delante de las ventanillas. El comisario se abrió paso entre los agitados. Las vacaciones, el coche, las rutas: nadie se estaba quieto, ni siquiera aquí.

—¿Has visto al señor Campi? ¿Ha venido aquí? —preguntó asomándose a la puerta de su colega. Había que estar a tono: para alguien como Ajello sería inconcebible que alguien como el señor Campi no fuese señor y no se le llamase señor.

—Sí, ha estado aquí ahora. Ha venido a por el pasaporte de su amigo. ¿Por qué? ¿Lo estás buscando?

—Nada, nada —dijo el comisario.

Salió aprisa hacia el portal, apartando a la gente, y salió a la acera

para ver si el señor Campi estaba por allí, esperando por educación la hora acordada; o si por casualidad no estuviera yéndose: con la idea, quizá, de presentarse tan pancho cuando él hubiera ya perdido la esperanza de verlo.

Las relaciones con el «ambiente» eran siempre así: ese juego obligatorio de futilidad introductoria, de corteses esperas, de «Pase usted… No, no, por favor, pase usted»; el movimiento de apertura no se sabía nunca, pero dejarla en manos del adversario podía colocarte en posición subalterna… De repente, le pareció socialmente importante tomar enseguida la iniciativa. Y estaba casi dispuesto, pese al calor —y sin tener ganas, por supuesto—, a seguir al señor Campi por la calle.

Pero no fue necesario. Lo vio parado entre dos o tres jubilados, cerca de la zanja, mirando a los chavales en camiseta doblando el espinazo. Se puso a su lado, se quedó un momento sin hablar.

—Empieza a hacer calor, ¿eh? —dijo por fin.

El señor Campi se volvió, y por su cara atenta y delgada pasaron en apenas unos segundos todas las cosas que el comisario esperaba: consternación por haber sido interpelado por un desconocido, terror por no poder librarse de él educadamente, reconocimiento, sorpresa, alivio y en último lugar alegría. Después se recompuso, y aceptando la pequeña broma del comisario como una amigable invitación a dejar a un lado los formalismos, dijo:

—Pero por la noche hace frío. Fíjese, ayer estaba en la colina con mi familia, e intentamos cenar en la terraza. ¿Sabe que a los diez minutos tuvimos que volver dentro?

—En la colina, le creo —dijo comprensivo el comisario, dejando para después cualquier consideración sobre la coartada que el otro le había soltado instantáneamente—. Le creo —repitió, mientras acompañaba premuroso al invitado por el accidentado camino hasta el portal—, con tantos árboles…

—Precisamente. Es la humedad, sobre todo. Te cala los huesos.

—Pero no digo que no me gustaría vivir allí —mintió el comisario con serena modestia. Él vivía en una casa en el casco antiguo, en la vía de Mercanti, y estaba del todo satisfecho.

—Pues sí. En invierno no hay smog, y en verano hace más fresco —estuvo perfectamente de acuerdo el señor Campi, que también vivía en el centro—. Aunque, personalmente, tampoco me molesta el calor.

—A mí tampoco. ¡Fíjese!

Se sonrieron. Ahora podían darse la mano, preguntarse «¿cómo está

usted?», pasar a los verdaderos preliminares.

—Le he visto bajar del taxi —dijo el comisario, mientras entraban al vestíbulo—, y he pensado...

El otro lo interrumpió con una risilla de embarazo.

—Estaba nervioso —explicó infantilmente— por pura curiosidad. Pero, qué quiere, la educación se ha impuesto, y he pensado que si llegaba demasiado pronto quizá le importunaba.

—¡No, hombre, no! Yo también estaba impaciente por verle. Mire, vamos por aquí.

Dejaron abajo el atrio vociferante y su muchedumbre de candidatos para la renovación, que agitaban sus libretos verdes amenazantes como la Guardia Roja provista de máximas de Mao.

—Por cierto, gracias infinitas por el pasaporte. Hará feliz a otro de esos impacientes.

—Dios mío —rio indulgente el comisario—. A veces la impaciencia está justificada. Gente que de verdad tiene que viajar mañana también habrá.

—Sí, pero ¿para hacer qué? ¿Para ir adónde? ¿Será posible que nadie pueda estarse tranquilo un momento?

—Eso... —reprobó el comisario con moderación, avanzando por el pasillo. No le correspondía a él incrementar el evidente resentimiento del señor Campi contra el amigo que lo había incordiado con su pasaporte; pero tampoco podía defraudar la confianza (y la innegable intuición, reflexionó un poco alarmado) con la que el otro lo había clasificado de inmediato en su club de personas tranquilas—. Ya estamos aquí...

Abrió la puerta que daba directamente a su despacho, invitó a pasar al visitante, indicó con pudor un par de sillas incómodas que había delante del escritorio.

—No tengo una butaca que ofrecerle. El Estado no despilfarra dinero con nosotros...

—Ah, por favor, por favor... —El señor Campi se sentó y se inclinó hacia delante, hacia el tablero verde del escritorio, con la impaciencia del jugador que no ve el momento de empezar una partida entre amigos—: Entonces, ¿quién reparte las cartas?

Ah, no. En eso del consejo no lo podía pillar. Una idea sobre de qué se podía tratar tenía que tener. Si, como se veía, tan interesado estaba en facilitar su ataque, significaba que estaba listo, de alguna manera, para pillarlo inmediatamente con la guardia baja. Al menos por el

momento —concluyó el comisario rascándose una oreja— era mejor replegarse en una línea de policiaca reticencia o burocrática timidez, quizá jocosamente exagerada.

Se rascó también la barbilla, cruzó y descruzó las manos, se miró las uñas, dio rienda suelta al repertorio tradicional de signos de duda y de incomodidad.

—No puede usted imaginarse —dijo por fin tamborileando sobre la carpeta cerrada que tenía delante— en qué tipo de problema me hallo.

—En algunos casos —dijo afable el señor Campi— la primera dificultad suele ser la de abordar el tema. ¿No es verdad?

El comisario lo miró con agradecimiento y visible, aunque provisional, alivio: —Sí, enseguida pensé que lo más acertado era dirigirme directamente a usted.

—Para consejo —completó benigno Campi.

—Sí... Exactamente. Eso.

—Pero este consejo —sonrió el otro, alentándolo— ¿no será, mejor dicho, una información?

Ante la imposibilidad de ruborizarse a voluntad, el comisario se limitó a bajar culpablemente los ojos.

—Sí y no. Es decir: se trataría, sobre todo, digámoslo así, de una aclaración... —pronunció arrugando la frente en una nueva crisis de inseguridad y duda—. El caso es que se trata de una situación del todo absurda, y al mismo tiempo delicadísima... en la que yo, le confieso, me arriesgo a quedar...

Alargó cómicamente los brazos, tratando de representar cómo iba a quedar.

—Así que me dirijo a usted —continuó, abriendo la carpeta y extrayendo un papel azul todavía plegado—. Esto es. Mire. Lo único que le pido es que no se ría demasiado y... por un momento se ponga en mi lugar.

Campi cogió la carta, leyó con atención las pocas líneas, levantó los ojos. No se rio en absoluto.

—No entiendo —dijo con inmenso estupor. Miró al comisario, releyó, soltó el folio en la mesa, miró de nuevo al comisario—. Es decir, sí sé de qué se trata, pero... No entiendo. No consigo entenderlo.

—Yo tampoco —arriesgó el comisario—. Y precisamente por eso pensé preguntarle a usted. ¿Me comprende usted?

—Menos que nunca. ¿Por qué? Y además..., ¿cómo la han conseguido?

El comisario tosió.

—Sí, eso es un tema muy desagradable. Nosotros, habitualmente, le ruego me crea, no damos la más mínima importancia a los cuchicheos de los criados despedidos, pero…

—¡Ah, se la han traído esos dos!

—Sí. ¿Está usted al corriente? Marido y mujer. La señora Dosio los despidió ayer por la noche. Esta mañana han venido aquí con eso —dijo señalando la carta— y esta es la situación en la que nos han metido.

El estupor de Campi no se atenuó lo más mínimo, de hecho, se cargó de consternada incredulidad.

—Pero ¿usted no irá a decirme… que se la han tomado en serio? ¿No creerán que la señora Dosio y yo hayamos pensado jamás en serio liquidar a Garrone? En todo caso, no veo en absoluto cómo ustedes pueden… No, disculpe, de verdad, tiene que haber algo que se me escapa.

Llegado ese punto —admitió el comisario—, era muy difícil seguir con el juego adelante. Ahora se imponía una aclaración por su parte… Pero quizá valía la pena insistir todavía un poco.

Recogió el folio, lo guardó con exasperación, alargó los brazos, se levantó.

—Disculpe, señor Campi. Le aseguro que nosotros, aquí, estamos convencidísimos de que tiene que tratarse de una broma. Pero, como le decía, trate de ponerse en nuestro lugar: Querido Massimo… —leyó fúnebre, empezando a caminar lentamente arriba y abajo—, independientemente de lo demás, yo, del arquitecto Garrone, ya he tenido suficiente. Todos los días es demasiado. Homicidio ritual o no, librémonos de él de una vez por todas. Ganaremos ambos.

Levantó una mano.

—¿Un absurdo? Se ve que es del todo un absurdo. Pero vuelvo a pedirle —continuó parándose delante de la ventana y mirando afuera maquinalmente— que se ponga un momento en nuestro lugar y me diga usted cómo tendríamos que tomárnosla dadas las circunstancias.

Esperó. Fuera, bajo los árboles de la acera, los operarios estaban recogiendo sus herramientas en la caseta.

—¿Qué circunstancias? —llegó, cargada de la debida sorpresa, la voz de Campi a sus espaldas.

El comisario no respondió enseguida. Cuando se volvió, su estupor real había dado paso a un aspecto contrito, de culpable consternación,

que al impedirle hablar le permitió ganar un poco de tiempo.

—Lo sabía —dijo Campi pasando de la sorpresa a la curiosidad inicial—, que había algo que se me escapaba. ¿De qué circunstancias habla?

Moviendo la cabeza con la pinta de quien se considera un imbécil, el comisario volvió a sentarse, exhausto, a su mesa. Se cogió, en un gesto estudiado, la cabeza entre las manos y la sacudió más veces como quien lo ha olvidado todo y no sabe por dónde empezar.

—Escúcheme, señor Campi —acabó por decidirse, con la sonrisa agradecida de quien quiere cerrar la puerta a un pasado de errores garrafales, pero ha caído ahora tan bajo que casi no le importa cometer otro más—. Escúcheme, y déjeme llegar a eso que se le escapa mediante un interrogatorio de puro policía. Ahora el ridículo ya lo he hecho, y…

—Le escucho —dijo el otro sin inmutarse.

—Más que de preguntas se trata de algunas de mis «agudas deducciones», y solo le pido que las confirme o las desmienta. Así que, antes que nada, el contacto diario con Garrone del que habla explícitamente la carta ¿es una forma de hablar? ¿Una broma?

—Sí.

—Más general: ¿no puede afirmarse entonces que ustedes dos, quiero decir, la señora Dosio y usted, hayan tenido una relación muy estrecha con Garrone?

—Ni estrecha ni amplia.

El comisario no escondió esta vez un gesto de sorpresa. Pero continuó:

—¿Y con su familia?

—¡Por amor de Dios, no!

—La señora Dosio, ¿cuándo le explicó el despido de sus criados?

—Esta mañana. Estaba conmigo cuando usted me ha telefoneado.

—Ah —dijo rápido el comisario, posponiendo también esta vez cualquier especulación sobre el significado de tanto candor—. Y no…

—No qué.

—Nada, no. Evidentemente, no. Pero si me permite una última pregunta —sonrió—, después le expondré mi deducción.

—Adelante.

—Usted, por las mañanas, señor Campi, ¿no lee los periódicos?

—No. Prefiero no saber nada.

El comisario se rio sinceramente, demostrando que había entendido y apreciado la broma. El ambiente en estado puro. Pero tenía más

curiosidad que nunca, ahora, por ver con qué broma, con qué apropiada exclamación y comentario, el otro reaccionaría —o fingiría reaccionar— a la noticia.

—Entonces, ¿tampoco lee los periódicos de la tarde?

—No —dijo Campi, por primera vez con un leve deje de impaciencia—. ¿Por?

—Pues porque —empezó el comisario. Se interrumpió para sacar de debajo de un anuario un ejemplar de La Stampa Sera doblado en la primera página y lo miró como para estar bien seguro también él de lo que iba a decir—. Porque —continuó, sin entregarle al otro el periódico, sin señalarle el titular a cinco columnas— eso que se le escapa es que el arquitecto Garrone fue asesinado anoche, en su estudio de vía Mazzini.

Campi no abrió la boca. No soltó exclamaciones de ningún tipo, no preguntó nada más, no tendió ávidamente la mano hacia el periódico. Se quedó mirando al vacío con un aspecto… ¿Reflexivo? ¿Defensivo? ¿Angustiado? ¿Ausente? Era difícil de decir. Un ligero temblor en los labios indicaba, en todo caso, que alguna emoción había.

Massimo abrió la boca, la volvió a cerrar, se quedó un rato en silencio. Tenía demasiadas ganas de reír, decidió, porque en esas circunstancias su risa podía parecer natural.

—¿Permite usted? —acabó por decir con voz neutra, alargando la mano hacia el periódico. Lo cogió, recorrió deprisa el artículo, paró para preguntar a qué se refería lo del «bizarro adorno de piedra» indicado como arma del delito—. Precioso —sonrió cuando el comisario se lo explicó. Y acabó de leer, y volvió a sonreír—: Divertidísimo.

Pero esas grandes ganas de reír, entre tanto, se le habían pasado. La vida era así: pasada, torpe, penosamente natural, y empezaba a divertirte solo cuando se levantaba del suelo y tendía al arte; pero no te daba un sentido tan agudo de inanidad como cuando, bien o mal, conseguía alcanzarlo… Era natural, por lo demás. La bonita pintura, la bella poesía, la sinfonía sublime acababan. En cambio, la vida, por fuerza, continuaba. No habías terminado aún de aplaudir, cuando ya tenías que preguntarte: ¿y ahora?

Devolvió el periódico y se quedó pensativo mirándose la rodilla. Ahora, además, tenía que hacer su comentario (su «aclaración» como

lógicamente se esperaba) en términos aceptables para un funcionario de policía, y ese funcionario era la estupenda persona que tenía delante.

—Lo divertido de algunas situaciones —dijo la estupenda persona volteando melancólicamente un trozo de lápiz— pende de un hilo. Cuando el hilo se rompe, ¡vete tú a explicar dónde estaba la broma! Especialmente si la broma es un poco… —vaciló alisando con el dorso de la mano la hoja azul— ¿elaborada?

Massimo lo miró con renovado e incondicional respeto. Policía o no, este Santamaría era uno de esos que conocen, pese a todo, su trabajo; y después, vas descubriendo regularmente que saben mucho más.

—Un poco demasiado —rio— elaborada. Llegado a este punto, obviamente, usted tiene derecho a una confesión completa.

El otro se retrajo.

—¡No aspiro a tanto! Pero al menos, digámoslo así, a la llave maestra: los datos.

—Bien. Usted ya ha podido comprender, naturalmente, que las palabras de la señora Dosio permiten dos interpretaciones: una literal y la otra… alegórica.

—¿Como la Biblia? —dijo el comisario.

—Exacto. Solo que aquí falta el Génesis: los hechos previos, el principio. Y el principio, también aquí, es una palabra.

Esperó que el comisario comentase: «Al principio era el Verbo», pero el otro se abstuvo. No era de esos que exageran.

—Boston. Todo empieza con la palabra Boston. O más concretamente con una discusión sobre su pronunciación. Ahora…

Se detuvo viendo al comisario entrecerrar los ojos, mirarlo con interés, asentir. Ahora sí que exageraba. ¿Acaso no podía haber adivinado también eso?

Ahora bien, prosiguió casi resentido, la manía de la pronunciación exacta podía conducir a aberraciones que el comisario, quizá, ni siquiera imaginaba. ¿O quizá sí?

No. El comisario no dio señales de imaginar o no imaginar nada. Se quedó escuchando con amable interés un resumen casi literal de su conversación con Anna Carla («Lo sabía perfectamente, que yo tenía razón. Pero ya sabe cómo son las mujeres. A veces, por ejemplo, me dice…»). Se tragó con mucha paciencia todo un paréntesis sobre el concepto de afectación («Discúlpeme si insisto en este punto, pero es la clave de los acontecimientos siguientes»). Encajó, además, sin pestañear, la cita de una máxima del príncipe de Ligne, que explicaba

la desmesurada reacción de Anna Carla a sus críticas justificadas. No demostró la más mínima prisa en saber de una vez por todas dónde entraba Garrone en todo aquello.

Pero tenía el aspecto, constató Massimo, de estar imitando a alguien: quizá la figura clásica del investigador culto, mundano, desapegado… Hasta que se dio cuenta de que la imitación, perfecta, era la de la víctima demasiado educada, demasiado tímida, para liberarse del cansino que había conocido en los soportales de la plaza San Carlo. Simpatizó.

—¿Sabe que me da impresión —dijo a modo de recompensa, de hueso de premio— pensar que está muerto? En el fondo lo siento. Era útil, pobre hombre.

—¿Quién, Garrone? Pero ¿no ha dicho que apenas lo conocía?

En efecto, en efecto. Pero el comisario tenía que tener todavía un poco de paciencia, dejar correr las aparentes contradicciones. Cualquier discurso un poco intenso sobre Garrone comportaba un número infinito de correcciones, ajustes, valoraciones, calibraciones…

—¿Un hombre complejo? ¿Un hombre interesante?

Al contrario, al contrario; el caso era que Garrone no había existido nunca en realidad, lo habían inventado ellos, Massimo Campi y Anna Carla Dosio, sacándolo de la penumbra de un indistinto, anónimo, brumoso —pero al mismo tiempo único— submundo turinés. Había sido un medio personaje en una ciudad de medio provincia, uno de tantos semialguien, subpersonajes, casifiguras que se movían a escondidas quién sabe dónde y, a cara descubierta, entre el vestíbulo del Teatro Stabile, conferencias, exposiciones de pintura, cineclubs, comités artísticos y culturales…, y con los que antes o después, inevitablemente, te acabas topando como con las estatuas de los muchos duques y príncipes saboyanos repartidas por la ciudad.

—¿Una especie de… caricatura? —probó voluntarioso el comisario.

No, no, para nada. Turín era ya demasiado grande, demasiado extensa y convulsa y gruñona. A la sombra de la Fiat, la planta de las caricaturas locales se marchitaba y moría inexorablemente.

—¿Una figura simbólica…, digamos?

No, tampoco eso podía decirse. Turín no era para eso lo bastante grande, lo bastante metrópolis…

—Sí —lo interrumpió el comisario, más que con impaciencia, con urbana penosidad. Pero sin soltar su hueso—: Ya. ¿Y de qué forma, si me disculpa, Garrone le era útil?

—Pues, verá, nosotros lo utilizábamos…

—¿Usted y la señora Dosio?

—Sí. Nosotros utilizamos a varias personas así.

—Así cómo.

—Es una especie de teatrillo privado, con personajes que cogemos de la realidad, pero que acabamos por vestir con ropas más coloridas, más vivaces, que las que llevan en realidad: hasta que todos juntos hacen una especie de…

—¿Mascarada? —sugirió sin ironía el comisario.

—Exactamente. Y cada una de esas máscaras nos sirve como ejemplo de, o mejor, como ejemplo contra, cosas varias. Lo sé, lo sé, suena complicado, pero le aseguro…

—No tan complicado, si lo he entendido bien. A cada uno de esos personajes ustedes lo utilizan, digámoslo así, negativamente: como ejemplo del que huir.

—Exacto. Sí. Pero no desde el punto de vista moral. Sobre todo, en un terreno estético.

—Ah, vale, yo, en ese terreno… —se defendió el comisario.

—¡Claro, claro! Por ejemplo, pensemos en el profesor Bonetto. ¿Usted conoce al profesor Bonetto?

—No… Sí… Es decir, creo que vagamente…

—Eso es. Pues es otra de esas medias figuras que en Turín uno acaba siempre directa o indirectamente conociendo.

—¿Quién es?

—No importa quién sea. Es uno de esos expertos que abundan tanto ahora, ¿sabe?, el experto en jóvenes, el experto en problemas meridionales, el experto en teatro popular… Este es uno que lo sabe todo sobre América. Pero eso no importa. El caso es que a la señora Dosio y a mí nos sirve sobre todo para la ropa… Uno dice: Lleva calcetines a lo Bonetto, y el otro sabe de inmediato a qué se refiere.

—Comprendo —dijo el comisario, impasible, invulnerable—. ¿Y Garrone?

—¿Garrone? Ah, sí. Este es un poco más complicado. Por eso he hablado antes de Bonetto, que no presenta ninguna dificultad. Garrone, por poner un ejemplo, nos servía para…

—¿Boston? —empatizó el comisario.

—También para Boston, sí. Garrone era de esos que pronuncian perfectamente las palabras extranjeras, que Dios lo perdone. Al menos eso creo.

—¿Por qué, no lo sabe seguro?

—Comisario, yo no sé nada de Garrone. Casi nada. Habré hablado con él todo lo más cinco veces en la vida, y lo habré visto unas diez. Pero el hecho de que en el teatrillo, en nuestro teatrillo privado —indicó la carta de Anna Carla—, actuase..., no digo todos los días, no, eso es una exageración de la señora Dosio..., pero actuase bastante a menudo, no implica que...

Se interrumpió, abiertamente cortado por el movimiento defensivo de la «aclaración»; y el otro, queriendo o no, tuvo que saltar precipitadamente en su auxilio: negando de antemano toda y cualquier participación suya.

En definitiva, retomó levantando los hombros, había que distinguir entre Garrone como hombre, que había existido realmente (y que era el que le interesaba a la policía); y el mismo Garrone como personaje, al cual (como repetía) había reconstruido y perfeccionado él, sobre la base de un conocimiento en realidad limitadísimo.

Santamaría asintió con resignada gratitud. Era obvio que otras aclaraciones, llegados a este punto, iba a ser difícil pedirlas. Lo que él, Massimo, podía hacer, ya lo había hecho. Todo lo que podía decirle sobre el «verdadero» Garrone ya se lo había dicho. Si no sabía más, no sabía más.

—Pero quizá... —Santamaría se aclaró la voz, miró a la ventana con discreción—, ¿quizá la señora Dosio lo conocía... mejor?

—Oh, no. A ella, además, no le divertía tanto. Y por eso —señaló de nuevo el folio azul— proponía a menudo echarlo sin más; mientras que yo proponía el homicidio ritual, el sacrificio recurrente, con una resurrección al tercer día, ¿sabe? Pero son tonterías, disculpe. El caso es que a la señora Dosio Garrone le daba asco.

—Pero ¿cómo personaje? ¿O...?

—Como hombre.

El siciliano levantó las orejas.

—¿Por qué? ¿Acaso Garrone tuvo alguna vez algún comportamiento poco respetuoso con la señora?

Massimo dudó durante una fracción de segundo.

—No, no... De hecho, en todo caso, era precisamente su respeto susurrante, tentacular, su deferencia salivosa la que le ponía la piel de gallina a la señora Dosio. Todo saltitos, una danza grotesca de pasitos, inclinaciones, encendedores ofrecidos, puertas abiertas. Obsceno, así es como lo veía la señora Dosio.

El comisario se rascó la barbilla.

—Usted quiere decir ¿físicamente repugnante?

Realmente no más que otros, nada concreto, visible a simple vista… Lo que la señora Dosio llamaba con femenina resolución «obsceno» era quizá una indefinible sensación de ranciedad que manaba de Garrone, como si en él se hubieran concentrado —pero corrompidos, putrefactos, siniestramente exasperados, alterados por una fúnebre alquimia— los defectos y virtudes de una Turín recién enterrada y, sin embargo, en rápida descomposición: la parsimonia, pero gangrenada en las formas de un muerto de hambre; la discreción, pero degradada a una fútil inconstancia; el conformismo, pero fermentado en progresivas purulencias; la amabilidad, pero licuada en adulación; el viejo estilo, pero comido de los gusanos de la abyecta coquetería, de los atroces encantos.

—Literalmente, una carroña —resumió el comisario, para nada sorprendido—. Sin embargo —rio—, si ya era un tipo así…, cadavérico en sí mismo, ¿qué necesidad había de matarlo? Ritualmente, quiero decir.

—Ah, ¡por miles de razones! Por higiene, por ejemplo, por la salud pública.

—Una ejecución, entonces.

—Si quiere. O quizá por exorcismo, para aplacar el fantasma de la vieja Turín. O simplemente por piedad: recuerdo que en un determinado momento de mi vida defendí la eutanasia a capa y espada. Pero cambiábamos con frecuencia de idea, también se lo digo.

—¿Y todo esto, sin…, tampoco la señora, es decir…, sin prácticamente verlo?

Un soplo, un resquicio lejano, ligerísimo, de incredulidad dio la vuelta a la conversación (¿interrogatorio?). Massimo lo miró de frente a los ojos, sonriendo.

—Sin prácticamente verlo —confirmó, encogiéndose de hombros.

Hubo una pausa. El comisario bajó la mirada hacia la carta, pero no cedió con el silencio, no le facilitó nada. Después de todas las veces que lo había ayudado, él también tenía derecho a su minuto de discreto escepticismo.

Por no hablar, además, de los derechos que le daba su discreción en otro argumento. Una discreción perfecta, consideró Massimo. Absoluta. Pero quizá, precisamente por eso…, ¿un pelín excesiva? ¿Ostentosa? ¿Sarcástica?

—Volviendo a Boston —dijo con soltura—, podrá usted imaginar el furor de esa pobre mujer, la otra noche, cuando le hice notar que la perfección de su pronunciación me recordaba a Garrone. Yo se lo dije por su bien, claro, pero ella se lo tomó como una crueldad gratuita, un golpe bajo, una ofensa imperdonable, que no me ha perdonado hasta esta mañana, justo antes de que usted me llamara.

Pero se avergonzó de inmediato. Ante él estaba el espadachín con la espada rota, el pistolero con las manos atadas. «Y, con la señora Dosio, ¿usted qué tipo de relación tiene? ¿Se acuestan?». Eso era lo que los ojos de Santamaría le decían. Pero también decían: «Usted sabe perfectamente que no se lo puedo preguntar, y se aprovecha».

—¿Es de carácter… impulsivo, la señora Dosio? —sonrió el espadachín, retomando valerosamente el combate con el trozo que le quedaba.

Massimo se echó a reír.

—Lamentablemente —dijo—, pero no hasta el punto de.

Debía dejarle los honores de las armas, decidió, mientras el otro hacía eco con amabilidad a su carcajada. Había sido honesto con él; dos veces le había paseado la zanahoria delante de las narices, con inútil malicia; ahora prefería protegerse.

—Estaba pensado… —dijo. Miró la hora, simuló un cálculo rápido —. Quizá si usted…, no esta tarde, esta tarde ya es tardísimo, le he hecho perder un tiempo enorme, es un verdadero horror, pero quizá mañana por la mañana… —Se levantó—. Es decir, ¿por qué no viene a comer a casa? No se lo puedo jurar, pero intentaré que se encuentre con la señora Dosio. Siempre que usted lo considere útil. Ya sabe, las mujeres siempre saben más cosas que nosotros, salen más, ven a más gente, hablan… No sé, podría aparecer algo de interés, algún hecho curioso. ¿No le parece?

El comisario lo miró sorprendido, y se quedó sentado todavía un momento. Luego se levantó también, con una amplia sonrisa, y le tendió la mano.

—¡Gracias infinitas! Como policía y como hombre —bromeó— acepto sin más. Pero ¿no me arriesgaré a encontrarme en su teatrillo privado, en sustitución de Garrone? Como personaje, quiero decir.

—¡Claro, ese es un riesgo que corremos todos! —rio Massimo.

IV

Santamaría entró de puntillas (miércoles por la noche)

1

Santamaría entró de puntillas, respondió con un gesto tranquilizador a la mirada interrogativa del subinspector Picco, devolvió en voz baja el medio saludo de De Palma y Magliano, y fue a sentarse al lado de este último.

Se hizo el silencio. Se respiraba ese ambiente de iglesia del que se deducía inmediatamente, al llegar a la mitad de una reunión de ese tipo, que las investigaciones habían dado un paso adelante. La única cosa que en aquel momento parecía dudosa era si el sermón ya se había dado. El subinspector tosió. Magliano, que estaba dándole vueltas a un cigarrillo entre los dedos, se decidió a encenderlo. De Palma se alineó cuidadosamente la raya de los pantalones con la rodilla izquierda, después con la derecha. El inspector jefe, inmóvil, todavía se quedó un momento estudiando la carabela con las velas desplegadas que decoraba la pantalla de su lámpara de escritorio en bronce.

—Bueno, bueno —dijo. Luego giró lentamente la cabeza, mirándolos a todos una vez recuperada la serenidad—. Bueno —repitió —. Paciencia. Demos tiempo al tiempo.

El sermón ya había sido.

—¿Y usted, Santamaría?

—Todo en orden —se apresuró a responder el comisario, interpretando correctamente el tono ligero de la pregunta—. Por mi parte diría que ninguna pregunta. Ni la más mínima complicación.

El subinspector aprobó con una sonrisa amplia y miró al mismo tiempo a su superior, con el aire del maestro que presenta al jefe de estudios al primero de la clase.

—¿Ha podido informarse directamente en el ambiente? —le preguntó a Santamaría.

—Directamente de Campi —dijo con modestia el comisario—. Una persona muy amable, y para nada susceptible, que no ha tenido ningún problema en explicarme todo.

—¡Ah, bien! Y la explicación le ha parecido…

—¿Verosímil? No.

Breve suspense. Aun así, mantenía la confianza, el comisario lo sabía, en un final feliz. En el fondo, sus inmejorables relaciones con sus superiores y colegas eran también factores de esas pequeñas sorpresas, inocuas burlas con las que ironizaba él mismo, de alguna forma, sobre su propia situación de policía un poco diferente, un poco excéntrico, un poco —no según De Palma, pero sí según Magliano, por ejemplo— menos policía que los demás.

—Quiero decir —explicó— que la historia con la que Campi me ha justificado la carta es más que nada abstrusa. Pero eso no significa que no se sostenga. De hecho, encaja muy bien con un particular que los dos criados le explicaron a De Palma.

—¿Boston?

—Exacto —confirmó el comisario—. Inexplicables referencias a esa ciudad —continuó— aparecían en otras hojas de las que había en la papelera. Ahora bien, según la versión de Campi…

Trató de explicar sumariamente en qué consistía la versión de Campi. Pero ante la actitud cada vez más perpleja de los presentes, lo dejó correr.

—Una historia, como digo, de locos. Pero precisamente por eso, definitivamente…

—… creíble —sonrió alentador el subinspector.

—Definitivamente, sí. Típica del «ambiente», por lo demás. Muy acorde con el carácter del personaje.

—¿De Garrone?

—De Campi. Y también de la señora Dosio, diría, aunque a la señora Dosio todavía no la he oído hablar.

La sonrisa del subinspector se congeló. El jefe levantó la ceja.

—Pero, disculpe, ¿no ha dicho usted…? Es decir; usted, entonces, no descarta… Quiero decir: ¿cree oportunos ulteriores acercamientos?

—No, no. No en ese sentido, al menos. Pero, por otra parte, una pequeña comprobación más no nos vendrá mal…

El inspector jefe bajó la ceja y levantó una mano.

—Bien, usted es el juez, estimado Santamaría.

El comisario comprendió perfectamente. Naturalmente, él no era el juez, pero le correspondía a él, que como comisario de policía era también oficial de la Policía Judicial, la responsabilidad de decidir si el elemento en discusión constituía o no un «indicio» que comunicar a la Fiscalía, mientras que el inspector y subinspector, que no eran oficiales de la Policía Judicial, tenían que abstenerse de interferir.

—Por otra parte, Garrone —continuó— tenía algunos contactos en el «ambiente». Así que hablar con la señora Dosio, ya que estamos, podría servirnos también.

—Cierto, cierto —convino el inspector jefe.

El subinspector se aclaró la voz.

—Además, como bien ha dicho el señor inspector, el juez es usted. Aunque… usted no cree…, a ver, digo: ¿no cree usted que una insistencia excesiva, ahora que el señor Campi ya le ha explicado, podría…?

La angustiosa pausa que siguió fue una tentación demasiado fuerte para el comisario, que no había estudiado previamente su efecto.

—No…, no lo creo —dijo con gesto de pensarlo un momento—. Además, no he sido yo el que ha insistido. Ha sido el señor Campi el que me ha propuesto vernos con la señora Dosio, mañana, comiendo en su casa.

El subinspector se incorporó, y por un instante el comisario tuvo la embarazosa impresión de que estaba a punto de ir a estrecharle la mano, bajo la mirada divertida de De Palma y la sonrisilla un poco ácida de Magliano. Pero se levantó también el inspector jefe, después de un vistazo al reloj, y el otro acabó por dirigirle a él su entusiasmo, con una expresión de profesor feliz. Más que el primero de la clase, a quien tenían allí era al niño prodigio.

—Perfecto —convino el inspector jefe dirigiéndose hacia la puerta. Se despidió paternal también de los dos que no habían hecho nada, pero con un gesto que era una perentoria invitación a ponerse manos a la obra, y salió seguido de su subordinado.

—¡Bravo! —se echó a reír De Palma. Pero después, cuando se cambiaron a su despacho y también Magliano se marchó, admitió que en realidad no había por qué estar contentos. Entre la «personalidad del asesinado», la «rubia con el tubo» y la «misteriosa arma de piedra» sobre la que la policía mantenía una «rigurosa e inexplicable discreción», los periódicos se estaban ensañando en el tema con una

pesadez e impaciencia del todo desproporcionadas.

—¡La personalidad del asesinado! Como comprenderá. Un tipejo y un muerto de hambre como ese, con antecedentes penales o casi.

—¿Qué antecedentes? No lo sabía.

—Nada. Una vieja denuncia por estafa, retirada después tras la remisión de la querella. Era para que te hicieras una idea.

—¿Y la familia? ¿Tú la has visto?

—Magliano. Pero no hay nada interesante ahí: una hermana trabajadora y una madre medio atontada, que lo veían poco; él en casa estaba como en un hotel. En la habitación tenía las mismas cosas que en la vía Mazzini, más o menos, pero nada de papeles o cartas.

—¿Tampoco profesionales?

—No, ya no ejercía, si es que alguna vez lo hizo. ¿Quién querría que le hiciera una casa alguien como él? En realidad, aparte de una pensión de invalidez obtenida a saber cómo, vivía de sus mujeres.

—O de tu rubia —bromeó el comisario—. El dinero se lo llevaba en el tubo.

De Palma no se rio.

—No debería haberles dicho tampoco eso, a esos idiotas —exclamó —. Ahora todo el meollo que andan voceando es que cualquier honrado profesional oye el timbre, abre y, ¡ZAS!, está la prostituta con el tubo que lo despacha porque a la policía le importa un rábano, a la policía solo le interesa pegar palos al pacífico manifestante. ¿Te das cuenta? ¿Lo has leído?

Al comisario, que efectivamente lo había leído, le entró la risa recordando a Campi.

—Tú —le aconsejó— haz como Campi, que no lee nunca los periódicos. Prefiere no saber, dice.

—¡Una persona decente! —Se iluminó De Palma—. ¡Un amigo! Quizá a Garrone lo ha matado él por civismo, por limpieza.

—Por higiene, me ha dicho él.

—¿Qué?

Santamaría le explicó. El otro se quedó un momento pensativo.

—Pero, a ver, ¿te ha dicho dónde estuvo ayer por la noche?

—Cenando en casa de sus padres, en la colina. Ha sido lo primero que me ha soltado. Pero hasta qué hora, eso no lo sé. No me ha parecido oportuno preguntárselo, al menos por el momento. Pero si quieres…

De Palma encogió los hombros.

—Y, por cierto, el muerto —preguntó el comisario—, ¿habéis

averiguado dónde cenó?

—Sí, en un restaurante de precio fijo en vía Maria Vittoria, como casi siempre que no comía en casa. Pero estaba solo.

—Entonces, ninguna rubia tampoco allí, con pantalón naranja o sin. Bueno… No, disculpa —añadió viendo que De Palma fruncía el ceño.

En realidad, los propios periódicos admitían que la rubia no tenía nada que ver. Pero que era una prostituta, basándose en la declaración de Bauchiero, de eso no había duda. Entonces ¿por qué no aparecía? Si la policía hubiera vigilado más de cerca el mundo del vicio, en vez de…

—Tonto yo que voy y se lo digo —se recriminó de nuevo De Palma, a quien aquello lo irritaba más aún porque a aquella rubia tan vistosa, con su tubo o lo que demonios fuera, había esperado encontrarla rápido —. Podía haberles dicho lo de la guarrería esa de piedra y dejarlos tan contentos. Con eso se habrían divertido.

—¿Y por qué no se lo has dicho?

—¡Porque me daba rabia! Solo de pensar en cómo habrían hablado…, ya sabes esa forma que tienen de demostrar que a ellos los detalles sórdidos los avergüenzan, les desagrada contarlos, mientras por detrás se relamen… Me daban ganas de vomitar. Así que no se lo he dicho. ¡Que se jodan!

—Entonces, ¿eso qué era exactamente? —se echó a reír el comisario —. ¿Por qué lo tenía? ¿Era de verdad suyo?

—¿Cómo que si era de verdad suyo?

—No, digo, aparte de lo obsceno, parece como una pieza de colección: una rareza exótica…, africana, o polinesia, o sabe Dios qué…, pero en definitiva de cierto valor. Y si él era un muerto de hambre, ¿cómo se explica eso? En resumen, quiero decir, ¿es seguro que el asesino encontró ese objeto allí?

—¿Estás insinuando que quizá lo llevó exprofeso?

—Sí. Es decir, no me parece probable, sobre todo porque de ser así no lo habría dejado allí. Pero, como digo, ¿se puede descartar?

De Palma dudó.

—Descartar no se puede descartar. Hemos preguntado a la portera del número 55, que antes iba a hacerle la limpieza; pero hace años que ya no iba, y no sabía nada. Ni siquiera en su casa sabían nada. Por lo que… sí, una comprobación se podría hacer. Pero ¿quién la hace? Yo, francamente, si es cosa de colección, como dices tú…

—Vale, vale, ya lo hago yo —rio el comisario, que, entre otras cosas, desde que lo sorprendieron en el Museo Egipcio, una vez, el inspector jefe con su familia, y tuvo que admitir que no estaba allí por trabajo, sino porque los domingos, aunque soltero y sin hijos que instruir, le gustaba pasar un par de horas en los museos, fue de inmediato clasificado como experto en Antigüedad y Bellas Artes, y adecuado, desde entonces, para cualquier asunto que tuviera que ver mínimamente con las mismas—. Tú, a cambio, intenta averiguar, si vuelves a vía Peyron…, pero no, ya ha estado Magliano, ¿no?

—Sí, ¿por qué?

—Por nada. Según Campi, él y la Dosio no tenían ninguna relación con Garrone, lo conocían solo de vista. Pero si en cambio la familia dijera otra cosa… Pero igual paso yo un momentito mañana por la mañana.

—Y luego te vas a almorzar con la Dosio, ¿eh? Ya me dirás si es alta y rubia.

—Eso seguro —bromeó el comisario con impostado acento insular —. Como mujer de industrial continental, ha de ser alta y rubia por fuerza.

—Y el Campi, por fuerza se la… —dijo el otro con semejante acento napolitano, pero sustituyendo las palabras por un gesto interregional con la mano.

De eso, en cambio, el comisario no estaba tan seguro. Quizá por reacción a la seguridad que había tenido al principio. O quizá porque Campi se había divertido demasiado hurgando en sus sospechas lógicas. Pero con alguien como Campi eso no quería decir nada. No, tenía que haber alguna otra razón, probablemente una impresión percibida durante la charla con Campi, o antes, pero cuya consistencia se le escapaba; y que solo más tarde, ya de camino a casa, le volvió a la mente mirando los escombros y las vallas que se extendían hasta la vía Cernaia.

2

Posiblemente ella no había leído el periódico. Si él ahora le contaba todo de golpe, primero el asesinato y luego lo del comisario y la carta, ¿cómo iba a librarse de tener que ir a verla? Y él, esa tarde, imposible. No estaba libre.

Enfiló la larga galería porticada del paseo Vittorio, regular, gris, sin esperanza: como un año escolar, le parecía de niño.

A esta hora, además, era probable que ni siquiera estuviera en casa; y además, era un crimen desperdiciar semejantes maravillas por teléfono. Mejor dejarla pasar su tranquila velada en familia, con el tío Emanuele y Vittorio, a salvo de entusiasmos y sobrexcitaciones, y aplazarlo hasta la mañana siguiente, convocarla sin decirle nada, hacer que se encontrara de golpe cara a cara con el poli: que, por otro lado, era simpatiquísimo.

Cuando llegó a la altura de Porta Nuova trató de convencerse de que estaba muy cansado y que los jardines de la plaza Carlo Felice eran un lugar fresco. Avanzó un poco entre los bancos —atestados de niños, de viejos, de hombres sin chaqueta que miraban al vacío— y volvió sobre sus pasos, agobiado. Continuó despacio, tomándose su tiempo, aunque fueran ya las siete pasadas.

El escaparate de la Standa del paseo Vittorio era el Triunfo del Verano, la Alegoría de las Vacaciones. Entró en un café para beber, sin tener sed, un té frío, y recorrió el último trecho de calle aún más despacio: reservándose para los dos pisos que había que subir a pie, después de la angustia del traqueteante ascensor, hasta el ático abuhardillado.

Un alojamiento «simpático», muy parisino además: con vistas a los tejados y, debajo, al mercadillo de Berthollet. Solo que aquellos dos pisos, después de tres años, eran demasiado. Le pesaban cada vez más. Cada vez los subía más lentamente.

Antes —en las primeras semanas, en los primeros meses— llegaba arriba sin aliento, lo subía todo a la carrera, con el corazón en la garganta. Pero ahora ya no. Ya no podía, pensó, después de tres años. Lello mismo, que era un chaval listo e independiente, lo encontraría ridículo. Mientras el ascensor subía a trompicones y casi oscilando en su jaula demasiado ancha, trató de convencerse de que Lello era un chaval listo e independiente, que lo que tenía que decirle —esa noche, con motivo del pasaporte, o mañana por la tarde, o una tarde de esas— no lo ofendería ni lo asustaría. Un chaval que entendía las cosas. Un chaval como debía ser.

Por la tortuosa escalera de cemento que del cuarto piso llevaba al ático, se paró a dejar pasar a una chica que bajaba con dos grandes maletas de plástico blanco y marrón. Ya se van, pensó irritado, ya sienten el fuego en los... Junio acababa de comenzar, todavía era

prácticamente invierno, y ya todo el mundo estaba nervioso y compraba gafas de sol.

Llamó fuerte a la puerta, sin dar los tres golpes de su señal privada. Lello, que no había querido poner timbre eléctrico, lo había arrastrado a infinitas ferreterías para buscar uno mecánico, y acabó decidiéndose por un llamador de bronce que encontró en el Balùn, una manita cerrada que el dueño de la casa, tras muchas discusiones, finalmente le permitió instalar en la puerta.

—¡Ah!, eres tú —dijo Lello abriendo.

No se besaban nunca cuando él llegaba o se iba. Desde las primeras veces Lello le dijo que no, que eso parecía demasiado una relación de marido y mujer; y dado que ambos, por una serie de motivos, no lo eran, ¿qué sentido tenía someterse a la esclavitud de esas pequeñas ceremonias? La independencia, la libertad, también se construía así evitando esas minucias, ahorrándose prudentemente las afectuosas convenciones. Ahora, en el recibidor de lo que Lello llamaba «mi estudio», el contrapeso a la gris oficina del ayuntamiento donde pasaba sus días, «mi trabajo», ahora él comprendía cuán sabio había sido. Podía estar tranquilo: un chaval así se tomaría bien cualquier cosa que le dijera.

Fue entonces cuando reparó en la mesita. Se lo esperaba desde hacía muchos días, sabía que tarde o temprano tendría que afrontarlo; pero, aunque no era una sorpresa, se quedó igualmente mirándola con dolorosa consternación. Era una mesita clara, cuadrada y bajísima, que Lello había comprado dos años atrás en una exposición de muebles americanos, y que por esa razón llamaba, en vez de mesita de té, coffiteibol. Estaba, como siempre, delante del sofá negro, también bajo, del saloncito; pero los libros, periódicos, revistas, cartas, los ceniceros llenos, los paquetes de cigarrillos que la colmaban normalmente habían sido retirados. Esa noche solo había la montaña de mapas y guías turísticas. Esa noche se hablaría de las vacaciones.

Antes o después tenía que llegar. Pero igualmente habría querido no estar allí, desaparecer, escapar, enfermar, aplazarlo todo. Es miedo, pensó confuso, no hay otra forma de llamarlo. Y trató de controlarse pensando que Lello, en el fondo, sobre todo por esa razón, estaría afectado. Era ese miedo suyo el que lo ofendía. Eran esos absurdos condicionamientos, esas contradicciones culpables, las que suscitarían el desprecio de ese muchacho sincero y razonable.

—Esta noche hay consejo de guerra —dijo Lello notando su mirada

fija en la mesita.

La tontería de la metáfora unida a su pavorosa e involuntaria pertinencia le produjo un nuevo escalofrío de alarma y encono.

—A propósito, el pasaporte —dijo impasible, sacando del bolsillo el documento y depositándolo en la otra mesa como quien se deshace de una carga comprometedora.

—¡Qué estupendo! —dijo Lello con excitada gratitud. E indicó por su parte la coffiteibol para demostrar que tampoco él, en sus pocas horas libres, había perdido el tiempo—. Vamos a ver —dijo sentándose en el sofá y haciéndole un gesto para que se sentara a su lado—. Vamos a ver.

Se sentó y cogió un cigarrillo también él: eran treinta segundos ganados. Miró a Lello que revolvía con empeño en la montaña de mapas doblados: se había puesto una camisa Lacoste y pantalones de lino, posiblemente para ponerse en situación. Los pies ya iban desnudos, y los dedos, en las sandalias japonesas, ya se movían como en la arena.

—Este año —dijo Lello—, he pensado que habría que ir a Grecia ¿no?

También eso lo había previsto, y también en ese momento se sintió como si fuera de plomo. Sus excursiones, al principio, habían sido modestísimas por deseo del propio Lello («te pareceré un tonto, pero para mí es importante»), que se empeñaba en pagar parte de los gastos, y por incómodo que fuera, eso había limitado los desplazamientos al menos respecto a la distancia. Pero luego, gracias a las mejoras en su empleo y a las pagas extraordinarias, también los ahorros estivales de kilómetros-vacaciones habían ido aumentando. El año anterior, el recuerdo lo abatió del todo, los kilómetros habían llegado ya hasta Split.

—Ah —respondió—, Grecia.

—Aquí lo tengo —dijo Lello—. Vamos a mirarlo un momento.

Abrió con manos expertas el acordeón del mapa y lo desplegó sobre los otros.

—Solo con ver qué forma tiene te entran ganas de mar. ¿A que parece una medusa?

A él le pareció más que nada un trapo andrajoso, pero no dijo nada.

—Tiene un mar increíble. Color violeta, ¿sabes? Me lo contó ayer Fogliato en la oficina. Además, las islas... Dicen los Botta que si decidimos ir nos hacen la lista de lo que no podemos perdernos. Pueden incluso darnos información sobre las calles.

Tenían los mapas. Las guías. Los folletos. Los horarios. Los itinerarios. Los desplegables. Pero no: tenían que pasarse también las listas privadas; las informaciones exclusivas. Querían sentirse pioneros. Querían partir con la idea de que la Costa Brava estaba todavía esperando las naves cartaginesas; que las orillas del canal de Otranto estaban habitadas por los yapigios; que de zonas enteras del Palermitano, todavía fuera de los registros cartográficos, las únicas noticias verdaderas eran las que trajeron el año pasado los Botta. Si no, no valía.

—Vamos a pensarlo —dijo despacio. Dudó, avergonzado, dándose cuenta de que había que usar con Lello, empleado municipal, la deslealtad, la misma excusa que le había permitido tiempo atrás, con otros, evitar un viaje a las Bahamas—. Vamos a pensarlo —repitió—. Aunque lo cierto es que va muchísima gente a Grecia.

Lello no entendió. Se lo tomó como una especie de confirmación, fruto de informaciones reservadas, del hecho de que Gneo Pompeo había limpiado de piratas las rutas del Mediterráneo.

—¡Precisamente! —gritó—. No es posible no verla. Debe de ser un país extraordinario, todos los que van dicen que es una experiencia única. Y hay que darse prisa antes de que la cubran de andamios. En dos o tres años todo estará arruinado.

Ahí está. Fueran quienes fueran, e hicieran lo que hicieran, que jamás los rozase la más mínima sospecha. Contra la misma piedra, decenas o miles estaban dispuestos a saltar por la misma cuesta pedregosa; pero los andamios, los vulgares que arruinaban todo, eran y serían siempre los otros. Ellos siempre habían sido un caso especial.

Sintió, casi con alivio, que su escrúpulo estaba fuera de lugar. Se aclaró la voz. Dijo: —No, es que este año va un ejército de amigos míos, en masa.

No era cierto. Sus amigos jamás habían sido un ejército, nunca iban en masa y ninguno de ellos —en particular— le había hablado de Grecia ese año. Pero sabía que Lello, sin conocerlos, los temía y los detestaba, considerándolos a todos como monstruosamente ricos, ociosos y arrogantes («tus millonarios»).

—¿Ah, sí? —dijo Lello. Parecía que se lo había tomado un poco mal —. Pero —dijo un momento después— tampoco es que tengamos que encontrárnoslos, ¿no? Grecia es muy grande. —Se reanimó y relanzó el discurso—. Mira solo las islas —dijo recorriendo con el dedo las Cícladas—. Luego está todo el norte, las montañas, aquí, Tesalia…

¿Ves?

—Ya.

Él veía una calle interminablemente tortuosa, estrechísima, entre montículos cubiertos de pedruscos y anónimas hierbas amarillentas, a las dos de la tarde, bajo el sol, después de haber comido cualquier espeluznante plato local. Así sería su Grecia. No podía ser de otra manera.

—Es un poco árida —dijo como para sí—. He oído…

—Bueno —dijo Lello—, es cierto que es un país casi salvaje. Pero precisamente por eso… —Lo miró con determinación, luego apagó con fuerza la colilla del cigarro—. Por lo demás —dijo exhalando la última calada—, nadie nos obliga a llegar hasta Grecia, podemos quedarnos en Yugoslavia.

—¡Ah! —dijo él—. ¿Es que se pasa por Yugoslavia?

—Sí —dijo Lello buscando en los mapas—, se puede pasar en ferri desde Bríndisi. Y como en Apulia ya hemos estado…

—Ya, y también hemos estado ya en Yugoslavia —dijo él.

—Sí, pero solo en la costa. El interior no lo hemos visto. Los monasterios…

Otras montañas yermas, otras cabras, otros platos genuinos y estomagantes.

—Ten en cuenta —dijo Lello— que también esos griegos…

—Ah, sí —dijo él—, los griegos…

—No, decía, si vamos a Grecia. Si no, siempre podemos bajar hasta aquí, ver quizá la Lucania, y luego pasar a Calabria…

—Pero ya hemos estado en Calabria, ¿no?

—Sí, pero si no nos quedamos allí, podemos dar una vuelta por Sicilia. Sería una idea. Y dejamos aparte Taormina, naturalmente: pero dicen que Sicilia, si se visita bien, es un lugar extraordinario.

—¿Quién? ¿Tu amiga Fogliato?

—No. —Lello lo miró sorprendido—. Todos. Hay playas fabulosas. Color rosa.

¿No habría alguna playa que tuviera un color normal? ¿No habría alguno de esos mares que fuera sencillamente azul?

—Se nos ocurrirán más cosas —dijo Lello despacio, con una sonrisa absorta y al mismo tiempo emocionada— una vez que estemos en Sicilia.

Era un error dejar que se entusiasmara así, habría tenido que interrumpirlo, decirle enseguida lo que tenía que decirle, antes de que

llegara a las higueras, a las casitas blancas, a los maravillosos vinos del lugar, de todos los lugares. Sin embargo, no abrió la boca.

—¿Entiendes? —continuó Lello con el tono de Lady Macbeth explicándole a su marido lo que debe hacer—. Desde Sicilia, con el barco, son pocas horas. Es ahora o nunca.

Pocas horas a dónde, pensó con el corazón encogido. ¿A Marruecos? ¿A Turquía? Quizá no lo había oído bien.

—Perdona —dijo—, no te he oído. ¿A dónde se va con el barco?

Lello levantó los brazos de golpe.

—A las Eolias, ¿no? —gritó riéndose.

—Ah —dijo él—. No había caído.

Las islas. Había más islas. ¿Cuántas islas había en el Mediterráneo? ¿Miles, decenas de miles? A cada cual más bella, intacta, virgen, sin un cine, sin una Coca-Cola. Se decía que incluso había algunas sin el camping del Club Méditerranée.

—Imagínate, no hay luz, no hay agua, no hay nada de nada —explicaba con entusiasmo Lello—. Se está completamente aislado. El barco pasa una vez a la semana. Uno se queda en casas de pescadores, que te traen langosta todos los días, como si fuera una taza de café.

—Pero ¿café te traen? Porque comerme una langosta recién levantado…

—Tonto. Es una forma de hablar. Es una vida en la que no hay ninguna barrera… entre tú y la naturaleza, ¿no? Hoteles, camareros, tenderos, nada. Todo es inmediato. Se vive como los indígenas. ¿Sabes? Diez días así y vuelves a ser un humano.

Y en las escolleras plateadas, como si estuviera despojándose de una armadura medieval, se liberaría de la convencional barrera de las bermudas de acrílico, como había hecho ya en un cierto número de otras escolleras en Saint-Tropez, entre los nudistas: que a él, debido a esos triángulos de pelo negro, le habían recordado las fotografías de Auschwitz y Buchenwald.

—Un poco primitivo —dijo en tono de duda.

—Está el Estrómboli —dijo Lello como si no lo hubiera oído—. De noche puedes ir al lago en barca y se ven las coladas de lava descendiendo hasta el agua. ¿Te acuerdas de la película?

—Claro.

Lello torció la boca, pero no insistió. Por un fenómeno misterioso y común, podía moverse con agilidad en un juicio estético en los campos más diversos, pero en cuestión de películas, de cualquier película, tenía

un miedo patológico a equivocarse.

—Vale, entiendo, no te interesa —dijo bruscamente.

—No —dijo él—, debe de ser bellísimo, estoy seguro. Solo que quizá, algo más tranquilo, no sé..., y digámoslo también, un poco más domesticado...

Aguantó la respiración en silencio. Era ese el momento de hablar, de decir de inmediato y con firmeza lo que quería decir sobre las vacaciones de ese año, o quizá ceder rápido y resignarse con la misma firmeza. Sin embargo, le salió una risilla equívoca, irremediable. La huella en la arena. El zumbido del mosquito en la habitación del hotel. El ruidillo siniestro y desconocido achacable a la carrocería.

—¿Qué te pasa? —dijo Lello cambiando la voz—. ¿Se puede saber?

—Nada —dijo él—. ¿Por qué?

¿Cuántos millones de hombres habrían dicho ese mismo «nada», ese mismo «por qué», exactamente en el mismo tono, más o menos en las mismas circunstancias, con la misma desesperada inutilidad con la que el soldado se protege la cara del lanzallamas con las manos desnudas?

—Perdona —dijo Lello—, pero es que no haces más que echarme todos los planes por tierra. Grecia no, Yugoslavia no, Sicilia no te apetece, las Eolias son incómodas, Estrómboli ya lo has visto en el cine... No sé, ¿lo haces aposta?

—No, no... —dijo él—. Qué va. Es solo que quizá este año podríamos hacer otra cosa distinta...

—Disculpa, ¿distinta cómo? ¿En qué sentido?

En los cinco sentidos, habría querido decirle, en el sentido de la arena entre los dedos de los pies, del ajo entre los dientes, de los dialectos costeros en las orejas, del olor del espray insecticida, de la vista de los pueblos blancos entre olivos. Un hombre tenía también derecho...

—Pero..., ay —dijo Lello, ascendiendo velozmente desde las profundidades de la duda, con las aletas de nuevo en los pies, más confiado y marinero que nunca—. Ay. —Ahora además lo abrazaba—. Querido mío, ¿qué pasa?

Otro espeluznante equívoco, claramente. Ese era el riesgo: cuanto más se espera, más se ramifican las cosas que aclarar, que precisar, que desmentir, que replicar. Como en el autobús, convenía coger el billete nada más subir y dirigirse rápido hacia la salida. Si no, llegaba tu parada y tú estabas todavía allí: recolocándote demasiado tarde, atrapado entre impermeables mojados.

—Entonces, ¿qué pasa? —preguntó Lello, los ojos de miel—. Cuéntame.

El autobús arrancaba; la puerta lejana, inalcanzable, se cerraba con un suspiro mecánico.

—¿Qué quieres? ¿Está lejos? ¡No me digas que es a África! ¿Es a África? Dime, ¿no tendrás en mente un buque? ¡Dime!

Ahí estaba: se había creído que él estaba fingiendo, que en realidad tenía ya planeado un viaje bien exótico y aventurero, una entusiasmante y temeraria sorpresa, que ahora, acabada la tierna comedia de la reluctancia, presentaría sacándolo de la chistera con una reverencia.

—¿Es un buque? ¡Dime!

La idea de tener que desilusionarlo ahora, de tener que apagar esa sonrisa de princesa que ve cómo le devuelven el anillo caído al mar, le produjo una sensación de ahogo tan insoportable que casi decidió, allí, en el momento, sin haber consultado una sola agencia, un solo consulado, hacerlo feliz y decirle que sí, que estaba todo decidido, todo preparado, el desvencijado camarote en el buque, la travesía del Sahara en camello, la velada en el fumadero de opio, la adquisición de alfombras preciosas por pocas liras a las tribus del desierto. Por un momento los platillos de la balanza se quedaron en equilibrio. Después, decididamente, la aguja se inclinó.

—No. Es a Monferrato —dijo con calma.

Lello rio, entrando en la broma.

—¿Sí?

—El chalecito de Monferrato.

—¿Qué chalecito?

—El mío.

—Pero si no vas nunca.

—Precisamente. Se estaba deteriorando. Este año lo he hecho arreglar.

—¿Y entonces?

—Entonces, he pensado que podríamos ir.

Comenzó un silencio, luego terminó.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—Ah —dijo Lello.

Encendió, inevitablemente, un cigarrillo, después se tocó el pelo y esbozó una sonrisa de calavera.

—Perdona —dijo—, no entiendo.

—Escucha... —dijo él.

—¿Sí?

(El tono imparcial, objetivo: «Sí. Dime. Estoy aquí para escucharte»).

—No, mira, no hay nada que entender. Es solo que quisiera estarme quieto, tranquilo, por esta vez, descansar de verdad. Y en esos sitios...

El mapa de Grecia, que había resbalado desde la coffiteibol, estaba casi en el suelo. A la luz ahora incierta se distinguían Albania y un trozo de Yugoslavia.

—¿Y en esos sitios...?

Dios mío, sí, ¿acaso no se había pasado prácticamente todo el viaje a Yugoslavia durmiendo? ¿Y en Cerdeña? No se podía decir que Lello no hubiera respetado su reposo en Cerdeña, sin siquiera hacerle demasiado evidente, había que reconocerlo, su remordimiento por las ocasiones perdidas, por las maravillas que se habían dejado...

Pero esa era la cuestión: ¿no debería haber entendido por sí mismo que precisamente ahí estaba toda la diferencia? Que no había verdadero descanso si sabías que pegada a la puerta del hotel, o de la tienda, o de la casita blanca entre olivos, estaba esperándote, saltarina e inexorable como una perra vagabunda en busca de nuevos amos, la posibilidad de la excursión en barco por el golfo, de la exploración de las cuevas, de la visita a los monasterios, de las rutas al interior donde te encuentras con el campesino analfabeto pero noble que te pone en la mano, y huye antes de que te dé tiempo a darle las gracias, un queso y una alcachofa gigantes, una aromática hogaza de pan, una ristra de higos secos. En Monferrato no había ninguna posibilidad. Nada que hacer en un radio de decenas de kilómetros. Y los campesinos solo trataban de engañarte.

—El caso es que... —dijo—. Contaba con que tú...

—El caso —dijo Lello— está perfectamente claro.

Se había levantado y se dirigió a la ventana. Hablaba de espaldas.

—Tú contabas con que yo, con veinticuatro días de vacaciones que tengo al año, esta broma... —La voz se le quebró—. Esta broma de vacaciones no la iba a aceptar, ¿no es así?

Dos segundos, tres como máximo, para responder que no. Después, significaría que efectivamente era así. O que no lo sabía, lo que era lo mismo. Continuó mirando el mapa que se iba quedando a oscuras a sus pies. El azul del Jonio todavía era visible, con su leyenda en negro, pero

las islas y las costas desaparecían. Los nombres del interior ya no se leían.

—Amigos como antes —llegó gélida la voz de Lello desde la ventana —. Espero que volvamos a vernos alguna vez. ¿O piensas establecerte definitivamente en Monferrato?

Percibió por la voz que se había girado, levantó los ojos. Lo vio desdeñoso y frágil, con su traje marino, contra la barandilla de la alta ventana abierta al crepúsculo. Quizá todavía duraba la sonrisa irónica, pero en sus ojos, junto a las lágrimas, no había más que una desesperación negra y dulcísima, irresistible.

3

El secretario del tío Emanuele se inclinó para saludar y agradecer a Anna Carla, se inclinó ante el tío y estrechó la mano de Vittorio. La costumbre era que los jueves por la tarde fuera a cenar también él, con el tío Emanuele, desde que Anna Carla lo invitó por primera vez. Un joven amable, tranquilo, de conversación agradable a la mesa. Después de la comida, cuando pasaban al salón, retomaba por un momento sus funciones de secretario escogiendo con Anna Carla los periódicos que colocar, abiertos por la página de economía, al lado de la butaca del tío; colocando con ella la lámpara a la correcta inclinación y altura, y ayudándola a colocar los cigarros, el whisky irlandés, una cubitera pequeña con el hielo, en la mesita redonda junto a la butaca. Luego, tras la breve conversación que acompañaba el café, iba a coger alguno de los viejos volúmenes que tapizaban la pared de la alcoba contigua y se acomodaba él también para pasar el resto de la tarde.

Pero nunca se había asignado un lugar fijo, por una obvia discreción que a veces disfrazaba aislándose en algún suntuoso y apartado sillón decorativo, o usurpando un lado del sofá reservado a Vittorio y a sus lecturas particulares. Lo más frecuente era que esperase a que Anna Carla, errante también ella por distintos asientos, se decidiese entre el pequeño canapé frente al sofá de Vittorio, el otro sofá cerca del rincón del tío, o alguno de los grupos de butacas satélites. Entonces, invariablemente, se colocaba con su libro en ese mismo lugar, sumergiéndose de inmediato en la lectura, sin levantar los ojos a no ser que fuera interpelado.

—¿Un bombón?

—Oh —decía fingiendo sorpresa de encontrársela al lado—, gracias.

Bombones, ni el tío ni Vittorio los tomaban nunca. Si estaban Massimo o cualquier otra visita imprevista, Anna Carla podía seguir sentada y, con solo alargar el brazo, presentar la caja:

—¿Un bombón?

—¡Oh! Gracias.

Los únicos otros ruidos eran los ocasionales de la calle, el tictac del reloj sobre la chimenea, el crujir de los periódicos que el tío Emanuele cogía del montón a su derecha y descartaba en la papelera a su izquierda. Vittorio consultaba sus catálogos de grabados, podía quedarse una hora seguida en silencio, comprobando con la lupa los elusivos detalles de una «primera prueba de estado» rarísima y muy mal reproducida; él también leía el periódico, o inspeccionaba los prospectos farmacéuticos extraídos de sus cajas nuevas, refunfuñaba solo o, esporádicamente, animaba la conversación:

—Según estos, ahora resulta que está relacionado con el humo.

—¿El qué?

—El dolor de cabeza.

—Anda ya.

Anna Carla no tenía una ocupación estable. En principio se reservaba las tardes de los jueves para la lectura de las revistas serias, o de cualquier libro no menos aburrido que le sugería Bona, así como para las anotaciones en el cuaderno donde registraba los gastos de la casa y los suyos propios; pero dudaba de la utilidad de ese último trabajo desde que se dio cuenta de que si una suma era un poco larga, aunque la repitiese muchas veces, siempre le daba resultados diferentes.

—… cuarenta y seis; cuarenta y seis y siete, cincuenta y tres; y dos, cincuenta y cinco; y ocho…, cincuenta y cinco y ocho…

El secretario del tío Emanuele nunca reaccionaba a esas encubiertas reclamaciones de ayuda. Estaba allí en el sofá con ella, o en la butaca junto a la suya, o prácticamente a sus pies, en un escabel bajísimo que había acercado al canapé, pero continuaba leyendo impertérrito, pasando las páginas con lentitud. Algunas veces ella se impacientaba:

—¡Castelli!… ¿Cincuenta y cinco y ocho?

—¡Ah! —sonreía sorprendido—. Sesenta y tres.

Y volvía a la lectura.

—¡Dios mío! —Volvía a maravillarse ella una vez más, agachándose a mirar las páginas amarillentas, de caracteres singulares, en el decrépito in-folio que él tenía delante—. ¡Dios mío, Castelli! ¿No

me diga que puede usted leer el griego?

—¿El griego? —dijo Castelli perplejo. Miró el libro y luego de nuevo a ella—. ¡Ah, sí! Es decir, no. No, solo estaba dando una hojeada.

Se levantó y devolvió el libro a la alcoba, y volvió con otro volumen. Pero ya la semana anterior, había comentado con Vittorio lo de la falta de sueño como causa del dolor de cabeza. Él también lo sufría, desde hacía un tiempo, y tenía en mente un riguroso programa por el que se iba a la cama todas las noches a las once, y si era a las diez y media mejor. Desde entonces, la costumbre era que él se despedía de la reunión poco después del café.

—¿Un bombón pour la route?

Ella lo acompañó a la puerta, pasando por las alcobas oscuras.

—Gracias de nuevo, señora.

Una vez fuera cruzó la calle y enfiló por los jardines hacia el pasaje desierto que cortaba la amplia plaza de perímetro irregular, con antiguas fachadas casi todas oscuras. El terreno cubierto de hierba, a un lado y otro, se ondulaba formando pequeños túmulos en miniatura plantados de árboles desproporcionados; un sendero tortuoso subía a un pequeño ensanche con unos bancos.

Se sentó en uno de ellos, que miraba de frente a la casa alejada, contemplando las tres ventanas abiertas e iluminadas. Después abrió el bombón, lo tiró, y se quedó un rato doblando y desdoblando el envoltorio de celofán, mirando al suelo.

Ahí estaba más lejos, pero mucho más tranquilo. Más silencioso. Y no tenía que fingir que leía un libro.

«¿Un bombón pour la route?».

Hasta el momento habían estado los otros. Los otros, ahora, se habían ido. Un aire ligero movía las cortinas. Y el rumor que se oía, a momentos, era ese o, también a momentos, el más cercano de la túnica, o ese apenas perceptible del lápiz sobre el cuaderno, del pie movido sobre la alfombra. Pero el pie apenas se adivinaba bajo la larga túnica escarlata y el chal color turquesa profundo con bordes dorados; el cuaderno había desaparecido de las manos cruzadas; y las mangas, antes del todo ausentes, estaban adornadas en los puños con finos lazos cruzados que se anudaban sobre el velo blanco de la túnica. Un velo todavía más tenue le cubría la frente. El turquesa y el oro del chal estrellado le enmarcaban el rostro, le ocultaban el pelo rubio ceniza. La aureola era tan vivamente, tan densamente estrellada que del rostro en

la sombre se entreveía solo, casi, la ceniza vaga y azul de los ojos.

Las cortinas se detuvieron. El tío Emanuele no parecía dormido, detrás de las gafas, pero el ruido de sus periódicos se había interrumpido. Cada vez hacía más calor. Vittorio estaba abstraído en uno de sus catálogos.

—Disculpe, señora —dijo Emilio.

Anna Carla levantó los ojos de la revista.

—¿Sí?

—El señor Simoni, de Ivrea. ¿Le traigo aquí el teléfono?

—Sí, gracias.

A Vittorio no le importaba que ella hablase allí, y para el tío Emanuele esas llamadas constituían una distracción.

Emilio volvió con el teléfono, lo depositó al lado de ella en el canapé y le ofreció el auricular.

—¿Federico? Hola, disculpa un momento… Emilio, gracias, no necesito nada más. Solo vacíe los ceniceros, por favor. Buenas noches… Federico, dime… ¿Quién? Ah, la americana que tengo que llevar a pasear. Sí…, ¿solo el sábado por la mañana? Está bien… No, francamente, pensaba que iba a ser peor. Pero ¿dónde es que quiere ir? Ah, bueno, no sé… ¿Qué te parce el Balùn? Sí, puede ser un recurso para la conversación. Hay gente que va allí exprofeso, en estos casos… No, porque tú me dijiste, me parece, que ella es un poco… un poco simple… Exacto… ¿Cómo? ¿Y qué tengo yo que ver? ¡Para olvidarme! Dios, qué soso eres. ¿No te da vergüenza? Además, ¿para olvidar qué?… Ah, bueno, no, si ahora te me tiras a la yugular, es peor… Mucho peor… ¡No te das cuenta! Me estás diciendo cosas de un impudor… Sin embargo, sí. ¿Lo ves como no me entiendes? Para mí también es una cuestión de castidad… Basta, cuelgo. Espera, ¿a qué hora tengo que encontrarme con tu americana? Te pido que no sea demasiado temprano, si… Vale. Sí, aquí también hace ya un calor, por la noche no se puede dormir… Cierto. Entonces, la recojo yo sobre las diez o las diez y cuarto. Y esperemos que todo… De nada, faltaba más… Adiós.

Soltó el auricular. Miró enfurruñada e interrogativa a Vittorio, que la estaba mirando con aire divertido.

—Pero ¿lo ves que eres tú la que lo provoca?

—¿Te parece?

—Pues sí. Pero por qué, pobrecillo. Si él se distrae con esas americanas o suecas o lo que sea, tú déjalo en paz, ¿no?

—Esto es el colmo. Pero si es él el que…

—¿Quién es? —preguntó el tío Emanuele desde su rincón.

—Nada, tío, es uno que… Solo que ahora, según Vittorio, es culpa mía que… Y encima dice pobrecillo. ¡Para nada es un pobrecillo!

—Le digo pobrecillo porque sufre, ¿no?

—Ah —dijo tradicional el tío Emanuele—, un pretendiente. Chiquilladas.

Se sirvió dos dedos de whisky, pescó en la cubitera un resto de hielo, y retomó con satisfacción la lectura.

—¿Sabes que eres odioso? —dijo en voz baja Anna Carla—. Mira cómo me has hecho quedar… —Vittorio se echó a reír—. ¡Sí, ríete encima!

Volvió a coger la revista que tenía al lado, la miró, volvió a levantar la cabeza.

—Si por lo menos fueras un poco menos presuntuoso, podrías descubrir, me parece, que alguien como Federico…

—¿Sí?

—Es inútil. Eres absolutamente imposible. Más presuntuoso todavía que Massimo.

Se levantó y fue a ver cómo estaba la cubitera del tío Emanuele.

—¡Pero si ya no queda! Disculpa. Voy a por más.

—Gracias… Pero no, espera.

La sujetó por una mano, mientras terminaba de leer un resumen de resultados.

—Falseado este también —sentenció—. Ahora, seguro que los falsean de acuerdo con el ministerio. ¡Una mentira! Disculpa, querida… —Levantó la mirada. Dejó el periódico aparte—. El hielo… —miró el reloj—, gracias, pero no hace falta… Mañana tengo el avión a las siete, será mejor que me vaya a dormir… Pero, déjame que te vea. —Volvió a cogerla de la mano, y se quitó las gafas—. ¡Una hermosura! —dijo echándose hacia adelante—. Si yo fuera Vittorio no estaría para nada tranquilo. No. Para nada tranquilo.

—¡Ah —exclamó Anna Carla feliz—, muchas gracias, tío! ¿Vittorio? —llamó manteniendo la pose—. Sí, estamos listos con Vittorio. Las cosas amables no las oye nunca.

—¿Qué pasa? —dijo Vittorio.

—Nada, demasiado tarde… El tío Emanuele se va. Mañana sale de viaje a las siete… ¿Te acompañamos, tío? Así damos un paseo.

Se miró el inconsistente vestido, menos que unas enaguas, que

llevaba puesto.

—Si me esperáis un momento, voy a ponerme algo un poco más decente.

—No, no —dijo el tío Emanuele levantándose—. Aunque a mí también me han dado ganas de dar un paseo. Sin embargo, es mejor que me vaya a casa.

Vivía a tres manzanas, en una casa que continuaba considerando una especie de anexo de su residencia oficial de Sogliano, aunque en Sogliano, ahora, ya no había más que los vigilantes, los perros y la biblioteca.

—¿Viajas por negocios? —preguntó Vittorio acompañándolo a la puerta.

—Sí y no. Un consejo de administración en Zúrich. No habría ninguna necesidad de que fuera yo, la verdad, pero ahora, con lo que me toca ver aquí, una reunión de consejo en Zúrich es todo un consuelo moral.

—Entiendo.

—¿Llevabas guantes? —preguntó Anna Carla—. Ah, aquí están.

Le entregó los guantes y el bastón.

—Gracias, querida. —Se inclinó y le besó la mano, después la besó en las mejillas—. Hasta la vista, Vittorio.

Vittorio le abrió la puerta del ascensor.

—Espera, tío —dijo Anna Carla—. No te dejo marchar con el clavel así.

Eligió del jarrón otro clavel, rosa, para sustituir el marchito que el tío Emanuele llevaba en el ojal. Después le colocó con cuidado las solapas y le ajustó la corbata.

—Gracias por los cumplidos —le sonrió.

Cuando el ascensor desapareció, antes de apagar la luz se paró un momento a mirarse en el espejo.

—Una mujerona —dijo Vittorio.

—Ah —se echó a reír—. Entonces, lo has oído. No he conocido nunca a nadie más falso que tú.

Apagó, y enfilaron por el pasillo oscuro de las alcobas.

—Yo —dijo Vittorio— no he conocido nunca a una mujer más coqueta.

—¿Coqueta? —Se detuvo—. Me maravill... ¡Pero! —dio un grito ahogado—. Pero que..., pero no..., mira, Vittorio..., ¡el vestido!

—¿Qué vestido?

—Pero ¿quién?... ¡Ay, no! ¡Espera!... ¡Qué vergüenza!

4

—¿En qué piensas? —dijo Lello en la oscuridad.

—No sé... En nada en particular.

Esperaban (o temían) siempre que estuvieras pensando en ellos. De la mañana a la noche y de la noche a la mañana.

—Pero ¿me quieres?

—No.

—Di la verdad.

—Tonto... Qué pregunta.

—Entonces, ¿por qué no quieres decírmelo?

—¿El qué? ¿En lo que estaba pensando?

—También.

—Te lo he dicho. No lo sé.

—Mentira.

Cierto que era una mentira: él, en aquel momento, estaba pensando en el fraccionamiento de la propiedad agrícola en Monferrato que, junto con la irregularidad de los suelos, limitaba seriamente el movimiento de los tractores. Todavía se hacía todo con bueyes, y también con vacas, allí. Y quien dice bueyes y dice vacas, dice moscas. Estaba literalmente lleno de moscas, Monferrato. Solo que, a él, antes de la gran renuncia de Lello a Grecia («Tú sabes que al final siempre hago lo que tú dices. Pero hoy, en compensación, esta noche, duermes aquí»), el asunto de las moscas ni siquiera se le pasó por la cabeza.

—El caso es... —dijo—. Venga, vale, te lo digo. Ahora, tú prométeme...

—¿Qué?

—Que no se lo dirás a nadie.

—Ah, ¿es un cotilleo?

—No, un secreto. Un verdadero secreto: entre yo, una amiga mía y la policía.

—¿Estás de broma?

—Estoy hablando perfectamente en serio. Hay un muerto de por medio.

Lo oyó incorporarse y sentarse buscando el interruptor en la mesilla de noche.

—Ay, no... ¿Para qué enciendes?... —dijo protegiéndose los ojos y parpadeando.

—¡Massimo! —Lello lo miraba con los ojos bien abiertos y encendidos de afectuosa premura, de goloso interés—. Massimo, ¡qué dices! ¡Cuenta!

Se arrepintió de inmediato. El asunto, que le había parecido bueno para cambiar radicalmente el rumbo de la conversación, un atajo fortuito pero en apariencia sólido contra la crecida de los afectos, ahora se le venía abajo en forma de palpitante solicitud, de ánimo celebrativo, de precipitada y apasionada empatía.

—¡Va, no me hagas sufrir! ¿Qué ha pasado? ¿Un accidente de coche? ¿Ella quién es? ¿La conozco? Tenía el carnet de prácticas, apuesto a que sí. Y tú...

Lello pertenecía a esa categoría de oyentes que interrumpen continuamente con anticipaciones disparatadas, puntualizaciones absurdas, analogías sin sentido, «entusiastas» observaciones. No le bastaba con que alguien lo divirtiera con una bonita historia: tenía que «participar». Y ese pequeño gusto que pudiera haber en contársela, la bonita historia, se esfumaba.

Cansinamente, resumiendo, en blanco y negro de dieciséis milímetros, empezó a contarle su tarde en la comisaría. Omitió los detalles de apertura. Suprimió el color local. Decoloró la figura del comisario. Y finalmente dejó caer, como algo banal, como casi sin importancia, el hecho de que no se trataba de un accidente de coche, pero...

—Un homicidio, piensa un poco.

—¡Ah! ¿Y entonces?

Respiró. Algunas veces sucedían esos golpes de suerte. Por un detalle insignificante, una circunstancia del todo marginal, abrían los ojos de par en par, daban palmadas y chillidos de sorpresa. Y otras veces, delante de una sorpresa de verdad, cuando te esperabas el grito de Casandra, se quedaban quietecitos y calladitos.

Continuó más tranquilo. Se centró en los detalles. Dijo el nombre de Garrone. Se interrumpió debido al sobresalto imprevisto de Lello.

—¿Qué pasa? —preguntó impasible, con la delicadeza de un artificiero desactivando un artefacto de un grupo radical.

Lello siguió mirándolo mudo e incrédulo durante sus buenos treinta segundos.

—¡Ha salido en el periódico! ¡Yo también lo he leído! —exclamó

por fin con una excitación incontenible—. ¡Ha salido en el periódico!

Ahí estaba: el hecho que lo entusiasmaba más, la cuestión que consideraba alucinante era que lo había leído él mismo en el periódico.

—¿Por qué? ¿Dónde querías que saliese? —preguntó seco.

Lello no lo pilló.

—Mira, es que esta mañana no hemos hablado de otra cosa en la oficina... La señorita Fogliato, en cuanto me ha visto entrar, me ha dicho: «¿Lo has leído?». Y ahora vas tú y me dices... ¡Es fabuloso! Es que ella lo conocía personalmente. Yo en cambio..., es decir, no es Fogliato, es Botta el que lo conocía personalmente... Pero según ellos no hay la menor duda, es un asunto de cuernos... ¿Y según tú? Porque según yo creo... ¿Sabes que hemos estado hablando de esto hasta el último minuto en la oficina? Ellos están absolutamente seguros de que... Pero y a ti ¿cómo es que te han llamado? ¿De qué lo conocías?

—¿No te lo ha dicho Fogliato?

Lello lo miró desconcertado.

—¿Qué tiene que ver, disculpa?

—No, digo, como tus colegas lo saben todo, quizá es del todo inútil que te cuente yo. Por lo demás...

—¿Qué dices? —Lo abrazó—. ¡Pero si estoy aquí temblando! Te he interrumpido solo porque yo también tengo una media opinión, y pensaba que te interesaba. Le decía justo a los dos de la oficina que... Nada, da igual. Discúlpame, sigue tú. ¿Me perdonas?

—Te perdono, te perdono —dijo deprisa, liberándose del abrazo con la menor impaciencia que pudo—. Por lo demás, no hay mucho que contar. ¿Apagas ahora y nos dormimos ya?

—Como quieras —dijo Lello, neutro. Apagó, y se volvió de espaldas.

Quizá no había conseguido disimular del todo la impaciencia, el cansancio, la exasperación. Y las últimas palabras, quizá, habían salido más ásperas de lo que habría querido.

—Venga, duerme bien que mañana tienes que ir a la oficina, ¿no?

Se giró también él, tratando de colocarse un poco mejor en la cama, demasiado estrecha y demasiado corta. Por esa noche, bien o mal, había terminado. Mañana...

—Massimo —sonó la voz dolorosa en la oscuridad.

Dios mío, por qué: —¿Sí?

—¿Tú me quieres?

En un suspiro.

V

En ese momento, a pocos metros del portal (jueves por la mañana)

1

En ese momento, a pocos metros del portal, el comisario se habría tomado con gusto un café, pero un bar grande y alegre, con una máquina grande y larga, con una hilera de mangos negros en movimiento, un camarero con gestos expertos, tranquilizadores, ahí era perfectamente inútil buscarlo: era el barrio más lúgubre de toda la ciudad. Solo que —y el comisario lo comprendió con estupor en ese instante— ese mismo juicio ya le había venido a la cabeza pensando en otros barrios, con la misma y absoluta convicción. Ibas caminando hacia el sur por el paseo Principe Oddone, por ejemplo, y de pronto te decías, ya está, este es, no hay duda, es aquí, este los supera a todos, este es el barrio más lúgubre de Turín. Pero al día siguiente, una certidumbre idéntica te fulminaba mientras cruzabas la vía Gioberti o la vía Perrone, o recorriendo la curva de la vía Dora, o entre algunas casitas en los límites de la zona de Valentino, o incluso en el paseo Galileo Ferraris, o en el de Estados Unidos. No era una cuestión de barrios ricos o pobres, como solía ocurrir en otras ciudades: aquí, lo lúgubre, evidentemente, estaba distribuido con una puntillosa ecuanimidad, era democrático.

De qué te extrañas, le habrían gritado algunos de sus colegas, es una ciudad toda igual, todos los barrios se parecen, todas las calles se cruzan en ángulo recto, siempre tienes la sensación de haberte quedado quieto, es para perder la cabeza, es para volverse loco, qué ciudad, madre mía, qué ciudad.

Pero todo eran simplificaciones de recién llegados, pataletas de

meridionales «en el extranjero», que lo afeaban todo para justificar su nostalgia, su inadaptación, o mejor aún, para jactarse después con los que se quedaron en casa; hablaban de Turín con la voz propia de quien está contando algo rodeado de parientes asombrados. Después de tantos años viviendo en Turín ya sabía que la legendaria monotonía de la ciudad era un invento de los observadores superficiales, o también un ocultamiento por el que el ingenuo y el impaciente se dejaban engañar como por pelaje mimético de un animal escondido. Bajo aquella apariencia casi obvia de carta sobre la mesa, Turín era una ciudad para expertos. Era, pensó el comisario contemplando la vía inevitablemente recta hasta que desaparecía de la vista, lúgubre y lúgubre.

Un pequeño globo de vidrio blanco con la palabra VINOS *en letras violeta casi borradas; de frente, otra portezuela decrépita con el rótulo en verde oscuro y las letras en dorado, revoloteantes,* GRAZIELMODE*; y, más allá, el banderín rojo de una casa de planchado no modernizada. Nada más. En la V que se formaba entre el paseo de Francia y la vía Cibrario, los pocos negocios que había tenían todos ese aire ligeramente abusivo, desterrados allí de otras zonas más concurridas y descaradas; era como si aquí quisieran pasar desapercibidos entre los edificios grises donde nadie comía, nadie fumaba, nadie iba a cortarse el pelo, nadie vendía postales. Magistrados. Profesionales. Señoritas ancianas. Profesores. Sobre todo, profesores.*

Sus casas, es cierto, parecían todas iguales entre sí, reconoció el comisario. Pero bastaba con levantar la vista hacia los balcones y todo cambiaba. Ninguna fachada había renunciado a lo suyo, como en ciertas partes de los cementerios ninguna tumba renunciaba a su escultura alegórica, de yeso, mármol o metal. Pero aparte de su funeraria inutilidad, esas excrecencias alineadas no tenían nada en común. Las había ostentosas, monumentales, ceremoniales, y otras sospechosamente angulosas, ásperas, con ventanucos en forma de rombo; las había con horripilantes festones de cemento, con redes metálicas oxidadas, con columnitas panzudas, con columnitas cilíndricas, con altos y secretos parapetos amarillentos, con rejas transparentes de hierro; las había tímidas, apenas encrespadas, casi bubónicas; otras sugerían una polvorienta afectación, otras la cautela del ahorro, otras tenían un aspecto retráctil, otras una trágica pinta de balneario. En ninguno de esos palcos abiertos a la nada se veía jamás a nadie asomado.

Vía Amedeo Peyron.

Y, por otra parte, pensó el comisario, ¿qué podría uno entretenerse en mirar en una calle así? La cruzó con decisión y entró al número 24 bis, donde había vivido, con la madre y la hermana, el arquitecto Lamberto Garrone.

La placa de latón tenía todavía el nombre del padre: ABG. M. GARRONE, *en apretados caracteres en cursiva. La familia debía haberse instalado allí en tiempos si no de prosperidad, al menos de cierto desahogo, y después, muerto prematuramente el cabeza de familia, se habían quedado en el domicilio con el alquiler fijo, gastando los ahorros nada conspicuos de M. Garrone en la carrera universitaria de Lamberto. Había tardado, como decía el expediente universitario, once años.*

Los efectos de aquellos once años de infatigable, obsesiva escalada, y de todos los años de aciagas desilusiones que vinieron después, se veían claramente en los rostros de las dos mujeres que el comisario tenía ahora delante. El tono sumiso, apagado, la piel incolora, seca, la informe ropa oscura no podían ser solo consecuencia de la reciente «tragedia», venían de más lejos, destilados de penas incruentas, compactas, serenamente corrosivas: los ojos enrojecidos —el crimen— eran solo algo más, la última gota. Dos resignadas, pensó el comisario mientras explicaba quién era y se disculpaba por las molestias, dos víctimas.

En el estrecho recibidor, oprimido por un alto, macizo perchero de madera negra y por un arcón de la misma madera, decorado con un perro de bronce con un faisán en la boca, tres personas apenas podían moverse. Mientras abrían una puerta alta y negra («pase aquí»), el comisario percibió en un rincón el recuadro donde debió de haber un teléfono de pared: nadie se había preocupado de disimular el desconchón en el papel pintado de rayas blancas y rojas, descolorido como el pijama de un enfermo crónico.

En la otra, en la sala comedor-saloncito, el papel era de un rojo todavía intenso, con grandes lirios (¿o alabardas?) plateados entre los muebles renacentistas. Lo acomodaron en una butaca de raso, y ellas se sentaron enfrente, al borde del análogo sofá que con una segunda análoga butaquita «formaba un conjunto» en torno a una mesita redonda. La habitación era alargada y tenía una única ventana sin cortinas, y con las venecianas prácticamente cerradas. En la mesa de comer, arrimada a una pared, había una máquina de escribir negra,

papel carbón y una lámpara de oficina.

—Es de mi marido —dijo la viuda Garrone—. Pintaba muy bien, le gustaba muchísimo. Expuso varias veces, ¿sabe? Era socio del Círculo de Artistas.

Había pillado la mirada del comisario fija en la inmensa tela por encima del sofá: un paisaje alpino, con un torrente y vacas en primer plano.

—Ah —dijo el comisario, mirando alrededor por cortesía. Estaban todos allí: tempestad en el mar, atardecer en el mar, mar bajo la luna, otras montañas, ovejas, granjas, prados, empalizadas.

—¿Su hijo también pintaba? —preguntó como si estuviera allí con el encargo de preparar una placa conmemorativa para el arquitecto. La madre sacudió la cabeza con una sonrisa.

—No, no le interesaba, no tenía vocación. Pero también era un artista, mi Berto. La pintura, la música, el cine, el teatro, él sabía de todo, tenía verdadera pasión por todas las cosas… artísticas.

El comisario pensó en el falo polinesio. Pero esas dos pobrecitas no habían estado nunca, según parecía, en la cueva del artista.

—Era un muchacho muy capaz —dijo la madre, echándose a llorar con absoluta y silenciosa naturalidad—. Muy sensible…

Esa era la idea que se habían montado para justificar —para soportar— que durmiera hasta mediodía, que continuamente pidiera calderilla, sus manías y numeritos, su fracaso total: un hombre caprichoso, genial, superior, inadaptado a la vulgaridad del trabajo y el sueldo. Eso si no había sido el mismo arquitecto el que había impuesto a su madre y hermana esa cómoda imagen de sí. Un verdadero artista, sí señor.

—Cuando faltó mi marido él se quedó sin guía. Qué quiere que le diga, una madre no puede… Yo hice lo que pude, muchos sacrificios, pero nunca es… Un padre es distinto. Y él siempre ha tenido un carácter muy nervioso, muy influenciable…

Como siempre, el dolor, el arrepentimiento acentuaban la cantinela de la cadencia piamontesa.

—Ya… —dijo el comisario con un suspiro de comprensión. Lo entendía incluso demasiado bien: Berto no estudiaba, no aprobaba los exámenes, volvía a casa a las tres de la madrugada; la viuda Garrone lo esperaba sentada en el arcón de la entrada, envuelta en una bata vieja. Y la hermana se había buscado un empleo, quizá había renunciado a un soso y tímido idilio para sacar adelante la casa.

—Pero era muy bueno, ¿sabe? —continuaba doliente la voz, detrás de un pañuelito barato—, más bueno que el pan. Detallista como no se puede usted imaginar. Siempre con pensamientos muy delicados, conmovedores…

Se había pasado al presente, recitando una apología que quizá le había repetido ya muchas veces a profesores, parientes, acreedores, vecinos, posibles dadores de trabajo, y que estaba basada en el hecho de que Garrone, una vez al año, le llevaba a la hermana nueve marrons glacés o acompañaba a su madre al cementerio, del brazo, comprando así su indulgencia, manipulando su ternura. El comisario volvió la cabeza, miró las plantitas crasas alineadas en el alféizar de mármol, y luego se fijó en la alfombra raída, pseudooriental; la verdadera, la que debieron tener antes, seguramente la habrían vendido en los tiempos de los estudios de «Berto». Y, un segundo después, vio los zapatos de la hermana.

Eran viejos, claro, y estaban maltrechos, deformados, agrietados en el lugar por donde el pie se dobla; los tacones, pasados de moda, altísimos, estaban torcidos y llenos de arañazos y peladuras. Pero el color original había sido sin lugar a dudas un rojo encendido y su precio había sido, sin ninguna duda, muy alto.

—También en la salud fue siempre poco afortunado —continuaba la vieja—. Primero me desesperaba con las anginas, y luego el brazo que le dolía, los dolores…

¿Serían un regalo del arquitecto en un momento de generosidad? Poco probable. ¿De un admirador? La mirada del comisario ascendió por las piernas huesudas hasta el busto plano, y el cuello que mostraba, saliendo del vestido, un gran lunar marrón hirsuto de pelos cortados con una tijerita. Todavía menos probable. Pero la barbilla —ahora que se fijaba— era no solo fina, sino cuadrada, dura; los labios no solo pálidos, sino apretados, severos; y los ojos que miraban a los suyos no tenían nada de vacuo, de extravío ni de serviles. El cabello gris acero, notó el comisario, cortado muy corto, mal peinado.

—Me dice mi colega —mintió— que usted ayudaba al arquitecto en su trabajo.

Apretó todavía más los labios, la respuesta tardaba en llegar.

—Sí —dijo la madre, posando una mano en el brazo de la hija—, ella siempre lo ha ayudado mucho, es tan buena…

La hija liberó la mano, y la puso a su vez en el brazo de la vieja.

—No, mamá, lo que este señor quiere saber es si yo hacía algún

trabajo para Berto.

—¿Qué trabajo? ¿Tiene un trabajo para Berto? —La viuda Garrone se iluminó de golpe, mirando al comisario con las manos juntas. Empezó a reunir febrilmente argumentos de antiguas solicitudes—. Es un muchacho muy inteligente, ¿sabe? No lo digo porque sea su madre. Siempre lleno de ideas, de entusiasmo. En el instituto, un profesor suyo… Pregunte, infórmese con el profesor Quaglia, que lo tiene en tanta estima… Verá usted que hay que saber llevarlo… Porque si algo le apasiona, él le pone empeño…

—Mamá, ahora tienes que ir a la cocina, hay que preparar un café para este señor —intervino la hija—. ¿Prefiere café, comisario, o vermut?

—Un café, gracias.

La vio levantarse, acompañar con firmeza a su madre hasta la puerta, volver a su lugar en el sofá, posar las manos en las rodillas. Se movía sin prisa, sin condicionamientos, precisa, práctica. Una empleada perfecta, posiblemente, respetada por sus superiores, temida por las dactilógrafas en prácticas. La Garrone.

—¿Hay novedades, comisario? ¿Han descubierto algo más?

El tono era el de quien ha abandonado una costumbre de la que se puede prescindir perfectamente.

—No, todavía nada.

Por la puerta entrecerrada entró el grito de un cantante: … quello che tuuuu, sei stata per meee…

—Cuando está sola siempre tiene la radio encendida, le hace compañía.

—Ya. Es una buena ayuda. ¿Y usted trabaja, señorita?

—Sí, en la SEDAC, en la calle Orbassano. Es una fábrica de accesorios para el coche. Estoy en contabilidad.

—Me decía que con su hermano…

—No, no lo ayudaba. No había en qué, por otra parte. —Miró al comisario con frialdad—. Mi hermano no tenía un trabajo. No hacía nada.

—Pero ese estudio suyo…

Ella se encogió de hombros sin mover las manos abiertas sobre las rodillas como sobre un teclado de una Olivetti.

—Le serviría para sus porquerías, y ya está.

La voz era áspera, sin piedad, pero el tono no era el de un desahogo: también ese desprecio sonaba mecánico, repetido.

—¿Cómo pagaba el alquiler?

—Con la pensión de mutilado de guerra. Había conseguido que le reconocieran una invalidez de tercera categoría, lo único que ha sabido hacer en su vida.

—¿Estuvo en la guerra?

—Estuvo con los partisanos tres meses, en el valle de Susa. Parecía que había liberado Italia él solo. Pero ¿quiere usted saber la historia de la herida? ¿Quiere que se la cuente yo?

Ma il fiore che m'hai datoooo, non l'ho dimenticatooo…, se oyó desde la puerta. La voz era de mujer ahora, hinchada, carnosa.

—Lo mandaron cargar un saco de harina y lo cargó mal, puesto que voló de la bicicleta en la pendiente, y se le quedó un brazo más corto que el otro. Ni siquiera sabía montar en bicicleta, ¡el matalemanes!, ¡el liberador! Tenía incluso su nombre de guerra: Morgan se hacía llamar. ¡Morgan!

Ni uno de esos puyazos, de esos sarcasmos, de esas delaciones se había ahorrado el arquitecto. Una sarta de malas palabras, de gruñidos, de alusiones venenosas, de silencios tensos, y de vez en cuando la explosión furibunda, histérica, con cucharas tiradas al plato, portazos, la madre llorando, intentando poner paz. No, no había sido un camino de rosas la vida de Garrone en la vía Peyron; y razonablemente se podía sospechar que el famoso estudio se lo había buscado no solo para sus porquerías, sino también para tener un agujero donde refugiarse cuando en casa su hermana estallaba. De repente, el muerto le daba casi pena; la gente no tiene ni idea del precio que pagan, día tras día, los vagos, los gorrones, los auténticos parásitos.

—¿Usted conocía a alguno de los amigos de su hermano?

—No, se lo dije ayer a su colega. Aquí no recibía a nadie, y también el correo lo recibía en la vía Mazzini. Además, ¿qué amigos iba a tener?

—Por casualidad no habrá oído usted hablar de un tal Campi, ¿no? Massimo Campi.

—No.

—¿De una tal señora Dosio?

Las manos en el teclado de las rodillas apenas se movieron.

—¿Cómo se llama de nombre?

—Anna Carla.

La boca se retorció en una mueca.

—No, nunca. Una vez hubo una Annamaria. Luego una Renata.

Pero de eso hace ya veinte años.

... la nueva junta militar, ha declarado un portavoz, continuará con la política de alianza que el depuesto presidente..., anunció una voz de hombre, viril, autoritaria.

—En definitiva —dijo el comisario—, ¿usted no puede contarnos nada sobre las personas que frecuentaba?

—Según usted, el frecuentaba a todo el mundo, todos eran amigos suyos, pintores, escritores, honorables, anticuarios, industriales, coleccionistas, y trataba de tú a todos, era invitado a las fiestas, a los eventos, a los cocktails. Sin embargo, mire qué fiesta le han montado.

—Usted no tuvo nunca la impresión de que fuera de aquí pudiera tener una actividad, no sé cómo decirlo...

—¿Si era un delincuente? —tradujo ella brutalmente—. ¡Posiblemente! Delincuente lo era, y yo se lo decía a la cara. Pero solo conmigo y con esa pobre mujer de su madre, o sea, ¡con gente que no le daba miedo! Con los delincuentes de verdad, estese tranquilo que no se metía. Su colega me mencionó incluso la droga, como si Berto fuera capaz de traficar con opio. ¡Ni con manzanilla, le dije!

—¿Tenía otros ingresos además de la pensión?

—Si los tenía nunca me lo dijo. Solo sé que aquí lo pago todo yo, él no ha puesto jamás una lira para la casa. Desayuno, comida y cena, luz, gas, camisas planchadas, calefacción, teléfono... Se pasaba horas al teléfono. Finalmente le dije, mira, basta ya, o pagas tú los recibos o hago que lo corten y aquí no se habla más. Que ya está bien, me mato a trabajar de la mañana a la noche, me llevo trabajo a casa, y todo para verte parloteando sin parar todo el día. ¿Estamos de broma? Además, le dije, yo el teléfono no lo necesito para nada. Él obviamente saltó...

—¿Cuándo fue eso? —interrumpió el comisario.

—Hace un año. Me saltó encima hecho una furia, dijo que él lo necesitaba muchísimo, que no podía perder sus contactos, sus negocios, que sin teléfono no podía pasar...

—Un teléfono de oro —dijo la voz de la madre.

El comisario se giró, la viuda Garrone estaba parada en la puerta con una bandeja que le temblaba en las manos.

—Podías haber cogido una más pequeña —dijo la hija levantándose para liberarla de la carga. Y puso una tacita de flores con el café ya servido delante del huésped.

—Un teléfono de oro —repitió la vieja con una sonrisa indulgente. Luego puso una expresión angustiada—. Dígaselo también usted, señor,

que no le responda mal a su hermano. No es que no lo quiera, pero algunas veces le grita, lo irrita, lo provoca, y él sufre. Dígaselo usted, que se gana más con dulzura, con un poco de paciencia.

—No me lo perdonó nunca, lo del teléfono —dijo la hermana, casi con satisfacción—. ¿Azúcar?

—Dos, gracias —dijo el comisario—. ¿Qué es eso del teléfono de oro? ¿Un concurso?

Inclinada hacia él, la mujer lo miró con cara interrogante.

—No sé. Algunas veces, sabe, mi madre… —murmuró.

—¡No estaba en condiciones! —gimió la viuda Garrone—. ¿No podías haberle apoyado un poco con lo del bendito teléfono?

El café estaba tibio y aguado, y por eso demasiado dulce. El comisario se lo tomó de un trago, soltó la tacita y se volvió a la hermana.

—¿A dónde iba a telefonear, el arquitecto, cuando estaba aquí, en casa?

—No lo sé. A cualquier bar de aquí cerca, o al estanco, siempre iba cargado de fichas. A veces estaba fuera casi media hora, y después se quejaba de que la cena estaba fría.

—No es tan raro, Pina —imploró la madre—. Es a la hora de las comidas cuando se pilla a la gente en casa, eso tienes que entenderlo. Y también para los anuncios era más fácil…

—Y la tarde… antes de —preguntó el comisario bajando la voz—, ¿salió a llamar?

—Sí. Soltó su habitual parrafada de que así no podía seguir y después bajó a media menestra.

—¿Qué hora era?

—Serían las ocho, ocho y cuarto. Cenamos a esa hora.

—¿Dijo con quién tenía que hablar?

—No, no lo sé. No lo decía nunca.

—Pero ¿le pareció que era una llamada especial, importante?… ¿Notó que estuviera nervioso o inquieto?

La hermana resopló.

—Siempre estaba nervioso e inquieto. Y con modales de bruto también.

—¡No digas eso, Pina, no digas eso! —gritó la madre con un sollozo repentino—. Corrí detrás de él por el pasillo, no se había puesto la chaqueta. Y se fue por la escalera, ni siquiera esperó al ascensor.

—Siempre estaba alterado —dijo la hija con dureza.

—«Esta vez vais a ver —decía—, ¡voy a poner un teléfono de oro!». —La vieja se tapó la cara con las manos en lo que quería ser un gesto extremo de impotencia y soledad en medio de la degeneración de la vida—. ¿Por qué tenéis que trataros así entre hermanos? ¡Si os queríais mucho! ¡Os llevabais muy bien! En Courmayeur jugabais…

Buscó vagamente el pañuelo, que debía haberse dejado en la cocina, sobre la radio apagada. La hija sacó el suyo de la manga del vestido, se lo dio, luego le dio un par de palmaditas en la espalda, suavemente. La vieja se sentó, como si estuviera amaestrada.

—No llores, mamá. Tómate un poco de café. Lo volveré a instalar, el teléfono, estate tranquila.

—Muy bien, hija —dijo la vieja secándose los ojos, ya más tranquila —. Es que es muy cómodo, sabe usted. Puede servir para muchas cosas… ¿Verdad, señor?

El comisario se levantó, murmuró una despedida, y siguió a la hija por el vestíbulo oscuro: ahora que la tenía de frente en un espacio reducido, la mujer se había quedado pequeña, frágil, una víctima.

—¿Le llamo al ascensor? Hoy funciona.

—Gracias, no se moleste, bajo a pie. Entonces, la tendremos informada en cuanto sepamos… algo nuevo.

—Sí. Gracias.

Hasta que no llegó al rellano del primero no la oyó cerrar, despacio, la puerta, y esa delicadeza automática, signo de una buena educación, le pareció más penosa que cualquier otra miseria.

Pina Garrone no era rubia, y no había vestido nunca, o tenido, unos pantalones, naranja o no. Pero odiaba a su hermano con el odio implacable y ferviente de quien, al principio, ha amado, ha admirado, ha «creído». Y en un arrebato de protesta, en un ataque de ira, había sido incluso capaz de hacer algo que para ella, con su equilibrio, era una «locura»: comprarse unos zapatos de lujo y, encima, rojos. Su coartada, de todas todas, era inverificable: había pasado la tarde en casa, escuchando la radio, o pasando a máquina alguna tesis doctoral. Testigo, la madre.

El comisario pasó por dos o tres bares y el estanco de la vía Peyron: todos conocían bien al arquitecto, lo habían visto llamar muchas veces, pero aquella noche, la noche del «teléfono de oro», no fue desde sus aparatos desde donde llamó.

2

—Este año —dijo suavemente el peluquero—, voy a Tahití.

Anna Carla, sin mover la cabeza, abrió mucho los ojos y la boca.

—Nada menos —dijo. En el espejo vio que Gianni Tasso observaba contento su rostro asombrado. Solo que ella no había puesto esa cara para agradarle, esa cara estaba asombrada de verdad.

—Por cambiar un poco —dijo Gianni Tasso con el tono humildemente filosófico de quien ha pedido un zumo en vez de la habitual Coca-Cola.

—Pero eso está lejísimos —dijo Anna Carla.

—Bueno, con el avión —explicó Gianni Tasso, moderno.

Lo primero que Anna Carla pensó recuperándose del estupor fue: pero de dónde saca el dinero.

—Debe de ser estupendo —dijo—, es un lugar maravilloso.

De ella sacaba el dinero, de su cartera y de la de las otras cretinas que, como ella, iban allí en todo momento porque no se «veían bien». De su cabeza lo sacaba. Pensó vagamente en el Sansón y Dalila que tenía el tío Emanuele y que quizá era un Guido Reni, y decidió cambiar de peluquero. Es decir: no cambiarlo, porque Gianni Tasso era realmente bueno, eso había que reconocerlo, pero ir menos, espaciar, espaciar mucho las visitas.

—¡Ir a Tahití —dijo— es toda una aventura!

—Sí, tiene que ser interesante —admitió el peluquero.

Se hacía el indiferente, como si fuera inglés. Si al menos hubiera estado nervioso, radiante, mostrar un poco de entusiasmo, por Dios, un poco de emoción por lo desconocido. Sin embargo, nada, solo se preocupaba de no parecer provinciano.

—¿Estará usted excitadísimo? —lo provocó.

—Bueno —dijo el peluquero, objetivo—, sin duda es toda una experiencia.

—Piense —dijo Anna Carla lo más entusiasta que pudo— que usted hace pesca submarina: ¡quién sabe las perlas que va a encontrar!

—Le traeré una —sonrió el peluquero más paternal que amable—. No, a ver, aparte de esto, es concretamente el modo de vida lo que me interesa ver en el lugar. Sabe, es otro mundo. Otra concepción. Una cultura totalmente distinta.

Gianni Tasso había vivido un año en París para aprender el arte de la coiffure, y volvía regularmente para mantenerse actualizado sobre

las novedades de la profesión. Iba a los congresos de peluqueros, a las mesas redondas de peluqueros, no se perdía una; y hasta ahí, por supuesto, nada que objetar. De hecho, menos mal. Pero luego, por las tardes, en vez de hacer las cosas que hacen los peluqueros por las tardes, se iba al teatro, a saber con quién, leía libros, prestados por a saber quién. Y cuando volvía a Turín te hablaba de Teilhard de Chardin, una vez incluso quería a toda costa hacerle leer un libro sobre demonología. Y con eso ya…

—Ya, todas esas negras bellísimas que se visten solo con flores —dijo Anna Carla.

—La raza —explicó el peluquero— no es exactamente negra. Y, de hecho, ese es uno de los principales problemas. Hay varías teorías que…

Los grandes problemas. Y ahí estaba él, el antropólogo de la calle Santa Teresa, para resolverlos sobre el terreno, in loco. Para analizarlos, se entiende.

—Ya está —dijo Gianni Tasso. Le dio un último, ligerísimo, toque al cabello y retiró las manos como de un hormiguero—. Gracias —dijo plano y sin entusiasmo.

Más alto, pensó Anna Carla, más alto. Ya podía decirlo bien alto a quien le pagaba el viajecito a Tahití.

—¿Y se va pronto? —preguntó levantándose.

—No, no, todavía nos veremos —la tranquilizó el peluquero.

—Ah, entonces…

Espaciar, pensó, espaciar.

Pagó al mismo tiempo que la señora Tabusso, y no pudo evitar tener que bajar las escaleras con ella y su perro. Un mal día.

—Son cosas de otro mundo —dijo de repente la señora Tabusso.

Era una de esas señoras que «dicen lo que piensan», lo cual, en la práctica, las hace capaces de contarle a cualquiera, en cualquier lugar y en voz altísima, cualquier tipo de cosa que uno preferiría no saber: desde las variaciones estacionales de sus callos, a las costumbres sexuales de su difunto marido, que en cuanto hacía el amor le entraba un hambre tremenda y había que prepararle desde antes un plato de jamón cocido y dejarlo en la mesilla. Una mujer espantosa, saltaba a la vista.

—Debería reírme —dijo la señora Tabusso con amargura—. Pero si soy sincera, a mí lo que me da es rabia.

Anna Carla trató de bajar más deprisa, pero se encontró el perro

entre los pies y tuvo que pararse. No había escapatoria.

—¿Sabe dónde se va de vacaciones ese de ahí? —gritó la señora Tabusso haciendo con el pulgar el gesto de autostop—. ¡A Tahití!

Sonó como el chillido de un buitre. Anna Carla se volvió asustada a mirar la puerta de cristal del peluquero.

—Uy, ya ves —gritó la señora Tabusso—, me importa un pito si me oye. Porque cuando tienen esa cara tan dura, a mí ya me da igual… Si al menos tuviera el pudor de callarse la boca; estupendo, viajas, pasas tus vacaciones, vuelves y santas pascuas. Pero él viene a soltártelo a la cara, como diciendo: ¿ves lo que hago con tu dinero, vieja gallina? Porque es nuestro dinero, querida señora, y eso es lo que me toca tanto las…, no sé si me explico.

Anna Carla, bajando con la cabeza gacha, pensó en otro cuadro del tío Emanuele, un Antoine Le Nain, donde se veía a dos niñas desplumando una gallina blanca.

—Ya no sabe qué hacer con tanto, ¿comprende usted, señora? Es millonario, es el Aga Khan, todo le parece poco. ¡Portofino, Elba! Ya no lo para nadie, a este lo veremos en Nairobi, en Laponia, en Florida, al bendito peluquero.

Por suerte ya estaban en el portal. Anna Carla se saltó la correa del perro, que se le había enredado en la pierna, y miró el reloj.

—¿A dónde va usted, señora? —preguntó la señora Tabusso—. ¿La llevo a alguna parte?

—Gracias. He dejado el coche aquí detrás —dijo Anna Carla sin comprometerse.

—Ah —dijo la señora Tabusso, plantándose delante de ella—. Aquí ya no me ven. Basta, se acabó. Me busco otro, o vuelvo a mi vieja Ida, que lo hacía muy bien y era muy honrada. Pagarle el crucero a ese ignorante… ¡Va listo!

—Bueno —dijo Anna Carla ruborizándose—, quizá con esas agencias internacionales, las tarifas…

—¡Pero, por favor! —gritó la señora Tabusso—. Ya sé yo dónde tiene ese marica de ahí la agencia internacional. La tiene en el…

—¡Dios mío! —gritó inspirada Anna Carla—. ¡El parquímetro!

Pero para escapar de la Tabusso hacía falta más.

—¡Desgraciados! —aulló, echando a andar resoluta en la misma dirección que Anna Carla—. ¡Esos canallas! ¿Quiere creerse que el otro día me pusieron una multa por veinte centímetros?

El estado de ánimo en el que la señora Tabusso parecía vivir era

preferentemente el de la indignación, y para alcanzar ese paraíso artificial suyo cualquier estímulo era bueno, el cuerpo de los guardias urbanos no era peor que otra cosa.

—Tenía media rueda sobre la acera, no más de media rueda, ¡lo juro sobre la cabeza de mi padre! Nada: aparcamiento en un paso de peatones. Y nada, no razonan, no distinguen, ¡no tienen piedad! Por suerte conozco a uno que me las quita, es pariente de una antigua criada mía, una persona decente. Sabe, no es por las mil liras, es por la injusticia, que no es agradable, ¡por la cara dura!

Sin embargo, sí que era por las mil liras, porque la señora Tabusso era muy rácana, como los trabajadores del peluquero farfullaban en voz baja, pero para que se oyera.

—Se las daría con gusto —proclamó de manera del todo retórica— si alguna vez los viese trabajar para una, para provecho del ciudadano. Pero lo único que saben hacer es traerte a casa la carta de los impuestos y saltarte encima en cuanto te pasas cinco minutos en la zona del parquímetro. ¡Qué fácil!

No es que importase, pero la gente la miraba, se volvía a mirarla, o por lo menos Anna Carla tenía la preocupante sensación de que las conversaciones públicas con la señora Tabusso siempre adquirían un carácter de altercado entre verduleras, en el que de un momento a otro podía entrometerse un mediador ocasional. Lo más extraño era que su hermana Virginia era todo lo contrario, una solterona frágil y sumisa, medio desmayada.

—No, son una panda de holgazanes, a mí que no me vengan a decir —siguió la señora Tabusso, marchando a grandes pasos detrás de su perro—. ¡Piense en mi prado!

Era casi imposible recorrer más de treinta metros en su compañía sin que saliese en la conversación el «prado», que era en realidad —según había podido saber Anna Carla— un vasto y ajetreado terreno en la colina, que comprendía viñas, bosquecillos de acacias, taludes, barrancos y el lecho seco de un arroyo. Y el Hombre, depredador, vicioso e indiferente a las prohibiciones de la Ley, estaba transformando aquel Edén del valle Pattonera a su imagen y semejanza, mientras que la propietaria, desde las ventanas de la vieja casa rústica, asistía impotente al atropello. En primavera, subían en manada a arrasar con las prímulas y las violetas; en verano, había pícnics, papeles tirados, latas de sardinas vacías; en otoño, le robaban las setas, las nueces, las moras (las uvas no porque las viñas estaban

abandonadas desde hacía años). Como la locomotora para los territorios del oeste, así fue el automóvil para el «prado» de la pobre piel roja Tabusso.

—¿Por qué no vienen a mi casa, a poner un poco de orden? ¿No pago los impuestos como todos los demás? ¿No tengo yo también derecho a que me protejan? Ya he mandado cuatro instancias, mi abogado ha escrito al ayuntamiento, le conté el asunto a los carabineros, en la comisaría, ¡incluso he escrito a La Stampa! ¡Nada, no he conseguido nada! Todos tienen otras cosas en la cabeza, se ríen en mi cara, siempre me dicen lo mismo: ¡vallar!, ¡vallar! Sí, claro, ahora voy y me gasto dos millones en vallar para que después toda la marabunta se la salte y trate de engañarme... ¡Vallaos la cabeza vosotros, cornudos!

—¿No ha probado —intervino tímidamente Anna Carla— con un perro guardián?

—¿Y cómo lo hago? —tronó la señora Tabusso tirando rabiosa de la correa—. Mi Cin, este de aquí, es un amor pero un blandengue, lo tengo en casa porque con esos salvajes lo mismo se lo comen en escabeche en cualquier momento. Cogí un perro lobo, pero lo tuve que revender a la semana, Cin es muy celoso, no lo soportaba, sufría más que un chiquillo, además le daba miedo. Puse carteles por todas partes: PERRO PELIGROSO, CUIDADO CON EL PERRO, EL PERRO MUERDE. —Se detuvo y bajó la cabeza—. Pero para nada, no se lo creyeron.

Torcieron la esquina de la calle Bertola. Anna Carla, que tenía un par de recados que hacer en los alrededores, decidió dejarlos para no seguir el camino con la señora Tabusso. Maldiciéndola se dirigió hacia su coche, aparcado más abajo.

—De día aún, si me dejo ver por el prado, tienen la decencia de levantarse. ¡Pero de noche! ¿Qué hago de noche ahora que viene el verano? ¿Me lo dice usted?

Anna Carla no se lo dijo.

—Si me lío a perdigonazos desde la terraza voy a la cárcel, porque las personas honradas no pueden defenderse, solo soportar cualquier atropello, claro. Y si me bajo a dar vueltas con una linterna y una escoba, aparte de que de noche veo poco, lo mismo me llevo un navajazo en la tripa, ¿no cree? Esa gente no bromea.

—Pero ¿quiénes son? ¿Enamorados? ¿Parejitas? —dijo Anna Carla con incauto escepticismo.

La señora Tabusso estalló en una carcajada de compasión.

—¡Enamorados! ¡Sí, claro, enamorados! ¡Es que no sabe que hasta allí va todo el puterío de Turín sur! ¡Todo el Rotary de las furcias!

Anna Carla hubiera querido morderse la lengua: justo ahora que estaba a veinte pasos de su coche.

—¿Sabe usted, querida señora, lo que me toca hacer en el prado todas las santas mañanas? ¡Vendimiar preservativos! ¡Venga a verlo un día, venga a verlo! Pero un día de estos, ¿sabe qué voy a hacer? ¡Los junto todos, los meto en un paquete y se los mando a los de Buenas Costumbres! ¡Quiero ver si despiertan de una vez esa panda de gandules! Como si no fuera deber suyo impedir esta asquerosidad, venir a hacer una buena redada por actos obscenos en la vía pública.

—Pero el lugar no es público —dijo maliciosa Anna Carla—. Es privado, ¿no?

La señora Tabusso se quedó desconcertada por un instante, después su lógica trituró la objeción.

—Hacer marranadas siempre ha sido un acto privado —observó con una fina sonrisa jurídica—, y con todas las porquerías que salen en el cine y en los periódicos, yo sigo en mis trece. Es un asco y una vergüenza, y la policía…

Se interrumpió y se quedó con la boca abierta, petrificada. Anna Carla sintió cómo se le cerraba el estómago: la idea de recoger en los brazos, en la acera de la calle Bertola, a la señora Tabusso agonizante era tan demencial que le pareció, de repente, perfectamente plausible, es más, probable.

—Señora…, ¿dónde está su coche? —dijo en un suspiro.

—Allí… —balbuceó Anna Carla—. Es ese Mini…

Aterrorizada empezó a rebuscar en el bolso, no encontraba la llave, levantó la cabeza para mirar a la farmacia de la esquina. El perro, pensó absurdamente, ¿qué hago con el perro?

En ese momento un barrito salvaje salió de la garganta de la señora Tabusso. Anna Carla la vio arrojarse contra el Mini azul, arrancar de debajo del limpiaparabrisas una hoja blanca y agitarla en alto como un baobab desarraigado.

—¿Qué le decía? —gritó triunfante la Tabusso—. ¿Qué le decía?

Toda la fila de coches aparcados en aquel tramo de calle tenía el papelito blanco de la multa. Anna Carla se precipitó de golpe de un resquicio de alivio a un abismo de negro y lacerante enfado.

En verdad no era por las mil liras, pero pensar en ese fantasma mezquino, quisquilloso y traicionero, que pasaba con su moralizador

cuadernito cuando tú no estabas allí para defenderte, para dar tus razones… Una canallada, eso es, y un ofensivo pisoteo de tu privacy…

Viril, tranquilizadora, una mano se posó en su hombro.

—Esta me la llevo yo —dijo la señora Tabusso metiéndose la hoja en el bolso y cerrándolo con un chasquido definitivo—. Se la paso a mi guardia y usted quédese tranquila, no lo piense siquiera.

Una oleada de agradecimiento completa e inexplicablemente desproporcionada respecto a lo ocurrido envolvió a Anna Carla.

—Pero, por favor, faltaría más —protestó alargando platónicamente la mano—. No es nada, son cosas que pasan.

—Tenemos que ayudarnos entre nosotras, querida señora, tenemos que hacer frente común. Vamos todas en el mismo barco.

—No, no, no es justo que usted se moleste por…

—¡Cómo que no es justo! ¿Y le parece justo que yo tenga que tragarme ciertos espectáculos, que tener mi prado a disposición de la mala vida, mientras los agentes del orden solo piensan en las multas?

—Está bien, pero por usted…, no quisiera en absoluto que usted…

—Para mí es un verdadero placer, ¡téngalo por seguro! Y si le vuelve a pasar, no se corte, solo tiene que llamarme y mi guardia se ocupará de poner las cosas en su sitio. Gracias a Dios todavía hay gente buena entre nosotros… Esta noche le diré algo, para que usted duerma tranquila.

Como camaradas, soldadesca, la mano de la Tabusso apretaba ahora —un poco fuerte— la suya. Y en ese momento Anna Carla comprendió en qué terrible trampa había caído. Por mil liras. Es decir, no, no por las mil liras, sino por su maldita emotividad, que antes la había enfadado contra el pobre Gianni Tasso, y luego, en el típico mecanismo de reacción y contrarreacción… Y ahora verás como me llama, pensó desesperada, me invita a su casa, viene a la mía, ¡estamos en el mismo barco! Un futuro de encuentros con la señora Tabusso se extendía ante ella como una pradera sembrada de preservativos.

—Gracias —murmuró con un escalofrío—, no sé cómo agradecérselo…

Contraatacar de inmediato, desendeudarse a toda costa, encontrar algo. En un gesto de pánico miró la hora.

—Yo conozco a un comisario de policía —dijo con una risilla enajenada—. Si quiere puedo intentar hablarle de su prado.

La señora Tabusso no pareció muy convencida.

—¿Es de Buenas Costumbres?

—Francamente, no lo sé.

—Porque si no es de Buenas Costumbres... ¿Cómo se llama?

—Santamaría.

—¿Es de aquí?

—Bueno..., no sé, la verdad —dijo Anna Carla sintiéndose subir el rubor al rostro—. El caso es que no lo conozco todavía, pero voy a almorzar con unos amigos y no sé si... Quizá no sirva para nada, pero puedo explicarle la situación. Si a usted le parece.

—Gracias. Pues cuéntele bien claro cómo están las cosas, y que yo puedo darle todas las pruebas que necesite en cualquier momento. Y si por casualidad quisiera acercarse a hacer un reconocimiento conmigo, en las horas clave...

Rio groseramente, guiñándole un ojo.

—Bien —dijo Anna Carla abriendo la puerta del coche—, a ver si se pudiera hacer algo.

La señora Tabusso torció la boca.

—Esperemos que esta vez sea la buena —dijo—. Pero mi regla es no hacerme nunca ilusiones en la vida. ¡Es un mundo feo, querida señora, un mundo muy feo!

Hubo un segundo de silencio. Momentáneamente seca, la indignación de la Tabusso avistó enseguida otras fuentes.

—¡Todas estas huelgas, estos robos, estas chicas que se escapan de casa! ¿Y los delitos? ¿Ha visto lo que ha ocurrido en la vía Mazzini? Y ese pobre trabajador de la Commerciale que han...

Anna Carla se metió con desenvoltura en el coche y tapó con su luminosa sonrisa el hecho de haber arrancado el motor sin responder.

—Gracias, entonces.

—Gracias a usted, querida señora. Hablamos esta noche o mañana por la mañana, ¿de acuerdo?

Se quedó, con el perro al lado, mirando el Mini mientras echaba marcha atrás. Espantosa en todos los sentidos, pensó Anna Carla, pero no antipática.

3

Ni delicioso. Ni fabuloso. Ni adorable. Y mucho menos fascinante. No. Mientras miraba al comisario Santamaría, que ahora hablaba con Massimo, Anna Carla se dio cuenta de que toda esa maldita

adjetivación hiperbólica no servía con un hombre así, no encajaba para nada, desentonaba. Delicado, eso sí, porque poco antes, mientras Massimo, caminando arriba y abajo por la terraza, le contaba con toda suerte de efectos teatrales e inútiles pausas a la Hitchcock toda la historia de lo de Garrone, la carta arrugada, el falo, y la misteriosa rubia con el bolso, él, Santamaría, había estado impecable: ni miradas intensamente escrutadoras (para ver cómo reaccionaba ella) ni aires de falsa indiferencia (para hacerle creer que no era sospechosa). Se había quedado sentado en la butaca de mimbre escuchando con paciencia, eso es, con paciencia, la retahíla de Massimo, la traducción en lengua cretina, digámoslo así, de un hecho que para él representaba evidentemente solo trabajo, esfuerzo, deber. Delicado y paciente. Había sonreído cuando había que sonreír (y también cuando no, con mucho tacto, por tanto). Había aclarado y precisado aquí y allá; por lo que se veía que tenía carácter, firmeza, que no se dejaba llevar por alguien como Massimo, que para arrastrar a la gente… Y al final dijo una frase estupenda, absolutamente de nudo en la garganta. Le había dicho, alargando un poco las manos: «¿Ve usted las casualidades de la vida?».

¿Quién, a su alrededor, entre la gente que conocía, quién —se preguntó Anna Carla— era capaz de decir una banalidad semejante en serio? Ni siquiera las porteras la pronunciaban sin ironía, sin un depurado matiz de indicación, sin comillas. Mientras él, aquí, lo había dicho con una naturalidad sensacional, con una sencillez, una humanidad que te cortaba el aliento. Las cosas de la vida. Sí, claramente. Solo el tío Emanuele sabía hablar así, darte la sensación de que las palabras decían lo que querían decir; pero él era de otra generación, no tenía… ¿Cuántos años podía tener el comisario? Cuarenta, un poco más de cuarenta… Un hombre atractivo, también; de él se podía, se debía decir. No «nada mal» o cualquier otra salida semejante. No: un hombre guapo, bigote incluido, que las casualidades de la vida habían puesto en su camino. Vivan las frases hechas, pensó Anna Carla, conmovida, electrizada por aquel milagro lingüístico. El cementerio se reanimaba, el desierto florecía, las balas de plomo retumbaban, los sacos de arena flotaban. Y todo porque tenía delante, sentada bajo una sombrilla azul, a una persona seria. Era él, el comisario Santamaría, una persona seria.

Ella, claramente —reflexionó—, había tenido que entrar en el juego de Massimo durante la narración, responderle a tono, además.

Exclamaciones, grititos, ojos desorbitados, manos en la boca, toda una insoportable mímica de película muda. No es que el asunto de la carta no fuera una coincidencia absolutamente de locos, pero si hubiera visto antes que era un hombre sin comillas, se habría moderado un poco. Alguien que hacía semejantes escenitas no debía de agradarle lo más mínimo, a Santamaría. Su primera impresión, como se podía imaginar, debía de haber sido desastrosa.

—¿El asesinato como una de las bellas artes? —dijo Santamaría con su voz tranquila—. No, no me suena de nada. ¿Qué es?

Ya me dirás si era el momento, pensó, exasperada, Anna Carla. Este viene aquí a hacer seriamente su trabajo, a indagar sobre la muerte de un ciudadano (un cerdo, sí, pero también un ciudadano) y se encuentra de repente en el salón de las visitas, entre las garras de la vieja tía, empapándose de parloteos sobre De Quincey, la teoría del delito «elegante», «estético», etcétera… Solo faltaba el vasito de vino dulce. Era triste ver a Massimo escurrirse, a fuerza de lucidísimos jueguecitos, en el más craso e ignorante provincianismo.

—Disculpa, Massimo —intervino decidida—, pero no creo que el comisario haya venido aquí para escuchar teorías inspiradas sobre los delitos en general. —Soltó con un golpe seco su vaso de zumo de tomate —. Si he entendido bien, espera que nosotros podamos echarle una mano en su investigación, proporcionarle alguna hipótesis, algún indicio, dado que bien o mal conocíamos a Garrone. ¿No te parece?

El comisario salió a medias del círculo protector de la sombrilla, no para aferrarse a aquel salvavidas que ella le lanzaba, sino para rechazarlo:

—¡Oh, no, no espero que ustedes me presenten la solución del misterio en bandeja de plata! Esa ya aparecerá cuando tenga que aparecer. Personalmente, tampoco puedo decir que esté buscando al asesino.

Su rostro, de repente perlado de sudor, se volvió a la sombra turquesa.

—Exacto —dijo Massimo, balanceando triunfalmente el pie.

—Mi problema, como ya le he dicho al señor Campi, es perfilar un poco mejor la figura de Garrone; buscar un posible móvil que encaje, aunque lejanamente, aunque sea teóricamente, con el personaje, y, digamos, con… el tipo de muerte que ha tenido. Es una investigación todavía muy elástica, la mía, muy abierta… Sin contar con que las teorías de este…

—De Quincey —susurró Massimo con nauseabunda modestia.

—… me parecen muy interesantes.

Entre hombres se ayudaban siempre. Frente unido, omertà, y tú callada, un ganso fuera de lugar. A menos que también Santamaría fuera… No, estaba descartado, lo habría notado hace una hora. Este seguramente debía de ser hetero, a ojo de buen cubero. Pero ¡cómo pasaban de largo, de estas diferencias, cuando había que poner a una mujer en su sitio! Mafiosos malditos.

Anna Carla decidió que valía la pena meter un poco de cizaña entre los dos conversadores del círculo Piamonte-Sicilia.

—No, yo solo quería… —empezó con ansioso arrepentimiento. Se paró, miró deprisa a Santamaría y después a Massimo, como para pedir ayuda.

—Sí, sí. Una idea muy bonita. Pero te aseguro que el comisario sabe perfectamente lo que quiere —dijo benigno el experto en policías.

—Lo sé, lo sé —dijo Anna Carla, casi angustiada por la confusión y la timidez—, pero puesto que está aquí, en tu casa, es tu invitado, y me parece una persona tan… tan amable…, yo, por facilitarle las cosas…

Massimo se incorporó en su tumbona.

—Quiero decir —balbuceó Anna Carla—, que quizá le da apuro coger él… el toro por los cuernos.

—¿Qué toro? ¿Qué cuernos? —dijo Massimo, sentado ya al borde —. ¿Qué dices?

—Bueno, el hecho de que nosotros dos somos sospechosos, ¿no? Que debería preguntarnos si tenemos una coartada para aquella noche. ¿No es ese su verdadero problema, comisario?

Pero ¿qué le pasaba a esa loca? Hasta un determinado momento se había comportado perfectamente, todo parecía indicar que había entendido el juego. Sin embargo, ahora veía que no había entendido nada de nada. ¿A quién creía impresionar con esas escenitas pueriles? Hacía falta mucho más para pillar en un renuncio a Santamaría.

El cual, ahora, se disculpaba y protestaba con el arte consumado de quien sabe perfectamente que la cuenta la pagaría otro.

—¡Por favor! Se lo aseguro…, le ruego que me crea…, la amabilidad del señor Campi…, es una orientación general…, sugerencias amicales… Dos personas inteligentes…, una consulta, como quien dice.

Y ella, dura: —¡Ah, pues más a mi favor! Un consultor debe estar libre de toda sospecha, ¡eso es lo primero! Yo no tengo experiencia en casos de investigaciones policiales, pero a mí me parece…

Ahora le enseñaba su trabajo. Massimo se levantó de repente, golpeándose la frente con el borde de la sombrilla.

—¿Dónde vas? —dijo Anna Carla amenazante.

—Me largo —dijo Massimo—. Esta terraza empieza a estar demasiado calurosa para mí. —Se volvió al comisario—. Si me disculpa, voy a ver un momento qué hace Rosa.

Rosa, su gobernanta-cocinera-criada, era eficientísima, puntualísima, y en la cocina no perdía los nervios ni en las peores emergencias. El caso es, pensó Massimo entrando en el baño para echarse agua en la cara, que si no me llego a ir acabo a tortas. Estaba acostumbrado, incluso aficionado, a los arrebatos imprevistos, a los entusiasmos, a los excesos de Anna Carla, pero todo tenía un límite. Al primer policía que veía en su vida, prácticamente se le subía a las rodillas gritando: ¡Yo también, yo también! Era casi patológico, una verdadera y propia regresión infantil. El otro había venido con su ritmo meridional, con su sistema, con su técnica de interrogatorio «de lejos», bien feliz de ser blandamente entretenido (y escuchado) con De Quincey y la teoría del delito «gratuito» mientras se tomaba su Campari con soda, y de repente una fanática con minifalda lo agarraba por los pelos y lo obligaba a jugar al FBI.

A menos, pensó secándose la cara sin entusiasmo, que ese celo policial de Anna Carla escondiera un interés por el propio policía. El espejo le devolvió el esbozo de una sonrisilla despiadada. Veras tú, pensó, si ahora le gusta el Santamaría. Pasó por donde Rosa y volvió rápidamente a la terraza.

—El almuerzo va a estar listo en dos minutos —dijo—. Disculpadme.

Se sentó y esperó.

—¡No tiene importancia! Es usted muy afortunado —peroraba Anna Carla con fervientes asentimientos de cabeza—. En el mundo en el que vive usted, las cosas son blancas o negras, verdaderas o falsas.

—Bueno… —trató de responder Santamaría con el pie en el freno.

—Fulano ha robado en la gasolinera, o no ha robado. Al menos es un mundo real, un mundo de hechos.

Le gustaba mucho Santamaría: un hombre sólido, positivo, concreto, que se movía entre hechos, que no había oído hablar de De

Quincey o de otras cosas por el estilo. Un verdadero hombre con verdaderos bigotes, que hoy (como signo de buena educación) había dejado en casa el Colt y la brillante estrella de sheriff. Por un momento, la ingenuidad, la colosal candidez de Anna Carla lo enternecieron. Pero luego pensó en las posibles consecuencias, en los peligros de esa absurda interpretación, y decidió interrumpir el western.

—A propósito de la verdad —comenzó Campi con su logrado tono de maestro de secundaria—, recuerdo una jugosa paradoja de Oscar Wilde…

A la sola mención de ese nombre decadente, afeminado y por ende pasado de moda, Anna Carla se volvió como si hubiera oído un cascabel entre los cactus.

—Si uno continúa diciendo la verdad —citó Massimo—, antes o después ocurre que lo descubren.

El comisario se echó a reír alegremente. Anna Carla, precipitándose de su caballo blanco y negro y encontrándose de nuevo con el trasero flotando en la ambigüedad, en la extenuante mutabilidad de la plaza Solferino y de la vida real, los miró a ambos con odio.

—¿Y tú —soltó— has dicho ya la verdad?

—¿Respecto a qué?

—Respecto a tu coartada.

Y dale con la historia de la coartada.

—¡Qué buena amistad la tuya! Imagina que de verdad he sido yo…

—Pero el señor Campi realmente sí tiene una coartada —dijo Santamaría—, me la dijo al principio.

Massimo lo miró estupefacto.

—¿Ah, sí?

—Sí. Fue lo primero que me dijo ayer, que había pasado la noche en casa de sus padres, en la colina, y que se estaba muy fresco en la terraza.

Massimo silbó, y se volvió hacia Anna Carla.

—¿Has visto qué fácil es comprometerse para nosotros, los inocentes? Se lo había dicho sin más, sin pensarlo; ni siquiera como coartada.

—Lo sé —dijo el comisario con tristeza—. Sin embargo, para nosotros es una deformación profesional…

Y encima se hacía el melancólico, pensó Massimo.

—No, no —dijo—, con usted hay que estar verdaderamente atento. Porque imaginemos que usted va a casa de mis padres, si no ha estado ya, a informarse con la debida discreción por los criados. Descubrirá

que es verdad, que aquella noche estuve en verdad cenando allí, pero descubrirá también que me fui antes de las diez. Así que la coartada, si la hubiera presentado como tal, se volvería en mi contra, me convertiría en más sospechoso que antes.

—No si usted tuviera después otra hasta medianoche, podría decirle. Pero no se lo diré. Es una cuestión de cálculo, que quede claro.

Bebió estoicamente el último trago de su Campari con soda, que ya debía de estar desagradablemente tibio, y continuó con amabilísima seriedad:

—Quiero decirle también yo la verdad, señor Campi. A mí no me conviene que me dé una coartada, que por otra parte considero del todo innecesaria, si el precio que he de pagar es acabar con esta atmósfera de cordialidad, de confianza mutua, que hemos alcanzado, y que en la fase actual de la investigación me sirve más que cualquier otra cosa. Sería un mal negocio, ¿no le parece?

Casi se pone una mano en el corazón, el comediante. Y la otra allí, con los ojos clavados en su rudo y honrado héroe, tragándoselo todo.

—Entiendo perfectamente, querido comisario. Pero le aseguro que para mí no representaría…

—No, no, se lo ruego, no quiero saber nada más de sus coartadas. De verdad, y mucho menos de las suyas, señora. No sigamos con esto.

Anna Carla soltó una risa literalmente argentina.

—Ah, yo, por mi parte, ya se lo he dicho, y por lo demás también se lo habrán dicho esos dos siniestros personajes que he despedido: mi marido estaba fuera con los suecos, y yo, después del drama del despido, sería sobre las nueve, me fui a comer algo a Mulassano y luego al cine. Sola. No me encontré con nadie y nadie me vio. Como ve, estoy talmente expuesta.

Enteramente no, pero sí lo bastante —rumió el comisario, posando sin querer los ojos en el perímetro minúsculo del vestidito de la señora Dosio— para poner a un hombre en un estado de incómoda reflexión. No siempre esos pequeños regalos de los dioses le caían del cielo. Estaba delante de él, tumbada como en la playa o casi, una mujer muy bella y muy simpática, que le demostraba un vivo interés. Sin embargo, el comisario tuvo que confesarse a sí mismo que toda esa piel tan desenvuelta y elegantemente exhibida —y que en otra ocasión habría apreciado sin reservas— no le hacía ni pizca de gracia. Quizá porque introducía en la investigación un elemento de distracción, de molestia, una disonancia que aplacar; o quizá porque, pese a los años que llevaba

en el septentrión, su idea de qué se debía sentir en presencia de una «señora» continuaba siendo muy meridional. ¿No había un centímetro de impudor, una sombra de provocación, en esas piernas larguísimas ya un poco bronceadas por el sol (o por alguna crema de acción fulminante)? En todo caso, eso complicaba las cosas, lo desconcertaba, lo ponía en conflicto con sus, esa era la palabra, prejuicios. Y no le apetecía tener problemas de ese tipo, ya tenía bastantes con los que le venían por su trabajo.

—¿Qué cine era? ¿Qué película ponían? —dijo Campi con cierta sorna.

—Le Arti. El título de la película era La sferza —le replicó ella, como una escolar petulante. El otro respondió con una mueca de fastidio.

Había conflicto ahí, estaba clarísimo. Pero de otro tipo. A Campi, si estaba viendo bien, el precario vestido de su amiga no le daba ni frío ni calor. Una amistad estrictamente intelectual, debía de ser. Cierto, los dos se conocían hacía tiempo y Campi… En la mente del comisario se apareció con claridad —por segunda vez desde la noche anterior— la imagen de Campi parado delante de la comisaría, mientras contemplaba a los jóvenes musculosos que trabajaban en la zanja entre las vallas. Ya. Así se explicaría también su reticencia a contar qué había hecho después de las diez la noche del crimen, el alivio con el que había recibido el discursito sobre la atmósfera y la confianza. El pobre, evidentemente, no podía invocar la discreción delante de una señora, si se trataba, en realidad, de «un señor». Cualquier jovenzuelo del paseo del Dora le parecía por tanto descartable. Sin embargo, el amigo del pasaporte, Riviera, Ravera, un nombre así… En todo caso, del taxista que —presumiblemente— lo había recogido en la colina habría sido bastante fácil saber dónde lo dejó; era una comprobación simple y discreta, que por escrúpulo se podía hacer. Tomó nota mentalmente, y ya que estaba —reflexionó con una frialdad que lo tranquilizó— podría también encontrar la manera de que Bauchiero se encontrara con la señora Dosio. Era rubia, rubia y alta, aunque también, para ser sinceros, las coincidencias terminaban ahí; pero con un maquillaje vistoso y envuelta en un chambergo de plástico, quizá… Se dio cuenta de que entre los dos se había instalado un denso silencio. Luego la rubia habló:

—Y usted, comisario, ¿dónde pasa las vacaciones? ¿O en su trabajo no hay vacaciones?

—Las hay, las hay. Pero se llaman «días libres», y nunca consigo llegar a la mitad por una razón u otra.

—¿Y a dónde va? ¿A Sicilia? —preguntó a duras penas Campi.

Así, enfurruñados uno con el otro, no le servían para nada. Lo que había dicho era exactamente la verdad: los quería distendidos, vivos, cotillas.

—Si tuviera una terraza como esta —dijo— no me movería de Turín. Se está muy bien aquí. Casi no se oye el tráfico.

Se levantó y, bajo un sol de justicia, se dirigió lentamente hasta el parapeto. A intervalos regulares sus pies pasaban por la sombra exigua de unos arbolitos con la copa podada en redondo, dispuestos en una fila irregular de macetas de madera. Campi lo siguió.

—Así lo encontré y así lo dejé, los arbolitos y todo —dijo con una mueca—. Había también geranios, pero por suerte se murieron enseguida.

—Ah, ¿vive usted de alquiler, aquí?

—Sí, es mucho mejor. Sabe, es un rollo eso de la propiedad...

Todo en Suiza, ni un botón a su nombre, naturalmente.

—Un tiempo vivió en un hotel —dijo la señora Dosio, que se había acercado también—. Y si pudiera, lo haría también yo, francamente.

—Pero es una enorme y preciosa terraza —dijo el comisario mirando alrededor. Al menos treinta por veinte metros de ladrillo rojo, interrumpidos solo por la caseta de la escalera sobre la cual una cascada de parra virgen resistía vigorosa a la incuria del anterior propietario.

—Es triste —concluyó Campi, después de un minuto de contemplación—. Siempre tiene el aspecto de un salón de baile en temporada baja.

—¿Por qué no prueba a plantarlo de cereal? —dijo el comisario tratando de divertirlo un poco.

El otro esbozó, sí, una sonrisilla de aprecio, pero fue ella la que tiró del hilo.

—¡Es una idea fabulosa! ¡Una verdadera genialidad! Massimo, tienes que hacerlo sí o sí, te cambiaría todo de cabo a rabo. Piensa qué maravilla: la rubia extensión de espigas mecidas por el viento, las amapolas, el canto de las cigarras...

—¿Incluida tú?

—¡Yo la primera! No, de verdad, dime que no es la idea del siglo: un campo de cereal en un parterre. Si tenemos en cuenta todos los hallazgos ridículos de los arquitectos y decoradores... ¡La zona de

espigas! ¡Igual que la zona de conversación o la zona de estudio! Comisario, ¡usted no se me escapa, yo lo contrato como asesor!

Bromeaba, pensó con melancolía el comisario, pero tampoco tanto. Sería perfectamente capaz de llamar a todas sus amigas, aireando durante semanas a «mi maravilloso comisario», «mi policía de oro», «el angelical Santamaría», sin el cual no podía cambiar de sitio un cenicero o comprar unas flores. ¿O matar a un ridículo arquitecto?

Campi miró el reloj: —Mejor bajar. Si no, Rosa se pone nerviosa.

—¿Por qué no te haces instalar una campanilla?

—Está instalada, pero no funciona, y tampoco he hecho que la reparen. No vengo casi nunca aquí.

—No te vendría mal tomar un poco el sol de vez en cuando. Estás cadavérico.

Era, reconoció el comisario, un insulto de reconciliación, fuera el que fuera el motivo de su roce.

—Nadie es perfecto —dijo Campi intentando darle a su propia boca la forma de la de un vampiro.

Menos mal. La paz estaba firmada.

—¡Uh! —gritó ella, riendo—. ¿Sabes a quién te pareces? ¡A la señora Tabusso!

—No la conozco. ¿En qué tumba vive?

—Tiene la misma idéntica sonrisa, te lo juro. Es una mujer un poco tremenda, comisario, pero para nada antipática. La verá también usted.

—¿Ah, sí? ¿Y me comerá?

—Probablemente sí, se la tiene jurada a la policía. Pero ella, sabe, ha sido muy amable conmigo, y yo, espontáneamente, para agradecérselo…

Bajando las escaleras le explicó, pidiendo disculpas cada tres escalones, el «colosal follón», la «indescriptible indiscreción», la «vergonzosa canallada» que había cometido sin apenas conocerlo, o sea, la pequeña pero indudable lata que le estaba dando.

4

—Ah, Palmira —dijo la señora Tabusso extendiendo bien en el plato el arroz al azafrán—, hay otra multa que recuperar.

La vieja criada, que tenía a su yerno en la guardia urbana, la miró

con cínica reprobación.

—¡Adelante Saboya! —dijo como decía siempre en estos casos—. ¿Dónde se la han puesto?

—No es mía, es de la señora Dosio, tú no la conoces. Prohibido aparcar.

—¿Has visto a la señora Dosio, Inés? —preguntó con tímido interés Virginia, la hermana de la señora Tabusso. Ella sí la conocía, a «la Dosio», incluso un poco más de vista que Inés, que a su vez la había conocido por casualidad en casa de los Campi —cuatro villas y cien metros de nivel más abajo— un día que pasó por allí para que le firmasen una de sus desesperadas peticiones al ayuntamiento. Pero le había bastado con encontrársela un par de veces en la peluquería (adonde acompañaba a su hermana ocasionalmente) y alguna otra en Baratti o en el Mulassano, para profesarle una admiración permanente, una inocente veneración de revista.

Vaciló al atacar con la punta del tenedor su montoncito de arroz, y Palmira aprovechó para ofrecerle la olla de aluminio.

—Sírvase un poco más, señorita. Mire cuánto va a quedar.

—Pues no hagas siempre como para un regimiento —dijo la señora Tabusso con la boca llena—. Con tres gatos que somos.

Palmira se encogió de hombros, dio unos pasos arrastrando la pierna derecha y después de cierto número de elaboradas contorsiones consiguió sentarse también ella a la mesa. Desde hacía dos años, debido a su ciática, comían todas en la cocina, pero la señora y la señorita se sentaban a la mesa grande de mármol, y ella, Palmira, en una mesita auxiliar que había entre el fregadero y la ventana.

—Qué más da, siempre se aprovecha lo que queda —explicó mientras se servía generosamente—. Lo decía porque la señorita come tan poco que da pena. ¡Hay que recuperar fuerzas, queridas mías, y más ahora que ha empezado el calor!

—Para ti el calor, el frío, la humedad, todas las estaciones son buenas para recuperar fuerzas, ¿eh? —gritó la señora Tabusso, golpeándose con la mano la tripa, que tenía poco más o menos como la criada.

—¿Sigue tan bella, tan elegante? —dijo Virginia.

—¿Quién?

—La señora Dosio.

—Ah. —La señora Tabusso se concentró—. Sí —admitió ecuánime —, medio desnuda, que es lo que ahora está de moda, pero elegante.

Claro que, con el dinero que tiene, no es tan difícil.

—No es verdad. También es distinguida, y eso se ve.

—Distinguida, distinguida… —farfulló la señora Tabusso con impaciencia, recogiendo tres granitos amarillos caídos en el óvalo del mantelito americano bordado por Virginia—. Sí será…

Su hermana se apartó de la mejilla un mechón de pelo gris y levantó hacia el techo de la cocina una mirada soñadora.

—Siempre que la he visto tenía ese aire… tan ligero —dijo con un pequeño gesto de la muñeca cargada de pulseras.

—¿Quieres decir de ramera? —preguntó la señora Tabusso.

—¡Señora! —gritó Palmira desde su rincón—. ¡Esas no son formas!

También ella, como la señora Tabusso, era viuda, y conocía los aspectos y vocabulario menos poéticos de la vida; pero la señorita Virginia era otra cosa, algunas cosas no había que decirlas delante de ella.

—¡Eeeeh! —gritó a su vez la señora Tabusso—. No lo decía en absoluto por criticar, eso son asuntos suyos. ¡Te imaginarás lo que me importa a mí! —Se sirvió un vaso de vino de la frasca de cristal—. A mí lo que me interesa es si puede hacer que desalojen a las furcias que tengo en el prado. Dice que conoce a un comisario de la policía.

Desde el rincón de Palmira se oyó un resoplido burlón.

—Pero si van juntas, a las… ¡a esas mujeres hay que decirles algo más para meterlas en vereda!

—Según ella es un tipo competente —dijo dudando la señora Tabusso—. Es el mismo que se ocupó del robo en la casa de los Campi, aquí abajo. Santamaría se llama. Comisario Santamaría.

—No lo había oído nunca —dijo con desdén Palmira, que seguía minuciosamente la crónica negra desde el día que su yerno, herido en el enfrentamiento con dos ebrios en Porta Palazzo, salió citado con nombre y apellido en La Stampa Sera.

—Por lo menos sabrá algo de la colina.

—Pues me va a disculpar, pero, con ese nombre, será otro napolitano que no sabe ni siquiera hablar italiano.

—Napolitano o no napolitano, si me cierra el Capriccio yo le hago un monumento.

—Ya, y luego lo reabren un mes después, fresco como una rosa. No, están todos compinchados, esos simios horribles. Lo único sería darles carta blanca a los guardias, que son todos gente bien seleccionada, y no a ignorantes no más altos que esta mesa.

Palmira no olvidaba jamás el metro setenta que era necesario para ser admitido en el cuerpo de la guardia urbana.

—Son muy majos —dijo Virginia—, pero todas las veces que los hemos llamado nadie los ha visto: niebla.

—¡Claro! ¡Tienen las manos atadas! —gritó Palmira—. Los carabineros, la Jefatura, incluso la Fiscalía les meten palos en las ruedas, les ponen la zancadilla. Es una vergüenza la envidia que hay.

Empezó a rascar con furia el fondo de la olla.

—Yo es que no entiendo por qué os enfadáis tanto —dijo Virginia —, para mí hacen más daño los que roban muguete detrás de los nogales.

—¿Estás oyendo? —tronó la señora Tabusso dando con el puño en la mesa—. Vienen a hacer sus guarradas en nuestro terreno cada dos por tres, y a ella le preocupa el muguete.

—A ver, la señorita es una inocente —dijo Palmira—, algunas cosas ni siquiera las ve, bendita ella. Pero ya sabe, la inocencia…

—¿Qué inocencia? ¡En mi casa esto se llama inconsciencia!

—También mi yerno lo dice siempre: si no los ayudamos, aunque sea un poco, ellos, ya sabe, no tienen una varita mágica. —Suspirando empezó los preparativos para levantarse—. Porque una cosa es que haya mucha chusma haciendo de las suyas a su antojo, pero cuando te toca la china, como por ejemplo a ese orfebre de la calle Giulio Cesare…

—¿Qué orfebre?

—Le robaron por valor de cuarenta millones, ¿no lo ha visto esta mañana en La Stampa? Eran tres, y él no fue capaz ni de mirarlos a la cara, dice que no se acuerda de nada.

—¡Pero es que iban enmascarados! —dijo Inés.

—Sí, vale, iban enmascarados, pero él también, menuda pachorra quedarse allí como un idiota… —Ahora, una vez alcanzada la posición erguida, abandonó los brazos a los lados y con la boca abierta y la mirada atónita imitó la presumible pose de un idiota—. Y luego todos esos cafres que te arrebatan el bolso con un gesto fulminante —continuó, dirigiéndose a la sartén de los escalopines al vino—, serán fulminantes, sí, pero que lo intenten conmigo…

Se interrumpió amenazante, y trató de pescar al vuelo una mosca que se había alzado perezosamente de la salsa, luego cogió la sartén por el mango y se acercó a la mesa grande: —Si es que hoy día la gente solo piensa en las cancioncillas, van todo el día con la cabeza en las nubes y

las orejas forradas de salami. Y así los malos se aprovechan, querida señorita. Para alguien como el tal Bauchiero…

—¿Bauchiero? —dijo la señora Tabusso, trasladando a su plato un escalopín grande y otro pequeño—. ¿El carpintero?

—No, el del crimen de la vía Mazzini, el que encontró el muerto, ¿sabe?

—Ah.

—Él cumplió con su deber, como habría hecho yo. Podía incluso haberse lavado las manos, es decir, fingir que no iba con él e irse a coger violetas…

—O muguetes —dijo la señora Tabusso mirando a su hermana.

—Sin embargo, fíjese en la disposición, a su edad, se encuentra el muerto, va de inmediato a llamar a las autoridades y recuerda incluso que una rubia salía del portal. Así que es el único testigo —concluyó con envidia.

—¿Al asesino, entonces, no llegó a verlo?

—¡No, por Dios bendito! Pero aun así, ya los ha puesto sobre la pista con el hecho del tubo en el bolso con la estrella de Italia.

—Marina —dijo con timidez Virginia.

—¿Qué marina? —dijo la señora Tabusso.

—La estrella —dijo Virginia—. Es una estrella marina. La he visto perfectamente.

5

En el plato vacío del comisario, que había terminado con gusto su filete a la pimienta, cuchillo y tenedor se habían colocado bien: uno al lado del otro, perpendiculares al borde de la mesa, pero sin el escrúpulo de la exactitud absoluta que delataba siempre una preocupación secreta. Anna Carla, percibiendo de refilón ese detalle, se dio cuenta de que sentía, en palabras sencillas, un cierto alivio.

Porque incluso el hombre más atractivo, el más santo, el más valiente o más inteligente del mundo, con el que una podía acostarse, o gastar 175 millones en un cuadro suyo, o perder la vida en las barricadas gritando su nombre, si no sabía comportarse a la mesa, si apoyaba los cubiertos a los lados del plato como si fueran los remos de una barca, por ejemplo, entonces, poco se podía hacer, ella jamás conseguiría verlo como a uno de los suyos. Esos eran los verdaderos

prejuicios de clase. Distribuir las tierras a los trabajadores hambrientos, pensó generosamente, regalar la plata a los leprosos, tirarle una bomba al Rolls Royce del primo de Biella era mucho más fácil que librarse de esas menudencias formales, duras e insolubles como los cálculos renales. Y si los revolucionarios no hubieran sido siempre tan tontos como son, los habrían considerado en sus procesos sumarios. Que cogía el cucharon como una pala: veintisiete años a Siberia. Que no cortaba la tortilla con el cuchillo: fusilado. Que no se tomaba el café con el meñique levantado: a la horca. Ella no habría tenido nada que objetar a sentencias de ese tipo.

—En la Declaración de los Derechos Humanos —estaba diciendo Massimo— tendría que estar contemplado también esto.

—Ah. ¿Habéis llegado a la revolución?

—Nunca estás atenta cuando se habla de cosas serias. Hemos llegado al derecho inalienable a no entender de vinos.

—Por el momento —dijo el comisario Santamaría— yo prefiero al abogado que entiende de mujeres o de numismática.

—¡Pero con mucho! ¡Ya lo creo que con mucho!

No era una conversación cualquiera, intuyó Anna Carla rechazando la bandeja de quesos que Rosa le presentaba, era un encuentro entre compañeros de fe, un reencuentro entusiasta entre perseguidos políticos. ¿Por qué los hombres acababan siempre tomando esos derroteros?

—Además, ahora —dijo Santamaría mientras se servía el gorgonzola—, ahora tienen mucho predicamento los que entienden de quesos.

—Un subculto todavía más pernicioso —aprobó Massimo con ardor —. El tipo que sabe distinguir el chèvre de los Pirineos del de Gâtinais. Gente que no tiene nada de humana.

—¡Como Farrabino! —exclamó Anna Carla.

—Exacto, como Farrabino. Y como Salengo, y Giancarlo, y tu prima Elisabetta, si me permites —dijo Massimo—. Y no olvidemos a Garrone.

—Ah, no, mira, ¡a Garrone no! Está muerto y enterrado, ya no cuenta. Además, ¿tú qué sabes? ¿Habéis comido juntos alguna vez?

—No, pero lo deduzco por extrapolación de elementos conocidos.

—¿Qué elementos conocidos? No sabemos absolutamente nada sobre las relaciones entre Garrone y el gruyer. Usted ve la técnica, comisario. Él «deduce» al tuntún lo que le parece y luego te lo echa en

cara como hecho consumado. Ah, ¿ese es así? Pues también Garrone, o Bonetto, o Farrabino, son así. No, querido, es demasiado fácil esa deducción por elementos conocidos. ¡Pruebas, hacen falta pruebas!

—Pero yo te concedo siempre la comprobación, eso tienes que admitirlo.

—¡En teoría! En la práctica eso no sucede nunca. Como con lo de Boston. Tú dijiste: venga, vamos a ver a Garrone, lo hacemos hablar de alguna forma de América y a ver cómo pronuncia Boston. En realidad, sabías perfectamente que yo no iba a ir ni muerta a ver a Garrone, los elementos conocidos me bastaban y me sobraban.

—También se ha dado el caso —dijo Massimo— de que Garrone ha muerto antes de una posible comprobación.

—Sí, es cierto —se encogió Anna Carla—, ya no sabremos nunca cómo decía Boston ese pobre diablo.

El comisario se aclaró la voz.

—Pero estos elementos conocidos —comenzó con una sonrisa titubeante—, si pudiéramos de alguna forma…

Anna Carla lo miró roja de vergüenza. El almuerzo había terminado, la bandeja estaba vacía, y él empezaba a trabajar. No había venido para escuchar infinitamente sus tonterías.

—Ahora en serio, comisario. Le diremos seriamente todo lo que sabemos sobre el arquitecto Garrone.

Massimo se echó a reír.

—No has entendido nada. El comisario no sabe cómo manejar nuestra seriedad. Son nuestras frivolidades las que le interesan.

También el otro se rio, pero no dijo nada.

—Muy bien —dijo Anna Carla irritada—, entonces que juzgue él, basándose en los elementos conocidos, si es posible asegurar que Garrone pronunciaba Bast'n y era un entendido en quesos.

6

«Kalí órexi», dijeron juntos los cónyuges Botta llegando detrás de Lello y de la señorita Fogliato, cargados uno con fruta de temporada y la otra con una tarta casera.

«Eicaristó», dijo enseguida la señorita Fogliato, que había estado en Grecia también ella dos veranos atrás.

Lello, con la sonrisa levemente melancólica del perdedor, no dijo

nada.

—¿A qué debemos el placer? —dijo Fogliato mostrando su diente de oro. En la pausa de mediodía los Botta iban casi siempre a comer a casa, donde la vieja suegra cocinaba para ellos rústicas exquisiteces.

—Trabajo —dijo Botta, tratando de captar la mirada de Dante, el camarero, que pasaba por el lado opuesto del restaurante—, un trabajo de bestias. Hoy volvemos a las dos, y esta tarde, que Dios nos proteja…

Se quitó la chaqueta, la colgó en el respaldo de la silla y se sentó pesadamente. Su mujer colgó el bolso en el respaldo de la cuarta silla, y sentó también ella.

—Y vosotros —preguntó— ¿qué tal?

—Mal, gracias —dijo Fogliato con heroico buen humor—. Rinaldi ha cogido vacaciones anticipadas, Colantuoni y Chiodi están de baja, y Marazzini, para no desentonar…

—Por favor, ¿podemos hablar de otra cosa, al menos en la mesa? —interrumpió Botta—. Las conversaciones sobre colegas me quitan el apetito. Presentes excluidos, natürlich.

Su mujer se rio.

—Nosotros, en realidad, estábamos hablando de la rubia —dijo la señorita Fogliato—. Riviera, aquí, tiene una nueva teoría que…

—¿Qué rubia? ¿Qué rubia? —gritó Botta, sacándose de la boca el colín que acababa de atacar y empuñándolo como una pluma—. ¡Dadme enseguida la dirección!

Su mujer se rio.

—No te alteres tanto —dijo Fogliato—, es la rubia de vía Mazzini. Y Riviera dice que no solo no tiene nada que ver con el crimen, sino que no existe, no ha existido nunca.

—Ah, pero eso ya es viejo. Lo hablasteis ayer ad nauseam. ¡Actualizaos, gente, actualizaos!

—¿Qué tiene que ver? —dijo Lello—. El caso no está para nada resuelto.

—Ni lo estará jamás. Y punto.

—Pero si el móvil no fuera… —dijo Fogliato.

—No, a ver, la crónica negra yo también la sigo y la respeto en cuanto a fenómeno objetivo de nuestro tiempo. Pero en la medida en la que hay un interés propio, me desagrada, porque entonces se convierte en un hecho negativo. Y digámoslo también, morboso.

Se metió en la boca el colín y empezó a comerlo como un roedor, a mordisquitos rapidísimos. Fogliato miró un instante a Lello, luego lo

abandonó a su suerte.

—A mí me interesa relativamente —dijo—. Pero puesto que Riviera…

Lello la interrumpió para dirigirse a Botta.

—Perdona: has sido tú el que sacó el tema de Garrone, si no me equivoco. Ayer nos pusiste la cabeza así, pero mira, pero fíjate, pero piensa qué caso, yo que lo conocía, yo que jugaba con él de niño…

—¿Me permites, Riviera? —dijo Botta fríamente—. Tú sabes que yo no he tenido miedo nunca de asumir mis responsabilidades, por grandes o chicas que fueran. Y precisamente por eso tengo que puntualizar lo siguiente: el que suscribe abre ayer por la mañana el periódico y ve la fotografía de una cara conocida…

—Cómo conocida.

—Me lo presentó una vez Triberti, te lo dije.

—¡Exacto, exacto!

Botta lo miró con expresión atónita.

—Mí no entender —dijo—. Mí ser un pobre negro estúpido.

Su mujer se rio.

—No, es que según Riviera —intervino cauta Fogliato—, Garrone habría sido…

—Yo solo quisiera saber —dijo Lello— cómo conoció Triberti al arquitecto.

—Conoce muchísimos, Triberti, muchísimos arquitectos —dijo Botta—. Los tiene encima como moscas. Es fácil de entender, él es un pastel que le apetece a mucha gente, no sé si me explico.

—Es lo que digo yo. Y no solo arquitectos. No hace falta ser arquitecto, al menos eso creo yo, para ese tipo de construcciones.

—No. Basta con el título de aparejador. Y luego están los escultores, decoradores, toda una…

—¡Alto! —dijo Lello levantando una mano—. ¿Te importa repetir lo que has dicho?

Botta cerró los ojos y se pasó trágicamente la mano por la frente.

—Escucha, Riviera —empezó con un hilo de voz—, estoy cansado, tengo el motor todavía resonando en la cabeza, y si tú…

—Pero ¿qué palabra has dicho?

—¡Aparejador! —gritó la señorita Fogliato, que ya no podía más—. ¡El aparejador!

—¿Qué aparejador?

—¡El aparejador Bauchiero es el que ha encontrado el cadáver! —

gritó Lello—. ¡Es aparejador!

—¿Y qué? —dijo Botta.

Lello empezó a pelar el tercer y último níspero de su ración: —Muy bien —dijo—, entonces no quieres saber. No hablemos más, caso cerrado. Dante, ¡la cuenta, por favor!

Botta se volvió de inmediato al camarero, que se había posado un instante dos mesas más allá como una gaviota en el agua.

—¡Dante! —tronó—. ¡Viejo codicioso!

—¡Voy enseguida, voy enseguida! —gritó Dante con una sonrisa desesperada; y se alejó hacia otros brazos que lo reclamaban.

—Venga, Riviera, no hagas chiquilladas —suspiró Botta—. Cuéntalo todo.

Lello escupió el hueso del níspero con los ojos clavados en el plato.

—Venga. Escuchemos esa teoría. Vamos.

—Tenemos un arquitecto asesinado —empezó Lello—, ¿y quién lo encuentra? Un aparejador. Solo eso, en mi opinión, es una coincidencia bastante curiosa, ¿no?

—Bue…

—Pero no solo eso. Garrone, según parece, era uno de esos arquitectos que se habían visto obligados a buscar clientes en la oficina de Triberti, y allí ¿cuáles eran sus competidores más feroces? ¡Los aparejadores! Sobre todo los que no tenían una empresa propia, desocupados, jubilados…

—¡Como Bauchiero! —completó la señorita Fogliato, apoyando la causa de Lello.

Botta los miró a ambos con aire pensativo.

—Hmm, así que ¿ese sería el móvil?

—¡Exacto! —exclamó Fogliato—. ¡Riviera ha encontrado el móvil!

—Despacio, hermana —dijo Botta—. El agente especial Riviera ha encontrado «un» posible móvil, porque para mí, a primera vista, esto es el típico crimen con trasfondo sexual, o en el que el elemento sexo…

—¿Quién ha mencionado el elemento sexo? —gritó Lello—. Razona un momento: la policía busca a una prostituta…

—O no —dijo Botta.

—En definitiva, busca a una mujer rubia de la que tiene una descripción muy precisa. Pero ¿quién se la ha dado, esa descripción? Bauchiero. Es decir, una persona que tenía: primero, la posibilidad material de cometer el crimen; segundo, un móvil todavía por verificar, estamos de acuerdo, pero aun así más que plausible; y tercero, todo el

interés en desviar la investigación, en ponerla sobre la pista del delito sexual fortuito, que al poco tiempo suele archivarse y olvidarse.

La mano de Botta palmeó la espalda de Lello.

—Mac-Riviera, ha hecho un buen trabajo. El FBI está orgulloso de usted.

El diente de oro de la señorita Fogliato volvió a brillar.

—Solo hay un detalle —continuó Botta con cortante seriedad—. Aquí, en el ayuntamiento, a Bauchiero no lo hemos visto jamás.

Lello perdió la paciencia.

—Y tú qué sabes. Acaso querías que pasara a presentarse por todos los despachos: «Encantado, soy Bauchiero».

La señora Botta se echó a reír, luego paró. Se hizo un momento de silencio. Los dos hombres se miraban a los ojos.

—Por lo demás —dijo Fogliato con tacto—, no es difícil comprobarlo. Basta con preguntarle a Triberti.

—Es precisamente lo que pensaba hacer — dijo Lello, seco.

—Cuando saques la liebre de la madriguera —dijo Botta—, nos la enseñas, ¿eh? Ah, ¡por fin! ¿Qué tenemos de bueno para comer hoy, Dante Alighieri?

El camarero puso delante de Lello la cuenta y le dio a Botta una copia casi ilegible del menú, que desde hacía tres años tenía los mismos platos.

7

—En fin, ahora que lo sabe todo, comisario, ¿quién está en lo cierto?

—Creo que tiene razón usted, señora: de los «elementos conocidos» no es posible deducir con seguridad ni que Garrone pronunciase «Bast'n» ni que fuera un entendido en quesos.

En el torpor de la sobremesa y de la gran butaca donde lo habían sentado («en la terraza te mueres de calor, seamos sinceros»), el comisario se oyó a sí mismo pronunciar esas frases con una sensación de completo absurdo. ¿Qué estaba diciendo? ¡Qué estaba haciendo en esa casa con esos dos desconocidos! ¿Qué le había pasado?

—¡Gracias, gracias! —chilló la mujer—. Es usted un ángel, le debo la vida. ¿Y sabe usted lo que vamos a hacer de ahora en adelante? Cada vez que este me eche en cara cualquier acusación gratuita, iremos a usted para tener un juicio imparcial. Usted será nuestro árbitro, ¿le

parece bien?

Árbitro. En esa hipnótica partida de ping-pong, él, de repente, tenía la impresión de ser la inquieta pelotita. Boston…, el queso… ¿Cómo se había subido a esas ramas altísimas e insensatas? Al fondo, abajo, debían de estar el cadáver con el cráneo partido, la madre que lloraba en silencio, la hermana marchita. Y De Palma, y Lopresti, ¿dónde habían ido a parar? ¿Dónde el jefe de policía ceñudo? ¿Dónde los estudiantes en manada, los extremistas que corrían esquivando el humo? ¿Dónde el resto del mundo?

Sombras remotas, fantasmas minúsculos, relegados a distancias cósmicas de Farrabino, de Salengo, del tío Emanuele, de Bona, de Bonetto, de Vollero, de Parella, de Monné, y de los otros, de los innumerables otros… El comisario tenía una impresión casi física de aturdimiento, de vértigo. Me han drogado, pensó en una inconcebible fracción de segundo, me han traído aquí y me han drogado, porque ellos son los asesinos. Y ahora vendrá un golpe en la cabeza y…

—¿No se encuentra bien, comisario? —dijo el hombre—. Si quiere tumbarse a reposar un momento allí, no se corte…

—No, no, gracias… Solo una sombra de dolor de cabeza.

—¿Quizá otro café? —dijo la mujer.

—Eso sí, gracias, un café. Es que este calor…

Ya. Sería por el calor unido al vino de crianza. Pero, lo más probable, había ido hasta allí para «hacer hablar» a esos dos y había caído en la trampa de sus argucias, desencadenando una fuerza que enseguida estuvo fuera de control: Salengo, Bonetto, Farrabino, Parella estaban turbiamente desdibujados, lo habían desorientado, trastornado, sometido… ¿Cómo podía existir la leyenda de que los turineses eran cerrados y taciturnos?

—No, no, está perfecto así, templado, gracias —dijo automáticamente. Se bebió el café y aceptó un cigarrillo y la llama diligente de un encendedor de mesa.

Claro que existía la posibilidad, pensó con el primer destello de coherencia, de que Campi, junto a Dosio, lo hubieran de verdad drogado. A su manera, por supuesto, es decir, llevándolo de paseo con esas conversaciones en apariencia superficiales, caprichosas, pero en realidad pactadas para hacerle perder totalmente el hilo y la cabeza.

—¿Quiere una pastilla? ¿Una aspirina?

La señora Dosio se echó hacia delante con una solicitud auténtica, afectuosa.

—No hace falta, de verdad, gracias.

No, no, era ridículo, no había premeditación aquí, no había complicidad. Lo habían engatusado un poco, quizá, con otra legendaria característica turinesa: el charme de imposible definición que se ocultaba bajo la costra desagradable de la ciudad, y que de vez en cuando emergía irresistible por inesperado. Por cualquier camino, llegabas siempre a la misma conclusión de los dichos populares, de los lugares comunes al uso en el resto de Italia: estos eran una raza distinta, insinuante, de la que no te podías fiar. Y si Campi y la señora Dosio lo habían embrujado, pensó dedicando a sus anfitriones una amplia sonrisa de bienestar recuperado, no lo habían hecho aposta. Era, sencillamente, el «ambiente».

—Será mejor que deje de molestarlos —dijo con un suspiro.

—¿Le hemos sido de utilidad al menos? Creo que le hemos contado todo, pero temo que no…

—¡De muchísima utilidad!

Sabía lo mismo que antes, en realidad. Ella había confirmado con exactitud el cuadro que ayer le había descrito Campi: el arquitecto era una especie de punto de referencia simbólico, fabricado pieza a pieza por ellos dos basándose en los poquísimos encuentros directos sucedidos en circunstancias irrelevantes. Y también ella le había hablado del teatrillo privado, del sotobosque urbanita, y después de Monné, de Farrabino, de Bonetto… Pero en cuanto a hechos precisos, migajas.

Ninguno de los dos había sabido precisar cuándo exactamente «Garrone entró por primera vez en sus vidas». Según Campi, había sido tres o cuatro años antes, en una «increíble» exposición pictórica turístico-municipal, adonde él mismo (que, por tanto, no siempre prefería «no saber») había asistido para informarse, «como en una película de terror».

—Ya sabrá usted —explicó—, hay cosas que no hay que perderse. Te muestran, palpitante, el verdadero corazón de la ciudad.

Era cierto, y el comisario, pensándolo bien, se sintió reconfortado. Todo volvía poco a poco a ponerse en perspectiva. En el fondo, no había necesidad de complicar las cosas: el viejo núcleo provincial de Turín resistía todos los asaltos, con sus pequeños ritos, sus estrambóticos rumores, sus desdeñosas jerarquías, su Farrabino, su Garrone, su Campi, su «americanista Bonetto», sus señoras Tabusso y Dosio. ¿Todos en la misma baraja?

El comisario dudó.

—Quién sabe cuántos pasos en falso se dan, en su trabajo —dijo la señora Dosio—. Yo me volvería loca.

Sí: muchos, saltos al vacío, a montones. Era él el que, como todos los «expertos», acababa por querer ver mucho más de lo que había. La escena que le había descrito Campi era además un cliché: cualquier salón más o menos oficial, con sus dorados, sus terciopelos, sus estucos de digna decadencia, y cien o doscientas personas que se movían lentamente entre los cuadros y las esculturas de la exposición, los hombres todos vestidos de gris o azul oscuro, las damas coronadas por sombreros que (esto había que concedérselo a Turín) no se veían en ninguna otra ciudad de Italia. Y ahí, una de esas damas, pariente lejana, conocida olvidada, le presenta el señor Garrone a Campi con exaltado entusiasmo, y Campi se queda allí, atrapado, con su copa de champán nacional en la mano. En aquellos diez minutos de «terror puro» Garrone encontró la manera de 1) venderse, posiblemente sin ninguna base, como un miembro de la organización de la exposición; 2) soltar una alusión obscena a propósito de un cuadro cercano que representaba unas berenjenas; 3) tratar de sacarle dinero a Campi con pretextos asistenciales; 4) pedirle, por motivos no especificados, una carta de presentación para el director general de la Campi & Baratta Inmobiliaria; 5) unir en un juego de palabras los nombres de los pintores Picasso y Cassinari. Y Campi, entre aquellos cien o doscientos «monstruos» de la fauna turinesa, le había asignado al arquitecto el Frankenstein de Oro.

—El Gusano de Oro —corrigió Dosio. Según el cual, ella fue la primera que tuvo noticia, aunque indirectamente, de la existencia de Garrone, a quien su amiga Bona había conocido en un curso municipal de educación sexual para niños. Después, también esta, una escena típica: las dos señoras que pasan por los soportales de la calle Pietro Micca, el encuentro cara a cara con Garrone que sale de una farmacia, la inevitable presentación. Desde entonces, persecución.

El comisario sonrió, ya totalmente en su sitio.

—Le aseguro que esta conversación ha sido utilísima además de muy agradable —dijo satisfecho—. Me da la sensación casi de haberlo conocido, al arquitecto Garrone.

Había recuperado el hilo. O mejor aún, había recuperado el imperceptible nudo que buscaba en el hilo. Pero en todo lo que le habían contado sobre los sucesivos encuentros casuales con Garrone, nada justificaba una palabra tan fuerte. La bella señora, el comisario

estaba seguro, realmente no le había «contado todo».

8

Chuiiik…, chuiiik…, chuiiik…

Tras diez minutos más remando, el americanista Bonetto se paró con las rodillas contra el pecho, desanimado, nervioso. Seguía en el mismo punto: la palabra, el adjetivo, la frase devastadora que conseguiría herir de muerte a su colega Marpioli, no se le ocurría. O mejor, se le ocurrían diez, veinte, cincuenta, pero ninguna que pudiera utilizar funcionalmente en la conferencia de la Unión Cultural. «Agua fresca: la temática fluvial en América, de Mark Twain a la contaminación», sobre eso tenía que hablar el americanista Bonetto al día siguiente a las 18:30. El texto estaba listo y copiado a máquina desde hacía dos días, cuando precisamente esa mañana le había llegado la revista semestral Quinternos críticos, que recibía regularmente gratis. Y allí, en la página 227, en una breve reseña de Marpioli sobre una parte del epistolario de Hart Crane a cargo de Roccobono, había encontrado la mala jugada, el golpe bajo directo contra él.

El americanista Bonetto continuó remando ahora con furia. Chuik, chuik, chuik… ¡Había que echarle un poco de aceite al maldito trasto! No solo el chirrido le crispaba los nervios, le impedía concentrarse, sino que hacía el ejercicio mucho más fatigoso. Hacía un calor tremendo, sofocante, pegajoso, no muy distinto, mutatis mutandis, de la plúmbea capa de humedad que una vez tuvo que atravesar navegando por el Misisipi. Sacó su pañuelo del bolsillo de las bermudas de flores grandes estampadas y se lo pasó por la cara y el cuello; si bien ese ambiente le empeoraba el reumatismo (y una vez, después de una excursión a Potomac, vivió un episodio memorable), se quitó la camiseta empapada y se quedó con el torso desnudo, la mirada en el vacío.

Un inciso, un simple, inocentísimo inciso, que convertía el flechazo en más hiriente y venenoso: «… y no, como quiere alguno, un punto de llegada». Un golpe prohibido, infligido con agudísima astucia. Nada de nombres, manos limpias, coartada perfecta. Pero toda Italia, y sobre todo toda América, de costa a costa, sabría inmediatamente quién era ese «alguno», pérfidamente colocado entre comas. Era él, Felice Bonetto, ¡ese era él! Él, que por Marpioli, a Marpioli, de Marpioli…

Se estremeció. La ira o un soplo de aire le habían helado el sudor de

la espalda, como aquella vez que remontó el Hudson. Aferró la empuñadura forrada de goma de los remos y empezó a moverse adelante y atrás sobre el cacharro ruidoso. Chuiik…, chuiiik, chuiiik…

«Como quiere alguno». Un ataque así de vil, así de despreciable, tenía que ser respondido sin perder un instante. Mañana, en la conferencia, Marpioli no estaría, porque al tener la cátedra en Ancona, vivía en Nápoles, pero estaría el joven y servil Darbesio, su insigne protegido y su alma negra, el cual se apresuraría a referirle palabra por palabra lo que el «alguno» había dicho en Turín.

Pero ¿qué había dicho el «alguno»?

El americanista Bonetti se rascó los tobillos, luego, en un impulso, se quitó las zapatillas de baloncesto que había comprado tiempo atrás en Cambridge (Massachusetts) y los gruesos calcetines blancos comprados tiempo atrás en Chicago (Illinois). Volvió a poner los pies desnudos en las correas y agitó con ganas los dedos cortos y torcidos. La uña encarnada le molestaba menos, notó.

«El amigo Marpioli —escribió mentalmente—, que no siempre…». No, no es lo suficientemente mordaz. «Con todo el respeto al amigo Marpioli, el cual…, la cual…»; o quizá, más sarcásticamente: «El amigo Marpioli me permitirá, espero…», o mejor aún: «Con permiso de Marpioli…». Sí, eso es, un inciso debía responderse con otro inciso. Seco, feroz. «Con permiso de Marpioli». Era perfecto. Se echó a reír contento y volvió a ponerse a remar con largos golpes regulares. Chuiiik…, chuiiik…, chuiiik…

Pero ¿con permiso para qué? Ahí estaba el problema. Porque Marpioli no se había ocupado jamás de la temática fluvial americana. En toda su bibliografía, que había pasado la mañana revisando, no había conseguido encontrar ni un solo punto de contacto entre ese hombre mezquino, ese mediocre estudioso, y cualquiera de los ríos de Estados Unidos. El estanque de Thoreau, los pantanos de Faulkner, los océanos de Dana y de Melville, sobre todas esas aguas Marpioli había expresado alguna opinión aislada; y no se había privado de dar torpes referencias del mar Rojo y del lago de Tiberíades. Pero ríos ni uno. Ni siquiera un arroyo, ni un riachuelo, había sido objeto de atención en sus banalísimos escritos. Nada: ni el más ínfimo curso de agua.

El americanista Bonetto paró de remar, exhausto, desesperado. Estaba siempre en el mismo punto, siempre en el mismo punto…

—¡Al menos cierra la puerta! —le gritó a su madre—. ¿No ves que hay corriente?

Sin responder, su madre avanzó por la penumbra de la habitación con una bandeja en las manos, la soltó en una silla al lado de la máquina de remo y después volvió sobre sus pasos a cerrar la puerta.

—Te he hecho también el huevo batido —anunció tímida.

—¡No, no, no! —gritó el americanista Bonetto fuera de sí. Saltó del sillín de la máquina de remo, cogió la taza floreada que estaba entre el vaso de leche fría y el sándwich de tres pisos y se la puso a su madre en la mano—. ¡Quítalo de mi vista, haz lo que quieras, tíralo al váter!

Cuando su madre salió, consideró por un momento la bandeja. No tenía ganas de nada, ni siquiera de aquel rápido y aséptico lunch que él mismo había pedido. Alguno —murmuró entre dientes—, alguno.

Se subió a la bicicleta estática y empezó a pedalear mecánicamente, con los ojos clavados en los trenecitos azules de la vieja tapicería. Chu-ik, chu-ik, chu-ik, chu-ik…

9

Ahora que Santamaría parecía haberse recuperado de su malestar, Anna Carla lo miró con otro tipo de inquietud. Porque el impulso —diagnosticó— había sido clarísimo, prepotente: cuidarlo, obligarlo a ponerse 32 inyecciones, llevarlo al cine, a la montaña, sacarlo de esa vida de sobresfuerzo y horarios demenciales que llevaba. Un ataque de ternura protectora tal que no le había dado tiempo siquiera de preguntarse si no habría ya otra mujer más cualificada que ella desarrollando esos enérgicos fines. Alianza en el dedo no llevaba, pero eso no quería decir nada; quizá en la policía no la llevaban para tener más soltura con la pistola o las esposas o lo que fuera. En todo caso, un rato de descanso verdadero, quizá incluso una estancia en Suiza, no le irían nada mal: parar un momento esa vida suya de continua tensión, incertidumbre, búsquedas siempre pendientes…

Sí: una serie infinita de tanteos. Eso debía de ser su trabajo, eso, lo que lo destruía. Arrestos y liberaciones, controles y comprobaciones, fallos y aciertos a ciegas, interrogatorios difíciles, testimonios falsos o inútiles… Y por ende, incluso ella misma, pensó con culpabilidad, había sido de una reticencia odiosa y presuntuosa. Con la excusa de que a él, de todas maneras, no le serviría de nada, le había ocultado alegremente el particular más escabroso sobre Garrone. Pero ¿quién era ella para juzgar? ¿Cómo se permitía interferir así en su trabajo? Sin

contar —y ahora veía claramente el peligro— que él se iría con la idea en la cabeza de que ella era una mujer vacía y vanidosa, propensa a imaginarse en todas partes pretendientes, adoradores, perseguidores…

—La masturbación infantil —empezó con la cabeza gacha—. Por un confuso sentido del pudor no le he hablado de la masturbación infantil, comisario.

Él no pestañeó, fue Massimo el que lo arruinó todo.

—Ah, ahí está —farfulló—, estaba justo preguntándome por qué no habías hablado de ese detalle fundamental.

—Bueno… —dijo Anna Carla sintiendo cómo se ruborizaba.

¡Maldito! Ahora él (Santamaría) creería que enrojecía porque había sido pillada en falta, y él (Massimo), porque realmente le daba vergüenza hablar de ello. ¿Cómo explicar a esos dos cabezotas que también se podía enrojecer de rabia?

—Es un detalle que no me concernía a mí contar —explicó Massimo, cazando al vuelo el doble papel de caballero y de abuelo— para no parecer que estaba delatando el pasado pedagógico de esa madre progresista, hoy afortunadamente reformada.

—Pero qué impertinente —dijo en privado Anna Carla a Santamaría—. Ya ha cambiado las cartas en la mesa. Yo fui la primera que se cansó de la fijación pedagógica de Bona, aunque también es verdad que en ese curso de educación sexual para los niños yo no puse el pie. Con cierto arrepentimiento, eso sí. Porque la tentación de tomarlo en serio estaba.

—¡Uff! También podía ser interesante, ¿no? No se puede rechazar siempre todo de buenas a primeras.

—¿Usted qué piensa, comisario? ¿Se puede o no se puede?

Santamaría, que no era un ingenuo, evitó dejarse llevar al terreno de la filosofía.

—Yo sé poco o nada sobre educación sexual para niños —esquivó—. ¿No es una disciplina que tiene que ver con las abejas y las mariposas?

—¡Ya no, ya no! ¡Ahora ha cambiado todo! —gritó Massimo—. Ahora se empieza por pasearse desnudo en casa delante de los hijos, y se acaba por…

—Te lo concedo —intervino Anna Carla—, se puede acabar en la calle Pietro Micca discutiendo animadamente con Garrone sobre la masturbación infantil. Pero Bona…

—Del mal solo puede salir el mal, siempre te lo he dicho.

—… Bona las sabe hacer muy bien, estas cosas: es una salamandra.

Cuando tiene una idea ya no ve ni oye nada más. Para ella, discutir con Garrone o con el padre superior de los dominicos es exactamente lo mismo. ¿Entiende, comisario?

—Entiendo —dijo él—. Es una suerte ser así en algunas situaciones.

—Pues eso. Y yo, pobre de mí, que no entraba ni quería entrar, que me quedaba a tres pasos de distancia para no verme envuelta en esa conversación de alto nivel técnico…

Se detuvo. Pensándolo bien, era una tontería. Había oído y contado otras mucho peores, en su vida, y siempre con la máxima desenvoltura. Sin embargo, aquí, ahora, a duras penas, como una chiquilla, conseguía decir lo que quería.

—Es una tontería, una estupidez. Pero para mí… —se detuvo de nuevo para encenderse un cigarrillo—. En fin, llegado un momento pasó una ambulancia con la sirena sonando, y Bona, como es lógico, giró la cabeza. Entonces, Garrone se volvió hacia mí, como si hubiera estado esperando la ocasión, y me miró con la más impúdica y significativa de las miradas. Y mientras me hizo un gesto…, un gesto rapidísimo, pero… pero…

—Inequívoco —dijo Massimo, gentil.

Santamaría, entre todas las cosas que podría haber dicho o hecho, encontró, milagrosamente, la más adecuada: se tapó la cara con las manos.

—Desde aquel día —continuó Anna Carla abrazándolo mentalmente—, cada vez que me lo encontraba, él siempre aprovechaba la ocasión para mirarme de aquella forma y volver a hacer el gesto. O por lo menos, un esbozo de aquel gesto.

—Pobres de nosotros —dijo Santamaría.

—Yo siempre he pensado que eras tú la que se lo imaginaba —dijo Massimo, traidor.

—¿Y qué cambia? ¡Igualmente era una persecución! Y además, no era tanto el gesto en sí lo que me daba escalofríos, era ese punto de abyecta complicidad, como si entre nosotros hubiera habido «algo». Pero, bueno, esto tampoco sería demostrable ante un tribunal, también puede ser que me lo imaginase yo. Pero usted entiende lo que quiero decir, comisario: Garrone, en mi opinión, vería…, es muy complicado, lo sé, pero estoy convencida de que Garrone…, es decir, no es que él…

—La persecución era imaginaria —dijo Santamaría—, pero Garrone sabía que había conseguido meterle a usted esa idea en la cabeza.

—¡Eso es! Y por eso, de algún modo, de verdad había algo entre nosotros, ¿comprende usted? ¡Era de verdad una persecución!

—La típica complicidad entre víctima y verdugo —dijo Massimo —. Un poco retorcido como móvil, pero muy sugerente. La límpida señora descubre su sutil vínculo con un depravado individuo y, horrorizada, lo mata.

—Cretino. Vittorio y tú no entendéis nada. Para una mujer son cosas muy desagradables.

—¿Y qué tenía que hacer, disculpa, el pobre Vittorio? ¿Retar a un duelo a Garrone?

—Al menos podía no reírse a carcajadas a mis espaldas. Porque él —explicó Anna Carla a Santamaría, señalando a Massimo con desprecio — enseguida fue a decírselo a mi marido, para nada iba a renunciar a esa golosa historia de viajante. Y entre los dos no han dejado ni un momento de atosigarme. ¡Igual que Garrone!

Por primera vez en tres horas el comisario hizo una pregunta de comisario.

—¿También su marido conocía a Garrone?

—No, no, no lo había visto nunca. Pero era como si, a fuerza de oír hablar de él…

—Ya.

—En todo caso, es mi tío el que habría podido «poner en su sitio» a Garrone, como se dice. Es el único que todavía tiene reacciones caballerescas, y el asunto no le habría gustado nada.

—¡Ah, pero nunca habría utilizado la fuerza, él! No, entre tus hombres, el más sospechoso es el muchacho ese que trabaja para el tío Emanuele.

—¿Qué tiene que ver?

—Él también sabía lo de la persecución, ¿no?

—No lo sé, quizá. Con dos porteras como tú y Vittorio… Pero ¿qué razón tendría para matar a Garrone?

—Porque te ama —dijo Massimo con voz baja y apasionada.

—No digas bobadas. Si ni siquiera me mira.

Massimo se levantó y dio unos pasos al estilo de los abogados en la sala de juicios.

—¿Ha oído, comisario? ¿Ve a qué extremos de duplicidad puede llegar esta mujer? —La señaló con el dedo—. ¡Tú te das cuenta de que ni siquiera te mira, y sabes perfectamente que a la edad de ese muchacho eso es indicio infalible de un gran amor secreto!

—A esa edad, hoy en día, mucho es que no te violen en el rellano —dijo Anna Carla.

—Pero ¡él no! ¡Él no! Su amor es purísimo, incorpóreo, místico. Para él tú eres una criatura onírica, una diosa, una virgen: su suprema aspiración es la de besar el borde de tu túnica. Pero hete aquí que, desde el fango de la metrópoli, el despiadado Garrone levanta la cabeza para ensuciarte con su baba, osa hablarte de masturbación infantil, osa repetirte gestos indecibles... En el ánimo del profundo adorador se desencadena entonces la furia del fanático religioso. —Entrecerró los ojos, los levantó hacia el techo con aspecto inspirado—. Lo veo, errabundo por la ciudad como un fantasma insomne, empujado por una fuerza irresistible, por un dedo de fuego que lo incita a cumplir con su deber, a buscar venganza. Su estatura crece, su odio y su amor proyectan una única y gigantesca sombra en los muros... —Miró a Anna Carla con los ojos desorbitados, levantó despacio las manos juntas—. Ahí lo tenemos, llegando a vía Mazzini, colándose en el vestíbulo oscuro, perfilarse de repente sobre la puerta del sacrílego arquitecto: ¡es el Arcángel del Señor, es el Justiciero, es Jack el Destripador!

A ella le dieron, tontamente, escalofríos, no le gustaba Massimo cuando se ponía así. Pero el comisario aplaudió.

—¡Lo digo en serio! —gritó Massimo—. ¡Es sin ninguna duda un crimen religioso! Y además —concluyó muy serio, cruzando los brazos en pose desafiante—, es la única hipótesis que explica de alguna manera el arma del delito: quien a hierro mata a...

En la reacción de la calurosa carcajada a tres, el comisario olvidó cualquier recelo. En el «ambiente» de vez en cuando se daban estos giros: un guiño, una broma, y de repente te parecía conocerlos desde siempre, ser su amigo, uno de ellos, partícipe de la verdad desconcertante, limpia, inocua, que se escondía bajo el apócrifo enigma de la ciudad. ¿El arquitecto asesinado? Una banal porquería —¿acaso había dudas?— que pertenecía a las competencias de De Palma. ¿Campi y Dosio? Dos educadísimas y amables personas, que él había molestado incluso demasiado. Miró el reloj.

—Ahora tengo que irme. De lo contrario ustedes pensarán que la policía pierde el tiempo. Y lo hace perder.

Mientras se levantaba, notó en el bolsillo el sobre con las fotografías

de la Científica.

—A propósito del arma —preguntó a Campi—, no sé si usted podría darme alguna indicación práctica. Vea, estamos más o menos seguros de que... el objeto... pertenecía a Garrone, pero queda la posibilidad de que haya sido el asesino el que lo haya dejado allí: por motivos religiosos —sonrió— o de otro tipo. En todo caso, sería interesante saber con exactitud ¿qué es?

Campi levantó la ceja.

—De dónde viene, quiero decir. Parece una pieza de coleccionista, ¿no? A mí me ha recordado las vitrinas del museo, sabe, con la cartela debajo: «Islas Fiyi» o algún sitio parecido.

—Artesanía exótica, ¿no?

—Es lo que pensé, pero, vamos, podría perfectamente venir del Balùn, naturalmente...

—Me extrañaría —dijo Campi riendo—. Al Balùn todavía hay gente que va con la secreta esperanza de encontrarse un Van Gogh, pero, en realidad, auténtico no hay más que algún cencerro valdostano y gracias.

La señora Dosio, que se había levantado también, dijo, sin ser consciente siquiera, algo que se cargó veinticinco años de la vida pasada del comisario.

—Entonces, ¿llevo a la de Boston al Balùn el sábado? ¿O mejor le enseño Superga?

Y así terminaba. Nada más ponerse de pie, cada uno volvía a los límites de su propia existencia, erguido y solitario como un bolo. Ese pequeño quehacer para el sábado, ese pequeño problema de la vida fácil, había bastado para llevársela lejos con la eficacia de la muerte. El comisario, incrédulo, se sintió en la trágica piel de sus dieciséis años.

—Con el Balùn vas a tiro hecho. Si es así un poco artística, basílicas habrá visto ya miles y un poco de folklore cisalpino la divertirá. Y si no lo es...

—Anda, ven también tú. Por una vez podrías echarme una mano.

—No, mira, pídeme lo que quieras, pero el Balùn...

Planeaban, discutían, se llamaban, se veían en todo momento... Y él nada, fuera, con su acné juvenil y sus uñas mordidas. Engulló, estupefacto, aquel grumo de adolescencia, y sacó del bolsillo el sobre naranja que contenía las fotos hechas por la Científica del falo de piedra.

—Si no viene de los quincalleros del Balùn —dijo—, a lo mejor

puede informarme un poco de los anticuarios o de gente que entienda de estas cosas: no sé, un coleccionista, un profesor… —Movió el sobre entre las manos, sin abrirlo—. Es que, francamente, ponerme a dar vueltas por ahí enseñando este cacharro a todos como si fuera la foto de un desaparecido…

—Comprendo —dijo Campi—, es bastante incómodo. Espere, vamos a ver…

La señora Dosio hizo un movimiento brusco con la mano.

—Ah —dijo—, quizá yo…

La mano llegó a la sien, los ojos se clavaron en el comisario, pero distantes, absortos.

—¿Estás pensando en monseñor Passalacqua? —preguntó Campi.

—No, no…, creo recordar una cosa… Pero no es nada, será una de mis típicas confusiones. Sí, tienes razón, monseñor Passalacqua sería perfecto. Quizá él también tenga uno de esos objetos.

El comisario se imaginó de inmediato uno de esos curas modernos, con jersey y guitarra, pasado polémicamente a la idolatría. Ahora ya no podía asombrarse por nada.

—¿Él también forma parte del «teatrillo»?

—No, por favor. Ha sido durante cuarenta años misionero en Oceanía, en China, en África, por todas partes —dijo Campi—. Un hombre doctísimo, encantador.

—Pero si es de la vieja escuela ¿no se escandalizará?

—No hay peligro —dijo Campi—. Tiene espíritu de científico: absolutamente imperturbable. Si quiere lo acompaño, me encantaría volver a verlo, al viejo Passalacqua.

—Me vendría muy bien.

—Entonces, lo llamo ahora mismo. ¿A usted le viene bien mañana por la mañana?

—Perfecto.

El señor Campi, sonriente y todo enternecido, abrió una puerta y desapareció por un corto pasillo. ¿Tenía un estudio o tenía el teléfono en el dormitorio? El comisario se guardó despacio el sobre en el bolsillo, observó una esquina de la alfombra, un cuadro antiguo con un cielo muy azul, un jarrón blanco lleno de ranúnculos. Por primera vez en veinte años no sabía qué decirle a una mujer. Pero también ella, bendito Dios, podía ayudarlo con la labia que tenía. Giró fatigosamente la cabeza hacia ella.

Se miraron en silencio unos segundos. Por las grandes ventanas

oscurecidas por cortinas de yute entraron como canicas de mármol ruidos minuciosos y absolutos: un automovilista que cambió de marcha, otro que dio un pequeño toque de claxon, un niño gritó, un obrero echó una palada de grava sobre el asfalto. Bendito Dios, pensó el comisario, paralizado. Águila y ratón en el mismo instante, vio que en ese imprevisto cruce habrían perfectamente podido echarse uno en los brazos de otro, y mesuró la aplastante montaña de circunstancias que habrían tenido que esquivar para hacerlo de verdad.

Seis pisos más abajo un perro ladró, una motocicleta pasó con estruendo, luego el barullo informe del tráfico lo ocupó todo. Aquella enfática simplificación se apagó. No era así, la vida, no había atajos. El sábado ella iría al Balùn con su bostoniana, él iría a Novara, con su amiga Jole, una mujer separada que tenía una boutique de moda y con la que se había felizmente «colocado» desde hacía varios años. Le llevaría incluso un regalito.

—¿Qué le hace reír? —preguntó la señora Dosio.

—Nada. Ha sido un día muy distinto de los habituales para mí. Un poco extraño.

—También para mí.

Se sonrieron sin apuro, pero con el río en medio; para salvarse se habían aferrado a orillas opuestas.

—Si por casualidad monseñor Passalacqua no supiera decirle, avíseme. Es solo una idea que he tenido, pero hay otra persona que quizá…

—Entonces, mañana a las diez —anunció Campi entrando—. Estará encantado de recibirnos.

Establecieron la cita para el día siguiente y pasaron al recibidor.

—Qué rabia —dijo Dosio—, me encantaría ir también yo.

—Estaría bien, pero no creo que le guste hablar de falos delante de ti. Eres una mujer.

—Después me llamas para contarme cómo ha ido, ¿de acuerdo?

En ese momento, el comisario se dio cuenta, con irracional exultación, de que la señora no se iba a quedar allí, en casa de Campi, sino que estaba preparándose para salir también ella. Se le abrió ante los ojos una tarde de leve e imposible perfección, donde juntos paseaban bajo los lanuginosos castaños de Indias, navegaban perezosamente en barca las aguas del Po, entraban en un cine fresco y desierto…

—Usted no trae coche, comisario. ¿Quiere que lo acerque a la

oficina?

—No voy a la oficina, voy a un restaurante de vía Maria Vittoria. Estamos tratando de reconstruir todo el día de Garrone, y sabemos que esa tarde cenó allí.

No, no había atajos, nada estaba nunca al alcance de la mano. Pero con un toque de indulgencia —el primero de su larga vida de policía— entendió que eso, precisamente, era lo que rechazaban con desesperación los criminales de todo tipo, ladrones, secuestradores, prostitutas, drogadictos, estafadores, recaudadores, dinamiteros, asesinos. Era duro ignorar el orden gris de las cosas, el paso con pies planos de la realidad.

—Vía Maria Vittoria está a dos pasos de mi casa —dijo Dosio.

—Si va a la vía Maria Vittoria, ¿por qué no prueba a pasarse por donde Vollero? Tiene la galería justo allí.

Sobre la superficie de una consola de colores desvaídos había una bandeja de peltre que contenía un fajo de papeles de todo tipo; Campi revolvió en aquel barullo, sacó una elegante tarjetita y se la pasó al comisario.

—¿Ve? Justo inauguró una nueva exposición el martes pasado.

Bajo el título Pintura y mitología estaba la reproducción en color de un Rapto de Europa.

—Garrone, como le he dicho, era un clásico asistente a las inauguraciones y presentaciones. De esos que van para «hacer contactos», o sea, en realidad, para incordiar a la gente y gorrear un Martini o dos. Quizá estuvo allí también ese día.

—Gracias. Es una excelente idea —dijo el comisario.

En la puerta, le estrechó la mano, le agradeció todo calurosa y nerviosamente: lo esperaba el precipicio del ascensor, cara a cara con ella, en un cubo sin escapatoria. Cuando salió, treinta segundos de paralización después, dio un largo suspiro y se secó la frente con el pañuelo. Ella mostraba una pequeña sonrisa privada.

VI

Los locales de la galería (jueves tarde, noche y madrugada)

1

Los locales de la galería Vollero habían formado parte, al principio, de una enorme planta baja de un edificio levantado en el XIX*, según cánones de voluminosa y duradera tristeza. Posteriormente, tapiadas algunas puertas interiores y abierta una entrada con escaparate anexo a la vía Maria Vittoria, se obtuvo la actual distribución de tres locales consecutivos, en los cuales se habían sucedido, en épocas distintas y con diversa duración, un tenebroso negocio de droguería y ultramarinos, un tenebroso negocio de telas y un tenebroso negocio de botones. Pero aquellas tinieblas, aquellos altísimos techos, aquellos muros macizos, que imponían en todas las estaciones del año una iluminación artificial, en junio, tenían algunas ventajas.*

Con el calor que había empezado a hacer de repente (y que había, sin lugar a dudas, menguado y distraído a sus mejores clientes), el señor Vollero, ocioso tras la cristalera de la entrada, tenía por lo menos el consuelo de poder comparar la frescura de iglesia, de caverna, que sentía en la espalda, con el hirviente asfalto que tenía ante sus ojos. Dos histéricos toques de claxon lo sobresaltaron.

Uno de los coches que bajaban en sentido único hacia la plaza Carlina se había parado (probablemente de golpe) pocos metros más allá, al otro lado de la calle. Una mujer, seguramente. El señor Vollero la vio volverse un segundo con cara inocente hacia el indignado conductor que casi la embiste, y reconoció a la señora Dosio, bella como siempre. Ni ella ni, sobre todo, su tío habían ido todavía a ver la exposición. ¿Lo harían ahora?

No, nada. Un hombre que no era su tío (y tampoco su marido) bajó,

dio la vuelta al vehículo y se despidió de ella otra vez. Un amigo, con el que había dado un paseo y al que ahora…

El señor Vollero, aunque la oscuridad de su enorme gruta lo hacía invisible desde el exterior, dio un paso atrás. La señora Dosio lo miraba directamente a los ojos —o eso le parecía— indicando al mismo tiempo a su amigo la galería Vollero, en la que él había descartado siempre la idea de poner un vistoso y vulgar cartel. Bueno, menos mal, le mandaba un cliente. Correcto traje oscuro, corbata sobria, alto, sobre los cuarenta, bigotes, pinta de saber exactamente lo que quiere. Un medio industrial, probablemente, o un alto funcionario de banca, menos mal, menos mal. Porque los abogados y los dentistas, los médicos de atención primaria del hospital y los contables establecidos se habían pasado todos al llamado «arte moderno», es decir, al fraude internacional, y metían en sus casas (¡pagándolos a millón!) tubos de cemento y latas de gasolina, sillas rotas y grifos oxidados, palos, trapos del polvo y biberones pintados de amarillo. Sería de risa de no ser porque era para echarse a llorar. Incluso los directivos de la Fiat, que el año anterior aún no concebían una pared de salón sin una batalla dieciochesca (140 x 75), que durante tres o cuatro lustros habían soportado impasibles la burla de los directivos de Olivetti —esos pioneros de las fruslerías esnobs—, incluso estos estaban dando muestras de indecisión. Iban, miraban, se informaban; pero le cœur n'y était plus, eso se veía claramente.

El señor Vollero dio otros tres pasos atrás por la moqueta color ratón; el cliente había cruzado la calle en diagonal y se acercaba al escaparate, donde estaba expuesto un Vuelo de Ícaro (68 x 42). Cuando lo vio parado, contemplando el cuadro, se retiró con discreción detrás del caballete del centro de la primera y la mayor de las salas, en la que estaba colocado, en el lugar de honor, el enorme Rapto de Europa (80 x 134), y esperó el ruido de la puerta abriéndose.

Durante un par de minutos no ocurrió nada. Mejor, mucho mejor. Ese Vuelo de Ícaro, que había comprado en Mónaco, en Heim & Teller, por doce mil marcos, no era en realidad una obra maestra, pero sí el más decorativo, el más inmediatamente apetecible para el paseante casual y el cliente no sofisticado. Por eso —de mala gana— lo había puesto en el escaparate. Ahora bien, si el amigo de la señora Dosio se quedaba todo ese rato mirándolo antes de entrar quería decir que se trataba de una persona de gustos relativamente simples, recién llegado al dinero. Uno de esos aparejadores-empresarios que fabricaban casas

populares en las afueras, por ejemplo, o un empresario de la leche o del tabaco. Quizá incluso milanés. El señor Vollero torció mecánicamente la boca. Había que aceptarlo: ahora así estaban las cosas y ese era el nuevo tipo de clientes. Y dar gracias, además.

Con un suspiro, se asomó por detrás del Rapto de Europa. Delante del escaparate no había nadie, el hombre se había ido. El señor Vollero corrió sigiloso hacia la puerta y lo vio que caminaba despacio, de nuevo al otro lado de la calle, y se paraba en el restaurante Maria Vittoria, levantaba los ojos para leer el rótulo, dudaba un momento y entraba. ¿Qué demonios iba a hacer un tipo como ese a un restaurante como ese? Y a una hora como esa.

2

Las dos chicas estaban en el séptimo cielo.

—Coja al menos un poco de fruta, comisario —dijo Colle Val d'Elsa, acercándole un cestito de paja oscura.

—¡Un par de cerezas! —chilló Altopascio, y le presentó con coquetería su propio plato.

—¿Un café? —le propuso la jefa, levantándose de la mesa redonda donde, cuando el comisario entró, estaba acabando de comer con las dos camareras.

—Gracias —dijo el comisario, cogiendo del plato de la chica una cereza.

El sargento que había mandado De Palma (posiblemente Nicosia) no parecía haber dejado un buen recuerdo en el restaurante. Seguramente había interrogado a las mujeres con velada amenaza, como si dependiera de sus respuestas que les cerraran el local, con el obvio resultado de que estas, toscanas de por sí locuaces y parlanchinas, le habían dicho solo lo mínimo e indispensable —Garrone, la noche del crimen, vino solo— y nada más.

—En definitiva, esto es como el cine, ¿vale? —explicó girándose hacia la jefa que estaba ocupada con la Faema—. Tenéis que contarme todo lo que el arquitecto hizo o dijo desde que entró hasta que salió, incluso los detalles más ínfimos. ¿Está claro? Tenemos que conseguir un cuadro general de la víctima lo más preciso posible…

En realidad, no era por el «cuadro general» por lo que, al ver el restaurante, había aplazado la visita a la galería Vollero. El «teléfono

de oro» de la mañana le había sugerido una vaga línea de investigación y quería averiguar si los propósitos grandiosos expresados por Garrone a su madre habían tenido por casualidad algún eco allí, por ejemplo, en la elección del menú, pese a que el restaurante Maria Vittoria no tenía precisamente pinta de ser un templo de la gastronomía.

Pero Altopascio echó abajo la hipótesis. Garrone había pedido el habitual menú turístico de 1100 liras, más una cerveza.

—Entonces, ¿os pareció que estaba un poco más alegre que otros días, o por el contrario, normal?

—Sí, normal —dijo Colle Val d'Elsa—. Salvo por el hecho de que tenía mucha prisa, porque…

—¡Claro! —gritó Altopascio—. ¡Lo de la propina! Pero no es que tuviera prisa. Yo, de hecho, pensé, imagínese, comisario, yo pensé…

Ruborizándose, mirándose entre ellas, cortándose la palabra, riendo como locas, le explicaron sus salaces suposiciones.

—Entienda usted, comisario, nunca había derrochado así. Todo lo más redondeaba con 20 o 30 liras. Por lo que era lógico imaginar…

—Chicas, chicas… —pidió la jefa trayendo el café.

Era cosa del destino que hoy tuviera que manejarse entre provocaciones femeninas, más o menos conscientes e interesadas. Porque también la otra —pensándolo en frío— había esgrimido a su manera una coquetería tremebunda, había sido muy hábil recordándole su evidente inaccesibilidad al dejarle ver (¡siempre el mismo truco!) la isla del tesoro, el templo en las nubes, el mundo misteriosamente perfecto en el que apenas bastaba dar un paso para entrar. ¡Pura demagogia y no sex-appeal! La seducción era análoga a la de los grandes dictadores, la zalamería tenía el mismo visceral y magnético origen que el clamor en las plazas. Alargabas un brazo y te encontrabas abrazado a Hitler… Y si no lo alargabas, se te quedaba dentro un poso de disgusto, de descontento, una intermitente impresión de haber fallado la prueba decisiva, de no haber dicho o hecho algo importantísimo…

—¿Y cómo lo han matado? ¿Con un cuchillo?

El comisario se soltó rápidamente de Hitler.

—No, con un objeto de decoración —dijo tocándose automáticamente el bolsillo de las fotografías—. Una estatuilla.

—¿Ves? No puede haber sido él. Aparte que…

—¿Quién es él?

—Un tipo que estaba aquí esa noche.

—¿Con Garrone?

—No, no. El tipo estaba solo, había venido ya otras dos o tres veces. Está enamorado de Tina, pero ella no lo mira siquiera.

—¿Tina?

—Umberta —corrigió Altopascio—. Soy yo. Pero es que es tan feo el pobre, y no porque sea del sur.

En Turín, el comisario se había topado incluso con gente de Apulia o de Calabria que hablaba por lo bajo de «los del sur». Era como una enfermedad local inevitable, la malaria, la fiebre amarilla: después de un tiempo en el norte, todos empezaban a buscar a alguien que fuera de un poco más al sur que ellos, aunque fuera solo medio kilómetro.

—¿Y qué es lo que hizo entonces el tipo ese?

—Bueno…, nosotras estábamos hablando del arquitecto, ¿sabe?, de esas bromas un poco… pesadas que nos hacía a las chicas; pero, vamos, sin maldad. Y el tipo, desde su rincón, lo estaba oyendo todo. Hasta que llegado un momento dijo, y conste que nadie le había preguntado nada, pero él saltó igualmente, dijo que si él fuera el novio de Tina, lo iba a poner en su sitio, al arquitecto. Con una cara…

—Y yo ni siquiera tengo novio —precisó Tina mirando fijamente al comisario—, pero eso me lo callé.

Napoleón, pensó el comisario, Fidel Castro, Robespierre… Separó los ojos de la muchacha.

—¿Cuándo se fue? ¿Salió justo detrás de Garrone?

—La verdad es que no. Se quedó aquí todavía un rato.

—¿Cómo era?

—Moreno moreno, bajito, joven.

—¿Un poco… raro?

—¿Loco? Bueno…, no sabría cómo decirle. Uno de esos que están siempre con el cuchillo en mano, el honor, el respeto… A mí me parecen todos raros.

—De todas formas —dijo la otra—, no conocía al arquitecto, así que no podía saber la dirección.

—Si es de vía Mazzini también él —intervino la jefa— podía saberlo perfectamente. Allí está lleno de sureños.

El comisario se levantó.

—Gracias por todo —dijo—, de todas maneras, les dejo mi número. Si el aspirante a novio volviese, háganmelo saber. Nunca se sabe.

Tina se apoyó en el respaldo de la silla y levantó los brazos rodeando

la cabeza en un gesto de falsa pereza: los senos avanzaron perfilando una bella figura.

—Pero ¿es el número de la oficina —le preguntó pestañeando dos o tres veces— o el de casa?

3

El señor Vollero había caído en la desilusión, y por otra parte, en su trabajo, cuantos más amigos en la policía tuviera uno, mejor; un apuro por una incauta adquisición podía ocurrirle a cualquiera, aunque él, por norma, compraba solamente piezas con pedigrí garantizado. No es que hubiera sido de mucha ayuda al comisario Santamaría. Se acordaba muy bien de la tarde del crimen: la venta del Leda que se había visto comprometida por culpa de aquel desgraciado le escocía aún. Para él, ese fue el verdadero «crimen», y sobre eso había hablado largamente al comisario, el cual había demostrado saber discernir la elegantísima y definitivamente casta sensualidad del cuadro (aún expuesto) y se había incluso contenido de mirar con interés real los demás particulares. El Rapto de Europa no lo había —precisamente— impresionado demasiado, aunque era de notable, y nada burdo, efectismo; sobre las dos Diana había sobrevolado sin comentarios, y del de Venus y Marte no se le habían escapado las exquisitas flores en primer plano a la izquierda. Luego se separó del señor Vollero y se fue derecho a la que era la mejor pieza de la exposición, un pequeño y delicadísimo Poelenburgh (14 x 16) de tonos azules, firmado, que representaba unas ruinas y una ninfa.

—Ah —dijo—. Qué preciosidad.

—¿Verdad que sí? —dijo el señor Vollero con una sonrisa tan amplia como interesada.

—Este pintor —dijo el otro— me recuerda... En Florencia, en el Palacio Pitti, me parece, hay una pequeña sala con una veintena de cuadritos así. ¿Son por casualidad del mismo autor?

—¡Claro que sí! —gritó entusiasmado el señor Vollero—. ¡Claro que sí!

Estaba feliz. Los negocios eran los negocios, la pasta era la pasta, pero en el fondo, en el fondo no le importaba tanto vender los cuadros de sus exposiciones. La mitad del placer estaba en ir a buscarlos de uno en uno por toda Europa; la otra mitad, en sentir a su alrededor un poco

de reconocimiento, Dios santo, un poco de participación, al menos, en sus desvelos. Pero en una ciudad donde los verdaderos señores se habían extinguido prácticamente o no tenían ni un duro, y los «que podían» estaban media hora con la barbilla en la mano delante de tres cubos de plástico con una lamparilla de pesebre dentro, ¿de quién podía venir el reconocimiento? ¡De un comisario de la Policía y encima meridional! Cierto era que estos tenían costumbre de relacionar, comparar, recordar los detalles. Serían excelentes atribucionistas, pensándolo bien. Pero eso era poco consuelo.

—Cómo siento no serle de más ayuda —dijo en un impulso de gratitud y simpatía—. Créame que me siento casi culpable.

El comisario lo miró asombrado.

—Pero faltaba más... Y además, no es cierto. Me ha dicho que Garrone estuvo aquí la otra tarde, y eso es importante. Antes no lo sabíamos.

—Déjeme pensar un momento...

Estaban parados, ahora, delante de una suntuosa Juno.

—Llegó solo y se fue solo, sí, de eso estoy seguro. Aquí, como le he dicho, en ese cuarto de hora en el que estuvo, no lo vi hablar con nadie en particular. Quiero decir, hablar de manera... sospechosa.

—¿Y no le pareció que estuviera especialmente animado o alegre? Aparte de la de Leda, ¿hizo alguna otra broma o chiste, alguna otra alusión?

—Garrone —dijo el señor Vollero encogiendo los hombros— siempre aludía a la misma cosa.

Echó otra mirada feroz a la Leda que destacaba en la sala del fondo, ahora iluminada en honor al comisario. Resquiescat in pace, de acuerdo, pero mientras el vivo, es decir, él...

Recordó con desagradable claridad a Garrone, de pie, en la sala del centro: la chaqueta arrugada, los puños desgastados de la camisa, su odioso sarcasmo entre pelota y descarado, el brazo que se levantaba blandamente para indicar... ¿Qué? ¿A quién?

—¡El profesor Bonetto! —exclamó—. Estaba al lado del profesor Bonetto y le estaba diciendo...

Sacudió la cabeza.

—¡Bah! —concluyó—. Seguro que fue otra de sus típicas obscenidades.

—¿El qué?

—Yo estaba aquí, más o menos donde estoy ahora, con la marquesa

Viotto, que había traído a su cuñada, la que está casada con Capellano, sabe, el neurólogo…

—Mmm… —dijo el comisario.

—Pero solo oía con una oreja, ya sabe cómo es esto, el galerista tiene que estar presente en todos los frentes, por así decirlo. Garrone estaba allí con el profesor Bonetto y parecía que le estaba señalando uno de los cuadros colgados cuando le dijo: «Esa soy yo».

—¿Esa?

—Sí. Exacto. Y en la pared solo hay dos cuadros. ¿Lo ve? —dijo acercándose—. Aquel de allí, un Júpiter y Ganímedes, y el otro.

El otro era una Dánae de típico estilo de Correggio, descascarillada y repintada, con la tradicional lluvia de monedas de oro que caía desde el cielo entre las piernas, mientras dos amorcillos revoloteaban sobre su cabeza.

4

El barrito imperioso de un elefante resonó en el pequeño calvero y a continuación, desde la arboleda, estalló el coro sarcástico y descarado de los papagayos. El río tenía el color marchito de la sequía, y en la escasa corriente se habían formado islotes de limo y detritus calcinados por el sol. A lo largo de las orillas pantanosas, estáticas plantas, amarillentas, grises, rojizas, emergían en matas apretadas del lodazal o asomaban apenas del agua pútrida y oscura, retorcidas de vez en cuando por un turbio remolino. Un pestazo antológico de muerte vegetal, animal e industrial saturaba el aire inmóvil en el parque zoológico de la rivera Machiavelli, en la orilla opuesta del río, donde el abogado Arlorio y el juez Mazza Marengo paseaban con ese andar lento y dilatorio de los niños, de los militares de uniforme y de los viejos.

—Francamente, no sé qué hacer —concluyó el abogado Arlorio en tono quejumbroso—. Y por eso quería tu opinión, si te parece bien que, en este caso, tome yo la iniciativa o si en cambio puedo lavarme las manos con la conciencia tranquila.

Su amigo Mazza Marengo mantuvo el famoso silencio con el que, durante toda su carrera de juez de primera instancia a presidente de la Corte de Apelación, había contenido (o desesperado) a abogados, actuarios, imputados, testigos, jueces adjuntos, partes perjudicadas y ujieres. Vale que estaba jubilado desde hacía dos años, y debería

haberles facilitado un poco las cosas a los mortales comunes, pensó Arlorio mirándolo de reojo, pero ahora, con la edad que tenía, no se podía pretender que cambiara. Esquivó una pelota roja que un niño había tirado hacia él e hizo lo que todos hacían siempre en estos casos con Mazza Marengo: empezar por el principio.

—En cierto sentido, puedo decir que he cumplido con mi deber: he insistido con mucha energía a las Piovano para que informaran a la policía de que aquel día Garrone estuvo con ellas; he dejado claro que los movimientos de la víctima previos al acto delictivo encajan de lleno en las «investigaciones indirectas», como las llama el Ottolenghi; incluso he insinuado que su silencio sobre el asunto podía, en todo caso, entenderse como un encubrimiento, o como mínimo…

Mazza Marengo, alcanzado en la ingle por una flecha de plástico, se paró e hizo el gesto de apuntar con su bastón de caña india, como si fuera un fusil, mientras seguía con los ojos grises, clarísimos, a una horda de pieles rojas que descendía el terraplén escarpado hacia el río, entre las rocas falsas y las matas de hierba amarillenta. Pero siguió callado.

—Insistí e insistí —continuó Arlorio cuando los estridentes chillidos indios se apagaron—, pero no pude hacer nada. Tú sabes cómo son de obstinadas las Piovano, especialmente la querida Clotilde; dicen que el asunto no tiene ninguna importancia, que eso les traería solo conflictos, tienen miedo de los periodistas, del escándalo, de sabe Dios qué… Ahora bien, no digo yo que todo este asunto no sea extremadamente delicado y que para dos personas como las condesas Piovano, el hecho de acabar implicadas, para bien o para mal, en un homicidio cuando menos equívoco, y en un momento en el que toda la nobleza, por el desliz de dos o tres degenerados, está siendo objeto de una indiscriminada campaña de difamación que…

Una terrorífica serie de ladridos nasales salió de los plátanos del parque zoológico, rebotó en las aguas bajas del río y le quitó bruscamente la palabra al abogado Arlorio. Algún niño, allí abajo, estaba echando peces a las focas. Mazza Marengo se paró de nuevo, y el abogado se volvió hacia su amigo lleno de esperanza: quizá el consejo ya estaba madurado y la opinión a punto de salir por aquellos labios finos y lacónicos.

Mazza Marengo parecía mirar, concentrado, a un pescador armado con una caña extraordinariamente larga que estaba tratando de lanzar el anzuelo a un punto del Po donde hubiera, aparte de piedras y

detritus, un poco de agua. Lo consiguió, mantuvo el sedal un momento en un exiguo charco, pero casi de inmediato lo recogió, limpio.

Mazza Marengo, pasándose el mango del bastón por el cuello, echó a andar de nuevo en silencio. El abogado suspiró.

—Además, no es solo una cuestión de principios —dijo—. Hay también un indicio muy concreto que podría revelarse precioso para los investigadores, quizá. —Hizo una pausa como preparándose para dictar—. En el momento de la despedida, la condesa Clotilde ofreció a la víctima, estando yo presente, debo destacarlo, una entrada de regalo para la exposición de flores de los Jardines Reales, donde las hermanas Piovano tenían intención de ir aquella noche. Garrone declinó la oferta con pesar. Pero ¿cuál fue la razón de su negativa? Dijo literalmente: «¿Flores? No, gracias, esta noche me ocupo de piedras».

Mazza Marengo levantó los ojos para mirar un inmenso magnolio que, sobresaliendo de un jardín, se derramaba sobre la orilla del Po con sus innúmeras flores y su perfume imprevisto.

—¿Qué quiso decir la víctima con aquella frase sibilina? —se preguntó el abogado, compensando automáticamente con el propio entusiasmo la taciturnidad del otro—. ¿A qué piedra se refería? ¿A piedras preciosas, quizá? Parecería la hipótesis más lógica. Sea como sea, es un particular cuya relevancia nadie mejor que las autoridades está cualificado para valorar. Ahora, la cuestión es muy simple: puedo yo, quiero yo, debo yo, pese a la cálida y antigua amistad que me liga a las condesas Piovano y pese a, no lo olvidemos, la discreción que un huésped evidentemente merece, debo yo, pro bono publico…

Mazza Marengo se quitó el bastón del cuello, lo empuñó con las dos manos, y toda su larga y delgada figura se tensó en un arco elegante de jugador de golf: un guijarro azulado y casi redondo voló, al primer golpe, por encima del seto, en una curva alta hacia el río. Después, con solo dos palabras, el juez dictó sentencia.

—Vamos —dijo—, muévase.

5

Solo diez minutos después de tenerla enfrente, al otro lado de la mesa, el comisario se dio cuenta de que la señora Tabusso era una de esas raras personas de las que se dice que tienen «presencia». No por la corpulencia, la voz alta, la gesticulación animada, todo eso estaba y

contaba, sin duda, pero el misterio era la capacidad de la mujer de suscitar, en apenas diez minutos, la impresión de llevar allí más de una hora. Sin embargo, no tenía nada de latosa, nada de mitómana ceremoniosa; lo estaba esperando cuando él entró, se había presentado (forzando un poco las cosas) como «amiga» de la señora Dosio, y se había puesto a hablar sin rodeos ni divagaciones, yendo al grano de inmediato. La única explicación por tanto era ese don misterioso que poseían ciertas cantantes y actrices, a menudo flacuchas, feúchas, insignificantes, que en cambio, solas, en medio del escenario, parecían llenarlo todo. Ahora entendía por qué Dosio la había descrito, pese a todo, como una mujer simpática. Por lo demás, pensó divertido, la señora Dosio misma ¿acaso no tenía un don parecido? Comparó con experimental malicia los cabellos rubios con los grises (pero perfectamente peinados), nariz y nariz, rodilla y rodilla, ropa y ropa… En el fondo, descartadas las apariencias, el barniz, ¿en qué consistía realmente la fascinación femenina?

Se levantó avergonzado por la deriva que sus conjeturas iban tomando.

—¿Puede esperarme un momento?

La señora Tabusso se limitó a bajar la cabeza y a sacar del bolso un paquete de cigarrillos de contrabando.

El comisario salió, fue hasta el despacho de De Palma y al ver la puerta entreabierta entró sin llamar.

—Ah. Has vuelto.

De Palma, en mangas de camisa, se estaba metiendo en la boca un cigarrillo de la misma marca que los de la señora Tabusso.

—Tengo allí a una que ha visto a tu rubia —le dijo el comisario.

De Palma encendió el cigarrillo, exhaló el humo.

—Ya he interrogado a seis que dicen que la vieron. Una está segurísima de que es amiga de su marido. Otro jura que la descripción coincide exactamente con su casera…

El comisario se encogió de hombros.

—Mira, esta tampoco es que vaya a ser la buena. Además, es una historia de segunda mano porque no la vio ella, sino su hermana. Y encima, está de por medio lo de su prado en la colina, donde van abusivamente las putas y nosotros no somos capaces de evitarlo…

—¿Está ahí la que la vio?

—Eso dice. Pero entiéndeme, podría ser una excusa para que fuéramos a extirpar la plaga de la prostitución… de su propiedad.

—¿Y por qué no la cercan?

—Y qué sé yo. De todas maneras, hay un pequeño detalle, una precisión distinta respecto a la descripción de Bauchiero que se publicó en los periódicos, que puede ser interesante.

—Muy bien, voy —dijo De Palma—. ¿Chaqueta?

—Sí, mejor.

La señora Tabusso fumaba tranquila.

—Este —dijo el comisario— es el señor De Palma, que se ocupa más directamente de la investigación.

—Encantada —dijo la señora Tabusso sin entusiasmo.

—¿Sería tan amable de repetir todo lo que me ha contado a mí?

La señora Tabusso los escrutó a los dos por un momento.

—Empezamos bien —constató. Después esbozó una sonrisa astuta —. ¿O es una estrategia para saber si me contradigo?

El comisario obvió la mirada de fuego que le echó De Palma y volvió a sentarse a su mesa.

—No, no, señora —dijo De Palma tomando asiento también él—. Es simplemente que…

—Sí, sí, entiendo. Pero digo, nosotras qué ganamos a cambio, ¿eh? Porque yo no tengo problema con contarla treinta veces, la historia, al papa si hace falta, pero después ustedes tendrán que cumplir con su deber y no continuar como siempre a salto de mata.

—Quédese tranquila, señora —dijo De Palma con un tono que habría puesto los pelos de punta a un asesino de Chicago.

—¡Óigame bien! —gritó la señora Tabusso, para nada nerviosa—. Si no se dan prisa, un día de estos nos van a encontrar a las tres muertas en nuestras camas, como en Hollywood. ¡Más tranquilas que nunca!

De Palma, que en este momento ya había entendido el tono, sonrió desarmado.

—Siempre lo he dicho, que el prado sería mi tumba —reveló la señora Tabusso mirando al techo—. Antes era otra cosa, teníamos aparceros, nos íbamos al campo de pequeñas, y también en los Santos y Navidad, algunos años. Después faltó mi pobre padre, yo me quedé viuda, mi hermana, mejor para ella, nunca se casó, pero ¿ahora qué podemos hacer? Nos hemos quedado allí atascadas sans façon con Palmira, que entre tanto también se quedó viuda…

Desde esa asombrosa invocación (¡niñas, con las trenzas y el aro, a correr por el prado!) la señora Tabusso descendió hasta el crudo presente.

—¿Quién iba a pensar que las cosas se iban a poner así? —preguntó amenazadora a De Palma—. Que nos encontraríamos a los asesinos en casa.

De Palma, claramente a la defensiva, hizo un gesto de desdén, pero no se atrevió a contestar.

—¿Puede creer que mi hermana se llevó un susto allí que se pudo quedar en el sitio? Es todavía como una niña, alma cándida. Se impresionó tanto que no ha dicho una palabra hasta hoy, le daba miedo hasta pensarlo.

—¿Está enferma del corazón? —preguntó presuroso De Palma.

—No —dijo la señora Tabusso—. Está delicada. Siempre lo ha estado.

—¿Y qué hacía en el prado la otra noche? —preguntó De Palma endureciendo el gesto.

—¡Ya le he dicho que está delicada! No había hecho bien la digestión y no conseguía dormirse. Come como un pajarillo, pero aquella noche se había tomado dos espárragos de más, ya sabe usted qué pesados son los espárragos, y se le quedaron allí, dando vueltas en el estómago. Así que, cuando nosotras nos acostamos, ella se levantó y…

—¿Qué hora era?

—Las diez y media, once.

—¿No tienen televisión? —disparó De Palma.

La señora Tabusso se quedó mirándolo con los ojos entrecerrados como si fuera un fenómeno de circo.

—Sí, claro que tenemos —dijo despacio—. ¿Por qué? ¿Usted la ve?

De Palma se estiró hacia el escritorio y aplastó la colilla en el cenicero.

—A nosotras nos da un poco igual, solo el Festival de San Remo, que a Palmira le gusta. Si no, después del Carrusel, todas a dormir. ¿Sabe? —precisó orgullosa—, somos de raza campesina, nosotras. Pronto a dormir y pronto en pie.

—Y duermen como ángeles —terminó De Palma, que claramente empezaba a divertirse.

—No, como gallinas —dijo la señora Tabusso, sin dejársela pasar—. Dele un tajo a las alas.

El comisario y De Palma se echaron a reír, pero la señora Tabusso tenía, además del acento, ese otro detalle turinés: no le importaba el efecto de sus chistes bruscos, como si estuviera siempre fuera de la dimensión del humor (y cuántas veces te asaltaba la duda de que la

ciudad entera, al contrario, estuviera siempre dentro). Atajó enseguida, calentándose poco a poco con su narración.

—Ella tiene la habitación al final del pasillo porque dice que yo ronco tanto que se oye a través del Moncenisio. Exageración. Llegado un momento se levantó, bajó y se puso a pasear por el jardín, porque alrededor de la casa tenemos un bonito jardín, que siempre he cuidado yo. Y luego, a saber qué pensaba, el caso es que despacito, despacito, sin darse cuenta, se encaminó hacia el canal de las putas.

—¿Qué canal?

—Una vez, hace mucho tiempo, pasaba un río, pero ahora está seco: un cauce muy ancho que parece una calle, pero profundo, y que está oculto entre las acacias. Por eso van allí, de todos ese es el lugar más visitado. En invierno meten los coches hasta el claro cercano a la vieja cancela y se quedan allí con el motor encendido; pero en verano entran, se meten en el cauce con mantas y toda la parafernalia y hala, ¡a darle caña!

—¿Y entonces? —se permitió preguntar De Palma.

—A ver, ¿si no le explico el terreno cómo va usted a entender lo que ha ocurrido? —dijo la señora Tabusso—. Entonces: mi hermana llegó hasta el laurel que está donde la vieja pista de petanca…

—¿No estaba en el canal?

—El canal está más abajo —explicó la señora Tabusso juntando las manos para reproducir una considerable pendiente coronada por una llana pista de petanca—, y desde donde está el laurel se ve muy bien la entrada, quién va, quién viene, en fin, todo el espectáculo.

—¿Y su hermana estaba en primera fila disfrutándolo? —insinuó provocador De Palma.

Sin embargo, la señora Tabusso era (¿como Campi?, ¿como la señora Dosio?, ¿como la hermana de Garrone?) más imprevisible —o más inteligente— de lo que pudiera parecer. Reaccionó con estupor, no con indignación, a tal hipótesis: la consideró con calma (¿pragmatismo campesino?, ¿realismo de Cavour?, ¿cinismo de los Saboya?) y la descartó.

—No, hombre, no —dijo—, es una inocente. Las cosas de la vida ni siquiera las sabe. Quizá estaba oyendo los grillos o los ruiseñores, miraba las luciérnagas, siempre ha sido muy poética, ella. Y mientras estaba allí, justo un coche que estaba parado encendió los faros para marcharse.

—¿A qué distancia?

—Serán unos treinta o cuarenta metros. Mi hermana escuchó un barullo de hojas entre los arbustos y luego, brrr, la vio que salía como una bestia. Levantó el morro y debió de ver a mi hermana, porque se le echó encima con un bastón levantado. Que podría ser el tubo.

—Pero está la pendiente ¿cómo hizo para echársele encima?

—Trepaba. Iba como un simio, dice mi hermana. Ella se quedó quieta con las rodillas temblando, imagínese: y por eso tuvo tiempo de verla bien.

—¿La cara también?

—Dice que era una bruja, un monstruo de pesadilla. Rubia. Quién sabe, habrá confundido a mi hermana con una de la competencia, o quizá estaba poseída por el rapto homicida, suponiendo que sea ella la asesina.

—¿Y luego qué sucedió?

—Nada, por suerte. Cuando la tuvo a tres metros, mi hermana salió huyendo con el estómago en la garganta y se encerró en casa y luego estaba tan impresionada que no le dijo nada a nadie. Cuando leyó el periódico, la reconoció: tal cual. Y se asustó todavía más. Figúrese: la tipa había tumbado a un hombre media hora antes, era cuestión de segundos liquidar a mi hermana, con ese tubo. Y si ustedes, los de seguridad pública, no se dan cuenta de que…

—Me decía mi colega —la interrumpió De Palma— que su hermana había aportado un detalle distinto respecto a la descripción precedente…

—Sí, la estrella. Fue precisamente así como decidió quitarse el nudo en la garganta. Casualidades, hoy en la mesa hablábamos de todos esos delitos y robos que impiden que una pobre mujer pueda pasear tranquila por Turín, y la conversación ha llegado hasta el tal Bauchiero y el bolso con la estrella. Ella me ha dicho: «Marina». «¿Qué marina?», le digo yo. Y ella me ha dicho que era una bolsa de playa con una insignia en forma de estrella de mar.

—Mmm —dijo De Palma.

La señora Tabusso se dio una formidable guantada en la frente.

—¡Aquí! —gritó—. Se le ha quedado todo grabado aquí dentro, ¡como una fotografía! Son cosas que no se olvidan, estimados señores, aunque solo hayan durado el tiempo de decir amén, que por poco no lo dice de verdad. Y si no quieren creernos…

—¿Por qué no ha venido su hermana? —dijo el comisario.

—¡Dé gracias a que he venido yo! —gritó la señora Tabusso—.

Porque mi hermana no quería de ninguna de las maneras, tiene miedo de que después lo publiquen los periódicos y que la tipa sea capaz de volver a vengarse. Nosotras nos jugamos la piel, egregios señores, tenemos el tubo de Damocles suspendido sobre la cabeza, no sé si se hacen una idea.

—Esté tranquila, señora —dijo otra vez De Palma, pero esta vez sin convicción—. No diremos nada a ningún periodista.

—¿Y respecto al prado?

—Veremos qué se puede hacer, ¿vale? Son cosas, como sabrá, que no dependen solo de nosotros.

Le pidió la dirección y el teléfono a la señora Tabusso, después la acompañaron a la puerta, le dieron las gracias, le estrecharon la mano, volvieron a tranquilizarla y al fin, con cierto alivio, la vieron marcharse. De Palma inclinó la cabeza y agitó el meñique en el oído como si lo tuviera lleno de agua.

—¡Hostias! —dijo.

—Estará acostumbrada a vivir con un sordo —dijo el comisario—. Quizá la vieja criada.

—O ella misma la ha dejado así.

—Un poco exagerada pero simpática, ¿no?

—Sí, sí… Pero ¿tú te crees ese dolor de estómago de la hermana?

—No lo sé. Habría que verla.

—Mmm —dijo De Palma.

Los dos estaban pensando en lo mismo. Lentamente se encaminaron por el pasillo, donde en una ventana un agente con la camisa negra de sudor en las axilas estaba tratando de abrir un abatible que estaba bloqueado.

—Pero en conjunto, ¿qué te parece?

—Bueno, una prostituta cualquiera puede haberla visto de verdad, y luego, al leer el periódico, imaginarse lo demás. O quizá se ha imaginado todo. Pero el detalle de la estrella ¿por qué lo iba a cambiar?

—Exacto —dijo el comisario.

—En fin, me acercaré a su casa en cuanto pueda. En el punto en el que estoy iría a hablar incluso con Blancanieves y los siete enanitos.

—¿Hacemos venir a Bauchiero otra vez?

—Estaría bien —suspiró De Palma mirando la hora.

Abrió una puerta y le ordenó al sargento Nicosia —el que había estado en el restaurante Maria Vittoria— ir a por el aparejador Bauchiero, y que lo buscase en los jardines de Cavour si no lo

encontraba en casa. Nicosia salió deprisa, poniéndose la chaqueta.

—Con tacto, ¡eh! —recomendó el comisario—. Que no ha matado a nadie.

De Palma lo precedió a su despacho, y los dos se quitaron la chaqueta.

—¿Y tú qué has averiguado en tu almuerzo?

El comisario no lo sabía con seguridad.

—Hemos hablado de De Quincey —dijo.

—Ah. Entonces nada.

El asesinato como una de las bellas artes se había publicado por entregas, dos años antes, y precisamente De Palma se lo había señalado como una curiosidad que podía interesarle, aparte de la introducción y notas del exjefe de policía Luidelli.

—Bueno, tampoco diría que nada.

Se acercó al calendario de Alitalia colgado en la pared y detenido en el mes de mayo (fotografía a color de Marrakech), lo descolgó y pasó la hoja, más que nada para ver qué ilustraba el mes de junio (fotografía a color de Tahití). Curioseó también julio (fotografía a color de Riccione), después lo colgó de nuevo en el clavo y le refirió a De Palma todo lo que valía la pena mencionar profesionalmente. Campi y Dosio eran personas sobre todo dadas a la broma paradójica y no parecían, efectivamente, haber tenido con Garrone relaciones estrechas ni motivos de peso para liquidarlo. La hipótesis más plausible seguía siendo la de la coincidencia, aunque ninguno de los dos, siendo rigurosos, disponía de una coartada para la noche del crimen. Dosio había ido al cine sola, Campi había estado en la colina con su familia hasta las diez, pero después no se sabía. Después había un par de detallitos muy tenues, casi improbables: un joven secretario del tío de ella y el marido, que esa noche estaba en una cena en la colina con unos extranjeros…

—Aquella noche —interrumpió De Palma— había un montón de gente en la colina, me parece.

Sí, era cierto. Podría ser también eso un hilo del que tirar. Se le ocurrió una idea.

—¿No hay duda posible de que Garrone fue asesinado en la vía Mazzini y no trasladado allí después de su muerte?

—No la hay.

Pero no quería decir nada, la colina podía ser igualmente el común denominador; como el sexo, la masturbación infantil, el falo de piedra,

la broma grosera sobre Leda; o como el teléfono de oro, la propina del restaurante Maria Vittoria, la Dánae de Vollero…

—Un chantaje, ¿no? —dijo De Palma—. Aquella noche creyó que se iba a embolsar sus moneditas de oro y en cambio se llevó un trastazo en la cabeza.

—Chantaje, sí. O quizá algún negocio sucio, una mordida que le debían o que él trataba de…

—Oye —dijo De Palma después de un cuarto de hora barajando posibilidades—, me ganaré un reuma, pero yo aquí me estoy asando vivo.

Abrió con decisión un armario, sacó un ventilador negro y vetusto, plegado sobre sí mismo como un girasol, y lo colocó encima del escritorio. Luego se agachó buscando el enchufe.

—Aunque me extrañaría —dijo desde allí abajo— que con un tipo como ese no hubiera de por medio alguna porquería sexual.

El comisario le contó que, respecto a eso, al día siguiente iría con Campi a ver al tal monseñor Passalacqua, y a averiguar un poco más sobre el arma del crimen.

—Bien.

El ventilador empezó finalmente a zumbar. De Palma se incorporó, se sentó y trasteando con el soporte móvil orientó el aparato hacia arriba, de forma que le llegara el chorro de aire a la cara. El pelo empezó a revolotearle en todas direcciones.

—Aaah —suspiró—, aaah. Y, entonces, ¿has podido saber si Campi y la señora Dosio practican el polvo como una de las bellas artes?

El comisario pronunció con los labios un «no» de fuego, pero la voz no quiso salir. ¿Era por su madre, su hermana, que no podía oír hablar de esa forma?

—Yo también lo pensaba —dijo más alto de lo necesario— y teóricamente sería muy probable… —Así lo pondría en su sitio—. De no ser porque Campi… —continuó a toda prisa para impedir en el otro cualquier inquisición ulterior.

De Palma lo pilló al vuelo.

—¡Dios mío, no! —dijo tapándose la cara con las manos. El pelo le formaba una aureola de endemoniado. Pensaba, naturalmente, en los cientos de invertidos, travestidos, prostitutos que de golpe se arriesgaba a tener que cribar por ese nuevo dato. El comisario le dio ánimos, le explicó que Campi no tenía gustos de los bajos fondos, y que en caso de que así fuera solo habrían tenido que buscar a un tal Ravera o Riviera,

amigo de Campi, de quien Ajello, abajo en pasaportes, podía procurarles la información básica. En todo caso, un nexo de ese tipo entre Garrone y Campi quedaba totalmente descartado.

—Ya, pero ¿y si lo chantajeaba?

Empezaron a valorar desde todas las variantes posibles el móvil del chantaje: a Campi, porque es pederasta; a Campi, porque secretamente no es pederasta; a Dosio (el comisario se levantó y fue al calendario a ver qué paisaje había en agosto, septiembre y octubre) por infidelidad, homosexualidad, ninfomanía o exhibicionismo, con fotografías ilustrativas del caso (noviembre, diciembre y luego enero, febrero…); al marido de la señora Dosio, porque era amante del joven secretario; al tío de la señora Dosio, por ser amante del joven secretario, de la sobrina o del marido de la sobrina. O quizá nada de eso, una historia totalmente distinta, de drogas, por ejemplo, que los implicaba a todos. El tío era el jefe, el cerebro, el que tenía los contactos internacionales de alto nivel; el marido la recibía usando la cómoda tapadera de la fábrica, y luego, allí mismo, en un laboratorio de apariencia perfectamente inocua…

De Palma se había desabrochado y abierto la camisa hasta el ombligo y con los brazos en alto rotaba hacia el ventilador alternando uno y otro lado del torso.

—Aaah —suspiraba extasiado—, aaah.

Llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —gritó el comisario porque De Palma no lo había oído.

Entró Nicosia.

—¿Ya estáis aquí? —dijo De Palma—. Bravo. ¿Lo has encontrado?

—Sí, estaba justo saliendo de casa.

—Bravo. Hazlo pasar.

Nicosia parecía incómodo.

—¿Qué pasa?

—Es que… está también el perro, señor. Sabe, lo llevaba con él, y para darnos prisa he tenido que traerlos a los dos. Pero no molesta, pobre bestia, en el coche no se ha movido siquiera —añadió con optimismo.

—Santa madre de Dios —dijo De Palma, empezando a abrocharse la camisa.

Entró Magliano a toda prisa: —¿Tiene un momento?

—¿Es importante? —dijo De Palma—. Tenemos aquí a Bauchiero.

—Bueno, no sé, pero todo suma.

Avanzó y le entregó a De Palma una tarjeta de visita.

—Abogado Giuseppe Arlorio —leyó De Palma—. ¿Quién es? ¿Qué quiere?

—Vio a Garrone el día del crimen, tomó el té con él en casa de unas condesas.

De Palma silbó.

—¡Es que no paraba quieto, el tal Garrone! Siempre es así: cuanto menos trabajan más se mueven. Vale, escúchame, nosotros ahora tenemos que hablar con Bauchiero; así que tú dale las gracias, y pregúntale si recuerda algún detalle de importancia.

—Pues claro —dijo Magliano con un temblor de irritación—. Para eso ha venido.

—Ah. ¿Y qué es lo que recuerda?

—Mientras salían, las condesas le preguntaron a Garrone si quería acompañarlas a la exposición de flores después de cenar, pero él declinó la oferta. «¿Flores? —dijo—. No, esta noche me tengo que ocupar de piedras».

—¿Qué piedras?

—¡Esto tampoco sabe decírnoslo él! Pero le pareció una respuesta extraña y por eso lo ha pensado bien y ha venido a regalarnos la información.

—Piedras... —murmuró De Palma—. Otra vez piedras, ahora.

—Preciosas, diría yo —dijo Magliano—. Podría ser un tema de recuperación de bienes robados, después de todo.

—El falo también era de piedra —observó el comisario poniéndose la chaqueta.

De Palma hizo lo mismo con rostro infeliz y apagó el ventilador.

—Para mí —dijo— lo mismo son piedras de mechero. ¡Ni en broma me imagino a ese en el circuito de las joyas robadas! En fin, haz que te lo relate todo con detalle una vez más, toma declaración, y entérate de quién más estaba en esa reunión con las condesas. —Pensó un instante —. ¿Son condesas de verdad?

—Creo que sí. También había un general.

—Qué pintaba Garrone en todo este mundillo es algo que me encantaría saber.

—Sabe —dijo Magliano—, son gente de edad, según he sabido. Él, el abogado, está entre los setenta y cinco y los ochenta, como mínimo. Y el resto deben andar más o menos por ahí. Así que puede entenderse

que cuando uno tiene ya un pie en la tumba…

—¡Ya está! —chilló De Palma—. ¡Inducción de incapaces al delito! ¡Eso es lo que hacía Garrone! Mañana convocamos a todos los turineses por encima de los setenta, y a todos sus presuntos herederos, y empezamos a trabajar en serio. ¡Ánimo chicos, el círculo se estrecha!

6

CEMENTERIO GENERAL, vio Lello encima de la flecha cuando estuvo seguro de que se había perdido. Incluso él, que trabajaba allí desde hacía años, conocía solo una mínima parte de los pasillos y los pasajes, los codos bruscos y los rellanos anormales, las ramificaciones, las oscuras y empinadas escaleras y escalerillas, los inexplicables desniveles y los retorcimientos del antiguo edificio del ayuntamiento. Le parecía ser la punta del lápiz de Botta cuando, resueltos todos los demás pasatiempos, se ponía distraídamente a recorrer los pasillos concéntricos de un laberinto de la Settimana Enigmistica.

Respondió al saludo de un colega del que no recordaba el nombre y alcanzó a paso ligero una nueva bifurcación y otro «cementerio general» fijado en el enlucido con chinchetas oxidadas. Botta, el Mago de los Enigmas, el Rey de los Crucigramas, que mandaba regularmente las soluciones a la revista y ganaba los premios, de vez en cuando, libros o sumas insignificantes con las que conseguía, no obstante, con el apoyo de su mujer, tocar las narices como si le hubieran dado el Nobel. ¡Esta vez, pensó satisfecho, le iba a demostrar qué enigma era capaz de resolver!

Al torcer una esquina del pasillo casi se tropieza con dos hombres que caminaban deprisa, gesticulando y hablando alto. «Mi madre no lo tuvo nunca», estaba diciendo uno; «Si por casualidad», decía el otro, mientras Lello pasaba, milagrosamente, entre ambos.

Se encontró en una especie de sala desvencijada, con el suelo en parte de madera y en parte de losas rojas y dos bancos con rayas rosas en los bordes, en uno de los cuales estaba sentado un viejo tratando de pelar un caramelo de menta.

—¿Es este el despacho del aparejador Triberti?

El viejo se metió el caramelo en la boca con un guiño rapaz y señaló con el mentón una amplia puerta de cristal esmerilado, medio oculta en un saliente de la pared. Lello llamó con discreción. Le respondió un

inmenso silencio.

Las galerías, los túneles, las celdas, los tortuosos y contradictorios pasadizos de aquel hormiguero, era como si se hubieran vaciado de golpe: todas las hormigas, advertidas de un cataclismo, de una invasión inminente, se habían marchado, y solamente él, Lello, que no sabía nada, seguía allí dentro. Volvió la cabeza y el viejo aún estaba allí, las mejillas angulosas y hundidas por la intensidad con la que chupaba el caramelo. Le hizo con la mano el gesto de coger el pomo. Tras un momento de duda, Lello abrió.

Ante él, tres escalones más abajo, corría otro interminable pasillo amarillento, iluminado por lámparas de forma esférica. No había ventanas, solo otras puertas con vidrios opacos, más pequeñas, a derecha e izquierda; y, al fondo, un grupo de mujeres y hombres que parloteaban alrededor de Triberti, que acababa de salir de su despacho.

—¡Fuera, fuera! —gritaba Triberti agitando una carpeta en el aire —. ¡No es momento! ¡No es momento!

Bajo y huesudo como era, marchaba entre aquella pequeña muchedumbre, en la que no faltaban hombres más fuertes y potentes que él, con la seguridad apenas importunada de un paseante en medio de una congregación de palomas. Los demás, a medida que él avanzaba en dirección a Lello, corrían por delante de él, volviendo a cerrar la barrera; hablaban todos al mismo tiempo, indistinguiblemente, pero aquel clamor tenía, nítidamente, la inflexión coral de la súplica quejumbrosa.

Lello bajó los tres escalones de piedra y se movió inseguro hacia el cortejo. Su idea le parecía ahora tan inútil como absurda. Triberti lo iba a mandar, seguramente, a freír espárragos, a él y su teoría; ¿por qué razón, se preguntaba, tenía que exponerse a una situación como esa? ¿Para chinchar a Botta? Tal como lo pensó sintió una rabia tremenda contra Botta, que, con su escepticismo ofensivo, su sonrisilla condescendiente, lo había empujado a esa estúpida situación. Y también contra Massimo, sí, también contra Massimo, que apretando apretando lo había empujado al mismo lugar. ¿Por qué tenía que vivir rodeado de gente que le apagaba todas las velas? ¿Por qué no había nunca nadie que demostrase un poco de entusiasmo por sus ideas? ¡A fin de cuentas él no era para nada un cretino! Se mordió el labio, apretó los puños y se abalanzó hacia Triberti.

Pero Triberti, en ese preciso momento, hizo un requiebro lateral, esquivó a tres o cuatro postulantes, abrió una de las muchas puertas y

desapareció. Lello, ahora a pocos metros, escuchó claramente el ruido de la llave girando desde dentro. Listo, se había encerrado en el gabinete. Mejor así, mejor así. En el fondo, ¿qué le importaban a él Bauchiero, Garrone, Botta, Fogliato y Massimo? No tenía ninguna necesidad de la aprobación de nadie. Tenía su vida, su bonito apartamento, un trabajo seguro, aunque no muy bien pagado, pero seguro y tranquilo. Sus caprichos, sabía conseguírselos por sí mismo, sin depender de las opiniones de los demás.

Los demás —reparó— lo observaban con sospecha. Estaban ahora parados ante la puerta del gabinete, silenciosos e inquietos como una manada de perros reacios a admitir que habían sido burlados por el zorro, y desconfiados respecto al nuevo animal recién llegado.

—Permiso, por favor —dijo Lello con voz firme, con la barbilla en alto. Se apartaron de mala gana, pero luego, mientras él avanzaba hacia el final del pasillo, oyó sus voces, ahora sumidas en un rumor recriminatorio, alejarse hacia la puerta de vidrio.

Se iría a Grecia solo. Una bonita mañana, sin decirle nada a nadie —sobre todo a Massimo—, cargaría su 500 aún en rodaje y se marcharía haciendo pequeñas etapas. ¿Dónde está Riviera, dónde está Lello? Misterio. Se compraría un saco de dormir y una pequeña tienda, y durante tres semanas viviría a su manera, como Cavagna y Pettinati, que el año anterior habían llegado hasta el Bósforo de esa manera. O mejor, para no ir completamente solo, podía preguntarles a dónde iban ese año y quizá irse con ellos. Eran comunistas, y siempre hablaban de mujeres, pero él, aunque votaba a los socialistas y fuera partidario de las reformas graduales…

El pasillo parecía acabar contra la pesada reja de un ventanal altísimo; pero llegado allí, cuando ya pensaba que tendría que volverse, Lello vio un arco a su izquierda y, enseguida, una escalerita que subía a un pasillo oblicuo y oscuro. Puso el pie en el primer escalón y se topó con la carpeta de Triberti apuntándole el estómago.

—¡Oh! —exclamó asustado.

—¡Ah! —exclamó Triberti—. ¡Es usted!

Sonrió amigablemente. Se habían conocido en una excursión social en autobús (Como y Lugano: 4500 liras todo incluido) en la que Triberti se había llevado con él también a su mujer y a una hija quinceañera y maniática.

—Le he visto antes, en el pasillo —dijo Lello con apuro.

—He tenido que utilizar mi pasadizo secreto —explicó Triberti,

filosófico—. El gabinete tiene otra puerta que da a la escalera. ¿Va usted arriba a ver a Gazzera?

Lello no sabía quién era Gazzera ni qué hacía allí arriba, al final de aquella extraña escalera.

—Pues la verdad —dijo— es que venía a verle a usted.

—Ah, muy bien, muy bien. Entonces, venga, vamos.

Volvieron al pasillo, ahora desierto y lleno de ecos vagos, de ruidos lejanos. Sin motivo aparente, Lello recordó al viejo enjuto y ávido, los pelos blancos en las mejillas consumidas, en la bolita verde que le daba vueltas en la boca como una rana en una fosa abierta. ¿Sería ese Bauchiero? Se estremeció desagradablemente: los cementerios, los muertos, siempre lo ponían nervioso, y lo cierto es que ese pasillo, era solo una idea, tenía todas las papeletas para…

—Ya estamos aquí —dijo Triberti parándose delante de la puerta del gabinete. Sacó del bolsillo la llave, abrió, la puso en la cerradura por dentro y cerró.

—Toda esa gente había entrado sin cita —explicó conduciendo a Lello hasta su despacho—. Si viera por la mañana, cuando abrimos…

Por su oficina, que no era grande, pero estaba meticulosamente ordenada, pasaban todos los trámites para la asignación de tumbas en el cementerio general de la ciudad, y todos los proyectos, de entrada y de salida, relativos a las construcciones de dichas tumbas. Y en vista de cómo se comportaba la gente para obtener el derecho de ser enterrada, era de esperar —repetía a menudo el aparejador Triberti— que no morirían nunca. No menos conocida que esa faceta suya era su absoluta incorruptibilidad. Sin embargo, como si se tratase solo de una cuestión de obstinación irracional, estadísticamente absurda y por eso mismo destinada, antes o después, a «salir» igual que un número de lotería, todos continuaban atosigándolo con ruegos, súplicas, promesas, amenazas, sobornos, tentaciones de todo tipo, todos trataban de intervenir en su esquema de atribuciones y disponibilidad, de fechas y trámites, de mediciones, concesiones decenales o perpetuas, todos atentaban contra su rigurosa contabilidad funeraria. El aparejador Triberti la defendía sin orgullo ni fanatismo, y sobre todo sin perder jamás su buen humor. Mantenía hacia aquellos asediadores, ricos y pobres, hacia aquellos aún-sin-derecho, aquellos fanfarrones, intrigantes, corredores, intermediarios, especuladores de diversa influencia y agresividad, una actitud de resignada indulgencia, considerándolos una parte inevitable del trabajo que desempeñaba.

—¿El arquitecto Garrone? —dijo con el tono de un maestro de escuela que recuerda a un viejo alumno—. ¡Claro que lo conocía! ¡Me ha disgustado mucho, cuando he leído la noticia en el periódico! Acabar así, el pobre desgraciado…

—Pero ¿aquí —preguntó Lello dibujando un círculo en el aire— trabajaba?

—Bueno, qué quiere que le diga, trataba como los demás de arañar alguna cosilla: la capillita en miniatura, el templete dórico, el tabernáculo de pórfido, aunque solo fuera una pequeña restauración. Todo minucias, en cualquier caso. Traía algunos proyectos, eso se lo puede confirmar la señora Ripamonti, si le interesa, pero yo, en la comisión, nunca he visto llegar uno.

—¿Qué comisión?

—La de los arquitectos, que tiene que aprobar los proyectos para las nuevas construcciones en el cementerio. Se reúne una vez al mes, en la sala de bodas, imagínese…

Sonrió, pero como para indicar a Lello que, si quería, podía también asombrarse de tan estrambótico contraste. Pero Lello siguió serio.

—¿Hay muchos concursantes?

—Ni se imagina —dijo Triberti sacudiendo la cabeza—. Son todos unos ilusos, sueñan todos lo mismo: una concesión perpetua familiar con cripta. Pero digo yo, ¿no se dan cuenta de que ya no son tiempos? ¿De que ya no hay espacio? ¿De que el cementerio de nuestros abuelos tiene los días contados y que hay que hacer algo? No hay otra: o se deslocaliza, se reduce, se racionaliza, o si no… ¿Sabe que en el Domenica del Corriere leí que en América ya tienen cerebros electrónicos en los cementerios de las grandes ciudades? ¡Cómo vamos a seguir aquí con el ángel rezando y la viuda que llora en mármol de Carrara! ¡No hagamos el ridículo! Fíjese usted, que en mi opinión el nicho está ya también anticuado, no sirve.

—¿Ah, no? —dijo Lello, que no era supersticioso, pero que estaba de todos modos apretando las llaves de su 500 en el bolsillo del pantalón.

—No hay otra —repitió Triberti—, el futuro está en la cremación. O dentro de cincuenta años, más o menos, ¿sabe cómo vamos a acabar?

—Nnno… —balbuceó Lello pensando lo peor.

—Te mandarán a casa una bonita caja de plástico, con las cenizas del pariente dentro, bien prensadas a máquina, de un tamaño así, como un comprimido de vitamina C.

Lello se esforzó en sonreír tragando saliva, pero vio que Triberti hablaba en serio.

—Y aquí en Turín, nosotros tenemos que dar ejemplo, debo decirlo. ¡Tenemos que estar a la vanguardia como en tantas otras cosas! Los medios los tenemos —añadió siniestramente—, lo que falta es la apertura de miras, la capacidad de mirar al mañana. Y si no, hagamos un único cementerio de aquí a Racconigi y no se hable más. ¡Ay, pobres de nosotros!

Lello estaba por aprobar de todo corazón esa exclamación conclusiva cuando se dio cuenta de que la mirada de Triberti apuntaba detrás de él. Se volvió inquieto y vio, tras el cristal de la puerta, la sombra inmóvil de un hombre un poco encorvado, como si estuviera espiando.

—Ya están ahí otra vez —susurró Triberti.

—Pero ¿qué quieren? —susurró Lello.

—Esperan. Aguardan. Tratan de saber el movimiento de los lugares libres, de informarse sobre los asignados, para después pillar al vuelo a cualquier asignado y hacerse con una tumba, una lápida, lo que sea. Se presentan al cliente como agentes acreditados de una empresa, como gente del círculo de Triberti, le muestran proyectos y le dicen que ya están aprobados... Ya sabe, le prometen el oro y el moro, cuentan un montón de mentiras, es todo un engaño.

—¿No estará por casualidad Bauchiero entre ellos? —susurró Lello —. El aparejador Bauchiero. ¿Lo conoce?

Triberti reflexionó un momento.

—No creo —dijo al fin—, el nombre no me suena. Pero no quiere decir nada, son tantos... Y además, gracias al cielo, alguno hay que se desanima de vez en cuando o que se muere... ¿Ha presentado algún proyecto recientemente este Bauchiero?

—No lo sé —dijo Lello—, puede que sea algo más antiguo.

—Ah, pero bueno, ahora tenemos a nuestra Ripamonti. Se los mando todos a ella porque, si no, ¿cómo haría yo para trabajar? Sabe, no es por jactarme, pero una fiera como la que tenemos nosotros aquí no la tienen ni en el Registro. Solo la tienen en el Departamento de Rótulos y Escaparates ¡y gracias! Mire —susurró—, mire.

Tras los cristales de la puerta se veían siluetas silenciosas, que a Lello le parecieron amenazantes.

—Vamos —dijo Triberti—, esto luego lo coloco yo. Vamos a ver a Ripamonti.

Lo siguió a través de una puerta lateral que daba a un cuartito lleno de estanterías y de polvo, luego, por otra puerta, llegaron al despacho de Ripamonti, una mujer gruesa y chata, con un delantal negro, que Lello conocía de vista.

—Hasta otra, Riviera —dijo alegremente Triberti—, yo ahora me voy a hacer mi habitual expulsión del templo. ¡Ah, cuánto enredo por cuatro huesos y cuatro piedras!

Quedaba inmediatamente claro que a la señora Ripamonti trabajar en ese sector de la Administración municipal no le gustaba un pelo. En el cubilete para lápices, entre bolígrafos y plumas, los rotuladores, los clips, las gomas y las estilográficas, había también un largo cuerno rojo de la suerte, y un poco más allá una pila de carpetas estaba sujeta con una herradura. Se trataba casi con toda seguridad de regalos de colegas bromistas, pero la señora Ripamonti no los había tirado ni guardado en el cajón. Y para estar del todo protegida, en el escote le colgaba una cadenita de oro con unas medallitas sacras bendecidas.

Tampoco ella conocía a Bauchiero, pero se levantó y fue a abrir un armario lleno hasta la mitad de carpetitas de color naranja. Buena falta le haría, pensó Lello, un desodorante competente.

—Prueban con él —dijo la señora Ripamonti señalando al despacho de Triberti— y luego vienen aquí. Y yo no tengo valor de decirles que no sirve de nada. Solo podemos aceptar los proyectos por lotes ya adjudicados, y solo si tienen el visto bueno del adjudicatario. Pero no, no lo entienden, señora esto…, señora lo otro…

Sacó un alto cajón de dosieres y lo apoyó de lado sobre una mesa que había pegada a la pared. Se levantó una nube de polvo y un pequeño objeto blanco resbaló y se escurrió por el borde. Lello se agachó a recogerlo: era una mano pequeña de imitación de marfil que parecía hacer conjuros.

—Según ellos debería hacerles publicidad. Ponerme a recomendar sus planos a los clientes. «Usted que puede, usted que está bien colocada, háblele usted bien, mire qué monumentito más bonito…». Así que, para quitármelos de encima, tengo por sistema aceptarlo todo, meterlo en una bonita carpetita con su nombre fuera, que en cuanto la ven ya se ponen contentos, y luego, cada dos años, cuando el armario está lleno, lo tiro todo… Espere un momento, si su Bauchiero está en alguna parte, tiene que ser aquí.

Fue a sentarse a la máquina de escribir y le dio la espalda. Con dos dedos, para no llenarse demasiado de polvo, empezó a pasar los

dosieres: Alliotti… Altamura… Attanasio… Barbini… Bastianengo… Bazza. Revisando, llegó un poco más adelante, hasta Curci. No, Bauchiero no estaba. Paciencia, esto no había salido.

Pero se quedó allí, ceñudo, pensando en la cara triunfal de Botta. Siempre podía decirle que lo había dejado correr, pero si luego de aquello, con su mala fortuna, se encontrara a Triberti y Triberti le contara, él quedaría realmente mal. Cretino y mentiroso. Y también infantil.

—¿Ha encontrado algo? —preguntó la señora Ripamonti detrás de él, parando de escribir un momento para cambiar la hoja en la máquina.

—No, todavía no.

Le faltaba buscar la carpeta de Garrone, pero ¿de qué serviría? Con un hormigueo que le subía desde la nuca por toda la cabeza, tuvo de repente la convicción de que había caído en una trampa mortal que lo esperaba desde siempre al final de una larga fila inocente de pequeñas humillaciones. Así jugaba el destino con los hombres: por bondad de ánimo, por carácter amable, por cristiana indulgencia, por comprensión, por afecto, quizá, y tragando, no por debilidad o indiferencia, sino por un sentido casi de deber con sus semejantes. Sin embargo, ese mismo esfuerzo que diariamente había repetido, ese trabajo paciente de aceptación y sublimación, lo había conducido hasta ahí, a ese martirio de ridículo y vergüenza. Un pobre chorras que hoy, a saber por qué, se había propuesto hacerse el listo. Una tontería que de la nada se había transformado en una condena que llevaría a hombros toda la vida.

Para calmarse, para no alertar a la señora Ripamonti, empezó a pasar las carpetas al azar con las manos temblorosas: Paracchi… Piodi… Pratellini… Ubaldi… Ungaro… Macchia… Marletti… Lucchesi… Landra… Garrone… Gancia… Galimberti…

Sacó (para ganar tiempo, para no echarse atrás) la carpeta de Garrone, la abrió. Dentro había media docena de proyectos amarillentos: un cubo coronado por una pirámide, un templete circular, una complicada construcción con muchos arcos y tres cúpulas, una especie de pagoda… Todos llevaban, arriba a la izquierda, escrito a tinta: «Proyectista arquitecto Lamberto Garrone»; y uno, el de la pagoda, también el sello color violeta de una empresa: «Hnos. Zavattaro. Mármoles, piedra, granitos. Trabajos de edificación y artísticos. Calle Regio Parco, 225».

—Disculpe, ¿qué quiere decir que aparezca el sello de una empresa?

—Ah, bueno, nada —dijo la señora Ripamonti volviéndose en la silla—, que están de acuerdo con un exhumador de tumbas. Pero aparte de eso no hay nada firmado. Sabe, tratan de hacer como un doble juego, las más de las veces: al exhumador le cuentan que tienen ya un cliente, luego vienen aquí y al cliente le enseñan el sello de la empresa y le dicen que pueden obtener un descuento, que tienen la exclusiva, etcétera.

A pasitos cortos, casi de puntillas, Lello se acercó. El destino, quizá, no lo había visto, el ala negra se alejaba de él. La existencia de la empresa Zavattaro reabría todas las posibilidades.

—¿Y también hay mucha concurrencia ahí? —le preguntó con la voz temblorosa, por miedo a una nueva desilusión.

—No lo sé, imagino. A los exhumadores y los marmolistas de la vía Catania y de la calle Regio Parco aquí casi no los vemos, por lo general no tienen necesidad de venir a buscar trabajo. Son los clientes los que van a ellos. Así que también ahí habrá una cola…

—Es decir, ¡se pelean como aquí! —dijo Lello, alterado, triunfante, mirando ávido desde arriba a su informadora.

Ripamonti bajó todavía más las comisuras la boca.

—Es un mundo muy feo… —dijo—, un trabajo feo, con ese tufo a flores, esos jarrones, esas piedras… Yo, incluso cuando solo tengo que pasar con el coche, le aseguro que…

Levantó los ojos hacia Lello e interpretó mal su mirada de intensa gratitud. Se llevó a toda prisa una mano al escote del delantal, pero no antes de que Lello viera, a dos dedos del borde del sujetador, un pequeño trébol de cuatro hojas de oro colgado de la cadenita.

Deshizo el camino por el pasillo casi a la carrera, y le parecía que iba descalzo por la hierba, entre flores e insectos de colores. Quería a todos y todos le parecían simpáticos. Miró la hora. No, era imposible, tenía que volver a su despacho: a la empresa Zavattaro iría mañana. Chutó una piedra imaginaria en ese camino amigo, y se saltó con gracia la enorme raíz de un árbol de cuento. La vida era bella, cargada de infinitas posibilidades. Massimo, su amado Massimo, que lo había llamado muy amable un rato antes, iría a recogerlo a la salida y luego irían a cenar fuera de Turín, quizá a la colina, bajo una pérgola de glicinas o madreselva.

Subió los tres escalones de piedra, abrió con impaciente fragor la puerta de cristal y sintió un vuelco en las entrañas: en el banco, el idéntico viejo sentado en la idéntica postura se metía en la boca el idéntico caramelo verde. Durante un instante de hielo fue como si nada hubiera ocurrido, como si tuviera que repetirlo todo desde el principio. Pero fue un instante. Al pasar, saludó al viejo con un gesto alegre, y luego se volvió para preguntarle de broma:

—¿No se llamará usted Bauchiero?

El viejo, con las mejillas hundidas bajo los pómulos, se limitó a mirarlo con ojos acuosos. Canturreando por lo bajini, Lello salió de la trampa.

7

No, no, por supuesto, ninguna molestia, él no tenía nunca nada que hacer, solo estaba saliendo a tomar un poco el aire, aunque, claro, con el calor que hacía ahora… Y de hecho, se excusaba por haber ido así como iba, en mangas de camisa y con el perro.

La camisola del aparejador Bauchiero era de cuadritos verde y marrón oscuro, y en realidad debía de haber sido, antes de que los puños se deterioraran, una camisa de manga larga. El perro estaba tumbado cerca de la puerta sobre uno de sus lados, con las patas bien estiradas, para absorber todo el frescor que pudiera de las baldosas del suelo.

El comisario Santamaría lo miró a él y a su amo con cierta ternura arqueológica. Así que este debía de ser el antiquísimo «pacífico ciudadano», el modesto, honrado, tranquilo donnadie para cuya defensa existía la policía y que parecía irremisiblemente sepultado bajo capas y capas de cataclismos sociales. Gruesa nuez en el pescuezo, codos blancos y puntiagudos que asomaban de las medias mangas, pantalones de tela sin dobladillo, calcetines de rayas dentro de un par de zapatos viejos agujereados. Y una cara de manso anónimo, de insospechada grisura. Hombres en todo parecidos a este, pensó desganado el comisario, habían linchado a carteristas, violado a madres de familia, llevado al sótano a niños de seis años, masacrado vecinos de casa por una maceta de geranios.

—¿Quiere dejar aquí el sombrero? —dijo el comisario De Palma—. Deme, démelo a mí.

—Gracias.

El sombrero de paja, también marrón, pasó de la rodilla de Bauchiero a la mesa de De Palma.

—Veamos: le hemos hecho venir para comprobar otros particulares sobre la susodicha «rubia».

—¿La han encontrado? —dijo Bauchiero, recolocándose en la silla.

El perro, desde su rincón, levantó cansadamente la cabeza, pero la dejó caer de nuevo con un suspiro.

—No —dijo De Palma—, todavía no. Pero tenemos una primera pista y por eso tenemos que estar absolutamente seguros de algunos detalles de su vestimenta. Por ejemplo: el bolso.

Bauchiero se tomó su tiempo. No parecía el tipo de testigo que, en vez de repensar, se apresura a repetir lo que ya ha dicho.

—Pues… —dijo con ponderación— era uno de esos bolsos grandes con una correa para colgarlos al hombro, un poco como una bolsa de deporte. Pero sin rayas. Naranja o rojo, no sabría decirle.

—¿Con solapa o era de esos abiertos como un balde?

—Con solapa.

—¿Qué había exactamente en la solapa? Usted dijo…

Bauchiero levantó la mano derecha, abriendo los dedos cortos y torcidos.

—Una estrella, la vi bien. La estrella de Italia. Blanca. Pobre estrella, ha acabado fatal, en las bolsas de las… paseadoras.

—Y ¿recuerda cómo era esa estrella? ¿Iba cosida? ¿Estampada? ¿Era de plástico, aplicada?

—De plástico o de metal diría que no, porque no brillaba. Pero tampoco estampada. Debía de ser de tela, cosida en la tela del bolso, porque los bordes estaban un poco rizados. Pero, sabe, yo lo que vi sobre todo fue la silueta, de eso estoy seguro, de lo demás…

—¿Y esa silueta? —dijo zalamero De Palma—, ¿nos la podría dibujar?

Bauchiero reaccionó como si hubiera oído cantar un fragmento de Rigoletto.

—¿Por qué? —preguntó con una risilla en la que había una pizca de compasión.

¿Por quién?, se preguntó Santamaría. ¿Por sí mismo, a quien le pedían cosas estrafalarias, o por la policía, que se las pedía?

—Es muy importante —dijo De Palma con un tono grave y confidencial—. Todavía no podemos decirle por qué, pero le aseguro

que de este detalle depende el desarrollo de la investigación: estamos ante un giro.

El ciudadano Bauchiero respondió rápido a la llamada.

—De acuerdo —dijo—, lo intentaré, pero hace como diez años que no cojo un lápiz. Aparte de que como dibujante…

—Pero ¿se trata de una forma perfectamente geométrica, no? —dijo De Palma, animoso—. Y como usted es aparejador…

—Probemos, probemos.

Bauchiero acercó la silla a una esquina del escritorio y cogió un folio y la pluma que De Palma le ofrecía.

—De todas maneras —dijo haciendo algún garabato de prueba—, tampoco es que la estrella esa fuera una obra maestra.

De Palma guardó silencio.

—En la escuela, en nuestros tiempos, exigían la precisión absoluta, y si te equivocabas la liabas. Pero ahora todo va como va, nadie tiene la paciencia para ponerse a trazar una línea recta. Usted no tendrá una regla, ¿no?

—Eh, no… —dijo De Palma—, puedo darle otra pluma, o espere…, tiene que haber un abrecartas en alguna parte.

—Déjelo, déjelo, lo puedo hacer sin.

Empezó a dibujar con vacilante aplicación, pero se veía que le iba cogiendo el gusto.

—¿Por qué dice que estaba mal hecha? —preguntó De Palma—. ¿Estaba un poco torcida?

—Sí, exacto. No sé, parece que les divierte deformarlo todo, chapucear hasta las cosas más sencillas. De lo contrario, no están contentos. —La pluma subía y bajaba lentamente por el folio—. Las puntas eran cinco, no seis como en la estrella de David, pero más largas, me parece, que las que tiene el escudo.

De Palma abrió un cajón, sacó un folio oficial con membrete del escudo de la República Italiana: —¿No como estas?

Bauchiero miró: —No…, más finas, más alargadas.

Trató de modificar su trazo, decidió borrar los pocos garabatos ya hechos: —Es mejor trabajar en limpio, tenga paciencia.

Trazó, con más seguridad, otra estrella con las puntas alargadas, luego levantó el folio y se alejó con el brazo extendido para estudiar el efecto.

—Más o menos sería así… Solo que…

Se puso de nuevo a dibujar, poniendo maquinalmente el brazo

izquierdo en semicírculo delante del folio con el gesto furtivo de los escolares.

—No era del todo regular... —murmuró absorto—, las puntas no eran todas igual de largas... La de arriba... y también esta...

De Palma se había levantado y se acercó para mirar el dibujo por encima del hombro.

—Usted decía que los bordes estaban rizados por las costuras...

—Ya...

A rápidos toques ligeros, Bauchiero añadió a lo largo del perímetro de la estrella una idea del rizado y de nuevo alejó el dibujo con el brazo extendido. Esa vez, casi inmediatamente, puso una cara de extremo estupor.

—Pero qué estúpidooo —le salió en un suspiro lamentoso—. Mira tú qué...

Con la boca todavía abierta levantó hacia los dos comisarios la misma mirada que su perro.

—¿Y entonces? —dijo De Palma, poniéndole paternalmente una mano en el hombro—. ¿Le sigue pareciendo la estrella de Italia?

—¡No, no!

Le había salido una voz débil, de viejo, e incluso cuando palmeó la mano contra el muslo, el gesto no tenía fuerza.

—¡Anda que contarles a ustedes algo así! Pero ¿qué demonios tengo en la cabeza que no lo vi de inmediato? ¡Menuda ayuda les he prestado!

Estaba tan mortificado que su perro, percibiendo el tono infeliz, se levantó, se sacudió y se acercó a restregarle el hocico por la pierna.

—Con buena voluntad —repetía Bauchiero—, con toda mi buena voluntad, pero hace falta estar ciego, hace falta ser...

De Palma se afanó a animarlo, a encontrar justificaciones, a minimizar la gravedad del error.

—Al contrario, usted nos ha dado una confirmación muy precisa. Hay otra persona que ha hablado de una estrella de mar, pero es un testigo, cómo decirlo, no muy fiable, de quien no podemos fiarnos tanto como de usted.

—No, no, tiene razón esa persona, ¡era precisamente una estrella de mar! Cómo no me di cuenta enseguida, cómo he podido ver...

Sacudía la cabeza, no dejaba de disculparse, de pedir excusas; pero mientras De Palma lo acompañaba a la puerta y lo entregaba junto con el perro a Nicosia, el comisario pensó, irresistiblemente, que también

Bauchiero —camisa aparte, tono quejicoso aparte, otras muchas cosas aparte—, también Bauchiero era turinés y que su gran pesar no estaba tan lejos quizá de los burlones excesos apologéticos de Campi.

—Bueno, bueno, bueno —dijo De Palma volviendo al escritorio como un hambriento que se sienta a la mesa. Se dejó caer en una silla y añadió con un hilo de voz—: Ahora nos toca por fuerza acercarnos al prado ese de las narices…

—¿Una redada?

—Si la rubia se mueve por esa zona…

—Pero a esta hora a saber dónde está.

—Mira, en la ciudad no ha aparecido. Por el detalle del tubo, pensé que trabajaba en los bosques de aquí alrededor y pedí la «estrecha colaboración» de los carabineros de San Mauro, de Chivasso, de Stupingi, de Borgaretto, de None, y de media periferia. Pero ¿qué quieres? Alta y rubia, vale, bolso, vale, pantalón naranja, vale, pero rondando por las afueras habrá unas cinco o seis mil, siendo optimistas. Aquí, por lo menos, restringimos un poco el campo, y aunque ella haya cortado naturalmente la cuerda siempre estarán sus colegas, ¿no?

—Pero ¿cuándo quieres ir?

—Esta noche —dijo sin fuerzas De Palma, levantando el auricular con dos dedos—. Operación Estrella de Mar. ¿Eres de los nuestros?

—La verdad es que esta noche tenía pensado acercarme a Novara —mintió el comisario, que lo había pensado en ese mismo momento.

—Tienes razón —suspiró De Palma—, primero el deber y después el placer.

Sabía de Jole, sin haberla conocido nunca, y de esa «relación» interciudadana solo veía, y las desaprobaba, las complicaciones logísticas, la «esclavitud ferroviaria», como la llamaba él.

Empezó a telefonear. Algo tan grande en tan poco tiempo no se podía organizar, pero con la ayuda de Rappa, de Buenas Costumbres, consiguió juntar a unos quince hombres. Solo que Rappa no conocía bien la zona, y su especialista de la colina, el sargento Macaluso, llevaba cinco días en el hospital por lesiones que se hizo en una manifestación de ferroviarios. Además, podía ser, según Rappa, que la propiedad de la Tabusso no perteneciese al municipio de Turín. Mientras De Palma trataba de aclarar ese punto jurisdiccional, el comisario hizo que Scaglia buscara un mapa militar de la colina y se puso a estudiarlo.

Valles, vaguadas, cañones, quebradas: uno no se daba cuenta, si lo

miraba desde la platea de la ciudad, de cuán intrincado era todo ese verde profundo. Hacía falta un poco de atención para encontrar la finca Le Buone Pere, que estaba entre la viña de la Malabaila, la finca Galaverna y bajo un misterioso Bric del Bottino. Era un mundo —descubrió— lleno de antiguos nombres dialectales que a él le sonaban menos ridículos que exóticos, y según seguía las tortuosas calles y los caminos que los conectaban y se adentraba en la gris orografía de esos innumerables y deformes relieves, se le encendía una fascinación de viajero infantil ante los territorios dibujados en un libro de cuentos. Le parecía ver damas con peluca y soldaditos con tricornio, y se decía que en Novara, en el fondo, no lo esperaban, no había telefoneado todavía, y podía ir perfectamente el sábado, como solía hacer. Y se preguntaba por qué razón había sentido el impulso de ir esa noche. Y lo sabía perfectamente, el porqué, y se dijo imbécil, aunque con indulgencia…

Lopresti vino a comunicarle que finalmente había encontrado, en la calle Verdi, al barbero en el que había estado Garrone el día del crimen (alrededor del cuello de la camisa y en las orejas del cadáver, la Científica había encontrado minúsculos fragmentos del cabello gris); pero el barbero no recordaba nada interesante, salvo que el arquitecto, su cliente habitual, había manifestado la intención de ver la película La sferza en el cine Le Arti. Con la fotografía de la víctima, Lopresti había pasado entonces por la taquilla del cine y la cajera le había confirmado el detalle, especificando que Garrone entró y salió solo. Nada más.

El comisario volvió a ver a De Palma para informarlo de ese último círculo que cerraba —salvo imprevistos— la reconstrucción de las horas finales de Garrone, y De Palma, de nuevo expuesto al peligroso soplo del ventilador, resumió brevemente junto a él: barbero, cine, condesas, galería Vollero, restaurante Maria Vittoria, muerte por rotura de la base del cráneo.

—Y quizá esta noche encontremos incluso a quien se lo hizo.

—¿A qué hora vais a ir?

—A las once.

Explicó que Le Buone Pere, la finca, había pasado solo unos años antes al municipio de Turín; primero había pertenecido al territorio de Moncalieri. Dos carabineros, quizá tres, de ese teniente, eran grandes conocedores de esos lugares y De Palma había conseguido una vez más asegurarse su «estrecha colaboración».

—Entonces, ¿tiras para Novara?

—No —dijo el comisario—, subo también yo.

—Buena elección —dijo De Palma sin extrañarse—, verás qué bonita tarde pasamos en la colina, con bellas damas, aire fresco, cielo estrellado… No te va a faltar de nada.

—¿Has avisado a las Tabusso?

—No, mejor que no, no vaya a ser que salgan afuera a tocarnos las narices, aunque para entrar necesitamos que nos den la llave, eso es verdad. Y por otra parte son ellas las que han pedido la redada, ¿no? Estamos haciendo una buena obra.

8

En una exposición de dibujos hechos por niños locos, que Massimo había visitado por casualidad en Montecarlo una mañana de aburrimiento, ese era precisamente el motivo que aparecía más a menudo: las mismas enormes e inexorables garras, atribuidas a bestias indistintas, pero también a árboles, a figuras humanas, al sol.

La excavadora amarilla retrocedió con un golpe rabioso, levantó de nuevo su cuello articulado y lo dejó caer sobre la acera: los grandes dientes brillantes y curvados se insinuaron bajo el estrato de asfalto tratando de levantarlo. Aparecieron las primeras grietas, algún fragmento marginal se soltó, pero el bocado parecía demasiado tenaz para aquellas mandíbulas de orco; en cambio, tras un chillido histérico del motor, un tramo increíblemente grande de costra gris estalló por debajo y cayó hecho pedazos sobre el suelo de tierra.

Massimo se alejó a lo largo de los veinte metros de acera ya triturados por la máquina, considerando que bastaba para partir a un hombre en dos: por una parte, el resentimiento «civilizado» contra ese estruendo infernal y ese más que probable desperdicio de dinero público; por otra, la fascinación «primitiva» de la destrucción por la destrucción, la horripilante pero cómplice veneración frente a la sacra bestialidad del monstruo. En ese mismo momento, en Dios sabía cuántas otras calles en obras de la ciudad, miles de turineses vivían la esquizofrenia del doctor Jekyll y el señor Hyde, de Caín y Abel, y, naturalmente, no se daban cuenta.

Por lo demás, nadie se daba cuenta nunca de nada, ni siquiera de las cosas más obvias. Sus amigos Maurizio y Joan encontraban monísimo a su niño mongoloide y se lo imponían a todas las visitas; su prima Ninì

vivía en un rico ático en París pintando cuadros de excepcional inanidad y creyéndose víctima de una maquinación internacional de marchantes de arte; el más zorruno de los abogados de su padre, Della Valle, se obstinaba en jugar al golf desde hacía ocho años sin hacer el más mínimo progreso. Todos ciegos, todos ignorantes, atravesaban con la cabeza bien alta y vacía su vida sin espejos.

Cruzó la vía Po, alcanzó los feos pórticos de la comisaría, color grumo de sangre, y luego la compacta hilera de coches aparcados delante de la compacta fachada del Palacio Real. Una imagen doble de ordenado aburrimiento, como si —observó una vez el tío Emanuele— la dinastía de los Saboya, al construir sus plazas geométricas y sus calles repetitivas, hubiera intuido la dinastía de los Agnelli y presagiado, con la típica clarividencia de los pobres de espíritu, la continuidad de las cadenas de montaje de la Fiat: la gran tradición de lo previsible.

Pero apenas te asomabas a la plaza del Duomo comprendías que en aquellos tranquilizadores automatismos no se podía confiar mucho más: el moderno edificio de las Oficinas Técnicas del ayuntamiento, donde Lello habría trabajado de buena gana en vez de en el edificio civil del siglo XVII, ya se veía trillado y sin lustre, el cemento y el ladrillo visto ya delataban la intención de «fundirse» con las piedras grises de la iglesia de enfrente, con las ruinas rojas de las cercanas Torres Palatinas. No extrañaba que hubiera aparecido uno de los más ofensivos edificios públicos de la ciudad, un complacido bubón destinado inevitablemente a proliferar. El viejo estilo, estático, inconsciente, bien encerrado en sus propios límites, que le había parecido tan sofocante al pobre Vittorio Alfieri, presentaba grietas cada vez más anchas. En la Turín de hoy, Alfieri habría sido un saltarín animador de teatros de vanguardia de la periferia, un reconocido y venerado poeta rupturista. Por todas partes, ahora, se sentía esa vitalidad postiza, ese tufo incontenible, licencioso, de adaptación a lo nuevo.

Repentinamente divertido, Massimo se adentró en las mohosas y sepulcrales callejas de la ciudad vieja: él mismo, mientras criticaba a los otros su ceguera, iba deslizándose poquito a poco, como en una casa equivocada, en la añoranza de los bonitos tiempos pasados, la nostalgia del inmovilismo, la celebración sentimental de un orden, de un estilo, que probablemente nunca habían existido de verdad. El espejo de falso estilo renacentista en el polvoriento escaparate de un anticuario le desveló una verdad tan obvia que resultó irresistiblemente cómica: un turinés con sus aburridos pensamientos turineses y que ya tendía a la

excentricidad, a reírse yendo solo por la calle.

Se marchó, feliz, entre las mugrientas tienduchas en las que no había entrado jamás: mercerías, copisterías, peleterías, pollerías, carnicerías y otras cuevas más indistinguibles. De cada portal, de cada decrépito patio, salían oleadas de moho, perros, niños, trompazos y martillazos de los buscadísimos artesanos, cuyo retraso en las entregas era crónico. Todo se reconstruía suavemente a su alrededor: drogueros con sus batas grises, muchachos con el delantal blanco enrollado a la cintura, mujeronas con capazos, monjas susurrantes, beatas flacas, jubilados con medio cigarro, madres que gritaban desde los portales. En cada esquina una gorda prostituta apostada. Esto no era «proletariado», era todavía «pueblecito», y Massimo, regocijándose en su desdoblamiento, se paseaba como por una fiesta de disfraces muy lograda, insensible al humo de los coches y motos, a las juke-box y a los dialectos meridionales que (¡el maestro de ceremonias no podía pensar en todo!) de vez en cuando emborronaban la composición. Y cuando llegó a los portales elegantísimos y decadentes cerca del ayuntamiento y distinguió a Lello, que ya había salido del edificio, discutiendo animadamente con algunos de sus colegas, lo identificó en un destello de cegadora lucidez. No había duda posible: Lello, con su aspecto efébico, su cuello lánguido, sus ojos negros de terciopelo, era nada menos, de la cabeza a los pies, que Monsù Travet.

Querido, pensó, querido. Se sintió confuso, como les debía suceder a los supervivientes cuando veían la bandera del viejo regimiento; se le acercó casi con reverencia. Lello lo vio, se separó del grupo y, a los pies del monumento del Conde Verde (siglos de historia turinesa lo contemplaban), se encontraron. Massimo, que lo habría abrazado, tuvo que limitarse a estrecharle con fuerza el antebrazo.

—Querido —susurró Lello sorprendido por esa insólita efusión. Inclinó también la cabeza a un lado y mirándolo con picardía añadió —: Nos ven.

Cualquiera lo habría visto como un marica del todo normal. Sin embargo, bajo aquellos encantos estaba la sólida, paciente y escrupulosa hormiga burocrática, el heroico cajero de humillaciones, el patético inmortal empleado turinés de medio pelo. Esto —ahora se daba cuenta— era la fascinación que Lello había siempre ejercido en él.

—¿Sabes? —le confió tiernamente Lello mientras se dirigían a su Fiat 500 amarillo—, hoy he pensado cosas feas de ti, sobre ti.

—¿De verdad?

—Sí. He pensado que me desprecias.

—¡Pero si yo te admiro! —gritó Massimo sinceramente, pero sin entrar en detalles—. ¡Eres una criatura extraordinaria!

—¿No es solo porque te gusto?

—¡No, no! ¡Es lo que haces, lo que eres, lo que me gusta!

Lello se puso rojo. Temblaba de alegría.

—Entonces, ¿no me consideras un cretino?

—Yo te considero perfecto —declaró Massimo con solemne convicción—. Un ejemplar de hombre preciosísimo.

Lello le cogió el meñique con los dedos y le acarició el brazo tres o cuatro veces.

—Eres un amor —dijo—, no sé qué haría sin ti. Porque encima —suspiró— mi verdadero defecto es que no tengo confianza en mí mismo, tú lo sabes. Basta un Botta cualquiera para caer en crisis.

—¿Qué te han hecho? —dijo Massimo con los ojos llameantes de desprecio.

Pensar en todos los sapos que su caballero tenía que tragarse todos los días le dolía en el corazón. Si hubiera sido Víctor Manuel II le habría dado la cruz de caballero o la medalla al valor civil. Motu proprio.

—Oh, nada en concreto —dijo Lello separándose de él y metiendo la llave en la cerradura del antirrobo conectado al claxon—. Es la manera de tratarte, ¿no? Esta mañana por poco me lío a tortas con Botta.

—¿Ah, sí?

Lello abrió la puerta con otra llave, entro al coche y se estiró para abrir el seguro de la puerta de Massimo.

—Ni siquiera se les puede echar la culpa —dijo a continuación, metiendo una tercera llave para desbloquear la rueda—. Son pobres de espíritu, con cerebros limitados, mezquinos…

—¿Habéis hablado… de nosotros?

—No, ¿por qué? —se sorprendió Lello. Luego entendió, volvió a cogerle el meñique y se lo besó con delicadeza—. Sobre esa cuestión, en todo caso, siempre han sido muy abiertos de mente, hay que admitirlo. No, hablábamos del crimen… A propósito, ¿has visto a tu comisario? ¿Sabes si han averiguado algo más?

—No. Todavía no tienen ninguna idea.

—Ah, ¿ves?

Con una risilla burlona metió la cuarta llave —la de encendido— en la cerradura y arrancó el motor.

—Porque yo —dijo— resulta que sí que he tenido una idea. Y puesto que era una idea más que válida, esos enseguida me han tratado de gilipollas. Es más: hoy, mientras hacía una pequeña investigación por mi parte, ha habido un momento en que lo he visto chungo…

—¿No estarás metiéndote en algún problema?

—No, no, ¡qué dices! —rio Lello—. Solo me ha dado miedo mi reputación. Son estupideces, lo sé, pero en ese ambiente de allí la reputación lo es todo, ya lo sabes. Sin embargo, por suerte…

El coche arrancó con una serie de violentas sacudidas. Massimo apoyó las manos en el parabrisas.

—¿Y qué era esa investigación? ¿Has descubierto una pista? Si quieres puedo decirle algo a mi comisario, si lo crees conveniente.

—No, es prematuro. Como ya te he dicho, Botta conocía a Garrone, el muerto. Y bueno, a mí se me ha ocurrido la posibilidad… Pero puede ser que me dé contra un muro. Mañana tendría… —Frenó de golpe—. ¡Ah, mira!

—¿Qué?

—¡Allí! ¡Ese viejo!

Massimo miró entre la gente que llenaba las aceras de la vía Garibaldi ante los escaparates rebosantes de objetos estivales.

—¿Qué viejo?

—Nada, me había parecido. Quizá no era él. Un viejo que he visto hoy, cuando he ido al despacho de Triberti siguiendo mis sospechas. Comía caramelos de menta.

—¿Y eso te ha parecido sospechoso?

—No empieces a burlarte, Massimo, por favor —dijo Lello con alarmante seriedad—. Me hace daño, ¿sabes?

—Yo no lo decía…

—Lo sé, lo sé, tú no dices nunca nada que se pueda señalar. No eres como Botta: tú eres inteligentísimo.

Se había producido, arcanamente, un cambio de humor.

—Discúlpame —dijo Massimo circunspecto—. Sinceramente, yo no…

—Vale, vale, seré yo, que soy hipersensible. Estaré acomplejado. Lo siento: tienes que aguantarme como soy.

Cambió drásticamente de segunda a tercera y todos los engranajes del utilitario reaccionaron con un alarido desesperado. Y ahí fue

cuando Massimo cometió un error minúsculo y fatal: cerró, instintivamente, los ojos.

—¡Venga, dilo! —se enfureció Lello de inmediato—. ¡Ten el valor al menos de decirme a la cara que no sé conducir!

—Pero si yo…

El bólido amarillo entró a la plaza del Statuto como a la pista de Indianápolis, fue esquivado de milagro por cinco o seis coches y un tranvía, luego se acercó de golpe a la acera rozando los neumáticos nuevos.

—¿Qué haces?

—Conduce tú, que lo haces tan bien.

Se bajó dando un portazo.

Era el fin del bonito sueño. Massimo, inmóvil en su sitio, le buscó todos los atenuantes posibles: que era joven, que tenía coche desde hacía poco, que estaba nervioso por el calor, por el ingrato trabajo de la oficina, que estaba irritado contra sus superiores y colegas… Todo cierto, pero la consoladora, emocionante ilusión de tener al lado a Mansù Travet se había disipado miserablemente. Culpa mía, pensó con abatido realismo, por mirarlo con los ojos del deseo. Y ahora, para no arruinar del todo la velada, tendría que amansar a aquel pequeño cabrón susceptible y maleducado. Salió del 500 también él, como de un cajón lleno de flores secas.

—¿Por qué me llamas para verme si luego me tratas así? —agredió de inmediato Lello, que temblaba de ganas de discutir—. Para eso mejor que no nos veamos, ¿no te parece?

En esas situaciones, nada lo enfurecía más que el silencio, o, peor aún, el reconciliador cambio de conversación; la única táctica que ofrecía alguna esperanza era la del contraataque afectado.

—Te he llamado —dijo haciendo una proeza de sufrimiento contenido— porque mañana pensaba ir a Monferrato a decidir varias cosas de la casa, y quería preguntarte por tu habitación.

—¿Por mi habitación?

Massimo habría querido morderse la lengua: no se había dado cuenta de que la situación ya estaba en ese punto en el que con cualquier cosa que dijera se equivocaba.

—Es una habitación que da al valle —continuó fútilmente, ahora ya metido en la espiral del lobo y el cordero—. Y tiene un enorme cedro del Líbano justo delante de una de las ventanas. Tiene también una cama con dosel, pero no sé si tú…

—De una plaza, naturalmente —escupió Lello.

—Bueno, sí, quizá. No recuerdo bien.

—Porque de la cama de matrimonio ni hablemos, claro. ¡Habitaciones separadas y cada uno a lo suyo!

—La mía está justo enfrente, en el mismo pasillo —dijo Massimo, escurriéndose impotente hacia el abismo.

Lello le hizo una honda reverencia.

—Gracias, señor mío —gritó—. Humildemente habría preferido dormir en el desván. O mejor aún, en el sótano, como dicen los de mi clase.

—Lello, va.

—Sí, ya. Si no, ¿dónde acaba la libertad? Es más, ¿la privacy? ¡Por Dios, que no le toquen sus nobles prerrogativas, sus bellas reglas del savoir vivre! ¡El invitado es sagrado, y por eso se va a dormir a otra parte! Ven al castillo, Cenicienta, pero acuérdate de que a medianoche te convertirás en una criada, ¡el hijo de la sirvienta! Y ahora, querido Massimo, el hijo de la criada te dice sencillamente esto…

Qué será, se preguntó Massimo con la frialdad de Clausewitz, lo que me impide mandarlo a tomar por saco. Respuesta: la muy terrible escena de reconciliación que tendría que tragarme entonces. Aguantó todavía unos segundos; después, Clausewitz o no Clausewitz, agitó las manos como para secarlas, y dijo: —Ay, mira. —Y se marchó a grandes pasos.

Lo pagó carísimo.

Lello lo persiguió, lo alcanzó con un mugido inarticulado, le tiró de la chaqueta, trató dos veces de besarle las manos, lo llamó Max. Lo obligó a pronunciar en voz bastante alta la frase «te perdono» y a aceptar una celebración, con un mediocre botellín de Pommery helado (invitado por él a toda costa) en un café que tenía mesitas en la plaza, donde se entretuvieron idílicamente hasta las ocho pasadas hablando de los últimos arreglos todavía necesarios para «el chalecito» de Monferrato. La despiadada lógica de la piedad lo indujo entonces a aprobar con soltura la propuesta de Lello de pasar el sábado por la mañana en el Balùn, buscando objetos rústicos y originales; de cenar por la noche en un restaurante de la colina; y de pasear poéticamente con el techo del 500 abierto sintiendo la brisa.

Había mucho tráfico. El cielo era todavía interminablemente claro, pero el río ya tenía oscuros reflejos de peltre, y un poco más allá empezaba desde abajo una franja nocturna que ascendía despacio

erosionando las paredes verdes de la colina. De vez en cuando, en los cristales de las casas más altas, se veían destellos del sol del atardecer. El aire caliente despeinaba los cabellos de Lello, que en cada semáforo se volvía a sonreírle y a acariciarle tímidamente la rodilla. A Massimo, entre sonrisa y sonrisa, le vino a la cabeza la frase de otro genio militar: «Nada excepto una batalla perdida puede ser tan melancólico como una batalla ganada». Pero quién había ganado, esa tarde, o quién había perdido, ni siquiera Wellington habría sabido decirlo. Con el ruido que hacía el 500 sin la capota era como viajar sentado en una máquina de coser.

9

—Viajeros llegados a Roma desde el jecato confirman que en los altercados de los días pasados ha habido numerosas víctimas. Un comunicado oficial, transmitido por la emisora local, afirma que la situación se está normalizando y desmiente las voces según las cuales el jeque habría abandonado el país. El hijo del jeque, entrevistado en Oxford, ha negado haber pedido protección de la policía británica y se ha declarado confiado en…

—Tonto —gruñó la señora Tabusso.

—¿Por qué? —preguntó su hermana—. ¿Qué ha hecho el pobrecito?

—¿Quién? —preguntó la señora Tabusso.

—El hijo del jeque —dijo su hermana, señalando a un joven moreno y afilado, con bigotito, que en la pantalla de la televisión movía los labios sin que se oyese nada.

—¿Y quién lo conoce? —dijo la señora Tabusso levantando los hombros—. No pensaba para nada en él.

—¿Cómo? —gritó la vieja Palmira despertándose de un sobresalto — Ah, es otra vez la política.

La barbilla empezó enseguida a descenderle por el pecho.

La cocina estaba casi a oscuras, un túmulo cubierto de castaños ocultaba la finca Le Buone Pere de los últimos rubores del cielo. Las tres mujeres habían terminado de comer y estaban sentadas, tres siluetas negras, delante del rectángulo lechoso del televisor encaramado en una repisa.

La señora Tabusso salió para que orinara el perro, oliendo el aire a su alrededor con sospecha. El gran parterre de rosas en la esquina de la

casa le regaló una intensa vaharada de perfume y también los macizos de petunias cumplían con su deber; desde más abajo, donde empezaba el gran «prado» con las masas densas de árboles y arbustos, venía en cambio un húmedo olor a sotobosque.

—Va, date prisa, holgazán —dijo la señora Tabusso, en tono de huraño afecto.

El perro obedeció.

En el valle, que se abría como un embudo hacia la ciudad, la larga serpentina de farolas se encendió. El rótulo del Capriccio, en alto, se hizo más azul contra el cielo oscurecido.

En la pantalla del televisor, dos enamorados corrían uno hacia el otro por la orilla del mar mientras una voz aflautada recomendaba una marca de zumos de fruta.

—Venga, vamos a dormir —dijo la señora Tabusso desde la puerta de la cocina. Encendió la luz y se quedó mirando a su hermana con aire perplejo—. Y tú —añadió—, hazme el favor de no andar dando vueltas por la noche, ¿entendido?

En el lado opuesto del valle, pero más bajo y más cerca de la entrada, la fachada dieciochesca de la Vigna La Drularia miraba de reojo, entre inmensos castaños de Indias, la extensión de luces de la ciudad. El señor Campi, sin levantarse, movió un palmo su butaquita blanca de jardín para no ver el rótulo del Capriccio que lo dominaba a la izquierda, pero se encontró de frente con otros tres letreros luminosos, dos rojos y uno verde, más alejados pero no menos desagradables, que contaminaban el terciopelo de la noche por la parte de Turín, a la derecha.

—De día el smog —dijo— y de noche este percal. Desde luego, en cuanto a vistas no se puede pedir más.

Su mujer bebió plácidamente un largo trago de whisky sour.

—¿Sabes que los Monné han decidido vender? —dijo al poco—. Me he encontrado a Elena.

—Ah. Entonces enseguida tendremos ahí otro complejo con pista de tenis y piscina. Menos mal que en ese sitio hay poco que destrozar.

Los cuatro o cinco jardines privados que tiempo atrás habían rodeado y protegido al suyo habían ido desapareciendo uno tras otro. A costa de hayas, cedros y olmos seculares habían surgido las casas del complejo, lujosas e infames, donde las mujeres de los pediatras

cocinaban en exiguas terracitas bistecs a la brasa de carbón.

—Acabaré por vender también yo —suspiró el señor Campi, cuya familia era propietaria de La Drularia desde hacía 128 años.

Desde hacía al menos tres, su mujer presagiaba que ese día llegaría pronto. La servidumbre, por muchos coches que le pusieran a disposición, no aguantaba en la colina, y todos al poco tiempo querían volver a la «comodidad» y al «movimiento» de la ciudad. Era una situación insostenible. Pero con un hombre como su marido convenía mostrarse de una opinión blandamente contraria.

—Estoy de acuerdo, es una verdadera lástima —dijo incluyendo en un vago gesto la fachada color ocre, los castaños, la enorme terraza llena de flores, los caminillos que descendían hacia la verja.

Su marido encendió un cigarro con una cerilla de madera rosa que luego arrojó despreocupado a la grava. A la mañana siguiente, Teresa se agacharía a recogerla con un morro bien largo.

—Sí, es una lástima —admitió el señor Campi desde su nube azul perfumada—. Pero aquí, por ahora, es como vivir en la periferia.

Su mujer dejó pasar unos veinte segundos.

—Además, quién sabe —meditó— si dentro de cinco mil años los arqueólogos no verán ninguna diferencia entre las ruinas de esta casa y las de una casa normal, por ejemplo. Prácticamente será todo igual.

—Santas palabras —dijo sarcástico el señor Campi—. Si los comunistas comprendieran ese sencillo punto de vista, viviríamos todos más tranquilos.

Su mujer, con la mano colgando, recogió un puñadito de grava que dejó caer entre los dedos como un manojo de siglos.

Desde un banco de la orilla del río, entre las brumas inciertas de la humedad que se levantaba, el aparejador Bauchiero miraba las colinas aplanadas de la noche. Tenía de frente el espectáculo de las innúmeras luces, a todas las alturas y de todas las intensidades, y también el agua estaba llena de reflejos de colores de salas de baile, clubs de remo y bolos, restaurantes y heladerías. Pero el aparejador Bauchiero no veía nada de todo eso.

Su perro, después de algún festivo saltito de invitación, se detuvo y se fue por su lado a olisquear las barcas de alquiler, amarradas unas a las otras a lo largo de la orilla, luego a dos enamorados sentados en un banco un poco más allá, luego a uno que caminaba a toda prisa y se

apartó asustado, maldiciendo.

—¡Ven aquí! —ordenó seco el dueño.

El perro volvió a su lado con la cabeza gacha. La escasa corriente de agua rompía contra las barcas con un susurro imperceptible, los botes chocaban entre ellos con golpes y chirridos misteriosos: cerca del agua, como recortado del fragor de la ciudad, se había formado un pequeño remanso de tranquilidad. Y en ese remanso el aparejador reflexionaba sobre su imperdonable error.

También el ingeniero Fontana —tomando el café en casa de los Dosio — pensaba en su imperdonable error de tres minutos antes. No es que no hubiera atenuantes: cuando la conversación había recaído sobre los restaurantes de la colina y sobre sus peligros gastronómicos, él (quién iba a imaginar), de broma, había echado en cara a Vittorio haberlo dejado tirado con los suecos, pocas noches antes, y haber desaparecido a saber dónde. «Se esfumó ya en los entremeses», le soltó (¡maldita lengua!) a Anna Carla. Y por la palidez resentida de ella y el rubor embarazoso de Vittorio, entendió que había metido una pata histórica.

—No, no —estaba diciendo ahora Anna Carla con mortal tolerancia —, no me importa lo más mínimo saber qué fue lo que hiciste. Son asuntos tuyos. Quizá fuiste al cine, como yo. A lo mejor vimos la misma película.

—¡Ah! —dijo de repente Vittorio—. ¿Tú fuiste al cine? No me lo habías dicho.

—No: pero mi coartada no es comprobable. Mientras que la tuya…

—¿Qué coartada? Explícate mejor.

—Te explicaré cuando me hayas explicado tú.

El ingeniero Fontana, que era católico practicante, se preguntó por qué la Iglesia, en su infinita sabiduría, no se había tomado jamás en serio el tormento del metepatas, ni establecido un adecuado mecanismo de expiación y por tanto de alivio. Ese agridulce rifirrafe, que se daba enteramente por culpa suya, lo torturaba más que un pecado mortal.

—Pero volviendo al tema —dijo con hercúlea jovialidad—, hiciste bien en escaquearte. Fue una cena muy pesada.

Vittorio lo fulminó. Es decir: había vuelto a pinchar en hueso.

—Visto que estamos con argumentos «pesados» —Anna Carla le dedicó una sonrisa que era como una caricia de una hermana de la misericordia—, querría pedirle una información un poco particular,

querido Fontana.

El ingeniero Fontana habría revelado los secretos del Pentágono con tal de cambiar de conversación.

—¡Dígame, dígame!

—Usted, una vez, hace unos meses, le estuvo contando a Vittorio lo que me pareció una historieta curiosa…

—Pues seguramente —admitió con reluctancia el ingeniero Fontana, sintiendo de nuevo que no hacía pie.

—Tenía que ver otra vez con los suecos y con cierto objeto… obsceno. En aquel momento no entendí bien, porque usted, cuando vio que yo me acercaba, dejó de hablar. ¿Se acuerda?

—Sí…, si no me equivoco… —esquivó el ingeniero Fontana, tratando de prever qué otras minas se escondían en la conversación.

—¿De qué se trataba exactamente? ¿Era un chiste o no?

—En realidad no. Y no eran suecos, eran holandeses.

—¿Le importaría contarme?

El ingeniero Fontana, azorado pero también aliviado, se envalentonó y le contó.

—Primero va y se lo cuenta a la policía, y luego, por su buena voluntad, nos avisa —dijo ásperamente la Piovano menor—. No me lo habría esperado nunca, de Arlorio, una broma de este tipo. Y eso que le dejé más claro que el agua que no queríamos mezclarnos en eso.

El general bajó diplomáticamente la cabeza dando a entender aprobación, pero también para acercar los labios a su vaso de agua de cebada. No le apetecía encenderse por la indiscreción cometida por el abogado Arlorio contra los intereses de sus amigas. La jornada era asfixiante y ahí, en la terraza de las Piovano, se disfrutaba por fin de un fresco pacificador, era por ese fresco, sobre todo, por lo que había ido.

—Como si además —continuó perorando la Piovano— esa historia de las piedras de Garrone fuera un ¡ábrete, Sésamo! Garrone hablaba solo porque tenía una lengua en la boca, y si yo me dedicara a chivarle a la policía todas las burradas que le he oído decir, aparte de que no me acuerdo, ¡necesitaría una semana!

La terraza, que además era el techo de las antiguas cocheras del edificio, se extendía hacia un patio con enlosado de rombos blancos y negros por un lado, y un jardín de espléndidas plantas floridas al otro. Del patio salían las conversaciones de las porteras que se sentaban allí a

tomar el fresco; del jardín, el dulcísimo encanto del tilo. ¿Por qué ese aroma, se preguntó el general, tenía siempre ese fondo lacerante de paraíso perdido? Pensó en Berlín, donde había estado en misión en el año 1928: ahora, en el lugar de todos aquellos tilos famosos, había carros de combate americanos (¿o rusos?), y Trude, rubia con los ojos grises, habría muerto hacía ya tiempo.

—Así que mañana llega a casa toda la Patrulla Móvil a chercher midi à quatorze heures —dijo la Piovano—, y a sacar a la luz nuestros asuntos. No se lo perdono, a Arlorio. ¡Qué fácil es jugar al ciudadano íntegro a nuestra costa!

¿Grises? No: seguramente celestes. De un celeste no muy alejado del blanco. Los dientes eran un poco anchos, pero regulares y brillantes. La boca un poco grande, quizá.

—Me acuerdo que una vez en Berlín —dijo el general— me encontré con un dilema muy parecido, entre mi deber de soldado y mi deber de caballero... —Se sonrió a sí mismo con indecible ternura—. Era capitán, entonces, y el Estado Mayor me había encargado...

Su memoria vaciló en una repentina oleada del olor del río, que llegó hasta él arrastrada por una brisa: quizá no fue en Berlín, y ella no se llamaba Trude.

También su mirada vaciló en dirección a la colina, que emergía punteada de brillos de la tarde más allá de los tejados de las casas: quizá eran las colinas del Rin y ella se llamaba Laura y sostenía en la mano, riendo, una copa de kalte Ente con fresas flotando... Mitad champán y mitad vino del Rin. ¿O era un tercio de champán y dos tercios de vino del Rin?

El general contemplaba la noche y no recordaba. Su vida —le pareció— siempre había sido así, llena de silenciosos dilemas, de perfumes contradictorios, de irremediables vacíos.

10

El agente Scaglia, que se había comprado a plazos las Memorias de la Segunda Guerra Mundial de Winston Churchill y las leía con provecho, en su fuero interno lo había previsto: como casi todas las «operaciones conjuntas», la Operación Estrella de Mar acabó mal. No fue culpa de nadie, o mejor dicho, todos tuvieron parte de responsabilidad.

Los carabineros de Moncalieri, que conocían el terreno, se olvidaron incluso de la razón por la que habían sido llamados, o sea, que sus aliados de la policía el terreno no lo conocían. Dieron pocas y apresuradas instrucciones a la luz de linternas eléctricas, como si para un hombre casi casi normal fuera imposible confundir, en la oscuridad cerrada, el Bric del Bottino con el Bric de la Macia, o el camino superior Valgelso con el antiguo camino del Polaco. El asedio de la zona, ya problemático en sí por la escasez de asediantes, resultó muy aproximativo. Sin embargo —y esto el agente Scaglia también se lo guardó para él—, los aliados cometieron el error de pasar a la acción sin tener una idea clara de las fuerzas enemigas (unos decían diez, otros, veinte, otros, treinta prostitutas) y el error, todavía más grave, de subestimar la combatividad y los recursos tácticos.

El caso es que, cuando el dispositivo finalmente se puso en marcha, varios hombres estaban en posiciones equivocadas, y a cada toque de silbato o señal luminosa respondieron con trinos dispersos y luego con otros toques de silbato y otras señales luminosas. Incluso las chicas —se constató después— iban equipadas con silbatos y linternas eléctricas, y se sucedió una extraordinaria confusión. Al agente Scaglia, por ejemplo, le ocurrió que detuvo detrás de un arbusto al agente Robilotto, que a su vez se acababa de abalanzar sobre el cabo a pie Squillace, de Moncalieri. Dos policías y un mando declararon heridas, mordiscos en las manos, patadas en las espinillas, laceraciones de zarzas y esguinces por agujeros, zanjas y piedras sobresalientes del suelo. Por otra parte, no todos los hombres apostados en los tres puntos de acceso al valle de Le Buone Pere supieron mantener la sangre fría necesaria y, dejándose distraer por maniobras diversivas de clientes y protectores a la fuga, permitieron que un número indeterminado de putas escapara de la redada. Dentro no quedaron, una vez contadas, más que siete, junto con tres clientes, un chulo y un individuo con propósitos desconocidos.

El agente Scaglia tuvo, por lo demás, la satisfacción de descubrir un cuarto acceso al valle que ni siquiera los carabineros, con toda su prosopopeya de especialistas, conocían. Fue remontando el lecho del viejo torrente al llegar a un determinado lugar con el camino cortado por una espesa vegetación, donde en vez de darse por vencido, se puso a hurgar en aquella maraña impenetrable, sin preocuparse de los arañazos en las manos. Y más allá, a la luz de la linterna, apareció un pasadizo de ladrillos tapizados de musgo, la arcada de un puentecillo a través del cual el cauce del antiguo torrente ascendía empinado hacia

lo alto. Por ahí muchas de las mujeres se habían escabullido, como demostraba un zapato violeta que el agente Scaglia encontró entre las hojas podridas con olor a hongo. A saltos un poco temerarios descendió para llevar a sus superiores ese trofeo y la noticia del pasadizo secreto. Pero su sensación de triunfo fue de corta duración: más hacia el valle, en un punto donde se alargaba como una pequeña rotonda y donde parecía, por muchos indicios, que se desarrollaba la mayor parte del meretricio, el cabo a pie Squillace había entretanto encontrado, escondido tras una piedra bajo el agua, un hatillo de plástico transparente (un impermeable) que contenía un par de pantalones color naranja y una bolsa de tela grande, también naranja, con una estrella de mar blanca cosida encima.

11

—No esperaba tanto —dijo De Palma—, no esperaba tanto.

Pero el tono, quizá por el cansancio, era poco convincente. Un poco más allá, los interrogatorios continuaban con la resignada diligencia de las tardías horas de la noche. De las siete prostitutas detenidas en Le Buone Pere, una resultó ser menor, otra estaba buscada desde hacía seis meses por altercados y heridas, una tercera estaba entre los infractores de la orden de expulsión forzosa; pero ninguna de ellas se correspondía con la descripción de Bauchiero. Rubias había dos; pero una era pequeña, delgadita, con una carita anodina, y el impermeable le habría llegado a los tobillos; la otra, más pechugona, maldecía y juraba poder demostrar que la tarde del crimen había ido a Bra con tres clientes. Las otras cuatro también habían esgrimido sus coartadas como quien saca las garras.

Quedaban todas esas cosas que comprobar, la posible aparición de huellas en el impermeable o en la bolsa (que estaba vacía), el origen de las prendas y de la bolsa misma que había que seguir. Pero la impresión —y eso, más que el cansancio, excavaba surcos en el rostro de De Palma— era la de estar otra vez en el punto de partida.

Rappa y Scaglia entraron, este último con tres Chinotti ya servidos en vasos de papel. De Palma miró la hora.

—Dentro de nada tendréis que traernos el capuchino —dijo ronco. Faltaba menos de media hora para las cuatro de la madrugada.

Bebieron en silencio, encendieron en silencio los cigarrillos.

—¿Tú qué dices?

Rappa, que en su vida había interrogado a miles de prostitutas, almacenando como un cerebro electrónico todo su repertorio gestual y vocal, soltó un monosílabo deprimente:

—¡Bah!

Podría ser que las siete detenidas, añadió, de la rubia con el impermeable no supieran efectivamente nada, que no la hubieran visto ni conocido jamás. Pero podía ocurrir también que supieran incluso demasiado para su gusto: y en ese caso nadie conseguiría hacerlas hablar. En cuanto a la coartada de la que había estado en Bra, le había parecido inventada; lo cual no quería decir nada.

—¿Llamamos otra vez a Bauchiero? —dijo el comisario.

—¿Para una identificación? —dijo De Palma pasándose una mano por la cara—. Sí, podemos hacerlo. Pero no ahora, pobre hombre. De todas formas, estas seguirán detenidas hasta mañana.

—Y luego está la hermana de la señora Tabusso.

—Ya. Podemos hacer que las vea también ella, efectivamente.

No se lo creía. No esperaba ningún reconocimiento resolutivo, ningún indicio seguro. A esa hora, después de un día así, lo más difícil de todo era mantener en pie el optimismo.

—Al menos —dijo Santamaría—, ahora sabemos que la rubia existe de verdad.

—Y que probablemente es prostituta. Bien. Y que probablemente está implicada en el crimen. Vale. Y que, por tanto, probablemente, Garrone ha sido eliminado por algún asunto turbio. Muy bien. ¿Y?

Nadie dijo nada durante un rato.

—Si es alguien de fuera —empezó Rappa como quien cuenta por vigésima vez las últimas novedades—, si había llegado hacía poco, ¿cómo conocía tan bien la colina? No puede ser.

—Pero puede que sea una turinesa emigrada a Suiza, o que haya trabajado aquí hace cinco o diez años… Puede que tuviera una vieja cuenta pendiente con Garrone. Todo puede ser, ese es el problema.

Estaba decepcionado, De Palma. O quizá, el inesperado descubrimiento de la ropa y de la bolsa le estaba dando la sensación de haber perdido por un pelo la ocasión de resolver esa misma noche el caso.

—Digo yo, ¿el impermeable y lo demás por qué no los tiró al Po? ¿Por qué demonios volvió aquí arriba después de matarlo? —dijo Rappa—. Eso es lo que me pregunto.

—Por supuesto que no fue por trabajo. Había alguien que la esperaba, o subieron hasta aquí los dos juntos después de lo acontecido. Si era su zona de siempre, es normal.

Rappa asintió.

—Solo las monjas de clausura son tan rutinarias. Pero, de todas formas, ¿qué vino a hacer aquí?

—¡Qué sé yo! —gritó De Palma—. ¡A enterrar la caja del tesoro!

—Siempre nos queda el Capriccio. Lo hemos cerrado ya dos o tres veces. Mañana me paso a echar un vistazo, quizá tenía su campamento allí.

Mañana, mañana… Para los tres el día estaba exprimido, no se le podía pedir más. Cayó en un silencio que quería parecer concentrado aún, pero era ya una liquidación.

—Necesitamos una idea —dijo De Palma.

Dejaron de buscarla, luego De Palma se estremeció, se abrochó la camisa hasta el último botón, con un escalofrío, y se colocó la corbata.

—Hace fresquito, ¿eh?

Se levantó, fue a coger la chaqueta que había soltado en una silla en el rincón, se la puso.

—Lo siento por ti —dijo a Santamaría—. Mejor habrías hecho yendo a Novara. Mira qué desastrado estás.

El comisario bajó los ojos para mirarse los zapatos y el dobladillo de los pantalones, en parte blanquecinos de polvo, en parte manchados de la tierra mojada.

—Paciencia —dijo.

¿Cómo iba a confesar a De Palma que pese a todo estaba contento?

12

En plena madrugada, con los pies apoyados en la barandilla de hierro del balcón, el americanista Bonetto contemplaba serenamente la idea del suicidio. Detrás de la butaca que había arrastrado hasta allí, la puerta abierta de su habitación, la mesa con la lámpara encendida, la máquina de escribir Remington y la papelera rebosante de hojas hechas una bola con furia.

¿Esto era el mundo? ¿Esto era la vida? Okey. Okey. No quedaba más que aceptar las lógicas consecuencias. Se iría sin tanta ceremonia, como hicieron Hart Crane, Hemingway, Pavese. Fuera, basta, se acabó

la historia. Su madre, cierto, sufriría; y también la tía Natalina, que lo había amadrinado en el bautizo. Pero las consideraciones afectivas no le importaban ahora: ahora había cruzado ya el point of no return.

Con ojos impasibles siguió un automóvil solitario que circulaba a velocidad lacerante por la avenida Reina Margarita, cinco pisos más abajo, para perderse a lo lejos, hacia el río y las colinas dominadas por la basílica de Superga. Desde un cruce lejano, donde pequeñas siluetas negras ocultaban las ruedas del tranvía, llegaban a instantes los destellos espectrales de la llama oxhídrica.

Pocos amigos de verdad lo llorarían durante algún tiempo: John, de El Paso, Henry, de Berkeley, Mario, de Trofarello. Y dos o tres chicas pensarían en él con sumaria consternación. En cuanto al resto, los típicos conmemorativos profesionales hablarían de «grave luto para nuestra cultura», de «irreparable pérdida», de «lúcida y cristalina inteligencia», de «rara por no decir única capacidad de penetración y al tiempo llena de comprensión crítica del texto». Etcétera, etcétera.

El americanista Bonetto esbozó una leve sonrisa desencantada.

Qué le importaban todos esos pobres elogios póstumos, esas exageraciones celebrativas, el vacío (¡oh, pero tan pequeño, por Dios!) que dejaría en el mundo cultural italiano. Sí, de acuerdo, todavía podía haber hecho su humilde contribución, dos o tres cositas no del todo inútiles aún habría podido garrapatear. Pero sus valores, después de esa mañana, habían cambiado del todo: dentro de él había descendido la paz radical y solemne de la noche.

Escrutó sin temor los negros abismos imperturbados del espacio en la cósmica fraternidad de los astros. Pero el cielo debía de haberse cubierto, porque no se veía ni una estrella; y soplaba, notó, un airecillo a tener en cuenta. Las rojas agujas de luces de las torres-antena brillaban nítidas en la colina del Eremo, y más allá, en la cima del Colle della Maddalena, el faro de la Vittoria rotaba perenne sobre sí mismo. De ese cruce destelló un relámpago azul, altísimo y silencioso.

El americanista Bonetto se levantó. En el momento de la despedida se sentía en comunión con los más mínimos detalles del universo. Incluso con las plantas, nunca florecidas, que su madre se empeñaba en tener en el balcón en una veintena de malditas macetas. Incluso, pensó con resuelta indulgencia, incluso con esa entidad ínfima, con ese átomo insignificante, aunque también necesario para el todo, que era su colega Marpioli.

Rio para él, recordando con estupor que, por la mañana, y luego

toda la tarde y la noche, hasta noche cerrada, casi se había vuelto loco —absurdamente— buscando una respuesta adecuada a... ¿a qué?

Ya no se acordaba. La superación había sido completa, no había dejado en él ni restos ni cicatrices. Marpioli era un puntito al otro extremo del telescopio, absolutamente inocuo, absolutamente impotente. Su rencor de insecto, su rabia de serpiente, ya no lo rozaban siquiera, aunque sí le daban una enorme pena.

El americanista Bonetto se estremeció. Alguno, pensó con lúcida y cristalina inteligencia, alguno...

Golpeó con el puño la barandilla, se precipitó al escritorio y metió otra hoja en la Remington. La última palabra aún no había sido dicha.

VII

Una hora antes de que sonara el despertador (viernes)

1

Una hora antes de que sonara el despertador, un dolor insoportable le atravesó el gemelo derecho. Lello se incorporó de un salto en la cama y se masajeó desesperadamente la parte rígida, jadeando, con la frente cubierta de sudor frío. El tiempo, durante la noche, debía de haber cambiado, y él, que en los meses cálidos dormía con la ventana abierta y en calzoncillos, ahora se encontraba con los músculos agarrotados, rígidos como cuero mojado. Poco a poco el dolor se atenuó, pero Lello se quedó sentado, con la boca llena de saliva, todavía agitado, asustado. Por entre las lamas de la persiana entraba una luz de ejecución.

Posó el pie en la alfombrita de paja trenzada, se levantó con cautela y se dirigió al baño arrastrando la pierna izquierda. Necesitaba agua de Colonia. Se sentó en el taburete, se echó en la palma de la mano una buena dosis de Arden for Men y empezó a pasar y repasar la mano por la pantorrilla con lenta meticulosidad, de abajo arriba, como había visto hacer a los masajistas deportivos.

Pero esa actividad vagamente atlética, el propio minislip francés, color ladrillo, no aliviaron lo suficiente la sensación de opresión que le crecía dentro. De pronto, vio la situación tal y como era: nunca habría una mano de madre, de hermana, de un verdadero amigo, para socorrerlo en caso de necesidad. Un ataque cardiaco, una peritonitis, una simple caída en la ducha, y al día siguiente ¿quién lo encontraría muerto? La señora de Apulia que venía media hora al día para la limpieza y que le robaba el queso. No podía contar con nadie, estaba abandonado a sí mismo, solo como un perro. La mano frenó el ritmo y

se paró inerte en la rodilla. Lello volvió a estremecerse.

Ahora me haré un buen café, pensó enérgicamente, luego me visto y bajo a comprar la fruta al mercado de aquí al lado.

Se levantó, se puso el albornoz estilo japonés y fue hacia la cocinita. El frigorífico, recordó, estaba lleno de cerezas medio mohosas, y la sucesión de gestos necesarios para preparar el café le pareció de una desolación imposible. Se sentó frente a la ventana, miró el cielo nublado, lívido como en marzo. Quizá hoy haría bien en ponerse la chaqueta verde de tweed, o el traje de seda beis. Pero tampoco pensar en la ropa lo animó, no hallaba alegría en ninguna parte. Intentó silbar, paró enseguida.

¿Qué le pasaba? Todo estaba bien, ¿no?

Con Massimo había hecho ya las paces. Se habían despedido pronto y Massimo no lo había invitado a subir a su casa, pero eso no significaba nada, estaba cansado y hoy tenía que ir a Monferrato para las obras en el chalet. ¿Era entonces la oficina lo que lo deprimía así? ¿El trabajo? No, no particularmente; se trataba de aguantar todavía unas semanas, hasta vacaciones. ¿Tenía que ver con Botta y sus aires de padre eterno? Reflexionó, sin interés, en Triberti, en el viejo que comía caramelos, en la empresa de los Hnos. Zavattaro. Iría en el descanso de mediodía, como había quedado ayer, y luego se verían. Siempre estaba el riesgo de meter la pata definitivamente, pero no podía ser eso lo que le daba esa sensación de tener en el lugar de cada célula un balín de plomo.

¿Estoy enfermo?, se interrogó. ¿Será el primer síntoma de un mal que no perdona?

Apartó rápido esas fantasías de hipocondríaco, pero la pesadez, el cansancio generalizado se quedaron. Quizá solo había dormido mal, le pasaba a cualquiera. O quizá había comido algo indigesto en el restaurante de la colina.

Se palpó el estómago, el hígado: nada.

Volvió al baño y diluyó un comprimido de Alka-Seltzer en un vaso de agua, que después se tragó con una mueca. Todo era amargo y hostil esa mañana. Vio el peine, se peinó con fútil minuciosidad: su cara no le gustaba, le pareció fea, vulgar.

¿Qué hago yo en este mundo?, se preguntó.

Pero la suya no era ni de lejos una angustia digna de ese nombre, nadie habría podido escribir un libro sobre ella, ni rodar una película.

Se volvió a la cama, seguro de que no volvería a dormirse. Se sentía

como el tronco de un árbol tirado en la playa, arrastrado por una ola, devuelto a la orilla, arrastrado otra vez, con una monótona e indiferente oscilación que nadie podía parar. Sin embargo, tenía a Massimo. Era Massimo su puerto firme. Entonces, ¿por qué lo sentía tan lejano?

Cuando se despertó de nuevo, con la boca amarga y ya tarde para llegar a la oficina, había soñado que Massimo telefoneaba aposta, desde Monferrato, para decirle a Botta que no le contara nada; pero Botta se lo contaba de todos modos, porque el muchacho era un sobrino del alcalde y en el ayuntamiento ya lo sabían todos, y en breve harían los comunicados; luego, además, Fogliato y Ripamonti querían que en la colecta para el regalo participase él también: «Eráis buenos amigos, ¿no? Entonces qué quieres, Riviera, con un niño en camino, tenían que regularizar la situación por fuerza».

Pensó en ello con amargura mientras se afeitaba a toda prisa, y luego de nuevo mientras bajaba las escaleras. Un sueño estúpido. Un fantaseo aún más estúpido, se enfureció consigo mismo, mientras se defendía con el 500 entre el tráfico rabioso de las nueve menos cuarto. Pero no podía más que insistir. Porque en el fondo, pese a todo y a todos, era cierto. Todo sería distinto, entre ellos, si pudieran tener un niño.

2

Una persona animada y muy alegre, monseñor Passalacqua.

Había acogido a su exalumno con un abrazo cariñoso, absolviéndolo ipso facto del pecado de no haber aparecido más por las lecciones de sánscrito: ¿de qué habría servido otro especialista más? Estrechó largamente, con respetuosa efusión, la mano del «señor comisario». Y una vez invitados a pasar los huéspedes al estudio, donde libros y manuscritos se amontonaban incluso en el alféizar de las ventanas, se excusó con alegría por aquel desorden; se había entregado a la vanidad de compilar sus memorias misioneras, explicó riendo y frotándose las manos en broma.

Pero cuando vio las fotografías se ensombreció de golpe. Y ahora estaba ceñudo, en un rincón del estudio, consultando un desencuadernado volumen que sacó de una estantería.

Volvió al escritorio sin mirar ni al comisario ni a Massimo. Tosió con esfuerzo. Apartó las fotografías con un gesto de repugnancia

extrema, y para mayor precaución las tapó con una carpeta.

—Se trata de un itífalo —anunció.

Parecía que la palabra lo tranquilizaba, porque la repitió.

—Sí, un itífalo. Exactamente. Y —prosiguió más seguro, como quien se encuentra en terreno seco después de resbalar por un pantano— como seguramente ustedes sabrán, un itífalo es la imagen, esculpida y pintada, del miembro viril erecto. Ithìs significa «erecto» —explicó levantando el dedo—, y phallòs: «miembro viril». Pero, atención, ¡miembro viril como símbolo religioso de divinidad! Ahora bien…

Se sonó la nariz, se sentó, continuó.

—Ahora bien, el símbolo en cuestión aparece en todas, podría decirse, las religiones antiquísimas; y todavía es utilizado en muchos pueblos primitivos de Indonesia a Oceanía, del África negra a la América centro-meridional. Pero por… —pareció dudar un instante— para el caso que nos concierne, podemos limitarnos a la época antigua y a la cuenca del Mediterráneo: donde el culto fálico, desde los orígenes más lejanos, está estrechamente asociado a la veneración de los árboles del látex, en particular de la higuera (ficus religiosa). Tanto que, dense cuenta, aún en época clásica, el material en el que se esculpían los falos y los Príapo no es la piedra, sino la madera; preferentemente, la madera de higuera. ¿Recuerdan a Horacio? Olim truncus eram ficulnus, inutile lignum…

Hizo una pausa para reunir las ideas, y sacudió la cabeza como para alejar algún pensamiento fastidioso.

—En otras palabras —precisó—, fecundidad animal y fertilidad del suelo se sienten y simbolizan en el falo mediterráneo como aspectos de una misma virtud cósmica, creadora, generadora en términos generales. Y es ese el sentido, humano y religioso al mismo tiempo, de las famosas faloforías y falogogias, que pasaron de Grecia a Roma con el culto a Baco, pero originariamente ligadas a los misterios de la egipcia Isis: la diosa «que recuperó del Nilo el impúdico falo», como dice Parini.

Sonrió afable.

—Qué es lo impúdico que encontró, solo Dios lo sabe. Podrían discutirse, en todo caso, ciertas aplicaciones concretas que el itífalo encuentra rápidamente en la superstición popular: bajo forma de fascinum contra el mal de ojo, o de Príapo de los jardines y huertos. Aunque…, ¡Dios mío!, ya no contra el mal de ojo, sino contra las enfermedades y las desgracias en general, por lo que se colgaba del cuello de los niños un pequeño falo de marfil, de coral o de vidrio. El

fascinum representaba, para las almas sencillas, algo muy similar a la medallita de la Virgen. Y tampoco nos escandalizamos por eso. A no ser que —añadió mirando con expresión indefinida el retrato de Pablo VI colgado en la pared—, a no ser que no sea exactamente la medallita de la Virgen lo que nos molesta. Y en ese caso…

Calló y levantó los ojos del retrato al crucifijo que estaba por encima. Después se quedó un momento mirándose las manos.

—Pero volviendo al tema —retomó con tranquilidad—, es precisamente a Príapo… ¿Quién es Príapus? Ahí lo tenemos.

Abrió de nuevo el volumen que había cogido de la estantería y lo hojeó hasta la página ilustrada, donde puso una marca. Luego lo hojeó una vez más y lo ofreció, abierto en otra ilustración, al comisario y a Massimo.

—¿Lo ven? La imagen no se ve muy clara, quizá; y, por otra parte, se trata de una reconstrucción coyuntural y no de una reproducción verdadera, puesto que ninguna imagen completa del dios Príapo ha llegado hasta nuestros días. Pero en conjunto, miren bien y díganme si la función de esta divinidad subalterna, familiar, humildísima, no salta de inmediato a los ojos.

En nada inhibido por el silencio de los otros dos, insistió animoso:

—Fíjense en la expresión grotesca del rostro y las faldas del grueso mantón que mantiene abierto como las alas de un murciélago. Miren el haz de cañas que lleva en la cabeza. Observen el bastón que parece enarbolar amenazante, en alto, en la mano derecha, y consideren sin prejuicios el enorme pene que se yergue no menos amenazante desde la ingle hirsuta. Tengan en cuenta, finalmente, el hecho de que este tipo de imágenes se colocaban en los jardines, en los huertos, en los campos, y díganme ustedes: ¿qué era un Príapo en realidad?

Entendió, por sus sonrisas, que sus interlocutores ya habían adivinado, e irrumpió felizmente sin darles tiempo a responder:

—¡Exacto!… ¡Un espantapájaros! ¡Un espantajo para asustar a los pájaros! Y por tanto —continuó más grave—, por tanto, sí, en cierto sentido, una degradación respecto a la riqueza cósmica del símbolo original. Pero también un explícito retorno a las raíces agrarias del culto. No por casualidad he citado hace un momento la octava sátira de Horacio, donde el mismo Príapo es quien nos recuerda que sus representaciones se hacían habitualmente en madera de higuera: Truncus eram ficulnus! ¡Era un tronco de higuera!

Se frotó satisfecho las manos.

—Y ahora —dijo—, miren la otra ilustración. Donde he puesto la marca. Eso, justo ahí. ¿Qué piensan ustedes?

Observó complacido la reacción del comisario y de Massimo, que levantaron al mismo tiempo, de golpe, la cabeza, pero no esperó que dijeran lo que pensaban.

—Se trata —explicó— del famosísimo «falo cementerial de Gubbio»: llamado así por el lugar donde apareció, pero conservado, como pueden ver —indicó en el libro—, en el Kunsthistorisches Museum de Viena. Oh —advirtió levantando una mano—, se dijo enseguida que el origen gubbiano del hallazgo es del todo irrelevante en sí mismo, y que es absurdo querer hallar en este falo del primer, quizá del segundo siglo después de Cristo, los elementos de una religiosidad específicamente osco-umbra y mucho menos picena. ¡El culto del Picus no tiene nada que ver! Sin embargo, sí tiene que ver, y mucho, el hecho de que el objeto sea de piedra; haya sido encontrado en un cementerio; y que, en definitiva, como se ve por la evidente línea de ruptura, no se trate de un falo en sí mismo, del tipo fascinum, sino del fragmento de un simulacro más complejo. En otras palabras, no hay la menor duda de que esos genitales que ahora están en el Kunsthistorisches pertenecen a…

Se detuvo percibiendo la mirada del comisario, que del catálogo del Kunsthistorisches no dejaba de pasar a las fotografías de la Científica, medio ocultas en su carpeta.

—Hay diferencia —dijo sibilino—, señor comisario. Y por eso dudo en las afirmaciones. En cuanto a…

Acercó las fotografías, pero sin descubrirlas. Reflexionó un largo momento.

—El caso es que por lo general —dijo por fin— los símbolos fálicos arcaicos son efectivamente estilizados; así como también, sin excepciones, los que se utilizaban en los pueblos primitivos. Por lo que la cuestión de una posible relación con… con el objeto a examen… no se contempla siquiera. En cambio, en el caso del falo de Gubbio, que es, como ya he dicho, del primer o segundo siglo de nuestra era, las cosas parecerían diferentes. No hay resto alguno de arcaísmo, en el falo de Gubbio, y el realismo de la representación es innegable. De ahí, por tanto —alargó los brazos—, su gran fama. De ahí el vicio de reproducirlo torcido y atravesado en publicaciones etnográficas de dudosa necesidad, en enciclopedias pseudocientíficas, y hasta en las más burdas publicaciones periódicas. Pero nosotros, señor comisario,

¡no nos dejemos engañar por las apariencias! Considerémoslo, el hallazgo gubbiano, justo en su brutal naturalismo. Y recordemos que formaba parte, como estaba explicando, de un Príapo de piedra colocado de guardia en un cementerio.

Se levantó y, ante la mirada alarmada del comisario, fue a coger otro libro.

Leyó:

CUSTOS SEPULCRI, PENE DESTRICTO DEUS
PRIAPUS EGO SUM. MORTIS ET VITAE LOCUS.

Y tradujo con entusiasmo: «Custodio de este sepulcro, el dios Príapo soy. Soy el dios del pene despreocupado: el lugar es de la muerte, y de la vida».

—Quien habla no es el Príapo gubbiano —aclaró—, sino otro, que custodiaba un columbario en los alrededores de la vía Apia, y del cual solo queda la base con la inscripción votiva. El simbolismo es en cualquier caso idéntico, como idéntica es la substancia: ya no la madera, ya no el ficus emblema de la fertilidad, sino el material funerario por excelencia: ¡la piedra! Ustedes me dirán sin lugar a dudas —continuó, interpretando a su manera la repentina arruga de perplejidad entre las cejas del comisario— que ese traspaso de un culto vegetal a un culto funerario, esa transformación, por así decirlo, de madera a piedra, no tiene nada de particular. ¡Perfectamente de acuerdo! No seré yo quien niegue las frecuentísimas interferencias entre los dos sectores cultuales, y los grandes equívocos en los que caerá quien las ignore o trate de ignorarlas.

Indicó, con gesto deprecativo, la estantería de la esquina de la que había cogido el libro.

—¡Cuántas discusiones ociosas —exclamó—, cuántas investigaciones laboriosísimas e inútiles no se hicieron, por ejemplo, por el carácter agrario o funerario de Odín! ¡Sobre Yggdrasil en cuanto árbol o en cuanto piedra! ¡Sobre la relación de los misterios de Osiris en el ritual fecundante o en el fúnebre! Sin darse cuenta de que, en ese tipo de misterios, los frutos de la tierra terminan siempre por convertirse en las oscuras y duras piedras en las que el Árbol de la Vida hunde sus raíces, ¡excavando para renovarse!

Agitó, recuperando el aliento, el libro que tenía en la mano hacia el que estaba abierto en las rodillas del comisario.

—Pero en nuestro caso hay algo más. Para ver el falo de Gubbio en

su verdadero ser, para comprender el ansia de renovación que este representa, hemos de tener en cuenta el particular clima religioso en el que el simbolismo priápico renace de su forma lítica, cementerial. ¿Y qué es lo que caracteriza este clima, que luego será aquello en lo que nace y se difunde el propio cristianismo? Permítanme citar, a propósito, el comentario de Fayet a la inscripción que acabamos de leer: «A principios de la época imperial, la mitología tradicional tendía a convertirse en simple patrimonio estético de una élite. Pero sus imágenes feas seguían siendo el tesoro de los humildes, cargadas de fe más que de comprensión, venerables por la oscuridad misma de su simbolismo. Y helas aquí ahora, estas imágenes, que retoman vigor en las religiones de la salvación. Helas ahí reafirmándose con un nuevo sentido de lo divino, de lo sacro, y ubicarse alrededor de los mitos de la Resurrección para confortar la gran esperanza escatológica que se va perfilando. Se nos explican pues como un ansia de regeneración, un deseo apremiante de pureza, transpiran con claridad precisamente de los símbolos más brutalmente naturistas de la religiosidad popular de esta época». —Cerró con un golpe seco el Fayet—. ¿Comprenden? Eso es lo que es el símbolo que tienen ante los ojos. Eso es lo que transmite desde cada golpe del humilde y antiguo escalpelo que lo ha tallado. Y ahora —gritó casi— lo comparan con esa abominación. ¡Con ese horror sin nombre! —Aferró de debajo de la carpeta las fotografías del falo de vía Mazzini, y agachándose al lado del comisario las acercó a la del hallazgo de Gubbio—. Sí, es cierto —dijo señalando con un índice que temblaba de indignación—, a primera vista podrían parecer iguales… Y yo no estoy en disposición de decirle, señor comisario, a qué puede deberse ese parecido externo. ¿Coincidencia? ¿Copia dieciochesca de tema libertino? No lo sé y no quiero saberlo. Pero una cosa puedo descartar del modo más absoluto, y es que los dos objetos pertenezcan a un mismo mundo y a una misma época. De hecho —añadió después de una pausa—, diría aún más: diría que el mundo, la época, el ambiente del que ha podido salir esta insólita inmundicia no se parece a nada de lo que conocemos hasta ahora. —Se volvió despacio, con una última y reluctante mirada al falo de Garrone—. Un tizón del infierno —murmuró con voz apagada—. No hay otra definición posible.

—Lo siento —dijo Massimo por la escalera—. Una visita instructiva,

pero no se puede decir que nos haya llevado muy lejos.

—No sé —dijo el comisario—. Por una parte, no. Por otra, incluso demasiado.

—¿Cómo...? Ah, sí. Todos esos ritos. El lugar de la vida y de la muerte. El mundo desconocido del que proviene el arma del crimen. Podría pensarse incluso en una nueva secta, ansiosa de pureza como la antigua, pero renacida con el preciso objetivo de eliminar ritualmente a Garrone. La diferencia entre los dos itífalos se explicaría perfectamente, en ese caso. Y la carta de Anna Carla se convertiría en una pista capital, más que una coincidencia.

—No pensaba en eso —dijo con sinceridad el comisario mientras se dirigían hacia el café más cercano para llamar por teléfono—. Pensaba en esas extraordinarias explicaciones sobre la importancia de la piedra. Porque también ahí, usted no lo sabe, la coincidencia es demencial.

—¿Qué es lo que no sé?

—Que Garrone se ocupaba de piedras, aquella noche. O al menos, así le dijo a un tipo que después nos lo ha contado.

3

Fue un gesto de la señorita Fogliato el que decidió todo, en pocos segundos. Desde hacía una hora Lello estaba trabajando en las estadísticas de la asesoría de viabilidad, concentrado y a la vez en un estado cercano a la abulia. No tenía sueño, no estaba cansado; un café, dos cafés no habrían cambiado nada. Su mirada iba y venía adelante y atrás por una tabla de porcentajes, de un informe a un producto, con el empeño asiduo e incomprensible de una hormiga. No recordaba nada más, no pensaba en nada más. Desde por la mañana, desde que el calambre lo había despertado y aquel estúpido sueño había acabado por amargarle el humor, vivía como debajo de una campana de vidrio opaco; y así continuaría seguramente hasta la pausa de mediodía, incluso hasta la noche.

Pero a las diez, la puerta de la oficina se abrió (Lello no levantó la cabeza), alguien dio unos pasos adelante (Lello no levantó la cabeza) y se paró sin decir ni una palabra. Lello levantó la cabeza y vio al ujier Aghemo que sopesaba vacilante un montón de carpetas y a la señorita Fogliato que le hacía un gesto de entregárselos a ella: tenía el codo levantado por encima del hombro, abanicándose hacia el pecho con

una mano rechoncha e inerte. Lello lo reconoció de inmediato por lo que era: un gesto de silenciosa y soberbia apropiación. E inmediatamente se dio cuenta de que era viernes, el día en que los documentos revisados se devolvían al edificio de las Oficinas Técnicas, y que Fogliato tenía la intención de adjudicarse el encargo; que, de hecho, consideraba ya suyo. Entre ir y venir, no se tardaba más de media hora, pero por una vieja costumbre, el que los viernes llevaba los documentos a la plaza San Giovanni salía sobre las once y no volvía a la oficina hasta después de la pausa de mediodía. Una hora larga de libertad que podía ser útil para hacer recados personales o sencillamente dar un paseo y ver escaparates. ¿Qué habrían hecho dos personas educadas y civiles frente a un privilegio de ese tipo? Se lo habrían repartido equitativamente, disfrutándolo por turnos como buenos colegas.

Solo que Fogliato tenía un extraño concepto de la equidad. Tres viernes antes, le había pedido cederle el turno con la excusa de una visita al dentista; y él, gentilmente, se lo cedió. El viernes siguiente, salió con el cuento de una hermana enferma, con los niños abandonados a su suerte; y de nuevo él le cedió el turno. El viernes previo, otra vez se lo pidió, con un motivo todavía más descarado: la peluquería. Y como él tenía que acabar un trabajo urgente en la oficina, tampoco lo discutió. Error. La señorita Fogliato, que sin duda había confundido con debilidad y docilidad su buena voluntad y amabilidad, ahora trataba de pisarle el cuello y establecer de una vez por todas su derecho exclusivo a salir los viernes. La clásica maniobra de escalada que culminaba en el hecho pasado. Pero ahí ella se equivocaba. ¿Por quién lo había tomado? ¿Por un ciego de nacimiento?

Además —le vino a la cabeza—, esa mañana él tenía una razón bien precisa para salir antes: la visita a la empresa Zavattaro.

Tres o cuatro segundos, y entonces contraatacó.

—¿Eso es lo que hay que llevar a las Oficinas Técnicas? —preguntó cándidamente al ujier.

—Sí.

—Pues déjelo aquí todo, que hoy voy yo.

El ujier, con las carpetas en la mano, se volvió hacia Fogliato esperando una protesta, pero la vio de nuevo inclinada sobre su trabajo y entonces se encogió de hombros, hizo lo que le había dicho Lello y se marchó. Lello palmeó posesivamente la torre de documentos.

—¿Por un casual no habría pensado ir usted? —dijo, como repensándoselo.

Fogliato fingió de mala manera que caía de las nubes.

—¿Cómo? ¡Ah! ¿Yo? No, ¿por qué?

Sin embargo, tenía todo el cuello rojo de rabia por la humillación. Y le estaba bien empleado. Si en vez de hacer el gesto de soberbia le hubiera preguntado con franqueza y lealtad por el turno, él se lo habría cedido sin pensárselo dos veces. Porque no se había acordado de lo de la empresa de los Zavattaro. Y él, si había algo que no podía soportar era la prepotencia. La prepotencia y la hipocresía.

Volvió a las estadísticas de mala gana. Había salido de la campana y el mundo —la jornada— volvía a atraparlo con sus minúsculas pruebas que superar, sus premios que ganar.

4

Cuando el taxi se paró, el comisario se espabiló, miró fuera y vio que habían llegado. El número era el que le había dicho Campi y coronaba un gran portalón semioval, con dos batientes de nogal reluciente cerrados en el atrio de entrada; un poco más adelante distinguió el coche de ella, con el morro casi perpendicular a la acera. El hecho de que estuviera tan mal aparcado suscitó en el comisario un sentimiento de ternura desproporcionado. Cuando se sacó del bolsillo el portamonedas de piel pulida (regalo de Jole) notó que los dedos dejaban marcadas manchas de sudor. Revolvió buscando en la calderilla, se le cayeron varias monedas en el asiento y en el piso del taxi, y todo ese nerviosismo inesperado lo molestó bastante.

No obstante, en el bar desde donde Campi la había llamado poco antes, pareció la cosa más natural del mundo. ¿Passalacqua había sido un fiasco? Ah, pero ella, mientras, ayer por la tarde, había descubierto una cosa que podía interesarle al comisario. No, solo se lo diría al comisario, y por supuesto no por teléfono: tenían que verse. ¿Tenía un momento el comisario para pasar a recogerla por casa en unos diez o veinte minutos? Ella lo llevaría a un lugar, era cuestión de una hora como máximo. No. No quería decirle el sitio, pero era bastante insólito. ¿Por qué insólito? No quería decirlo, ¿no lo entendía Campi? Que viniera también él si tanto quería saberlo.

Pero Campi tenía cosas que hacer en Monferrato y no podía ir. Le

había contado a Anna Carla los gestos de asentimiento del comisario, guardándose su (lo admitía) «morbosa» curiosidad. Se habían separado en una parada de taxi, marchando cada uno a lo suyo, y el comisario, durante todo el trayecto, no había visto esa cita más que bajo una luz tímidamente profesional, preguntándose con una curiosidad en absoluto morbosa a dónde iba a llevarlo la señora Dosio y si lo que había descubierto (o creía haber descubierto) tenía que ver con Garrone, con algún otro personaje del teatrillo, o quién sabe quién; se había montado toda una fantasía, voluntariosa y totalmente infundada, de la simpática señora.

Pero ahora, delante del portal color marfil del edificio, toda su flema especulativa se le cayó como se pierde la ropa en los sueños.

¿Simpática señora? Bueno, sí, si se quería: señora porque estaba casada, simpática porque le había inspirado simpatía. Pero en aquel momento, él no era más que un «oficial diligente», Turín, la «capital del automóvil», y así sucesivamente. El comisario, que siempre había sido, por carácter y por trabajo, amigo de la simplificación, sabía pero que muy bien que para llegar (siempre se llegaba, tarde o temprano) había que sudar sangre. Nadie te las regalaba, las fórmulas de dos palabras que lo resolvían todo, te las tenías que ganar en el terreno. Entretanto, el único punto claro más allá de cualquier duda razonable era que entre el «oficial diligente» empleado en el «seguimiento de las investigaciones» y la «simpática señora» había —le gustara o no— otra cosa. Pero esa otra cosa, si bien a simple vista pertenecía a la esfera poco recomendable de las emociones amorosas, todavía no tenía una precisa estructura señalética: era un rostro apenas vislumbrado, que podía revelarse amigo o enemigo, insignificante, portentoso o nefasto, y podía también volver a hundirse allí de donde había salido sin dejar rastro.

—¿Busca a alguien?

El comisario se llevó un sobresalto humillante. La portera, que se le había echado encima con esa misteriosa capacidad de las porteras eficientes de materializarse de la nada, lo escrutaba con frialdad.

—Dosio —dijo, aguantando a duras penas aquella mirada.

—Segundo piso.

Sintiendo como si llevara dos pistolas apuntándole a la espalda, el comisario abrió una puerta de cristal y entró en un vestíbulo donde estaban los ascensores con un cartelito que ponía: SIN SERVICIO POR MANTENIMIENTO *y la escalera. Empezó a subir despacio los escalones*

bajos que llevaban hasta el «piso principal»; todas las maderas y latones brillaban, no se veía polvo en las volutas de hierro de la barandilla, y en el aire silencioso persistía un olor a cera casi eclesiástico. Dos remotas imágenes de aprensión llegaron para turbarlo con incongruente simultaneidad: las escaleras de un dentista de gran fama, las escaleras de un burdel de lujo. Subió el segundo tramo todavía más despacio, para no llegar sin aliento. Era sorprendente cómo algunas vergüenzas, cómo ciertas vanidades sepultadas desde hacía veinte años, aparecían preparadas para salir fuera como indestructibles topos. Sorprendente y desagradable.

En una de las dos puertas, una plaquita decía: DOSIO. SERVICIO*; en la otra no ponía nada. El comisario respiró profundamente, censuró el impulso de ajustarse el nudo de la corbata, llamó; ella misma fue la que abrió dos segundos después, estaba ya en la entrada, preparada, con los guantes en una mano, el bolso, las llaves colgando de la otra mano, y una sonrisa muy alegre, de quien verdaderamente está contento de verte, y gestos vivos y precisos, largos pasos para entrar a coger las gafas negras y un segundo manojo de llaves, la caricia rápida en la cabeza de una niña pequeña y menuda e idéntica a ella que asomó corriendo por una puerta y se paró de golpe con la boca abierta (Adiós, Francesca, ¡pórtate muy bien!), y luego el clic de la cerradura, las escaleras que bajó casi a la carrera, el coche que buscó en el lugar equivocado (Ah, ya, está allí), el portazo, el motor que arranca, el empujón de la marcha atrás y luego la salida lentísima y oscilante mientras las manos se empeñaban frenéticamente en ponerse los guantes.*

Lo que se dice simpática, pensó el comisario, lo era. Sin casi decirle una palabra lo había arrancado de cuajo, rescatado de la gelatina de estupefacción e inseguridad, y subido a la alfombra voladora. Pero una no era menos bruja (o menos peligrosa) poque supiera transformar a los cerdos en hombres.

—Cuénteme qué le ha dicho Passalacqua.

El comisario le contó por encima lo de Passalacqua, disculpándose por no poder recordar exactamente la cita de Fayet.

—El itífalo de Gubbio —dijo ella al final—. Eso es estupendo.

—El itífalo gubbiano —corrigió él.

Se echaron a reír como compañeros de clase.

—¿Puedo saber dónde vamos?

—Lo verá.

—En todo caso, mejor no pasar en rojo.

—Estaba en ámbar. Además, estamos de servicio, ¿no?

—Sí, pero los demás no lo saben.

—Basta con que usted se identifique.

—Siempre es mejor evitarlo, si es posible.

Un largo cortejo fúnebre los detuvo delante del cementerio.

—¿Vamos fuera de Turín?

—No. Ya casi estamos. Y no tenga miedo: después de lo que me ha dicho, estoy segura de que la pista es buena.

—¿Cómo la ha encontrado?

—Un amigo de mi marido. Esta mañana me ha mandado la documentación con un botones; se ha dejado la piel, el pobre.

—¿Y qué pista es?

—¡La pista del itífalo! —dijo ella en un susurro teatral.

Abrió el bolso y empezó a hurgar dentro. Un gran camión que esperaba tras ellos hizo sonar su trompa. El cortejo había pasado, la calle estaba despejada.

—Busque usted: es una tarjeta amarilla.

Le dejó el bolso en las rodillas y arrancó.

El comisario, sorprendido por esa desenvoltura (¿Excesiva? ¿Amical? ¿Infantil? ¿Real?) metió las manos en el bolso con el mismo ánimo con el que habría desactivado una mina; movió delicadamente un fular hecho una bola, las gafas negras, las llaves, cigarrillos, encendedor y varios otros objetos muy comunes y explosivos. Finalmente encontró la tarjeta que asomaba de un compartimento.

—¿Esto?

Le echó un vistazo.

—Sí.

«Empresa Hnos. Zavattaro —ponía—. Mármoles. Piedras. Granitos. Trabajos de edificación y artísticos. Calle Regio Parco, 225». Y abajo, en cuerpo más pequeño: «Mann Sprich Deutsh».[4]

—¿Qué es esto?

Ella no respondió, disminuyó la velocidad.

—Doscientos diecisiete…, diecinueve…, veintiuno… Ahí está. Debe de ser ahí.

Y en efecto, en una de las dos columnas de la verja había una placa de mármol donde ponía en bronce: HNOS. ZAVATTARO*, las pilastras estaban coronadas una por un barrigudo vaso fúnebre, la otra por un perro de piedra sentado en las patas de atrás.*

—¿Cree usted que el falo cementerial…?

—No se identifique —rio ella, volviéndose bruscamente y atravesando la verja— y no se extrañe de lo que yo diga.

En el patio, vasto e irregular, rodeado en una parte por un muro y en otra por una red metálica, había tres cobertizos cubiertos con láminas onduladas, un gran almacén donde los operarios trabajaban y, hacia la calle, una construcción medio en ruinas pintada de verde, con geranios en una ventana. Ahí debían de vivir los hermanos Zavattaro, un piso para cada uno.

—Disfracémonos —dijo ella.

Consideró un momento, con gesto profesional, la cara y la ropa del comisario y luego se encogió de hombros.

—Por usted no se puede hacer nada.

Sacó del bolso el fular, y poniéndoselo de manera que dejase escapar un largo mechón rubio, se lo anudó a la barbilla y se puso las gafas oscuras.

—Ya está. ¿Parezco extranjera?

—Por supuesto. Pero…

—Bien. Vamos.

Un estruendo altísimo de sierras los recibió sobre un fondo desordenado pero intenso de escalpelos, martillos, zumbidos y chirridos de maquinarias menores. Un perro grande (que no se parecía al de piedra) les ladró ferozmente, pero sin llegar hasta el límite de la cadena con la que estaba amarrado.

—Debe ser difícil —dijo ella— para los ladrones de granito.

—No si tienen un buen perista.

Por todas partes a su alrededor se veían lápidas apoyadas las unas contra las otras, de lado, como gruesas barajas de cartas. Las había negras, blancas, amarillas, verdes, grises, cada una de una medida distinta; y montones de vasos, urnas, cruces, coronas de mármol, mujeres veladas arrodilladas, querubines, manos juntas en oración, corazones, corderos, flores, palomas. El comisario descubrió incluso un bebé en una cuna, una falúa y un helicóptero. Y no pudo evitar pensar en el falo.

¿Estas eran entonces las «piedras» de Garrone? Sobre todo la inmensa desolación de los objetos, su aciaga mezquindad, hacía presumir que sí. En tal caso…

El comisario perdió su media sonrisa. El itífalo de vía Mazzini, antes de asumir cualquier otra característica erudita, obscena, religiosa o burlona, tenía una criminal. Había sido empuñado por una mano

robusta o desesperada y asestado con violencia contra la nuca de un hombre; se empapó de sangre y de tejido cerebral; había sido un arma. Y la empresa de los Zavattaro, si es que casualmente estaba relacionada, atraía de golpe al primer plano el acto brutal, salvaje, del que partía la investigación; y al comisario, de golpe convertido en policía, la costumbre le decía que estuviera atento a cualquier imprevisto; y le decía también, quizá exagerando, que alejara a la «simpática señora» que tenía al lado. Miró maquinalmente a su alrededor. ¿Qué habría detrás de la esquina de la casa verde? ¿Otra salida? La red metálica estaba floja en algunos puntos, fácil de salvar. Vio otros bloques de mármol repartidos aquí y allá, una camioneta en un rincón, una pequeña grúa, otro cobertizo con los ciclomotores de los trabajadores. Si el asunto hubiera tomado un carácter más…

—¿Por qué pone esa cara? ¿Qué sucede?

—Nada.

No pasaría nada, y además no se podía hacer nada; no con ella. Se olvidó de la Beretta que llevaba en el bolsillo de atrás del pantalón. No se «identificaría».

—Yo no me identifico —dijo—, pero usted no se extrañe de lo que diga.

Ella se bajó las gafas en la nariz con un delicioso gesto de viejecita, lo miró.

—¿Huele a carne humana? —dijo con voz seria.

—Esperemos.

—¿El asesino?

—Bueno, nunca se sabe… Pero vamos, busquemos a los hermanos.

Mientras se dirigían al almacén, un hombre y un niño de unos diez años salieron de la casa verde en dirección al mismo lugar. El hombre era bajo, chato, con una camisola parecida a la de Bauchiero, pero con pantalones de franela clara, bien planchados. Cuando estuvo más cerca, el comisario vio que llevaba un enorme reloj cronómetro de oro en la muñeca, con la correa también de oro; estaba calvo casi por completo, pero por el contrario era muy hirsuto, tanto en los brazos como en el triángulo de pecho que la camisola abierta no cubría.

—Buenos días —dijo el hombre, desde unos metros atrás, continuando su camino hacia el almacén con energía—. ¿En qué les puedo ayudar?

La voz era, más que áspera, expeditiva; la sonrisa, una pura formalidad.

—¿Es usted el propietario? —dijo la extranjera con un impreciso pero convincente acento extranjero—. ¿El señor —consultó la tarjetita amarilla— Zavattaro?

—Sí, soy yo —dijo el hombre parándose y observándolos desde debajo de sus cejas pobladísimas y negras. Le dio un empujón al niño: «Vete a llamar a Beppe».

—He conseguido su dirección —explicó la extranjera con esfuerzo pero en un correcto italiano— por mis amigos holandeses…

El hombre había posado una mano (rolliza y callosa) en la cabeza bronceada y se miraba las puntas de los zapatos.

—¿Sí? —dijo.

—Usted fabrica cosas muy interesantes y bellas.

—¿Sí? —repitió el otro, aún inclinado y absorto.

—Queremos ver esos objetos artísticos.

Zavattaro levantó los ojos, pequeños y negros, y bajó despacio la mano de la cabeza.

—Ich sprich nix deutsch —declaró—. Ahora viene Beppe, mi trabajador. Seis años en la Volkswagen. —Mostró cinco dedos regordetes y un pulgar—. Seis años. Sprich gut deutsch.

—Pero yo soy italiano, oiga —dijo el comisario—. Y la señora lo habla perfectamente bien.

Zavattaro lo miró, luego miró a la extranjera rubia, luego esbozó una mueca maliciosa entre burlona y envidiosa. No era culpa suya si pensaba lo que estaba pensando, pero al comisario le produjo de inmediato un intenso fastidio.

—Oiga —le dijo—, no queremos perder el tiempo. Tengo cosas que hacer e imagino que también usted…

—¡Qué me va a contar!

Zavattaro, cerrándose en sí mismo, devolvió la mano al cráneo: un extrabajador venido a más de la nada, que ahora tenía una empresa demasiado grande para sus dientes negros por el humo de demasiados cigarrillos.

—Vale, vamos. Los acompaño yo.

El niño se asomó por la puerta del almacén, seguido de un joven (el Beppe de la Volkswagen, evidentemente) apenas un poco más alto que él, que llevaba como un velo de polvo blanco por todo el cuerpo. Zavattaro hizo un gesto impaciente para que volvieran dentro y salió deprisa hacia la casa verde. Los tres torcieron la esquina (más geranios, hiedra también cubierta de polvo) y se encontraron ante una baja y

alargada caja de ladrillos de cemento, con una lona de plástico violeta por encima. Zavattaro levantó una persiana metálica medio bajada y gritó:

—¡Soy yo!

Dentro no había nadie, pero el espacio estaba dividido en el centro por un tabique alto casi hasta el techo color violeta, del que colgaban dos tubos de neón apagados. La luz era escasa y poco natural, el aire, pesado y polvoriento pese a haber un ventanuco abierto.

—Este es nuestro «pabellón-fantasía» —dijo Zavattaro con poca convicción.

Debió de parecerles una gran idea, cuando él, o su hermano o su mujer, lo habían bautizado así, y alrededor se veían aún restos de grandes ambiciones conectadas con el boom del artesanado italiano, de sueños de expansión internacional, con multitud de visitantes, paneles publicitarios, incluso una azafata políglota. En un panel rojo que había en una pared estaban colgadas las fotografías descoloridas del David de Miguel Ángel y del Laocoonte, y un metro más allá panfletos turísticos a color de Pisa y de Turín, con la torre inclinada y la estatua ecuestre de Manuel Filiberto de Saboya. Sobre polvorientos estantes de travertino que se extendían por todo el perímetro en cuatro pisos superpuestos, se habían colocado los productos de fantasía de los Hnos. Zavattaro: el comisario se fijó en un variado surtido de monumentos nacionales, así como una colección de morteros con su maja de todos los tamaños, hogazas de pan de mármol pálido, embutidos de pórfido rojizo, algunos automóviles deportivos, muchos perros, gatos y pájaros, un servicio de tazas de café en granito, pequeñas calaveras, cañoncitos, una cocinita para muñecas en piedra pulida, una isla desierta con la palmera en el centro, candelabros, grupos de setas, rosas.

—Si le interesa alguna cosa… —dijo Zavattaro encendiendo un cigarrillo.

A la luz luctuosa del local, su cráneo tenía el mismo pulido tétrico y vulgar de los objetos expuestos, y el comisario no tuvo la menor duda de que el falo de la vía Mazzini había salido de allí, de ese museo de siniestras futilidades, de viles remedos, de manipulaciones y contaminaciones que habían corrompido (¡qué razón tenía monseñor Passalacqua!) los nobles y eternos materiales cincelándolos en las obscenas formas de lo efímero. Mucho más que de las lápidas y de las urnas amontonadas en el patio, era del pabellón-fantasía de donde venía un opresivo hedor de muerte.

Los pasos de Zavattaro resonaban en el pavimento de cemento que no se había barrido desde quién sabe cuánto tiempo, y el comisario lo siguió, ahora ya seguro de lo que se iba a encontrar al otro lado del tabique. Ella le tiró levemente de la manga.

—Qué tugurio —murmuró.

Se quitó las gafas, y encendió también ella un cigarrillo. El comisario le dedicó una sonrisa tranquilizadora, luego, sin pensarlo, le apretó el brazo un poco por encima del codo. En cuanto se dio cuenta, retiró la mano. Zavattaro había abierto una portezuela de muelle y los esperaba fumando.

—Aquí es —dijo—, aquí está el laboratorio.

Una cabeza roja, de mechones rizados y grasientos de sudor, estaba inclinada sobre un banco bajísimo, fuertemente iluminado por una lámpara cónica, de brazo, que se alargaba desde la pared. El hombre trabajaba sentado en un viejo sillón de coche en el suelo apoyado contra la pared decrépita, y desde debajo del banco, que se había acercado hacia el vientre, asomaban las piernas cortas y arqueadas y las sandalias negras: su puño izquierdo sujetaba un falo de piedra idéntico al que había matado al arquitecto Garrone. El comisario, instintivamente, se metió las manos en los bolsillos de atrás de los pantalones.

—Y este es Osvaldo, nuestro artista —dijo Zavattaro, otra vez con su tono mecánico, incrédulo, de pregonero cansado.

El pelirrojo levantó la cabeza, mostró una cara larga y pecosa, ojos acuosos y un bigote ralo. Soltó el falo, cogió una botella de Coca-Cola que tenía a su lado en el suelo, bebió un trago largo y se limpió la boca con todo el brazo. Luego se inclinó por el otro lado, donde, también en el suelo, tenía un transistorcillo japonés, un aplastado paquete de Nazionali y unos encendedores de cocina; pero el paquete estaba vacío y el hombre lo agitó en dirección a la bella extranjera que estaba fumando.

—Cigaret? —preguntó con una mueca de horripilante familiaridad —. Please? Bitte?

Zavattaro soltó una risilla que justificaba el descaro del «artista» y el comisario sacó de golpe las manos de los bolsillos, sacó su propio paquete de la chaqueta y se lo lanzó al pelirrojo.

—Quédeselo —dijo. El otro lo pilló al vuelo con un gesto de serpiente.

—Sabe —explicó Zavattaro—, aquí vienen sobre todo extranjeros,

es un artículo que en el extranjero ha tenido mucho éxito, especialmente con los nórdicos, suecos, alemanes, daneses… Los franceses no: el francés prefiere cosas más…, digamos más picantes, sí. Esta escultura no la «entienden».

Ahora me los llevo a ambos a la comisaría, pensó el comisario, y los pongo en manos de De Palma. Sin embargo, con esfuerzo, preguntó:

—¿Tiene usted una red de venta o algo así?

—No, no, nada de redes, ninguna red —dijo Zavattaro sacudiendo el brazo peludo—. Todo del productor al consumidor. Llegan aquí desde el Salón del Automóvil, de la Tecnología o de la Moda, y se pasan la noticia de unos a otros. Luego están todas las delegaciones de negocios que vienen por la Fiat y otras industrias; es un continuo, incluso hemos tenido rusos —se rio—, pero no se llevaron nada, dicen que el artículo pesa demasiado, y ellos vuelven a casa cargados como mulas, no tienen ni bolígrafos allí.

Poco a poco se había animado, se veía que aquel «artículo», a diferencia de los demás, le daba algunas satisfacciones comerciales.

—Osvaldo ha intentado también hacerlos más pequeños, tipo suvenir. Pero no es lo mismo, ¿ve? No funcionan bien.

Señaló a un estante cercano donde estaban alineados los distintos falos «experimentales»: algunos eran de pocos centímetros, otros, en los estantes inferiores, casi dos veces el original de Gubbio.

—Este es el formato clásico —dijo Zavattaro, haciendo que el pelirrojo le diera la pieza que estaba trabajando y acercándola a la vista del comisario—, la reproducción exacta de una escultura romana. Un objeto antiquísimo. Podríamos venderlos como piezas de excavación si no fuéramos una empresa seria —añadió con cierto arrepentimiento—. Además, es una medida que tiene doble uso: queda bien en una librería, en una vitrina, en un escritorio como sujetapapeles, pero en Suecia, por ejemplo, lo ponen en la hierba delante de casa, como escultura de jardín. Un cliente de Estocolmo incluso me mandó una fotografía con… el monumentito en primer plano y al fondo el chalet, los árboles, los niños jugando… Quedó muy satisfecho.

—¿Y en Italia? —preguntó el comisario.

Zavattaro devolvió el falo a las manos pecosas del pelirrojo y encendió otro cigarrillo.

—Qué quiere que le diga —respondió—, aquí vamos un poco atrasados con estas cosas. La mentalidad ha cambiado mucho, y

algunos sí que vendo por aquí. La semana pasada un cliente se llevó dos para su villa en Bardonecchia. Poco a poco el mercado se mueve, pero todavía es un tipo de arte que escandaliza. El italiano, la mujer italiana, solo ve la malicia. —Se volvió hacia la extranjera con aire de mártir—. Comprenda, señora, que hace dos mil años que aquí mandan los curas.

El pelirrojo, que se había puesto a perfeccionar con su herramienta la punta del falo, soltó una carcajada clueca, y el comisario sintió asomar desde el fondo de su agnosticismo un chorro de gratitud por el Poder Temporal, la Contrarreforma, la Santa Inquisición, los terribles papas, los férreos cardenales, los dogmas, la censura, las bulas, las excomuniones debidas a la somnolencia del «mercado» italiano respecto a los falos de Zavattaro.

—En cuanto a nuestros precios —dijo Zavattaro—, si ella, por así decirlo, está aquí como particular, es una cosa, pero si representa a una comitiva o grupo, entonces, naturalmente…

—Yo represento —dijo el comisario— a la familia del arquitecto Garrone. Soy abogado.

Con extrema lentitud, sin soltar el cigarrillo encendido que sujetaba entre el índice y el corazón, Zavattaro se puso la mano derecha sobre el cráneo calvo. Sus ojos eran dos perlas negras, brillantísimas.

—Perdón, ¿cómo ha dicho?

El tono era extraordinariamente agresivo. También el pelirrojo miraba de abajo arriba, totalmente inmóvil, ahora.

—El arquitecto Garrone fue asesinado el martes pasado. ¿Eso lo sabía?

Zavattaro hizo un gesto casi imperceptible.

—Usted, según parece, lo conocía.

Otro levísimo gesto.

—La familia ha sabido que tenía relaciones de negocios con su empresa y he sido el encargado de averiguar si entre usted y el difunto había… cuentas pendientes.

Un hilo de humo ascendía recto y grotesco de la cabeza de Zavattaro, que poco a poco bajó la mirada hasta sus zapatos.

—Así que usted es abogado, ¿no? Pues mire…

Arrastraba sarcásticamente la voz, sin que se supiera si trataba de ganar tiempo o de ocultar la sorpresa y la rabia de haber sido engañado.

—Soy el abogado Giuseppe Arlorio —dijo el comisario. El otro

levantó los ojos, todavía más pequeños y malvados.

—Y esta, entonces, ¿quién es? ¿La amiga de Garrone?

El comisario solo consiguió reaccionar con la imaginación: se vio con toda claridad aferrar el falo del banco, levantarlo y abatirlo contra el cráneo de Zavattaro en una casi irreprimible repetición del crimen de la vía Mazzini.

—La señora es una pariente —dijo tranquilo—. Llegó ayer de Holanda. Y naturalmente está interesada en que el buen nombre de la familia no quede comprometido con posibles rumores de naturaleza… financiera. Si hubiera alguna deuda que liquidar, algún efecto en circulación, estaríamos dispuestos…

—¡Faltaba más! —dijo Zavattaro con un grito donde alivio y burla se percibían a la par. Se quitó bruscamente la mano de la cabeza y un largo segmento de ceniza se soltó del cigarrillo, cayó sobre la cúpula calva y acabó en el suelo pasándole por la nariz—. ¡Vamos…!

—Todo en orden, entonces —sonrió el comisario—, nada de deudas.

—Pero ¿a usted le parece que yo le habría prestado dinero a… —Zavattaro recordó a tiempo a la «pariente»—, a un arquitecto? Yo soy un pobre artesano, no un banquero. Y para nada un usurero.

—¿Quizá su hermano?

—Mi hermano murió hace seis años, soy el único titular. No, con el arquitecto nunca he tenido problemas de dinero. Me hizo un par de encargos de tumbas, pero porque sí, porque quiso él, yo nunca le he pedido nada. Él tenía siempre tantas ideas, tantos proyectos en la cabeza…

—Le creo —dijo distraídamente el comisario.

Dio un par de pasos a su alrededor, entre las docenas de esculturas apenas esbozadas que ocupaban el suelo del taller junto a diversas pirámides de bloques de piedras, ya cortados a la medida aproximada del falo de Gubbio. Los terminados y ya listos para la venta estaban contra la pared del fondo, bajo un gran sudario transparente que el comisario levantó con la punta del pie.

—¿Y los créditos? —dijo volviéndose.

Zavattaro pareció quedarse clavado al suelo por una descarga eléctrica.

—¿Qué créditos?

El comisario se agachó a coger uno de los falos y volvió despacio, sopesándolo, hacia el banco. El silencio era absoluto.

—¿Quién le ha dado la idea de reproducir esta escultura? ¿Quién le

sugirió este negocio?

Zavattaro cedió de inmediato, pero con una furibunda indignación.

—¿Y quién ha puesto el capital? —gritó—. ¿Quién ha puesto la mano de obra, el riesgo, la infraestructura? ¿Qué ha hecho ese muerto de hambre aparte de conseguir la foto de ese chirimbolo en una revista obscena y traérmela aquí? Vale, tuvo la idea, ¡medalla al mérito! Pero ¡no hablemos de créditos, mi querido abogado, no hablemos de derechos! Yo le dije que de cada pieza vendida por él o por mediación suya yo le daba el veinte por ciento, que es ya un cinco por ciento más de lo que les doy a mis intermediarios y distribuidores; siempre mantuve mi palabra, porque Zavattaro es un hombre de palabra, puede preguntarle a quien quiera. Y ¿sabe cuántos ha colocado en un año? ¡Menos de dos docenas! ¡Pero según él parecía que me traía aquí a toda Turín! Quería hacerme abrir un departamento publicitario, una imprenta, ¡con él de director! ¡Menudo director de los c…!

No dijo la palabrota delante de la «pariente». Tiró al suelo la colilla que le quemaba los dedos, la aplastó con el tacón, encendió otro cigarrillo: las manos le temblaban.

—Esos eran los pactos y yo no le debo una lira ni a él ni a su respetable parentela. Por lo demás —añadió sacando la mandíbula y soplando el humo—, no había nada escrito entre nosotros, yo no firmé ningún contrato. Desafío a cualquiera a presentar un papel.

—¿Cuándo lo vio por última vez? —dijo el comisario.

—Yo qué sé. Hacía meses que no aparecía por aquí, ¡por suerte! —Apretó los puños, con el cigarrillo en un lado de la boca—. Y, de todas formas, hablando claro, ¿a usted qué le importa? ¿Por qué viene a meter las narices en mis asuntos? Esta es mi casa, hasta que se demuestre lo contrario, y aunque yo no sea abogado y solo haya estudiado la primaria, no dejo que me toree nadie que venga por aquí a contarme un montón de patrañas. Y soy capaz de echarles de aquí a los dos con una…

Un violento acceso de tos —en la diatriba el humo se le había ido por mal sitio— interrumpió la amenaza. Se dobló en dos, cianótico, con los ojos lagrimeando. El comisario, pasando a su lado mientras empujaba hacia fuera a la «pariente», no pudo contenerse: le soltó dos o tres golpes en la espalda, bien secos.

—¡Aparte las manos! —gritó Zavattaro entre toses.

—Calma, calma —dijo el comisario—. Enseguida se le pasa.

En el patio la cogió por el brazo y la hizo caminar no deprisa pero

tampoco despacio hasta el coche. La escena había sido bastante movidita.

—¿Conduzco yo?

Ella lo dejó hacer sin responder. Debía de haberse asustado. En la verja, el comisario se paró para ceder el paso a un 500 amarillo que entraba, pero él, que iba a la derecha, no vio al conductor.

—¿Por qué no lo ha arrestado? —le preguntó cuando ya estaban en la carretera.

—Porque no había motivo. Como máximo habría podido pedirle que me acompañase a la comisaría.

—¿Y por qué no lo ha hecho?

—Porque estaba usted.

—¿He sido una molestia?

—¡Pero si ha sido usted la que me lo ha descubierto!

Ella encendió un cigarrillo y fumó un rato en silencio.

—¿Han sido ellos?

—No sé, no creo.

—¿Por qué?

—No habrían dejado el objeto en vía Mazzini siendo ellos los que lo habían fabricado.

—Pues de todas formas yo espero que hayan sido ellos, son horribles.

Se estremeció, y a continuación se quitó el fular y se ahuecó el pelo.

—¿Cómo supo que la idea se la había dado Garrone?

—Era obvio, después del retrato que me hizo usted ayer. Y después de lo que nos dijo monseñor Passalacqua.

—Entonces, ¿le hemos sido útiles?

—¡Claro! Ahora sabemos que el arma pertenecía a Garrone. Asesinado por el comercial.

—Yo creo que ha sido el pelirrojo. Daba miedo.

—Dos «pobres artesanos» perfectamente inocuos.

—¿Usted se relaciona siempre con gente así?

—Me relaciono con gente —dijo el comisario.

Ella se quedó pensando.

—En cierta manera —dijo por fin—, sería peor si no fueran los asesinos.

—Veremos.

—¿Y qué van a hacer ahora?

—Mis colegas les preguntarán dónde estuvieron la noche del crimen. Y ese tipo de cosas.

—¿Usted lo ha visto?
—¿A quién?
—A Garrone muerto.
—Solo las fotografías.
—No muy divertido, ¿no?
—No —dijo el comisario frenando delante de la cabina telefónica de la plaza del cementerio—. Visto de cerca, ningún homicidio es divertido, Anna Carla.

5

Todavía impresionado, Lello metió precipitadamente la marcha atrás, dio media vuelta en el patio (y mientras también la otra bestia se abalanzaba contra el 500 ladrando) y salió entre las pilastras de la verja de la empresa Hnos. Zavattaro.

Un patán. Un grosero. Un loco furioso.

Sin embargo, había sido error suyo. A ciertos tipos hay que pillarlos de frente, devolverles sus gritos gritando, no dejarse amilanar con escrúpulos de corrección, de buena educación. Ya cuando le preguntó por Bauchiero, el troglodita (¡qué asquerosos pelos en el pecho!) lo miró mal y le respondió peor: jamás había oído ese nombre, ni lo conozco ni lo he visto, y siguió con otras expresiones vulgares que no hacía falta pronunciar. Cuando después le nombró, muy de pasada, para sondear, al arquitecto Garrone, ¡se abrieron los cielos! Parecía que fuera a darle un infarto de un momento a otro, a ese simio calvo, y entre blasfemias lo acusó prácticamente de ser un espía, un ladrón, un chantajista, un mentiroso, un mafioso, un sucio intrigante. Y siguió con una parrafada de borracho, de idiota, sobre los disfraces, sobre Holanda, sobre los abogados, sobre la familia Garrone, de la que Lello no entendió nada salvo que el energúmeno no le debía una lira y que jamás le habría prestado una lira. Pero ¿quién le había preguntado nada, a ese picapiedra, a ese analfabeto? ¿De qué demonios de porcentaje estaba farfullando?

Y había tenido, además, para terminar por todo lo alto, la cara dura de amenazarlo con el puño bajo la nariz (¡esas manazas de bruto!), a él, que sencillamente había ido a preguntarle un par de cosas. Cavernícolas. Gentuza. No envidiaba en nada al aparejador Triberti si ese era el tipo de personas que zumbaban a su alrededor… Condujo

durante unos minutos de manera mecánica, sin meta, dejando apaciguar la rabia y el miedo, y volvió en sí cerca del cementerio, en el punto donde la antigua Tabacalera reducía la carretera a un estrecho embudo pueblerino. Justo después había una pequeña plaza en la que Lello se paró para tomarse un café: lo necesitaba.

Dio algunos pasos hacia el bar, luego se volvió a por la carpeta con los documentos destinados al Departamento Técnico, que habría sido un problema soberano si alguien los hubiera robado del coche, solo le faltaría eso.

Mientras movía el azúcar en la tacita reflexionó que sí, que esa visita suya a Zavattaro no había dado ningún provecho concreto, pero la fastidiosa truculencia de la escena y esas vagas alusiones a cuestiones de dinero y porcentajes demostraban que su intuición, en líneas generales, era muy acertada; se trataba de un ambiente turbio donde la corrupción y la violencia, y también el crimen, estaban a la orden del día. Llegado a ese punto, ¿qué debía hacer? ¿Acaso no le convendría dejarlo correr todo? Puesto que había llegado, según todos los indicios, a un callejón sin salida: Bauchiero seguía más inalcanzable que nunca.

Con la tacita de café en la mano se acercó a la cristalera y se quedó abatido contemplando los míseros negocios de la plaza. Fue entonces cuando se desencadenó una inconsciente asociación: o la vergüenza del miedo que había pasado un poco antes y la necesidad de revancha y afirmación, o quizá solo el ancestral imperativo turinés de no dejar nada a medias, le trajeron a la memoria a Lello una frase que el día anterior le había dicho el aparejador Triberti.

¿Qué le costaba intentar ese último camino? En cualquier caso, a la plaza San Giovanni tenía que ir, y una vez allí le sería fácil dar algún paso más en la investigación, esta vez entre personas decentes, entre colegas que no te agredían como toros furiosos. Pagó, volvió al coche, marcó a la izquierda con el intermitente, esperó a que un camión cisterna de Shell pasara tambaleante y partió de nuevo hacia el centro de la ciudad.

6

El cielo cubierto, el aire casi otoñal extendían sobre los coloridos puestos de flores una apropiada melancolía, pero Anna Carla se extrañó igualmente del gran número de personas que se paraban a

comprar ramos grandes y pequeños para llevar al cementerio. Un culto amable, sin duda, pero que le parecía no menos absurdo que el del itífalo. Si Vittorio o Francesca, o el tío Emanuele, hubieran muerto, ¿iría también ella a llevarles claveles o anémonas? No se veía. A su padre y a su madre, que estaban enterrados allí, en la tumba familiar, no les llevaba nunca nada; siempre se ocupaban sus tías de esas cosas. Además, habían muerto hacía bastante tiempo. Pero, si alguien muy cercano, muy querido, desapareciera de un día para otro, ¿cómo se comportaría? No se podía saber. Se creía de un determinado carácter, de tener ciertos principios, un estilo arraigado, pero luego, a la primera de cambio, tenía reacciones del todo distintas, pasmosas. El tío Emanuele citaba siempre el caso de los primos de Escoubleau, que habían perdido a su único hijo en un accidente aéreo: el padre, ateo, se hizo religioso, y la madre, religiosísima, se hizo atea. Nadie se conoce a sí mismo, nadie sabe de qué es o no es capaz.

Miró al comisario, todavía encerrado en la cabina al teléfono. Él, en cambio, seguro que era de los que sí «sabían». Le pareció lejanísimo, aunque no «extraño», un poco como un cura. Con Federico, con Giulio, con todos los hombres que la cortejaban más o menos en serio, nunca tenía esa impresión. ¿Dependía de lo que eran? Pues sí, posiblemente, ¿cómo sentir «lejano» a un empresario, un abogado, un economista, un jugador de polo, un pintor de vanguardia, un propietario del sur, un estudiante revolucionario, un actor? Todas eran personas sin sorpresas, como un curso escolar. Quizá por eso mismo, más que por la virtud, ella no había entrado nunca en esas aulas.

Se alegró de que le hubiera venido a la cabeza un cura y no un romántico defensor, como habría sido natural, puesto que él, en la cueva del horrible Zavattaro, le había dado una absoluta sensación de protección, incluso en los momentos más difíciles. Quién sabe si llevaba la pistola bajo la axila como en las películas.

Mientras lo miraba salir de la cabina y volver al coche, Anna Carla buscó algún revelador bulto en la chaqueta, pero no distinguió nada.

—Discúlpeme —le dijo él—, ha sido una llamada larga.

—¿Van a ir ahora a detenerlos?

—Sí, enseguida. No se escapan.

—Pero si han sido ellos, ¿no estarán escamados?

—En tal caso no les conviene escapar: se acusarían a sí mismos.

—¿Son astutos los criminales?

—La mayoría son mucho más estúpidos que nosotros.

—Entonces, ¿por qué no los pillan siempre?

—Porque nosotros somos pocos. Vamos, salgamos de este alegre lugar; la policía en agradecimiento la invita a un aperitivo.

Se volvió a poner al volante él, en realidad para no recordarle, cambiándole el sitio ahora, el hecho de que poco antes, en aquel patio sucio, ella estaba demasiado nerviosa para conducir. Era de una delicadeza increíble.

—¿Sabe que me ha recordado usted a un cura?

Él se volvió, asombrado.

—¿Cuándo? —dijo devolviendo los ojos a la carretera.

—Mientras telefoneaba. No sé por qué.

—Quizá la cabina le ha recordado a un confesionario.

—No, en serio, ¿por qué?

—¡No lo sé! No me parece tener ademanes, como suele decirse, de cura. ¿O acaso sí?

—No, por Dios, no era algo personal. Pero era como si estuviera en parte aquí y en parte quién sabe dónde, como los curas.

—¿Es usted religiosa?

—No, pero voy a misa y todo eso para contentar a mi marido y a Massimo.

—¿Son religiosos?

—Ni en broma. Es una cuestión de pundonor conformista. ¿Y usted?

—Yo no tengo ni tiempo para pensarlo.

—Un cura trabajador.

—Si lo que me va a decir es que el trabajo del policía es una misión, le advierto que eso nos lo dice todos los años el ministro de Interior.

—Ya sé: es porque usted tiene que ver con el bien y el mal.

—A nosotros, la verdad, nos parece que solo tenemos que ver con el mal.

—Algún inocente habrá de vez en cuando.

—De esos no nos ocupamos. A nosotros nos pagan para que nos ocupemos de los otros.

—Y usted ¿se ha convertido en un cínico? ¿Piensa que todo es un asco y esas cosas?

—Si uno está predispuesto, se vuelve un cínico incluso siendo charcutero o electricista. No, yo nací optimista, siempre veo el lado bueno de las cosas.

—¡Como los curas! ¿Qué le decía?

Él no respondió, quizá estaba decepcionado.

—¿Está decepcionado?

—No. Busco un café con terraza.

Estaba decepcionado; habían pasado ya unas veinte cafeterías con terraza. Después de aquello aminoró la marcha, aparcó el coche, bajó para abrirle la puerta. Ella le puso una mano en el brazo.

—Encuentre algo bueno también en mí.

Él la miró perplejo.

—Mi problema —dijo— es encontrarle algo malo.

7

También esto un fracaso. Por lo visto, es cosa del destino, pensó Lello, dudando aún si abandonar el Departamento de Rótulos y Escaparates donde una vez más había buscado inútilmente un nexo sospechoso entre Bauchiero y Garrone. Sin embargo, cuanto más se le escapaba ese nexo, más se convencía de que existía. Era como en el cine, cuando la cara de un actor secundario te recordaba por un instante a alguien y luego pasabas horas, a veces días, tratando de recordar a quién; al final, acababas por acordarte y el parecido (quizá con el estanquero de la esquina) nunca era imaginario, infundado.

Recorrió con la mirada la fachada de la catedral, delante de la cual un grupo de turistas hacía fotografías gesticulando, y las modestas ruinas romanas de al lado, cercadas con una verja excesiva. Pensó en el Partenón, en los Botta, mientras entre las mesas de la amplia oficina en forma de L algunas muchachas ya estaban tapando las máquinas de escribir, cerrando los cajones y preparándose para salir a comer. Habían sido amables, los colegas, le habían dicho todo lo que sabían, es decir, nada. A Bauchiero, nunca lo habían visto. Garrone, visto alguna vez, vagamente, por dos o tres que apenas lo recordaban.

Lello suspiró. Era el destino, había que resignarse. En la plaza, los turistas subían a su autobús color escarlata, joviales, alegres. También Lello, paso a paso, se movió, ahora convencido de la derrota, pero lento en aceptarla definitivamente. Había alcanzado la puerta con la cabeza gacha cuando una mano ligera, tímida, le tocó en el hombro.

8

Desde cualquier punto de vista que se considerase, la avenida Belgio era —rumió el comisario— una de las más lúgubres de Turín. Quizá la más lúgubre. Hoy, claro, el color plúmbeo del cielo no ayudaba nada, pero incluso bajo el cielo de Capri, de Taormina, la avenida Belgio habría seguido siendo una de las campeonas europeas, si no mundial, de la lobreguez urbana. Y él, con un raro sentido de la oportunidad, la había elegido para su media hora de descanso.

—¿En qué piensa? ¿Todavía en esos dos?

Y la obligaba, pese a todo, a intervenir, a romper de alguna forma el silencio. Menudo campeón también él.

—No. Pensaba en la avenida Belgio.

—Ya. Me pregunto por qué es tan horrorosa.

Miraron juntos la avenida, transitada por camiones enormes que te obligaban a hablar a gritos, bordeada de árboles macilentos que desde hacía décadas, por algún tipo de encantamiento, mantenían la misma altura, flanqueada por casas altas y bajas, viejas y nuevas, que parecían un juego de construcción levantado por un crío y desbaratado por un hermanito más pequeño.

—¿Cómo le va en Turín?

—Bien.

—¿Por qué?

Habría tenido que contestar: «Pues por las bellas señoritas turinesas» o cualquier otra inocua estupidez semejante, para aligerar un poco. Sin embargo, dijo la verdad:

—Bah.

Con esta no se podía ocultar la verdad, te la sacaba mejor que De Palma. Y la verdad era que, una vez sentados en las incómodas sillas de aquella maldita cafetería, una vez pedido el aperitivo, una vez encendidos los cigarrillos, habían tenido que vérselas con el primer, incandescente, momento de intimidad que se daba hasta el momento entre ellos. No había por dónde cogerlo sin quemarse.

—¿Usted no está casado?

—No.

—¿Por decisión propia o por casualidad?

—Por casualidad.

—¿Y no le apena?

—No pienso en eso nunca. Estoy acostumbrado, como las viejas solteras.

Ella dijo algo que se perdió en el fragor de un larguísimo camión de dos pisos cargado de coches Fiat recién salidos de la fábrica. Alguna manera tenía que haber de eliminar ese peso como de lana mojada, esa tonta timidez; bastaba con decidirse a fingir que no pasaba nada, lanzarse de cabeza a la relación simpática señora-diligente funcionario, y no pensar más. Poner en marcha una despreocupada conversación durante diez minutos, después levantarse y marchar cada uno a sus asuntos, ella a casa con la niña y el marido, él a cualquier cafetería cerca de la comisaría.

—Parece usted muy preocupado. ¿Le está dando mucho trabajo este caso?

—Yo participo relativamente. La investigación está en manos de un colega.

—Pero ¿están ustedes siempre pendientes, incluso de noche?

—Ayer noche sí, tuvimos que hacer una redada de prostitución en la colina.

—¿Cómo son las prostitutas?

—Como todos los criminales: molestas.

—¿Demasiado previsibles?

—No, demasiado imprevisibles. Cambian de humor constantemente, de un momento a otro. Son muy «emotivas», como se suele decir.

—Bueno, en realidad es la misma cosa.

—Exacto.

Ella dejó que una jauría de coches terminara de pasar con tremendos pitidos de claxon.

—Entonces, ¿prefiere usted a las mujeres previsibles?

Si la invitase a almorzar conmigo, pensó el comisario, ¿cómo reaccionaría?

—Tomemos por ejemplo nuestro caso —empezó.

—Tomémoslo —dijo ella con interés.

—Yo no tengo ninguna posibilidad de prever si…

La avenida Belgio, con un interminable y polifónico estruendo, lo detuvo ahí.

9

Aparcado al lado del de Lello había un 500 perfectamente idéntico.

¿Cuál era el suyo? No se había aprendido aún de memoria el número de su matrícula y tuvo que asomarse adentro para reconocerlo: en el otro no había candado. Abrió, se sentó y reflexionó sobre lo que había descubierto. Estaba, sobre todo, asombrado. No es que la cosa fuera extraña en sí misma, de hecho, era normal, incluso obvia. Solo que él no se la esperaba. De no ser por la casualidad del último minuto, jamás habría tirado por ese camino.

Metió la llave en el contacto. Bien. En ese momento, sin embargo, dudaba mucho que valiese la pena insistir, acercarse al lugar a echar un vistazo. Bauchiero, probablemente, no tenía nada que ver, y lo más lógico es que se tratase de una coincidencia sin significado, que no estaba relacionada con el crimen. Arrancó y salió hacia su casa, donde tranquilamente se comería un yogur (que era muy bueno para la piel), un quesito, un poco de fruta, leyendo cómodamente La Stampa y ese artículo del Espresso sobre el nuevo cine suizo de vanguardia.

Pero cuando se encontró metido en el lento magma de coches que volvían a casa («la mayoría ruidosa», lo llamaba Botta a cada momento, riéndose después solo), se imaginó las cerezas medio mohosas, el yogur demasiado frío, el quesito al que no se le quitaba bien el papel, y se dijo que una tostada y un zumo de tomate en el primer bar que encontrara resolverían mucho mejor el problema del hambre, por lo demás moderada. Él era muy maleable, y una escena como la que le había montado el incalificable marmolista bastaba para cambiarle el metabolismo.

En aquel momento, la masa derrumbada de nubes que flotaba sobre la colina al fondo de la avenida Vittorio Emanuele se rompió espectacularmente, y un haz de luz deslumbrante, orlada de franjas negras y grises, cayó sobre el perfil verde de las cimas y se deslizó hacia abajo. Fue entonces, por este casual juego de nubes, cuando Lello decidió seguir más allá del Po y trepar por las retorcidas carreteras de la colina. Su pequeño desayuno podía tomarlo, ya que estaba, allí arriba. Y ya que estaba, aprovecharía para dar un vistazo.

10

Pero, si quería invitarla a almorzar, ¿por qué no se decidía a hablar, bendito Dios? Ella tendría que avisar en casa y en realidad no quedaba mucho tiempo. Vittorio era puntual como un astronauta, y lo ponía de

los nervios tener que esperar, montaba todo un drama de regularidad gástrica, visceral, hepática y Dios sabe qué. Se incorporó de nuevo hacia delante para no partirse en dos con el respaldo demasiado bajo de la silla: una verdadera guillotina.

—Sí, entiendo —dijo—, pero si no hubiera una cierta imprevisibilidad…

La conversación había empezado aburridísima, había que empujarla como una roca. Y él, era obvio, estaba pensando en otra cosa, y entretanto no se decidía. ¿Acaso resultaba que era un tímido?

Anna Carla tembló por dentro. Para ella, un hombre que fuera tímido después de los 25 años era un cretino imperdonable. Nada la exasperaba más que esas caras ovinas que te decían con una sonrisa complacida: «Sabe, es que soy tímido», como te dirían soy pakistaní o alemán.

Dando otro empujón a la roca rastreó los rasgos de la posible oveja. No, en realidad no lo era. Le entró la duda de haber intuido lo opuesto de la verdad: quizá él, en verdad, no quería invitarla a almorzar, tenía cosas que hacer, tenía que correr detrás de los delincuentes y no sabía cómo quitársela de encima sin parecer descortés. Era el profesional asediado por la diletante, el escritor afligido por la poetisa del domingo. Anna Carla se sintió mal.

—Tendrá usted cosas que hacer, imagino —dijo levantándose un centímetro de la silla.

Él fingió, noblemente, el más vivo estupor.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Pues no sé, tendrá que seguir a esos dos…

—Se ocupan mis compañeros, no hay prisa.

Amabilísimo. Demasiado. A menos que en la policía no existieran horarios, todos comieran y durmieran cuando pudieran y tuvieran para ello una noción del tiempo totalmente equivocada. Quizá ese era el problema: él no se había dado cuenta de que ya era la media pasada. Miró el reloj, esta vez sin ocultarlo.

—¡Dios mío, qué tarde es!

Se levantó de golpe, desorientado.

—Ay, lo siento, no recordaba que usted tiene una familia.

—Bueno, a esta hora Francesca duerme, o al menos debería. Y mi marido puede apañárselas perfectamente sin mí, estamos en una pequeña crisis con el servicio, pero hay quien se ocupe de él. ¿Usted cómo lo hace estando solo? ¿Alguna viejecita por horas?

—Sí.

—Al menos a usted les dará miedo robarle.

—Hay muy poco que robar en mi casa. Solo alguna reserva en la despensa para comer algo de vez en cuando.

El camarero se acercó y él pagó. Luego dijo, con astuta concatenación:

—¿Por qué no come algo conmigo, si nadie la espera?

Nada de tímido. Con esto la invitaba prácticamente a la cama, así, en plena avenida Belgio. Qué lástima. No le había parecido precisamente un tipo que se hacía ilusiones con las licenciosas señoras del norte. Una verdadera lástima, porque era simpático. Y, además, por otra parte, ella un poco de hambre sí que tenía, y la perspectiva de irse a casa de un soltero a comerse un huevo cocido no la atraía nada, le parecía de un triste infinito. Le dedicó una sonrisa radiante y estaba a punto de zanjar la situación cuando él se rascó la cabeza y dijo:

—Verá, el caso es que con mucho gusto estaría con usted un rato más.

Una sencillez angelical, puro Juan XXIII. De besarle ipso facto el mocasín.

—¿No quería llevarme a su casa? —dijo con veneración—. ¿No era una proposición inconveniente?

Él se ruborizó de la cabeza a los pies, una antorcha humana.

—¿Eso ha entendido?

—He entendido mal, discúlpeme.

Él se echó a reír.

—El siciliano fogoso, eh…

Le tocó a ella, esta vez, el papel de antorcha. Pero luego se miraron como viejos amigos y Anna Carla entró deprisa en el café para llamar a casa.

11

Lello se sentó en la hierba, pero se levantó de inmediato. Con los pantalones beis que llevaba corría el riesgo de mancharse de verde. Miró a su alrededor, vio el tronco abatido de un árbol no muy lejos y fue a sentarse allí, con las manos apoyadas en la vieja corteza rugosa. Era un bonito lugar, se oían los pajarillos. Más abajo se veía la mancha amarilla de su 500 y después la ciudad, lejana, sumergida en su

llamativa nube de hollín. Aquí se respiraba otro aire: grupos de árboles, setos, flores, arbustos, perfumes y zumbidos de insectos como en pleno campo. Se distinguían aquí y allá tejados o azoteas de casas y chalets, verjas, parasoles; sería paradisiaco vivir ahí, y no por motivos de clase, de status, no, sino para disfrutar de ese sol, esa sensación de libertad y de paz. Lello echó la cabeza para atrás y cerró los ojos, feliz de haber seguido ese impulso de curiosidad: una indagación inútil por una parte, pero por otra… En un lugar como ese, en pocos días y sin necesidad de ir hasta el mar, uno podía broncearse como un árabe. Y a diez minutos, tirando largo, del centro. Si Massimo no hubiera tenido esos prejuicios suyos burgueses (¡sí, burgueses!) sobre lo de vivir juntos, habrían podido buscarse un rinconcito como ese, lleno de flores, un prado a la inglesa color esmeralda, que él cortaría con la segadora al volver del trabajo…

Absorto, no oyó el ruido de los pasos que se acercaban a su espalda.

12

Al comisario le parecía formar parte de una cancioncilla; pero, por un fenómeno en el que prefirió no detenerse, mientras las cancioncillas de los demás siempre le habían sonado con una monotonía y una inanidad sumas, la suya, ahora, le sonaba maravillosamente melodiosa, espumeante, única. Fuera o no fuera casualidad, el sol había salido para dorar la sugestiva avenida Belgio y las radiantes colinas más allá del río; el caso es que cuando ella, que se había puesto al volante, le propuso un restaurante a unos quince kilómetros de la ciudad, él lo aceptó con entusiasmo.

—Es un poco de esos con ínfulas de vieille auberge, le aviso.

—No importa, no importa.

—Pero tiene un bonito jardín.

—Magnífico.

El camino de castaños que subía hacia el restaurante era realmente digno de un pequeño palacio, y en la explanada de grava de la entrada cuatro plátanos gigantescos extendían una sombra uniforme. Era una villa dieciochesca, baja, alargada, amarillenta, restaurada recientemente. Al comisario le gustó. Se entraba por una portezuela por detrás y se pasaba a un minúsculo recibidor con moqueta de color rojo oscuro, paneles de madera en las paredes y cuadros de caballos. Al

comisario le gustó, y le gustó el hombre vestido de azul, ágil y diligente (¿no lo había visto antes en alguna parte?) que les preguntó si querían una mesa dentro o fuera.

—Fuera, fuera.

Y el «fuera» le gustó todavía más, pues había una enorme terraza delante de la fachada de la villa, con vistas a los álamos plateados que flanqueaban las orillas del Po, y a las llanuras que se extendían hasta los Alpes.

—Me siento como un turista —dijo, contemplando el panorama.

—Yo también.

Tenían las mismas reacciones, pensaban las mismas cosas en el mismo momento, y habrían pedido todas las especialidades gastronómicas piamontesas de no ser por un maître con el pelo blanco que los instruyó sobre el funcionamiento del restaurante, que sus celebradas especialidades las preparaba solo por la noche, mientras que a mediodía reducía el menú a unos pocos y sencillos platos.

Aquello no los contrarió lo más mínimo (pan y salami sentados en la hierba les habría servido también), pero los indujo a especular, charlando, sobre los resultados económicos de semejante política, hasta que notaron que las otras seis o siete mesas estaban ocupadas solo por parejas, y dedujeron la existencia, en el primer piso, de habitaciones para los «amores ilícitos», y encontraron esa expresión de una irresistible comicidad.

Aun así, ella dijo que los amores ilícitos había que revalorizarlos, tanto en el plano estético como en el civil: precisamente por su discreción. ¿O acaso el comisario era partidario de la promiscuidad abierta y total, del naturismo, del nudismo, de Suecia y de Zavattaro?

El comisario negó desesperadamente.

¿Creía acaso, el comisario, que había algo serio en ese neopaganismo de supermercado?

El comisario estaba a miles de kilómetros de creer algo así.

Pues entonces, ¿cómo se explicaba que en todo el mundo se considerara algo bueno, y que incluso en una ciudad sobria y recelosa como Turín pudiera florecer una fábrica de itífalos?

El comisario no se lo explicaba.

—Massimo tiene una teoría propia —dijo ella—. Sostiene que Turín es una ciudad peligrosamente enmascarada. De hecho, no es para nada sobria y recelosa. Es la más dispuesta a captar el Mal de todos los rincones de la tierra, y su función es la de ir diseminándolo por el resto

de la península. Dice que, si se presta atención, bajo cada uno de los flagelos que oprimen la patria se halla siempre la mano turinesa.

—¿Empezando por la unidad nacional?

—Naturalmente. Y luego el primer automóvil, los primeros consejos de empresa, el cine, la primera emisora de radio, la televisión, los intelectuales de izquierda, los sociólogos, el libro Cuore, las chocolatinas de lujo, la oposición extraparlamentaria, y todo lo demás. Según él, es una ciudad extranjera que odia al resto de Italia y manda sus mensajeros malditos a difundir todo abominable hallazgo.

—¿Una ciudad de conspiradores?

—¡No, no! Él dice que ni los verdaderos italianos ni los propios turineses se dan cuenta de nada. Como las células del cáncer, ¿entiende? Ellos creen ser los pioneros, lo hacen de buena fe.

—Y él, que sí se da cuenta, ¿qué hace?

—Él se considera un testigo ocular, dice que no puede destruir Babilonia solo. Recoge pruebas, toma muestras. Interviene aquí y allá en la medida de sus posibilidades.

—Se pondrá contento cuando usted le cuente lo del pabellón-fantasía.

—Y se morirá de envidia. Porque para lo que tenía que hacer, podía haber venido perfectísimamente con nosotros.

El comisario, bendiciendo Monferrato de todo corazón, supo que Massimo quería pasar el verano según una teoría propia de las vacaciones. Supo que, según una teoría previa, las vacaciones, especialmente en el mes de agosto, las solía pasar en Vercelli, pero que la repentina organización en esa ciudad de un congreso internacional sobre las relaciones entre cibernética y ballet había obligado al aspirante a vercellés a desdecirse; supo que Massimo era en realidad un ingenuo, un idealista y un neurótico; pero que no era ni un excéntrico ni un extravagante, por lo que incluso las cosas más disparatadas que decía casi siempre se demostraban después razonables y fundamentadas; supo que era prodigiosamente inteligente, y por tanto rara vez obtuso, por no decir estúpido, y además arrogante y despiadado, si bien, al mismo tiempo, de corazón tierno, vulnerable, afectuoso e incluso modesto, muy en el fondo. Supo que…

—¿Son ustedes muy amigos?

—Sí, mucho —asintió ella—. Me hace reír muchísimo.

El comisario se sintió tan ingenioso como un enterrador.

—Pero algunas veces lo odio, lo mataría, no me deja respirar.

El comisario respiró.

—No hagas esto, no leas tal libro, no veas esa película, pobre de ti como pongas un pie en esa isla, y como te vea en motocicleta tú y yo hemos terminado. Es una persecución, se lo aseguro.

—¿Usted va en motocicleta?

—Me habría gustado, pero él me lo ha prohibido. Como me ha prohibido interesarme por el yoga, probar la marihuana, el vuelo a vela o ir a Cuba con mis amigos. Es un moralista terrible.

El comisario, que sin estar técnicamente celoso empezaba a encontrar el fantasma de Campi un poco cargante, reconoció para sí que ese moralismo tenía sin embargo sus partes buenas.

—Y según él, ¿qué es lo que debería usted hacer?

—Pues hacer de madre. De esposa. El bridge, la beneficencia, la ropa de París. La señora burguesa, en definitiva. Tiene una teoría…

El comisario descubrió la teoría de la respetabilidad estoica, la teoría del bovarismo invertido, que por suerte iba ligada a la teoría de los deportes inadmisibles, entre los cuales estaba la pesca subacuática y de altura, el esquí tanto acuático como en nieve después de los quince años, la equitación, a no ser que sea indispensable, es decir, en algunas impracticables regiones de la Argentina septentrional; y de los admisibles, es decir, en la práctica, solo los paseos.

—Le voy a enseñar el jardín. Vamos —ordenó ella en ese momento.

Pero luego, cerca de la explanada de los plátanos, vio un juego de petanca y, aunque no estaba segura de su admisibilidad, quiso echar una partida. Jugaron tres, y el comisario, a quien el juego le era podría decirse que ignoto, ganó la segunda y en las otras se defendió bien. Ella dijo que se jugaba mejor con las bochas de antes, de madera, que con esas de hierro, y después lo llevó arriba y abajo por el jardín, que era efectivamente variopinto y exuberante, y muy bien cuidado, con un único pero, el de los bancos rústicos hechos de troncos. A un jardinero que estaba podando un gran arbusto, ella le preguntó el nombre de unas flores rojas de allí al lado, y el jardinero, después de decírselo, le regaló una y ella entonces le ofreció un cigarrillo, olió la flor y se la puso en el pelo.

—Solo un minuto, para darle gusto —se disculpó en voz baja—. No soy yo muy tropical.

Detrás de la primera arboleda se la quitó del pelo y la tiró, y el comisario por poco no la recoge. Por poco, en distintos lugares del jardín, bajo distintas tonalidades de verdad, no la abrazó; por poco, en

distintos momentos de una conversación perfectamente llena y al mismo tiempo perfectamente vacía, no la trató de tú. Pero de vuelta a la explanada de los plátanos vieron llegar un enorme BMW gris, del que bajó una pareja, la mujer (una rubia) muy arrogante, con la barbilla en alto, el hombre en cambio algo huidizo, y en ese momento el jefe o el encargado del restaurante apareció en la puerta atusándose el cabello de la nuca, y el comisario por fin lo reconoció y dijo imprudentemente:

—¡Oh!

—¿Qué pasa? ¿Lo conoce?

—No, al encargado, pero no creo que sea él.

—¿Quién es?

—Una viejo conocido, como se suele decir. Llevaba un nightclub hace dos años. Droga, proxenetismo y otras cosas…

—Madre mía.

Y así lo arruinó todo, ella se contrarió, subió decidida al coche y se marcharon de aquel lugar encantado.

El típico lugar al que Vittorio iría con sus mujercitas, pensó Anna Carla abordando con precaución toda la bajada de curvas. Porque mujercitas seguro que había, ya fueran de cincuenta o de cien mil por zambullida: una fija con apartamentito no era su estilo, y una amante du cœur no soportaría jamás a un hombre que en el lugar del cœur tenía el duodeno, el hígado, el bazo. Además, una relación semioficial habría sido ofensiva y humillante para ella, y se podía decir cualquier cosa de Vittorio salvo que no era un marido respetuoso y delicado desde todo punto de vista. Vamos, que ni siquiera las mujercitas le gustaban, y ayer noche, después del patinazo del pobre Fontana, una fugaz secuencia de ojos arrancados con las uñas, de cabeza estrellada contra un muro, se le pasó de repente por la mente. Vittorio era un marido estupendo, que la amaba de verdad, la admiraba, y con quien estaba totalmente de acuerdo. Ahora, según la teoría de Massimo sobre el adulterio…

Miró por el rabillo del ojo al comisario, y lo vio ligeramente enfurruñado. El encargado lisonjero debía de haberlo devuelto a sus preocupaciones profesionales; pero también podía ser que estuviera haciendo resumen de la salida y calculando el porcentaje de Massimo que había tenido que aguantar hasta ese momento. Un 80% limpio. Le

había hablado de él demasiado y con demasiado ardor, se reprochó, y no había hombre en el mundo dispuesto a escuchar de una mujer el elogio de otro hombre, por sincero y merecido que fuera. Qué palizas tuvo que pegarles María Magdalena a sus amigos después de la conversión. Por lo demás, para ser justos, qué paliza le habría dado también a ella el comisario si se hubiera puesto a elogiar con el mismo ardor a una queridísima amiga, aunque fuera lesbiana practicante. A menos que él no supiera nada de Massimo, y hubiera creído, creyera... Pero no, no se podía ser tan tonto; los ojos, la sonrisa eran los de un hombre dulce hasta las últimas, pero no por ello inexperto en la vida. Quién sabe cómo sería en cuanto a la cama (o el sofá cama, presuponiendo un estudio + equipamiento de soltero). Lo más verosímil era una liaison del todo pacífica con alguna más o menos coetánea suya de atractivo maternal, casada o separada, que le preparaba (porque seguramente es de la Emilia) tortellini a la crema y le regalaba corbatas «juveniles» en los cumpleaños y los santos.

—¿Usted cómo se llama? Nombre de bautizo, quiero decir.

—Francesco.

—Como mi hija.

—Ya.

Volvía a los monosílabos. Debía de estar muerto de cansancio, en realidad, y ella lo había obligado incluso a jugar a la petanca durante horas. Pero para conseguir que ganara al menos una partida alguien que no sacaba ni un punto en cada tirada, por fuerza llevaba tiempo...

—¿Cuándo volvemos a vernos? —preguntó él entre dientes.

Anna Carla no frenó, pero fue exactamente igual que si le hubiera salido un niño cruzando la calle. Un verdadero golpe bajo. El golpe bajo del comisario Santamaría; parecía el título de una película. La pobre infeliz, se preguntó jadeando Anna Carla, ¿qué debía responder? ¿Que esas cosas es mejor dejarlas en manos del destino? Pero el destino, al menos en su filial turinesa, era de una mansedumbre de echarse a llorar: no tenía por costumbre acercar a comisarios de policía y señoras burguesas como ella, y no se le podía pedir decentemente más de lo que ya había hecho hasta el momento.

Cada segundo que pasaba era más difícil salir con una ocurrencia adecuada. No había nada peor que el silencio para aumentar la tensión: si seguía esperando tendría que entrar en detalles.

—¿Por qué? —dijo Anna Carla, precipitándose en los detalles—. ¿Qué le he hecho?

Él no respondió.

—Quiero decir —continuó ella dando tres o cuatro toques superfluos al claxon, sobre todo para soltarse—. ¿He sido descarada? ¿He sido tentadora?

Santamaría mudo.

—Hemos almorzado juntos, cosa perfectamente normal. Hemos pasado unas cuantas horas charlando y paseando, también cosas normalísimas.

Silencio contrito.

—Yo aprecio mucho su compañía y presumo que usted la mía. No hay nada de malo, es más, es una afortunada casualidad de la que soy la primera en alegrarme. Pero llegado este punto, sin embargo…

En ese punto el comisario se echó a reír como un imbécil.

—¿Por qué se ríe? ¿Qué le hace tanta gracia?

—Porque usted me recuerda a los chiquillos que roban en los coches.

—¿Qué tiene que ver? No le veo el sentido.

—Es la misma técnica: «Pasaba por allí, he visto el Mercedes con la puerta abierta, estaba cansado, me he metido dentro para descansar cinco minutos, pero en el asiento estaba esa Leica de medio millón, la he cogido para cambiarla de sitio y en ese momento ha llegado el propietario, etcétera, etcétera…».

—No veo nada de inverosímil. A mí podría sucederme perfectamente algo así.

—La creo, pero sería dificilísimo convencer a la policía. Las circunstancias estarían todas contra usted.

—¿Me está haciendo un tercer grado? ¿Quiere inculparme por seducción? —Se echó a reír. Le salió una bonita carcajada mordaz—. En cambio, ¿sabe en qué me hace pensar usted? En cuando estaba en el colegio de monjas: «Estad atentas, chicas, se come una un filete a la parrilla con un hombre y se queda embarazada».

—Primero cura, ahora monja. Voy progresando con usted.

Era simpático. También sus respuestas. Había que paralizarlo.

—Ya, pero a mí esto del «progreso» no me gusta un pelo: yo no soy el Everest. Además, usted me ha decepcionado.

La excusa de la decepción no fallaba nunca. Él inclinó la cabeza y soltó un suspiro de hacer saltar las lágrimas.

—Bueno —dijo tristemente—, entonces explíqueme la teoría de los «buenos amigos».

No lo había ni rozado. Es más, retrocedía.

—No sé por qué todos queréis encerrarme en mis responsabilidades. Siempre tengo que defenderme. Hago algo, digo algo, y todos a buscarle un significado. ¿Será posible que nadie sea capaz de entenderme literalmente? Usted me parecía simpático precisamente por…

—¡Usted también a mí! Esta mañana, mientras iba a su casa, ¿sabe lo que he pensado?

—No.

—Que usted era «una simpática señora».

—Genial, estupendo. ¿Qué más puedo pedir, no?

—Pero, perdone, y yo ¿qué he dicho? Solo que quería volver a verla: nada más.

—¿De simpático a simpática?

—Claro.

—Ah, vale, entonces… Bastaba con saberlo.

—Escuche: ¿acaso la he cortejado hoy un solo minuto? Diga la verdad.

—No —admitió ella.

—¿Lo ve?

Lo veía, lo veía. Mientras entraban en la ciudad, lo veía tan confusamente (pero tampoco mucho) que precisamente ese era el problema, que ahí estaba la verdadera insidia. Pero ahora no podía echarse atrás, se había metido en la trampa ella sola.

—De acuerdo. Nos veremos.

—¿Cuándo?

—Bah…

—¿Mañana puede ser?

—Por la tarde. Por la mañana…

—Lo sé, tiene que llevar a la americana al Balùn. Entonces mañana a las cuatro. ¿Dónde?

—En la cafetería de la avenida Belgio —dijo ella, solo por no decir delante del cementerio. Él dijo que sí con el tono de quien acepta la sopa en vez del pan mojado, pero ella no se dio cuenta: a saber qué dulzón significado sentimental le estaba atribuyendo a esa elección. Hasta la puerta de la comisaría hablaron de otras cosas.

—Hasta la vista, Riviera. ¡Y buen weekend!

La señorita Fogliato lo despidió doblando dos o tres veces la mano como un párpado y se alejó a pasitos hacia la vía Garibaldi. Una buena mujer, en el fondo, pensó Lello siguiendo con la mirada el movimiento de sus piernas cilíndricas. Al principio de la tarde lo había recibido con unos morros king-size, pero luego había bastado con que él le resolviese un pequeño problema infantil de contabilidad para verla cambiar totalmente ante sus ojos. Toda miel y azúcar. Incluso había sacado a relucir, de refilón, el asunto de la plaza San Giovanni, pero sin rencores, solo para aludir en broma a todas las cosas que un joven apuesto podía hacer en sus horas de libertad. A saber de su vida vacía, pobrecita. Alienación completa, un perfecto robot de superestructura neocapitalista. De todas formas, él, ya fuera por no darle envidia o por evitar futuras habladurías e insinuaciones (la masificación llevaba a la sinvergüencería individual), se había cuidado bien de referirle, aunque muy por encima, los altos y bajos de su indagación que, tras haber encallado un par o tres de veces, prometía para el lunes interesantes avances. Y la señorita Fogliato, llena de curiosidad, participación, solidaridad (no en adelante, tres días después lo trataría de tonto por detrás), casi se ofendió otra vez por su reticencia. ¡Si ni él mismo entendía nada! Si ni él mismo, al menos hasta el lunes, estaba en disposición de confirmar o descartar ninguna hipótesis, ¡ninguna!

Lello se encaminó al coche con resignación: inútil seguir pensando. Bauchiero o no Bauchiero, ya se vería. Todo esto aparte, en definitiva, el paseo por la colina había sido providencial: de nuevo se sentía bien, en plena forma. Debía de haber habido, a lo largo del día, una caída en la tasa del dióxido de azufre, pero Lello no dudó en preguntarse brutalmente si ese humor suyo liberado y despreocupado no tendría que ver también con la ausencia de Massimo; y si pese a sus angustias de la mañana, de ayer o del otro día, no sería en realidad él, Lello, el que estaba un poco cansado de su relación. Se amaban, reflexionó, pero el amor no lo era todo, no resolvía según qué conflictos de fondo. Massimo, por ejemplo, estaba condicionado por su clase social privilegiada, parasitaria, a la que pertenecía (no por culpa suya, por supuesto), y respecto a los problemas de los oprimidos tenía el típico comportamiento de la clase opresora. En cuanto se le hablaba de Vietnam, de los países árabes, cambiaba de conversación, fingía bostezar; y frente a las huelgas, a las grandes reformas sociales, a las

manifestaciones por la paz, mostraba un tedio y una indiferencia irreversibles, bajo las cuales, no obstante, no era difícil vislumbrar un inconsciente sentimiento de culpa. No es que discutieran por esas divergencias (Lello amaba, y quien ama «comprende»), pero sus relaciones interpersonales se veían objetivamente afectadas.

Encontró su 500 encajonado: alguien había aparcado al lado un Giulietta blanco y se había ido tranquilamente. Imposible maniobrar en el ya escaso espacio entre el coche aparcado delante y el de detrás. Lello miró a su alrededor enfadado. ¿Es que no saben ya que aparcar en doble fila está prohibido? Claro que lo saben, pero les importa un pito. Son salvajes para los que los demás ni siquiera existen. Gente que hasta ayer vivía aún en los montes de Calabria, en las cavernas de Sicilia, y que hoy llevaba coche. Y parece que les gustaba desafiarte, provocarte, como si fueran ellos los dueños de la ciudad. Enfurecido, metió el brazo por la ventanilla abierta del Giulietta y tocó el claxon con fuerza, cinco o seis veces. Nada. Quien fuera debía de estar en cualquier taberna, besuqueando a los doce hijos de su hermana. Vio a otro, a unos treinta metros, cometer la misma infracción al otro lado de la calle: aproximarse despacio y pararse en segunda fila. Era un Fiat 124 azul, con el guardabarros delantero afeado por una mancha gris de masilla de carrocería. ¡Vamos, anda! Es que encima siempre eran estos los que provocaban los accidentes: neumáticos lisos, frenos agotados, total desconocimiento de la señalética e imprudencia osada. Y lo gracioso (¡también lo irritante!) era que estos, normalmente, se salvaban. ¡Bang!, y saltaban fuera de la chatarra ágiles como grillos. Eran siempre los demás los que se dejaban la piel.

—¡Mis disculpas! —dijo en límpido dialecto piamontés un hombretón que llegaba jadeante. Se metió en el Giulietta y se marchó.

Lello salió también, pero él hacia el Palacio Carignano, donde el profesor Bonetto (el mismo que escribía en La Stampa) daba una conferencia sobre la contaminación en América, un tema de rabiosa actualidad, con la proyección de un documental original inédito en Turín (solo se había proyectado en el Festival di Novi Ligure, en septiembre del año anterior, decía el programa). Lello, aunque estaba abonado, no podía frecuentar todo lo que habría querido la Unión Cultural y demás asociaciones por el estilo. Massimo, por su particular desempeño clasista, se negaba a seguir la actualidad, no solo la política, sino también la artística, cinematográfica, teatral, literaria y de cualquier otro género. Él, en los primeros tiempos, había tratado de

persuadirlo de salir de la torre de marfil, y un día, sin decirle nada, compró un abono para los dos (por tanto, con descuento) para la Semana del Cine Canadiense. Bueno, pues solo podía decir que algo así no volvería a hacerlo jamás. Mejor omitirlo. Y así, en dos años, se había perdido un montón de cosas interesantísimas. Es cierto que también estaban los semanarios y la televisión, para estar al corriente, pero nunca sería como oír y ver en vivo.

Se paró en el semáforo de la plaza Castello, por el espejo retrovisor vio el 124 de la mancha gris en la fila, detrás de otros cinco o seis vehículos. El problema siempre era el mismo: educar, abrir horizontes, difundir la cultura y el civismo a todos los niveles, en todos los campos. No se podía esperar un comportamiento socialmente responsable de gente a la que le faltaba una toma de consciencia. Massimo, en cuanto miembro del establishment, se tapaba metafóricamente (y no metafóricamente también) las orejas cada vez que él abordaba el incómodo argumento; pero esa era la estrategia del avestruz, que antes o después le costaría la reputación. La historia no perdonaba los egoísmos particulares, la ceguera aristocrática.

Mientras aparcaba bajo el monumento a Carlo Alberto pensó que, si en el futuro las cosas fueran a peor, Massimo siempre podría contar con él, con su modesta buhardilla. Lo escondería, lo alimentaría, lo protegería de la violencia revolucionaria que, en su sed de absoluto, no iba a detenerse a distinguir entre un individuo y otro. Y quién sabe si Massimo, una vez consciente de la nueva realidad, no pondría entonces su inmensa inteligencia, sus dotes excepcionales, al servicio de…

El 124 azul se había parado, en segunda fila, en una esquina de la plaza. Lello trató de ver quién iba al volante, pero los rayos de sol, que descendían oblicuos desde los tejados, lo cegaban. Quizá era alguien que iba a la conferencia, se dijo; y buscando en el bolsillo el carnet se encaminó hacia la Unión Cultural.

14

La primera persona que el comisario vio en el pasillo fue a Zavattaro, que salía en ese momento del despacho de De Palma. Llevaba la chaqueta puesta ahora, y la camisa abrochada hasta el último botón. Un segundo después, Zavattaro lo vio a él y su expresión pasó en un relámpago del más absoluto aturdimiento al odio más sangriento. El

comisario lo vio echársele encima con el puño levantado y la boca gruñona.

—¡Yo le denuncio, sabe! ¡Le pido daños! —se puso a gritar—. ¡Ya verá cómo me la paga, una difamación así! Pienso buscarme un abogado y más listo que usted, ¿qué se ha creído?

Sin embargo, el puño se quedó a media altura. Nicosia, que llegó por detrás, lo aferró por el brazo haciéndole una llave de lucha.

—Pero ¡qué hace!

—¡Ha sido este bastardo hijo de bastardo! —gritó Zavattaro revolviéndose, pero solo para mirar a Nicosia—. Ha sido él el que os ha mandado a verme, con ese otro tocanarices, ¡estoy seguro!

—Comisario —dijo Nicosia resoplando—, este se ha vuelto loco.

Zavattaro se aflojó entonces como una marioneta y su piel, y también su cráneo, se pusieron rojos. El doble engaño lo redujo a un balbuceo incoherente.

—Venga, deme un cigarrillo —dijo el comisario.

Nicosia soltó la presa y Zavattaro, intentando sonreír, se hurgó en el bolsillo y le tendió, conciliador, el paquete.

—Yo no he hecho nada, señor comisario —empezó a gimotear—, yo no tengo nada que ver, se lo he dicho también esta mañana. No lo he visto nunca, a Garrone, puede preguntar a todos mis subordinados. Si usted me hubiera dicho enseguida quién era, yo le habría hecho hablar con todos. Yo no sé nada…

—Mucho mejor, mucho mejor —dijo el comisario alejándose. Zavattaro lo siguió unos pasos, aún farfullando su declaración de inocencia, luego se detuvo. Al comisario, mientras entraba De Palma, todavía le quedó una impresión de ojos negros y malvados, que no perdonan.

—¿Qué ocurre? —dijo—. ¿Zavattaro ha tenido otras visitas?

De Palma estaba con Magliano.

—Sí —dijo Magliano—, la nuestra era la tercera y por eso nos ha recibido así de mal. Parece que apenas saliste tú con la «pariente» de Garrone, llegó otro a preguntarle por el arquitecto.

—¿Quién?

—No lo sabe. Dice que no lo había visto nunca. Un joven rubio, bien vestido, con un 500 amarillo.

—¿Y qué quería?

—Le ha preguntado también si hacía negocios con Garrone.

El comisario se sentó a horcajadas en una silla.

—¿Matrícula? —preguntó.

—Nada, ni un número. Estaba demasiado cabreado para prestar atención —explicó De Palma—. Y hay otra cosa molesta, maldita sea… —Hizo una mueca de dolor y se apoyó cautamente en el respaldo.

—¿Te ha dado el reuma?

Sin responder, De Palma se palpó el costado con una expresión de apache a la escucha; bajo la chaqueta se había puesto un chaleco gris.

—Ese tipo, ese rubito —dijo—, también le ha preguntado por otro, a Zavattaro.

—¿Qué otro?

—No recuerda el nombre, el muy imbécil. No ha habido manera de que lo recordase.

—Su obsesión era el abogado Arlorio —dijo Magliano—. Cuando llegó el rubito todavía estaba digiriendo el desastre, así que se «desahogó» un poco, eso dice, que «se desahogó».

—¿Y tiene coartada?

—Lo del pelirrojo ya lo ha comprobado Magliano: está todo en orden. Zavattaro dice que el martes por la tarde fue a jugar a la petanca con un grupo de la Barriera di Milano y que tiene al menos veinte testigos.

—¿Sabe alguien si juegan con bochas de madera? —dijo el comisario.

—¿Cómo dice?

—Nada. No lo creeríais.

De Palma se movió dos milímetros y maldijo.

—Es una lástima dejarlo marchar —dijo Magliano—, ahora que hemos encontrado las famosas piedras.

—Serán otras piedras —dijo De Palma.

—O las mismas —dijo el comisario—, pero que están relacionadas de alguna otra forma.

—¿Qué otra forma?

—No lo sé. Puede ser que Garrone tuviera en mente un negocio que finalmente lo condujera a Zavattaro, sin que Zavattaro lo supiera aún.

—¿Un surtido de tumbas de segunda mano? —dijo Magliano.

—Si por ejemplo fuera un tema de piezas de excavación falsas —dijo el comisario recordando la frase de Zavattaro—, no me extrañaría lo más mínimo.

—Ya —dijo De Palma poniéndose a pensar en esa dirección—. Solo que el gran mercado de ese tipo de cosas está en Roma y en Sicilia —

añadió después de un rato.

—¿Viajaba mucho el tal Garrone? —preguntó Magliano.

—En las últimas semanas siempre durmió en la vía Peyron, según la hermana. Antes, no sabemos. De vez en cuando desaparecía durante dos o tres días, pero quizá solo iba a la vía Mazzini con alguna rubia.

—Y los interrogatorios —preguntó el comisario— ¿qué resultados han dado?

—Ninguno, ya los he dejado —dijo De Palma—. No he llamado ni a Bauchiero ni a la señora Tabusso, y a las otras las he devuelto a su sitio. Ah, y la bolsa la venden en los Almacenes Sigma, catorce puntos de venta en Turín. Recibieron seiscientas a finales de abril y se han vendido como churros.

—¿Huellas?

—En la tela, obviamente, no —dijo Magliano—. En el interior, que es de plástico, nada. Y tampoco en el impermeable. Hemos ido también a inspeccionar sobre el terreno por si la luz del sol sacaba a relucir algo más, el tubo, por ejemplo, pero no hemos encontrado más que colillas y preservativos, un peine, un boli…

—Escúchame un momento —empezó De Palma. Se mordió el labio, luego dio un fuerte puñetazo en la mesa, pero su cara, en vez de alivio, mostro señales de una punzada de dolor aún más insoportable—. Escúchame un momento —repitió en voz bajísima, cargada de respeto por ese dolor imperioso—, ¿sabías tú que en esa zona está también la casa de tu Campi?

—Ahí viven sus padres.

—Pero ¿no me habías dicho que la noche del delito rondaba por la colina?

—Hasta las diez estuvo con su familia. Después, no lo sé. Puedo indagar más si te parece sospechoso.

—No, no. Si es toda la maldita colina la que me parece sospechosa.

El comisario pensó en cómo había pasado la tarde y bajó los ojos.

—He ido también al Capriccio, con Rappa —dijo Magliano—. No consta que Garrone haya alquilado nunca una habitacioncita allí, y rubias ven dos docenas al día, son la mayoría absoluta.

—Pero ¿qué es? —preguntó el comisario con la sensación confusa de estar cerca, en la oscuridad, de una silla olvidada en medio de una habitación—, ¿un restaurante-hotel?

—Un hotel nocturno. Pero dicen que ellos solo tienen vigilado lo que ocurre en las habitaciones. Lo que sucede fuera, en el jardín…

—¿Tienen un jardín?

—Algo así: hay una típica pista de baile bajo los árboles, y lo demás es un terreno más o menos como el de la señora Tabusso. La gente va allí a hacer sus cositas.

El hombre de azul que se atusaba el pelo en la nuca reemergió de la tarde del comisario. ¿Era eso la silla? ¿Valía la pena aferrarse a esa brizna de nada?

—¿Habéis visitado a las Tabusso? —preguntó.

—He ido yo —dijo De Palma—. Quería disfrutar de un poco de gratitud. No se puede vivir solo de insultos.

Magliano se echó a reír con malicia.

—Pero no he tenido éxito —continuó De Palma—. Esa lo que quiere en su prado es una vigilancia militar.

—¿Y la hermana?

—Me ha llevado al sitio desde el que vio a la rubia. Es una soltera un poco nerviosa, pero no parece una histérica ni una exaltada.

—¿El dolor de estómago?

—No sé qué decirte. No descarto que una cierta, digamos, curiosidad por lo que ocurre en el terrenillo la tendrá, pero no me ha parecido una mirona.

—¿Y la zona de voyeurs? —preguntó Magliano.

—Según Rappa —dijo De Palma—, todas se están convirtiendo en zonas de voyeurs. Pero él está contento, dice que si sigue así resolveremos pronto el problema de la superpoblación.

—Y el problema de Garrone, ¿cómo lo resolvemos?

De Palma cerró los ojos como si quisiera hacer creer a su reumatismo que se había echado a dormir; después, con vacilante circunspección, empujó la mano hacia un cajón, lo abrió despacio y sacó al azar una de las ampliaciones de la Científica. La depositó en la mesa y se quedó mirando la cara surcada de arrugas, la boca crispada, los ojos de par en par, estupefactos, del arquitecto asesinado.

—No lo sé —dijo—, necesitamos una idea.

15

La sala estaba a oscuras, el proyector zumbaba. El americanista Bonetto se sentaba de medio lado, de manera que pudiera ver la pantalla para películas de 16 mm, abierta entre dos postes contra la

pared del fondo; delante de él, encima de la mesa, una pequeña lámpara le iluminaba los folios de la conferencia.

—La comunidad fluvial de Fathead Ridge —leyó— constituye un ejemplo extremo, aunque para nada atípico, de esta nueva conciencia americana respecto a la ecuación épico-histórica y ecológica: Río igual a Vida.

En la pantalla aparecieron pintorescas colinas cubiertas de bosques sobre un fondo de picos nevados. La cámara se había colocado sobre un Jeep en marcha (se veía una parte del capó en primer plano) que circulaba por una carretera sin asfaltar, entre rocas y prados verdes. El filme carecía de banda sonora.

El americanista Bonetto echó una ojeada al público, tratando de distinguir al joven Darbesio. Durante los primeros cuarenta minutos de la conferencia, el secuaz de Marpioli había estado sentado en la tercera fila, los ojos ofensivamente entrecerrados, las manos en los bolsillos, el tronco encajado en la butaca en una pose de perezosa resignación. Pero ahora, en la penumbra, las siluetas se confundían, las cabezas se mezclaban como en un indistinto campo de girasoles. El americanista Bonetto retomó la lectura:

—Precisamente en la medida en la que rompe ya sea con el «sistema», ya sea con las tradicionales formas de lucha contra el «sistema», y exaspera la protesta en clave polémicamente lateral, la comunidad de Fathead Ridge ha sido en gran parte ignorada tanto por los medios de comunicación como por sus opositores radicales. Se trata de un unicum, orgulloso y aislado, que rechaza toda forma de fácil proselitismo y cuya actividad es, por tanto, prácticamente ignorada incluso en Estados Unidos.

Un rumor de complacida excitación se alzó del público. En la pantalla apareció una cuenca en ligera pendiente, atravesada por un ancho torrente y salpicada de roulottes y tiendas de campaña color turquesa, naranja, blanco, entre las cuales se movían una treintena de personas, casi todas de raza blanca y casi todas vestidas con harapos multicolores y adornadas con amuletos, collares, pendientes y cintas. Tres o cuatro niños parecían totalmente desnudos.

—Este documental —precisó el americanista Bonetto— se rodó en el periodo híbrido en el que la comunidad conservaba todavía la aportación de anteriores experiencias desacralizadoras. Pocos meses después, cuando tuve la ocasión de visitar Fathead Ridge... —un murmullo de admirado respeto surgió de la oscuridad—, las posiciones

del grupo eran mucho más avanzadas, intransigentes. Y ahora, por lo demás, son muy visibles las señales de la futura evolución: algunos miembros, fíjense bien, llevan botas de goma, sencillas chaquetas cortavientos y gorras con visera.

La cámara empezó a remontar el torrente, mostrando a distintos miembros de la comunidad tratando de pescar con sedal. Algunos sentados en taburetes plegables, allí donde el agua formaba amplios espejos iridiscentes; otros en pie sobre peñas elevadas; otros en marcha contracorriente entre las resbaladizas piedras. Muchos niños, en el agua hasta la cintura, se salpicaban unos a otros o estaban agachados observando el fondo bajo vigilancia de las madres. Una pareja joven y sonriente comía embutido sentada en la hierba, con un termo al lado.

—La alimentación íctica —comentó el americanista Bonetto— es todavía, como puede verse, opcional, no se advierte todavía como pieza clave de sustento, básica, para la comunidad. La carne bovina, porcina, ovina, además de las aves, disfruta todavía de una relativa tolerancia. Incluso el arenque está ya masivamente presente y la sardina en lata ha entrado en los parámetros de Fathead Ridge. En el transcurso de varios meses se experimentará un salto cualitativo.

En la pantalla apareció de nuevo el pequeño campamento, al crepúsculo. Reunidos alrededor de una hoguera, hombres y mujeres sentados, comiendo y bebiendo, charlando.

—Todo por el río, todo del río. Ese es el lema, el mensaje de Fathead Ridge, reducido a su pura esencia. La droga se irá suplantando poco a poco por el ritual del lanzamiento del guijarro, que no en vano deberá rebotar al menos siete veces en el agua. La nutrición irá adquiriendo también una exhaustiva coherencia ideológica: el pescado, cuyo valor simbólico es inútil destacar, se impone progresivamente como la única y no comprometida fuente de supervivencia. Pero hay más: tendrá que ser, y este es el cambio crucial de Fathead Ridge, exclusivamente pescado del río, de ese, no siempre abundante, pescado por los propios miembros de la comunidad, hasta llegar, paso a paso, al salmón en lata y la trucha congelada.

En la pantalla, una joven tocaba la guitarra abriendo y cerrando la boca, un hombre con camisa de cuadros balanceaba rítmicamente la cabeza. La cámara enfocó, encuadrando también el cielo casi negro y la luna ascendiendo detrás de las montañas. Luego, el documental terminó y las luces, en la sala, se encendieron.

El americanista Bonetto apagó la lamparita y se volvió hacia el

público. Darbesio, con su ojo de pescado hervido, seguía en el mismo sitio en la tercera fila. El americanista Bonetto respiró. Si el tipo se hubiera marchado a media proyección, aprovechando la penumbra, todo se habría perdido: porque era ahora, en ese momento preciso de la conferencia, cuando tenía que detonar la carga de dinamita destinada a Marpioli.

—Nada impide —leyó con gélida calma el americanista Bonetto—, nada impide al observador ignorante o interesado considerar la comunidad de Fathead Ridge un campamento de pescadores cualquiera: fuera de su contexto, vista con el filtro de una simpatética mediación fílmica, la revolucionaria operación de mímesis que se cumple cada día en Fathead Ridge puede fácilmente perder sus connotaciones de drástica tendencia antitecnológica.

El americanista Bonetto hizo una pausa y recorrió con la mirada las ochenta personas que tenía delante: Darbesio, lejísimos de cualquier sospecha, mantenía su actitud perezosa, su deliberada no-participación.

—Quien no le haya dado nunca peso a la importancia de-ter-mi-nan-te del Río en cuanto a Río en la tradición americana —leyó el americanista Bonetto remarcando las palabras—, quien haya ignorado completamente el Río como matriz concreta y alegórica subyacente a toda, y digo toda, la literatura americana no está en disposición, obviamente, de entender la provocativa lección que nos ofrece Fathead Ridge. En Estados Unidos, tal ceguera tanto de buena como de mala fe no es, duele decirlo, infrecuente. Y también en Italia podríamos citar algunos ejemplos macroscópicos. Y queda el hecho…

La patada había dado en el blanco. Darbesio se irguió de lado en la butaca, como alcanzado por un misil Sam 3. Alargando la pausa, el americanista Bonetto observó los ojos, ahora como platos, del joven arribista, que se hurgaba en el bolsillo interior de la chaqueta. Trataba de tomar algún apunte escrito, el muy lameculos. Que lo hiciera, que lo hiciera: cuanto más exacto el dato, más le dolería a su jefe.

Había sido una idea formidable la de echar en cara a Marpioli precisamente el hecho de no haberse preocupado nunca de la cuestión fluvial americana; el americanista Bonetto no se arrepentía de las veinticuatro horas de gestación que había necesitado para llegar a una «respuesta» tan sencilla y letal. Se dio cuenta de que estaba bañado en sudor, vacío y ligero como después de un descanso. Se sirvió un vaso de agua mineral, lo saboreó burbuja a burbuja, y continuó leyendo su

conferencia.

16

A saber si en Monferrato había río. Parado delante de un escaparate de artículos de caza y pesca, Lello se dio cuenta de que no sabía nada de esa antigua región piamontesa. Tenía una parte montañosa, donde estaba sin duda la villa de Massimo, y también una zona de llanuras, quizá atravesada por ríos como el Tanaro o el Dora. En cualquier caso, algún tipo de cauce de agua accesible con el coche encontrarían.

En el escaparate, dos maniquís se miraban con sus sonrisas manidas: el de la derecha vestía el traje negro de submarinista, las aletas, las botellas a la espalda; el de la izquierda vestía un traje completo de tela verde, botas de goma a medio muslo, y tenía en la mano una caña de pescar de metal. Otro montón de cañas estaba apoyado en el rincón, y en el suelo se alineaban los anzuelos, carretes de nailon, minúsculas bobinas de colores y gran cantidad de pequeños chismes con manivelas que servían presumiblemente para recoger hilo con la caña cuando el pez picaba. Lello no se había interesado nunca por la pesca, pero ahora veía que debía de tratarse de una actividad que requería un esfuerzo notable. Era eso lo que Massimo no quería admitir: una conferencia como la que acababa de ver te abría nuevas perspectivas, te sugería nuevos estímulos y conocimientos, en una palabra, te enriquecía.

Estaba el problema, pensó alejándose, de cocinarlo, el pescado. Mientras fueran peces pequeños que solo hubiera que freír enteros, él se sentía capaz: un ligero enharinado, una sartén con aceite caliente y listo. Pero ¿y si pescaban alguna bestia de un kilo, o de tres kilos? Había que limpiarlos, sacarles las tripas con las manos, operaciones poco adecuadas para alguien tan sensible como él, que con solo ver un poco de sangre se desmayaba.

Lo hablaría con Massimo: seguro que habría alguna vieja campesina que se ocupara de esos pormenores repugnantes. Tras lo cual, en una bonita cama de brasas, mientras quizá Massimo le ayudaba a poner la mesa…

De repente, recordando que a mediodía no había comido más que un bocadillo de salami, le entró un hambre tremenda y se apresuró hacia el cartel de hierro colado del restaurante La Pala.

Una enorme dulzura, una serena suavidad ralentizaban todos los gestos de Anna Carla. Era consciente y feliz de una manera también atenuada, placentera, como si acabase de nevar en su interior. A través de su filtro de secreto silencio fluían los sonidos, las palabras, del mundo exterior, dejando rastros preciosos, tintineos de cuberterías de plata, rumor de agua vertida en vasos de cristal, la voz de Vittorio que hablaba de Fráncfort.

—¿De verdad es una ciudad tan fea, Fráncfort? —le preguntó pensando en la avenida Belgio. Le parecía imposible que hubiera ciudades feas, hombres malos, guerras, revoluciones.

—Es un lugar al que no iría nadie si no fuera para hacer negocios.

Entonces, ¿también los negocios, pensó Anna Carla, eran en definitiva tan sórdidos? Grandes pintores venecianos, toscanos, holandeses habían sabido hacerse con colores y luces y rostros y manos memorables en el intercambio de país a país, de hombre a hombre, de mercaderías y de riquezas. ¿Qué había de «feo» en un talonario de cheques? ¿En una reunión en el vestíbulo de un hotel de Fráncfort o de Nueva York? Todo dependía de ti, de cómo mirases las cosas, y muchos filósofos lo habían dicho y demostrado. Se propuso hojear una historia de la filosofía, en la biblioteca algo encontraría.

—¿Y cuándo viajas?

—El martes —dijo Vittorio—. Estaré fuera cuatro días.

Si tenía una chica (era bonito, simpático, que espontáneamente se le hubiera ocurrido esa palabra —observó— en vez de la otra: «amante»), si tenía una chica, aprovecharía para llevársela con él. Quizá en todos sus viajes, menos en los que iba con Fontana y, alguna vez, con ella, Vittorio reservaba ansiosamente el compartimento contiguo en el coche cama, el asiento en el avión dos filas después, para esa oculta compañera que le daba algo que su mujer no le daba. Anna Carla no sintió ningún tipo de enfado, ni siquiera curiosidad, solo una sensación de cálida, desbordante misericordia hacia la chica, hacia Vittorio, hacia Massimo, hacia Zavattaro, hacia Garrone, hacia todos los seres humanos empeñados en tejer y volver a tejer sus trémulas y fortuitas telas de araña de una esquina a otra de la vida.

—Así que me temo que también mañana pasaré el día con Fontana —suspiró Vittorio—. Tenemos todavía varios asuntos que preparar.

—Qué aburrimiento.

—¿Te molesta? ¿Querías ir a Stresa?

—No, solo era una idea, llamaré a Pucci, le diré que mejor vamos el próximo weekend. Además, yo tampoco podía, mañana tengo encima a la americana de Federico.

—¿La vas a invitar a comer aquí?

—No, recurriré a la inevitable colina.

No eran mentiras, eran «ajustes», retoques al borrador de lo que iba a ser el sábado. Quizá era mañana cuando Vittorio iba a ver a su chica y a Fráncfort iba a ir de verdad solo. Y así estaban el uno frente a la otra, en lados opuestos del tablero de hilo, cada uno moviendo cautamente sus piezas. ¿Somos dos infames, dos hipócritas?, se preguntó Anna Carla con estupor. ¿La marchita pareja burguesa perfecta para ser criticada por todos?

Sin embargo, no había nada corrupto, nada postizo, en el afecto que sentía por Vittorio, de eso estaba segura. Su matrimonio no estaba «en crisis», ninguno de los dos estaba «decepcionado» por el otro. ¿Entonces?

Se levantó con él, lo cogió del brazo y mientras pasaban al salón se golpeó la cadera contra el marco de la puerta.

—Perdona, ¿te has hecho daño?

—Culpa mía. Soy torpe.

Encendió las luces y las veinticuatro rosas que había comprado una hora antes (preciosas, a un precio ridículo, pero sin perfume) le ofrecieron una solución propia a los problemas del universo. Les roses de la vie… En casa debía de haber uno, un Ronsard. Cuando iba a la universidad, un compañero de cada tres, en cuanto se quedaba solo con ella, le citaba esa famosa frase. Pero los versos del viejo poeta escondían mucho más que mera galantería. Los hinchas que el domingo corrían al estadio y las ancianitas a su bendición, los empleados que a las diez dejaban el escritorio para ir a tomar un café, los muchachos que pasaban en sus motocicletas ruidosas, ¿qué otra cosa hacían sino coger las rosas de la vida? Todos los hombres, del más austero al más frívolo, del más rico al más miserable, perseguían en realidad, sabiéndolo o sin saberlo, esa única meta. ¿También Kant? Exacto, también Kant, a su manera. ¿Lenin también? Bueno, con poco que se buscase, seguro que él también. Quizá para ellos era la propia revolución la rosa de la vida. Se imaginó a Lenin, con su sombrerillo, gritándole a la nada (en Rusia todos hablaban francés): Vivez, si m'en croyez, n'attendez à demain! Si

le quitabas la jerga de líder popular, el concepto era ese, ¿no?

Pensó en llamar a Massimo para preguntarle si como teoría se sostenía, pero descubrió que no le apetecía verlo ni hablar con él, prefería ir por su cuenta.

—¿Te molesta si nos cambiamos a la biblioteca?

—Para nada.

Pasaría la tarde así, en estudioso recogimiento. Y también por la mañana, después de jugar un rato con Francesca...

—¡Qué pesado es Federico! —dijo irritada, pensando en los lentos y vanos vagabundeos por el Balùn. Vittorio murmuró una vaga frase de conmiseración y se sentó con las piernas extendidas y los brazos colgando a ambos lados de la butaca.

—Se te ve cansado.

—Es que estoy cansado.

Ella dudó.

—¿Quieres que te lea algo?

—¿Como qué?

—No sé. Lenin.

—¡Santo cielo! —exclamó Vittorio—. ¿Tú también?

Ella, desde el respaldo, le abrazó la cabeza. No lo había querido nunca tanto, a él y a los tres millones de hombres que poblaban la tierra.

18

Volviendo al coche, Lello pasó junto al 124 azul todavía aparcado en una esquina de la plaza Carlo Alberto. Dentro no había nadie, el tipo debía de vivir por allí. Además de la mancha de masilla en el guardabarros, tenía también el parachoques torcido, sobre todo en el lado derecho. Salto de un ceda e impacto lateral. Lello, que desde que tenía coche leía cada día la página de los accidentes de tráfico, pensó preocupado que tarde o temprano algo así le pasaría a él. Hasta el momento había conseguido mantener el coche intacto, pero no duraría eternamente. Botta había tenido tres accidentes en seis meses (beneficiándose encima, por supuesto, porque, casi como si fuera aposta, las tres veces la culpa fue del otro).

Salió despacio, aunque sabía que una conducción prudente no le garantizaba nada: eran siempre los otros con los que había que tener

cuidado. En el tercer semáforo de la vía Roma distinguió el 124 entre los coches que llevaba detrás e intuyó una sospecha que inmediatamente descartó por absurda. Por fuerza tenía que ser una casualidad. Sin embargo, al llegar a la plaza Carlo Felice, en vez de torcer a la izquierda, hacia casa, torció a la derecha y después cogió por la vía Sacchi: quería ver qué pasaba.

Y efectivamente, vio.

Cosas de otro mundo, pensó entre divertido y escandalizado. Turín había llegado a un punto en el que un chico decente ya no podía ir en coche solo después del atardecer sin que lo siguieran, molestaran o confundieran con un chaval de la calle o peor. Los periódicos tenían razón, era una vergüenza y un escándalo, sin contar el peligro. ¿Qué demonios hacía la policía?

Al final de la vía Sacchi, sin embargo, la enormidad misma de la situación le reavivó la duda de haber dado cuerpo a una sombra. Torció por la avenida Sommeiller y se adentró por los negros y rígidos bloques de aquel barrio siempre aplastado por un sello de oscuridad y silencio; con un poco de inquietud giró a la derecha, luego a la izquierda, luego de nuevo a la derecha, haciendo una greca dictada por los sentidos únicos. Aceleraba, frenaba, esperaba, arrancaba. Y cada vez, del cruce precedente asomaban los dos faros, la silueta del 124 se rezagaba un poco, luego, con amenazante lentitud, enfilaba la calle por la que iba él. No podía ser una casualidad: alguien lo seguía.

Lello se rio nervioso. ¿Qué debía hacer? ¿Pararse, bajarse y enfrentarse al perseguidor? Pero, en cualquier caso, no aquí, en estos pasadizos ávidos de luz y de transeúntes. Mejor volver al centro, también porque supongamos que en el 124 fueran tres o cuatro; no tenía ningún interés en que lo molieran a palos y lo desplumaran. En la billetera llevaba 9000 liras y en la muñeca el Omega de oro que le regaló Rino…

Abrió la boca y el nombre le descendió como una piedra lisa hasta el estómago. Era Rino…, ¡era el ingeniero Costamagna el que lo estaba siguiendo! No podía ser otro que él. Se llamó estúpido por no haber caído antes. ¿Dónde había visto por primera vez el 124? En los alrededores de la oficina, donde precisamente Rino venía a esperarlo cada tarde en los tiempos de su relación, tres años atrás. Un hombre ya de lleno en la madurez, pero tímido, cerrado, introvertido, posesivo por tanto, por no decir pegajoso. En todos los amores, por otra parte, uno de los dos siempre sufría más de lo que hacía sufrir, y en su caso había sido

el ingeniero Costamagna el que llevó la cruz. No es que él lo hubiera tratado nunca con crueldad premeditada: lo había querido sinceramente, había pasado con él horas muy felices, pero luego, cuando llegó Massimo…

Tranquilizado, Lello se dirigió a casa sin prestar más atención a su perseguidor. Era como llevarlo con una correa, pobre Rino. Lo había convertido en una enfermedad, había necesitado meses, conversación tras conversación, para convencerlo de que entre ellos todo había de verdad acabado. Siempre volvía a la carga, llamaba, mandaba notitas, regalitos; y cuando él, venga y venga, empezó a perder la paciencia y se lo demostró, no por ello el ingeniero Costamagna perdió la esperanza. ¿Cuántas veces, caminando hacia Massimo a la salida de la oficina, vio el coche de Rino (por entonces un Fiat 1300 color turquesa) parado en paciente espera en los alrededores? Escenas en público nunca se produjeron, gracias al cielo, porque el ingeniero Costamagna era una persona muy reservada, un señor; y en cuanto a Massimo, entendió enseguida la situación, tan humana, y no se enfadó. Pero es verdad que aquel fue un periodo de tiempo penoso, a veces exasperante. Ojalá no empezase de nuevo.

Dejó el coche en la vía Berthollet y se encaminó hacia el portal sin mirar alrededor. Rino tenía un carácter taciturno, esquivo, igual que una tortuga: se dejaba ver, quería que él lo viese, pero en el último momento se recogía de nuevo en su caparazón. Un enamorado a la antigua. No había peligro de que bajase del coche para seguirlo, su humilde objetivo, esa tarde, ya lo había alcanzado, pobre oso triste.

Subiendo por la escalera a oscuras, Lello recordó que se habían conocido en junio, en aquella exposición retrospectiva de carteles publicitarios de los Balcanes, y el ingeniero Costamagna, como todas las personalidades un poco frustradas, replegadas en sí mismas, era capaz de recordar la fecha exacta. Quizá el aniversario era justamente hoy y a eso se debía el seguimiento. Lello deseó que no fuera un verdadero reencendido de la llama, sino solo una pequeña, patética, celebración. Porque en ese caso…

Ya en casa se acercó rápidamente a la ventana que daba a la plaza Madama Cristina, sin encender la luz. El 124 no se veía. Lello se quedó apoyado en el alféizar, conmovido pese a todo. No podía considerar al ingeniero Costamagna como un simple episodio de su vida; la suya había sido una relación válida y llena de vida, el intercambio personal, el diálogo (en el sentido profundo de la palabra, porque Rino, es

verdad, hablar, hablaba poco) había sido continuo y mutuamente provechoso. Se recuperó un poco, y con una sonrisa melancólica fue a tientas hasta el mueble de los discos, encendió la lámpara de ópalo, buscó la Sexta sinfonía de Beethoven. ¡Cuántas veces la había escuchado con la cabeza en el regazo del ingeniero Costamagna!

Puso en marcha el tocadiscos y se tumbó bocabajo en la alfombra, con la barbilla entre las manos. Rino era fanático de la música sinfónica, se sabía docenas de piezas movimiento por movimiento, nota por nota, y a veces se ponía de pie en el centro del salón y «dirigía» la orquesta con grandes gestos, sobre todo en los «largos». Su mayor arrepentimiento —decía siempre— era no saber tocar ningún instrumento musical; con el piano, de niño, llegó a aporrear modestamente Campagnola bella, pero después ya no tuvo tiempo para dedicarse. ¡Pobre, pobre Rino!

Un golpe seco, metálico, rompió las ondulaciones de los arcos. Pero no venía de la orquesta de Toscanini, venía del pestillo de la puerta. Lello se irguió sobre un codo, helado.

Eso es lo que ocurre cuando uno se deja llevar por el sentimiento (y cuando vive en una casucha con el portal siempre abierto), pensó asustado. Había subido hasta allí, había espiado, y con las primeras notas de la Sexta había entendido una concesión, una invitación. Alargó el brazo para apagar, pero entendió que sería peor. En todo caso, era mejor subir el volumen, de manera que el ingeniero Costamagna pudiera pensar que él no había oído llamar. Pero en ese caso insistiría.

—¡Maldita sea! —dijo Lello en voz baja—. ¡Malditamente sea!

Se levantó y fue como un gato hasta la entrada. Y justo cuando acercó la oreja a la puerta se oyó otro golpe, discreto pero concienzudo. El corazón de Lello empezó a latir deprisa. Al otro lado no se oía ni un suspiro, Rino debía de estar petrificado por la tensión, por la esperanza. Y sí, le daba pena, pero con qué derecho se atrevía a…

Decidió abrir. Esa escena de ambos con las orejas tiesas a veinte centímetros el uno del otro era sencillamente de risa, indigna de su viejo amor. Lo recibiría con afectuosa indulgencia, pero dejándole bien claro que no era oportuno insistir. Un whisky, un poco de música, si le apetecía, y luego un apretón de manos y un último y definitivo adiós. Sus dedos ya rozaban el pomo cuando percibió un rumor ligero pero aterrador.

Parecía una uña arañando la madera, pero por alguna razón Lello sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Era un rasgar no impaciente,

y tampoco implorante. Más que nada, recordaba el gesto distraído, involuntario, de alguien que está seguro de que le van a abrir, antes o después. Lello tuvo la impresión de que al otro lado de la puerta no estaba el ingeniero Costamagna, sino un perro. Eso es lo que era: el rasgar de un animal.

Contuvo la respiración, y el ruido cesó. Lello retiró la mano despacísimo, con miedo de que le crujiera algún hueso. Un nuevo golpe en la puerta casi lo hace caer de rodillas. Sin saber por qué, la escena se había adentrado en la pesadilla. Esperó inmóvil en el recibidor, en la penumbra, mientras de fondo Beethoven subía y bajaba sin fin. ¿Cuándo se irá?, pensaba. ¿Cuándo se decidirá a dejarme en paz?

Finalmente oyó unos pasos —pesados, inconfundibles— alejarse, y luego volver…

¡Venga, va!, pensó Lello intensamente. ¡Vete ya!

Un minuto. Dos. Luego los pasos se alejaron de nuevo, definitivamente. Se perdieron —con triste y resignada cadencia— por la escalera. Dos pisos más abajo, la puerta del ascensor se cerró. Lello corrió al tocadiscos, apagó al maldito Toscanini y la lámpara, se colocó en un lado de la ventana. Pero desde la buhardilla el portal no se veía, y nadie cruzó la plaza.

Pasados diez minutos, Lello fue a la cocina, puso dos cubitos de hielo en un vaso y se sirvió cuatro dedos de whisky. Después, tras un largo sorbo, encendió un cigarrillo y llamó por teléfono a Massimo.

Nadie respondía. Remarcó el número: nada, no había vuelto. O si había vuelto, a saber dónde estaba; cuando se le necesitaba para un consejo, un desahogo, una palabra amiga, no estaba nunca. Además, todavía no habían organizado bien lo del Balùn.

Se quedó de pie en medio de la habitación, con el vaso en la mano, nervioso. Fue al baño a tomarse un tranquilizante, volvió a la ventana, se sentó en el sofá, volvió a levantarse, volvió a llamar a Massimo. Nada. Encendió la televisión: ponían canciones estúpidas y un documental sobre la crisis del corcho en Cerdeña. No le apetecía leer, se sentía muy intranquilo. Un paseo habría sido ideal, para calmarse, pero el ingeniero Costamagna podía estar todavía atrincherado en los alrededores. Si le había dado un ataque de nostalgia, era capaz de pasar la noche en el coche, espiando su ventana y el portal.

¿Y mañana, pensó de repente, cómo hago para salir?

La única solución es que Massimo fuera a recogerlo. Volvió a llamarlo. Nada, no estaba.

Le entró una rabia violentísima, que sabía que no podría desahogar de ninguna manera. Estaba encerrado en una jaula, solo. Se le pasó la idea de bajar y emprenderla a puñetazos con el ingeniero Costamagna, y después ir a esperar a Massimo a su casa y darle de puñetazos a él también. Recordó que nunca se había dado de puñetazos con nadie en toda su vida, y en un gesto de furia incontrolable volcó el vaso de whisky, todavía medio lleno, sobre un cojín de lana amaranto. Corrió al baño vociferando, humedeció un pañuelo en agua caliente y volvió para limpiar el desastre; y según la mancha se iba diluyendo, poco a poco su rabia se aplacó.

Era imposible que Rino se quedase allí toda la noche: en el peor de los casos volvería por la mañana a las nueve, porque sabía que él los sábados no salía nunca antes de las diez. Y él, por su parte, se escabulliría a las ocho, dejando una nota dirigida a Massimo pegada en la puerta, bien visible. Así, en caso de que no hubieran podido confirmar la cita por teléfono, Massimo, cuando fuera a la casa, sabría exactamente dónde encontrarlo en el Balùn; y además, lo más importante, el ingeniero Costamagna, si volvía y leía también la nota (como seguramente haría), pillaría la indirecta y se retiraría de una vez por todas. Bastaba con que fuera una nota de tono íntimo, claramente escrita por alguien que tenía el corazón ocupado.

Contento con su plan, Lello cogió una hoja y un lápiz.

4 Así en el original, con ortografía alemana incorrecta.

VIII

—This —dijo el americanista (sábado por la mañana)

1

—This —dijo el americanista Bonetto abarcando con un amplio gesto la plazuela irregular y accidentada donde habían desembocado con dificultad entre la muchedumbre, y un abanico de callejuelas flanqueadas por casas decrépitas, tiendas roñosas, almacenes casi en ruinas, barracas y puestos de mercado, que extendían hacia dos plazas más grandes sus cúmulos de cacharros y viejos trastos en venta— is the Balloon.

—Fascinating! —dijo la americana amiga de Federico.

—Fascinante —tradujo, a beneficio del propio Federico y de Anna Carla, el americanista Bonetto.

Un movimiento de la multitud los separó, empujando al americanista y a la americana contra una carretilla de zapatos usados, y a los otros dos hacia una montaña de mesas coronada con un cartel que decía: COSAS BELLAS.

—Muchísimas gracias, eh —dijo entre dientes Anna Carla.

Federico fingió no haberla oído aprovechando el lacerante fragmento de ópera que salía de un fonógrafo en prueba.

—¡Qué divertido! —dijo apresuradamente señalando el primer objeto, un desportillado orinal floreado que le pareció merecedor del adjetivo. Señaló a continuación una Blancanieves de yeso, una cromolitografía del «encuentro de Teano», y unos cencerros valdostanos para vacas. Después, ante la mirada hostil de Anna Carla, se calló.

—Disculpa —le dijo—, no he sido yo el que le ha dicho que viniera.

—¿A quién?

—A Bonetto. Ha sido Sheila quien…

—No es Bonetto en particular el que me fastidia, es más bien Sheila, perdona que te diga.

—Ah, bueno, entonces di que soy yo.

—Pues claro que lo digo. ¿A ti te parece manera? Primero me suplicas que saque de paseo yo a tu turista, porque tú no puedes en absoluto. Y luego me caéis encima los tres y me arrastráis en alegre comitiva, cuando yo… ¡Para ya! —gritó, arrebatando de la mano a Federico el cencerro que había cogido y que hacía sonar, para contenerse, con un ritmo lúgubre y bronco—, cuando yo, si hay algo que odio son las comitivas, sobre todo alegres, y además esta mañana tenía cien mil cosas que hacer.

—Pero qué cosas, bah. Si me habías dicho…

Ella lo interrumpió con firmeza.

—Escucha —le dijo—, tú ahora te las apañas. Búscame una excusa. Di que me he perdido.

Miró hacia la carretilla de zapatos en busca de los otros dos y los vio ya mucho más allá, delante de una especie de gruta de la que asomaban fogones oxidados y pilas de cacharros de cocina.

—No estarás diciendo en serio que quieres irte —dijo quejicoso Federico—. ¿Y a mí en qué lugar me dejas? Vale, lo he hecho mal, de acuerdo, pero si te dijera que…

—No lo digas.

—¿Qué? Quería decir que lo he hecho precisamente por…

—Exacto. No lo digas.

—… para estar un rato contigo.

Eso es. Lo había dicho. Con ese tono suyo tan bobo, tan soso, petulante, había ensuciado las palabras que desde ayer le resonaban en el oído como una música. La comparación la llenó de una indecible ternura y, al mismo tiempo, de la más soberana indiferencia por el gusano que tenía delante.

—Lo has dicho —dijo—. Adiós.

Pero no pudo volverse e irse enseguida, apresada como estaba entre dos mujeres interesadas por el encuentro de Teano. Federico levantó las cejas.

—Fría y desdeñosa, sí —dijo mirándola con imprevista curiosidad —. Pero tan fría como hoy no te había visto nunca.

—¿No? —respondió ella irónica.

Y en ese mismo momento se dio cuenta con terror de que era verdad y que el otro de inmediato había sospechado algo.

—No —dijo Federico mirándola más curioso e inquisitivo que nunca.

—Ay, mira... —Hacía tiempo mientras buscaba frenéticamente una distracción.

Increíble, pensó. Debía de haber miles de maneras de conseguirlo, pero en ese instante no se le ocurría ninguna. Y aún más increíble: el hecho de que un pretendiente ocasional, y más que nada telefónico, como Federico, jamás tolerado más que de broma, por frívola convención, hubiera podido apercibirse de un detalle como ese y sospechar enseguida que...

—Escucha, estoy nerviosa, me he levantado mal —dijo conciliadora —, pero ahora prefiero irme un rato por mi cuenta. Quizá nos vemos luego en el café. ¿Te parece bien?

—¿En qué café?

—En el de la otra plaza, ¿no? Donde está el café.

Se abrió paso entre las dos estudiosas del Risorgimento y consiguió, pese a la multitud, alejarse bastante rápido; tanto que enseguida estuvo fuera de la plazuela y casi adentrándose en uno de los callejones, cuando, tratando de sacar los cigarrillos del bolso que sujetaba con la mano izquierda, se dio cuenta de que todavía tenía el cencerro valdostano en la derecha.

2

Lello se paró de golpe en medio de la calle, cubriéndose la cara con las dos manos.

—¡Oh, no! —sollozó.

Había llegado con antelación por el río, evitando las aglomeraciones de Porta Palazzo, y había aparcado el 500 en la periferia última del Balùn, delante de la verja del viejo Arsenal, donde estaba seguro de encontrar siempre sitio. Continuando después a pie por las vías y los destartalados depósitos de la Ciriè-Lanzo, se felicitó a sí mismo por su astucia: ya a la altura de la comisaría de Borgo Dora no había ni un sitio libre; y mucho menos más adelante, en la calle que llevaba a la plaza y al café de la cita. En esa calle los coches estacionaban apretados incluso en el lado donde estaba prohibido, algunos incluso en doble fila, y muchos tenían ya su multa.

Sin embargo, se había indignado, en sábado esas prohibiciones y

esas multas eran absurdas, puesto que el tráfico normal estaba obstaculizado por el Balùn. Y al ver a un guardia ocupadísimo precisamente en meter papeletas bajo los limpiaparabrisas, hizo una mueca de conmiseración: mientras guardias y policías continuaran preocupándose de los coches aparcados en vez de ocuparse de los delincuentes sueltos, era inevitable que los crímenes como el de la vía Mazzini siguieran impunes. A no ser que el lunes, sonrió con esperanza y orgullo, a no ser que el lunes… Pero mientras, casualmente, su mirada pasó del guardia al coche que el guardia estaba multando. Y eso fue lo que lo hizo detenerse de golpe con las manos en la cara.

—¡Oh, no! —repitió con exagerada consternación y no carente, en el fondo, de cierta fútil complacencia.

Porque no había duda de que ese coche azul, con el parachoques torcido y el guardabarros derecho manchado, aparcado ahora en la vía Borgo Dora, era el mismo que lo había seguido la tarde anterior con tanta obstinación. El 124 del ingeniero Costamagna.

3

Cuando el ingeniero Piacenza y su señora se hubieron marchado, el señor Vollero salió de su escondite secándose la frente con su pañuelo: había faltado poco para que lo pillaran precisamente allí, hurgando como el peor de los regateadores entre aquella mercancía inmunda y comprometedora. Miró el lienzo de dos metros de alto —una Coronación de la Virgen— detrás del cual había encontrado refugio y, quitándose una telaraña del codo, se quedó considerando las otras pinturas, unas enmarcadas y otras no, apoyadas contra la pared a ambos lados de la tienda.

Había otra coronación, entre un eccehomo y un Cristo en la columna, también vírgenes con el niño, sagradas familias, sanjuanes, estaciones del viacrucis, figuritas de Cascia y santa Catalina de Siena y de Alejandría, san carlos borromeos rezando junto al ángel que ataca al dragón de la peste… Toda una rústica artesanía estilísticamente «sin tiempo», pero cronológicamente situada entre 1830 y 1880 aproximadamente, que los párrocos de campo volcaban ahora a toneladas en el Balùn.

Y desde el Balùn, las piezas más adecuadas encontraban su camino, cuando no eran los párrocos directamente los que las llevaban a ciertos

estudios de pintores, a ciertos especializados laboratorios de restauración, que trabajaban —el señor Vollero se secó de nuevo la frente— para ciertos desgraciados colegas suyos. Las telas estaban enmohecidas y carcomidas, la superficie ennegrecida, el craquelé ya desvanecido y la iconografía invariablemente del diecisiete. Cuando las refinadas Madonas o el San Carlos transformado (con el añadido de un gran libro) en un San Mateo y el Ángel salían del laboratorio, no era difícil apuntar a los nombres más ilustres, las fechas más feroces.

Mucho más ahora, con la difusión de la connoisseurship al alcance de la mano, los clientes se prestaban como nunca y competían por cavarse la tumba con sus propias manos:

—Escuela emiliana, de acuerdo. Pero yo diría incluso dieciochesco, aunque bastante avanzado.

—¿Del dieciocho, abogado?

—Bueno, finales del diecisiete principios del dieciocho.

O bien:

—Un Marata, precisamente, no diría yo que es.

—De hecho, yo no lo he dicho, señora. ¿Sabe por qué? Porque como usted misma ha acertado de pleno, hablando de cierto arcaísmo en el drapeado y también en los rasgos del Niño, aquí estaríamos probablemente en un momento anterior a Marata.

—Eso es. Quizá anterior. O quizá un Marata muy joven.

Todas esas cosas el señor Vollero las sabía perfectamente, aunque jamás de los jamases la idea de ponerlas en práctica él mismo se le pasaría por la cabeza. Pero ¿y si el ingeniero Piacenza o cualquier otro de sus mejores clientes, que sabían mucho también, lo hubieran visto allí hurgando? ¿Qué habrían deducido?

La inocentísima verdad es que él, al Balùn, solo iba, cuando iba, en busca de «molduras». No se trataba propiamente de marcos (porque buscar allí los verdaderamente antiguos era tan disparatado como esperar encontrarse con un Tiepolo, un Zuccarelli o incluso un sencillo Olivero), sino de viejas molduras sin pretensiones, sin un estilo preciso, que oportunamente rescatadas servían de honesto y provisional enmarcado a los cuadros de sus exposiciones. A veces, la moldura encajaba felizmente con el cuadro, y el cliente estaba feliz de quedársela; si no, era libre de tirarla y de buscarse un marco antiguo por su cuenta.

Le habría sido fácil justificarse, por tanto. Pero ¿cómo evitar que la sospecha, una vez instalada, no se quedara, no se agigantara, no se

difundiera? No, el riesgo era demasiado grande, y él había sido un imprudente por ir a esa hora, cuando en el Balùn te podías encontrar a cualquiera. Habría tenido que llegar mucho más temprano, como solía hacer. O si no un poco más tarde, hacia la una, cuando los callejones entre las tres plazas se vaciaban como las oficinas en la pausa de la comida.

4

—Ahora hemos perdido también a Bonetto —dijo Federico.

—¡Feliccie! —gritó Sheila.

Federico no entendió. Pensó que la muchacha se alegraba de haberse quedado sola con él, ahora que Bonetto había desaparecido. Inútiles, todas eran así, americanas o italianas o finlandesas: se volvían de repente de un exclusivismo que daba miedo. Y Sheila era del tipo maternal, encima. Quién sabe cómo sería Anna Carla, se preguntó, en el caso del todo improbable que…

—¡Feliccie! —gritó de nuevo Sheila, dándole para que la sujetase la muñeca curtida y focomélica que se había comprado en el puesto Cosas Bellas y alzándose de puntillas—. ¡Feliccie!

—I'm coming! —gritó Felice Bonetto desde una cierta distancia, agitando algo en alto—. I'm coming! —gritó de nuevo ya más cerca.

Él mismo quedaba prácticamente invisible en la multitud debido a su baja estatura, pero el objeto que seguía alegremente agitando en el aire se distinguió: era un sombrero de cura un poco raído, un poco maltrecho, en el que resplandecían, dorados e intactos, los galones de capellán militar.

—Here I am! —gritó asomando finalmente entre el gentío y ofreciendo a Sheila su adquisición—. See what I've got? It's for you!

—For meee! —gritó Sheila entusiasmada.

Abrazó a Felice, le probó el sombrero con mil carantoñas, se lo probó ella misma, se volvió riendo afectuosa a Federico para probárselo también a él. Federico se echó atrás preocupado por el peinado, que por la mañana había cuidado especialmente para Anna Carla. Ella levantó los hombros con impaciencia y le entregó el sombrero para que se lo sujetase junto con la muñeca. Y que tuviera buen cuidado, le dijo, de no estropearlo: ¡en América esos sombreros de cura eran rarísimos! Después se volvió de nuevo a Bonetto y lo cogió del brazo,

arrastrándolo entusiasta y radiante hacia el siguiente puesto.

—That's much better than Portobello Road! —exclamó—. Or the Flea Market! And you are a dear! —añadió inclinándose con cariño sobre el americanista, veinte centímetros más bajo que ella.

Halagado, confuso, turbado, ajeno a Marpioli quizá por primera vez en su vida, el americanista sintió que sus intereses de estudioso vacilaban y se confundían, o incluso que descubrían, en un relámpago, lo que oscuramente habían sido siempre. Detrás de Thoreau y los Grandes Lagos, Whitman, Twain, el Misisipi y sus numerosos afluentes, de los que no conseguía retener ningún nombre en la memoria, detrás de Nueva Inglaterra y el Middle West, las Rocosas, el West, el profundo Sur; detrás de la literatura, la música, el ballet, el teatro, el cine, ya fueran de superficie o underground; detrás de los clásicos del cine mudo y, desde la infancia, detrás del mismísimo Topolino: aquello que en realidad había estado siempre no era América, sino el sueño de una rubia como esa.

Una rubia altísima, resplandeciente, maternal: un sueño que él, en su modestia, no había creído jamás poder acariciar. Una belleza que, por miedo, lo entendía ahora, había incluso negado que existiera en sus críticas a los cánones artificiales de cierto cineasta; y que por otra parte jamás, y esto hay que decirlo, se había encontrado en sus largas estancias en tristes colleges y oscuras universidades de Wyoming o de Montana, entre gordinflonas pálidas y flacuchas morenas, criaturas chillonas y gafotas.

Le compró por impulso a una vieja, que pidió de pronto un precio altísimo, una muñeca estrábica y todavía más destrozada que la otra. Después dudó mirando a Sheila, que a su vez lo miraba divertida, pero, quizá, menos que antes. Le preguntó si podía regalarle también esa, temeroso de arruinar el éxito del sombrero. Había notado, se excusó, que las muñecas más estropeadas eran las que más le gustaban.

Claro que podía, le contestó Sheila enternecida al máximo. Cogió la muñeca con cariño y volvió a tomar su brazo mientras continuaban por el callejón. Podía regalarle el Balùn entero, se rio, si lo deseaba.

El americanista, entre la gente que lo zarandeaba, levantó la cabeza para mirarla con veneración, felicidad, temor, incredulidad, asombro. No sabía qué decir, qué palabras buscar. El perfecto dominio de la lengua, de repente, ya no le servía de nada.

—But… —balbuceó con esfuerzo, girándose un momento—, where is Federico?

Sheila le apretó más el brazo.

—Never mind Federico. Stick to mama —dijo con una expresión que Marpioli, probablemente, habría traducido a la buena de Dios como «estate con mamá», sin contemplar para nada la expresión idiomática.

¿Marpioli? Pero a quién le importaba, quién lo conocía, es más: ¿quién era el tal Marpioli?, se rio feliz Felice Bonetto.

5

Tras esperar diez minutos en el café ruidoso y rebosante, entre gente que continuamente entraba y salía, conocidos que se llamaban para saludarse, otros que se enseñaban con alegría y optimismo lo que habían comprado, Lello empezó a entristecerse.

Aún no era exactamente mediodía, vale. Pero la cita era alrededor de mediodía, y eso, para Massimo, al principio habría significado las doce menos diez o menos cuarto. Incluso las once y media, al principio.

Aplastó nervioso la colilla del Gitane en el platillo del aperitivo.

Y además, la historia de Costamagna, que pensándolo un poco no era para nada divertida. Está claro que había pasado por su casa, evidentemente, y había encontrado la nota para Massimo en la puerta. Pero entonces, ¿por qué había empezado a seguirlo de nuevo en vez de darse por vencido del todo? Quizá el tono de la nota, demasiado cálido, lo había afectado hasta el punto de... Pensó con un estremecimiento en esos maridos que pasados tres, cinco, diez años de separación legal aparecen de repente y esperan a la mujer en la puerta de casa y se la cargan en cuanto aparece por el portal.

Pero no. Impensable. Absurdo. Rino, el pobre perro fiel, no era para nada ese tipo de persona. Él era más bien de los que encontrarían la nota demasiado fría, incluso; y de los que vendrían aquí para espiar, para averiguar en qué punto están las cosas entre Massimo y yo. Los seguiría lo más de cerca posible entre la gente, intentando oír lo que fueran hablando, ver cómo se trataban, percibir cualquier pequeño signo —una sonrisa, un bostezo, una mirada de cariño, una mueca de impaciencia, un gesto de tedio— que confirmase su condena o le permitiese en cambio esperar algo.

—¡Sabré esperarte!

Eso fue lo último que Rino le dijo, recordó. Y tuvo un ataque de

rabia al oír, precisamente en ese momento, la iglesia del Cottolengo que tocaba las doce. ¡Él no era el ingeniero Costamagna! ¿Cuánto creía el señor Campi que podía hacerse esperar?

Pagó apresurado su aperitivo y salió a la plaza. Si Costamagna estaba allí espiando desde algún rincón, pues tanto peor. Al menos vería que él no se resignaba a esperar como un cretino. Miró cautamente alrededor, con cuidado, pero no vio ni rastro. En la calle, por lo demás, no había casi nadie, la gente se agolpaba en el centro, donde se amontonaba la mercancía más miserable de todo el Balùn diseminada en cajas y maletas destartaladas, o en esterillas, trapos o toldos extendidos directamente en el empedrado.

Girándose de vez en cuando para no perder de vista la puerta del café, Lello trató de interesarse por esa dispersa mercancía. De una exposición de deteriorados y corroídos cubiertos de metal pasó a una muestra de vasos y cerámicas agrietadas, atravesó un oxidado campo de engranajes y cojinetes esféricos, desgastados utensilios de herrero y de carpintero, cerraduras, manojos de llaves viejas; se adentró en las montañas de material hidráulico y sanitario; tropezó en una pila de la revista Il Foro Italiano, que se había volcado desde una caja rebosante de otras pilas de la misma revista y del Annuario Critico di Giurisprudenza Pratica del 1891 al 1913, y acabó por detenerse, desanimado, ante un destripado maniquí de modista que desde su trípode dominaba un imperio circular de trastos, pingajos y fragmentos dispersos, que menguaba hacia el borde del círculo en una morralla cada vez más amorfa e indistinguible de la simple basura.

Si al menos, pensó, hubieran quedado en la otra placita, habría podido esperar en el puesto Cosas Bellas, donde siempre había algún objeto interesante. Solo que allí no había cafeterías, por eso, tanto de palabra como en la nota, había preferido decirle a Massimo que…

Una duda lo asaltó de repente dejándolo con la boca abierta. ¿Estaba seguro de que en la otra placita no había un café? ¿Un ínfimo bar cualquiera? ¿Quizá uno de esos estrechos y oscuros que solo venden vino, pero que todavía tienen en la puerta el antiguo cartel de CAFÉ-VINOS?

La verdad es que para un visitante habitual la «plaza del café» era solo esta. La otra era la «placita». Y la tercera y más grande que completaba el triángulo era la «plaza del Cotó», llamada así por que allí estaba el Hospicio de San Giuseppe Benedetto Cottolengo, que presentaba allí dos de sus pabellones. Pero Massimo no iba nunca al

Balùn. Si había ido a la placita y se había encontrado con el café-vinos, capaz era de estar esperando allí.

Se volvió bruscamente, tropezando con alguien que se había detenido como él a contemplar el sórdido emporio.

—Perdón —dijo—, discúlpeme.

—No es nada —dijo Anna Carla levantando la cabeza.

Se reconocieron con cierto embarazo. Cada uno de ellos sabía perfectamente quién era el otro, pero personalmente apenas se conocían. No se habían visto nunca de no ser con Massimo, siempre más o menos por casualidad; y Massimo —frente a cierta hostilidad por parte de él y cierta indiferencia por parte de ella— no había hecho nada nunca por animar su relación.

—Oh —dijeron al mismo tiempo—. ¿Cómo está usted?

6

Massimo, sintiendo un manotazo en la espalda y un grito de «¡Hola, viejo!», se paró abatido, sin darse la vuelta. Metió la cabeza entre los hombros y torció la boca en una mueca de disgusto, recolocando distraídamente el impermeable que llevaba doblado en el brazo. A quienquiera que fuese el imbécil que lo abordaba con aquella repugnante jovialidad funcionarial lo liquidaría limitándose a no responder.

—Vamos, no te enfades, lo he hecho aposta para hacerte rabiar —dijo Federico poniéndose a su lado.

—Ah, eres tú —dijo Massimo mirándolo inseguro pero aliviado.

Empujados por el flujo de visitantes, continuaron camino juntos.

—No sé a dónde vas a ir a parar —dijo Federico—. Cada vez eres más irritable, despreciativo, exclusivo. ¿No piensas en cuando seas viejo?

—Nunca. ¿Por qué?

—Porque a fuerza de excluir, acabarás por quedarte solo como un perro, mon pauvre. ¡Viejo y solo con tu pena, entre la multitud indiferente! Sin un solo amigo, un solo viejo conocido, que te palmee la espalda y te grite ¡hola, viejo!

—Supongo. Pero nunca he visto dos viejos palmearse la espalda y gritarse hola, viejo.

—Eso también es verdad. En todo caso te veo un poco desanimado.

¿Algún problema?

—No, nada especial. Pero tú, ¿cómo es que estás tú aquí? ¿No iba a venir Anna Carla con tu amiga de Boston?

—Sí, de hecho, ella también está. Es decir, estaba, porque no sé dónde ha ido. Tenemos que reunirnos todos más tarde, en el café de la plaza.

—¿Qué café? ¿Qué plaza? También a mí, Lello…, sabes, ese amigo mío, Lello…

—Sí.

—… me ha dicho en el café, como si aquí hubiera uno nada más. De forma que he esperado media hora en un sucio tugurio que está ahí, en la placita, y justo ahora me entero de que hay otro, en la otra plaza.

—Ah, las mujeres —bromeó sin malicia Federico, que estaba pensando en Anna Carla—. Pero cuéntame una cosa, tú que eres tan amigo.

—¿De quién?

—De Anna Carla. ¿No eres una especie de confesor para ella?

—Más o menos.

—Entonces, tendrás idea… Es decir, esta mañana me ha parecido que estaba un poco rara…

—¿Ah, sí? Rara cómo.

—Distante. Soñadora. Pero conmigo más fría que nunca. Por lo que quería preguntarte si sabrías decirme…

—Ah, no. ¿Y el secreto de confesión dónde queda?

—Entonces hay un secreto.

—Hay miles. No, en serio, no sé nada. Entonces, ¿ese café dónde queda? ¿Vamos bien por aquí?

—Creo que sí.

7

—¿En la placita? ¿Una especie de taberna? Sí, creo que sí.

—¡Eso es! Entonces mis amigos deben de haberse confundido. Voy a ver.

—Yo también tengo que ir —dijo Anna Carla sin pensar. Y explicó el caso del cencerro que tenía que devolver.

—¿Cómo? Ah, vale, vale… —rio Lello aún más incómodo—. Vale.

Ella entendió demasiado tarde.

Pero qué cretina, continuó reprochándose mientras iban ya encaminados y hablaban educadamente del tiempo, que desde esa mañana había refrescado. Tendría que haberlo imaginado, que el pobre Rivera (o Riviera, nunca había sabido cómo se llamaba exactamente) había hablado de «amigos» solo por respeto a ella.

—Y pensar —dijo él— que parecía que el verano ya había llegado.

—Sí, pero en Turín eso no se puede asegurar nunca.

—Eso es verdad.

Ahora, probablemente, encontrarían a Massimo recién llegado a la placita, y la situación sería muy incómoda para los tres.

—Por si llovía, esta mañana cogí el impermeable, pero luego lo he dejado en el coche.

—También yo debí haberme abrigado más.

Buscaba un pretexto para pararse, despedirse, y dejar que el otro continuase por su cuenta, pero la calleja que habían tomado no ofrecía ninguno. Solo había somieres, nuevos y de ocasión, apoyados verticalmente en las paredes.

—Usted al Bal... —dijo, al menos para cambiar de tema.

—Usted al Bal... —dijo Lello en el mismo instante.

La segunda parte de la conversación no se anunciaba más distendida que la previa.

—Bueno, es una pregunta natural —sonrió Lello— cuando dos se encuentran por primera vez en un sitio. ¿Usted al Balùn viene a menudo?

Bravo. Buen chico. Y ella tenía que aprovechar el momento de la lección. Soltarse un poco, santo Dios. Relajarse. ¿Cómo haría por la tarde si seguía así? Si no, mejor sería cancelarlo de inmediato: telefonearle y decirle...: «¿Oiga? Con el comisario Santamaría, por favor. La señora Dosio. No, es personal».

—Pues no mucho —sonrió también ella, colgando el teléfono—. Pero, mire —dijo confidencial, simpática—, esos amigos suyos...

—Atención —dijo Lello.

Tuvieron que separarse para dejar paso a dos carretillas cargadas de somieres. Cuando se volvieron a reunir estaban ya casi en la esquina de la placita.

—¿Me decía? —preguntó Lello ruborizándose.

—Eh... —dijo ella buscando los cigarrillos en el bolso. Luego siguió hurgando en busca del mechero.

Vaya ocurrencia, se arrepintió. Siempre había evitado reconocerla

oficialmente, a esta extraña señora Campi, incluso sabiendo que a Massimo le importaba. ¿Cómo se le ocurría querer entrar en confidencias justo ahora? Massimo, últimamente, le había dado la impresión de ser el marido harto.

El mechero de Lello resplandeció bajo su nariz.

—Por favor.

—Gracias.

Encendió con cuidado. Aspiró. Quizá habían sido todos esos somieres, que le habían dado en la cabeza. Pues tanto peor, pensó. O tanto mejor. Y fue en ese momento cuando decidió, irrevocablemente, que se acostaría de inmediato con Santamaría.

—Decía —dijo—, ¿esos amigos suyos no serán por un casual Massimo? No tiene ninguna necesidad de reprimirse conmigo.

Bien. Se aprobó. Ya se sentía más libre, suelta, emancipada. Iniciada, era la palabra justa. Y le vino a la memoria, para la tarde, una frase hecha que le encantó: «Estoy a su entera disposición, comisario...».

Pero la expresión de Lello, cuando lo miró, le gustó menos.

—Sí, está también Massimo —estaba diciendo—. Es decir, solo es Massimo, efectivamente... El caso es que yo no quería, cómo decir, tratar de imponerme..., de mezclarla en... Y le estoy de verdad agradecido..., extraordinariamente agradecido... por...

Las palabras se perdían en la ruidosa confusión de la placita. Pero el gesto no se prestaba a error. No era el de, por ejemplo, la exsecretaria y después legítima esposa de Fontana, cuando ella la invitó la primera vez. Era la humilde, sincera, temerosa gratitud de las mujeres inútilmente legítimas (recordó con espanto a Bona tres años atrás) que se aferraban al incierto hilo de tu simpatía y se lanzaban a llorarte desesperadas en el hombro.

En cuanto a Massimo, no aparecía por ninguna parte. Y le pareció muy improbable que estuviera esperando en el oscuro Café-Vinos, con el cartel medio borrado, hacia el que Lello se dirigía con ansia.

—Bueno —dijo con la sonrisa más espléndida que pudo—, salúdeme a Massimo. A ver si coincidimos alguna otra vez.

Le dio la mano y señaló hacia el cartel de «Cosas Bellas».

—Yo voy a devolver lo sustraído —rio—. Hasta pronto, querido Rivera.

—Riviera —dijo humildemente Lello.

8

El señor Vollero todavía no se había marchado. Echando un vistazo a la antigua tabernilla, donde no corría el riesgo de encontrarse con ninguno de sus clientes, había decidido esperar a que el Balùn se vaciase en compañía de un cuartillo de tosco pero auténtico vino tinto, que le sentaría muy bien después del susto anterior. Aunque, por suerte, antes de entrar había mirado dentro. Había reconocido al hombre que venía en dirección a la puerta. Y tuvo apenas un segundo para echarse atrás mientras el otro salía.

Le entró un sudor frío solo con pensarlo y se sirvió dos dedos más de vino. Se quedó mirando distraídamente el líquido de un color violeta intenso, en el vaso levantado. No es que el señor Campi…

—Está bueno —lo animó el único otro cliente, un viejo sentado en un rincón ante otro cuartillo vacío.

No es que el señor Campi fuera un gran cliente. Eso no. Le había comprado un par de paisajes holandeses, una vez, y otra, una sagrada familia atribuida a Fra' Paolino (1490-1557) para regalársela a su madre. En total, poca cosa. Pero conocía a todos, y una palabra suya…

La puerta se abrió con estruendo, sobresaltándolo. ¿No sería por casualidad, palideció, el señor Campi que volvía? No. Era un joven rubio, esbelto, con un suéter amarillo, que lo miró un instante como si lo conociese, se quedó un momento mirando a su alrededor, y luego se sentó con aire cansado y deprimido, cogiéndose la cabeza con las manos. El señor Vollero estaba seguro de no haberlo visto nunca antes. Y no le dio importancia. Al entrar, seguramente el joven lo había confundido con otro.

Sin embargo: ¿estaba del todo seguro de que el señor Campi no lo había reconocido? No cuando se echó atrás, porque fue bastante rápido, sino mientras miraba dentro por la cristalera. Imposible, se dijo por tercera o cuarta vez. Bebió, soltó el vaso en la mesita bamboleante, y levantó de nuevo la vista hacia la puerta.

Precisamente había alguien, detrás, que estaba mirando adentro como había hecho él poco antes. Pero era un contraluz, los cristales estaban sucios y ahumados, y desde dentro solo distinguía una figura oscura, a lo Magnasco, o mejor aún, consideró tranquilizado el señor Vollero, aunque los grabados no eran su especialidad, al estilo del más negro Goya de los Caprichos.

El curioso se alejó y poco después se marchó también el joven del suéter amarillo, sin haber tomado nada. El señor Vollero pidió otro cuartillo.

—Está bueno —dijo desde el rincón el viejo, levantando su vaso vacío.

9

El hombre del puesto Cosas Bellas, un señor grueso con un rostro alegre, dijo que si el cencerro le gustaba, él se lo dejaba por cuatro mil. O se lo regalaba sin más, bromeó; pero que quería saber por qué esa mañana estaba tan distraída.

—Ah —se echó a reír Anna Carla—, eso no se lo puedo decir.

Ya, pero él se lo imaginaba, y suspiró.

Una mujercita seca, con delantal, con una toquilla negra sobre los hombros, se entrometió sin preguntar.

—La señora habrá querido gastarnos una broma —dijo levantándose de su taburete, detrás del puesto. Cogió el cencerro de manos de su marido y fue a devolverlo a su sitio.

El hombre se rascó la cabeza, se disculpó con Anna Carla, le dio las gracias otra vez. Él ni siquiera se había dado cuenta, dijo, de que el cencerro había desaparecido. Pero ella sí, reivindicó la mujer. Como de lo del majadero. Si la señora era tan distraída, bromeó ácida, a lo mejor se había llevado también eso.

—¿Cómo? —dijo Anna Carla perpleja, mirándose las manos—. No, no creo.

—Pero ¿qué majadero? ¿Qué dices? —preguntó el marido.

Resulta que de un mortero de piedra, expuesto al otro lado del puesto, faltaba la maja. La mujer se había dado cuenta un minuto antes.

Una broma propia de cretinos, dijo. Porque la maja, sola, no servía para nada, pero los morteros completos eran raros. Además, ese era del siglo dieciocho. Bueno, dijo su marido, el mortero igual era del dieciocho, pero la maja la habían encargado ellos.

—¿No será a los hermanos Zavattaro? —dijo intrigada Anna Carla.

El hombre la miró extrañado.

—¿A quién? —dijo la mujer, echándole otra mirada suspicaz al bolso. Luego se encogió de hombros y empezó a recorrer el puesto,

posiblemente para ver si faltaba algo más.

10

Lello no quiso mirar el reloj, pero debía ya pasar un cuarto de mediodía. Casi y media, quizá. La multitud, aún numerosa, ya no era tan densa. Y la calleja de los somieres estaba casi desierta cuando llegó a la esquina.

Se detuvo. Aquel vacío, una sensación de frío, la perspectiva de otra espera también inútil lo empujaron a seguir entre la gente, hacía la calle principal, que lo llevaría atrás dando una vuelta larga.

Por lo demás, si no hubiera tenido que ir a por el coche, por la otra plaza no habría vuelto a pasar. Volvería directamente a casa y tan contentos. Por la tarde iría al cine. O se quedaría tranquilamente leyendo un buen libro. Un buen libro, repitió, con los labios temblorosos. Y si Massimo lo llamaba, él no respondería. La Divina comedia, por ejemplo. Ya hacía un tiempo que tenía ganas de releerla.

Cruzó la calle, directo al puesto de libros que había al otro lado.

Pero una edición con comentarios ágiles, modernos, no como los que te hacían leer en la escuela. O mejor aún, sin comentarios. Sin intermediarios. Cogió un libro y lo miró sin verlo. Luego cogió otro.

O quizá sí respondería al teléfono, pero solo para decirle que no tenía nada qué explicar y que, por tanto, no había necesidad de alargarlo más. Ahora lo había entendido. Entendido qué. Todo. Un poco tarde, quizá, y de hecho lo siento. Pero que sepas que tengo otras muchas cosas en que pensar. Adiós.

Soltó los libros y se marchó, porque allí no había más que policiacas y tebeos. Ya lo buscaría más adelante. Porque tengo otras cosas en que pensar, si me permites. Antes que nada, mi trabajo. Y en el tiempo que me sobra, muchas otras cosas que a ti no te interesan, pero que para mí son importantes. Adiós.

Cruzó otras dos o tres veces la calle, de un puesto a otro, pero ediciones sin comentarios no había. Y los comentarios de Scartazzini, que un par de ellos le propusieron, le desagradaron desde la primera página:

«La selva. En el sentido alegórico personal quiere decir que… Y en el sentido alegórico universal, entonces…».

Viejas y previsibles banalidades, con las que la poesía se hacía

bendecir.

«Todos los antiguos están de acuerdo en que la selva representa el vicio y la ignorancia. Sin embargo, algunos modernos creen que representa la miseria de Dante, privado de todo lo que amaba en el exilio (Marchetti), o el desorden moral y político de Italia».

Mucho mejor, los modernos. Buscaría al tal Marchetti en la librería, por la tarde, y se pasaría la velada leyendo. Si luego él llamaba…

Se giró, después de abandonar el puesto, con la vaga impresión de que alguien lo había llamado. Miró al librero, que estaba colocando en su sitio el Scartazzini. Miró la gente que llenaba el callejón detrás de él. Pero nadie lo miraba, y no vio a nadie conocido. Se puso en marcha.

No había sido una voz, en todo caso, sino una especie de gesto o de señal rápida, que de todas maneras le había parecido que le concernía. Como si… Y, además, y se dio cuenta de repente, no era la primera vez. Poco antes, al girarse para cruzar, y tal vez incluso antes, en la placita, había tenido la misma impresión: un movimiento rápido, furtivo, a poca distancia de él, como si alguien, entre el gentío, hubiera querido… ¿llamar su atención? No. Al contrario, era como si…

Rino.

Se había olvidado completamente de Rino. Al entrar en el café-vinos había creído por un instante reconocerlo en el tipo que había sentado allí bebiendo. El error lo había tranquilizado. El otro, en cambio, no cabía duda, debía de estar esperándolo allí cerca, y cuando lo vio salir solo, cansado, abatido, se había puesto a seguirlo más esperanzado que nunca.

Como una hiena, pensó con repugnancia y repentino terror, echando a andar.

No tenía el valor de dar un paso adelante, la pobre hiena fiel. Aún se escondía cada vez que él se giraba. Pero lo seguía cada vez más cerca: sintiendo que pronto llegaría su momento, sabiendo que él, en breve, estaría por los suelos del todo, esperando quizá que se echase a llorar… Porque ahora lo había entendido.

Entendido qué.

Todo. Un poco tarde, quizá, y de hecho lo siento.

Casi corría, se dio cuenta, y estaba de verdad a punto de echarse a llorar. Pero de rabia, solo de rabia.

Porque además no era verdad que hubiera entendido tarde. No te creas, querido. Lo entendí todo enseguida, si quieres saberlo. Inmediatamente. Desde que empezaste a desbaratarme los planes de

Grecia con el pretexto del chalet.

Vaya palabra. Si es una villa, llámala villa. Si es una casita, llámala casita. No. ¡El «chalet»! A lo mejor ni siquiera lo tenía. Lo ha mencionado solo porque ha pensado: seguro que este no querrá venir. Y ayer, seguro que allí no fue. A saber dónde estuvo, ayer. A saber con quién. Haciendo qué…

Rino.

No. La idea era tan absurda que por un momento le dieron ganas de reír. Las indagaciones sobre Garrone debían de haberle afectado a la cabeza. Ahora veía siniestras maniobras por todas partes, y aceptaba enseguida las sospechas más inverosímiles.

Sin embargo, reflexionó, todo encajaba.

Ya no caminaba tan rápido, ahora, y acabó por encontrarse de nuevo parado del todo en el cruce con otro callejón que llevaba al Cottolengo. Sentía las rodillas temblorosas como para cruzar. Se quedó mirando distraído una deteriorada Virgen, atravesada por siete espadas, que levantaba su mirada dolorosa desde la acera de enfrente.

Massimo se había ido precisamente ayer por la mañana, y Rino, precisamente, desde ayer por la tarde había empezado a seguirlo. Además, ayer noche, si había tenido incluso el valor de llamar a la puerta, solo podía ser porque ya sabía que Massimo no iba a volver, ya sabía que el camino estaba despejado. Y esta mañana, no había tenido ninguna necesidad de ver su nota para saber dónde encontrarlo.

Se lo había dicho Massimo.

Es más, había sido Massimo el que lo había mandado exprofeso, para devolvérselo. Para que tratase de consolarlo. Para que se lo quitase definitivamente de encima.

«Mire, hágame el favor, quédeselo usted».

Dios mío, murmuró.

Y al mismo tiempo y con la náusea en la garganta, sintió que Rino avanzaba hacia él. Entrevió su mano tendida. Pero no podía moverse. Solo cuando la mano se posó sobre su brazo se sobresaltó, sintió un latigazo desesperado de humillación y rebelión. Luego le pareció como si la Virgen de los Siete Dolores se desdibujara al otro lado de la calle.

—¿Qué pasa? —dijo la voz de Massimo—. ¿Te he asustado?

—Cuando Massimo se marchó, un silencio incómodo se instaló entre los dos jóvenes —dijo Federico cuando Massimo se marchó.

Anna Carla estaba mirando perpleja el impermeable doblado en la silla de enfrente.

—No, no —reaccionó—. La joven mujer ya tiene bastantes silencios incómodos, al menos por hoy.

—Entonces, todavía puedo tener esperanza.

—Puedes ofrecerme un agua mineral, eso sí. Pero sin hielo y con una rodajita de limón, por favor. ¿Ese impermeable es tuyo?

—¿Qué? Ah, no. Se lo habrá olvidado Massimo.

—Ah —dijo ella volviendo a su meditación, mientras Federico se acercaba al concurrido mostrador a por el agua.

Massimo no le había parecido rebosante de felicidad con la noticia de que Lello lo estaba esperando en la placita. Se notaba que habría preferido encontrárselo con los otros dos, ya que estaban, y quizá sumarse a la comida en la colina con Sheila y con Bonetto, en vez de encontrárselo a solas. Probablemente, estaría invocando cualquier contratiempo, cualquier impedimento providencial, por el que el otro no hubiera podido venir. Un telegrama de esos de «ven rápido, la tía Amalia está gravísima». O ¿un accidente de coche? ¿Una caída por las escaleras? Visto el aspecto infeliz con el que se había ido no se podía descartar que con Lello estuviera en ese punto.

Pobrecitos, pensó, un camino tan antinatural, un trayecto tan tortuoso, para llegar a un epílogo tan atrozmente común.

—Gracias —dijo cogiendo el vaso—. Y ¿tú qué haces? ¿Ahora vas a comer?

Federico se había procurado, en el mostrador, una cerveza y un bocadillo de jamón. Se sentó y desplegó una servilleta de papel en la rodilla.

—Bueno —dijo con la boca llena—, es que tengo hambre. Son casi y media. Y además, me ha venido una inspiración.

—¿Una inspiración?

—Abandono. Me rindo. Me marcho.

Mordió con gusto el bocadillo.

—Aunque estoy a dos pasos del éxito —continuó masticando—, renuncio a poseerte y a hacerte mía para siempre. Pero tú, en compensación…

Se interrumpió para acompañar el mordisco con un largo sorbo a la cerveza.

—Me consuelo como puedo —se disculpó—. Pero tú en compensación, decía, cuando Sheila vuelva con Bonetto, le dices que me han llamado de Ivrea…

—¿Quién?

—No, es decir, que yo he llamado a Ivrea y allí me han dicho que tenía que volver urgentemente.

—¿Un sábado?

—Para un directivo de Olivetti el sábado no existe. Además, ella no te dará problemas, verás. No te molestará en nada.

—¿Cómo? ¿No me habías dicho que era muy exclusiva? Pegajosa al máximo.

—Pero no a Massimo, a Bonetto —rio feliz Federico—. Faltaba más. ¡A Bonetto!

—Pero no…

—Pero sí. Un golpe de suerte inesperado. ¿Estamos de acuerdo?

Anna Carla se encogió de hombros.

—A decir verdad, la paliza de la comida en la colina esperaba evitármela.

—Pero si así te libras todavía mejor. Esos dos no van a querer otra cosa que quedarse solos, ya verás.

—Esperemos —dijo ella fúnebre, echando un vistazo al impermeable de Massimo.

Federico reparó en el vistazo.

—Ya —gruñó.

—Ya qué.

—Debe de haberlo olvidado aposta. Como excusa para volver aquí. No me ha parecido que tuviera mucho interés en quedarse solo con su amigo.

—Anda ya, qué sabrás tú.

—No, nada. Sin embargo, allí están.

Hizo un gesto de saludo hacia la puerta, por la que Massimo estaba entrando con Lello, y se levantó.

—Entonces, ¿de acuerdo? —dijo sacudiéndose las migas del pantalón—. Y si quieres hacer una obra buena, mira, llévate a estos dos a comer a la colina.

La gente empezaba a irse y los vacíos imprevistos en la multitud parecían abiertos a cañonazos. En la plaza del café, la misma desperdigada variedad de objetos sugería una retirada militar.

Pero los que habían comprado objetos pesados volvían con el coche para cargarlos, justo ahora, por lo que en el callejón todavía se caminaba con más dificultad que antes. Mantenerse en grupo era imposible. Lello acabó por encontrarse de nuevo con Bonetto, mientras Anna Carla charlaba con Sheila un poco más adelante, y de Massimo no se sabía si iba por delante o si se había quedado rezagado.

—¡Ouch! —dijo Bonetto llevándose la mano al codo que se había golpeado contra un canapé.

—Cuidado —dijo el hombre que había levantado el canapé para cargarlo en el techo de un Volkswagen.

Bonetto no se enfadó.

—¡La historia de Catón! —le dijo alegre a Lello—. ¿Sabe usted la historia de Catón? Alguien que llevaba una caja lo golpeó y luego dijo: Cave. Catón entonces le preguntó si llevaba algo más, además de la caja.

Lello no lo pilló y se rio educadamente. Por otra parte, al estar con una persona de cultura, habría preferido una conversación más profunda.

—Quiero darle las gracias por su conferencia de ayer —dijo—. Para alguien como yo, que se ocupa de cosas muy distintas, fue una verdadera revelación. No se me habría ocurrido jamás que la pesca…, el valor humano de la pesca, quiero decir.

El americanista lo miró dudoso.

—¿En qué sentido? —preguntó.

—Pues… en el sentido que usted decía, precisamente. No literal, claro, pero en un contexto más amplio. No sé, yo, como le digo, trabajo en cosas totalmente distintas, pero me parece… En un sentido incluso simbólico, si se quiere. ¿No le parece?

—Bueno…

—Simbólico en el sentido moderno, eso sí. No hablo de las viejas alegorías personales o universales ni, en suma, de toda esa basura. ¿Conoce usted, por ejemplo, los comentarios de Marchetti a la Divina comedia de Dante?

Bonetto se limitó a asentir.

—No —dijo Lello desarmado—, era solo un ejemplo, para decir que…

—Discúlpeme un momento —dijo el otro parándose a pescar de un cesto un Pinochito de madera.

—Cien liras —dijo la señora del cesto—. Está nuevo.

—Ya —dijo Bonetto, perdiendo interés.

—O incluso —dijo Lello—, fijémonos en Pavese. Yo no me ocupo precisamente de esas cosas, pero…

—Disculpe, ¿usted de qué se ocupa entonces? —preguntó el americanista con cierta impaciencia, devolviendo el Pinocho a su sitio.

—Cincuenta —dijo la señora.

—¡Feliccie! ¡Lello! —llamó Sheila agitando el brazo.

Se había parado en el cruce, con Anna Carla y Massimo, y cuando los otros dos llegaron estaba negociando la compra de la Virgen de los Siete Dolores.

—But how much?

—¿Cuánto? —tradujo inmediatamente el americanista.

El propietario, con un viejo delantal oscuro y cara de sacristán, no se decidía a disparar.

—Very old. Todo aquí —dijo señalando también las demás telas y el interior oscuro de la tienda—, very, very old. Antigüedades. Siglo diecisiete. Comprand? Die-ci-sie-te.

—Seventeenth century —tradujo Lello tímidamente.

—But how much? —Se echó a reír Sheila.

—Cuarenta mil —dijo el viejo—. Fortizausend.

Sheila miró de nuevo la tela: —Qué bella, con tantas espadas —dijo sonriendo a Anna Carla. Cogió el monedero del bolso, lo abrió y se giró hacia el viejo.

—Dos mil —dijo—. ¿Sí?

—Tres mil —respondió el viejo.

Ella movió la cabeza y le dio dos mil, luego le indicó que enrollara la tela y le señaló un papel de periódico para que la envolviese. Sonrió a Lello, que la estaba mirando con la boca abierta.

—Non seventeenth century —explicó maternal—. Rubbish.

—No es del diecisiete, porquería —tradujo el americanista Bonetto.

Anna Carla, viendo a Lello ruborizarse con violencia, trató de distraer su atención.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó—. ¿Queréis dar otra vuelta o vamos a comer?

—¡A comer! —dijo Sheila volviendo a tomarse del antebrazo de Bonetto—. ¡Luego al Egipcio!

El americanista explicó confusamente que había prometido a Sheila llevarla al Museo Egipcio, por la tarde. Y que teniendo en cuenta la importancia de la colección, una de las mayores de Europa, querrían llegar allí no más tarde de las dos y media o tres.

—Estupendo —dijo Anna Carla absteniéndose de mencionar que el Egipcio cerraba a las dos. Ella también tenía que irse sobre las tres.

—¿Y vosotros? Venís a comer también vosotros, ¿no? —preguntó a Massimo en tono casual.

Massimo miró inseguro adonde estaba Lello. La verdad, dijo, es que ellos todavía no habían dado ni una vuelta. Pero es cierto que ya era un poco tarde… Y en el fondo…, visto que en algún sitio tendrían que comer…

Lello había vuelto a un color normal, pero estaba como absorto y no dijo nada.

—Entonces, a ver —se apresuró a sugerir Anna Carla—. Vosotros os dais todavía una vueltecita. Yo mientras voy a por el coche, y también a llamar a casa para que no me esperen. Luego nos encontramos aquí, ¿sí?

—O en el Cottolengo —propuso Bonetto. Sheila, dijo, todavía no había visto la plaza del Cottolengo.

—De acuerdo —dijo Anna Carla mirando el reloj—. Entonces, a la una allí.

—De acuerdo —dijo Massimo sin mirar a Lello.

Anna Carla se marchó, y Sheila y el americanista fueron hacia el Cottolengo. El viejo se metió en la tienda. Lello, con una sonrisilla amarga en la comisura de la boca, se quedó aún un momento contemplando las pinturas ennegrecidas.

—Discúlpame —dijo después girándose—. Pero ¿qué necesidad había?

Massimo sintió un cansancio mortal curvándole la espalda y debilitándole las rodillas. Trató de sonreír con indiferencia, pero el resultado fue una mueca fría y casi amenazante.

—¿Qué necesidad había de qué? —preguntó seco.

Lello vaciló. Su sonrisilla, rota por un instante por el pánico, se fue desdibujando hasta convertirse en un afectuoso morro.

—Pues de ir a comer con ellos —dijo mientras cruzaban, tomando tiernamente a Massimo del brazo—. ¿Te das cuenta de que no hemos estado ni un minuto solos?

Massimo no contestó.

Calma, se dijo Lello con la garganta cerrada. No era como para montar una tragedia. Massimo estaría nervioso y preocupado por cualquier motivo suyo, y eso no tenía nada que ver con ellos dos. O quizá solo era el tiempo. El cambio de tiempo. Él mismo, lo veía ahora, por la mañana se había levantado mal por esa razón.

—Además —dijo desenvuelto, animado—, todavía no me has contado nada de ayer. ¿Qué tal va el chalecito?

—Bah —dijo Massimo, liberando el brazo para pasar el impermeable al otro—. Más o menos, tira adelante.

—Ah.

—Es decir, los trabajos más grandes ya están listos. Pero con los acabados, ya sabes cómo es. Los enfados habituales, los retrasos. De todas formas, van avanzando.

—Muy bien.

Habría querido preguntarle si para finales de junio estaría todo terminado, pero era mejor no agobiarlo. Quizá también él estaba preocupado por los retrasos.

—Lo importante —dijo tomándolo de nuevo por el brazo cariñosamente— es que haya luz y agua. De lo demás, aunque no esté acabado de pintar o cosas así, nos apañaremos. ¿No?

—Sí, sí, claro. Agua hay.

—¿Agua?

—Sí. Es precisamente la instalación eléctrica la que va con retraso. Pero ya sabes cómo es. El electricista echa la culpa al carpintero, el carpintero al albañil, y el aparejador se lava las manos. Moraleja, no termina nunca.

Lello se detuvo.

—¿No me habías dicho…?

No. No estaba del todo seguro de que Massimo hubiera dicho, el otro día, que la instalación eléctrica estaba terminada. Quizá dijo la hidráulica, y él entendió la eléctrica.

—No, nada —cambió de conversación—, por cierto, a propósito de los aparejadores, ¿sabes que al final no son tan estúpidos como pueda parecer a tus amigos?

Massimo se había distraído mirando una muestra de cerámicas, la mayor parte rotas, que se alternaban con objetos dispares sobre una tela rugosa.

—¿Cómo? ¿Qué amigos? —dijo.

—El tal Bonetto.

—Pero si apenas lo conozco. ¿Qué te ha hecho?

—Pues, sobre todo, me ha tocado las narices con su conferencia. Pero es que además es de una suficiencia, una presunción. No puedes decir una palabra sin que… Porque en su campo será lo que quieras, pero fuera… De literatura italiana, por ejemplo, no sabe absolutamente nada.

—¿No?

—No. ¿Qué te pasa? ¿Estás cansado? ¿Quieres que volvamos al coche?

—No, no. Estaba mirando ese plato. Bonito.

—¿Cuál?

—Ese del borde azul con un gallo. Parece de Mondovì, auténtico. Lástima que le falte la mitad.

—Sí, lástima. Y luego está la tal Sheila, con ganas de darme lecciones, como si lo hubiera dicho yo que el cacharro ese era del diecisiete. Yo no creo que sepa mucho, pero hasta ahí llego.

Se encaminaron por el callejón cada vez más vacío.

—Y a propósito de los aparejadores, te estaba diciendo. ¿Sabes cuál es mi teoría sobre el crimen de Garrone?

—Sobre… Ah, sí.

—Bueno, a ver, no es solo una teoría. He hecho mis indagaciones.

—¡No me digas!

—Sí. Y espera para reírte. Porque el lunes os voy a dejar a todos con la boca abierta: a ti, a los Botta, a la señorita Fogliato y a muchos más.

—Ah, ¿y por qué el lunes?

—Nada, cosas mías. ¿Qué hora tenemos?

Miró el reloj con una mueca.

—¿Llegamos hasta la placita y nos volvemos? El coche lo tengo allí abajo —dijo volviéndose para señalar.

—Muy bien… —dijo Massimo—. ¿Qué miras?

Lello reaccionó, y se encogió vacilante los hombros.

—No, me había parecido… Nada, nada.

Continuaron hacia la placita.

—¡Oh!

—¿Qué?

—¡Un fanal de carruaje antiguo! ¡Ven! Esto no lo puedo dejar escapar.

Cruzaron. El fanal, deteriorado y oxidado, estaba en el suelo con otras chatarras, junto a un puesto de la otra acera. Lello se agachó a cogerlo con indiferencia manifiesta.

—Simpático, ¿verdad? —dijo bajando la voz—. Basta con ponerle los cristales, una mano de barniz negro, y queda perfecto. O un bonito amarillo vivo, ¿tú qué dices?

Se volvió hacia el muchachote de la camiseta roja, fiero e imperturbable, que fumaba un poco más allá apoyado en el muro.

—¿Cuánto es? —preguntó con el divertido ademán de quien pregunta más por curiosidad que por otra cosa.

El muchachote farfulló algo entre dientes.

—¿Cuánto? —dijo Lello incrédulo.

—Diez —dijo Massimo—. Déjalo. Vamos.

Lello se echó a reír. Soltó el fanal en el puesto.

—¿Diez liras? —bromeó—. A ver —le dijo algo molesto al muchachote—, ahora en serio, dígame cuánto quiere.

El otro avanzó hacia ellos de mala gana y cogió el fanal del puesto. Lo volvió a lanzar al montón. Volvió al muro y siguió fumando, mirando a un punto lejano ante él.

—Pero qué clase de… —dijo Lello atragantado.

—Déjalo estar —le dijo Massimo—. Venga, vamos. Además, qué ibas a hacer con eso.

Lello se dejó llevar, pálido de rabia, pero unos metros después se volvió.

—Qué clase de…

Se interrumpió de nuevo y se quedó mirando un camión cargado de sillas parado a poca distancia del cruce.

—¿Todavía no se ha ido? —dijo estupefacto.

—¿Quién?

—No me ha dado tiempo a verlo tampoco esta vez, pero estoy seguro de que estaba mirando. Desde detrás de ese camión.

—¿Quién? ¿De quién estás hablando?

—Increíble —dijo Lello, todavía mirando hacia el lugar. Luego se dio la vuelta asombrado y echó a andar—. De Rino —dijo—. Desde ayer me está siguiendo.

—¿Rino?

—Sí.

—¡No me digas!

—Hoy solo sabes decir eso —constató Lello un poco seco—. Pero sí.

Es más, ayer por la noche…

Rodearon la placita ya casi vacía y volvieron atrás.

—Aunque —concluyó Lello—, en cierta forma es conmovedor.

—Ah, sí.

—Pero también muy molesto.

—Ya.

—No pareces muy convencido.

—¿De qué?

—De que sea tan molesto. Quizá —se echó a reír—, te alegraría muchísimo si volviera con él, di la verdad.

Massimo no dijo nada.

Lello tragó saliva.

—Lo siento, disculpa, solo bromeaba. Es que hoy estás…, no sé, te siento distante.

Tragó otra vez. El nudo en la garganta se apretó más. Aun así, sonrió.

—No me hablas, no me contestas tampoco —dijo con una risilla cariñosa—. O si respondes…

Pero la voz se le quebró y la risilla se le atragantó. Ese no era el tono adecuado, sintió. Y sobre todo, no era el momento. Tenía que evitar por todos los medios una escena.

—En fin, esta mañana yo también estoy nervioso —consiguió suspirar con indiferencia—. Será este cambio de tiempo, tan brusco.

—Claro.

—Y luego ese maldito patán. Dan ganas de estrellárselo en la cabeza, el dichoso fanal.

—Eso sí.

El fanal seguía allí cuando pasaron, pero el puesto estaba cubierto por un telón de plástico y el muchachote se había ido. También el librero del Scartazzini estaba cerrando para ir a comer.

—Y tú, perdona que te diga, ¿por qué me has preguntado que qué iba a hacer con eso? Diez mil no las valía, de acuerdo, pero una vez arreglado, según mi humilde opinión, no habría quedado nada mal.

—No, no, pero quién ha dicho nada…

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—Vale, hombre, si ni siquiera me estás escuchando… Digo que por

qué has dicho que qué iba a hacer con eso.

—Ay, Dios —dijo Massimo abatido—. Mira, discúlpame, ni siquiera me acuerdo de haberlo dicho, y además…

—Lo has dicho. Has dicho: «Además, qué ibas a hacer con eso».

—Vale, pero habré querido decir que de qué te iba a servir. Que dónde lo ibas a poner. En la entrada ya está el globo danés, ¿no? Y en el pasillo…

—No era para mí.

—¿Ah, no? Perdona, ¿y yo qué sabía?

—¡Era para Monferrato!

—Ah.

—¿Lo ves? Hemos venido por eso y tú ni te acordabas. Yo, en cambio, enseguida he visto que para Monferrato era justo lo que hacía falta. En la verja quedaría perfecto, he pensado. O en la puerta de entrada.

—Ah… Bueno.

—Y no es como para contestar con ese ah, bueno, me parece.

Habían llegado de nuevo al cruce. Estaban atravesándolo.

—Escucha, Lello…

—¿Sí? —dijo él con la voz ahogada.

—Nada… Llegamos tarde…

—¡Ah, no! ¡Ahora tienes que decírmelo! —estalló—. ¡Porque si soy yo el que no te conviene, y en tu chalecito no me quieres, me lo tienes que decir ahora!

—¿Qué tiene que ver?

—Ya lo creo que tiene que ver.

—Que no… Lo que quería decir es que lámparas ya hay. Tanto en la puerta como en la verja. Eso es todo.

Lello se detuvo de golpe. Miró los viejos lienzos que de nuevo tenía delante, la puerta ahora cerrada de la tienda. Se volvió lentamente.

—Pero no me habías dicho…

De repente se echó a reír.

—Pero no me habías dicho que la instalación eléctrica…

Sacudió la cabeza dos o tres veces, con una pequeña mueca de reproche. Luego empezó a reírse tan fuerte que el señor Vollero, que llegaba por el callejón de los somieres, levantó los ojos con aprensión y se desvió bruscamente para buscar escondite en la esquina.

—Y pensar que yo… —balbuceó riendo convulso—, ¡y pensar que yo lo sabía! ¡Que lo entendí enseguida!

Se carcajeaba, doblado en dos incluso.

—¡Enseguida! ¿Sabes lo que significa enseguida?

Por fin se calmó, sacó un pañuelo y secándose los ojos aún se reía.

—Lo entendí enseguida, ¿sabes? —repitió en conclusión, con una especie de dulzura desesperada.

Massimo estaba apoyado en el muro, al lado del montón de lienzos, y miraba mustio el bordillo de la acera. Levantó la cabeza con esfuerzo.

—¿Entender qué? —murmuró.

Lello estalló furioso, enloquecido de golpe.

—¡TODO! —gritó—. ¡TODO!

El señor Vollero se estremeció. El grito lo había pillado por sorpresa al asomarse a la esquina para ver con quién estaba discutiendo el chaval del suéter amarillo. Retiró la cabeza sin haber visto nada, pero decidido a esperar que ambos se marcharan. Al chaval lo había visto antes en el bar, y estaba seguro de que no lo conocía. ¿Y el otro? El hecho de que ambos se hubieran detenido precisamente ahí, junto a la tienda de lienzos, no le auguraba nada bueno.

Trató de extraer alguna pista del discurso del chaval, que continuaba gritando como un poseso, pero no consiguió entender mucho. Parecía que el otro (¿el socio?) algo que había dicho tener (¿una pintura?) en realidad no lo tenía, y que en cierto lugar donde decía que había estado (¿otro anticuario?, ¿un particular?) no había estado nunca. El caso, según parecía, era que el otro (el socio) había pensado que él (el chaval) no llegaría a ir nunca (¿a comprobar si el cuadro existía de verdad?, ¿si era falso?, ¿si estaba firmado o no?). Sin embargo, él (el chaval) lo había entendido todo desde el principio, pero como tenía otras muchas cosas en que pensar (por tanto, el especialista, o el que así se consideraba, era el socio) no le importaba demasiado. Así que adiós y tanto gusto. Que no se creyera, no obstante (el socio deshonesto), que lo había engañado; porque él lo había entendido todo de inmediato, etcétera, etcétera. Los gritos empezaron a bajar de volumen, y no parecía que el socio estuviera intentando rebatirlos. No decía ni una palabra. Incluso cabía pensar si no se habría ido ya.

Massimo seguía apoyado en el muro. Seguía mirando el bordillo de la acera. Cuando Lello dejó de gritar, cerró un momento los ojos.

Fue el aparente silencio que siguió lo que engañó al señor Vollero.

—No es eso —dijo Massimo, levantando los ojos pero sin mover apenas los labios, con una voz prácticamente inaudible.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lello en un suspiro.

No estaba seguro de haber entendido bien. Y el aspecto de Massimo era más triste que nunca. En cambio, por primera vez, el tono había sido distinto, no tan distante, ni hostil, ni ambiguo.

—¿Qué quieres decir? —repitió con un destello de esperanza.

—Quiero decir que sí que tengo una villa, y que ayer estuve allí. Pero es precisamente por eso. Lo siento.

La voz, cada vez más baja, había sido sincera, pero de una sinceridad desinflada e indiferente, neutra, horrible. La mirada era la de un perfecto extraño.

—No te entiendo —balbuceó Lello.

Y por un momento aún no entendió. Lo importante, le parecía, era que Massimo hubiera dicho la verdad. Si no le había mentido, sus sospechas se derrumbaban y todo lo que quedaba, en el fondo, no era más que un penoso malentendido. Si, en cambio, de verdad había estado en el chalé…

«Pero es precisamente por eso. Lo siento».

Ah.

Dio un paso atrás, acusando el golpe.

Ah, claro.

Se quedó un momento abstraído, inmóvil. Luego se volvió lentamente y se marchó, sin mirar a dónde iba, pero caminando deprisa con pasos rígidos. Cuando el señor Vollero, tranquilizado por el largo silencio, se decidió a salir de detrás de la esquina, lo vio ya lejos, hacia la plaza del Cottolengo.

El otro en cambio no se veía, aunque también debía de haberse marchado hacía rato. El cruce —el señor Vollero miró a izquierda y a derecha— estaba desierto.

Estupendo, finalmente el camino estaba despejado. Y aunque por el momento la tienda estaba cerrada, se dijo cruzando, mientras, podría elegir entre los lienzos más grandes, apilados fuera. Ahí ya veía una elegante moldura, por ejemplo, que desde su sitio parecía en perfecto estado.

Rodeó el montón, para ver qué había al otro lado, y se detuvo desconcertado.

13

Salvo un frío en los huesos y un molesto zumbido en los oídos, Lello no

sentía nada; estaba lúcido e indiferente, caminaba cada vez más rápido con la única idea de irse lo más rápido que pudiera, aunque no sabía a dónde.

Pero al llegar al gentío y las barracas todavía abiertas de la plaza del Cottolengo no tuvo valor para seguir. Para llegar al coche era necesario torcer a la derecha un poco más adelante, donde Anna Carla y los demás estaban seguramente esperando. O volver atrás, con el riesgo de encontrarse cara a cara con Massimo.

No es que le importara demasiado, pensó. Ahora que todo había terminado de verdad y para siempre, su historia con Massimo le parecía de golpe lejanísima, como si ya hubieran pasado años. Si quería, podía no volver a pensar en ello, o también volver a pensarlo con calma, en paz, con la tranquila imparcialidad de un extraño. Por eso le molestaba la gente que tenía alrededor, entre la confusión de puestos que se marchaban y de otros con cosas nuevas —quincalla, chatarra, confecciones, zapatos— que empezaban a instalarse ahora para la tarde.

Pensarlo con calma, se repitió, alzando los ojos hacia el cielo nublado y las altísimas fachadas grises de los dos pabellones del Cottolengo. Tenía que aprovechar esa lucidez inesperada, esa repentina indiferencia, para convencerse todavía más de que todo estaba acabado, cerrado, liquidado. Y luego no pensarlo nunca más.

Al lado de los pabellones, en esa parte de la plaza, en los muros de una antigua fábrica convertida en depósito, un alto portal de hierro con un zaguán oscuro estaba abierto. En la pared todavía se leía:

BALÔN
RESIDUOS METÁLICOS E INDUSTRIALES

Pero más allá del zaguán cavernoso y atestado de muebles rotos —Lello lo recordaba porque había estado una vez— había una enorme esplanada a cielo abierto donde muebles todavía más rotos e inutilizables, frigoríficos estropeados, derrengadas estanterías y mohosos mostradores de negocios, cajas y cajones de todo tipo se amontonaban en grandes hileras bajo oxidadas persianas de chapa. Estaban allí principalmente a la espera de ser destruidos, pero el acceso de compradores ocasionales estaba permitido.

Lello entró. En el zaguán había una especie de oficina acristalada, donde un hombre con una pierna de madera comía en una tartera. Un

poco más adelante, una familia de gente del sur discutía en voz baja, estudiando una inestable pirámide de mobiliario de cocina. Otros clientes hurgaban en cúmulos de butacas cojas, sofás desventrados. Pero en el amplio patio, cerrado al fondo por una verja y a los lados por dos muros ciegos, los pasadizos entre las pilas estaban tranquilos y solitarios. Lello se adentró entre dos filas de armarios descoyuntados y sin puertas, torció por un estrecho atajo entre cajoneras de oficina, y continuó al azar, siguiendo los giros bruscos y las imprevistas curvas de los pasadizos.

Caminaba despacio sin pensar en nada. Se paró un buen rato, considerando con vago interés las nervaduras de un aparador de madera. Se espabiló. Tenía que pensar en Massimo, se recordó. Si quería que la calma y la indiferencia durasen, solo tenía que repetirse que con Massimo todo había acabado para siempre, pensarlo bien todo, y hacerse a la idea de una vez por todas.

Siguió andando, pero los pensamientos se le escapaban. No conseguía concentrarse más que en detalles insignificantes. La nota que había dejado en la puerta, por ejemplo, que Massimo ni siquiera había leído. La conferencia de Bonetto, ayer tarde. O la difícil conversación con Anna Carla:

«Y pensar que parecía que el verano ya había llegado».

«Sí, pero en Turín…».

Se distrajo mirando a un chaval con mono, salido de una esquina, que consultó un trozo de papel y se encaminó por un pasillo de cómodas superpuestas, marcando de vez en cuando una con tiza. El lugar por tanto no estaba desierto. Alguien pasaba por el pasadizo paralelo al suyo, y más adelante una pareja de mediana edad se había parado a tomar medidas de algo, hacia la verja se encontró con otra pareja, más joven, con una niña, y volviendo atrás volvió a ver al chaval, a una mujer de luto agachada delante de un frigorífico, un hombre mayor, con pinta de jubilado, absorto en la contemplación de un macizo aparador sin cristales.

—Permiso…

El hombre se echó atrás para dejarlo pasar, sin apartar la vista de los festones de fruta y flores tallados que decoraban el mueble. Qué estaba haciendo, pensó Lello. A lo mejor el mueble fue suyo y él, todos los sábados, volvía aquí a verlo como se visita la tumba de la familia.

«Además, qué ibas a hacer con eso».

La frase le resonó cerquísima, y justo después se dio cuenta de que el

zumbido en los oídos había cesado. Las ideas y las imágenes que hasta el momento se le escapaban empezaron a ordenarse rápidamente por sí mismas.

«Quiero decir que sí que tengo una villa».

Se encontró delante de uno de los muros ciegos y torció por un pasadizo aún más estrecho y oscuro que los otros, donde no había nadie. Ahora ya no había ninguna necesidad de concentrarse. Si el chaval o el jubilado hubieran estado todavía en los alrededores, o si alguien pasara por el pasillo de al lado, o la pareja con la niña le viniera detrás, no habría podido ni oírlos ni verlos. Ante sus ojos tenía una villa desconocida, un jardín donde no había estado nunca, y podía distinguirlos con toda claridad.

«Y que ayer estuve allí».

Massimo estaba en el jardín, y hablaba con el aparejador, que le decía que todo estaba en orden. Se veían el carpintero, el pintor y el fontanero que se marchaban. El electricista pasaba un momento, pero solo para decir que él también había terminado. Luego solo quedaba Massimo, que miraba sin interés el parqué reparado y las paredes repintadas en la planta baja. O paseaba por las habitaciones del piso superior. O estaba parado, con semblante oscuro, mirando el campo por una de las ventanas.

«Lo siento».

Lo sentía de verdad, pero no podía hacer nada. Había sido sincero cuando le propuso ir allí en vacaciones en vez de a Grecia. O quizá, vagamente, había esperado que para las vacaciones la villa no estuviera acabada. Pero ahora que todo estaba claro, se daba cuenta de que en realidad la cuestión no era Grecia u otro lugar. De Lello, en realidad, ya estaba cansado desde hacía un tiempo, estaba hasta la coronilla, ya no soportaba tenerlo cerca. Y la perspectiva, ahora, de cargar con él también allí…

«Lo siento. Pero es precisamente por eso».

Así. En la cara. Y adiós muy buenas.

Cerrado.

Cerrado, se repitió temblando. Acabado. Ahora ya no tenía que pensarlo más. Tenía que irse, ahora, y… Pero ¿irse a dónde? ¿A hacer qué?, pensó temblando todavía más, mirando con terror el fondo oscuro del pasillo.

Porque ahora tanto la calma como la indiferencia habían desaparecido, y no pensar no servía de nada. Con cualquier cosa que

pensara, descubrió, una náusea le subía a la garganta y el corazón le estallaba en el pecho. Todo le daba horror. Las montañas de estanterías a su derecha le recordaron la oficina, la señorita Fogliato, los Botta, y la idea de volver a verlos lo aterrorizó. Una antigua nevera de carnicería, entre los trastos a su izquierda, lo angustió y le recordó el mercado de la plaza Madama Cristina, en la vía Berthollet, las tiendas de alimentación junto al portal de su casa. Luego se acordó de que al día siguiente era domingo, y se sintió aún peor. Una fila larguísima de domingos vacíos se le abrió delante, congelándolo con sus calles desiertas y sus persianas bajadas, y sus estadios estruendosos y sus pálidos bares, sus cines, por la tarde llenos de familias escuálidas y de noche repletos de catetos hostiles.

Dios mío, no, pensó.

Caminaba cada vez más despacio, a lo largo del muro ciego, entre las altas pilas que lo rodeaban, para retrasar el momento en el que ya no tendría esa especie de protección, de guía, de último refugio de la vida que le esperaba ya hoy, y también de la de mañana y de la de todos los días. Seguir adelante así, pensó. Poder continuar siempre así, dejándose llevar… Pero el muro terminaba. Había terminado. Bajo una no muy alta cubierta de chapa, entre una pared de mesas y oscuras bocas de pasadizos laterales, el pasillo giraba a la izquierda y llevaba directamente a la salida.

Dios mío, aún no, pensó.

Dio todavía algunos pasos, superando la entrada del primer pasadizo, luego tuvo que parar porque le faltaba la respiración, las piernas ya no lo sostenían. Se quedó mirando, apoyado en una pila de arcones destrozados, los pocos metros de camino que lo separaban todavía del zaguán, donde los del sur discutían ahora en voz alta…, de la plaza, desde la que llegaban de nuevo ruidos confusos…, de la ciudad, donde nada había acabado y donde todo continuaba igual que antes…, exactamente igual que antes…

Dios mío, pensó desesperado. ¿Y ahora?

Y eso fue lo último que pensó.

14

Anna Carla esperaba en medio de la plaza, junto a un puesto de libros y periódicos viejos. Levantó los ojos del Manual práctico de policía

judicial, del Cab. Luigi Valentini (Atribuciones de los oficiales y agentes de la policía judicial. Formulario de los informes y procesos verbales. Algunos ejemplos y demostraciones de los delitos más comunes y más graves. Tercera edición revisada y corregida. Roma, 1935-XIII), que se acababa de comprar por doscientas liras, y miró a su alrededor. Pero los otros no aparecían aún por ninguna parte.

«Por otra parte, el denunciante —retomó la lectura fascinada— ninguna sospecha tenía y ninguna pista pudo darnos. Vestidos con nuestro uniforme nos dirigimos por tanto a la estación de ferrocarril con el objetivo de proceder con las investigaciones del caso. Abordado el inspector encargado del control de los billetes en la sala de acceso a la estación, este nos dice haber notado la presencia de un individuo alto, vestido claro, con sombrero marrón y zapatos amarillos, de tez más bien pálida, con ojos oscuros y bigote a la americana, que, por sus movimientos, por las miradas furtivas que a cada momento dirigía aquí y allá, le había llamado la atención. Dijo también que al picar el billete había visto que el individuo se dirigía a Roma y que partió con el tren de las 13:45 horas, que llega a… a las… Sin pérdida de tiempo, visto que para la susodicha hora faltaban todavía una hora y veinticinco minutos, procedimos pues…».

Paró de nuevo para mirar el reloj y vio que ya era casi la una y diez. La una y ocho, exactamente. Sonrió pensando que ahora, quizá, debería acostumbrarse a decir las trece cero ocho. Calculó también, con deliberado descaro, que para su cita de la tarde faltaban tres horas y cincuenta y dos minutos. Pero era extraño que ahí, ahora, no aparecieran ya Massimo con Lello, ni Sheila con Bonetto. Suerte que había encontrado una lectura de tan convincente suspense.

«Procedimos pues —continuó— a enviar un telegrama a la Comisaría de Policía de la estación de ferrocarril de… para que a la llegada del tren de las… horas, proveniente de…, se procediese a la detención del individuo de palabra, indicando para su reconocimiento los datos recabados, y añadiendo las sospechas que caían sobre él. Sobre las 19:40 horas habíamos recibido el siguiente telegrama: "Detenido el individuo…"».

Los agudos chillidos de Sheila que llegaba sin Bonetto le impidieron leer el resto del telegrama.

Tenía que disculparla, todo era culpa suya, dijo Sheila al llegar. Había querido ver también el mercado de Porta Palazzo, explicó, y por eso llegaban tarde. Luego se habían dado cuenta de que se habían

dejado en el café el sombrero de cura. Por lo que Felice había corrido a recuperarlo, mientras que ella había ido directamente allí. ¿Dónde estaban Massimo y Lello?

—A saber —dijo Anna Carla cerrando el libro y metiéndolo en el bolso. Quizá se habían encontrado con Felice y lo habían acompañado.

Pero el americanista estaba solo cuando volvió con el sombrero. A los otros dos, dijo, no los había visto. ¿No estarían esperando en otra parte de la plaza?

—Ah, no, míralos... —dijo Anna Carla señalando a Massimo que se acercaba—. Es decir, al menos Massimo.

—Maximo! —gritó Sheila levantando el brazo—. We are hungry!

—Tenemos hambre —tradujo jocoso el americanista, cuando el otro estuvo más cerca.

Massimo se disculpó, se había encontrado con alguien que le había soltado un rollo tremendo.

Anna Carla percibió la falsa desenvoltura, lo vio pálido, y entendió que algo había pasado con Lello. Trató de sacarlo del lío delante de los otros dos.

—¿Y Lello? ¿Al final ha decidido no venir? —dijo.

—Ah, sí..., es decir, tenía que hacer una llamada y ha dicho que no lo esperemos...

—¿Qué ha pasado allí abajo? —dijo Bonetto mirando al fondo de la plaza.

—¿Cómo? —dijo Anna Carla—. ¿Qué pasa?

—Police —dijo Sheila señalando el coche que se había parado delante de un alto portal abierto, entre gente que gesticulaba.

El coche era de la guardia urbana y no de la policía, la verdad, pero por el jaleo y el gentío que se estaba montando, estaba claro que no tenía nada que ver con la prohibición de aparcar. Un momento después, llegaron también una camioneta de la policía y una ambulancia con la sirena a todo volumen.

—¿Qué habrá pasado? —repitió el americanista, que claramente tenía ganas de acercarse a ver.

De la ambulancia, ahora, estaban bajando una camilla. La multitud de curiosos aumentaba.

—Somebody is hurt —dijo Sheila compasiva. Alguien se ha hecho daño.

—¡Sureños! —exclamó satisfecho el hombre del puesto de libros—. Un apuñalamiento entre sureños. —Cubrió el puesto a toda prisa y

corrió a ver también él, mientras los de los otros puestos hacían lo mismo y gritaban desde su sitio para saber más.

—¿Qué hacemos? —dudó Anna Carla. No tenía la menor gana de ver los restos de un crimen. Ciertas cosas, pensó, era mucho más divertido leerlas en el manual del Cab. Valentini.

Pero el americanista se había acercado y estaba informándose cerca del kiosco de bebidas, adonde llegaban de rebote las primeras noticias. Se unieron a él.

—Parece que hay un muerto —anunció impresionado y olvidándose incluso de traducir.

—Un chaval —dijo uno que volvía con noticias frescas.

—¿Uno del sur? —preguntaron varios.

—No, un suicidio.

—Ah…

—¿Y cómo ha sido?

—¿Se ha disparado?

—En la cabeza —confirmó un chófer que llegaba—. Era rubio.

—Ah…

—¿Se sabe quién es?

—¿Se sabe por qué…?

El interés, no obstante, iba menguando. El último detalle que proporcionó el chófer, que el rubio llevaba un suéter amarillo, no interesó a nadie.

—¿Entonces? —dijo Anna Carla—. And…

Se calló de repente porque Massimo se había vuelto y se marchaba a toda prisa, echándose incluso a correr. Durante un buen rato no supo qué pensar. Luego, de golpe, se quedó helada. Con la respiración contenida y una mano en la boca, se quedó mirando cómo corría y desaparecía en la aglomeración delante del portal.

—What's the matter? —dijo Sheila estupefacta.

—No lo sé… No estoy segura…, quizá ha pensado que…

Miró angustiada al chófer, que repetía su discurso a los recién llegados.

—Un rubio, con…

—Pero ¿tú lo has visto? —dijo el kiosquero.

—No, porque sigue allí dentro. No lo sacan porque ya está muerto. Pero dicen que es un rubio con un suéter amarillo.

Ahora incluso Sheila entendió sin ayuda de traducción.

—My goodness —dijo con los ojos como platos—, do you think…?

—No, no lo sé —repitió Anna Carla consternada. No sabía si esperar allí o si ir a por Massimo, o qué hacer.

—Pero si se ha disparado, ¿por qué está ahí la Patrulla Móvil? —dijo alguien de repente.

—¿Qué Móvil? Son los de la comisaría de Borgo Dora.

—Sin embargo, está también la Móvil.

El interés se despertó mientras los dos coches, que llegaban en silencio por el callejón, activaron la sirena para abrirse paso hasta el portal. Muchos, que ya estaban volviendo, se echaron atrás a toda prisa. Otros vendedores dejaron sus puestos. Los reclamos se multiplicaron.

—Pero ¿no se había disparado? —gritó el kiosquero moviéndose en dirección a un puesto de chatarra que hacía de repetidor.

—¡No se sab' vía 'ada! —transmitieron desde el puesto.

—No se sabe todavía nada —aclaró el kiosquero.

—¡Nos 'abe más que 'cido muerto!

—Solo se sabe que lo han encontrado muerto.

Pero nuevos mensajeros, ahora, se separaban de la aglomeración y venían a la carrera con la última novedad, la noticia definitiva. Desde el puesto de chatarra se alzaron gritos confusos, incomprensibles entre el barullo que se oía. Luego, un hombre enorme que corría torció hacia el kiosco, se acercó, llegó justo al lado.

—¡L'han matau! —gritó lúgubre y crispado, sin pararse, agitando el brazo en señal de desgracia—. ¡L'han matau!

—Lo han matado —anunció el kiosquero.

Anna Carla se encontró de repente al fondo de la plaza, donde más gente había agolpada, sin saber si había llegado por sí misma o si la había arrastrado la marea creciente de curiosos que llegaban ahora también desde Porta Palazzo. Sheila seguía a su lado, con Bonetto protectoramente apretado bajo el brazo. Continuaron juntos, acercándose poco a poco a la zona que los agentes tenían despejada delante del portal de hierro. Llegaron justo delante del zaguán.

—I can't see him —dijo Sheila mirando por encima de las cabezas. No lo veía.

—The body? —preguntó el americanista.

Anna Carla creyó que se refería al cadáver, pero luego comprendió que se trataba de Massimo.

Avanzaron un poco más adelante, hacia primera fila.

—Oh, there he is! —dijo Sheila de repente—. They are talking with him.

—Ah, ahí está, están hablando con él —tradujo Bonetto, que no veía nada—. Pero ¿quién?

Alcanzaron la primera fila y la superaron. Sheila levantó el brazo para indicar la oficina acristalada, entre las pilas del zaguán. Pero un agente se interpuso, empujándolos, y un sargento llegó gritando a todos que se echaran atrás.

—¿Riviera? —preguntó Anna Carla, con voz rota, al agente que la empujaba atrás—. ¿El joven… se llamaba Riviera?

—Atrás, atrás —dijo el agente—. Apártense hacia atrás.

—¿Riviera qué? —dijo el sargento.

—No lo sé… —se aturulló Anna Carla—. O sea, Lello, pero no sé su nombre completo…

—Venga, vamos a ver —dijo el sargento. Miró a Sheila y a Bonetto —. ¿Van todos juntos?

—Nnno… —dijo Anna Carla—. No exactamente…

—Not exactly —balbuceó el americanista—. Quizá no…

—No, no, vengan, vengan —dijo cordialmente el sargento.

Los acompañó hasta el zaguán, a la oficina acristalada, pero antes de llegar se volvió; Anna Carla apenas tuvo tiempo de distinguir a Massimo, de espaldas, y a un hombre alto y flaco, con entradas y el pelo liso cuidadosamente peinado hacia atrás, que levantó un momento los ojos para mirarla.

—Vamos, por aquí —dijo el suboficial, invitando también a un agente de tráfico, y guiándolos hacia una esquina apartada donde un banco y varias sillas de cocina formaban una especie de recibidor—. Si quieren sentarse y facilitarme sus señas de identidad… o mostrarme quizá algún documento…, así lo comprobaremos mejor.

—Papers? —dijo Sheila—. I don't know if I have got my passport…

El americanista estaba demasiado nervioso para traducir.

—Pasaporte, carnet de identidad, carnet de conducir, cualquier cosa sirve —aclaró el agente.

—Pero ¿cómo ha ocurrido? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Anna Carla hurgando en el bolso—. No sabemos todavía ni…

El sargento tendió la mano para recoger los documentos.

—Perfecto, ahora veremos —dijo animoso.

—Deja, no importa —dijo De Palma.

El sargento y el agente saludaron y se echaron atrás. Anna Carla reconoció al hombre alto, de pelo liso que había visto hablando con Massimo.

—¿La señora Dosio? —le preguntó tras un gesto cortés de saludo a los tres—. Tanto gusto. Comisario De Palma. Estaba hablando con el señor Campi cuando les he visto entrar, y el señor Campi me ha dicho que iban juntos. Entonces —dijo señalando las sillas—, si tienen la amabilidad de esperar aquí…

—Pero ¿qué ha ocurrido? —preguntó Anna Carla quedándose en pie—. Dígamelo, por favor. Solo sabemos que… ¿Es de verdad Riviera? ¿Esta muerto?… ¿Cómo ha ocurrido?

De Palma hizo un gesto de incertidumbre.

—Por el momento nosotros tampoco sabemos nada. Pero lo que es muerto —extendió los brazos—, está muerto.

—Pero ¿se ha suicidado o cómo? Porque primero hemos oído que era una pelea… Luego en cambio decían que había sido…

—Sí, sobre eso no hay duda —dijo De Palma inclinando la cabeza y atusándose el pelo.

—¿Y entonces? —dijo Anna Carla con brusca desesperación.

De Palma levantó la cabeza, la miró un momento indeciso.

—No se trata de un suicidio —dijo y siguió mirándola— y no hay peleas de por medio. Riviera ha sido asesinado exactamente como el otro.

Anna Carla buscó el respaldo de la silla, detrás de ella, y se sentó.

—¿Cómo Garrone? —consiguió pronunciar.

De Palma asintió.

—Con un…

—No exactamente, pero casi… —dijo De Palma—. Un instrumento de piedra —añadió sin dejar de mirarla. Luego se disculpó—. Ahora tengo que volver. Si tienen la amabilidad de esperar un momento aquí.

Anna Carla lo miró mientras se iba y en ese preciso momento un recuerdo le vino a la memoria. Los hermanos Zavattaro no tenían nada que ver. El recuerdo era de esa misma mañana…, de hacía apenas una hora…

—Comisario —lo llamó.

De Palma se detuvo con cierta impaciencia y se volvió solo a medias.

—¿Sí?

—El instrumento… —vaciló Anna Carla— ¿es por casualidad una mano de mortero?

El comisario De Palma se volvió del todo.

IX

La ley, pensó el comisario (sábado por la tarde)

1

La ley, pensó el comisario mirando los documentos de identidad repartidos por la mesa—, era igual para todos: pero no de inmediato, por suerte. Para algunos, en ciertas circunstancias, pasaba algún tiempo antes de llegar a ser igual.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta mañana podemos aguantar —dijo De Palma después de un silencio—. Quizá incluso hasta el lunes.

«Aguantar» quería decir, en la práctica, tratar de resolver el caso antes de que los periódicos, habiendo agotado el color local del Balùn y exprimido todo el jugo impresionista-novelesco, de Sherlock Holmes pasaran derechos a Karl Marx. «¿Grandes nombres involucrados en el misterio del Balùn?»; «La Turín decente tiembla»; «Sexo y dinero detrás del oscuro crimen del mortero». El comisario se veía venir los titulares. Y en ese preciso momento dejaría de poder trabajar bien: el suplente del procurador, que era joven, pero de antigua familia turinesa, sería más o menos veladamente acusado como culpable de connivencia; el inspector jefe, de ser una marioneta en manos de la Fiat; De Palma y él, de desviar a propósito el curso lógico, racional, de las investigaciones, de ocultar pruebas e inventar otras. Les decías dos palabras para tenerlos de buenas y ellos conseguían sacar a la luz hasta el trajecito de la niña; guardabas silencio y te convertías en ese que «se atrinchera detrás de un incómodo no comment».

—¿Tú has dicho alguna vez no comment?

—¿Qué? —dijo De Palma.

—Hablando con los periodistas, ¿has dicho alguna vez no comment?

—No —respondió De Palma—. Y tampoco su equivalente en mi lengua.

—¿Cuál es?

—A tomar por… —dijo De Palma.

El señor Campi, pensó el comisario, se habría divertido horrores. Y también ella. Dos personas listas, listísimas, que sabían reírse, que apreciaban las bromas. Y riendo y bromeando mira hasta dónde habían llegado.

—Está bien —dijo sin fuerzas—, está bien.

La pelota estaba en su tejado. La investigación «paralela», la investigación «discreta» desarrollada por esos dos listos implicados «marginalmente» en el crimen de Garrone se había convertido de golpe en la cosa más seria que la policía tenía entre manos. De Palma tenía razón: no podía ser casualidad que Campi y la señora Dosio aparecieran, como el gato y la zorra, también esta vez. Y si, por milagro, fuera de verdad una casualidad, había que demostrarlo entre hoy y mañana, máximo el lunes. Pero el problema, concluyó por vigésima vez el comisario, era que la demostración le tocaba a él. Él era el experto.

—¿Por quién quieres empezar? —preguntó De Palma con una mano ya en el pomo.

Estaban todos allí desde hacía dos horas: el guardia del almacén, los dos que habían encontrado el cadáver, el propietario de la maja robada por el asesino, el profesor Bonetto, esa otra americana, el señor Campi, la señora Dosio. Todos llegados «espontáneamente», después de aceptar un pasaje en el Alfa de la policía.

De Palma había ya hablado con ellos, recogiendo apresuradamente los primeros datos esenciales —la maja que la señora Dosio había recordado, el 500 amarillo aparcado en algún sitio (lo habían encontrado delante del Arsenal), la dirección de vía Berthollet—, y con estos había organizado las primeras búsquedas. Pero el comisario no, todavía no los había visto. La llamada de De Palma la había recibido en casa, mientras estaba preguntándose con la máxima seriedad (el problema, ahora, le parecía mucho más que ridículo) si convenía comprar flores (¿rosas, anémonas?) y ponerlas en un jarrón (¿en la entrada?, ¿en el dormitorio?) por si se daba el caso de que ella, desde el café de la avenida Belgio…

Hizo un gesto como para quitarse de la cara una telaraña y bajó la mirada hacia los documentos, con esas fotografías inverosímilmente

pequeñas, mortuorias. En formato tarjeta, ni un emperador romano habría salvado su cabeza de la nulidad.

—Dosio —dijo—. Que entre ella.

Era mejor empezar por lo más difícil, el mal camino hay que andarlo pronto.

—¿Me quedo también yo o sigues solo?

De Palma no sabía nada de la avenida Belgio, solo se preocupaba de la forma más efectiva de interrogar a «la sospechosa», en esa fase todavía no exactamente oficial de la investigación.

—Solo —dijo con esfuerzo el comisario—. Pero ven a llamarme dentro de un cuarto de hora.

—De acuerdo.

Interrumpirlos, no responderles, ponerlos nerviosos, después volver a manipularlos, fingir indiferencia por lo que digan, y agredirlos a bocajarro, acosarlos durante una hora entera y vuelta a empezar, según las antiguas y probadas técnicas. ¿A eso quedarían reducidos sus intercambios con la «simpática señora»?

El comisario, al quedarse solo, se sintió viejísimo, con la vida ya detrás de sí, inmutable, como una partida jugada. Se levantó, poco a poco, para no recibirla detrás del escritorio, al menos; y cuando Scaglia abrió la puerta y la hizo pasar consiguió, por un instante, verla como a una perfecta extraña. Pero duró solo un instante.

2

El baño era el cuarto preferido de Zavattaro. Tenía el suelo de mármol blanco y las paredes, hasta el techo, forradas de losas de mármol gris y rojo, a franjas alternadas. Con el agua hasta la barbilla y una esponja sintética que le hacía de almohada detrás de la nuca, Zavattaro, como cada sábado tarde, flotaba perezosamente en la bañera, para él demasiado larga y estrecha. Había dormido, en su cama, hasta veinte minutos antes, y ahora estaba adormilándose en aquel líquido templado. Su mujer entró bruscamente.

—Walter —imploró.

—Espera un momento —farfulló Zavattaro sin abrir los ojos.

Tenían que salir juntos a comprar una barca inflable para el niño, que se iba a Laigueglia con los abuelos.

—Walter —dijo su mujer casi llorando—. Están ahí otra vez esos

dos.

Zavattaro abrió los ojos.

—¿Qué? —dijo.

—Los dos de la comisaría, los que te llevaron ayer.

Zavattaro se incorporó en la bañera, el vello largo y apelmazado por el agua sobre todo su torso musculoso.

—Sacramento —dijo poniéndose una mano en la cabeza.

Su mujer lo miraba con ojos aterrorizados.

—¿Qué pasa? ¿Qué quieren? ¿Has hecho algo?

Zavattaro, sin responder, salió salpicando del agua y le hizo un gesto para que le pasara el albornoz.

3

Se estrecharon la mano en silencio, y mientras cada uno recuperaba la suya, ella le dedicó la sonrisa más triste que el comisario hubiera visto en toda su vida.

Incomodo, miedo, maldad, incluso hostilidad, incluso una crisis de nervios, cualquier cosa habría sido más fácil de manejar que una sonrisa como esa.

—Bueno —dijo el comisario con la boca seca—, da igual que no nos sentemos.

Ella se sentó con una sumisión desgarradora. Él acercó una silla y se hurgó en el bolsillo.

—La norma —dijo— es que lo primero es ofrecer un cigarrillo.

Ella sacudió la cabeza, rechazando —en realidad— el lamentable intento jocoso. Ese no era el tono apropiado.

—Está bien —dijo el comisario—, está bien.

Se levantó y empezó a caminar con las manos a la espalda, como un policía. Y además, pensó, como un padre de comedia discutiendo con una hija alocada que se hubiera metido en un embrollo más grande que ella. La sensación de haber sido traicionado le cargó la voz de sarcasmo.

—No sé qué decir. ¿Se puede saber qué demonios habéis hecho?

Ella rechazó esto también.

—Comisario —dijo sin ápice de ironía—, no soy una cría. Usted debe hacerme las preguntas. Hágamelas.

El comisario fue a sentarse detrás del escritorio, a su sitio. Sus

afanes, sus vacilaciones particulares en la búsqueda de un savoir vivre provisional se derrumbaban ante aquella firme sugerencia, ante generaciones y generaciones de mujeres acostumbradas a expresar y recibir condolencias de una determinada manera, a limpiar la plata ciertos días, a mandar a los hijos a determinadas escuelas, a mantener los gastos de la casa dentro de ciertos límites. Ella tenía razón, naturalmente: si había una etiqueta, una regla, un procedimiento, era precisamente en los momentos de crisis cuando había que seguirlos. Para eso servía la tradición.

Sobrio, resignado y agradecido, empezó a seguir la tradición no menos férrea de su oficio.

—¿Qué sabe decirme del tal Riviera?

—Apenas lo conocía. Era amigo de Massimo, pero no solíamos vernos. Las raras veces que los he visto juntos, por casualidad, me ha parecido un buen chico.

—Una amistad homosexual, supongo.

—Creo que sí. Massimo habla poco de esas cosas, y solo de forma impersonal, pero nunca se ha preocupado de ocultarlas. Aunque tampoco de ostentarlas. Puede que fuera un problema cuando era pequeño, pero ahora está hecho a la idea. Como casi todos, ahora.

—Ya… Entonces, no tiene que ver con una vida secreta, con miedo a un escándalo, a una novia que no sabe nada…

—No, en absoluto. Entiendo que la posición de Massimo pueda resultar muy sospechosa, pero como móvil eso no sirve. Todos lo saben, que es homosexual.

—Normalmente tenemos que partir siempre de los móviles más obvios —dijo el comisario.

—Comprendo. Discúlpeme.

—Hay otro también muy banal: los celos. ¿Usted sabe si Riviera le había dado motivos al señor Campi…?

—No lo sé. Y aunque fuera así, Massimo no me lo habría contado.

Y aunque se lo hubiera dicho, pensó el comisario percibiendo el matiz, la advertencia, más mordaz que reticente, usted no lo habría repetido aquí en comisaría en ninguna circunstancia. Era eso que en el «ambiente» se llamaba discreción y que fuera del «ambiente» se llamaba omertà. El mundo estaba lleno de gente que, bajo las más variadas etiquetas, no quería hablar con la policía. Si vuelvo a nacer —se juró— me hago psicoanalista. A esos encima les pagaban por hablar con ellos.

—No puedo decir que lo conozco bien —ensayó un tono lo más freudiano posible—, pero admito que el señor Campi parece tener una… personalidad muy equilibrada.

—¡Claro que sí! —aprobó ella de inmediato—. No es para nada posesivo, ni exclusivo, no es su carácter. No hay ningún tipo de mezquindad en sus relaciones con otras personas.

—Sin embargo, esta —objetó el comisario, atusándose una inexistente barba— era una relación, digamos, cuando menos distinta. No podemos descartar que hubiera un componente morboso, un apego mucho más fuerte y más complicado de lo que pudiera parecerle a usted. Estas cosas se ven todos los días.

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Mi impresión es que Massimo no es del tipo que se deja arrastrar por una pasión semejante.

—¿Ni por Riviera ni por otros… antes de Riviera?

—No sé nada de la vida privada de Massimo.

Portazo en la cara, de nuevo. El comisario abandonó el psicoanálisis.

—¿Usted sabía que el señor Campi había venido al Balùn?

—No. El jueves, cuando le pregunté, me dijo que no.

—¿Y usted no lo ha vuelto a ver después del jueves?

—No. Ayer tarde quise telefonearle, pero después… no lo hice.

Se había ruborizado, a saber por qué. Quizá habían hablado mucho rato, y Campi se había desahogado con ella, o se le había escapado alguna frase que hoy, después del crimen, sonaba comprometedora.

—Y esta mañana, cuando los ha visto, ¿ha notado algo de particular entre ellos?

Por escrúpulo (¿o para escabullirse?) ella respondió con una aclaración.

—No estaban juntos. Primero me he encontrado con Riviera, solo. Había habido un malentendido, según entendí, y se estaban buscando de un café a otro.

—O sea: ¿usted ha visto a Riviera antes de que él se encontrara con Campi?

—Exacto. Hemos caminado un rato juntos mientras yo iba a devolver el cencerro.

—¿Y qué le ha dicho? ¿Cómo lo ha visto?

Las comisuras de la boca se dejaron caer hacia abajo, las cejas se alzaron, en una manifestación de soberana indiferencia.

—Normalísimo. Hemos hablado de esto y aquello… Sabe, no es que nos conociéramos mucho, como ya le he dicho…

De la rápida inspección que había hecho en la vía Berthollet, el comisario ya había sacado en claro que Riviera no pertenecía al «ambiente», ni siquiera al nivel de «casual», de divertida y temporal adopción, como habría podido ocurrir en cambio con un bailarín jamaicano, un escenógrafo o incluso un maleante de la periferia. Pero precisamente por eso le parecía extraño que lo liquidasen con tanta soberbia: había una pizca de prisa en aquella respuesta, de arriba abajo.

—¿Y luego?

—Nada. Él se ha ido a buscar a Massimo a un tugurio.

—Y ¿cuándo los ha vuelto a ver?

—Antes —insistió ella—, había visto a Massimo en otro café, y le he avisado de que Lello lo estaba buscando. Al rato han aparecido juntos, porque Massimo se había dejado el impermeable.

—¿Y luego?

—Hemos salido y nos hemos puesto a deambular al azar.

—¿Y parecían estar bien? ¿No había… tensión entre ellos?

—Yo no he notado nada, además, estaban los otros, la americana, Federico Simoni…

—Sí, lo sé. Estamos intentando dar con él, para que nos cuente.

—Pero él no estaba cuando ha ocurrido el… el hecho. Ya se había ido.

—Sí, pero puede que recuerde algo, como usted, por ejemplo, que se ha acordado del mortero.

Ella se limitó a hacer un gestito que el comisario interpretó en el sentido de que del tal Federico no se podía esperar ninguna aportación inteligente ni útil.

—Durante el paseo ¿se ha vuelto a quedar en algún momento sola con Riviera?

—No, ya no lo he visto más. En un determinado momento cada uno se fue por su lado, ya sabe, como se hace en el Balùn.

—¿Y con el señor Campi?

—Tampoco.

—Pero la última vez que los vio ¿estaban juntos?

—Sí.

—¿A dónde iban?

—Estaban parados, mirando pintarrajos viejos. Luego no sé, yo me

he marchado.

—¿A dónde?

—A dar una vuelta… Luego, a por el coche… Y sobre la una he ido a la plaza del Cottolengo, donde habíamos quedado todos.

—¿Los demás estaban ya allí?

—No. He estado esperándolos exactamente hasta la una y ocho minutos. Lo sé porque he mirado el reloj.

De nuevo ese ligero rubor. ¿Qué había de raro en mirar la hora?

—¿Cuándo han llegado los demás?

—Enseguida.

—¿Todos a la vez?

—No. Primero la americana, luego Bonetto. Y un minuto después, Massimo.

—¿Un minuto es un decir?

—No, ha sido un minuto. Dos, como mucho.

—¿De dónde venía?

Ella se concentró, pero era imposible decir a favor de quién, quizá simplemente estaba calculando los riesgos de que la desmintieran Bonetto o la americana.

—No le sé decir, no me he fijado.

—¿De la parte del almacén?

—No lo recuerdo. Cuando lo he visto ya estaba muy cerca de nosotros tres.

—¿Cómo lo ha visto?

—Bueno… —empezó ella, otra vez con ese aire aplicado de quien se esfuerza en decir la verdad (o en no decir, técnicamente, una mentira) —, debo decir que no tenía precisamente el aspecto de alguien que le ha partido la cabeza a un amigo cinco minutos antes. Pero puesto que yo, en realidad, tampoco sé qué pinta tendría si…

—En definitiva, no estaba nervioso, agobiado. Se comportaba como siempre.

La confirmación llegó un poco precipitadamente.

—Absolutamente. Y es grotesco…

—¿Qué le parece grotesco?

—Comprendo que la policía tiene el deber de sospechar. Pero para mí, que lo conozco desde siempre, la mera idea de que Massimo haya podido cometer cualquier gesto de violencia es del todo insensata. No porque sea mi amigo, sino porque no tiene nada que ver con él.

El comisario ignoró la arenga.

—¿Cómo le ha explicado el hecho de haberse quedado solo?

—Ha dicho que Lello había ido a telefonear.

—¿Le ha dicho cuándo y cómo se habían separado?

—No, no hemos hablado más porque a continuación ha empezado el alboroto delante del almacén.

—¿Quién lo ha visto primero?

—No me acuerdo. Quizá Bonetto. O la americana… En cualquier caso, nos hemos dirigido todos hacia allí.

—Y el señor Campi estaba aún tranquilísimo, lejísimos de imaginar que…

—Cierto.

Se la tenía merecida, esa última palabrita desdeñosa, definitiva, reflexionó el comisario. Pero al menos algo había quedado claro, y era que de la historia de Campi no le iba a sacar nada más, la «sospechosa» era de ese tipo de personas a las que les resulta más fácil ayudar a un amigo que a sí mismas. De estar ella en el problema, ¿se habría defendido con tanta determinación?

—Entonces —resumió inocentemente, burocráticamente—, el señor Campi ha llegado a la plaza a la una y diez minutos aproximadamente. Cuando usted lo vio por última vez, parado con Riviera delante de los cuadros, ¿qué hora era?

—No le sé decir.

—¿Media hora antes?

—Oh, no, menos.

—¿Un cuarto de hora?

—Sí, creo que sí.

—¡Estupendo! —dijo el comisario sonriente, malvado—. La una menos cinco, según lo que hemos podido reconstruir, es precisamente la hora a la que se ha encontrado el cadáver. Por tanto, el señor Campi tiene una coartada perfecta.

También ella empezó a sonreír, pero de pronto se dio cuenta y se cuadró con rabia.

—Está bien —dijo—, puede que fuera media hora antes, el tiempo es muy elástico en el Balùn. —Trataba de aplastarlo con un desparpajo mundano, distante—. Si se encuentra algo curioso, pasa muy deprisa, pero cuando se deambula sin meta, se puede hacer eterno.

—Riviera —dijo el comisario— fue asesinado entre la una menos diez y la una menos cinco. ¿Está usted en disposición de decirme dónde estaba el señor Campi en esos minutos?

Ella dejó transcurrir unos segundos de hielo.

—No —dijo negando con la cabeza—. No puedo darle una coartada, pobre Massimo.

—No tiene importancia. Tampoco el señor Campi puede proporcionarle una coartada a usted, si es por eso.

La tensión, el esfuerzo por dominarse, por no decir ni demasiado ni demasiado poco, el cansancio físico de esas horas exasperantes eligieron ese momento para transformarle la cara en una perpleja máscara otoñal. Así sería a los cincuenta años.

—Tiene razón —dijo—, yo también estoy por medio, podría haber sido yo. —También la voz declinaba, se rendía a las sombras de la vida —. En el fondo tienen ustedes derecho a pensar que yo estoy enamorada de Massimo, por ejemplo. O que entre nosotros hay una de esas feas historias de sexo. Es cierto: todos los días se ven cosas como esta.

—No es exclusivamente en el sexo en lo que pensamos —dijo el comisario sintiéndose un perfecto verdugo—, aunque haya tenido que formularle preguntas relacionadas, por motivos obvios.

Se calló (la técnica así lo dictaba), la miró fijamente (era su deber) y dijo muy despacio (según la tradición): —Vea, la otra posibilidad es que Riviera supiera algo sobre el crimen de la vía Mazzini, y que lo hayan asesinado por eso.

Ella se quedó en silencio, inmóvil, durante un rato infinito.

—Si ahora me ofrece un cigarrillo —dijo al fin—, se lo aceptaría. Se me han terminado los míos.

Y luego dijo «uff» y el comisario entendió que entre ellos todo había vuelto a ser como la tarde anterior, y sintió una felicidad explosiva. Se levantó al estilo de los borrachos y se echó a reír desgarbadamente.

—¡Cuánto se fuma, eh, en estas situaciones! —dijo con una camaradería idiota.

—Llevo dos horas temblando como una hoja —confirmó ella. Abrió maquinalmente el bolso para buscar el encendedor y sacó los guantes, un fular que no era el del día anterior, y un grueso libro encuadernado en rojo.

—¿Eso qué es? ¿Lo ha encontrado en el Balùn?

Ella se puso más roja que el libro.

—Sí —dijo. Y se lo enseñó tímidamente.

El comisario lo abrió y leyó la portadilla: Manual práctico de policía judicial del Cab. Luigi Valentini.

De Palma entró justo a tiempo de ponerle los pies en el suelo.

4

Zavattaro, en el coche, no prestó atención al camino. El chófer conducía, delante, y él, detrás, sentado entre dos policías vestidos de civil, hablaba y hablaba, tratando de convencerlos de que la mañana la había pasado en la calle Regio Parco, entre sus trabajadores, sin separarse de ellos ni un minuto. Cuando lo hicieron bajar del coche se extrañó de no estar en el patio de la comisaría, sino en un patio más pequeño, rodeado por edificios que no había visto nunca. Nadie le explicó nada: lo cogieron entre ambos y con ellos atravesó la puerta de uno de los edificios, subió una escalera estrecha, entró en una sala en la que había una mesa vacía y un banco. Uno de los dos policías abrió una puerta y desapareció. El silencio era absoluto. Zavattaro pensó que lo habían llevado a prisión.

—¿Estamos en Le Nuove?[5] —preguntó en voz baja, impresionado por aquel silencio.

El otro negó con la cabeza y Zavattaro le ofreció sin hablar un cigarrillo. El otro negó de nuevo, y con el índice le hizo el gesto de no fumar. Zavattaro se guardó el paquete en el bolsillo y al momento el primer policía apareció por la puerta, sujetándola abierta e indicándole que pasara.

Caminaron los tres por un largo corredor desierto, con ventanas altas, luego subieron la escalera, pasaron por una puerta que tenía grandes mirillas de cristal en los dos batientes y daba a un pasillo con el techo bajísimo y a una segunda puerta igual que la primera. Aquí se detuvieron, como dentro de una caja. El primer policía se asomó a una de las mirillas de la segunda puerta y un minuto después dijo despacio:

—Ah.

Zavattaro oyó pasos acercarse al otro lado, se abrieron las puertas y un hombre anciano, con un anónimo uniforme azul oscuro, lo hizo entrar en un salón vasto, metálico, gélido. Zavattaro se estremeció. La idea de que lo habían llevado a prisión no lo abandonaba.

Siguió, con sus dos guardianes, al hombre de uniforme que atravesaba el salón diagonalmente hacia uno de los enormes armarios grises alineados a lo largo de todas las paredes. No había ni una ventana, la luz procedía de los tubos de neón colgados en el techo. Hacía mucho frío.

El viejo de uniforme se paró delante de uno de los armarios y tiró hacia él de una manija. De la pared, chirriando, salió un enorme cajón y dentro del cajón había un muerto tapado con una sábana; el segundo policía cogió a Zavattaro por la axila y lo empujó para acercarlo a la silueta blanca e inmóvil. Zavattaro notó cómo se le cerraba la garganta.

—¿Lo ha visto alguna vez? —dijo el que lo sujetaba, apretando con más fuerza los dedos en su brazo.

Zavattaro miró. No era Garrone, era el rubio del 500 que había ido a verle ayer por la mañana. Pálido. Muerto.

—¿Lo ha visto alguna vez? ¿Lo reconoce?

Cada palabra estallaba en los oídos de Zavattaro como un trueno. Quería decir que sí, pero no conseguía hablar. Luego, de repente, le salió la voz, fuerte y estupefacta en el gélido salón.

—¡Bauchiero! —recordó—. ¡Aquel otro se llamaba Bauchiero!

5

—Conmigo está el ropavejero —dijo De Palma en el pasillo—. Vamos al despacho de Magliano, que todavía está en lo de Zavattaro.

El comisario intentó quitarse de encima la sensación de deslealtad que sentía: ella se había quedado allí, con Scaglia, que tenía que fingir que hojeaba unos papeles. Pero no era una niña, podía entender perfectamente que se la habría llevado a cuestas con tal de no perderla de vista y para atender, llegado el caso, cualquier agobio, cualquier desánimo repentino. También esos detalles elementales —le explicaría al día siguiente, como máximo el lunes— formaban parte de la tradición. A menudo daban resultado.

—¿Qué ha dicho? —preguntó De Palma.

—No ha visto a Campi entre la una menos veinte y la una y diez.

—¿Y ella? ¿Estaba con alguien?

—No. Estaba sola.

—Mmm —dijo De Palma—. ¿Te has fijado en el bolso? En el fondo lleva algo que pesa.

—Es solo un libro. Lo ha comprado en el Balùn.

También el asesino —o la asesina— de Garrone llevaba un arma (¿el tubo?, ¿un martillo?) y en el último momento había cambiado de idea, utilizando el falo que encontró en el lugar. Aquí debía de haber ocurrido lo mismo con la maja.

—Extraña, la historia del cencerro —dijo De Palma—. ¿Qué te ha contado?

—Todavía no hemos llegado, pero a mí no me parece tan extraña.

—¿Será cleptómana?

—No, es una distracción. Estaría pensando en otra cosa.

—¿En qué? Debía de estar muy nerviosa para birlar un cencerro sin darse cuenta.

—Oye, si hubiera sido ella no habría venido a contarte lo del mortero.

—¿Por qué no? Sabía perfectamente que llegaríamos de todos modos hasta el puesto de donde fue robado. Es más, puede incluso haberlo cogido aposta para otorgarse el mérito de ponernos sobre la pista. Ya sabes los planes que hacen, muchas veces.

—Sí, pero... —dijo Santamaría. Ya sabía que muchos criminales, grandes y pequeños, hacían planes muy enrevesados, se cubrían con astucias tan sutiles que eran inútiles, a menudo lamentables. Como los niños. Como los locos. Pero ella, tan directa, abierta, impulsiva, ella era distinta—. Está bien, ya veremos —concluyó intentando no poner una cara demasiado escéptica.

—Yo ahora me llevo al profesor y a la americana antes de que tú llegues a Campi. Si estuvieron con él en esos diez minutos, tendremos que reconsiderar la situación.

Volvieron al corredor y De Palma tomó la delantera a grandes pasos, era de los que tienen la impresión de trabajar más si se mueven con prisa. Pero de golpe paró.

—Ah —dijo girándose—, hay novedades sobre el billete del tranvía.

Además de la maja ensangrentada y dos cerillas, una colilla pisada, un tornillo oxidado y el papel de un chicle, la Científica había recogido cerca del cadáver un billete de tranvía nuevo, de la red de Turín, pero de un color turquesa que no se correspondía con ninguno de los colores que usaba en el momento la empresa municipal.

—Ha hecho falta un poco de mano dura para que nos trajeran a un tipo que colecciona las viejas series, un sábado por la tarde. Pero, en resumen, ahora sabemos que es un billete picado en la línea 12.

—¿A dónde va la línea 12?

—Ya no va a ninguna parte, está suspendida —dijo De Palma—. Pero antes iba al cementerio. El billete es de 1953.

6

El billete podía, por ejemplo, pensó el comisario con un ligerísimo, reacio, cambio de agujas, haberse caído de las páginas de un libro viejo. Como por ejemplo del Manual (impreso en 1935) que ella había leído mientras lo esperaba y que ahora estaba devolviendo al bolso. También este comprado aposta para utilizarlo después como refinadísima arma de ablandamiento. La aguja se movió otra vez, imperceptiblemente.

Scaglia salió enseguida, sin una palabra. Siempre había interpretado fatal las escenas «casuales». Todas las escenas, a decir verdad.

—¿Quiere avisar a su marido? —propuso el comisario.

—No sé, no quisiera molestarlo por nada. Dígame usted.

—Esperemos. Puede que las cosas se aclaren un poco al final de la tarde.

—Además, no sabría bien dónde encontrarlo: tenía un compromiso, hoy…

Las últimas palabras las pronunció con una larga estela silenciosa, como de estrellas cayendo. ¿Era acaso una forma (astuta, pérfida) de recordarle el «compromiso» de la avenida Belgio, su compromiso, que ahora se había ido al carajo? El comisario apretó las mandíbulas.

—¿Le ha contado a su marido la historia de la carta, del asesinato ritual, del falo…?

—Sí, sí, lo sabe todo. De hecho, se ha divertido con ello. —Hizo una pausa—. Todos nos hemos divertido un poco demasiado, me da miedo.

El comisario se sintió incluido en ese acto de contrición y no fue capaz, conscientemente, de no darle la razón.

—Lo he pensado, ¿sabe? —siguió ella—. Y hay una cosa que no entiendo: quien sea que haya sido, me parece que se ha arriesgado mucho haciendo algo así en medio de tanta gente. ¿No podía elegir un lugar menos concurrido que el Balùn?

—¿Por qué? Donde hay mucha gente nadie ve nunca nada. Puede ser el mejor lugar para salirse con la suya. Y de hecho —añadió—, se ha salido con la suya. Nadie lo ha visto de las cinco o seis personas que había allí dentro.

—Es decir, si el asesino es Massimo, ¿piensa usted que entonces lo llevó hasta el Balùn aposta, al muchacho?

—Podría ser.

—¿Y si fuera yo? ¿Cómo habría sabido que le encontraría en el Balùn?

El comisario movió la cabeza. No le gustaba desilusionarla, no le gustaba que fuera ella la que hiciera las preguntas.

—Podría haberlo sabido por el señor Campi, o por el propio Riviera, o por cualquier otro…

—Pero ayer por la tarde no hable con… —se calló—. Ya —sonrió—, no sirve que lo diga yo.

—No sirve.

—¿Usted cree que yo no lo sabía?

—¿A usted qué le parece? ¿Qué debería creer?

—Lo siento —dijo ella compungida—. Es difícil ser imparcial en una situación como esta.

¿Qué situación? ¿La situación de una persona involucrada de cerca en un homicidio, o la otra situación, la que había entre ellos dos? El comisario empezaba a ver alusiones e indirectas por todas partes, y sabía que un policía demasiado suspicaz era un mal policía.

—No pasa nada —dijo apaciguador—, no es un detalle muy importante, en todo caso. Cualquiera podía saber que Riviera esta mañana iba a ir al Balùn y a qué hora.

—¿Por qué?

—Al salir de casa dejó una nota para el señor Campi, donde le precisaba el lugar y la hora del encuentro. La hemos recuperado todavía pegada a la puerta cuando hemos ido hace un rato…

—¡Ah, pues entonces…! —gritó ella. Irguió los hombros, recuperó el color, sus ojos volvieron a brillar—. Entonces todo es distinto, puede pasar cualquier cosa.

El círculo se ampliaba. El mundo, con sus crímenes, sus escándalos, sus huelgas, su crónico y vulgar desorden, continuaba.

—¿Por ejemplo?

—No sé, quiero decir que ahora puede haber sido cualquiera, por cualquier razón. El motivo de los celos de Massimo… o los míos… se convierte en uno entre los muchos posibles.

Los ojos luminosos, bellísimos, sugerían a la policía empezar por ahí: hurgar entre las cartas del muerto, encontrar la carta del camarero enamorado, la promesa, la fotografía del chantaje, que habría reestablecido la distancia entre el pequeño mariquita y el «ambiente».

—Sí —dijo el comisario—, solo que ahora de repente hay otro motivo posible. Como le decía…

Ella se encogió inmediatamente.

—¿Garrone?

—A ver. Pongamos que Riviera supiera o hubiera descubierto algo sobre el crimen de Garrone: una pequeña pista, quizá, a la que no daba ninguna importancia. Podía haber hablado con el asesino de Garrone, ayer, o esta mañana en el Balùn. Y el asesino podría haber pensado, con razón o sin ella, que, a partir de ese detalle, si le daba tiempo a Riviera de contarlo a otros, sería muy fácil llegar hasta él.

—Especialmente —dijo ella sin sonreír— si en manos del asesino estuviera ya otra pequeña pista. Como la de la nota.

El silencio se volvió pesado, la marea fangosa volvía a insinuarse entre los objetos del despacho, a rodear la silla, la mesa.

—Pobre Massimo —dijo ella de nuevo. Y diez segundos después, añadió—: Y pobre yo.

—Pero eso es solo una de las muchas hipótesis. Tenga en cuenta que también el profesor y la americana estaban en el Balùn, esta mañana, y que ellos tampoco tienen una coartada para los minutos que importan. Y su amigo de Ivrea no tiene coartada hasta que no demos con él.

Ella levantó los hombros.

—¿Quién va a interrogar a Massimo? —preguntó—. ¿Usted o su colega?

—Yo. Por fuerza.

—El asesinato como una de las bellas artes —murmuró ella, mirando afuera por la ventana—. Parece que hace mil años.

Y así tuvo ella la última palabra, porque al comisario la escena en la terraza soleada de Campi le pareció, por el contrario, cercanísima y de una intacta familiaridad, y la aguja volvió bruscamente a la inocencia absoluta, a la total ajenidad al hecho, a la pura y desafortunada serie de coincidencias.

—¿Cómo se lo ha tomado el señor Campi?

—Pues habrá dicho unas diez palabras. Tiene que estar devastado.

¿O quizá asustado? ¿O concentrado en calcular las posibilidades que tiene de librarse?

—Bueno, ahora trataré de tranquilizarlo. Mientras, le pediría… —el comisario se levantó— que repitiese lo que me ha dicho a mí al subteniente Lopresti, para la declaración. No todo, naturalmente. Solo lo que tiene que ver con los movimientos suyos y de los demás, las horas, esos detalles. Nuestros métodos —suspiró— son sobre todo tediosos.

—Estoy a su entera disposición —dijo ella, levantándose, con voz triste y maliciosa.

7

El aparejador Bauchiero amarró cuidadosamente al perro a la barandilla del balcón.

—Si lo dejo suelto en casa se mete detrás de la puerta y rasca todo el barniz —explicó todavía esperando.

El policía no dijo nada. Se comportaba de forma totalmente distinta del otro día, cuando había ido a recogerlos a ambos en el coche e incluso había acariciado al perro durante el trayecto.

—No está acostumbrado a estar solo —dijo Bauchiero, enderezándose—. Y tú pórtate bien, ¿eh? Yo vuelvo enseguida.

El perro lo miró incrédulo por un momento, luego se abalanzó sobre él. La correa de cuero trenzado a la que Bauchiero había unido una larga cuerda se tensó rápidamente y aguantó. El perro se detuvo en el aire y cayó con un aullido desesperado.

—Vamos —dijo Bauchiero.

Cuando cerró con llave la puerta de casa el perro empezó a ladrar.

—Nunca se queda solo, no está acostumbrado.

El policía no dijo nada. Bajaron las escaleras uno al lado del otro, y en el vestíbulo Bauchiero volvió a oír los luctuosos ladridos que desde el balcón retumbaban por todo el patio. En la vía Mazzini estaba el coche que los esperaba, y el policía lo hizo entrar. Dentro esperaba un hombre bajo y calvo que Bauchiero no había visto nunca. Delante, junto al chófer, estaba uno de los funcionarios que lo habían interrogado la mañana siguiente al crimen.

—Muy buenos días —dijo cordial el aparejador Bauchiero—. ¿Qué tal está?

—Buenos días —dijo el otro con expresión sombría.

Ni siquiera le dio la mano. Estaban muy cambiados, todos. El coche partió entre los niños sureños con las bocas abiertas y los ojos negros, dilatados, hambrientos.

—Necesitaría un intérprete —dijo De Palma saliendo de su despacho.

—¿No te manejas?

—Entiendo la mitad de lo que dice. Es triste darte cuenta de que has desperdiciado años y años de tu vida.

—Sí, lo sé —convino el comisario, que sabía que hacía años que De Palma estudiaba inglés con discos, en los ratos libres—. En cuanto estás en situación, hablan totalmente diferente. ¿Has preguntado si hay alguno en la oficina de extranjería?

De Palma puso una cómica expresión de estupefacción.

—¿La oficina de extranjería? —dijo—. ¿Y por qué?

—Perdona, ¿no necesitas a alguien que sepa inglés?

—No, hombre, no, yo inglés sé perfectamente. Es el dialecto piamontés el que no entiendo. Y mira que hace años que vivo en Turín, eh.

Cuando De Palma lo ponía de los nervios, el comisario se obligaba a recordar que los demás colegas suyos, en su gran mayoría, no tenían sentido del humor.

—¿Con quién estás?

—Con el profesor —dijo De Palma, poniéndose serio—. Habla mitad inglés, mitad dialecto. Será un factor psicológico, se ve que bajo presión se refugia en su vientre lingüístico original. Ven a escucharlo un momento.

El americanista Bonetto tenía los nervios de acero. Después de los meses, trimestres, semestres, que había pasado en medio de las trifulcas americanas, algunas cosas ya no le daban ni frío ni calor, se había acostumbrado al ambiente de violencia: había conocido personalmente a una muchacha que había sido testigo ocular del asesinato de Martin Luther King; había comido a dos pasos de un negro que dos minutos después fue detenido por el FBI por posesión de explosivos; olido con sus propias narices, en Washington, el tufo de coches quemados y del gas lacrimógeno llegando, con el viento, hasta su barrio; una noche, en Nueva York, había cogido el metro apenas media hora después de que en ese mismo vagón dos portorriqueños se hubieran apuñalado gravemente; por no hablar de aquel taxista de Filadelfia todavía histérico por la agresión que había sufrido la semana anterior a manos de un drogadicto. Esas brutales experiencias directas lo habían vuelto frío, imperturbable, cool, como le había dicho con admiración su amigo Jeff cuando él, con toda tranquilidad, le propuso un paseo por el Harlem en una noche de disturbios racistas. Después, el paseo fue

desaconsejado con audaz elocuencia por un cordón de policías, y ese era el único punto común entre ese tumultuoso episodio transoceánico y el provinciano acontecimiento de esa mañana, en el Balùn: el nerviosismo, la inútil excitación de los maderos que en cuanto entran en acción pierden la cabeza. Estos tampoco eran para nada cool: preguntas imprecisas, tenaz insistencia, y una obcecación capaz de desesperar al más pintado. Y precisamente hoy, precisamente en el día en el que Sheila, alta, rubia, sonrosada, sinuosa, había aparecido en su vida.

Okey, okey, les contaría todo por enésima vez de cabo a rabo. No, él no conocía al muerto, lo había visto esa mañana por primera vez en su vida, y habían hablado apenas unos minutos. ¿De qué? Pues del agua fresca, ¡por todos los demonios!

—El profesor —explicó el primer cabezacuadrada al segundo cabezacuadrada— dio ayer una conferencia sobre ese tema, y Riviera asistió, según parece.

—Ah —dijo el segundo cabezacuadrada con pinta de no haber entendido ni jota—. ¿Y qué impresión le causó Riviera, señor profesor?

Pues ninguna, ninguna, era un tipo del todo nondescript; vamos, como si él, teniendo a Sheila al lado, hubiera podido tener alguna impresión sobre un rumpiciap semejante. Y los otros dale, que había que explicarles qué significaba nondescript, que no entendían nada. C. I. de cero coma cero. Y luego otra vez a incordiar con esos cinco o diez minutos cruciales, y ella dónde estaba, y con quién, y que por qué había vuelto a la taberna, y que qué era un ciapapuer.

—¿Y qué va a ser? —dijo el americanista Bonetto cogiendo de la mesa el sombrero de cura—. Es esto, ¿no?

Dio un soplido al sombrero, para demostrar lo muy apropiado que era el término.

—Ciapa —tradujo haciendo girar el sombrero en el dedo, como una negra peonza—: catch, atrapa. Puer: polvo, dust. Dustcatcher. Palabra compuesta.

—Interesante reliquia —dijo el segundo cop—. Y mientras usted iba a recuperarlo a aquel café, ¿no ha visto a ninguno de los otros? ¿Está del todo seguro?

Pero qué era aquello, ¿un tercer grado? ¿Con quién creían que trataban, con un killer de la Cosa Nostra? ¿Con Felice («The Professor») Bonetto?

—No, no he visto a nadie, I'm absolutely certain.

Que lo intentaran, que se atrevieran a «retenerlo» como material witness, como testigo indispensable, esos detectives de pacotilla. ¿Querían el showdown? ¿Querían una prueba definitiva? Que lo intentaran, pues, sería muy divertido: toda América se rebelaría, la América que importaba, claro, la América que conocía él. Una carta de protesta publicada en el New York Times no se la quitaría nadie, a esos macacos; firmada como mínimo por Saul Bellow, por Noam Chomsky, por Joan Baez, por el doctor Spock, por el reverendo Abernathy, por…, en definitiva, un buen centenar de amigos y amigos de amigos. Y aquí, en Europa, la suscribirían Sartre y Simone de Beauvoir, y por supuesto Moravia, Pasolini, Marpioli… No, Marpioli no, después de lo que había ocurrido entre ellos.

El americanista Bonetto se estremeció, de repente, de la cabeza a los pies.

—Entonces —dijo esforzándose por no dejar traslucir la más mínima emoción, por mantenerse perfectamente cool—, ¿puedo largarme… o debo considerarme «retenido»?

Se quedó aguantando la respiración, mientras los dos cops se intercambiaban una mirada estúpida. Ante él se desarrollaba una secuencia de thrilling, no había otra palabra: el arresto ilegal, el aislamiento en una celda húmeda y malsana, y la noticia que alcanzaba y retumbaba entre los dos continentes, el «Freedom for Bonetto Committee», los gritos de «¡Bonetto libre!», «Libérez Bonetto!», resonando en las plazas negras de gente… ¡Oh, boy, qué día, qué día! Lo que es el destino: primero el milagroso encuentro con Sheila (que organizaría un sit-in delante de Le Nuove), y ahora, ahora…

—No, profesor —dijo el segundo madero—, usted está aquí solo en calidad de testigo.

—¿Indispensable?

—Eh…, sí. Aunque es más una cuestión de…

—En otras palabras, si yo ahora quisiera irme, no podría.

—Digamos que… le rogaríamos que se quedase. En cuanto la declaración…

—Es decir: me retenéis.

—Puesto que usted estaba presente en el momento del…

—Okey, okey, reténganme entonces —dijo el americanista Bonetto con los ojos iluminados por una nueva visión. La visión era la de Marpioli que, después de hacerse el harakiri, se comía el hígado de envidia.

—No parece muy traumatizado —dijo el comisario al salir—. Tiene un aspecto casi feliz.

—¿Te parece posible que lo esté haciendo aposta? —dijo De Palma —. Es eso lo que quería preguntarte.

—Es una forma como otra de no decirnos nada de lo que no pueda luego retractarse o modificar.

—Mejor que otra. Eso si no anda ya con precaución por la medio enfermedad mental. Ten presente que conocía a Garrone.

—Sí —dijo el comisario—, habría que comprobar si tiene coartada para la tarde del martes pasado.

—Lo comprobaré. De momento lo dejo un poco al baño maría y voy con la americana. Esperemos que mientras se le pase la crisis, de otro modo nos va a costar sangre acabar la declaración.

—Será una regresión a su edad escolar, cuando los profesores lo interrogaban a él.

—Neurosis de examen. Yo también la tenía. Entonces, ¿sigues tú con Campi?

—Eh, sí —dijo el comisario—. Menudo examen.

9

—Es inútil que me sujete —dijo el aparejador Bauchiero—, los muertos no me dan miedo. Cuando encontré a Garrone estaba solo y no me desmayé para nada.

El policía le soltó el brazo de mala gana y el empleado del depósito descubrió la cabeza del cadáver.

—No sé quién es —dijo el aparejador Bauchiero, después de estudiarlo con atención.

Fue lentamente a observar también el otro perfil de aquel rostro pálido, casi transparente.

—No, no lo he visto nunca antes. ¿Qué le han hecho?

10

El impermeable era blanco, de ligera tela engomada, y colgaba

tristemente del puño derecho de Campi como un fantasma que se hubiera quedado entre los vivos más allá de la hora prescrita. Campi, mientras avanzaba, echó un vistazo a la ventana y dijo:

—Lo sé, ahora hace sol. Pero esta mañana el cielo parecía ir a ponerse feo, si lo recuerda.

Tenía, efectivamente, la cara demacrada, consumida, pero no parecía que la agilidad de reflejos le hubiera disminuido. Con una sola frase ya había puesto al comisario en la tesitura de tener que manejarse entre lo dicho y lo no dicho, de tener que preguntarse una vez más si ante él tendría un glacial y diabólico jugador, un histrión incurable o sencillamente un amable turinés, irónico y un pelín condescendiente.

—Sí, es un tiempo un poco loco para ser junio —dijo decidido a conducir un interrogatorio, no una conversación—. Dígamelo a mí.

Tendió el brazo para coger el impermeable.

—Deje, deje, no importa, lo dejo aquí en una silla.

—No —dijo el comisario—, es que querría echarle un vistazo, si no le molesta.

Campi abandonó el fantasma con una sonrisa casi tan desolada como la de ella. ¿Qué pasaba? ¿Era una táctica acordada? ¿Una costumbre en el «ambiente»?

—¿Sabe? —dijo el comisario desplegando el impermeable con los brazos extendidos y fingiendo que lo examinaba—. Es por lo del mortero.

—Sí, comprendo, podría haberlo escondido en un bolsillo.

El comisario no se dejó afectar por el tono atribulado, derrotado, de la voz.

—¿Y aquí qué hay?

—Unos guantes. Cójalos, por favor. Es más, si desea venir a mi casa para un registro…

—No estamos en ese punto.

—En cualquier caso, no encontrarían nada. (El tono no era para nada de desafío). Yo a Lello no le escribía, y las pocas notas o postales que en estos tres años he recibido de él las he tirado. Trato de no verme invadido por el papel.

—¿Sabe usted que Riviera le había dejado una nota pegada a la puerta?

—Sí, me lo dijo. Una de esas películas que se monta él solo. De repente le asaltó la duda de que no nos hubiéramos entendido bien.

—¿Ya habían decidido que irían al Balùn?

—Claro que sí. Desde… el jueves por la tarde. Lello quería buscar algunos objetos para amueblar mi casa de Monferrato.

—Que no está amueblada.

—Está en gran parte amueblada. Pero él tenía debilidad por los cachivaches del Balùn. Iba muy a menudo, solo o con algún amigo.

—Usted en cambio…

—Yo no.

El comisario lo recordaba: hasta el jueves, Campi había encontrado la manera de hacerle saber, en passant, que él en el Balùn no pisaba. Que era como decir que la propuesta de ir esa mañana no podía provenir más que de Riviera.

—Y desde el jueves… ¿no se han vuelto a ver hasta esta mañana?

—No, yo volví de Monferrato cansadísimo y me acosté temprano. Esta mañana Lello me ha dicho que ayer por la noche me llamó para confirmar la cita, pero yo había descolgado el teléfono, como hago a menudo.

—¿Usted no tenía ninguna duda respecto a la cita?

—Habíamos dicho hacia mediodía en el café, me parecía todo claro. Él en cambio siempre era un poco puntilloso, un poco aprensivo, con estas cosas, también porque por mi parte soy un poco distraído, debo admitirlo. Supongo que pensó que no nos habíamos puesto del todo de acuerdo y por eso dejó la nota, por si me olvidaba y pasaba a recogerlo por casa. Siempre se complicaba la vida sin motivo.

—¿No podía haberlo llamado esta mañana?

—Ha salido temprano y no quería molestarme.

—Comprendo —dijo el comisario.

Comprendía, sí, y admiraba esa suerte de dibujo que estaba esbozándole entre líneas Campi, ese estratega de lo indirecto que era: un amor por tanto unilateral, donde las aprensiones, los resentimientos, las insistencias, las notas ansiosas, eran todo cosa de Riviera, mientras que por la otra parte no había más que olvidos, teléfonos descolgados, resignación, cansancio. (¿Crimen pasional? Venga ya, comisario, ¿dónde estaba la pasión después de tres años?).

—Dice usted que conocía a Riviera desde hace tres años.

—Sí, más o menos.

—¿Lo veía a menudo?

—Casi todos los días. O al menos, nos llamábamos por teléfono. A menudo pasábamos juntos el fin de semana, y a veces, cuando había vacaciones o un puente, hacíamos algún viaje.

—¿Usted le daba dinero?

Campi se sometió impasible a esa repentina crudeza.

—No, salvo los regalos típicos o algún billete de avión. Lello no era de ese tipo, valoraba mucho su independencia. —Sonrió remotamente —. Era muy… feminista, no sé si entiende lo que quiero decir.

El comisario, que no se había parado a pensarlo, se dio cuenta de que el problema también tenía que existir entre los homosexuales, y se preguntó cuántos años harían falta para que los que representaban el papel de mujer fundaran algún belicoso movimiento de emancipación. Riviera quizá habría sido un precursor, en su relación con Campi.

—¿Qué relación tenía con Riviera? En general, quiero decir. ¿Estaban ustedes de acuerdo en las cosas…?

—Oh, sí. —De nuevo le salió esa sonrisa remota—. Éramos una pareja unida, como se suele decir. Cada uno, en general, respetaba las exigencias del otro, aunque…

—¿Aunque qué?

—Bueno, naturalmente, Lello era más joven, más entusiasta, y algunos de mis… desintereses a veces le molestaban, lo entristecían, más bien. Además, trabajaba, vivía, en un ambiente muy distinto al mío, y eso también, usted me entenderá…

El comisario entendía cada vez mejor; el dibujo, a fuerza de sabias vacilaciones, se iba concretando: un pequeño funcionario —el equivalente a una modista decimonónica— que se aferraba desesperadamente a un complicadísimo y raro ejemplar de playboy, nacido y crecido «bien», culto, desencantado y harto hasta las últimas de toda la historia. (¿Crimen pasional? Venga ya, comisario, ¡tendría que ser él quien me matara a mí, en todo caso!).

—¿Tenía Riviera un carácter celoso?

Daba igual empujar el interrogatorio hacia donde Campi, visiblemente, deseaba, este no dudó al contestar:

—Sí, era celoso, pero solo en el sentido literal de la palabra. Estaba celoso de mi amistad con Anna Carla, por poner un ejemplo. No concebía que yo pudiera desear pasarme una semana en Venecia solo, o que aceptase una invitación a Escocia o a Borgomanero.

—¿Agobiante? —sugirió el comisario.

—No, pobre Lello —corrigió de inmediato Campi—, no vaya a pensar que me daba una vida infernal, comisario. Una escenita de vez en cuando, como es inevitable, los típicos morros, las pequeñas obstinaciones, las pequeñas susceptibilidades que se dan en cualquier

ménage.

Retrocedía. Había visto —antes que el comisario— otro posible móvil; no la pasión sino la exasperación, el disgusto consigo y con el otro, el odio vil que con frecuencia un amor sofocante, total, encendía en el corazón de la persona amada. Podía haber sido algo así, Campi mata a Riviera porque no ve otro modo de librarse de él. Crimen pasional, sí, pero al revés; y la belleza de la paradoja le había dado a Campi un motivo de más.

—¿Usted le era… fiel a Riviera?

—Sí —dijo el otro mirándolo con suspicacia—. No le voy a dar una conferencia sobre los homosexuales, pero no quisiera que usted los viese como gente perpetuamente ocupada en actividades orgiásticas. Muchos se casarían por la Iglesia, con velo blanco, si pudieran. En algunos países, según parece, ya pueden.

—No usted, imagino.

—No, claro. Por otra parte, los amores múltiples traen demasiados problemas, como usted bien sabrá. Lello, para mí, representaba un compromiso razonable.

—Y también Riviera —dijo el comisario pensando de repente en sus sábados en Novara, con Jole, y que tenía que llamarla esa misma tarde —, ¿también Riviera tenía la misma postura?

—¿Si era fiel? Sí, pobre muchacho. De vez en cuando he tenido que fingir estar celoso para hacerlo feliz, pero nunca me dio un motivo.

Era el último golpe, la palada de tierra definitiva sobre el móvil de los celos. Campi había hecho un excelente trabajo. Pero ¿por qué, se preguntó el comisario, se había preocupado tanto por enterrar ante sus narices, antes que cualquier otra, la hipótesis del crimen pasional? Estaba por darse la última respuesta cuando el otro lo hizo saltar todo por los aires.

—Sin embargo, esta mañana —dijo con una vibración de dulzura —, cuando ha mencionado al ingeniero Costamagna…

—¿Quién?

—Un ingeniero. El ingeniero Costamagna. Él fue… mi predecesor con Lello. Un gran amor.

—Y esta mañana Riviera le ha hablado de él.

—Sí. Parece que había vuelto a aparecer.

—¿Cuándo?

—Ayer noche.

El comisario no hizo siquiera el esfuerzo de ocultar su estupefacción.

—¿Ayer noche?

—Sí, y también esta mañana en el Balùn.

Si había glándulas de la paciencia, al comisario ya no le funcionaban.

—Señor Campi, no sé si usted se da cuenta…

El otro levantó la mano.

—Me doy perfecta cuenta, yo también lo he pensado. Pero pensándolo bien me parece más una fantasía de Lello que…

—Deje que lo juzgue yo, por favor. ¿Usted ha visto al tal Costamagna esta mañana?

—No, por supuesto. Y tampoco Lello, al menos mientras hemos estado juntos. Me ha dicho que le había parecido ver su coche aparcado cerca del Arsenal, un 124 azul. Estaba muy emocionado, pero yo no me lo he tomado muy en serio. No es que fuera alguien que se inventara las cosas, pero es cierto que era, digamos, muy dado a dejarse sugestionar. Sabe, cuando a uno se le mete en la cabeza que lo están siguiendo, es facilísimo que vea una amenazante sombra negra detrás de cada esquina.

—¿Por qué se le había metido en la cabeza que lo seguían?

—Por otra historia, todavía más infantil, que según él le había ocurrido ayer por la tarde, y que yo, debo decir, he escuchado un poco por encima…

—Señor Campi —dijo el comisario—. ¿Tendría la amabilidad de contármela también a mí?

—Pero por qué sacar a colación a un pobre hombre que seguramente no tiene nada que ver, partiendo de…

—Señor Campi —ordenó el comisario—, dígame todo lo que sepa sobre el tal Costamagna. Todo.

El otro puso la cara de quien da la razón a un niño.

11

—Es la manera de contarlo, lo que apesta —dijo De Palma—. O es retrasado mental o es un espabilado.

El comisario se bebió de un trago su media Coca-Cola. Habría querido creer que Campi no era ni lo uno ni lo otro, sino solo una persona decente, desolada, aparentemente, por lo ocurrido, animada por confusas e impulsivas buenas intenciones.

—Hay que entenderle —dijo—. A alguien como él le puede importar un comino, pero todavía hay muchos homosexuales que tienen miedo de que los descubran, y él lo sabe perfectamente. Este Costamagna quizá se arriesga incluso a perder el puesto, o a una tragedia en la familia, si se llega a saber.

—Pero lo hemos sabido. ¿Y por quién? ¡Por él! Si le daba de verdad pena y quería mantenerlo aparte, no tenía más que guardar silencio. No, son zarandajas: se ha inventado toda la historia porque se ve con el agua al cuello y quiere que Costamagna pague los platos rotos.

El comisario protestó:

—No es para nada idiota. ¿De qué le sirve una invención tan complicada, y que nosotros podemos comprobar en media hora?

—Cuando están en problemas, lo intentan todo. Pon que Costamagna no tenga coartada.

—Incluso así, podría seguir siendo culpable Campi. Es más, si el otro confirma que había vuelto a contactar con Riviera, el móvil de los celos vuelve a la cabeza de la lista.

—En todo caso, ya ha conseguido el resultado de enturbiar las aguas. Es un espabilado, tu Campi, te lo digo yo.

Lo era, lo era, pensó el comisario. Pero ¿cómo hacer entender a De Palma que al mismo tiempo no lo era?

—¿Qué tal la americana? —dijo para cambiar de conversación—. ¿Difícil? ¿Quiere a su cónsul?

—No, por el momento se divierte. Una pintoresca aventura bajo el sol de Italia. Aun así, no tiene coartada para los diez minutos que nos interesan, ella también estaba sola. Y es rubia, mide un metro ochenta y me ha dicho que ya ha tenido dos maridos.

—¿Qué tiene que ver?

—Nada, no sé. Pero imagina que haya sido ella.

—Tal vez.

El comisario recordó que todo había comenzado con una discusión sobre cómo pronunciar «Boston», y que la americana, aun sin levantar materialmente un dedo, era culpable de todas las dificultades que le habían caído encima ese día.

—Boston —rugió—. ¿No podía venir, qué sé yo, de Las Vegas?

Magliano volvió poco después.

—Qué agradable visita —le dijo ya en su despacho—. Como si estuvieran en casa.

—¿Y? —dijo De Palma—. ¿Lo has pillado?

—Sí, y tenías razón. El tipo con el 500 amarillo que estuvo allí la otra mañana era Riviera; lo ha reconocido en el depósito.

—Lástima —dijo De Palma, mirando al comisario—. Aquí volvemos con las piedras. ¿No será acaso él quien fabricó el mortero?

—Vamos a enseñárselo. ¿Está aquí?

—Sí —dijo Magliano—, lo he dejado allí.

—¡Es un armero —dijo De Palma— y no un picapedrero! —Se cogió la cabeza entre las manos—. ¿Qué diablos fue a hacer Riviera allí? ¿Encargarse una tumba? —Saltó en pie—. Venga, vamos, que hay que ayudarlo a que se le refresque la memoria, a ese calvorotas.

—Ya lo he hecho —dijo Magliano—. La memoria le dice que Riviera estuvo allí preguntándole por el aparejador Bauchiero.

12

—¿Costamagna? —preguntó la portera de la calle Giacomo Medici—. Es aquí, pero no hay nadie. ¿Para qué lo busca?

—Quería hablar con él —dijo el hombre, mirando alrededor en la pequeña cocina que servía también de dormitorio y comedor para la portera, su marido y su hijo—. ¿Sabe decirme dónde puedo encontrarlo?

—Mmm —afirmó la portera como si estuviera chupando un caramelo—. En Brasil.

El otro se quedó de piedra: toma castaña.

—¿Se ha ido a Brasil?

—Mmm, para tres meses.

—¿Cuándo?

—Pues hará unos quince días que se fue. Si quiere la dirección se la puede pedir a su empresa. Ha ido por trabajo.

Ella también la tenía, la dirección de São Paulo, pero no era cuestión de dársela al primero que llegara. El ingeniero era muy reservado y sus asuntos eran sus asuntos.

—¿El ingeniero ha dejado aquí su coche? —preguntó el pánfilo.

—Mmm —bufó la portera—, a usted ¿qué le interesa saber? ¿Es del seguro?

—No —dijo el hombre, enseñándole una identificación—, soy de la comisaría. Ha habido un accidente y alguien ha tomado un número de matrícula correspondiente al del coche del ingeniero.

—Es imposible —dijo la portera—. El coche no ha salido en ningún momento de su garaje. —De repente, se le ocurrió que eso podía dar que pensar otra cosa y le dio un vuelco el corazón—. Nosotros no lo hemos tocado en ningún momento, tenemos el nuestro que funciona muy bien —aclaró con afanosa dignidad—. Mi hijo se ha sacado el carnet, pero a mi marido no le gusta que…

—¿Puedo verlo? —preguntó el agente.

—Ha ido a sus clases de guitarra —balbuceó asustada la portera—. Vuelve a las siete, y mi marido…

—No. Me refiero al coche del ingeniero.

La portera revolvió un momento en un cajón de la cómoda, encontró entre otras llaves el manojo con la etiqueta de Costamagna y salió hacia el patio. Con accidente o sin accidente, eso es lo que pasaba por tener como inquilino a un sarasa. De acuerdo, no era como para preocuparse si por un casual tenía que mandarle al chico, pero ella siempre había dicho que esos inmorales por lo general acababan por traer a la policía a casa. Los periódicos estaban llenos de esas historias de vicio oculto.

—Es este —dijo agachándose delante de una persiana. Metió la llave en el bombín y el policía la levantó de un tirón. Menos mal que el coche estaba ahí, lavado y engrasado como lo dejaba el ingeniero siempre antes de partir a sus viajes. Por un momento había sentido la angustia de encontrar el garaje vacío, nunca se sabía, con todos los ladrones y delincuentes que hay sueltos. El otro ni siquiera entró: echó un vistazo al 125 Special, blanco, sin comprobar si tenía las ruedas enfangadas o algún golpe, y levantó el brazo para bajar la persiana.

—¿Lo ve? —subrayó la portera—. Nadie lo ha tocado.

—Bien —dijo el agente.

—¿La matrícula no la apunta?

El otro, a saber dónde tenía la cabeza, porque se giró para mirarla sorprendido, aún con el brazo levantado; después, con perezoso fastidio, se decidió a sacar el bloc.

—En realidad —dijo mientras apuntaba el número—, a nosotros nos constaba que era un 124 azul.

—¿Ese accidente, cuándo dice que ha sido? —dijo la portera—. Porque el ingeniero tuvo un 124 azul, es más, tuvo otros dos antes de cambiarse a este.

—¿Y cuándo se lo cambió?

—Eh, bueno, este de aquí lo tiene desde hará unos seis meses. Y el

último 124, más o menos un año antes. Porque como sabrá, ellos tienen esa facilidad de cambiar los coches en la empresa.

13

El aparejador Bauchiero sacudió la cabeza.

—No —dijo reflexivo—. Normalmente voy a hacer algo de compra y casi siempre paso una horita en un café de la calle Calandra, leyendo el periódico. Pero esta mañana no he salido, no me encontraba bien.

—¿No ha visto a nadie? —preguntó De Palma.

—No. Es raro que venga alguien a mi casa. Mi hijo vive en Borgo San Paolo, y normalmente soy yo el que va a verlos, los domingos. Tienen dos niños.

—¿Y no viene nadie a traerle la leche, el pan, por ejemplo?

El aparejador Bauchiero sonrió.

—Todavía estoy en forma y la compra la hago yo, se lo he dicho. Se compra mejor y además paso el rato.

—¿Los vecinos? —dijo el comisario.

—Los conozco solo de vista, como conocía a Garrone. Y no a todos, se ha convertido en un guirigay ese edificio.

—¿No ha salido al balcón? —dijo Magliano.

—Sí. He salido al váter. Lo tengo fuera.

—¿A qué hora?

—Recién levantado, sobre las ocho.

—¿Y luego?

—Luego he estado todo el rato en casa, tenía flojera. He encendido la radio, he estado un rato con un crucigrama… Hace tres años que mi hijo me paga la suscripción a la Settimana Enigmistica.

—¿Y le salen? —preguntó con curiosidad el comisario.

—Así así —dijo el aparejador Bauchiero—. No tengo enciclopedia y muchas cosas no las sé. Me salen mejor los jeroglíficos.

El comisario y De Palma se miraron, más abatidos que asombrados.

—¿Qué ha sucedido, si se puede saber? —dijo Bauchiero dirigiéndose a Magliano con un gesto—. Nadie me ha explicado nada.

—Bueno —dijo De Palma—, ese joven que usted no ha reconocido, ese muerto… puede que esté involucrado también en el asesinato de Garrone.

—¿Era él el asesino?

—No lo sabemos. Estamos tratando de tirar del hilo, tenemos que comprobarlo todo.

—Lo siento muchísimo —dijo Bauchiero—, pero yo no tengo coartada para esta mañana. ¿Dónde lo han matado?

—En el Balùn.

—Algunas veces me acerco, cuando necesito alguna pieza para pequeñas reparaciones en casa. Si uno tiene la paciencia de buscar, encuentra todo lo que necesita.

De Palma miró al comisario y el comisario se encogió imperceptiblemente de hombros. ¿Qué iba a hacerle, él, si detrás de toda palabra dicha por un turinés era legítimo apreciar el brillo de un espejito alusivo, socarrón? De Palma debería haber visto de qué era capaz alguien como Campi, en esa especialidad local.

El teléfono sonó y Magliano le pasó de inmediato el auricular a De Palma, que se quedó callado escuchando durante un par de minutos, con breves gruñidos; luego dijo: «Bien» y colgó.

—El tipo ese lleva en Brasil unos quince días —le dijo a Santamaría —. Y el coche no corresponde.

Santamaría se levantó.

—Hasta pronto —le dijo a Bauchiero.

—¿Tengo que quedarme aquí todavía mucho rato? —dijo el aparejador—. Por mí no es, pero el perro…

—No se preocupe —dijo bruscamente De Palma—. En un momento le llevamos a casa. Y si no, iremos nosotros a llevarle la comida, ¿le parece?

14

El señor Campi, decidió el comisario viéndolo reprimir una sonrisilla de triunfo, no podía ser el asesino de nadie. Nadie que no fuese un completo inconsciente habría recibido así la noticia de que otro posible «sospechoso» se encontraba, en el momento del delito, en Brasil.

—Así que en Brasil —repitió Campi complacido—. Ya se lo había dicho yo, que eso no se sostenía. Lello tenía demasiada imaginación. Es decir, no tenía imaginación y por tanto inevitablemente…

El comisario interrumpió el nacimiento de una teoría sobre la imaginación.

—¿Se imaginó también lo del coche que lo seguía ayer tarde?

—Seguro.

—¿Y se imaginó también que lo había vuelto a ver esta mañana en el Balùn?

El otro levantó los hombros, como si fuera él el policía encargado de tumbar el castillo de tontas mentiras.

—¡Un 124 azul! Hay miles.

—Pero con el parachoques hundido y el guardabarros manchado.

—De esos habrá cientos.

—¿Y lo del timbrazo en casa?

—Habrá sido alguien que se equivocó de puerta. O un vecino que iba a pedirle un huevo.

Se había recuperado, le había vuelto el buen humor. Por la rabia que sentía hacia todos y hacia sí mismo, el comisario se mostró brusco.

—Volvamos a esta mañana. Explíqueme sus movimientos en el Balùn.

—Veamos: al principio hubo ese equívoco, por el que yo lo esperaba en el café de la placita y él, en cambio, en el de la plaza grande. Al final nos hemos encontrado, y ya todos juntos…

—Un momento —dijo el comisario—. ¿Mientras esperaba, estaba usted solo?

—Sí. Habré estado un buen cuarto de hora delante de esa especie de taberna, antes de que Federico Simoni me hablase del otro café.

En aquel cuarto de hora, calculó el comisario, podía haber tenido todo el tiempo del mundo de hacerse con la maja del puesto Cosas Bellas, que estaba en la placita.

—Y luego ¿qué ha hecho usted exactamente?

—He ido hasta la otra plaza con Federico, mientras Lello me buscaba donde acababa de estar. Es un clásico: cuando se va al Balùn en comitiva se pasa uno la mitad del tiempo buscando a los demás.

—Y finalmente se han reencontrado.

—Sí, todo el grupo.

—¿Dónde?

—En la plaza del café correcto.

—¿Y desde allí?

—Desde allí hemos empezado a deambular.

—Aún en grupo.

—Sí, más o menos. Ya sabe cómo ocurre en el Balùn: uno se queda rezagado mirando algo, luego se adelanta mientras otro se para… Una tortura interminable.

Le convenía, evidentemente, que pareciera interminable el tiempo transcurrido en el grupo, o al menos a vista de los demás, restringiendo lo más posible los minutos que había pasado a solas con Riviera.

—Y llegado un momento, usted se ha quedado solo con Riviera.

—Sí —dijo Campi, triste.

—¿Dónde?

—No lo sé. No me acuerdo.

—¿Y los objetos?

—¿Qué objetos?

—Esos para su casa de Monferrato. ¿No tenía que buscarlos con Riviera?

—Sí, es verdad. Fuimos echando un vistazo mientras caminábamos…

La mirada de Campi empezó a vagar por el despacho, como evocando ese último paseo. Pero también, quizá, para no enfrentarse a la mirada del comisario.

—¿De qué hablaron?

—De nada…, de Monferrato…

La mirada ahora se había detenido en el suelo, como buscando un alfiler; y la voz tenía la neta inflexión de la reticencia. El comisario comprendió que ese paseo había sido decisivo.

—¿De qué hablaron, señor Campi?

—De esto y lo otro, se lo he dicho… Lello quería comprar un fanal antiguo…, luego me ha contado lo de Costamagna…

—Por casualidad ¿no le ha contado otras cosas?

—Además, había muchísima gente —dijo Campi levantando la cabeza—, el Balùn no es precisamente un saloncito, y la conversación se desarrolla un poco agónica. Es agotador.

Con enorme sorpresa, suya más que de Campi, el comisario se puso de repente a gritar:

—¿Quiere hacer el favor de decirme la verdad, santo Cristo? ¿Qué mas le ha contado Riviera? ¿Qué se han dicho? ¿Es que no ve que su situación es muy seria?

Campi se sobresaltó en la silla, como un delincuente cualquiera pillado en el acto y asustado por los agresivos métodos de la policía. Pero no renunció (o se aferró) a su estrategia de la fatua irrisión.

—A usted no se le puede esconder nada —dijo con una humildad aplastante.

El comisario consiguió no responder, no moverse.

—Oiga —dijo el otro—, no es que esté intentando hacerme el listo. Al contrario, estoy precisamente tratando de no parecer alguien que se está haciendo el listo.

El comisario lo atacó por otro flanco.

—Usted debe de haberse hecho una idea un poco superficial de lo que es nuestro trabajo —dijo con una pizca de decepción—. Todos los que pasan por aquí quieren hacerse los listos, es más fuerte que ellos. Incluso sin motivo, incluso contra su propio interés. Nosotros estamos acostumbrados. No nos molesta en absoluto. Es algo que se tiene en cuenta desde el principio.

Actuó, sin esfuerzo, como un veterano al que el éxito de esa millonésima batalla en realidad es lo último que le importa.

—No son esos que quieren hacernos creer una cosa por otra los que de verdad incordian —continuó confidencialmente—. Son los otros, son los… viciosos como usted. Porque, en definitiva, he llegado a la conclusión de que no se le puede llamar de otra forma: lo suyo es exactamente un vicio, un mecanismo.

—¿Qué vicio? —dijo Campi, inquieto.

—El vicio no de mentir, pero de querer siempre calcular los propios efectos: «Si digo esto, él pensará esto otro, y entonces yo…, etcétera, etcétera». Todavía no acabo de ver si es una cuestión de presunción o de inseguridad, pero…

—Es una cuestión de buena educación —dijo Campi—, se lo aseguro, al menos en este caso. Si yo ahora, después de lo de Costamagna, le saliera con que Lello tenía una teoría sobre el crimen de Garrone y que el lunes esperaba una misteriosa llamada de una misteriosa persona, está claro que usted tendría toda la razón del mundo en preguntarse si lo estoy tomando por un cretino.

Salía victorioso una vez más, pensó cada vez más admirado el comisario: púdicamente, con pinta de querer guardársela para él, de querer que se la arrancaran de la boca, había conseguido entregarle esa nueva pista, ese nuevo hueso que roer. Un verdadero espabilado.

—¿Usted piensa —dijo el comisario mordiendo el hueso sin avidez, esperándose plástico, goma, serrín— que pueda haber alguna relación entre los dos crímenes?

—Ah, yo no pienso nada, no entiendo nada. Y por lo demás, Lello me ha dicho bien poco, o al menos yo recuerdo poco. Lo escuchaba a medias, también porque, como le decía…

—Ya: el gentío del Balùn. Pero, en resumen: ¿el caso es que Riviera

había dado con el asesino de Garrone?

—No, no, eran solo vaguísimas sospechas, por lo que he entendido. Una idea, una especie de pista que estaba siguiendo por su cuenta; me había ya insinuado algo el otro día.

—¿Qué tipo de pista?

—¡No lo sé! Era algo como lo de Costamagna. Humo. Pura fantasía. Esta mañana lo ha mencionado un momento, me ha dicho que el lunes tenía que hablar con alguien que confirmaría su «intuición». O la desmentiría, no lo sé.

—¿Y no ha dicho nombres?

—Pues claro que no. Probablemente no haya ningún nombre.

—¿Él también conocía a Garrone?

—No, pero lo conocían algunos de sus colegas, y en la oficina no hablaban de otra cosa, según parece. Ya sabe cómo son en las oficinas: no les parecía que tuviera que ver con una noticia de sucesos. Y durante una de esas discusiones, a Lello se le metió en la cabeza, por juego o por amor propio, o por…

—¿Tienen nombre, los colegas de Riviera?

Campi pareció ofendido.

—Yo soy más escéptico que usted. No es culpa mía si…

—Los nombres, señor Campi. Dígame los nombres.

—Está una tal señorita Fogliato. Y también los Botta, marido y mujer.

—¿Usted los conoce?

—No, pero eran los tres que le oía nombrar más a menudo; y me parece que era uno de ellos el que conocía a Garrone.

—Muy bien. Lo comprobaremos.

Llamó a De Palma al teléfono y le dijo, escogiendo con cuidado un tono abatido, las palabras menos convencidas: «Oye, hay unos colegas de Riviera que tenemos que interrogar sobre un asunto. Puesto que antes o después tendrán que pasar todos, da igual… Sí, lo sé, es sábado, pero… Las direcciones no las tengo, habrá que llamar al ayuntamiento… Botta, marido y mujer. Y Fogliato, señorita Fogliato… Muy bien, de acuerdo».

Colgó. Campi no ocultaba su desaprobación.

—Pierden el tiempo —observó, como si no hubiera sido él quien había tirado la piedra—. Esos son como niños, se montan películas por nada, se excitan, corren detrás de cualquier estupidez. El hecho fundamental es que se aburren y cualquier excusa es buena para…

—Tenemos la ventaja de que estos no están en Brasil —cortó en seco el comisario—. Volvamos al Balùn: usted entonces, después de escuchar con una oreja la historia de Costamagna y con la otra la del crimen de Garrone, ¿qué es lo que ha hecho?

—Bueno, he seguido vagabundeando con Lello, sin rumbo. Llegado un momento nos hemos separado y ya no lo he vuelto a ver hasta... hasta que...

—Vale, vamos a intentar concretar un poco mejor. ¿Usted ha perdido a Riviera de vista a qué hora?

—Es difícil de decir. La media pasada, quizá.

—Es decir, un cuarto de hora o veinte minutos antes de que apareciese en el almacén.

—Sí, más o menos.

—Y usted ¿qué hizo en ese cuarto de hora?

—He seguido paseando.

—¿Cerca del almacén? ¿Lejos del almacén?

—Uf... No sabría bien, la verdad: pensaba en otras cosas.

—¿Había estado alguna vez usted allí dentro?

—Nunca.

—¿Esta mañana Riviera se lo había mencionado? ¿Le dijo que quisiera ir? ¿Tenía que encontrarse con alguien?

—No.

—¿Usted lo ha visto entrar? ¿Ir en aquella dirección?

—No. Como le digo, nos hemos separado entre la gente y no he visto hacia dónde iba. Pero en todo caso, él sabía que el punto de encuentro de todos era en la plaza del Cottolengo. Había como un medio plan de ir a comer todos juntos.

—Entonces, ¿puede haber entrado para hacer un poco de tiempo?

—Sí, es lo más probable.

—Y usted, mientras deambulaba en ese último cuarto de hora, ¿no se ha encontrado con nadie de los demás?

—Raro, ¿eh? —meditó Campi—. Estábamos todos allí alrededor, todos haciendo lo mismo, menos Federico, naturalmente; sin embargo, la única persona que lo ha visto ha sido Vollero.

—¿Cuándo lo ha visto?

Campi, una vez sacado ese nuevo conejo de la chistera, se apresuró a despreciarlo sin piedad.

—Oh, no puedo ser preciso con el minuto. Y aquí, según parece, es precisamente una cuestión de minutos, ¿no?

—¿Vollero le ha visto a usted?

—Sí, claro. Hemos cruzado dos palabras.

—¿Dónde ha sido ese… intercambio de palabras?

—Cerca de una tienda de viejos pintarrajos, y, de hecho, el pobre Vollero…

—¿Tiene usted algo en contra —dijo el comisario— de que lo hagamos venir ahora?

Campi, insensible a cualquier sarcasmo, recuperó su actitud de escéptica reprobación.

—Si les parece importante, adelante. Aunque es verdad que le vais a fastidiar la tarde del sábado; es el mejor día para su galería. Y además…

—¿Además?

—Bueno, estaba muy disgustado el pobre. No le gustará para nada que se sepa que frecuenta el Balùn. Es algo que podría ponerlo en una situación… un poco sospechosa.

—Señor Campi —dijo el comisario al borde de la imploración.

—¿Qué? —dijo Campi—. ¿Qué he dicho?

Quizá de verdad no entendía.

—Por el amor del cielo, en la situación en la que está usted, ¿no piensa?

—¿Qué tiene que ver? Yo no he matado a nadie.

Al comisario se le cayeron físicamente los brazos a ambos lados de la silla. Este, quizá, al final de todo, en el fondo de todo, creía en la justicia, en la verdad, en el triunfo ineluctable de la inocencia. Era De Amicis más que De Quincey.

—Señor Campi, yo voy a ver a Vollero. Pero antes dígame una cosa: la noche del crimen de Garrone, cuando salió de casa de sus padres, en la colina, ¿fue usted a ver a Riviera?

—Sí. Pasé la noche con él.

—¿Y quién —dijo el comisario— podría confirmar esa coartada ahora?

15

El niño abrió cautamente la puerta del dormitorio, metió la cabeza, y se encontró con la mirada fulminante de su madre. Volvió a la cocina corriendo y gritando:

—¡La tía llo-ra! ¡La tía llo-ra!

La niña cogió la cantilena y los dos se pusieron a marcar el paso alrededor de la mesa de formica, pateando con fuerza el suelo con los pies:

—¡La tía llo-ra! ¡La tía llo-ra!

La cuñada de la señorita Fogliato fingió durante medio minuto no oír con la esperanza de que la cosa se agotara por sí misma; luego murmuró «pardon» y fue enérgicamente a hacerlos callar. Se oyó el ruido seco de dos bofetones. Fogliato se sonó la nariz.

—Discúlpeme —le dijo al policía, que desde su silla junto a la ventana miraba, con la cabeza girada, la calle Sebastopoli—. No me cabe en la cabeza. Era tan amable, pobre chico… Cuando pienso que justo ayer… —Se calló, como si hubiera finalmente entendido que lo que hacía estallar el mecanismo de la conmoción era su propia voz—. Voy a refrescarme un poco, si me permite.

El policía no dijo nada, pero se levantó aprisa también él y miró la hora.

En la entrada, Fogliato se encontró con su cuñada, que estaba cerrando la puerta de la cocina en medio de un concierto de sollozos desesperados.

—Tengo que ir, Marcella. Pobre mía, no puedo siquiera hacerte este favor.

—Paciencia —dijo la cuñada, que le había llevado los niños para tener una tarde libre y acercarse al centro a hacer recados—. Menos mal que no me había ido todavía, de lo contrario no sé cómo habrías hecho con estos dos pillos. —Contuvo una risilla—. No me extrañaría que se los hubieran llevado a la comisaría contigo. Les vendría bien, a ver si se enderezaban un poco.

—No digas eso, pobres criaturas —protestó Fogliato, angustiada—. En qué mundo horrible les toca vivir.

Sintió una gruesa lágrima resbalar por la mejilla y entró al baño para lavarse la cara y darse un alisón al pelo.

16

El carabinero ya había pasado una vez por delante de Botta, que estaba sentado en una silla de mimbre en el pequeño jardín de su chalet panorámico, y ahora volvía atrás, con pasos fuertes, militares, por la

tierra batida del camino. Botta inclinó la cabeza sobre el libro que estaba intentando leer desde hacía una hora: era un ensayo sobre el problema del poder en la sociedad moderna, del que había oído hablar muy bien. No se entendía nada.

Los pasos cesaron y Botta, sin levantar la vista, miró por el rabillo del ojo. El carabinero se había parado delante del chalecito adyacente e idéntico al suyo y a los otros once del complejo residencial Conca di Sogno. La cuenca y el paisaje estaban en la parte de atrás, donde Botta no estaba nunca, aunque fuera allí donde, visitando la obra dos años atrás, se había imaginado pasando sus fines de semana con una pipa, una cerveza y un buen libro. Por delante se veían otras obras, la carretera que venía de Giaveno, asfaltada hasta la bifurcación con el camino, y una estación de servicio Agip, donde el carabinero había dejado su viejo 600.

—¡No hay nadie! —gritó Botta al carabinero, que observaba indeciso el chalet de los Canavesio—. ¡Llegan más tarde!

El carabinero se volvió: estaba cubierto de sudor y en su uniforme color caqui no había un centímetro que no estuviera arrugado. ¿Cómo iban a obtener respeto del ciudadano si iban por ahí con esa pinta?

—Ah, gracias —dijo el carabinero recorriendo lentamente los pocos metros que separaban una casa de otra. Se apoyó en una de las ruedas de carro, pintadas de rojo, que decoraban los batientes de la verja de Botta—. No me aclaro con todas las casas nuevas que hay. ¿Usted los conoce?

—Sí —dijo Botta—. Llegan siempre sobre las ocho. Y si no, mañana por la mañana los encuentra seguro.

—¿Pero tienen domicilio aquí?

—No, vienen solo el sábado y el domingo. ¿Es urgente?

—No lo sé —dijo el carabinero secándose la cara con un pañuelo a cuadros—, creo que sí. El sargento me ha dicho que busque a los Botta y que me los lleve.

—Disculpe —dijo Botta—, ¿usted a quién está buscando? ¿Botta o Canavesio?

—Botta, Luigi, y Botta, Silvana. Conca di Sogno.

Botta soltó el libro en la mesita de mimbre, al lado de la cerveza, y se levantó: las piernas le temblaban.

—Soy yo —dijo—. Somos nosotros. ¿Qué ha pasado?

17

Al fondo de la tercera y última sala de la galería Vollero había, en el rincón derecho, una puerta estrecha y oscura, de nogal muy envejecido, de un metro setenta y cinco de alto. Parecía un armario empotrado, y había pertenecido, efectivamente, a un guardarropa barroco piamontés que el señor Vollero había comprado a un campesino de las Langhe por unos pocos miles de liras, años atrás, para usar después uno de los batientes como puerta de su minúsculo despacho.

—Pasemos aquí. Cuidado con la cabeza.

El comisario Santamaría lo siguió al cuartucho ocupado por dos sillas, una mesa frailera cargada de papeles, un archivador de metal gris y una estantería llena de libros de arte y catálogos.

—Siéntese, por favor. Aquí estaremos tranquilos. —Se volvió hacia la puerta y le gritó a su sobrino, que los sábados iba a echarle una mano—: ¡Renzo! ¡No estoy para nadie!

La galería estaba vacía, los clientes empezaban a llegar más tarde, sobre las seis, si es que iban. Sobre todo porque esa época era un poco rara, el señor Vollero había aprovechado enseguida la amable propuesta de hablar ahí, en vez de en la comisaría.

—Tenga paciencia, por favor —dijo premuroso—. Estamos un poco apretados, pero, ¿sabe?, necesitaba un despacho y no podía sacrificar una sala.

—Es lógico.

—¿Es otra vez por Garrone? ¿Hay alguna novedad?

—Sí y no —dijo Santamaría. Sacó del bolsillo un carnet de conducir, lo miró un momento y se lo mostró—. ¿Conoce usted a esta persona?

El señor Vollero vio a un joven rubio, un poco del estilo de Andrea del Sarto, pero un poco más manierista..., tirando a Pontormo, Rosso, la escuela de Fontainebleau. Un poco desteñido, apagado por la mala calidad de la reproducción.

—Lo he visto, sí... —murmuró entrecerrando los ojos y echando atrás la cabeza—. Estoy seguro de que lo he visto. Si me da usted una pista...

—Podría haberlo visto esta mañana en el Balùn.

El señor Vollero lo recordó todo y sintió en el estómago un torbellino creciente.

—Ah, sí, claro... Sí, lo he visto. Llevaba... un suéter amarillo, y

claro, visto así en blanco y negro... Pero creo que es él... —Se quedó esperando con el carnet en la mano.

—Nos interesan sus movimientos de esta mañana —dijo Santamaría—. ¿Puede ayudarnos?

—Con mucho gusto —dijo Vollero—. En lo que yo pueda...

—¿Dónde lo ha visto exactamente?

Tenía que haber una manera de salir airoso sin dar nombres y sin mentir a un agente de la seguridad pública. Y si iba bien, si conseguía no meter de por medio al señor Campi, no volvería nunca más al Balùn, nunca jamás, lo juraba por la cabeza de Magnasco.

—Oh, pues lo he visto en un café. Entré a beber algo... y al rato llegó él.

—¿Qué café?

—No es exactamente un café, más bien una taberna. Está en la placita.

—¿A qué hora?

—Poco después de mediodía.

—¿Iba solo?

—¡Sí! —exclamó Vollero—. Solo. Solísimo.

—¿Se detuvo allí?

—No, echó un vistazo dentro...

Ya está, lo había dicho, judas bastardo de una perra.

—¿Cómo si buscase a alguien? —concluyó el comisario.

—S-sí —balbuceó el señor Vollero—. Quizá... Yo en todo caso...

—¿Y no lo ha visto más?

La alcoba era muy angosta, baja, sin ventanas, y tenía muros de sesenta centímetros de grueso. Una trampa, una verdadera celda de la inquisición. El señor Vollero miró fijamente una naturaleza muerta anónima detrás de la cabeza del comisario. Escuela española o napolitana.

—S-sí, me parece que después lo he visto, ahora que pienso.

—¿Dónde?

—Bueno..., por ahí..., en la calle...

—¿Otra vez solo o acompañado?

—Ya sabe cómo es el Balùn —dijo el señor Vollero extendiendo los brazos—. Hay...

—Lo sé, lo sé —sonrió el comisario—, hay mucha gente que va y que viene...

—¡Exacto! Así que, francamente, no podría jurar que...

—Pero, aunque no sea propiamente junto a, ¿usted no lo habrá visto al menos cerca de alguien, a este joven del suéter amarillo?

—Cómo podría decirle —dijo el señor Vollero quitándose las gafas y limpiándolas con empeño—. Yo no puedo saber quién…

—Cierto, es lógico: pero yo quería decir si por casualidad no lo habrá visto cerca de alguien que también usted conozca, ¿me explico?

—¡Ah! —rio el señor Vollero—. ¡Ah, en ese sentido!

—Sí, en ese sentido.

—Bueno…, pues en ese sentido, entonces…

Si hubiera tenido el desparpajo de algunos colegas suyos, acostumbrados a mentir como respiraban, a romper los ejercicios de los alumnos de la academia sobre dibujos de Guercino, no solo habría hecho más dinero, sino que habría sabido salir sin un rasguño de esa situación. Pero él no, él siempre había sido el típico idiota, el Venturi, el Berenson de los idiotas, respecto a la cuestión de la verdad. No tenía la habilidad, no tenía práctica: y el comisario lo estaba escrutando con los ojos de un cardenal contrarreformista. No había nada que hacer, entre dos males tenía que elegir el mayor.

—Creo… —dijo mirando una telaraña tendida entre la pared y la esquina de la estantería—, ahora que lo pienso…, yo estaba dando una ojeada a los marcos, al Balùn voy exclusivamente por eso, las raras veces que voy…

—¿Y mientras miraba los marcos…?

—Mire: puede ser una coincidencia, una casualidad… Después de todo al Balùn va todo tipo de gente.

—Lo sé.

—En resumen…, al levantar la vista… por un lado me ha parecido ver a ese joven que se marchaba, y por otro…

—¿Sí?

El señor Vollero, calculando cuántos clientes perdería por tal indiscreción, y cuántos por los sucesivos particulares que con toda seguridad Santamaría le iba a sonsacar uno tras otro, palabra por palabra, entrelazó las manos y se lanzó:

—… por otro me he topado de frente con el señor Campi.

18

—¿«Lo entendí todo»?

—«Lo entendí todo enseguida».

De Palma se pasó los dedos por los ojos y luego movió violentamente la cabeza, como si emergiese del salto a una piscina.

—Aydiosaydiosaydios —murmuró—. Qué inmenso marrón. —Luego levantó la voz—. ¡Qué inmenso putiferio, qué inmenso marrón! ¡Madre mía, ayúdame!

El comisario esperó a que la representación terminara.

—Demasiadas cosas —continuó De Palma—. Demasiadas. Es la inflación. Es el diluvio. Y a mí me acobarda, estoy temblando de la cabeza a los pies. ¿Sabes cómo suelen terminar estos casos? Que al final todo se desinfla y a nosotros no nos queda en las manos más que una denuncia y libertad bajo fianza por robo de gallinas. Siempre es así.

Tiró de un cajón del escritorio y apoyó encima los pies, de lado.

—Todo es culpa de tu Campi. No lo entiendo, y no entiendo por qué le tienes tanta simpatía. ¿No serás también tú…?

El comisario no tenía ganas de bromas, ni a la manera de Campi ni a la de De Palma. Era raro, sin embargo, que bajo presión los dos reaccionaran con payasadas más o menos divertidas.

—Y este Vollero —le rogó De Palma—, ¿estás seguro de que no tiene la lengua envenenada? ¿Qué no ha exagerado para meter a Campi en el lío?

—¡Para nada! Me ha hecho sudar, ha dicho lo mínimo que podía.

—Define mínimo.

—Estaba allí. Los ha visto. Los ha escuchado.

—¿Quién estaba más exaltado de los dos?

—Riviera. Campi estaba callado.

—Y Riviera lo amenazaba.

—Bueno, está todo en esa frase.

—«Lo entendí todo enseguida» —repitió De Palma—. ¿Eso es lo que le gritaba? ¿Palabras exactas?

—Sí: eso lo jura. No se retractará. Le dio mucha impresión ver a Campi en una situación como esa, en una plaza pública. Y me lo ha dicho antes de saber que Riviera había sido asesinado.

—¿Lo has interrogado sin decírselo?

—Corría el riesgo de que se asustara y no hablara. Se lo he dicho después.

—¿Y él?

—Ha repetido cincuenta veces «pobre hombre», parecía un disco rayado.

—¿Pobre hombre quién? ¿Campi?

—No, él mismo. Campi es un cliente importante, con buenas relaciones.

—No se lo perdonará: le pide una cuerda como coartada y el otro se la echa al cuello. Aunque precisamente una coartada no hay.

—No. Confirma que habló con Campi después de la escenita, pero solo dos minutos. Luego se ha ido a casa y no ha visto nada más.

—«Lo entendí todo enseguida» —repitió De Palma—. Demasiado y demasiado poco. Puede que no sea nada y puede ser lo de Garrone.

Bajó los pies del cajón y lo cerró de una patada.

—Este Campi tuyo es un buen espabilado… ¿Por qué no se dedica a la política? ¿Cómo es que no es ministro?

El comisario le dio forma, más por él mismo que por De Palma, a lo que tenía en el estómago desde que había descubierto la doblez de Campi.

—Esta vez lo hemos pillado en el ajo. De la discusión con Riviera no me ha hablado.

—¿Te ha decepcionado, eh? —dijo De Palma sarcástico—. Pues no sabes cuánto me ha decepcionado a mí.

—¿Por qué?

—Pues porque del hecho de que Riviera jugaba al detective aficionado y tenía una teoría sobre vía Mazzini, Campi ha dicho la pura verdad.

—¿Habéis hablado con sus colegas?

—La señorita Fogliato, de momento, lo confirma todo.

—Ah —dijo el comisario.

—Y lo trastoca todo.

—¿Por qué?

—Porque Riviera no tenía ninguna sospecha de Campi. Pensaba que el asesino del arquitecto era Bauchiero.

—Aydios —dijo el comisario—, aydiosaydiosaydios.

19

Entonces todo empezó a moverse muy deprisa o, al menos, esa fue la sensación que, en las últimas horas de aquella tarde de junio, el comisario acabaría conservando: de una carrera, de un abrirse y cerrarse puertas de coches, de puertas y portales, de armarios, de

cajones, de ascensores; y de un confuso coro de teléfonos, telefonillos, cláxones, frenos, neumáticos, y de palabras, suyas y de los demás, profundas, pesadas, y enseguida disueltas como lluvia en el agua, vanas; y de él descontento, no convencido, obligado a la urgencia, empujado, entre sobresaltos, elisiones, regurgitaciones, hacia la oscuridad, no hacia la luz, cada vez más cansado y agobiado y ya casi ronco, todo su esfuerzo concentrado, cuestionado, negado, negado por el vislumbre de un edificio lánguido al atardecer, de una plaza en perezosa suspensión, de una avenida desdibujada en el polvo, de la lenta suavidad de una ciudad entera que el sol fue entregando poco a poco a su antiguo y conmovedor vicio crepuscular.

La voz de la señorita Fogliato, cargada de pesadumbre nasal, repitiendo «Triberti, el aparejador Triberti», y luego la voz de Triberti, confirmándolo todo también él, firmemente, jovial.

—Por supuesto, lo recuerdo perfectamente. Buscaba un expediente, o una solicitud, del tal Bauchiero, no sé con qué propósito. Lo llevé allí, con la señora Ripamonti, lo dejé en sus manos.

—¿La señora Ripamonti no está?

—¿Cómo? No, no, estimado señor. El sábado por la tarde no. El sábado por la tarde solo Triberti hace horas extra. Pero no tema, venga conmigo.

Y en el pasillo desierto (recorrido con la misma esperanza por el muerto) el brazo extendido describiendo un amplio semicírculo, como mostrando una cadena montañosa, un atardecer.

—¡Nadie! ¡Solo, libre, independiente! ¡El sábado es el mejor día para venir a la oficina!

Y luego el otro despacho, y las pilas de carpetas verdes y naranjas bajo el polvo, en orden alfabético, pero ninguna con el nombre de Bauchiero; y luego la idea (que ya había pensado el muerto, la pequeña aguja ya enhebrada por Riviera) de mirar en la G; y el proyecto de tumba con sello violeta de los Hnos. Zavattaro.

En caliente, De Palma quería dar el caso por resuelto, precipitarse a por Vollero con su frase incriminadora, buscar el enfrentamiento inesperado, el mazazo a bocajarro que hace caer al culpable. Pero eso no bastaba, no bastaba.

—Solo sabemos cómo hizo para llegar hasta Zavattaro.

—Sabemos que razonaba. Que había descubierto algo sobre Garrone. Se lo dijo a Campi esta mañana en el Balùn, y Campi lo ha mencionado.

—Eso será, sí. Pero no es suficiente con alguien como Campi. Es demasiado pronto.

Ni trampas, ni ardides ni artimañas: si era él, había que reconstruirle alrededor, pieza a pieza, toda su composición criminal, entregarle una copia empobrecida, desvalorada, reducida al tamaño de un Nicosia, de un Lopresti, de un simple comisario de policía, había que hacerlo caer con la humillación, la banalidad.

Una puerta, y decirle a Campi: —¿Sabe que su amigo no era tan estúpido?

Y Campi, desconcertado, tocado: —¿Ah, no? Me gusta que así lo crea.

Pero también estaba Bauchiero, sí, Bauchiero. ¿Qué podía vincularlo a Zavattaro y a Garrone?

Otra puerta, y Zavattaro: —No, no, señor, se lo juro, palabra de honor, lo he visto hoy por primera vez en mi vida.

Otra puerta, y Bauchiero: —No, no, comisario, es la primera vez en mi vida que lo he visto. ¿Y mi perro, comisario? ¿Y el perro?

Había sido él, con su perro, quien había encontrado el cadáver del arquitecto. Y en una mesa de restaurante, con el único dato de su título (la señorita Fogliato, los Botta: Verá, comisario, Bauchiero era aparejador, y Riviera pensaba que…), Riviera había sospechado ociosamente, absurdamente, que él era el asesino, un rival, un competidor del arquitecto en el racket de los cementerios. (En el pasillo, De Palma: ¿Racket de los cementerios? ¿Son tontos?). Absurdo, es cierto, absurdo. Ni un pelo por donde pillarlo. Aun así, Riviera había descubierto algo. ¿Contra Bauchiero?

A De Palma: —No tiene coartada para esta mañana. Y bien pensado, tampoco para la noche del asesinato de Garrone.

De Palma: —Lo sé, lo sé. Él ha encontrado el cadáver. Pero ¿y la rubia? ¿La bolsa en la colina?

—¿Quieres que te diga la verdad? Bauchiero no me gusta.

—A mí no me gusta su perro. Sin embargo…

Sin embargo, andaban en círculos, la tuerca giraba, giraba, pero sin agarrarse (tengo que llamar a Jole). ¿Qué más había descubierto Riviera en el despacho de Triberti? ¿O en el de Ripamonti?

Y otra vez la puerta del Alfa, la carrera a ver a Ripamonti, el cuadrilátero del patio de armas inocente, parroquial, colorido por las redes improvisadas de los que jugaban al balón, antes de que la oscuridad lo transformase en un teatro de sombras infames; y

Ripamonti, entre los resoplidos de una olla a presión (Discúlpeme un momento, tenga paciencia), que no recordaba, no le parecía, no, nada le había sugerido ella a Riviera, nada le había revelado Riviera a ella. Había salido de allí satisfecho, eso sí, había encontrado lo que buscaba (¿Zavattaro? ¿Solo la dirección de Zavattaro?).

Una puerta, y a la señorita Fogliato: —¿No le habló de Zavattaro?

La señorita Fogliato: —No, no dio nombres.

Botta: —Una personalidad fundamentalmente introvertida, comisario. Un carácter que el trauma de la diversidad, de su no-normalidad, había evidentemente…

Y ¿a dónde había ido después de visitar a Zavattaro? ¿Qué podía haber descubierto sino el falo (la extranjera, la bella extranjera rubia detrás de su puerta, con el Manual práctico entre las manos), una relación entre el falo y alguno de los demás?

Otra puerta, y a Zavattaro: —¿Solo habló con usted? ¿Está seguro?

—Segurísimo. Estuvimos cinco minutos en el patio, luego él subió a su 500 y se marchó.

—¿Pudo haberse cruzado con ese empleado suyo, el del pelo rojo?

—¿Con Osvaldo? No, no se vieron. Se lo garantizo yo.

—Llegado el caso, ¿dónde podemos encontrar al tal Osvaldo? ¿Tiene usted su dirección?

—Sí. Vive en Venaria. Pero no hablaron. Osvaldo no tiene nada que ver.

—¿Y usted qué sabe? ¿Qué le dijo exactamente Riviera? Trate de repetirlo literalmente. Esfuércese en recordar, esfuércese de nuevo…

—Ya se lo he dicho todo, señor. ¡Todo, todo!

De Palma repentinamente recordó —y enumeró— las piedras, las enigmáticas piedras de Garrone, la piedra que lo había matado (De la madera a la piedra, había dicho monseñor Passalacqua), la piedra que había matado a Riviera, las piedras de las lápidas, de las urnas de Zavattaro…

—Tiene que haber un nexo, ha de tener un sentido. Necesitaría una idea.

—¿Y aquel abogado? ¿Valdría la pena volver a preguntarle?

—¿Y las condesas? Quizá también conocían a Riviera.

—¿Y las Tabusso? Fue allí donde encontramos el bolso, el impermeable, los pantalones naranjas.

—¿Y el tipo del restaurante?

—¿Y la hermana de Garrone? ¿Y la madre? ¿Las hacemos venir?

Bastaba un silencio entre él y De Palma, un pequeño frenazo, para que la relación entre los dos crímenes se debilitase, pareciera infundada, insostenible: Garrone asesinado por una puta en un altercado por mil liras; Riviera por Campi, en un altercado entre invertidos; y las piedras un pleonasmo, una pincelada del azar. En las últimas horas de los hombres cuyas vidas segaba por sorpresa, la muerte regalaba siempre algún detalle retrospectivamente portentoso. (Tengo que llamar a Jole).

De nuevo a la señorita Fogliato: —¿No le dijo a dónde fue ni a quién vio en aquellas horas, entre las once y las tres? ¿Ni una insinuación? Piénselo bien.

—Fogliato, casi histérica: —¡No, no!

—Piénselo bien. Esfuércese. Pruebe otra vez.

—No. Salió a las once, llevó unos documentos al Departamento Técnico y luego no sé. ¡No me dijo dónde había ido! ¡No me lo dijo!

—Y el lunes tenía que ver a una persona. ¿Hombre? ¿Mujer?

—¡No me lo dijo! ¡Y tampoco para qué era!

—¿Pero estaba relacionado con Garrone? ¿Era a propósito del asesinato de Garrone?

—Creo que sí, no sé, ¡no lo sé! Ay, pobre de mí, me encuentro mal, me falta la respiración.

Botta: —Comisario, como ciudadano y como trabajador de la Administración, debo poner en su conocimiento que usted…

A Botta: —¡Cállese!

Y De Palma, inesperadamente suave, que seguía tirándole de la lengua, a Botta, le daba cancha, le sonsacaba informaciones burocráticas (una idea tonta, al principio, una bobada, un detalle más) sobre el Departamento Técnico, la praxis de los documentos transportados cada viernes, y quién iba, y a quién los entregaba. ¿Y quién, por tanto, había visto a Riviera en la plaza de San Giovanni? Pues Cavagna, probablemente.

Botta a la señorita Fogliato: —¿Siempre está Cavagna, no?

Fogliato entre hipos: —Sí, siempre está Cavagna.

Y Cavagna (se intentó esto también, con la caída de la tarde sobre el ansioso tráfico prefestivo) que no estaba en casa, sino en un gimnasio de judo en Nichelino (llamada de teléfono: Espere ahí, por favor, enseguida vamos), y que los esperaba, ya vestido, en un vestíbulo que apestaba a sudor, a cuartel, con una bolsa de la TWA en la mano, y que se acordaba, se acordaba sin dificultad.

—Llegó un poco tarde, y me preguntó si conocía a alguien del Departamento de Rótulos y Escaparates. No me dijo por qué, no sé si después fue allí, ya no lo vi más.

—¿Y usted a quién le dijo que buscara?

—A Piva. Yo en ese departamento a quien conozco es a Piva. Lo mandé a él.

Vamos a por Piva, murmuraba De Palma dejándose caer en el asiento del Alfa. Pero a puerta cerrada (llamar a Jole), con el ruido del motor que, de calle a calle, de cruce a cruce, intentaba, rápidamente frustrado por un régimen de revoluciones más bajo, alcanzar el nivel de la prisa (¿Ponemos la sirena, señor?), este Piva (vía Assarotti 24) podía perfectamente ser la clave, el poseedor de la clave, el hombre que le había dicho a Riviera la palabra fatal, inconsciente portador de la muerte. Y el apartamento, lúgubre, oscuro, silencioso, que aun así dejaba lugar a la esperanza, y el propio Piva, que, pese a la cuperosis, las pantuflas, tampoco decepcionaba inmediatamente.

—Sí, vino ayer por la mañana, quería saber si ese arquitecto que han asesinado, el tal Garrone, había ido alguna vez a nuestro departamento, si se ocupaba de algo de escaparates.

El tiempo de respirar, de percibir, por el rabillo del ojo, un guiño de la solución; pero luego no, nada, Garrone no instalaba escaparates, un tiro al vacío, una hipótesis como tantas otras, y Riviera se había equivocado.

—¿Bauchiero tampoco?

—¿Quién?

—El aparejador Bauchiero.

—No lo había oído mencionar en mi vida.

Ni él ni De Palma se decidían a poner fin al molesto interrogatorio a esa hora casi de comer, y de ahí, de esa mezcla de desgana decepcionada, de simple agotamiento, nació la última pregunta.

—¿Solo habló con usted, Riviera? ¿Sabe si fue a algún otro departamento después?

—Lo mandé a que hablara también con Turco y Barberis, que conocían de vista al arquitecto.

—¿De qué hablaron? ¿Estaba usted presente?

—Sí. Le dijeron lo que ya le había dicho yo.

—¿Está seguro?

—Sí. Había poco que decir. Y además era la hora de salir, faltaban pocos minutos para…

—¿Riviera salió con usted? ¿Pudo ver a dónde iba?

—No. Lo vi salir con la señorita Miroglio. O al menos, los vi juntos en la puerta.

—¿Hablaban?

—Sí, creo, me parece.

—¿Se conocían?

—No sé, es posible, yo no…

—¿Quién es la tal Miroglio?

—Lleva tres años con nosotros. Estenodactilógrafa. Segunda categoría A. Excelente pieza.

Y el guiño, esta vez de De Palma, hacia el teléfono, y la madre de la excelente pieza que decía que no, que Patricia estaba fuera de Turín, de excursión con su novio (Va también su hermana, iban a acampar a la playa…), inalcanzable en las escarpadas pendientes de Liguria, en algún minúsculo terraplén entre el gris plateado de los olivos, ignara hasta el domingo noche, el lunes por la mañana, en el caso de que la tuviera ella, la llave (pero ¿la tenía realmente?).

—Ya veremos el lunes. Ahora los mandamos a todos a casa. No se puede hacer nada más.

—Bauchiero estará contento, con su maldito perro.

Y contento Zavattaro, y contenta la giganta americana (¡Boston, ciudad fatal!), y abiertamente decepcionado, Bonetto.

—All is well that ends well, professore! —dijo el venenoso De Palma.

Y Campi, que se levantó sin preguntar nada, cerrado en su abatido distanciamiento de viudo, o de culpable con las horas contadas.

—Si todavía tuviéramos que hablar con usted…

—Quédese tranquilo, no me moveré de Turín.

—Perfecto, eso será lo mejor.

Y ella, por último ella, que había acercado su silla a la ventana y en el resplandor todavía suspendido de los cristales levantaba la cabeza de su libro rojo: una dama sin tiempo que flotaba en lo provisional, en lo indistinto, los Botta y la señorita Fogliato (¿es posible que no hayan encontrado por donde pillarlos?) y el mobiliario, las paredes circunstanciales. Y todavía, mientras él la acompañaba hasta la escalera, esa entonación dolorida y perfecta, esa seguridad destilada de generaciones.

—¿Hay alguna novedad? ¿O estamos todavía todos… en la sombra?

—No lo sé. Tenemos que comprobar varias cosas, ver a algunas

personas.

—¿Han avisado a su familia?

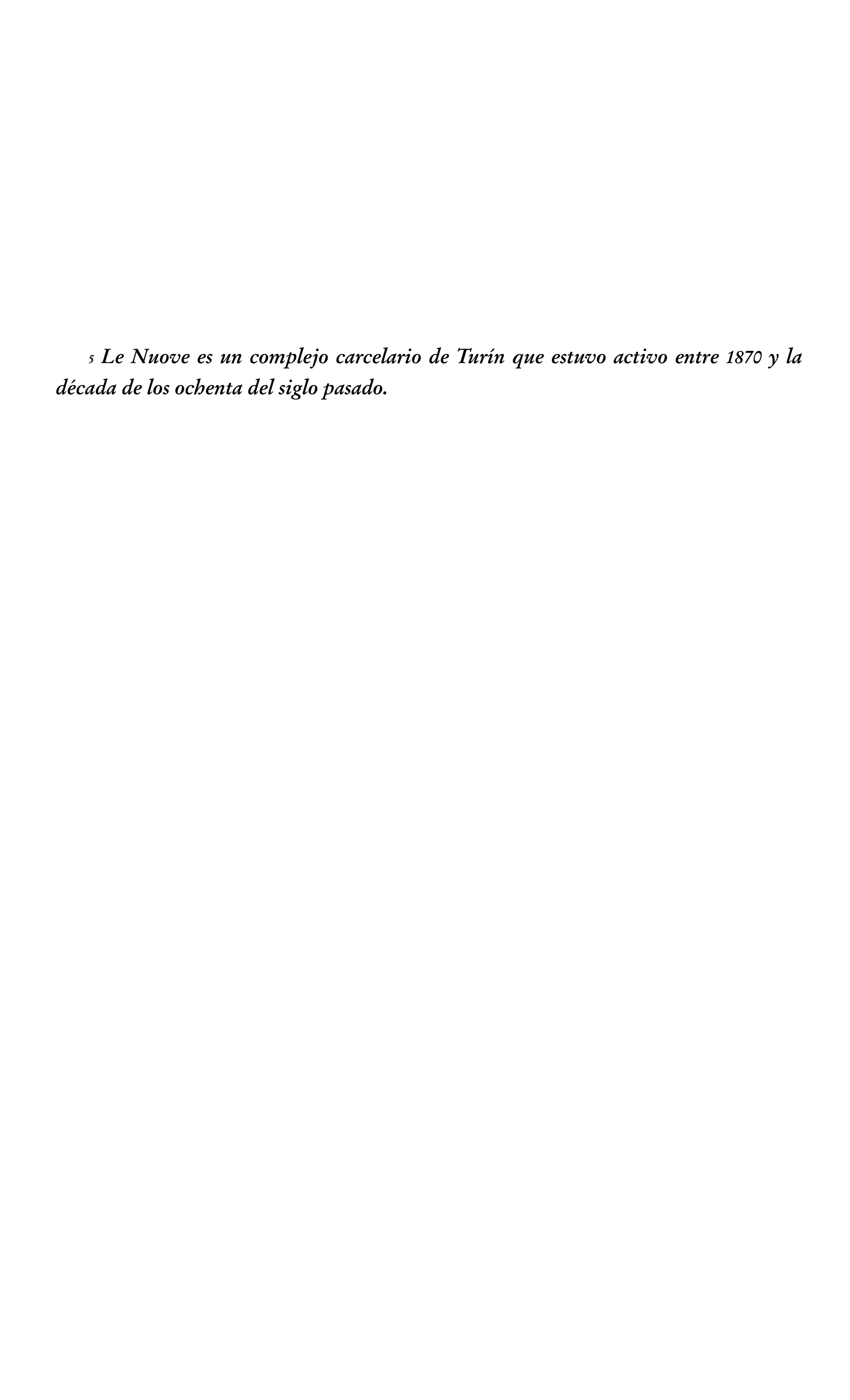
—¿De Riviera? Sí. Tiene una hermana casada en Nápoles. Pero no ha mostrado interés.

—Pobre muchacho.

—¿Se queda usted en Turín los próximos días?

—Sí. Naturalmente. Imagino que nos veremos de nuevo, ¿no?

Y con esa sonrisa abierta a todas las posibilidades el comisario dejó por fin de dar vueltas en la cama y se durmió.



[5] *Le Nuove es un complejo carcelario de Turín que estuvo activo entre 1870 y la década de los ochenta del siglo pasado.*

X

La idea se le ocurrió al comisario el domingo

1

La idea se le ocurrió al comisario el domingo por la mañana, un poco antes de las nueve, mientras se dirigía a pie al despacho. Ya se había tomado dos cafés, pero su mente seguía torpe, nublada. Recién levantado se había puesto a recoger, como después de una fiesta que hubiera acabado mal, los restos dispersos del interrogatorio, y caminando seguía cogiéndolos y soltándolos uno tras otro, perdido en su vacua equivalencia. Nada le decía nada.

La que también estaba ayudando con su acostumbrada actitud negativa y divagatoria era quizá la ciudad, vaciada y atrancada como a la espera de los bárbaros. Pero los bárbaros eran los propios ciudadanos, desperdigados hacia sus espejismos vacacionales; y la sistemática disciplina de calles y plazas desiertas se filtró hasta el comisario y, mezclándose con su humor, le encendió dentro una sensación, una débil concesión, de afinidad. Otras ciudades regalaban a cualquiera que llegara esplendor y maravilla, exaltantes proyecciones hacia el pasado o el porvenir, febriles pulsaciones, exquisitos estímulos y diversiones; otras, a su vez, ofrecían refugio, consuelo, socialización inmediata. Pero para quien como él prefería vivir sin que se le subieran los humos, Turín, había que reconocerlo, estaba dibujada y cortada a su medida. Aquí, a nadie se le permitía hacerse ilusiones: uno se encontraba siempre, según la feroz imagen de los nativos, al pian dii babi, a la altura de los sapos. Se repitió varias veces la frase, con una especie de acre complacencia: saber, y no olvidarlo nunca, que uno está al pian dii babi; en el fondo, eso era lo que pretendía de ti la ciudad, que después, una vez sopesada la burda tara del universo, establecido el

peso neto tuyo y del universo, te abría, si querías aprovecharlo, sus infinitas, delirantes grietas de perspectiva. Así debía de vivir Campi, dividido conscientemente entre la cordura y una deslumbrante demencia, entre las anormales fronteras de la Fiat y del Cottolengo; así, sin duda, vivía (si no era Campi) el asesino de Garrone y de Riviera, los cuales a su vez también así habían, inconscientemente, vivido.

De esa manera se formó, quizá, la idea; que ni siquiera era una idea, y tampoco una iluminación, sino la aceptación, con un encogimiento de hombros, de una vaga sugerencia, una elección minúscula. Lo mismo daba, se dijo el comisario dándose la vuelta, empezar por ahí.

La casa tenía, como otras miles en Turín, el honrado decoro de los pobres vestidos para una ceremonia, de los súbditos menos pudientes y más fieles, apostados en una inmensa avenida engalanada, esperando al cortejo real. Pero ningún cortejo (¿era ese el amargo secreto de la ciudad?) llegaba nunca, ni llegaría jamás, el recorrido se había modificado en el último momento, la carroza, las plumas, las fanfarrias pasarían siempre más lejos, más allá de esos tejados, detrás de aquella esquina. En el balcón central de cada piso, alineado con el portal, asomaban los soportes oxidados para colgar la bandera en los días de la fiesta nacional; y de entre los barrotes de todas las barandillas colgaban frondosas y anónimas plantas. Junto al portal había un pequeño café con las sillas fuera, gemelo del café de la avenida Belgio, y el comisario entró, pidió diez fichas para telefonear a Novara, pero metida la primera buscó en la guía el número de Anna Carla y la llamó a ella.

Una voz femenina con acento extranjero (la niñera, probablemente) le dijo que esperara un momento, y después de un momento ella se puso al aparato y le preguntó enseguida, ansiosa, si había alguna novedad.

—Todavía no —dijo el comisario—, aún tenemos que comprobar algunos asuntos. Y por eso quería preguntarle una cosa: si sabría usted por casualidad si Garrone… —se calló, percibiendo una mirada de reojo de la mujer que estaba lavando vasos detrás del mostrador—, si el arquitecto y ese estudioso…, el que estaba con ustedes ayer en el Balùn…

—¿Bonetto? —dijo ella.

—Sí, ese. ¿Sabe si se conocían bien? ¿Si eran amigos?

—No tengo ni idea. Puede ser, pero en todo caso yo con Bonetto no he tenido nunca…

—Sí, comprendo.

—Lo siento. ¿Era importante?

—No, solo una idea. —Dejó pasar dos segundos—. ¿Va a estar usted en casa todo el día?

—No, voy con Massimo a villa Campi, a comer.

—¿A Monferrato?

—No, a la colina. Sus padres están fuera, mi marido tiene trabajo todo el día, y él no quería quedarse solo todo el domingo, encerrado en casa. Queríamos avisarle…

—Bien. Llegado el caso, llamaría allí.

—¿Hay alguna esperanza de que hoy se resuelva todo? Le confieso que tanto Massimo como yo estamos…

—Sí, me imagino —interrumpió el comisario percatándose de su propia brusquedad—. Pero hoy es domingo, y eso complica mucho las cosas para nosotros.

—Comprendo —dijo ella con la misma brusquedad—. En todo caso, ya sabe dónde encontrarnos.

Se despidieron con ese tono frío, como si, pensó el comisario mientras subía las escaleras de la vieja casa sin ascensor, la llamada no hubiera sido más que un pretexto para «vigilarla», tan transparente que ofendía; y pensándolo bien, él mismo no estaba seguro de que no hubiera sido de verdad un pretexto. Pero ¿de qué tipo? ¿Estaba él también con «la moral por los suelos» y había querido consolarse con el sonido de esa voz? ¿O tal vez algún oculto y mínimo engranaje había saltado en él durante la noche, durante el sueño, y empezaba ahora a transmitir los primeros, infalibles, impulsos de sospecha? El comisario, que no tenía mucha paciencia con el inconsciente como herramienta de trabajo, llamó al timbre del quinto piso con superflua perentoriedad.

El corazón del americanista Bonetto saltó hasta el velo del paladar, se quedó allí en equilibrio durante una fracción de segundo, y luego cayó de golpe en su lugar. ¿Quién podía ser a semejante hora, un domingo por la mañana? Solo su padre y su madre, que por alguna razón habían vuelto antes del pueblo y en cuyo lecho matrimonial, de nogal tallado con frutas y flores, el americanista Bonetto había pasado la noche. Un bote con los pies juntos, una carrera para coger los pantalones que la noche previa había hecho volar tres metros de distancia; en el suelo, bajo el montón informe, descubrió un generoso sujetador calado.

—Giudafaus![6] *—imprecó en voz baja el americanista Bonetto.*

Alzó la prenda, la miró con angustiosa desesperación: las dos copas le habrían quedado justitas a un camello. Y ella allí, en el baño ya media hora. ¿Qué demonios estaba haciendo? Si hubiera estado ya preparada y vestida, habría podido ayudarlo a hacer la cama en un santiamén (suponiendo que supiera hacer una cama), precipitarse en el estudio, coger un libro en la mano, y pasar por una visita normal, una vieja amiga americana recién llegada a Turín sin avisar. Sus padres, gente buena, poco sofisticada, la habrían recibido con timidez pero sin sospechas, su madre se habría metido rápido en la cocina a preparar la…

El timbre sonó de nuevo, insistente, amenazador.

—Damn! —exclamó el americanista Bonetto, poniéndose convulsamente los pantalones—. Damn! Damn!

Colocó con vana furia una almohada, y se encontró debajo las bragas de ella. Entonces se detuvo del todo, bloqueado por un nudo de pánico y remordimiento. No se lo merecían, con todos los sacrificios que habían hecho para que él estudiara; no, un dolor así no se lo debería haber causado nunca. Okey, eran conservadores, estaban cargados de prejuicios, y para ellos el lecho matrimonial tenía unas connotaciones exageradas, casi sacras. Pero llegar de Piossasco y encontrar la propia privacy, la propia intimidad, profanada de esa forma… ¿Cómo se iba a enfrentar a eso? ¿Cómo reaccionaría al «¡ay, diosmíodemivida!» de su madre, a la mirada hostil de su padre, que ya podía molerlo a correazos?

Dejó caer las bragas como una hoja de otoño, y en ese instante se dio cuenta de que se había agobiado por nada, un stress inútil. No eran ellos. Ellos tenían llaves, habrían entrado sin llamar. Pero su maldita imaginación…

Ligero, alado, sin siquiera ponerse los mocasines, fue hacia el recibidor. ¿Quién diablos podría ser entonces? ¿Quién se permitía llamar con esa insistencia descarada, encima un domingo por la mañana?

Un telegrama.

De Marpioli.

El cual, debidamente informado por el joven Darbesio sobre la conferencia del viernes, le mandaba ahora un mensaje, o de cobarde adulación o de grosero desprecio. En ambos casos, la diversión estaba asegurada.

El americanista Bonetto abrió impaciente la puerta y se encontró de frente no con un hombre, sino con un cartel luminoso que se encendía y se apagaba en la oscuridad del rellano: POLICÍA*, decía,* POLICÍA, POLICÍA...

Retrocedió como deslumbrado, y el policía del día anterior, el del bigote, se adelantó…

—Buenos días, profesor —dijo—. Disculpe si lo molesto a esta hora, pero he pasado por aquí de casualidad y he pensado subir un momento. Esperaba encontrarlo en casa.

Por casualidad, ¿eh?, pensó el americanista Bonetto detrás de una sonrisa de lo más falsa. El descaro, la inoportunidad. Había venido aposta, para sorprenderlo, para cogerlo a contrapié, para intimidarlo, el maldito madero. Eran iguales en todo el mundo, los malditos pigs. Y este, aquí, con su aire inocente, lo había ya puesto en situación de inferioridad, posando burlonamente la mirada en su camiseta sudada, en sus pies desnudos que asomaban al final de sus pantalones desabrochados…

De aquella mirada, y de las turbias, semiexploradas corrientes que, como todos, el americanista Bonetto albergaba en sí, se levantó el viento infrecuente pero terrible de la verdad. Nada se le resistía. Florescencias, ramas, retoños y hojas ornamentales, así como ramas y cortezas fatigosamente elaboradas con el paso de los años, todo caía con su soplido: en un instante no quedaba más que el tronco, un simple, desnudo, remoto muñón, insoportable de contemplar. Dos, tres veces al año, aquel viento de tiniebla aparecía y obligaba a estrellarse contra sí mismo al americanista Bonetto, que inclinó la cabeza y pronunció:

—Por favor, pase.

Nadie —vio con lacerante claridad—, nadie movería un dedo por él, no habría ninguna carta a los periódicos, ninguna recogida de firmas, ninguna protesta internacional, ningún eco, ningún interés. Y todo porque él era un donnadie: un pobre cualquiera, implicado en un asunto feo cualquiera, del que era mejor estar alejado. Esto es lo que ocurriría en realidad: foto carnet en sucesos, llantos de padres y parientes, gastos en abogados, ácidos rumores entre estudiantes y colegas… Sería Marpioli el que disfrutaría, el que conseguiría atención, simulando dolorosa consternación, hipócrita incredulidad. Pero ¿cómo? ¿Bonetto? ¿Qué estáis diciendo? ¡Es imposible! ¡Para mí es inocente! ¡Hay que hacer algo!

Pero nadie haría nada, ninguno se posicionaría, ni se

comprometería, se quedarían todos en la ventana. Inocente, sí, pero a saber. Cuando el río suena, agua lleva… Y también después, cuando la policía lo soltara, la sombra de la sospecha lo acompañaría para siempre, lo seguiría a todas partes… Bonetto: el del Balùn. ¿Bonetto? Ah, sí, aquel que estuvo arrestado por aquel crimen…

—Le he molestado —dijo el policía— porque necesitaba comprobar un pequeño detalle, si usted dispone de un momento de su tiempo.

¡Pequeño detalle los cojones! El americanista Bonetto se dio cuenta de que en la boca se le había acumulado una cantidad inverosímil de saliva. Tragó con esfuerzo.

—Por supuesto —logró decir—, por supuesto. Pasemos a mi estudio…

Lo hizo sentar en la única butaca que había, le acercó un cenicero farfullando algo sobre la prisa, sobre el telegrama, sobre la camisa que no se había puesto pero que, si el comisario le permitía…

—No se moleste, profesor, será un momento —dijo el otro con una sonrisa zorruna—. Además, es culpa mía. Pero usted sabe que a menudo, en este trabajo, nos toca saltarnos la buena educación.

La buena educación de las SS. Porque estaba claro que no quería perder la sádica ventaja del hombre vestido sobre el desharrapado, sobre el pobre judío, negro, portorriqueño, toxicómano, contestatario, pescado con los pantalones en la mano.

—¿Conocía usted al arquitecto Garrone, profesor?

El americanista Bonetto no podía imaginarse estar peor que como estaba, y hete aquí que de repente llegaba ese segundo golpe, totalmente inesperado.

—Sssí —balbuceó demasiado asustado para defenderse, para ganar tiempo—, lo conocía…

—¿Bien?

Dos cadáveres. Dos incriminaciones. No sabían encontrar a los asesinos de verdad, y entonces, ea, relacionaban arbitrariamente los dos crímenes, buscaban un chivo expiatorio y lo mandaban a la cárcel seis meses, a la espera de que la opinión pública poco a poco se calmase: siempre era así. «Célebre profesor implicado en el doble homicidio de Turín». «Se investiga el pasado americano de Felice Bonetto…».

—Perdón, ¿cómo dice?

—Si lo conocía bien.

—No, no, bien no. Lo veía de vez en cuando por casualidad.

El otro no lo creyó, porque siguió con la pregunta clásica.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

Y él qué iba a saber. No se acordaría en situación normal, ¡cómo para acordarse ahora!

—¿En una conferencia, quizá? ¿En una exposición de pintura?

—¡Eso! —gritó el americanista Bonetto—. ¡Eso es!

Entendió, con un segundo de retraso, que el otro lo sabía ya, que alguien lo había puesto sobre la pista: tenían un dosier de él, conocían todos sus movimientos, vigilaban su teléfono, espías misteriosos informaban constantemente a la policía por su cuenta. Dios mío, pensó, ¿qué está pasando? ¿Por qué la han tomado conmigo? Unas rejas de pesadilla se cerraron a su alrededor mientras respondía maquinalmente a las preguntas todavía generales, todavía preparatorias, del poli. Sí, había sido en la galería Vollero, el martes anterior. No, él había ido solo para hablar con el profesor Meda de unos bocetos, ese género de pintura no le interesaba. Había hablado con Garrone, pero no recordaba nada concreto, lo había tenido al lado un par de veces y había intercambiado con él unas palabras, como suele suceder. No, no recordaba un cuadro específico, a él ese tipo de pintura no le… ¿Una Dánae? Podía ser, no lo recordaba. ¿Una frase de Garrone referida a la Dánae? No, lamentablemente no recordaba nada…

Se estaba metiendo en la jaula él solito, porque esa memoria tan mala, esa serie de noes, le daban, saltaba a la vista, un aire obstinado y sospechoso, como si se hubiera propuesto desde el principio negarlo todo. Y cuando el otro entrase en el verdadero objetivo del interrogatorio, en las preguntas serias, él tendría…

La puerta del estudio se abrió con estruendo y en el umbral, con una oleada de olor a café procedente de la cocina, aparecieron 160 libras de carne femenina desnuda.

—Coff… —empezó Sheila, en tono alto, de pregonero. Enmudeció al ver al comisario y dijo—: ¡Oh!

Luego dijo «adiós», estalló en una sincera carcajada y se marchó sin prisa.

Completamente desnuda.

El americanista Bonetto cerró los ojos para no ver el primer testigo de su ruina. Porque la perra maldita (que ni siquiera era nacida en Boston, después de todo, sino en Oregón) lo había arruinado, de eso no había duda. Las mujeres de cuanto más cerca mejor, le había dicho siempre su madre, la pobre. Y esta, ni un atisbo de pudor, ni la más mínima consideración por él, por la situación en que lo dejaba. Un

agravante letal sobre el que todos se arrojarían ávidamente. «Célebre profesor arrestado con escultural rubia desnuda...». «Se estaba especializando en anatomía americana, el estudioso sospechoso de homicidio». Un linchamiento vulgar, una cochina lapidación, que destruiría en un día años y años de trabajo...

El policía se levantó. Era el fin. El americanista Bonetto se dijo que escribiría una nota a sus padres, se preguntó qué escribirles...

—Entonces, profesor, discúlpeme de nuevo por haberlo molestado y...

—¿Cómo? —exclamó Bonetto.

—Pensará usted que le podría haber ahorrado la molestia, pero tenemos que perseguir incluso los detalles más ínfimos.

Mientras, se acercaba a la puerta con toda la pinta de alguien que se quiere marchar, que se marcha...

—¡Oh! —dijo el americanista Bonetto.

Su voz le sonó como un cañonazo.

—¡Oh! —repitió—. Pero ¡para nada! ¡Ha sido un placer! ¡Un verdadero placer!

Demasiada maldita imaginación: ese había sido siempre su defecto. Se echó a reír de sus propios terrores, y también por no permitir que el madero se fuera con la idea de que lo había asustado. Le preguntó con desparpajo por Garrone, si la policía sabía ya quién lo había matado, preguntó amablemente por las sospechas, las pistas, la investigación. Muy suelto, muy cool. Pobre Garrone, él se había extrañado mucho al leer que lo habían liquidado de aquella forma, siempre le había parecido un tipo inocuo, aunque, eso sí, un poco especial. ¿Que en qué sentido especial? Bueno, era muy suyo, un poco gorrón, si acaso, un poco parásito, pero no falto de cierto ingenio, aunque no le hubiera servido de nada en la vida..., la clásica mala lavandera, en resumen, sin ánimo de ofender a un muerto. ¿Que qué era la mala lavandera?[7] Ya, estos del sur no entendían nada. Recitó al policía el refrán entero, se lo tradujo y le explicó el significado.

—¿La mala lavandera, eh? —repitió el otro con una mirada extraña y una voz aún más extraña, y un acento atroz.

Una raza neurótica, extravagante, inestable, la de los del sur. De pronto estaban allí, todo reverencias y zalamerías, perdone esto, perdone lo otro, y al minuto siguiente cogían la puerta sin siquiera darte la mano, desparecían por las escaleras bajándolas de cuatro en cuatro... Vete a saber.

2

Así, todo quedaría explicado, pensó el comisario apoyándose en los muros de la incredulidad mientras el taxi enfilaba hacia comisaría, o casi todo. Si ese refrán no era otra trampa, si esa lavandera era el primer eslabón de la cadena, no sería fácil pero sí posible enganchar todos los demás: el grito furioso de Garrone a su madre, en las escaleras, por fin adquiría un sentido concreto; y el teléfono de oro encajaba perfectamente con el testimonio del viejo abogado Arlorio, con la Dánae de Vollero, con la propina que dejó a las chicas del Maria Vittoria; incluso —vislumbró en la fiebre asociativa que siempre seguía a la certeza (a la cuasi certeza) de estar en el buen camino—, incluso con algunas palabras de monseñor Passalacqua, que sonaban ahora solemnemente significativas, que se acoplaban, en un nivel más profundo, con los negocios del arquitecto asesinado, con el falo, con Zavattaro. Sí, todo quedaría explicado: la rubia con la bolsa y el tubo y el impermeable no era una prostituta, la muerte no había ido a buscar a Garrone por unos miles de liras. Y a esa misma conclusión había llegado evidentemente también Riviera, pasando por el desmoralizador (y aun así no gratuito, no absurdo) trámite de Bauchiero y de Triberti, de las tumbas y los escaparates. Luego, también él tuvo la «revelación», había «entendido».

El taxi se paró en la puerta y el comisario, después de pagar, se quedó siguiéndolo con la mirada mientras se alejaba zigzagueando entre las vallas de obra.

Riviera, en realidad, no había «entendido» nada, y la demostración estaba en que lo habían matado. Sin embargo, estaba casi a punto de descubrir la verdad, sin darse cuenta de lo que eso significaba, y se había apresurado a hablar de ello con la última persona con la que debía hacerlo. Y esa misma persona había planeado quitarlo del medio también a él. Sí, ahora todo estaba claro. O casi todo. Solo quedaba descubrir quién era exactamente esa persona, y por qué, exactamente, había quitado del medio a Garrone.

El comisario subió deprisa la escalera, entró al despacho de De Palma, y De Palma, que estaba gruñendo en su mesa con La Stampa delante abierta por la página de sucesos local, levantó la cabeza y su rostro se iluminó:

—¿Has tenido la idea? —dijo.

—He tenido la idea.

—¿Cómo?

—Por el profesor Bonetto, puro azar.

—¡Universidad en crisis! —declamó De Palma—. ¡Estudiantes extremistas! ¡Profesores asesinos! ¿Dónde vamos a ir a parar?

—No ha sido él.

—¿Quién ha sido?

—No lo sé, pero he encontrado el hilo del que tirar. Y si me equivoco, mira: desde mañana me pongo a vender jabón.

Le explicó, eslabón por eslabón, lo que había reconstruido, y De Palma lo escuchó sin decir una palabra. Después soltó una risotada amarga.

—¿Ve lo que ocurre por trabajar en una ciudad extranjera? Si no fuéramos del sur lo habríamos pillado antes.

Al comisario le vino a la cabeza la teoría de Campi sobre Turín; era otro pequeño detalle que encajaba, pensó perfeccionistamente.

—Ahora tengo que pasar por el Departamento Técnico —dijo—. Más o menos sé dónde estuvo Riviera después del de Escaparates.

—Sí, pero va a ser difícil en domingo. ¿Quién es el gran jefe? ¿Tú lo conoces?

—No, y además no me serviría. Necesito alguien que sepa decirme dónde mirar, un ratón de oficina.

—Pillarlo… —dijo De Palma rascándose la barbilla—. Podríamos preguntarle al tal Botta, ¿qué dices? Es un imbécil, pero igual nos puede indicar.

—No, para eso mejor Triberti, si está.

Triberti estaba, y dijo bravo, bravo, ha hecho muy bien, hay que colaborar, estamos todos al servicio del público, y se ofreció a acompañarlo a ver al profesor Pellegrini, una persona como es debido, un amigo, era él el que sabía y hacía todo allí dentro. O podía telefonearlo para enviarle al comisario. ¿No? Entonces el comisario podía dirigirse sin más a él de su parte, sin problema, Pellegrini entendería la situación, se volcaría, no era uno de esos vagos que estaban siempre pensando en los puentes y festivos y se cogían la baja por un dolor de cabeza.

—¿Es religioso? —preguntó el comisario.

—¿Cómo? —dijo Triberti—. ¿Por qué?

—Solo quería saber si va a misa los domingos.

—No lo sé —rio Triberti—. Nunca se lo he preguntado.

Ese detalle el comisario no llegaría a conocerlo nunca porque Pellegrini, cuando lo telefoneó, estaba en casa, y a misa podía haber ya ido, o quizá iba por la tarde o quizá no iba nunca. Pasó a recogerlo con el coche y lo encontró en el portal de la calle Lamarmora, un hombre alto y frágil, con la espalda encorvada, la cabeza pequeña y como doblada por el viento, la piel descolorida por la vida de oficina o por cualquier lento, blando y tenaz problema físico. Murmuró gravemente algunas frases de condolencia por el pobre Riviera, a quien no había conocido en persona, y el comisario se vio, para su disgusto, respondiendo en un tono de pariente de luto. Pero con la misma gravedad necrológica, Pellegrini le habló, en el coche, de Triberti, y poco después, en la plaza de San Giovanni, refirió al ujier aparecido en mangas de camisa en la entrada del edificio palabras fúnebremente susurradas, secretas. Ante el negro tablón que listaba la ubicación de docenas de despachos y oficinas, y con el negro pasillo que se les abría a sus espaldas, pareció vestirse con sus paramentos definitivos.

—¿Entonces? ¿De qué se trata?

Era un sacerdote, bruñido y cartilaginoso, parado en la entrada de su templo, que aprobaba con gestos de milenaria experiencia según el comisario le iba explicando las sospechas de Riviera y el mecanismo de su vana búsqueda en la oficina de Triberti y en la de Piva.

—Piva está en Rótulos, ¿no es así?

—Sí. Ahora, lo que querría saber de usted es si existe un mecanismo análogo también en su sector, a un nivel más importante, naturalmente, más, digamos, dificultoso que el de las tumbas y los escaparates.

—Comprendo —dijo Pellegrini—. Vamos a verlo.

Lo precedió por un pasillo que de lo moderno aséptico estaba derivando a lo moderno destartalado, y luego por una oficina que debía de ser grandísima, pero que largas hileras paralelas de archivadores metálicos, casi de la altura de un hombre, fraccionaban en galerías angostas, oprimentes.

—Si no estoy equivocado, usted busca una especie de anteproyecto, «de sondeo», como los llamo yo.

—Sí. Como los que tiene Triberti en su armario.

Pellegrini se permitió un ademán de superioridad mientras su mano señalaba al opaco laberinto de los archivadores.

—Aquí —murmuró— es un poco distinto.

El comisario se dio cuenta de que había puesto una expresión de

susto, porque el otro añadió de inmediato: —Pero quizá es un poco más sencillo. El proyecto puede estar ordenado por orden alfabético con el nombre del proyectista o según el uso al que irá destinado. ¿A usted qué le parece?

—No me parece nada —dijo el comisario—, pero somos dos. Si usted me explica cómo…

—Venga —dijo Pellegrini.

Lo guio con la seguridad de un ciego entre los grises paralelepípedos y tras cinco o seis vueltas se paró y tiró suavemente hacia sí de uno de los anchos cajones: —Aquí lo tenemos —dijo, y lo cerró de un empujoncito con el dedo índice.

—¿Aquí?

—Estos tres —dijo Pellegrini dando palmadas sobre la suma de las tres carpetas como sobre el lomo de tres animales domesticados.

—Yo empiezo con los proyectistas. Usted mientras, si le parece, puede probar con los usos. —Sacó otro cajón—. Instalaciones industriales —recitó después de echar un vistazo—, instalaciones deportivas, instalaciones de interés público, instalaciones temporales, instalaciones convencionales… Mire usted.

—Bien —dijo el comisario.

Fingió pensar un momento y después abrió un tercer cajón, al azar, y fingió examinar con diligencia los grandes folios amontonados unos sobre otros. Pellegrini, estaba claro, le había dado esa ocupación perfectamente inútil para que no lo molestara mientras él hacía la verdadera búsqueda: por tacto, y además por exclusivismo de burócrata, por orgullo de arqueólogo. No quedaba más que tratarlo con el mismo tacto, esperando que la búsqueda diera o no diera sus frutos. Pasado un razonable intervalo, el comisario cerró respetuosamente el cajón rodante y abrió el inferior.

—Aquí está —murmuró Pellegrini sin emoción. Sus ordenados paquidermos no lo habían traicionado.

El comisario se acercó y se acordó de la señorita Miroglio (¿rubia?, ¿morena?, ¿bonita?), que a doscientos kilómetros de allí estaba en aquel momento zambulléndose en el mar o untándose los hombros con aceite, y que cuarenta y ocho horas antes, ignara, servicial, había conducido a Riviera a ese mismo cajón, y a la muerte.

Miró el gran folio que Pellegrini le mostraba: arriba, a la izquierda, en bonitos caracteres trazados minuciosamente con tinta china, se leía, sobre el nombre del proyectista Arq. Lamberto Garrone, la

confirmación del refrán de la lavandera.

—Presentado el 19 de septiembre pasado, ¿ve? —le hizo notar Pellegrini.

—Se lo agradezco mucho. ¿Y el otro dónde podemos encontrarlo?

—¿Se refiere a la segunda copia?

—No. Debería haber otro proyecto. Riviera, como le he dicho, pensaba que había una rivalidad entre Garrone y el aparejador Bauchiero, un proyecto en competencia con este.

—Excluido —dijo Pellegrini cruzando los brazos—. Aquí no hay aparejadores, el proyecto no se puede presentar en esos términos.

Era una seguridad dogmática, papal, reforzada por los compactos archivadores de metal gris.

—El proyectista —continuó Pellegrini—, que repito, ha de ser obligatoriamente un arquitecto, no un aparejador, se presenta, o, mejor dicho, pide una «opinión», no oficial y en ningún caso vinculante por nuestra parte, sobre el anteproyecto antes de presentarlo, con las eventuales modificaciones sugeridas, simplemente sugeridas por nosotros en esta fase, al canal competente para la presentación formal y el proceso reglamentario.

—Pero ¿esa «opinión» de ustedes tiene un valor de visto bueno, en la práctica, de autorización a proceder?

Pellegrini levantó una ceja, horrorizado.

—¡Por el amor de Dios! Es un favor que nosotros le hacemos al proyectista, una especie de consultoría previa y gratuita que a menudo nos evita desagradables sorpresas o graves errores de planteamiento.

—Una orientación.

—Exacto: tiene un valor puramente orientativo. Él nos presenta un proyecto-sonda a doble copia: nosotros nos quedamos una para su estudio y la otra se la devolvemos con un sello que acredita su presentación. Eso es todo.

—Entonces, la otra copia debería de tenerla Garrone.

—Exacto.

—Solo que nosotros no la hemos encontrado —dijo el comisario— ni en su casa ni en su estudio.

Pellegrini no dijo nada, el desorden de los demás no le concernía.

—¿Y cómo es que este proyecto está aquí desde septiembre? —preguntó el comisario—. ¿Es algo normal?

El otro descruzó los brazos.

—Normalísimo, si el interesado después no ha solicitado la

presentación formal.

—Perfecto. Pero pongamos que el otro proyecto, el hipotético proyecto rival, haya sido ya aceptado y ya no esté aquí esperando. ¿Dónde deberíamos buscarlo?

—Usted quiere decir si ya hubiera iniciado su proceso reglamentario.

—Sí. ¿Dónde estaría?

Pellegrini contempló imperturbable la muda congregación de acero que atestaba todo a su alrededor, luego devolvió la mirada al proyecto depositado sobre el cajón abierto.

—Estaría archivado con el nombre no del proyectista, sino del cliente… Podríamos mirar. ¿Es este el nombre? —dijo señalándolo.

—Sí.

—Bien. Venga conmigo.

Fue a cerrar el cajón, pero el comisario lo detuvo.

—Querría llevarme este proyecto si es posible.

—Por supuesto —dijo Pellegrini. Levantó el enorme folio, lo enrolló con cuidado y se lo entregó—. Por lo demás —añadió compungido—, ya no creo que tenga continuidad.

Era otra manera más, reflexionó el comisario, de definir la muerte de Garrone: un cajón cerrado con un ruido de rosario desgranado y también burocráticamente el arquitecto desaparecía para siempre. Pellegrini iba ahora ligero y decidido entre los ocasionales pilares de cemento de su catedral, entre las esquinas, los pomos, las etiquetas multicolores que mostraban siglas y números y arcanos jeroglifos. Sacristán ahora, más que sacerdote.

Se agachó, sacó un cajón, lo empujó familiarmente con la rodilla, sacó el superior y poco después, anunció:

—Exacto. El proyecto de Tresso y Campana.

—¿Quiénes son?

Pellegrini levantó las manos al cielo e incluso habló en latín.

—Parce sepulto —murmuró—, pero por lo que usted dice este arquitecto Garrone no me parece haber tenido una altura profesional y… moral tal como para poder inquietar al estudio de Tresso y Campana.

—¿Es gente seria?

—No solo, pero el estudio tiene más trabajo del que puede despachar. Una «rivalidad» con el tal Garrone no es comprensible, créame. Le diré más: con los encargos que tienen me parece digno de

creer que les pasen algunos proyectos a colegas menos establecidos que ellos.

No significaba nada. Era precisamente en esas situaciones «inconcebibles» donde había que buscar en ese momento. El mismo comisario, y De Palma, y todos los que de algún modo estaban relacionados con el crimen, de Campi a Dosio, de Zavattaro a Bonetto, de Vollero a Riviera, se habían ya equivocado mucho sobre lo que se podía o no se podía «concebir» respecto a Garrone.

—¿Puedo ver el proyecto? —dijo con la idea de hacerse con la dirección del insospechado estudio Tresso y Campana.

—Pues el proyecto no está —dijo Pellegrini, seráfico—. Aquí solo está la carpeta. El proyecto está siguiendo su proceso…

—¿Y dónde está?

El otro levantó la carpeta, que era un formato de protocolo impreso con una larga columna de palabras, casillas, sellos, líneas punteadas y anotaciones al margen.

—Está detenido en la fase de restricciones. Y eso —dijo despacio, mirando fijamente al comisario— no es algo normal.

—¿Por qué?

—Por esa fase pasan todos, por supuesto, pero no es normal que este todavía esté parado ahí a más de un año de la recepción. Mire…

Con el índice subrayó una fecha estampada: era —constató el comisario— de mayo del año anterior, es decir, tres meses anterior a la fecha estampada en el proyecto de Garrone.

—Es verdaderamente insólito —murmuró preocupado Pellegrini—. Anómalo, me atrevería a decir. Aunque las restricciones, desgraciadamente…

Resultó, de sus minuciosas dilucidaciones, que la iglesia cismática de las restricciones había proliferado, con los años, más allá de toda lógica y razón, y ahora era una fronda inextricable donde ni siquiera Tresso y Campana habrían sabido rastrear el proyecto, suponiendo que tuvieran prisa por rastrearlo. Era inútil que el comisario fuera a preguntarles a ellos: no podían saberlo. Ni siquiera él, Pellegrini, podía saberlo. En la fase de restricciones se entraba y de ella se salía, pero qué ocurría mientras…

—¿Me permite? —dijo el comisario, y sobre el cajón abierto desenrolló el proyecto de Garrone. El otro entendió rápidamente, y retrocedió.

—Es inútil. Yo no soy competente. Puede haber infinitas en este

caso. Es una torre de Babel, sin ánimo de ofender al amigo Oggero, que hace lo que puede…

Pero los ojos, como el comisario sabía, le empezaban a brillar de irresistible curiosidad: nada es más fascinante que la herejía para un ortodoxo.

—Así a primera vista —susurró Pellegrini como si estuviera espiando el proyecto por el ojo de una cerradura— no me parece que tenga características como para incurrir automáticamente… —Levantó la cabeza y miró amonestador al comisario—. Pero ¿quién se atrevería asegurarlo? Esa es la gran fuerza, o mejor dicho, la gran flaqueza de las restricciones: que siempre aparece una que no se había contemplado. Voy a ponerle un ejemplo.

El comisario se quedó escuchando con solícito interés un ejemplo relacionado con los alféizares de dos ventanas particulares de un palacete de la avenida Massimo d'Azeglio.

—Aquí —dijo Pellegrini, rozando de nuevo con los nudillos el proyecto de Garrone—, aquí…, por ponerle otro ejemplo, podría haber intervenido la restricción 37/A. Pero es evidente que no pueden haber bloqueado un año entero un proyecto en base a la 37/A.

—¿Qué significa?

—Creo, y digo creo, que se refiere, desde un punto de vista técnico, al grupo de las restricciones hidrogeológicas, pero sé de casos en los que se ha aplicado en función del grupo histórico, o del grupo histórico-sanitario. Casos extremos, se ve, que aquí…

—Mire que a mí —dijo el comisario— son precisamente los casos extremos los que me interesan.

—Sería muy rebuscado, una sutileza injustificada. ¿Lo ve? —Su dedo exangüe se deslizó diagonalmente por el folio, siguiendo un recorrido sinuoso—. Ahora bien, yo no quiero pronunciarme sin conocer a fondo todos los datos del problema, pero desde la disposición general puedo hacerme una idea, y soy muy muy escéptico con lo de la aplicabilidad de la 37/A en un contexto como este.

—¿No podríamos comprobarlo —dijo el comisario— ya que estamos aquí?

Pellegrini lo miró como si hubiera blasfemado.

—¡Aquí no archivamos las restricciones! —dijo—. ¡Las restricciones están repartidas casi por todas partes, habrá al menos diez subsecciones y subparticiones solo para Turín! Y no hablo de las restricciones de periferia o de las restricciones provinciales… Hace

años, y digo años, que Oggero lucha por un mínimo de centralización, porque usted comprenderá que si se reunieran todas en una única sede organizada decentemente, sobre el modelo, digo por decir, de la nuestra…

—¿Y esta 37/A sabe usted dónde se archiva?

La respuesta llegó precedida de una contracción dolorosa del rostro de Pellegrini.

—En un apartamento de la calle Orfane, donde se trasladó, temporalmente, en 1947. Y desde 1947 el ayuntamiento paga el alquiler al propietario. También es verdad que es una renta fija, pero ya me dirá usted si…

—¿Podemos ir? ¿Tiene usted tiempo de acompañarme?

—Con mucho gusto.

Pero el acre placer de Pellegrini, constató el comisario en el coche, estaba todo en poder seguir ilustrándolo con otros ejemplos sobre la sedimentaria, inexorable absurdez y contradicción que había en las restricciones, que comportaban cabalísticas interrelaciones entre superficies planas y horizontales, árboles y canalizaciones, enlosados y aceras, chimeneas tapiadas y fábricas derruidas medio siglo atrás. El comisario se rio, se maravilló, se escandalizó, se palmeó varias veces la rodilla con la mano, pero, mientras, se preguntaba cuántas posibilidades había de que la restricción 37/A lo llevase más allá de la calle Orfane, y cuántas de encontrar a los titulares del estudio Tresso y Campana en domingo.

Pellegrini recogió el manojo de llaves de un portero que lo llamó obsequiosamente «profesor» (¿de qué? Sería de secundaria, en todo caso, no de politécnico), y en el tercer piso se detuvo delante de una portezuela oscura, parecida a la del apartamento de Riviera. La casa, la escalera eran del mismo tipo, y aproximadamente de la misma antigüedad, recubiertas de generaciones de malos olores, pero todavía sin sucumbir en el subproletariado.

—Aquí estamos —suspiró Pellegrini accionando un viejo interruptor marrón y encendiendo una luz débil, amarillenta. Su evidente desacuerdo no lo compartía el comisario, que, en cambio, en ese ambiente raído, en medio de esos deteriorados y agrietados muebles de la Administración pública, se sintió enseguida en su salsa. Había un cuarto de baño abierto, con el lavabo lleno de tazas de café sin lavar, y Pellegrini lo cerró con un portazo moralista antes de abrir otra puerta y entrar en un despacho ennegrecido por las emanaciones de un vetusto

radiador.

—Al menos podían quitar las telarañas —dijo dirigiéndose a abrir las persianas de lamas. Se sacudió las manos con fastidio. El armario vitrina estaba desvencijado, inclinado, con la madera ya casi sin barniz, y de madera clara era también la cajonera, un trasto que se remontaba a las guerras de independencia. Detrás de la escribanía, contra la pared, había dos cajones de cartón color mostaza, con los bordes metálicos, en los que estaban pegados verticalmente grandes rótulos. SALIDA*, estaba escrito en uno, con un grueso marcador negro; y en el otro, una mano distinta había trazado en cursiva* ENTRADA *con un rotulador azul.*

El comisario percibió en la mirada de arriba abajo de Pellegrini la comparación con los estupendos archivadores con cojinetes de acero de la plaza San Giovanni; luego lo vio encogerse de hombros y volverse con resignación al armario.

—¿Aquí están solo los afectados por la 37/A? —preguntó el comisario minutos después.

Pellegrini continuó hurgando entre los rollos amontonados en el armario y sin volverse respondió con una metáfora:

—Cuando usted dice solo no está contemplando que la 37/A, como cualquier otra restricción, se entiende como un río, un verdadero río, que tiene fuentes muy a menudo lejanas, inciertas, un complejo sistema de afluentes y tributarios, y una desembocadura tan ramificada que es imposible distinguir el brazo principal…

—¡Caramba! —dijo el comisario. Encendió un cigarrillo.

—Y hay cascadas, rápidos, bajíos, arenas movedizas… ¿Usted habría pensado jamás, por ejemplo, que la 37/A pueda afectar a las gasolineras?

—No —dijo complaciente el comisario.

—Sin embargo —reveló Pellegrini, aún sin girarse, nadando expertamente en su complicado río—, sin embargo, no hay gasolinera que no esté condicionada por la 37/A. Y por muy absurdo que le parezca, si usted, supongamos, quisiera cavar un pozo artesiano, iría a parar a la 37/A. Es un inmenso abanico, que se solapa con otros abanicos… Y lo que queda en medio ¿sabe qué es?

—¿Qué es? —preguntó obediente el comisario.

—La fluidez del proceso reglamentario, ya comprometida, como todos sabemos, por otros muchos problemas de competencias, de interpretación…

Empezó de nuevo, interrumpiéndose de vez en cuando con una exclamación irritada, a citar ejemplos escandalosos de confusiones y caos, y el comisario, con alguna exclamación mecánica de asombro, se distrajo mirando el patio decorado con ropa tendida, un canalón cargado de palomas, y finalmente fue a sentarse en la escribanía y esperó con los codos plantados en una carpeta de cuero agrietado. La abrió ociosamente, miró los ociosos garabatos trazados en folios y cuartillas de la 37/A. ¿Quién sería el de la 37/A? ¿Un hombre? ¿Una mujer? Uno de los folios, que había servido como los demás para las erráticas divagaciones de la pluma en las horas muertas, empezaba con unas palabras en una caligrafía serrada: «Querida Ginetta, la trágica noticia de». La carta terminaba ahí, sin aclarar cuál era la trágica noticia. Una difícil carta de condolencias.

El comisario se asomó por la rendija de un cajón entrecerrado, vio un tubo de Veramon, una caja de pastillas de menta, unos prismáticos pequeños de niño, de plástico, un libro forrado con papel amarillo. Lo abrió, leyó el título, que era Veronique, de una tal Carol Wood, lo hojeó sin sospecha ni interés hasta que la vista recayó en un principio que decía: «¡Otra vez! ¡Otra vez! —imploró la vieja».

Entonces siguió leyendo.

«¡Otra vez! ¡Otra vez! —imploró la vieja, a quien la forzada inmovilidad de su postura parecía darle un suplementario estímulo de indecible voluptuosidad. Y la gallina, que hasta aquel momento había picoteado golosamente los gusanos que se perseguían por los glúteos marchitos y desnudos de su dueña, emitió por su parte un cloqueo de agonizante placer y se abatió aleteando sobre sí misma. El monstruoso miembro del mulato la había penetrado en ese momento con toda la…».

El comisario volvió a la portada buscando el nombre de la editorial (una desconocida Ediciones de la Espiral, de Milán), notó la pésima calidad del papel y de la impresión, le quitó el forro, pero no encontró ningún otro dato ni en la cubierta ni en la parte de atrás de la miserable edición (obra, con toda probabilidad, de un tal Carlo o Carolina Bosco).

—¿Quién es el encargado de esta oficina?

—Regis.

—¿Es hombre o mujer?

Pellegrini se giró.

—El perito Regis. ¿Por qué?

—Por nada. ¿Qué tal va la búsqueda?

—Me da miedo haberlo hecho venir en vano, aunque también, usted me dará la razón, la probabilidad de encontrar el proyecto aquí, en la 37/A, me parecía bastante remota… Por otra parte, a no ser que sea yo el que no entiende cómo ha clasificado Regis los proyectos —su tono indicaba cuán ridícula era semejante hipótesis—, diría que aquí hay un poquito de desorden. Y como usted sabe, el desorden engendra desorden.

El comisario aprobó y desplazó la treintena de rollos que contenía el cajón de ENTRADA, y luego los otros, en menor número, del cajón de SALIDA.

—Pues no está —dijo Pellegrini, decepcionado pero al mismo tiempo satisfecho de haber confirmado sus premoniciones e, indirectamente, sus cánones organizativos.

—Yo —dijo el comisario— tengo la impresión de que está aquí.

El otro hizo una medio pirueta y se acercó rápido a arrodillarse delante del cajón, moviendo febrilmente el grupo de rollos, cada uno de los cuales se mantenía cerrado con una goma; la goma recogía también un formulario de papel gris, envolviendo el centro de cada rollo como la empuñadura de un arco, y Pellegrini, en un crepitante, chispeante crescendo, se puso a abrir los formularios, examinándolos de un vistazo y volviéndolos a colocar sumariamente uno tras otro. Su flema se había evaporado de golpe.

—¡Tiene usted razón! —gritó.

Se levantó excitado, y desplegó sobre la escribanía, delante del comisario, uno de los formularios y el proyecto al que pertenecía.

—¡Es precisamente este! Proyectistas Tresso y Campana. Ha obtenido el permiso… el viernes, aquí está la firma de Regis: O. R.

El comisario se quedó reflexionando un momento.

—¿Qué tipo de persona es el tal Regis?

Pellegrini lo miró con un primer atisbo de comprensión.

—Está aquí desde hace veinte años —dijo lentamente— y en mi opinión es un trabajador de total confianza. Oggero siempre habla de él con aprecio. No ha hecho una gran carrera, pero eso, en algunos casos, puede ser un… dato a favor.

—¿Casado?

—No sé, no creo. Podemos preguntar mañana en la oficina de personal.

—¿Dónde vive?

—Por la zona de Santa Rita, me parece. Pero lo puede encontrar en el listín de teléfono; Regis Oreste. ¿Quiere ir usted de inmediato?

—Creo que deberíamos, ¿no?

Pellegrini habló en un susurro de confesionario.

—¿Cree usted que conocía a Garrone? ¿Que entre ellos había algún tipo de… —la palabra salió con esfuerzo— complicidad?

—No lo sé. Pero sé que Garrone fue asesinado el martes pasado y que tres días después este proyecto obtuvo el permiso. Además, me parece raro que los dos proyectos se parezcan tanto.

Pellegrini lo ayudó a extender los dos folios uno al lado del otro.

—Sí. Tiene razón, son muy parecidos. Digamos que el de Garrone es muy parecido al de Tresso y Campana.

—¿Copiado, cree? ¿Y dice usted que Garrone no habría estado profesionalmente a la altura?

—No lo creo.

Pellegrini tragó saliva, vacilante al borde de abisales posibilidades, todas igualmente espantosas.

—Un caso de… competencia desleal, de plagio propiamente dicho, ¿es eso? ¿Garrone le ha sustraído de alguna manera a Regis el proyecto de la competencia? ¿O que indujo a Regis a…? Corrupción, ya…, un episodio de corrupción. A menos que fuera el mismo Regis el que contactara con Garrone para… O alguien que utilizara a Regis, también eso es posible. Regis entonces quedaría en el medio de una maniobra intencionadamente dilatoria, causa directa del parón en el proceso. Pero ¿para provecho de quién? ¿Instigada por quién?

—Precisamente es eso lo que le quiero preguntar —dijo el comisario enrollando de nuevo el proyecto de Garrone. El otro hizo lo mismo con el segundo proyecto.

—Yo no me atrevo a jurar sobre la honestidad de Regis. Me informaré cuanto antes, pero por ahora no puedo garantizar…, no puedo descartar que efectivamente se haya prestado a una operación muy pero que muy… irregular, digamos. Por otro lado, aquí no estamos en Palermo, no estamos en Roma, y casos de este tipo… —Interrumpió el discurso fulminado por otra idea—. ¿Cree usted que puede haber sido Regis el que mató a Garrone?

—Todavía no sé qué pensar —dijo el comisario tendiéndole la mano —. ¿Puede darme también el segundo proyecto?

—Por supuesto.

El comisario metió un rollo dentro del otro, y Pellegrini fue a cerrar

metódicamente las persianas, la ventana y el armario todavía abierto.

—Habrá que llegar al fondo de la cuestión… En primer lugar tengo que informar a Oggero y decidir qué procedimiento… Podría tratarse de inconsciencia, de simple descuido, porque de lo contrario…, eso espero que sea, un descuido que ha causado este vergonzoso desorden, ojalá sea eso… Los millones, sin embargo —admitió con un suspiro—, están…

Claro que estaban; y estaban las piedras, y dos cadáveres. El comisario, apoyado en la mesa, tamborileaba con el doble rollo en el borde roñoso del viejo mueble. A cada golpe, el rollo devolvía un débil retumbo que rebotaba ligero hacia arriba: tap…, tap…, tap…

De repente, los golpes cesaron y la mano se detuvo. El comisario miró pasmado, con la mirada del todo nueva, lo que tenía en la mano. Luego se incorporó y miró a su alrededor.

—¿Dónde hay un teléfono? —dijo.

Ahora ya sabía exactamente quién había matado a Garrone y a Riviera, y por qué.

3

—Regis Oreste. Santa Rita —repitió De Palma al otro lado de la línea —. Muy bien. Mando a Nicosia.

—Si lo encuentra, tiene que retenerlo en su casa con algún rollo sobre zonas verdes en el barrio u otra mentira semejante. Y si se pone tonto, o de malas, lo importante es que lo retenga allí como sea y avise enseguida a la oficina.

—¿Puede ir armado?

—No creo, no es de ese tipo. Yo llego en dos minutos —anunció el comisario.

Cuando llegó a la comisaría (dejando en el coche, que después lo llevaría a casa, a un Pellegrini sudoroso por el calor o quizá por la proximidad de un grave escándalo), Nicosia aún no había llamado.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó De Palma.

—¿No lo ves?

De Palma observó un momento los proyectos enrollados, luego dijo fríamente: —A partir de mañana, me voy a vender jabón.

—Tranquilízate —dijo el comisario—, no era tan obvio como parece ahora.

Le pasó los folios y empezó a explicarle qué había sucedido antes de vía Mazzini, en vía Mazzini, y después de vía Mazzini. Y según iba enumerando, y pronunciaba las palabras necesarias para contextualizar los hechos, se daba cuenta de que eran muy pocas, en definitiva, todas desgastadas, todas con un cansino eco de documento a triple copia, un incipiente olor a archivo. Ceñirse a los hechos, esa era la esencia de su trabajo, de su deber. La gente esperaba, y a veces apreciaba, que fueras a buscarlos, a desenmascararlos, a cazarlos en sus tortuosos refugios, que llegaras tenazmente hasta el cerillo que había incendiado el bosque, al pedrusco que había derrumbado la montaña. El orden público, la protección de los bienes y de la vida no eran más que definiciones rudimentarias del verdadero trabajo de la policía: convencer al ciudadano, en un mundo aterradoramente incomprensible, de que «los hechos», pese a todo, existían. Solo que tú, a toro pasado, te quedabas con tu cerillo en la mano, con tu pedrusco, y con una sensación por dentro de decadencia, de inexplicable desproporción, de vanidad. Ah, así que eso era. Muy bien. Estas eran las conexiones, los motivos. Bien, bien. Has cumplido con tu deber. Bravo. Y mientras, eras el único condenado a saber que los hechos, por sí solos, en realidad no explicaban nada; que bajo su brillante superficie todo quedaba eternamente por descubrir, por justificar, por conectar…

—¿Qué te pasa? ¿No te alegras de haber acabado?

—Para nada ha acabado —dijo el comisario esquivando la pregunta.

—Lo sé. Creo que lo primero que habría que hacer es mandar a Lopresti a echar un vistazo, sobre todo para vigilar posibles fugas. Tienen todos ese maldito sexto sentido…

No era sexto sentido, era que no podían estarse quietos: el ansia, el miedo les desencadenaba, imprevisiblemente, el impulso animal de la fuga.

—Hay que comprobar también lo del 124.

—A lo mejor era alquilado.

—De todas formas, dile a Lopresti que lo tenga presente mientras esté allí. Y entre tanto…

Sonó el teléfono. Era Nicosia.

—Estoy aquí con el señor Regis. Le estamos esperando.

Lo había conseguido por las buenas, mucho mejor. El comisario recogió los rollos y el permiso y se encaminó a la puerta: —Tú, mientras, busca en el registro de automóviles, por lo del coche.

—De acuerdo. E informo al jefe, digo.

—Sí, necesitaremos órdenes.

—En lo del coche —dijo De Palma siguiéndolo por el pasillo—, ¿sabes dónde hemos encontrado el 500 de Riviera?

—¿En el Balùn?

—Sí, pero muy cerca de la comisaría de Borgo Dora. Y se me ha ocurrido que si él acababa de ver el 124, quizá es porque estaba aparcado también allí cerca, ¿no?

—¿Entonces?

—Se puede preguntar a los de Borgo Dora si lo han detectado, o si por casualidad han visto algo, ahora que sabemos lo que estamos buscando.

—De acuerdo, es una idea. Yo te llamo luego, en cuanto haya resuelto lo de Regis.

Cuando llegó a las escaleras, el comisario se detuvo, volvió a su despacho y fue a abrir un cajón de su mesa. De Palma lo vio sacar de la carpeta el billete de tranvía que habían encontrado en el lugar del segundo crimen y guardárselo con cuidado en la cartera.

—¿Qué vas a hacer con eso? ¿Crees que tiene algo que ver?

—Nunca se sabe —dijo el comisario. Sonrió—: Mejor tenerlo todo a mano.

Y se fue a toda prisa, llevándose el doble rollo.

Nicosia lo había hecho bien. Su expresión de por sí enfurruñada, como si tuviera un clavo entre las cejas, era una ventaja cuando tenía que interpretar papeles de experto de marketing, de inspector de seguros, de rígido funcionario de entidades y asociaciones imaginarias. Regis lo vio marcharse con pesar.

—¿Usted no se queda?

—Ahora que ha llegado el jefe... —dijo Nicosia con el tono de quien es esperado en otros diez sitios; y cerró la puerta al salir. Regis le dedicó al comisario una segunda sonrisa, igualmente deferente y adulador.

—Por favor, pasemos al salón —dijo precediéndolo a una salita que tenía tres paredes azules y una roja, y el techo blanco. El centro de la pared roja estaba ocupado por una gran reproducción del Déjeuner sur l'herbe de Manet. El comisario se sentó en la butaca que el otro le indicó, junto a una mesita de cristal, bajo el cual se habían colocado

alas de mariposas, hojas amarillentas y la negra silueta de una muchacha desnuda, con el pelo al viento, a punto de dar un salto.

—¿Puedo ofrecerle un vermut, señor?

—No, gracias.

—Su… colaborador me ha explicado a grandes rasgos el problema con las zonas verdes, y como ya le he dicho a él, la iniciativa tiene mi incondicional apoyo. Yo no tengo hijos, no estoy casado, pero le aseguro que no tengo ninguna necesidad de que me sensibilicen respecto a la relación ciudad-naturaleza. —Soltó una risilla modesta—. Siempre ha sido una de mis manías, incluso antes de que… ¿Podría hacerle una pequeña demostración?

Se asomó a la ventana y le indicó al comisario el gigantesco paralelepípedo que asomaba de frente al edificio donde vivía él.

—No sé dónde vive usted…

—En el casco viejo —dijo el comisario.

—¡Oh! —gritó Regis agitando una mano—. ¡Ahí también tenéis problemillas! Aquí, en todo caso, hemos llegado a un punto crítico, no es tolerable que estos monstruosos edificios asfixien cualquier posibilidad de una vida sana, bonita, armoniosa. Usted la ha visto: esto no es una calle, es un túnel, es un pasadizo, tiene dos mil cuatrocientos pasos, me he tomado la molestia de contarlos. Y no se paran por nada, ¿sabe? Siguen adelante, impertérritos, no miran a nadie a la cara. Venga, venga, eche un vistazo a esta vergüenza.

Braceaba en todas direcciones, extendiendo la queja a todo el barrio, del que alrededor se veían los bloques escalonados en hileras implacables. Asomando la cabeza, el comisario vio a la derecha, tan cerca que casi se podía tocar, una minúscula terraza trapezoidal metida al bies en un recodo de la fachada: en ella, una silla plegable y una mesita de mimbre.

—¿Es suya?

—Sí. Es del dormitorio, que en origen era el salón. Pero yo lo he cambiado. Sabe, trato de disfrutar del poco de sol que el desarrollo urbanístico me concede.

—¿Se puede ver?

—Por supuesto.

Pasaron al dormitorio en penumbra.

—Disculpe el desorden —dijo Regis señalando la cama deshecha, mientras levantaba, a dos manos, las persianas.

También ahí las paredes y el techo eran de colores distintos, o mejor

dicho, de distintos tonos de amarillo, del limón al ocre, y se veía por las imperfecciones que Regis lo había pintado todo él mismo, con un rodillo. La puerta-ventana que daba a la terracita estaba enmarcada, a derecha e izquierda, por estrechas estanterías color naranja cargadas de libros, montones de revistas atadas con cuerda y álbumes de discos. Pero el comisario notó dos cosas: que en ninguna parte había un tocadiscos (y tampoco en el salón) y que en la repisa inferior de la mesilla de noche había unos grandes prismáticos.

—Vea —dijo Regis saliendo a la terraza—, estamos en un noveno. Hace apenas tres años, cuando me mudé aquí, veía las montañas, la alameda, incluso las vacas pastando. ¡Lejos, pero las veía! Y ahora, vea. Mire a donde mire, cemento, cemento y cemento. Lo llaman colmenas humanas —declamó sarcásticamente—, pero ofenden a las abejas. Las abejas, cuando salen de su colmena, tienen una margarita, una hoja de hierba, en un radio de kilómetros… El barrio —inspiró hinchando el pecho— tiene una necesidad perentoria de un pulmón verde, de un lugar donde los niños, los viejos, y por qué no, los jóvenes, los enamorados, puedan tener contacto con la madre naturaleza, rodar por la hierba, jugar al balón, apartarse un rato detrás de un arbusto…

Rio con paternal y olímpica indulgencia, arrebatado en su visión naturalista, y el entusiasmo acentuaba, en vez de redimir, su fealdad. Andaría por los cuarenta años, con una barbilla huidiza y los labios gruesos y pálidos; cuando callaba, la boca se le quedaba medio abierta, colgante, y le daba aspecto de pelícano. La frente era altísima, empinada, la cabeza estrecha, aplastada a ambos lados y sobresaliente en la nuca como la popa de un velero. Uno de tantos hombres nacido sin un futuro, para hacer bulto, para figurar en las estadísticas de epidemias de gripe, de consumo, de irrelevantes oscilaciones electorales. Sin embargo, cargaba con dos muertos en su conciencia y entraba de lleno en las estadísticas de criminalidad.

—Humildemente —dijo Regis—, el urbanismo es en cierta manera mi sector, dado el puesto que ocupo en el ayuntamiento y que seguramente conocerá. Volvamos dentro, si le parece, estaremos más cómodos para estudiar juntos su plan —dijo indicando el rollo de papel en la mano del comisario.

—Y ¿por qué no nos quedamos aquí? —dijo el comisario entrando en el dormitorio y mirando alrededor—. Sobre la colcha sería perfecto: hay más sitio.

Regis rio entre incómodo y escandalizado: —Pero… no sé si… —

Luego se adaptó al espíritu improvisador inconformista, antiburocrático, de comando de primera línea—. De acuerdo, lo haremos aquí. Espere al menos que estire la colcha.

Colocó como pudo la almohada y la sábana y alisó encima la ligera colcha de algodón a rayas multicolores.

—¡Hecho! —dijo enérgico—. ¡Manos a la obra!

Se sentaron en la cama, que soltó una serie de chirridos antes de estabilizarse, y Regis alargó la mano hacia el rollo.

—Entonces..., ¿en qué punto estamos? Es todavía un plano preliminar, imagino. ¿O ya es semioperativo?

—Los planos son dos —dijo el comisario—, espere. —Y sacó el proyecto de Garrone de dentro del primer rollo.

—Perfecto, perfecto. Mejor tener siempre una solución alternativa —dijo Regis cogiendo el folio.

Lo desenrolló, lo abrió con los brazos extendidos, y se quedó lívido. El comisario lo vio contener la respiración un instante interminable, luego, el aire le salió con fuerza por la boca.

—¿Qué significa esto? ¿Es una broma?

—Significa —dijo el comisario— que yo soy comisario de policía y que usted se ha metido en un lío muy gordo, señor Regis.

Regis se levantó de golpe, dejando caer el papel en la alfombra.

—Déjeme ver su documentación —ordenó con inesperada violencia.

El comisario le enseñó la identificación y el otro la estudió atentamente, y se la devolvió: —¡Esto es el colmo! —dijo con desdén—. Es un procedimiento inadmisible en un país civilizado. Yo no...

—Déjelo, señor Regis —lo interrumpió el comisario—. Está usted en el ajo.

—¿En qué ajo? ¿Qué ajo? Yo no tengo absolutamente nada de lo que arrepentirme, y si usted cree...

—Señor Regis, ¿qué puede decirme de este otro proyecto? ¿Y de este permiso firmado por usted?

Regis cogió el permiso en silencio, de nuevo agobiado con sus problemas de respiración.

—¿Quién se lo ha dado? —suspiró finalmente.

—He pasado toda la mañana en su despacho con el profesor Pellegrini.

Regis abrió los ojos como platos: —Pellegrini... Pellegrini...

El comisario percibió una espiral de antiguas perfidias burocráticas,

de atropellos jerárquicos, de rencores y de terrores, y no dudó en aprovecharlo.

—El profesor —dijo— está muy preocupado por esta… irregularidad, muy disgustado. Pero… todavía no ha decidido qué hacer, se ceñirá un poco a lo que diga yo, ¿comprende, señor Regis? Sabe que se ha producido este injustificado retraso de un año, sabe que no se puede descartar la hipótesis de la corrupción, de la concusión, pero algunos detalles del asunto no los tiene claros. Por ejemplo, aún no sabe nada de sus lecturas, señor Regis… —Se agachó a coger los prismáticos—. Y aún no sabe nada de sus pasatiempos privados…

Regis se abalanzó a arrancarle los prismáticos de la mano.

—Lo que usted llama «mis pasatiempos privados» —gritó. Y en ese momento se le rompió la voz—. Lo que usted… —intentó continuar con un suspiro bronco.

Se quedó todavía más pálido y se derrumbó en la cama. Los dedos apretaron dos o tres veces los prismáticos como las patas de una araña agonizando, luego soltaron la presa. El comisario no hizo nada durante medio minuto, esperando que el falso colapso, o desmayo, o lo que demonios fuera, acabara por sí mismo. Pero medio minuto después, se levantó con un suspiro, colocó a Regis la almohada bajo la cabeza y fue a buscar un vaso de licor o de agua.

Cuando volvió, Regis tenía los ojos entrecerrados y gemía, cada vez más pálido.

—Paola… —decía—. Paola…

El comisario lo sujetó por los hombros y le hizo beber un sorbo de Elixir China. Regis se arrancó con una tos cavernosa, espurreando parte del licor sobre su camisa y los pantalones del comisario.

—¿Cómo está? ¿Se le ha pasado?

Regis volvió hacia él dos lentes, dos líquidas bolas grises.

—¿Qué ha pasado? —dijo con un hilo de voz—. ¿He tenido un accidente?

—Solo se ha desmayado, señor Regis. Estamos en su casa.

El otro lo reconoció y las dos bolas grises se llenaron inmediatamente de lágrimas.

—Comisario… —imploró, de la misma forma que poco antes había invocado a Paola—. Comisario…

—Tranquilo, tranquilo, señor Regis, anímese. Cuénteme todo y verá como enseguida se siente mejor.

—Comisario, mi vida…

—Lo sé, lo sé —dijo apresurado el comisario, consciente por su mucha experiencia de que las confesiones precedidas de una crisis de llanto tendían a incluir conspicuos recuerdos de infancia. Pero Regis lo agarró por la manga y se medio incorporó.

—Mi vida siempre ha estado dedicada a la búsqueda de la belleza. ¿Me comprende usted? Eso y solo eso. ¡La belleza en todas sus formas!

Cayó de nuevo en la cama, agotado de su declaración de fe, y el comisario dudó entre dejarlo desahogarse sobre el campo de la estética o llevarlo hacia donde le interesaba a él.

—¿Garrone —dijo a modo de compromiso— compartía sus... ideas? ¿Era su amigo?

—El único... —murmuró Regis con los ojos entrecerrados—, el único hombre que yo haya podido llamar amigo en toda mi vida. Usted no sabe... Usted no puede saber...

El comisario lo sabía perfectamente: era una característica de todos los proscritos, los desplazados, los anormales, los obsesos, la de imaginarse que nadie salvo ellos sabía lo dura que la vida puede llegar a ser, llena de trágicas vergüenzas, de negras zonas de impotencia enmascarada; y, en el fondo, era esa misma pretensión la que los hacía odiosos a la gente normal, a los «biempensantes». Qué se creían, ¿que solo ellos tenían el monopolio del sufrimiento, la exclusiva de las humillaciones? ¿Por quién demonios se tomaban? ¿Por otros tantos cristos en la cruz? También en el campo de las tribulaciones, pensó el comisario, la competencia era despiadada. Los tiempos estaban preparados para inauditas catástrofes.

—¿Garrone venía a visitarle aquí? —preguntó volteando los prismáticos (eran made in Japan) entre las manos.

—Alguna vez ha venido.

—¿Os sentabais juntos... en la terraza?

Regis se rio con ese tono solitario y torpe de los viciosos que ya no tienen miedo de confesarse.

—Sí. Alguna vez. Apagábamos las luces de nuestro pequeño observatorio... —Hizo un gesto señalando a los cientos de ventanas del edifico de enfrente—. En verano la gente se olvida de bajar las persianas o de echar las cortinas...

Se incorporó hasta sentarse, cogió de la mesilla un sobre grande y empezó a abanicarse.

—Ya me siento mejor —anunció—. Ha sido solo un susto, le confieso. Desgraciadamente, y le hablo al hombre, no al policía, hay

todavía fortísimos prejuicios contra el fenómeno del voyerismo.

Venga: ahora venía el discurso «científico», cogido con alfileres de Freud y Kinsey, con la indefinición de lo que llamamos «normalidad», con citas de clásicos, con los precedentes ilustres, incluso Filipo de Macedonia, Rafael, Mozart…

El comisario se levantó, caminó cansadamente hasta la puerta de la terraza. Para su colega Rappa, del Departamento de Buenas Costumbres, que se limitaba a rastrearlos periódicamente, a encerrarlos una noche y soltarlos sin siquiera echarles un discurso, era fácil quejarse de tener las manos atadas, pedir medidas más severas, leyes intransigentes. Pero para él, que a menudo se los tenía que tragar, los hombres y mujeres del sotobosque ciudadano representaban un muy distinto tipo de plaga. Solo para cauterizar aquella gangrena verbal, aquella logorrea de frases hechas, de conceptos mal entendidos, de términos inapropiados, de ideas mal cocidas y mal digeridas, solo para hacerlos, finalmente, callar, el comisario se preguntó si no valdría la pena conceder a todos los Regis del mundo lo que querían, el libre coito en el autobús, la orgía en la guardería, el exhibicionismo colectivo en la plaza San Carlo, la sodomía en el parque Michelotti, con las cebras y los tapires del zoo.

—¿Está usted fichado?

—¿Cómo?

—¿No lo han detenido nunca los de Buenas Costumbres?

Regis se esforzó en ocultar una particular y misteriosa alegría detrás de complejas deformaciones de los músculos faciales y aceleradas inspiraciones; por eso fue tan desquiciado el estallido de risa al que finalmente se abandonó.

—Con todo el respeto… —sollozó—, con todo el respeto…, pero sus redadas… —Dejó caer el sobre abanico, que planeó hasta los pies del comisario, y alargó la mano hacia el vaso de agua de la mesilla y le pegó un gran sorbo—. Discúlpeme, comisario, pero si tuviera usted idea… Yo me habré visto unas cinco o seis veces en una redada de las grandes, de esas que ustedes llaman «operaciones de saneamiento», y no es por criticar, pero hasta un paralítico podría escaparse. ¡Para nosotros es casi un deporte! ¿De dónde sacan a sus perseguidores? ¿De la asociación de ciegos?

Y tenía razón, pensó el comisario recordando la redada en Le Buone Pere. Se agachó a coger el sobre, que iba dirigido al «Sinior O. Regis» y tenía dos grandes sellos daneses.

—No, no son ustedes los que nos dan miedo —dijo Regis, de repente abatido.

—¿Es usted coleccionista, señor Regis?

—Bah —dijo el otro—, una pequeña colección. Con mi sueldo no me puedo permitir más. ¿Quiere verla?

Sin esperar respuesta, saltó de la cama y se agachó delante de una de las estanterías, eligió uno de los gruesos álbumes para discos en piel falsa color azul y se lo enseñó abierto al comisario.

—La serie submarina…, una de las más logradas desde el punto de vista estético. Cuesta un riñón. Me la mandaron de Alemania precisamente cuando devaluaron el marco… —Sacó otro álbum sin dudar—. También la serie de la carnicería tiene un nivel que aquí, en Italia, no llegamos ni a soñar, gráficamente hablando. —Pasó dos o tres de los compartimentos transparentes donde estaban guardadas grandes fotografías a color de coitos disparatados—. Aquí en cambio hay un doble fondo, un componente de sadismo que yo, a decir verdad… ¡Bah! —concluyó. Cerró el álbum, sacudiendo la enorme cabeza—. Son parches, lo sé. Sucedáneos, Garrone me lo decía siempre. Solo que yo, con mis sucedáneos, todavía estoy aquí, he sabido retirarme a tiempo…

—¿De qué?

—De esa vida, de esa jungla…

Se le escapó un gruñido excitado, revelador, de bestia nocturna, y el comisario lo imaginó agachado detrás de arbustos y matorrales, agazapado entre las hojas marchitas y los baches de la colina, de la periferia, de los parques públicos de la ciudad.

—Usted está al otro lado de la barricada, comisario, y no puede entenderlo. Es un mundo feo, un mundo muy feo… —Se pasó una mano por la cara, deformándose las mejillas, los gruesos labios colgantes —. Puedes acabar molido a palos, con la cabeza partida a pedradas, con un cuchillo en la espalda… Y sin razón, sin provocación, solo porque alguien ha querido divertirse y te ha pillado en el lugar equivocado… De noche, en los sitios adonde iba yo, y donde la policía se deja ver rara vez, hay gente capaz de todo, comisario, de todo… —Aquel infierno silencioso y espasmódico, aquella otra existencia susurrante, chirriante, chorreante de rocío, de niebla, de sudor gélido, lo asustaba y lo atraía aún—. Pero eso ya acabó, ese capítulo de mi vida está cerrado. —Devolvió el álbum a su sitio, empujándolo hasta el fondo en la estantería, bien alineado con los otros—. Me conformo con

mis sucedáneos y tiro adelante igual…

—¿Garrone estaba interesado en esas… series? ¿Así se conocieron?

—Oh, no. Nos conocimos… en el campo, por decirlo así.

—Ah. ¿También Garrone…?

—Garrone no era un verdadero voyeur. No tenía de verdad el… el demonio. Era, por decir algo, un simpatizante, un compañero de camino. Tenía cierta tendencia, que por lo demás es innata en todos los hombres…

Le lanzó una mirada al comisario de desafío, pero el comisario, para no dar paso al proselitismo polémico siempre al acecho en los tipos como Regis, no lo contradijo.

—Así que Garrone —dijo— simpatizaba.

—Era un hombre ávido de todas las experiencias, un «experimentador», decía él, y no temía los riesgos. De hecho, el peligro le gustaba, lo excitaba. Y al final arriesgó demasiado, como todos los jugadores natos…

¿De qué juego estaba hablando Regis? ¿Qué sabía exactamente? No era fácil saber, con las personas de ese tipo, qué se ocultaban a sí mismas y qué a los demás. Vivían en un mundo de arrebatos, de omisiones, de exaltaciones, precipicios, elipsis…

—Pero lo suyo no era solo curiosidad —continuó Regis—. Nos entendía, nos veía como seres humanos, no como insectos repugnantes, como parias… «Los ángeles de la noche», nos llamaba. Era un poeta, un idealista, y como todos los poetas ha pagado con su vida…

Hablaba, decidió el comisario, totalmente de corazón, o sea, con esa capacidad envidiable —negada a los pocos cínicos que quedaban en la tierra— que consentía a los carteristas y a las amas de casa, drogueros y ministros, cantantes célebres, obreros y profesores universitarios relegar en un altillo bien cerrado las vergüenzas de todo tipo cometidas, y olvidarlas completamente, felizmente.

—Y ese poeta —dijo— ¿cómo tenía pensado pagarle, señor Regis?

—¿A qué se refiere?

El comisario fue a recoger el proyecto de Tresso y Campana, que había acabado casi debajo de la cama, y el folio del permiso firmado por Regis.

—Le pregunto qué es lo que le dio, qué le prometió Garrone, a cambio de bloquear este proyecto. ¿Me he explicado?

Regis lo miró con dolorosa conmiseración.

—Yo creía que usted era un hombre superior, comisario. Pero veo

que me he equivocado, veo que usted también…

—Mire, Regis: usted ha cometido una grave irregularidad. Ha retenido durante un año este proyecto sin una razón plausible. Es un delito, un delito que le puede costar algún año de cárcel. El profesor Pellegrini y yo pensamos que usted lo hizo en beneficio del proyecto de su amigo Garrone. —El comisario levantó la voz—. ¿Qué le iba a dar Garrone a cambio?

Regis agachó la cabeza, desolado.

—Otro idioma…, hablamos otro idioma…

—¿Cómo supo Garrone de la existencia de este proyecto? ¿Se lo dijo usted?

—Que no, que no… —dijo Regis como dirigiéndose a un niño—. Vino a verme una vez, a la oficina, y lo vio allí, en mi mesa, me lo acababan de traer para la firma. Se emocionó, como le solía ocurrir… Se entusiasmó, me dijo que la gran ilusión de su vida era poder realizarse con un proyecto de ese nivel…

—¿Y nada más?

—Bueno, tenía un poco de inquina a Tresso y Campana. Tresso había sido compañero suyo en la universidad, y más adelante lo había tratado a patadas en temas de trabajo. Y él quería darse la satisfacción de meterle un palo en las ruedas. Es humano.

—Y el palo era usted.

—Le he echado una mano a un amigo —dijo Regis con dignidad.

—Le dio también el proyecto para que lo copiara.

—Copiar, copiar… No calumniemos a quien no puede defenderse, comisario. Garrone lo mejoró notablemente, introdujo modificaciones substanciales y diría que casi geniales: se lo puedo demostrar punto por punto, porque yo también participé en la redacción final. Aquí, en esta casa, si lo quiere saber.

—¿Y cómo pensaba hacer para que se lo aceptaran?

—Tenía muchas posibilidades, los tratos con el cliente estaban muy avanzados.

—¿Usted también participaba en esos tratos?

—No, Garrone no quería «comprometerme», me mantenía aparte. Y por otro lado, a mí el asunto ni me concernía ni me interesaba. Los negocios, de cualquier tipo, nunca han tenido ningún atractivo para mí.

—Usted se limitaba a no conceder el permiso.

—Yo me limitaba a ayudar a un amigo.

Contra las armaduras de devociones, de nobles sentimientos, no había arma mejor que la vulgaridad. El comisario se frotó significativamente el índice con el pulgar.

—¿Gratis? —dijo.

Regis frunció el ceño.

—Jamás habría aceptado una lira. No soy un deshonesto.

—¿Qué le prometía Garrone? ¿La mitad?

Hubo un largo silencio: la verdad, esa grosería, no poética, no estética, no idealista, estaba a punto de salir del altillo. Regis se había quedado mirando el suelo fijamente.

—Una sola vez —dijo con esfuerzo—, una sola vez, al principio…, Garrone hizo mención a mi… cuota, como lo llamaba él. —Levantó la cabeza—. Pero yo interrumpí enseguida la conversación. Siempre he despreciado el dinero.

—Sin embargo, ¿usted sabía que había por medio muchos millones?

Regis sufría, se retorcía las manos.

—¿Lo sabía?

—Sí… Lo sabía. Garrone hablaba continuamente, estaba como obsesionado con esa idea… Pero yo —añadió sonriendo— no le creía.

—¿No creía que fueran a ser muchos?

—No. Que fueran de verdad tan importantes para él, fueran o no fueran muchos. A ver, entendámonos: si los hubiera tenido se los habría gastado en un santiamén, se habría comprado trajes, le importaba mucho, la elegancia, habría hecho sus viajes a México, a Ceilán, a tantos sitios que soñaba con visitar. Rusia, Leningrado… Sin embargo, yo entendía que eran cosas accesorias, o mejor dicho, simbólicas. Era la revancha lo que a él le importaba. Esos millones le vendrían bien, sí, le servirían, pero más bien para recompensarse por todas las decepciones, los chascos, las humillaciones que había recibido de todos, falsos amigos, colegas, gente que lo había utilizado, como esa basura de su hermana…

Los hechos, vaciló el comisario, ceñirse a los hechos. Pero los hechos le quitaban la razón. Regis —de repente estuvo segurísimo— no era el típico funcionario corrupto, no había habido entre él y Garrone ningún plan perverso, ningún pacto. Y de su discurso de persona taciturna, aislada, afloraba una imagen del arquitecto, quizá más cercana a la realidad que todo lo que el comisario había oído hasta el momento. El obsceno Garrone, pensó, el teléfono de oro…

—La goma —ordenó secamente.

Era una llamada al orden a sí mismo, pero el otro lo interpretó como una amenaza, una sentencia.

—¿Cómo dice? —balbuceó—. Ah, sí..., sí, claro. —Se agachó hasta la alfombra a buscar la goma y la encontró—. Aquí está, señor, deje..., deje que lo haga yo, que tengo costumbre.

Enrolló el proyecto de Tresso y Campana, colocó la goma y el permiso, y mientras lo hacía el comisario lo vio volver a ser el gris empleado, un anónimo e inclinado revisor de papeles, el habitante del departamento 37/A. El muelle de su caprichoso orgullo de proscrito se había aflojado, la sombra de Pellegrini —de un Pellegrini que el comisario no conocía— había entrado en la habitación, había vencido.

Regis soltó delicadamente el rollo en la cama.

—Si me permite —dijo señalando las manchas de licor en el pecho de la camisa. Abrió un armario de tres puertas, también pintado de amarillo, y sacó de un cajón una camisa limpia. Luego, a toda prisa, descubriendo un momento la camiseta y un gran lunar en la piel del omoplato, se cambió. Sacó también una chaqueta desparejada, una corbata, y el comisario comprendió que se preparaba para acompañarlo, y que todo el ritmo de sus movimientos era un ritmo de resignación. Tal como iba cada mañana a la oficina, así iría a la comisaría, a la cárcel.

Los hechos, pensó el comisario, los hechos. La investigación concernía, y eso era el primer hecho, a un doble homicidio; y era evidente que Regis, del segundo ignoraba incluso su existencia, y del primero ni de lejos sospechaba el verdadero móvil. Garrone, el gran «experimentador», el «jugador nato», había sido asesinado por cualquier fiera nocturna por cualquier nocturna razón: eso creía Regis, encerrado en su intenso pero minúsculo horizonte de maniaco. En cuanto a la corrupción, y ese era el segundo hecho, no existía. Una solicitud había sido bloqueada durante un año en la oficina, de acuerdo, pero a cuántos miles, decenas de miles de solicitudes les pasaba lo mismo en Italia sin que mediase un responsable, es más, sin que ni siquiera hubiera, existiera, un responsable. Regis lo había hecho por piedad, por generosidad, por solidaridad hacia otro muerto de hambre; o por gratitud, para devolver algún favor recibido de Garrone en «el campo», idealizado como en las películas de John Wayne. Garrone que lo levantó durante una redada, Garrone que lo ayudó a espiar a una... Pero no lo había hecho por los millones: esos, ya fueran más o menos simbólicos, se los quedaría Garrone.

Regis se giró: estaba listo, corbata en su sitio, chaqueta abrochada.

—Ah —exclamó.

Cogió el rollo de Tresso y Campana de la cama y se lo entregó al comisario, mirándolo sin expresión.

El comisario hizo un gesto de impaciencia.

—Quédeselo. Llévelo usted mismo a la oficina mañana.

Era una absolución, y Regis la entendió como tal. Su difícil respiración volvió a la normalidad.

—¿No tengo… no tengo que ir con usted?

—No.

—¿No… me arresta?

—No.

—¿Quiere decir que… estoy fuera?

—No sé si podrá quedarse completamente fuera de esta historia. Pero, por nuestra parte, que nos ocupamos del homicidio, usted es… ajeno a los hechos.

El «nuestra parte» no sirvió para salvarlo.

—Comisario —susurró Regis con vibrante seriedad—, comisario, yo no creo en Dios…, pero sé que hay Alguien por encima de nosotros…

—Oiga, ¿podría hacerme un favor, Regis? —cortó el comisario. El otro se preparaba para responder que, de ser por él, se habría arrojado a la hoguera, pero el comisario se lo impidió—. Necesitaría algún periódico viejo, si tiene usted.

—¿Viejo? —gritó Regis—. Tengo aquí el de hoy. Se lo…

—No, oiga, no es…

Pero Regis se había precipitado ya a la terraza y volvía con La Stampa en la mano: —Yo ya lo he leído. Lléveselo, lléveselo, por favor.

—Solo necesito una hoja.

—Lléveselo todo, no se corte.

El comisario cogió una página doble y envolvió el rollo del proyecto de Garrone. Eso era lo que necesitaba.

—¿Dónde está el teléfono? —preguntó.

La cara de Regis expresó la desesperación de no poder poner a su disposición diez teléfonos.

—En el pasillo, venga conmigo —dijo humildemente.

El comisario llamó a De Palma y le dijo que todo estaba en orden, en lo esencial.

—¿Y Regis? ¿Qué haces con él?

—Nada. Es un inconsciente. No tiene la más mínima idea. ¿Del

coche se sabe algo?

—Sí. Eso también está en orden: 124 azul. Es suyo.

Es más, en la comisaría de Borgo Dora, donde nadie había reparado en el coche o en quién lo conducía, un agente se había acordado de que cada sábado por la mañana, sistemáticamente, los guardias urbanos de la sección contigua pasaban por esa calle a poner las multas a las decenas de coches mal aparcados de los que acudían al Balùn. La idea había dado resultado: el 124 también se había ganado su multa, De Palma tenía la copia en le bolsillo.

—Bien —dijo el comisario—, ahora nos vemos.

—De acuerdo.

Regis, cuando oyó colgar, salió de la sala en la que discretamente había esperado.

—Comisario —dijo con gran agitación en las manos—, querría que supiera usted que para mí... este día..., este encuentro..., su comprensión... No tengo palabras para...

Lo bueno de la ingratitud, pensó el comisario en el ascensor, es que ni siquiera busca las palabras.

4

En el Po, aunque faltaba poco para la una, había todavía muchas barcas, casi todas de través, asincrónicamente manejadas por soldados de permiso y por jóvenes en mangas de camisa, las chaquetas arrugadas detrás del asiento del timonel. Erguido en su barca, un viejo bronceado, leñoso, con unos pantalones cortos blanquísimos, volvía a la orilla derecha del río con fluida y aristocrática facilidad. La colina estaba brumosa por el calor incluso a la sombra, allí donde los árboles formaban un arco sobre la calle tortuosa había como un empañado, una indefinición de sustancias y contornos.

El comisario bajó la ventanilla del coche hasta el final. Casi la una. No eran horas, dirían en el «ambiente».

—A la derecha —ordenó al conductor, que había frenado en un cruce. Subieron entre muros venerables, cubiertos de madreselvas, partidos a tramos por verjas modernas tras las cuales se veía la vanguardia híbrida de la ciudad, en pleno ascenso, con sus chalecitos angulosos y sus jardincitos particulares, en las laderas de la colina. Pero las dos pilastras de la verja abierta resistían, cubiertas de hiedra, a la

invasión plebeya.

—Aquí —dijo el comisario.

El chófer paró de golpe.

—Entra —dijo el comisario—, deprisa.

El coche enfiló por el camino umbrío, un túnel vegetal que rozaba las puertas y el techo de vehículo, y el comisario bajó instintivamente la cabeza. También el chófer tuvo el mismo reflejo.

—Más despacio —dijo el comisario.

El camino hizo tres, cuatro, cinco curvas, por momentos impredecible entre exuberantes arbustos, unos, floridos, otros, de un verde compacto casi negro, y finalmente desembocó en una vasta explanada de grava delante de la villa.

El comisario salió al sol y quedó envuelto por el intenso perfume de las flores. Su mano, que sujetaba el proyecto de Garrone, estaba sudada, el papel de periódico, blando, esponjoso. Miró alrededor: la casa se mostraba de lado, tres hileras de ventanas todas cerradas y una escalera de piedra decorada con estatuas grises del siglo anterior subía hasta la terraza de la fachada. Seguramente estarían allí, bajo los árboles.

Echó a andar con la grava crujiendo bajo los pies, luego subió por la escalera suavemente curva entre Venus musgosas y Minervas mancas, con la vista baja de frente al sol. Cuando la levantó, vio a Campi esperándolo en el último peldaño, con una ramita en la mano.

—¡Oh! —dijo Campi aureolado de amabilidad—, ¡es usted! ¡Buenos días!

—No son horas —dijo el comisario.

Campi respondió con el resoplido reservado a los íntimos, que aunque lleguen inesperadamente no suponen ningún problema.

—Quitémonos de este sol —dijo—, Anna Carla está allí.

El comisario la vio sentada de espaldas, casi en penumbra, debajo de un cedro cuyas ramas plateadas rozaban las enormes raíces a ras de suelo: a su lado había varias butacas de bambú, periódicos y revistas esparcidos en el suelo.

—¡Anna Carla! —gritó Campi cuando estaban a veinte pasos—. ¡Mira quién ha venido!

Ella se giró con la cara preparada para el recibimiento, pero en cuanto lo reconoció se saltó todos los pasos del protocolo. Se levantó deprisa y fue a su encuentro con una expresión ansiosamente desarmada. Al comisario le pareció que jamás había visto a una mujer más bella y que jamás había sentido por una mujer lo que sentía por

ella. Será, se dijo duramente, porque acabo de ver a Regis. Los hechos, ceñirse a los hechos…

—¿Y bien, comisario?

Sabía, como lo sabía Campi, que él no habría ido hasta allí si no tuviera una razón de peso. Pero Campi quería imponer su propio juego, su propia idea de juego, hasta el último momento, mientras ella, mientras esa mujer extraordinaria, única…

—El caso está resuelto —dijo blandamente Campi señalando con la ramita el rollo que el otro llevaba en la mano—, el comisario ha encontrado el tubo.

Ella creyó que era una broma, pero luego vio que el comisario no sonreía.

—¿En serio? —preguntó emocionada.

—Sí, pero no era un tubo. Era solo un folio grande enrollado. Un proyecto.

—¡Ah! —dijo Campi partiendo en dos la ramita—. ¿Entonces el móvil…? A ver, déjeme pensar…

El comisario lo dejó pensar.

—Siéntese un momento —le dijo ella en voz baja.

—No, de verdad. Es mejor que no.

—Veo oficinas… —silabeó Campi con tono de vidente—, muchas oficinas… Corrupción o chantaje… Especulación inmobiliaria… Muchos millones.

—Bravo —dijo el comisario.

—Y Lello lo había descubierto y por eso lo han matado.

—Exacto.

—¡Pero entonces…! —gritó ella.

—¿Y ahora qué te pasa? —dijo Campi.

—¿Quién ha sido? ¡Quiero saber quién ha sido! ¿Lo sabe?

—Sí —dijo despacio el comisario—. Y sé que no ha sido ninguno de ustedes dos. Precisamente he venido para decírselo.

Campi se inclinó hacia adelante con un movimiento imperceptible.

—No quisiera parecer presuntuoso —dijo—, pero ya lo sabía.

—Pero yo no, señor Campi. Póngase en mi lugar.

Campi redujo la ramita a diminutos fragmentos, luego los tiró todos juntos lejos.

—En todo caso —dijo— no le guardo rencor. Y tampoco Anna Carla, imagino.

—¿Por haber sospechado de nosotros? ¡Tenía miles de motivos!

—No, tonta: porque nunca ha sospechado verdaderamente de nosotros, nunca nos ha considerado seriamente. Ahora puede confesarlo, comisario.

—Es cierto —mintió el comisario—, pero tenía que hacer como que sí.

—Ya —dijo Campi pensativo—, la historia del como si... Se nos pasa la vida haciendo como si.

El comisario sintió cómo lo cogían familiarmente del brazo y lo empujaban con suavidad hacia una interminable y ondulada chaise longue: —Usted, por supuesto, no sale de aquí hasta que nos haya contado todo. Massimo, ve a avisar de que el comisario se queda a comer.

Con mucho cuidado de no liberar el brazo, el comisario plantó con fuerza los pies en la hierba.

—Gracias, pero no puedo quedarme. Solo he pasado para dar la noticia.

—¿Qué noticia? ¡No nos ha contado nada!

—Y no nos lo dirá —dijo Campi— hasta el arresto o al menos la detención del culpable. ¿No es así, comisario?

—Es así.

—Pero no se lo diremos a nadie..., ¡se lo juro por la cabeza de mi hija! —Ahora, la mano le apretaba el brazo—. ¿Quién ha sido? ¿Bonetto?

El comisario movió la cabeza. La curiosidad era comprensible, pero lo incomodaba. O mejor, pensó, lo alejaba. Se vio claramente en los relatos de ella, en la memoria de ella: aquel domingo que Santamaría vino aquí a decirnos...

—Al menos enséñeme eso. —Hizo ademán de coger el rollo, luego se aferró de nuevo al brazo—. ¿Ha sido el picapedrero? ¿Zavattaro?

—Escuche —dijo el comisario—, ahora tengo que irme. Pero en cuanto acabe esto nos vemos y juro que se lo explicaré todo.

—¿Esta noche?

—No lo sé, quizá es muy pronto.

—Mañana entonces. Quedamos en mi casa mañana por la noche.

Se lo debía, pensó el comisario, a los dos. Se habían preocupado, lo habían ayudado, y hasta el día anterior eran «sospechosos», importunados, con la espalda rota en las sillas de comisaría. Se lo debía, pero no le apetecía hacerlo. Sería como una reunión de viejos compañeros de armas, calurosa, excitada, tristísima. Y después de las

preguntas, las respuestas, las evocaciones de hasta los más mínimos detalles de la batalla, cada uno se iría por su lado. No había más, en común, entre ellos, no podía haber nada más.

—Si no está seguro —dijo ella mirándolo— puedo llamarlo yo para confirmarlo. ¿A la oficina sobre las tres le va bien?

—Está bien. Gracias —dijo él un poco frío.

Ella se soltó del brazo: —De verdad que no sé cómo voy a aguantar hasta mañana. Muero de curiosidad.

—Sí, es muy cruel —dijo Campi—, pero son los métodos de la policía. Nada ablanda a este hombre de hierro, ni siquiera la curiosidad. —Entonces decidió quitarse la máscara también él—. ¿Quién ha sido, comisario? ¿De verdad no podemos saberlo?

El comisario agitó el rollo como un largo dedo amonestador.

—Ha sido por un refrán —dijo—. La mala lavandera…

Ellos eran turineses, buen valor. Se miraron, luego miraron al comisario estupefactos.

—Ay, no —dijeron al unísono.

—Ay, sí —dijo el comisario, y salió de la inmensa sombra del cedro.

5

—La señora me estaba explicando algo muy interesante, empezó De Palma cuando también el comisario se sentó. ¿Tú conoces el dialecto piamontés?

—Poco, desgraciadamente —dijo el comisario.

De Palma entrecruzó los dedos con las manos juntas y se recostó cómodamente en el respaldo del sillón en una postura que, en la penumbra del salón, en el aire que se disputaban el olor a heno fresco y la tenaz persistencia del polvo, el moho y las ceremoniosas decocciones, le hacía parecer un cura de pueblo.

—Le preguntaba a la señora —dijo— que de dónde viene el nombre de su hermosa finca, y si hay todavía, o lo ha habido alguna vez, algún huerto por aquí. Bueno, pues, ¿te lo puedes creer? La fruta no tiene nada que ver con el nombre. ¿Verdad, señora?

La mirada de la señora Tabusso empezó a moverse lateralmente hacia De Palma con cautelosa lentitud, pero se detuvo a la mitad y se volvió, imparable, hacia el rollo envuelto en el periódico que el comisario sujetaba con negligencia en la mano.

—Verdad —dijo con una sonrisa forzada.

—¿Cómo es eso? —se maravilló el comisario—. ¿No hay perales aquí?

—Hay uno —intervino la hermana de la señora Tabusso, que estaba sentada en el taburete giratorio del piano—, pero da peras un año sí y dos no. Y las que da están siempre duras como piedras.

—Exacto, ¿lo has oído? —dijo De Palma.

—Comprendo —meditó el comisario—, sería… una especie de broma, de engaño. Como las peras, aquí, son malas, las llaman las buenas…

—No, Santamaría, no —dijo De Palma con gran condescendencia —. Broma es, pero te repito que la fruta no tiene nada que ver: en dialecto… —la pausa fue una obra de arte curil—, en dialecto, la palabra pera significa «piedra». ¿Entiendes ahora?

—¿Cómo? ¿Cómo? —dijo alterado el comisario—. Entonces… Le Buone Pere significa «las buenas piedras».

—¡Eso es! —confirmó como una pánfila la hermana de la señora Tabusso, dando media vuelta en el taburete—. ¡Las buenas piedras!

El comisario se rascó la barbilla.

—Date cuenta… —murmuró—. ¿Quién lo iba a imaginar? Solo que…

—En efecto —se adelantó De Palma—. En efecto, yo también me he preguntado por qué la finca…

—Viña —corrigió la hermana de la señora Tabusso dando otra media vuelta en sentido inverso—. Se llaman así todas estas propiedades de la colina de Turín: viñas. Es una vieja usanza.

—Pero ¿por qué de las «buenas piedras»?

La hermana de la señora Tabusso estalló en una aguda carcajada.

—A menudo les ponían nombres ridículos, en tiempos pasados. De hecho, hay un refrán…

—¡Ah! —exclamó el comisario— Hay un refrán.

—Sí. Hay un viejo refrán piamontés que dice, se lo digo en dialecto: La cativa lavandera a treuva mai la bon-a pera.

—La mala lavandera —tradujo amablemente De Palma— no encuentra nunca buena piedra. Es decir, la piedra buena para lavar, ¿entiende, Santamaría?

—Exacto… —concluyó la hermana de la señora Tabusso—. Y por eso…

Se hizo un silencio, una pausa que el comisario prolongó hasta el

límite de lo penoso. Después se volvió hacia De Palma.

—Yo en cambio… todavía no la veo clara, la broma. ¿Tú la ves?

—No, Santamaría. Yo tampoco la veo clara, para ser sincero.

El comisario apuntó a la señora Tabusso con el rollo.

—¿Nos lo podría explicar usted, señora? Quizá no tenemos todos los detalles.

La señora Tabusso hizo su papel de anfitriona como mejor pudo.

—Es debido al pequeño valle —dijo con esfuerzo—, el valle de las putas. Antiguamente pasaba un río, un pequeño riachuelo de manantial, que venía de más arriba; en cierto punto había un ensanche, formaba un pequeño lago, y allí se puso el lavadero público. Todavía se pueden ver las piedras alrededor.

—¡Justo donde encontramos la bolsa la otra noche! —dijo el comisario—. ¿Esas son las «buenas piedras»?

—Sí, esas son.

—Es decir —aclaró la hermana—, era un lugar donde se lavaba bien, a la sombra, con el agua bien limpia de antaño. Por tanto no había excusas para las malas lavanderas.

—¡Ah! —dijo De Palma—. ¡Esa es la razón!

—O quizá, quién sabe… —aventuró el comisario—, las lavanderas que iban eran todas… malas, perezosas. Y el nombre es un sarcasmo de los clientes.

—A no ser que sea un sarcasmo de protesta —dijo De Palma—. Y fueran las mismas lavanderas, explotadas como estaban en aquellos tiempos, las que la llamaron así: una forma de queja.

La señora Tabusso lo miró, se mordisqueó el labio.

—Podría ser —dijo desabrida.

—Le bune pere… —pronunció cuidadosamente De Palma—. Le bune pere… Bonito nombre, suena bien. Lástima que la broma se haya perdido. ¿Qué habrá pasado? ¿Un error de transcripción? O quizá ¿de traducción?

—Seguramente —dijo el comisario—. Algún empleado del catastro que no conocía el dialecto. Y ese tipo de errores, una vez se dan, ya no se corrigen nunca, se quedan eternamente.

—Uno del sur, probablemente —dijo De Palma.

—Pues sí —suspiró el comisario—. Alguien del sur.

—Qué chistoso, en todo caso, el viejo Piamonte.

—¿Verdad? —dijo la hermana de la señora Tabusso—. ¡Si supiera cuántos refranes preciosos tenemos! ¡Cuántas expresiones vivas y

originales! Piense por ejemplo en el de los burros de Cavour…

—Disculpe si la interrumpo —dijo De Palma—, pero ahora tengo la curiosidad de verlo de nuevo, el antiguo lavadero. Desde un punto de vista… histórico. ¿Me acompaña usted, señora?

Se levantó, y lo mismo hizo, a continuación, la señora Tabusso, levantando un rumor de seda floreada. En la puerta, se volvió hacia su hermana: —Virginia…

Parecía a punto de añadir algo, pero levantó los hombros y salió decidida, seguida de su perro y De Palma.

—Mientras tanto, señorita —dijo ceremoniosamente el comisario—, a mí me gustaría visitar la casa. ¿Es monumento nacional?

—¡Qué va! ¡Cómo se le ocurre! Solo es una finca antigua particular.

—El techo es bellísimo —observó el comisario levantando los ojos al artesonado barroco entre las largas vigas—. ¿Son todos así?

—Sí, venga a verlos, si le interesa.

El comisario la siguió hasta un salón adyacente, el doble de grande pero casi sin muebles, presidido por una enorme chimenea cargada de rosetones y volutas de piedra, y a un tercer saloncito en el que predominaban los damascos rojos y las borlas.

—Las habitaciones están todas seguidas, ¿lo ve? Con todas las puertas abiertas hace un efecto muy bonito, pero es muy incómodo porque no hay pasillo.

—Ya, pero arriba sí que habrá un corredor. Para los dormitorios, imagino.

—Sí, claro. Lo acompaño arriba, si quiere. Hay unas vistas maravillosas, parece talmente un cuadro.

El cuadro, desde el dormitorio de Virginia, resultó decepcionante: los Alpes, la llanura, el río, la ciudad, todo estaba borrado por una densa esponja de smog herrumbroso. Entre los árboles y arbustos del «prado», el comisario vio al perro, a la señora Tabusso y a De Palma de bajada hacia el pequeño valle, y más allá a Lopresti, que fumaba debajo de un cerezo, solo.

—Muy simpático su colega. Muy elegante.

—Sí —dijo el comisario—. ¿Su hermana dónde duerme?

—Al fondo del pasillo. Su habitación da al bosquecillo de arces. ¿Quiere verla?

La cámara de la señora Tabusso era pequeña, decorada con mucha sencillez; en el cantarano había cepillos y peines de carey, un frasco de

perfume con pinta de caro, y un joyero abierto. El comisario sacó con un dedo un largo collar de ámbar.

—Bonito —dijo—. ¿Puedo mirar?

Hurgó distraído entre los demás collares, broches, pulseras —nada de piedras preciosas—, luego pasó, como por inercia, a los cajones, abriéndolos y cerrándolos con negligencia. Tres estaban llenos de ropa blanca personal; el cuarto, de bolsos de todo tipo, material y color. El tubo no estaba.

La soltera lo miraba un poco pasmada, pero sin perder la sonrisa, la amabilidad. El armario empotrado solo contenía vestidos, muchísimos, y también estos, según el juicio del comisario, no baratos.

—Cuántos vestidos magníficos —dijo admirado.

—Sí, a mi hermana Inés le gustan mucho —reveló afectadamente Virginia—. Y a mí también, ¿sabe? A las mujeres, la fascinación de un buen vestido…

—Natural. La moda es la moda.

—¡Ahora cambia tantísimo! —se lamentó Virginia—. Es un desastre, te compras un sombrero y en nada está anticuado. ¿Sabe que yo tengo un armario de vestidos que, no exagero, me los habré puesto todos en total unas diez veces?

—¿E Inés? —preguntó el comisario—. ¿Ella también tiene su armario?

—Peor que yo todavía, porque ella no tira nada, no regala nada. Dice que hay que tener un poco de paciencia, que todo vuelve a ponerse de moda antes o después.

—¡Habrá cosas preciosas! ¿Podría verlas? ¿Dónde las tiene?

—¿Las mías?

—No, las de Inés.

—Venga, está todo en su antiguo dormitorio de matrimonio, que antes fue la habitación de mamá y papá.

La cama con baldaquín parecía todavía más grande por el techo bajo, como una habitación dentro de la habitación o una jaula para algún misterioso e incorpóreo animal. La chimenea estaba coronada por el gran retrato ovalado de un hombre de unos cincuenta años, con barba y los rasgos marcados, imperiosos, de la señora Tabusso.

—El abuelo. Fue él quien compró la viña hace casi cien años.

—¿A qué se dedicaba su abuelo?

—Tenía una fábrica de chocolate, una de las mejores de Turín. Pero luego papá la abandonó un poco, ya sabe, y el marido de Inés… era tan

bueno, pobre Cesare, pero para los negocios, Inés se lo decía siempre, eres demasiado bueno, demasiado bueno. Cuando él faltó y se metió ella, ya era demasiado tarde.

—¿De quién es la viña?

—De Inés, papá se la dejó a ella. A mí me dejó la casa de la calle Barbaroux, que tampoco renta nada, peor que las letras: solo gastos, tasas y alquileres bloqueados. Por suerte, tenemos otros alojamientos pequeños que dan un poco más, Inés los ha alquilado bien, y a buenos trabajadores de aquí. Pero tiene tantas preocupaciones, pobre mujer; es ella la que tira del carro.

Entre los altos espejos del armario y el del tocador se repetían, en series infinitas, butacas y sillas Luis Felipe, arcones, escritorios de caoba, cómodas, mesitas de trabajo. El comisario pensó por un momento en llamar a Lopresti desde la ventana; pero el registro propiamente dicho podía esperar, decidió. Antes que nada, fue al escritorio: los cajones mostraban con renuencia su propio vacío, o unas cuantas cartas amarillentas, postales, cajitas, una pipa, viejas estilográficas secas. No era desde ahí desde donde Inés tiraba «del carro».

En el armario de espejos estaban en sus fundas de plástico los trajes que los ciclos de la moda volverían a poner en boga un día: allí tampoco estaba el tubo. En el estante superior estaban amontonados una decena de anchos cilindros de cartón.

—¿Sombreros? —preguntó el comisario.

—Sí. Son la pasión de Inés, dice que una verdadera señora no debería salir nunca sin sombrero. Pero tienen precios vergonzosos, hoy. Alguna vez me pongo y le actualizo uno viejo, se me da bastante bien…

El comisario se puso de puntillas, cogió una sombrerera, la abrió, admiró el turbante de terciopelo bordado. De la misma forma admiró un cono de fieltro coronado por una pluma, y un nido de paja y gasa. La peluca rubia estaba en la cuarta caja, envuelta perfectamente en papel seda.

—Vaya —dijo el comisario—. Una peluca.

—Sí. Yo también tengo una, pero morena. Nos las compramos juntas. —Le pareció que la confesión merecía una risilla maliciosa—. Ya sabe, a las mujeres nos encanta poder cambiar…, sentirnos distintas de vez en cuando. —Había sacado la peluca y la acariciaba delicadamente, sujetando un mechón entre los dedos—. No se nota

apenas que no son naturales; ahora hacen cosas extraordinarias, con las pelucas, ¿no le parece?

—Qué me va a contar —murmuró el comisario.

Virginia había metido la mano bajo la masa rubia y la contemplaba con cierta perplejidad: —No sé… Será una impresión…

—¿El qué?

—La recordaba peinada… distinta. No así. Así… —Sus ojos, de por sí vacuos, reunieron por un instante todas sus facultades de concentración, luego volvieron a abandonarse a una sonriente desmemoria—. Así… revuelta, no la había visto nunca —dijo con un resto de duda en la voz—. Habrá hecho que se la cambie ese peluquero suyo. —Examinó atentamente la supuesta intervención del peluquero —. Eso será —concluyó apretando los labios—, pero con lo caro que es ya podría haberse esmerado. ¿No la encuentra usted, no sé, vulgar, poco fina?

—Sí —aprobó el comisario—, tiene usted razón.

Pero lo suficientemente fina para apartar del camino a De Palma y a Bauchiero, a Virginia y a él mismo la primera vez… Y la segunda…

Miró a su alrededor otra vez: había puertas y muebles por todas partes, la habitación, la casa, eran grandes, el «tubo» podía estar escondido en cualquier parte, o con más probabilidad no estar siquiera, destruido, quemado en una de las viejas chimeneas… El papel seda crujió.

—¿Le molesta si me la llevo?

La soltera pareció darse por fin cuenta de que había algo raro en esa visita.

—¿Por qué? —preguntó alarmada, abrazando la peluca contra el pecho—. ¿Para qué la quiere?

—Queremos hacer una pequeña prueba —dijo el comisario—. Es para un reconocimiento… Y como es domingo y las tiendas de pelucas están cerradas, si usted nos la presta…

—Ah —se tranquilizó de inmediato Virginia—. Si es para un reconocimiento… Pero habrá que preguntarle antes a Inés: es suya, al fin y al cabo. Pero verá como le parece bien.

—¿Usted cree?

Tendió la mano y automáticamente Virginia le entregó el paquete de papel seda, que el comisario devolvió a su caja dirigiéndose a la puerta, mientras ella cerraba el armario. Pero la puerta no se abrió.

—¡No, no es esa! —se rio Virginia detrás de él. Se acercó a una

puerta perfectamente idéntica a la que lo había detenido, en la misma pared, a un metro de la primera—. ¿Lo ve? —La puerta daba al pasillo —. Esta otra solo es un armario empotrado. —Giró la llave y abrió—. Aquí guarda Inés sus reliquias de casada.

Pero no solo de casada, notó el comisario. Lo primero que le llamó la atención fue un negro y fluctuante fantasma colgado de una percha: un traje de viuda, completo, con sombrero y velo. Y debajo un enorme bolso negro de piel, de corte anticuado, como el vestido. La segunda vez…, la segunda vez…

—Es su traje de luto —dijo Virginia—. Tampoco ha querido darlo, aunque ahora ya… Es verdad que el negro siempre sirve, además el tejido, ya entonces, me acuerdo que costó…

—¿Cuándo murió el marido de Inés? —dijo el comisario.

—En el 53. De un tumor. Inés llevó luto estricto durante seis meses, como se hacía antes. E iba al cementerio todos los miércoles, él falleció un miércoles.

El comisario preguntó, se oyó preguntar con una voz que no parecía suya:

—¿Y cómo iba?

—¿Adónde?

—Al cementerio. ¿En coche?

—No, para nada. Entonces los coches…, no era como ahora. Ella ni siquiera sabía conducir, pobre Inés.

—¿Iban ustedes en tranvía?

—Primero había un buen tramo a pie, luego un autobús hasta el centro y después el tranvía. Era el 12, por entonces. La acompañé tantas veces…

El comisario, tranquilísimo, demasiado tranquilo, soltó en el estante inferior la sombrerera y cogió el bolso negro de la viuda Tabusso. No escuchó la voz turbada de Virginia, la débil protesta: —Pero ¿qué hace? Estas cosas son para Inés…

Abrió la bolsa como un cirujano, con manos lentas, seguras: dentro, entre un monedero vacío y un pañuelo de luto, había unas gafas de sol, grandes, modernas; y había también, en un rincón, un billete de tranvía del mismo color que el que había aparecido junto al cadáver de Riviera.

—Tú —ordenó la señora Tabusso— vete a leer un rato a tu habitación.

Debía de estar muy enfadada, debía de haber alguna cosa que no cuadraba. Quizá era por la peluca, que ese comisario tan amable, simpático, con bigote, había dejado sobre la mesita del salón cuando bajaron. Pero Inés, en cuanto entró con el otro comisario, tan elegante y simpático también él, de inmediato reparó en la caja, y a ella le echó una mirada. Quiso protestar, no quería quedarse sola: se sentía como cuando había tormenta, porque le daban miedo los truenos.

—Inés, yo… —empezó entre risa y llanto.

Inés se había sentado en la butaca del abuelo, y los dos señores de la policía estaban delante de ella, de pie. El del bigote había abierto las persianas y ahora había demasiada luz en el salón, y demasiada luz decoloraba las tapicerías, Palmira lo decía siempre. Pero hoy Palmira no estaba, los festivos los pasaba con su hija, casada con un guardia (buen muchacho, una vez lo vio dirigiendo el tráfico en un cruce), y antes de las siete no volvía nunca. No quiero estar sola, pensó.

—No quiero estar sola —lloriqueó.

—Sal al jardín, ve a tirarle la pelotita a Cin.

Inés quería que se marchara, no le contaba nunca nada, siempre asumía todas las responsabilidades, los impuestos, los recursos, los abogados… Pero ella, sin saber, sin poder ayudar, se quedaba todavía peor, e Inés no quería entenderlo.

—Virginia, tengo que hablar con estos señores.

—¿Por qué no le enseña el prado a aquel otro señor de allí? —dijo el comisario elegante.

Eso, el prado; estaba segura de que el prado tenía algo que ver, respecto a aquellas mujerzuelas y esas cosas feas tiradas en la hierba. Todo había empezado ahí, en esa noche en que ella salió, se dirigió hasta la pista de petanca y de repente, como el diablo, se le apareció la bruja, la hechicera que trepaba hacia ella, con el tubo en la mano, deformada, monstruosa en la franja amarilla de luz de los faros de un coche. Una asesina…, la asesina… con la estrella en el bolso, y los ojos negros de maquillaje y la boca como una ventosa roja, y la espesa melena de león…

Y de repente el suelo tembló bajo sus pies, la vista se le nubló. Pero la imagen seguía, precisa, alucinante, fija ahora para siempre en su memoria. Virgen María, pensó apoyándose en el piano, no es posible, no es verdad…

—¿Te encuentras mal, Virginia?

—No, no, ya me voy, salgo enseguida…

No quería mirarla, no podía mirarla. Virgen santísima, imploró, Virgen santísima. El perro la siguió, ladrando contento.

6

La señora Tabusso —el comisario y De Palma se lo habían dicho con una mirada— no era de las que se dejan impresionar por un interrogatorio en comisaría; era de suponer, además, que la hostilidad presupuesta al lugar habría estimulado su considerable beligerancia. Si tenía, como seguro que tenía, puntos flacos, sería más fácil descubrírselos ahí, en su terreno, dejando que se ilusionara con que tenía todas las ventajas.

El punto flaco lo encontró, por instinto, De Palma.

—Yo también tengo una prima segunda así —dijo señalando a la puerta que Virginia acababa de cerrar al salir. Se tocó la sien con el índice—. Mientras haya alguien que se ocupe, todo va bien. Pero si se quedan solas, vienen los problemas.

Con frecuencia, pensó el comisario, el instinto de buen policía era el instinto de la carroña pura.

—Mi hermana no tiene la cabeza para negocios —subrayó la señora Tabusso—, no entiende un pimiento. Pero eso no significa..., no hay nada que...

Había enrojecido violentamente, enfurecida, herida por De Palma, que le había augurado «consecuencias» en las que todavía no había pensado.

—Yo no he dicho que sea una minusválida —protestó De Palma—. Aunque es cierto —dijo tocándose la chaqueta con una sonrisa cruel— que tenemos aquí una orden también para ella. Es una testigo de la que esperamos mucho.

—¿Qué orden?

—Tenemos que llevar también a Virginia a comisaría —dijo De Palma con tono de disgusto—. Para «colaborar en las investigaciones», como se suele decir. Estamos seguros de que puede contarnos cosas muy interesantes.

La señora Tabusso, como De Palma, se tocó la sien con el índice.

—Vamos a ver, ¿quién es el minusválido aquí? ¿Qué quiere que le cuente Virginia?

—Oh —dijo De Palma atusándose el pelo—, contará, contará,

nosotros encontraremos los argumentos. Y la manera.

La señora Tabusso, con los ojos llenos de repentino miedo, dijo: —No crea que me impresiona, ya no estamos en tiempos de los alemanes, egregio señor. Hay leyes, abogados…

—¡Es cierto! —recordó de repente De Palma—. ¡Los abogados! ¿Quiere llamar al suyo? ¿Pedirle que venga un momento?

La señora Tabusso respondió con ademán de indiferencia.

—No me acordaba, es domingo —continuó De Palma—. Quién sabe dónde estará… Tendrá una casita en la montaña o en el lago Mayor. Estos profesionales —suspiró— tienen todos muchísimo dinero.

Fue a sentarse delante de la señora Tabusso, cogió el rollo y dio unos golpecitos con él en la sombrerera, donde el comisario no había podido decirle que había metido también el bolso negro.

—Garrone no —observó el comisario—, Garrone no lo consiguió.

—Pero ¡estaba a punto! —dijo De Palma—. Había encontrado la… buna pera, pobre hombre. Se habría convertido también él en un «profesional reconocido». —Inclinó la cabeza—. Lástima…, ¿usted lo conocía, señora, al arquitecto Garrone?

Habían llegado al punto crítico, y solo había dos caminos —el rojo o el negro— para los «sospechosos». O enfrentaban el asunto de cara, se asombraban, se indignaban, estallaban en negaciones y rabia (con la duda angustiosa de que la policía lo supiera ya todo); o elegían la evasión, la desvinculación, el silencio (con la duda, también angustiosa, de que la policía viera una implícita admisión). La señora Tabusso, honrando —el comisario estaba seguro— su propia naturaleza, eligió el segundo camino. Una mujer inteligente.

—Bueno —dijo De Palma, después de esperar medio minuto—, haga como quiera. Pero yo también soy un profesional, y le garantizo que todas esas artimañas de hablar lo menos posible, de no admitir nada a la policía, son todo tonterías. Usted puede fingir lo que le parezca, o confesarlo todo, o contarnos una historia que no se sostenga y luego retractarse en el momento de firmar la declaración, o cuando la interrogue el procurador… Para nosotros, se lo digo ya, da lo mismo: tenemos todos los ases en la mano.

—¿Qué ases? —dijo la señora Tabusso—. ¿De qué está hablando?

Pero no había conseguido manifestar suficiente estupor con su tono de voz. Ni siquiera desafío, por otra parte. Era más que nada su sentido práctico, pensó el comisario, el que se había estimulado.

—Sabemos, para empezar, que usted quería parcelar su «prado».

Óptima idea, óptima especulación: vivir de rentas ahora se habrá vuelto muy complicado.

—Tienen algunos alojamientos —dijo el comisario— y una casa en la calle Barbaroux que solo les da problemas. Me lo acaba de decir Virginia —explicó sonriéndole a la señora Tabusso.

Ella hizo una media mueca.

—Para esa parcelación —continuó De Palma—, la señora se dirigió a un estudio serio, Tresso y Campana, y les pidió un proyecto que aprovechara todas las posibilidades del terreno. ¿Valor del terreno?

—No sabría ahora —dijo el comisario—, cien o doscientos millones. Habrá que verlo.

—Una bonita suma, en cualquier caso. Como para quedarse tranquilas ambas el resto de sus días… En ese momento, aparece Garrone. ¿Verdad, señora?

No es que esperara una respuesta; solo quería incidir en la inutilidad de ese silencio, esperando que, por efecto acumulativo, por presión interna, explotasen al fin las palabras. El «frío asesino», gélido calculador, era un personaje que solo existía en los periódicos.

—Garrone —continuó De Palma—, un buen día, la llama, le pide un encuentro y se presenta con un nuevo proyecto hecho por él. No es urbanista, no es un arquitecto que sepa hacer su trabajo, ni cualquier otro trabajo. Es la clásica —sonrió— mala lavandera; y por ende, solo trae un anteproyecto, nada detallado, que como mucho le serviría a un aparejador, a un capataz… Un trozo de papel copiado, que solo tiene la función de salvar las apariencias y de no hacer demasiado evidente el delito… Pero por ese trozo de papel… —De Palma sacó el paquete de tabaco—. Que además, la señora ya ha pagado o tendrá que pagar a Tresso y Campana, por ese trozo de papel, Garrone pide…, ¿cuánto le pidió, señora? —Hizo tiempo sacando un cigarrillo—. Mucho seguramente. Una suma inverosímil, absurda. Y la señora se rio en su cara. ¿Verdad, señora?

La señora Tabusso apretó secretamente, pero no lo suficiente, la mandíbula y los puños.

—Sí. Se rio en su cara. Garrone entonces le explica que tiene poco de qué reír, que si no «acepta» su proyecto (libre después de arrojarlo al fuego), si no afloja lo que pide, él sabe la manera de bloquear el otro proyecto, el verdadero, el de los profesionales reconocidos, y de tirarle por tierra todo el negocio. Aún riéndose en su cara, la señora lo echa. Pero luego… —De Palma encendió despacio el cigarrillo—. Luego

pasa un mes, pasa otro, y el proyecto de Tresso y Campana no avanza... ¿Cómo es eso? ¿Dónde está?

—En las restricciones —dijo el comisario—, en el Departamento de Restricciones.

—¡Ah! —exclamó De Palma soplando el humo hacia el techo barroco—. Pero hay cientos, miles de restricciones. ¿Cuál es la que tiene detenido el proyecto? La señora no lo sabe. Tresso y Campana no lo saben. Nadie lo sabe.

—Pero Garrone —dijo el comisario— lo sabe.

—Y entonces aparece de nuevo Garrone, la llama: y esa vez la señora ya no tiene ganas de reírse en su cara. Tiene ganas, en todo caso, de aplastarle la cara. ¿Verdad, señora?

La señora Tabusso se alisó con exagerada calma el vestido de seda con el que había ido a misa; desde medio muslo a la rodilla, y vuelta a empezar, unas seis o siete vueltas.

—La señora se da cuenta de que ha cometido un error de juicio. Lo de Garrone no era una bufonada, un farol o una de las típicas patrañas de alguien que conoce al honorable o al cardenal. No: Garrone conocía de verdad a alguien, a alguien de verdad capaz de bloquear su proyecto, si ella no aflojaba. El chantaje —De Palma aspiró— es un verdadero chantaje. Probablemente habrá discusiones, contestaciones, súplicas; pero ahora es Garrone el que ríe. Quizá la señora está ahora dispuesta a aflojar, si Garrone se lo pidiera. Pero él no baja una lira. Es más, seguramente subió el precio. ¿Verdad, señora? Pasan las semanas, los meses, y el proyecto sigue parado en las restricciones, nadie sabe exactamente dónde o por qué. La señora tiene las manos atadas: no se atreve a ir hasta el fondo, montar un escándalo público. Sabe que en cualquier caso sería difícil y peligroso, con la de enredos que hay siempre en la construcción; y, además, Garrone la ha amenazado con que si intenta una acción en contra, oficial, él lograría igualmente arruinarle todo el plan, y definitivamente. Y la señora —concluyó De Palma, buscando el segundo punto flaco—, que primero había subestimado a Garrone, ahora comete el error contrario, se lo toma en serio, lo sobrevalora.

Le sonrió condescendiente, pero la señora Tabusso resistió bien la insinuación de que el arquitecto había sido asesinado por nada. Solo levantó la cabeza demasiado deprisa.

—Garrone —dijo De Palma— tenía, sí, el cuchillo por el mango. Pero no era un cuchillo, era solo un sacapuntas. Quién sabe lo que le

habrá contado a usted, señora, pero nosotros sabemos que toda su fuerza estaba únicamente en una pequeña restricción ridícula. ¿Verdad, Santamaría?

—Además de inaplicable en el caso de Le Buone Pere, me han asegurado.

—¿Tú crees que la cosa antes o después habría caído por sí misma?

—No me cabe duda. Es una restricción que, interpretada al pie de la letra, permite efectivamente parar el proceso de un proyecto como ese. Pero era una minucia, un pretexto absurdo: bastaba con pedir una inspección para constatar el nuevo estado y todo habría vuelto a su lugar, incluso con nuestra burocracia. Eso sí —dijo pensativo—, había que conocer esa restricción.

Era tortura, el comisario lo veía con toda claridad; y la señora Tabusso, esa vez, estuvo a punto de ceder. Por no hablar, por no preguntar con un grito cuál era la misteriosa restricción que estaba en el origen de todos sus problemas, se levantó y cerró una cortina.

—Hay demasiada luz —dijo para utilizar de algún modo la voz que quería salir de la garganta—. A mí me molesta, ¿a ustedes no?

Pero aún resistía, se encendió un cigarrillo también ella, volvió a sentarse con compostura; demasiada compostura, quizá, y en otra butaca. También De Palma cambió perezosamente de lugar.

—De manera —dijo cruzando las piernas— que no hacía falta quitarlo del medio. —Se volvió al comisario—. Mira: este es el único punto que me hace dudar de la inteligencia de la señora.

—¿Dices que habría podido encontrar otra manera de sortear el obstáculo?

—No, no. Digo que nada le aseguraba que, una vez asesinado Garrone, el proyecto se desbloquearía.

—Se lo aseguraba Garrone. Le decía que todo dependía de él.

—Sí. Menuda tontería, pero Garrone era un tonto. Sin embargo, es raro que la señora se lo creyera. ¿Y si después descubría que la «restricción» seguía vigente? Con los chantajes no se acaba nunca, lo saben hasta los niños. Tú aflojas los millones, crees que lo has arreglado todo, y un mes después vuelven a la carga, te piden otro tanto.

—Pero —dijo la señora Tabusso— ¿qué millones?

No se había podido resistir. Más que aprensión por la hermana, más que la ira retrospectiva por Garrone, más que la insoportable curiosidad por la «restricción», había ganado el orgullo de quien no se ha dejado engañar. De Palma intentó rápidamente abrir camino.

—Ya, claro —dijo riéndose—, es que usted no ha sacado nada. Usted solo fue a la vía Mazzini con esa peluca y esa ropa de cuatro duros. Le costó poco matarlo. Si Garrone había dicho la verdad, asunto concluido. Y si luego aparecía cualquier cómplice, bueno, ya se vería… —Aplastó la colilla en el cenicero antes de asestarle el golpe más duro —. Pero para que se queda tranquila, le diré que no estaba equivocada, ¿sabe? Garrone era exactamente el único obstáculo. Muerto él, el permiso habría llegado de inmediato. Santamaría lo ha visto esta mañana.

—El viernes. Se firmó el viernes, tres días después.

—Lástima, ¿verdad, señora?

La señora se estremeció como un pájaro mojado y aplastó también ella su colilla, el doble de larga que la de De Palma. El golpe había sido muy duro. Quizá, pensó por un instante el comisario, decisivo. Y a continuación la señora Tabusso habló.

—Bravo… —dijo—, bravo.

El tono era de alguien que ha escuchado hasta el final a dos vendedores de enciclopedias.

—Ahora ¿puedo yo decir lo que pienso de esta bonita historia? Porque ustedes, disculpen la comparación, me están recordando a los de Hacienda: por algo tan… —midió con el pulgar la punta del meñique — me están inculpando de un supuesto que no está ni en el cielo ni en la tierra. Pero las cosas hay que demostrarlas, estimados señores, no pueden soltarse exageraciones de ese tipo, no puede uno abalanzarse sobre una persona solo porque quiera vender un prado y tenga una peluca en casa.

—Y un bolso con una estrella, y un impermeable, y un pantalón naranja.

—Eso no estaba en mi casa, si me disculpa.

—Pero sí en su terreno.

—¿Y quién hizo que lo encontraran? —gritó indignada—. Si eran prendas mías y las usé para ir a la vía Mazzini, como dicen ustedes, no iba a ser tan estúpida, modestamente, de esconderlas ahí mismo y luego ir a la comisaría para invitarles a la caza del tesoro. Y todo porque se han aprovechado ustedes de Virginia para que les entregue la peluca.

—Alto —dijo De Palma levantando una mano como para detener un coche—. Está también lo del guardia.

—¿Qué guardia?

—Usted a la comisaría tenía que venir a la fuerza, a contarnos lo de

la estrella. Y rápido, antes de que se entrometiera su sirvienta, que tan amiga es de los guardias urbanos.

—¿Qué tiene que ver Palmira en esto? Ahora seguirán con el perro también, ¿no?

—Palmira estaba presente —dijo el comisario— cuando su hermana contó lo de la estrella de mar.

—Una verdadera mala suerte —dijo De Palma—. Pero la primera mala suerte es que su hermana estuviera rondando por el prado precisamente aquella noche. Si no, todo habría encajado perfectamente. Usted se había acostado con las gallinas, como todas las noches; pero a las diez se levanta, se disfraza de prostituta, sube al coche… ¿Dónde lo tenía aparcado? Fuera, probablemente, de manera que pudiera dejarse caer por la pendiente con el motor apagado. Garrone la esperaba, o con el dinero o para volver a discutir, ya nos lo dirá. En todo caso, en la bolsa de la estrella, comprada para la ocasión, usted había metido un arma, un martillo o un tubo de plomo, no sé, ya, naturalmente, con la idea del porrazo en la cabeza. Premeditación segura. Estando ya allí, al ver aquel estupendo instrumento de piedra, pensó que podía aprovecharlo: una maza ideal, sólida, con un bonito mango… Garrone se gira a la estantería, posiblemente para coger el famoso proyecto, y usted…, ¡zas!

—¡Zas! —hizo de eco, sarcástica, la señora Tabusso—. Ni que fuera un babi.

—¿Babi? —dijo De Palma.

—Sapo —dijo el comisario—. Es otra vez el dialecto.

—Sapo o arquitecto, usted lo dejó seco de un golpe, después cogió el proyecto y se volvió a su casa; para que no la oyeran ni Virginia ni Palmira, el coche no lo entró a la parcela ni lo metió en el garaje: lo dejó más abajo, en la esplanada cercana a la curva, y para llegar a casa tuvo que cruzar por donde pasan las putas: el prado. Para atajar, trepa hasta la pista de petanca con el proyecto en la mano, y ahí es donde su hermana la ve.

—Y desgraciadamente —dijo el comisario— usted no ve a su hermana.

—Tercera mala suerte —dijo De Palma—. Porque si la hubiera visto, podría haberla llamado, inventarse alguna excusa para el disfraz y encontrar alguna forma de que guardara silencio; sin embargo, lamentablemente, Inés no ve a Virginia. Y Virginia no ve a Inés, sino que ve, apenas unos segundos, una puta que sube corriendo con un tubo

en la mano, como para estrellárselo en la cabeza, y se lleva un susto de muerte. Pero cuando lee en el periódico lo de la estrella, enseguida lo relaciona y cuenta en familia su feo encuentro.

—¿Cuántas veces lo tengo que decir? Mi prado está siempre lleno de las mujerzuelas esas. Las he visto incluso de día, con pantalones y sin.

—Precisamente fue eso lo que le dio la idea del disfraz, señora. Y no solo: dado que la policía, y usted lo sabía por los periódicos, planteaba en un primer momento que Garrone había sido asesinado precisamente por una mujerzuela, usted pensó que estaría bien darle otro empujoncito en esa dirección, haciendo que encontrásemos, bajo las piedras del lavadero, las prendas que había visto Bauchiero. Así, no solo paró el golpe de Virginia, sino que sacó provecho. Nada mal, señora, nada mal.

La señora Tabusso dejó colgar el labio y parpadeó para expresar y negar al mismo tiempo su propia torpeza.

—Por lo visto estoy chocheando —dijo— porque francamente no lo sigo. ¿Usted qué está haciendo? ¿Un listado con mis momentos de mala suerte o la descripción del crimen perfecto, como en la televisión?

—Perfecto es decir demasiado —intervino el comisario—, o no estaríamos aquí, ¿no cree? Aunque es verdad que lo poco que tenemos hemos tenido que sudarlo bien.

Su deliberado tono arbitral tuvo el efecto deseado: De Palma no lo miró, indicándole así que había entendido que, además de la peluca, el comisario había descubierto otras piezas de refuerzo; la Tabusso, en cambio, lo miró fraternalmente.

—Y todos esos ases que decía su colega —preguntó—, ¿dónde estarían ahora?

—Bueno —admitió De Palma—, no va a ser fácil encontrar a quien se acuerde de haberle vendido la bolsa y lo demás, eso lo sé bien. En cuanto a Bauchiero y a su hermana, podríamos intentar un «encuentro» en condiciones análogas, de noche… Pero es cierto que tampoco probaría gran cosa.

—¡Ya lo creo que sí! —gritó con regocijo la señora Tabusso—. No es por nada, pero incluso ella, con una peluca rubia, parecería la famosa mujer del tubo.

Rio sonoramente y De Palma le hizo eco con los dientes apretados.

—Sí. Es probable. En realidad, nadie puede atestiguar con seguridad haberla visto: por ahí todo bien. Y en cuanto al tubo… —Cogió el proyecto de la mesita y se golpeó suavemente con él la palma

de la mano, hablándole al comisario como si estuvieran solos—. El tubo lo habrá destruido: era lo único que la relacionaba con Garrone, porque ella, no nos ilusionemos, no le habrá escrito ni una línea, es demasiado prudente. Con Tresso y Campana quizá habrá comentado la cuestión, pero muy por encima, sin mencionar nombres, imagino. De todas formas, hablaremos con ellos…

—Hablen con ellos, claro —dijo munífica la señora Tabusso—, hablen con quien quieran. Tresso y Campana les confirmarán palabra por palabra que yo quería parcelar mis tierras, que me dirigí a ellos, que ellos prepararon un proyecto…

De Palma se volvió de repente.

—¿Qué proyecto?

—Ese de ahí… El que usted tiene en la mano. ¿No es la copia que entregaron en el ayuntamiento?

De Palma guardó silencio y Tabusso, extrañada, confusa, apeló al árbitro:

—¿No es lo que ha dicho usted? ¿No ha visto el permiso esta mañana?

—Lo he visto, efectivamente —dijo el comisario—, pero no en este proyecto. —Extendió la mano y De Palma se lo entregó—. Vea, señora, esta no es la copia del proyecto de Tresso y Campana… —Empezó a desenvolver sin prisa el rollo—. Es la copia de ese trozo de papel por el que Garrone pedía millones. Es la copia del tubo.

Se le acercó y se lo desplegó delante sujetándolo con las dos manos: «Le Buone Pere —leyó despacio—. Propiedad Tabusso. Proyectista: Arquitecto Lamberto Garrone».

La señora Tabusso se quedó perfectamente inmóvil, el labio apretado entre los dientes como un dedo en una puerta. La pausa duró, larguísima; luego, desde el prado, se oyó ladrar al perro, furioso y lejano, y una orden débil de Virginia.

—Perro ladrador, poco mordedor —observó De Palma—. La mala lavandera. El silencio es de oro. Esta es la casa de los refranes.

—¿Qué quieren que les diga? —gritó a quemarropa la señora Tabusso—. ¿Que me he caído de un guindo? Vale, pues lo digo: ¡me he caído del guindo!

Solo entonces el comisario comprendió que la señora Tabusso no se caía de ningún guindo: lo había sabido en cuanto se lo vio en la mano, que el «tubo» era la copia del proyecto de Garrone, recuperado sabe Dios cómo por la policía y por el que habían llegado hasta ella. Desde

ese momento había empezado a preparar una postura, una línea de defensa a la espera de la «revelación». Y se quedó escuchando con la angustia del cazador y la admiración del técnico.

—¡Qué iba a poder hacer yo si a un loco se le mete en la cabeza hacer un proyecto para mi terreno! Quizá se lo ha patrocinado una empresa de compraventa, quizá le servía para la libre docencia, para un plan de desarrollo del ayuntamiento, o qué sé yo… Quizá lo hacen todo sin pedir permiso a nadie, y nosotros, los propietarios, somos la última rueda del carro, somos los enemigos del pueblo, de la civilización, cargamos con todas las culpas. ¡A lo mejor hay otros diez proyectos para mi prado! Vayan ustedes a comprobarlo antes de venir a insultar a la gente en su propia casa. Es un terreno que se presta, mi prado, me lo dijeron incluso los Tresso y Campana. Un terreno que gusta, que interesa. «Difícil —citó solemnemente—, pero estimulante». Se divierten así, los arquitectos de ahora. Están todos medio locos, ¿no ven las casas que hacen?

El comisario y De Palma se miraron. A Tabusso le habían concedido el honor de las armas, pero había llegado el momento de jugar los verdaderos ases. La caza terminaba aquí. A pasos lentos, desganados, el comisario se acercó al negro piano vertical con dos candelabros de latón sin vela. Era la parte de su trabajo que menos le gustaba, la conclusión. Al menos en ciertos casos.

De Palma se levantó como si quisiera despedirse.

—Le pedimos disculpas, señora —dijo—, si le ha parecido que forzábamos la situación.

—¡Oh —gritó ella—, y que lo digan! Venir a mi casa a someterme a todo esto, y en domingo, solo porque han encontrado ustedes a saber dónde un trozo de papel que entre otras cosas no tiene ni mi firma…

—No me he explicado —dijo De Palma, de repente glacial—. Sobre Garrone no tenemos pruebas. Pero no hemos venido por eso.

El comisario levantó la tapa del teclado y deslizó el dedo por el marfil amarillento. Lo había hecho sin querer, o mejor, con la inconsciente intención de tomar distancia, pero el sonido —otra nueva, minúscula sorpresa— pareció alterar a la señora Tabusso, que se volvió a él con un estremecimiento de miedo. Estaba muy asustada, se le notó incluso en la voz.

—¿Y por qué han venido entonces? —dijo, ya con toda la agresividad desvanecida.

Cuando se habían defendido largo rato y con éxito, y se creían

próximos al éxito, la derrota sobrevenía rápidamente.

—Por el otro —dijo De Palma—. El rubito. Es con ese con el que no puede salirse con la suya, señora. Demasiados testigos. Demasiadas pruebas.

—Y Virginia —dijo el comisario tocando en el piano una nota aguda.

—Riviera vino aquí el viernes entre la una y las tres de la tarde. Tenemos testigos. Usted trató de ganar tiempo, citándolo para el lunes. Tenemos testigos. Luego perdió la cabeza: pensó que se trataba de un cómplice de Garrone, o de un chantajista independiente, o incluso de un simple entrometido que, hablando en el ayuntamiento con unos y otros, podía haber descubierto toda la historia de la vía Mazzini. Entonces decidió actuar rápidamente: fue a esperarlo a la oficina esa misma tarde, y lo siguió hasta su casa. Tenemos testigos. Subió y llamó a su puerta para intentar quitarlo del medio ahí mismo. Tenemos otros testigos. A la mañana siguiente…

—Es decir, ayer por la mañana —dijo el comisario recogiendo la pausa que De Palma le lanzaba—, la señora se levanta temprano, con la misma idea. Quitar del medio a Riviera inmediatamente, antes del lunes, antes de que fuera a hablar con los demás del asunto. Pero tenía que encontrar otro disfraz, y elige uno bien ingenioso para el poco tiempo de que disponía.

El comisario cerró el piano y se acercó a la mesita.

—Arriba, en su antiguo dormitorio, en el armario de los recuerdos, está su vestido de viuda. La señora se vistió de luto, con el medio velo. Y para mayor seguridad… —el comisario levantó la tapa de la sombrerera, sacó el bolso, lo abrió— se puso también estas gafas oscuras…

Abrió las patillas y sujetándolas a veinte centímetros de la nariz observó a través de las lentes ovaladas a la señora Tabusso: los hombros se le habían encorvado poco a poco, la edad (¿cincuenta?, ¿cincuenta y cinco?) predominaba en su rostro, ahora abatida, inmóvil, atenta. También su silencio había perdido la ruda, sólida, cualidad de antes, las fibras se habían deteriorado, deshilachado.

—Vestida así —siguió el comisario—, la señora sube al coche.

—¿Qué coche tiene la señora? ¿Un 124 azul?

La señora Tabusso inclinó la cabeza.

—¿Que ha pasado por el planchista recientemente?

La señora Tabusso bajó aún más la cabeza.

—Con ese 124 azul, bien reconocible y que muchos testigos recuerdan bien —dijo el comisario—, la señora vuelve a casa de Riviera. En el bolso lleva el martillo o el arma destinada a Garrone; podemos incluso imaginar, dada su inteligencia, que la señora incluso llevaba un ramo de flores en la mano, para completar su disfraz. No me extrañaría.

—Pero nadie la vio con las flores —dijo De Palma.

—Ya, pero todavía no los hemos interrogado a todos —dijo el comisario—. Alguno aparecerá.

En ese momento, era como patear a un gato aplastado en la carretera.

—Riviera ya había salido. Pero, por suerte, había dejado una nota para un amigo pegada en la puerta, y la señora vuelve al coche y corre al Balùn.

—Y ahí —dijo De Palma—, aparca el 124 en zona prohibida y se encuentra la multa en el parabrisas, solo que esta vez no le da tiempo a que se la quite su guardia. —Sacó el papelito del bolsillo y se lo puso delante de los ojos—. Está indicada incluso la hora, ¿ve?

La señora Tabusso cerró los ojos.

—Luego —continuó el comisario—, se puso a dar vueltas por el Balùn buscando a Riviera. Está fuera de sí: quizá el rubio ya ha hablado, quizá lo eliminará a tiempo antes de que hable. Pero está dispuesta a correr cualquier riesgo, incluso en pleno día, incluso en el Balùn. Cuando finalmente lo ve, empieza a seguirlo como una sombra. Tenemos testigos.

—Y para no desmentir la vieja ley del modus operandi —dijo De Palma—, roba de camino una mano de mortero de piedra del puesto del mercado. Con el buen resultado que había dado con Garrone, ¿por qué cambiar de material, verdad, señora?

—Ya casi es la una, todos se están marchando; pero cuando toda esperanza parecía perdida, hete aquí que se presenta la ocasión perfecta. El rubio se queda solo, entra en un almacén medio desierto, la señora lo sigue con una mano metida en el bolso… —el comisario metió una mano en el bolso— aferrada a su arma. Llega hasta él en un rincón oscuro, levanta la piedra…

El comisario interrumpió el discurso, sacó del bolso la mano que sujetaba el billete de tranvía y lo dejó caer en la mesita.

—En el bolso había también dos billetes viejos de tranvía, que llevaban ahí desde los tiempos en que la señora no tenía coche, en 1953,

y para ir al cementerio cogía el 12. Todos los miércoles. A veces sola, a veces…

—¿Con Virginia? —dijo De Palma.

El comisario sacó de su cartera el otro billete, recogió el primero de la mesita, los comparó, uno en cada mano.

—Idénticos. Ambos sacados en 1953. Ambos en el mismo día. En la línea 12. Y los números de serie —añadió— son consecutivos.

La señora Tabusso había levantado lentamente la cabeza y miraba los billetes hipnotizada.

—Son muchas cosas las que tiene que explicar, señora —dijo el comisario—. Lo mismo da empezar por esta: explíquenos cómo es que uno de estos billetes lo he encontrado hace un momento en el bolso, y el otro apareció ayer por la mañana en el Balùn, en ese almacén, al lado del cadáver.

Se formó una nube de silencio que se hizo más trágica por el perfume del heno y de las flores, por el gorjeo de los pájaros, por los ladridos esporádicos del perro que perseguía la pelota por el jardín, por alguna mosca indecisa entre el interior y el exterior de la sala. Poco a poco la señora Tabusso irguió la espalda, los hombros, el cuello, dirigió la mirada al comisario, a De Palma. Tenía, percibió asombrado el comisario, unos ojos muy hermosos.

—Está bien —dijo la señora Tabusso—. Solo les pido dos cosas.

Su voz era muy firme, durísima.

—Dejen en paz a Virginia, ella no sabe nada. —Respiró hondo, y siguió—. Y díganme cuál era la restricción.

—Es una restricción antigua —dijo el comisario—, de 1824, con Carlo Felice, creo.

—¿Qué restricción? —gritó la señora Tabusso—. ¡Dígame qué restricción era, santo Dios!

—Pues el lavadero público, señora —dijo el comisario—. La restricción era Le Buone Pere.

Perfectamente rígida, con las manos en las rodillas, y sin mover un músculo de la cara, la señora Tabusso se echó a llorar.

7

—De pura rabia, pobre mujer.

—Bueno, un poco por todo, me imagino.

—No, era de rabia, estoy segura. Ya creía que se había librado, pero no… Yo también habría llorado. ¿Dónde está el encendedor?

—Aquí.

—Gracias…, y luego lo confesó todo.

—Sí. Confesó.

—¿La habéis llevado a comisaría?

Sí, la habían llevado a comisaría, y sentado en una silla de comisaría, y ella había empezado a hablar sin reservas, sin remordimientos, recuperando toda su indómita y encendida arrogancia, ya no para negar, para defenderse, sino para limpiar de la mesa de su vida esas migajas que habían sido Garrone y Riviera, un cerdo y un pederasta, dos viciosos, dos degenerados de tres al cuarto que no merecían otro final.

—¿Un poco loca? ¿Tipo Savonarola?

—Sí, un poco fanática. Por fuerza.

Una fanática que volcaba en el afanado dactilógrafo (no habían encontrado un estenógrafo, la grabadora —ese «chisme» de ahí—, no la había querido, le revolvía el estómago solo verla) todo su crudo torrente de reproches y maldiciones, su ideología intolerante y apresurada de propietaria asediada por el fisco y amenazada por expropiaciones malévolas, de vieja de Turín con el agua al cuello, abrumada por gente nueva, nuevas costumbres, nuevas leyes, nuevos vicios.

—Sin embargo, me da pena.

—Ha matado a dos personas. Y en realidad, solo por dinero.

—¿Se ha considerado motivo abyecto?[8]

—Creo que sí.

—Bueno, yo creo que hay otros mucho más abyectos. ¿Dónde demonios está el cenicero?

—Aquí.

—Ah, sí, gracias. A ver, digo, ella el dinero no es que quisiera ganarlo, es que no quería perderlo. Es distinto. En el fondo, atenuantes tiene.

Eso mismo había pensado el comisario de vuelta a casa, dejándola a la mitad de su rechinante confesión, que ahora le tocaba a De Palma y a los demás escuchar hasta el final, ordenar, estructurar, precisar, resumir en el informe oficial, en adecuadas declaraciones a la prensa.

Había salido de allí al atardecer, todavía calurosísimo, con un gesto a De Palma, y De Palma le había contestado con otro gesto,

envidiándole la casa oscura, la ducha, el cambio de ropa, la Coca-Cola en el frigorífico. Y él había hecho todas esas cosas con lento deleite, y se acababa de tumbar en la cama cuando el timbre de la puerta sonó.

—He llamado a la comisaría. Quizá no era momento, pero no aguantaba más. Moría literalmente de ganas de…

No era de esas ganas de las que moría. Esas ganas se las quitaría después, bebiendo Coca-Cola, moviendo almohadas, fumando, perdiendo el encendedor, haciendo muchas preguntas, sí, preguntando muchos detalles. Pero tampoco demasiados, se dijo el comisario con optimismo, tampoco con tanta insistencia.

—¿Qué hora será?

La calle era estrecha, oscura, y la luz que entraba por las rendijas de la persiana tenía, de la mañana a la noche, variaciones casi imperceptibles. Solo los ruidos cambiaban, regulaban el paso del tiempo; pero ese día era domingo, un domingo de junio en el casco viejo de la ciudad, al margen de los grandes desplazamientos de los festivos, encerrado en una cáscara quizá segura, preciosa, inalterable, o quizá de una fragilidad sin futuro.

El comisario encendió la luz, miró el reloj.

—¡Son las siete y veinte!

—¡Ay, Dios mío de mi vida! —dijo riendo Anna Carla—. ¡Es tardísimo!

Saltó de la cama ligera, y empezó a vestirse a toda prisa.

6 Expresión piamontesa sin traducción para expresar sorpresa o enfado. Literalmente sería «¡falso Judas!».

7 La cativa lavandera a treuva mai la bon-a péra, en dialecto piamontés, es decir: «La mala lavandera nunca encuentra buena piedra». Es un refrán típico de esa región.

8 Término jurídico que indica el agravante de que no existe un motivo justificado para quitarle la vida a una persona, como es la legítima defensa, sino que es matar por matar.